



MATHIAS ENARD

Zona

de

Lectulandia

En una noche decisiva, Francis Servain Mirkovic toma el tren de Milán a Roma para vender un maletín lleno de secretos a un representante del Vaticano y, si todo sale según lo planeado, cambiar de vida. Hasta ahora ha sido agente secreto de la Zona, que empezó en Argelia y acabó extendiéndose progresivamente por los países de Oriente Próximo. Quince años lidiando con criminales de guerra, agitadores, terroristas y traficantes de armas, con intermediarios y sobre todo consigo mismo, inmerso en el embriagador ciclo de la violencia. El tren arranca, y con él empieza una larga frase que avanza sin apenas detenerse, un flujo de conciencia que explora el espacio y el tiempo para desenterrar los vestigios de las guerras mediterráneas. Al ritmo del traqueteo del tren, el autor esboza la memoria de este espía en cuya mente se entremezclan los verdugos con las víctimas, el heroísmo con el anonimato, pero también los pintores y los literatos con las amistades y los amores fracasados.

Merecedora de los premios Décembre y Livre Inter, y considerada una de las mejores novelas del autor galardonado con el Premio Goncourt en 2015, Zona se pregunta, según el propio Enard, «qué es esta Europa y por qué se cree tan perfecta; reflejar su lado oscuro me parecía obligatorio».

Lectulandia

Mathias Enard

Zona

ePub r1.0

Ablewhite 28.01.2018

Título original: *Zone*
Mathias Enard, 2008
Traducción: Robert Juan-Cantavella

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

And then went down to the ship.
Set keel to breakers, forth on the godly sea, and
We set up mast and sail on that swart ship,
Board sheep aboard her, and our bodies also.

EZRA POUND

Jerusalén y yo somos como un ciego y un inválido:
ella ve por mí
hasta el mar Muerto, hasta el fin de los tiempos.
Yo la llevo a mis espaldas
y, sin ella, ando a ciegas.

YEHUDA AMIJAI

I

todo es más difícil a mitad del camino de la vida, todo suena más falso un poco metálico como el ruido de dos armas de bronce, una contra la otra, te devuelve tu propio reflejo sin dejarte salir, una hermosa prisión, viajamos con tantas cosas, el hijo que no hemos tenido una pequeña estrella de cristal de Bohemia un talismán junto a la nieve que vemos fundirse, luego la inversión de la corriente del Golfo preludia la glaciación, icebergs en Egipto y en Roma estalactitas, en Milán no deja de llover he perdido el avión tenía mil quinientos kilómetros por delante me quedan quinientos, esta mañana los Alpes brillaban como cuchillos, yo tiritaba agotado en mi asiento sin poder pegar ojo como un drogadicto exhausto, en el tren me hablaba solo y en voz alta, o en susurros, me sentía muy viejo quería que el convoy continuase y continuase llegar a Estambul, a Siracusa, que por lo menos él llegase hasta el final que fuese capaz de arribar al final del trayecto me compadecía de mí mismo hasta lástima he sentido en este tren cuyo ritmo te desgarrar el alma mejor que lo haría un escalpelo, dejo que todo fluya todo huye todo es más difícil en estos tiempos que las vías recorren me gustaría dejarme llevar de un lugar a otro sin más como hacen los viajeros como un invidente al que tomas del brazo para atravesar una calle peligrosa pero solo voy de París a Roma, doy un par de vueltas por la estación central de Milán, por este templo de Akenatón para locomotoras donde a pesar de la lluvia queda algún que otro rastro de nieve, miro las inmensas columnas egipcias que sostienen el techo, me tomo una copa por simple aburrimiento en una terraza abierta a las vías como otras se abren al mar, no me sienta bien no es momento de libaciones hay tantas cosas que te apartan del camino, que te pierden, y el alcohol es una de ellas profundiza en tus heridas cuando estás solo en una inmensa estación helada obsesionado por un destino que tienes delante y al mismo tiempo detrás: pero el tren no es circular, va de un punto a otro, estoy en órbita gravito como una piedra, me sentí como una piedra ligera cuando ese tipo me abordó en el andén, sé que últimamente atraigo a los locos, a los trastornados, vienen a precipitarse en la fragilidad, en mí encuentran un espejo un compañero de armas y este está realmente loco, sacerdote de una divinidad desconocida, lleva un gorro de duende y una campanilla en la mano izquierda, me tiende la derecha y me grita en italiano «camarada un último apretón de manos antes del fin del mundo» y yo no me atrevo a dárselo por miedo a que tenga razón, no debe de tener más de cuarenta años y me observa con esa mirada inquisitiva y afilada de los locos que te interrogan porque de golpe han encontrado en ti a un hermano, vacilo ante su mano tendida aterrorizado ante esa sonrisa de chalado y le respondo «no gracias» como si me estuviese vendiendo un periódico o me hubiese ofrecido un pitillo, entonces el loco agita su campanilla y se echa a reír con una voz profunda y lúgubre señalándome con el dedo de la mano que me acababa de tender, escupe en el suelo, se aleja y una soledad inmensa y doliente barre el andén, en ese momento daría cualquier cosa por unos brazos por unos hombros incluso el tren que me lleva hacia

Roma, podría renunciar a todo con tal de que alguien apareciese y se quedase ahí quieto en medio de la estación, en medio de las sombras, entre los hombres sin hombres los viajeros enganchados a sus teléfonos y a sus maletas, toda esa gente dispuesta a desaparecer a renunciar a sus cuerpos durante el breve paréntesis que los llevará de Milano Centrale a Fossoli Bolzano o a Trieste, hace algún tiempo en la estación de Lyon otro tipo ya me anunció el fin del mundo y tenía razón, por aquel entonces yo me había dejado la piel en la guerra estrellado como un minúsculo meteoro, de esos que ni siquiera brillan en el cielo, un obús natural, de masa irrisoria según la opinión de los astrónomos, el loco de la estación de Milán me recuerda a aquel otro chalado de la estación de Lyon, un santo, quizá se trate del mismo hombre, quizá hayamos crecido a la vez cada uno por nuestro lado con nuestras propias locuras que ahora vuelven a encontrarse en el andén número 14 de la estación de Milán, ciudad con nombre de rapaz y de militar español, situada al borde de la llanura como sobre un ventisquero lentamente vomitado por los Alpes cuyas cimas yo he contemplado, hojas de sílex desgarran el cielo y le dan el tono de un apocalipsis confirmado por el duende de la campanilla en este santuario del progreso que es la estación Milano Centrale perdida en el tiempo como yo aquí perdido en el espacio en esta elegante ciudad, con un parche en el ojo como Millán Astray el general tuerto, un ave de presa, fiera, presta a despedazar los cuerpos febriles de sus enemigos y a elevarse de nuevo a la luz de las alturas y el peligro: a Millán Astray le hubiese gustado tanto hacer de Madrid una nueva Roma, servía a Franco el Duce íbero su ídolo calvo en ese gran preludio guerrero de los años CUARENTA, ese oficial tuerto y tenaz era legionario, como buen profeta militar gritaba viva la muerte, y tenía razón, esa misma fuga de muerte habría de acabar por sonar hasta en Polonia, y levantar una enorme ola de cadáveres cuya espuma acabaría por lamer, en Trieste o en Croacia, las orillas del Adriático: pienso en Millán Astray y en su querrela con Unamuno el estricto sacerdote de la cultura mientras los viajeros acuden al andén para embarcar hacia el fin del mundo en el tren que allí los llevará sin paradas, Unamuno un filósofo tan clásico y noble que no supo ver cernirse la masacre, no pudo admitir que el coronel tuerto tenía razón al gritar ante sus fieles «viva la muerte» y es que ese halcón había sentido (las fieras tiemblan antes de la tormenta) que iba a abundar la carroña, que durante unos cuantos años la muerte nadaría en la abundancia antes de acabar también ella en un tren entre Bolzano y Birkenau, entre Trieste y Klagenfurt o entre Zagreb y Roma, donde una vez se detuvo el tiempo como se ha detenido para mí en este andén flanqueado por vagones, por motores furiosos y humeantes, una pausa entre dos muertes, entre el soldado español y la estación homónima, aplastante como el propio Ares dios de la guerra; enciendo mecánicamente un último cigarrillo tengo que estar listo para el viaje para el desplazamiento, como todos los que abarrotan el andén de Milano Centrale en busca de un amor, de una mirada, de algo que los arranque de los círculos infinitos, de la Rueda, un encuentro, no importa cuál, para escapar de sí mismos del comercio vital del recuerdo de crímenes y emociones,

es muy extraño que en este preciso instante no haya ninguna mujer en el andén, absorto en mis cavilaciones sobre Millán Astray y su ojo tapado también yo me subo en el expreso transitaliano que hace diez años iba a ser el colmo del progreso y la tecnología por disponer de puertas automáticas y superar los doscientos kilómetros por hora en línea recta y hoy, un poco más cerca del fin del mundo, no es más que un tren: con todo sucede igual que con los trenes y los automóviles, con los abrazos con las caras y los cuerpos, su velocidad su belleza o su fealdad resultan ridículas unos años más tarde, una vez podridos u oxidados, pongo un pie en el estribo y ya estoy en otro mundo, el terciopelo todo lo espesa, el calor también, cuando subo al vagón dejo tras de mí hasta el invierno, este es un viaje en el tiempo, hoy no es un día como los demás, el 8 de diciembre es un día especial, el día de la Inmaculada Concepción y yo perdiéndome la homilía del papa en la plaza de España mientras un loco acaba de anunciarme el fin del mundo: podría haber visto al pontífice una última vez, ver al descendiente espiritual del primer líder palestino el único que ha tenido éxito en algo, aunque aquel flacucho levantino pelado y quejumbrón que en vida no escribió ni una sola línea no las tenía todas consigo, fuera en la vía adyacente espera un tren y una hermosa chica oculta tras la ventana algo en su mirada, creo que habla con una persona a la que no puedo ver, está muy cerca de mí en realidad a poco más de un metro nos separan dos cristales bastante sucios tengo que ser fuerte no puedo entretenerme en el rostro de cada jovencita debo fortalecer mi ánimo tomar impulso para acometer los kilómetros que me quedan hasta el vacío y el pavor del mundo, voy a cambiar de vida de oficio mejor no pensar en eso he puesto mi maletín sobre mi asiento lo he esposado discretamente al portaequipajes me convendría cerrar los ojos un momento pero en el andén unos policías montados en carros eléctricos de dos ruedas en plan Aquiles o Héctor pero sin caballo persiguen a un joven negro que huye en la dirección de las vías provocando la sorpresa y la turbación de los viajeros, quizá sean los ángeles azules anunciadores del apocalipsis, cabalgando un extraño patinete de azur silencioso, todo el mundo baja para no perderse el espectáculo, el hijo de Tideo y Palas Atenea se arroja sobre los troyanos, a unas decenas de metros de aquí cerca de la locomotora uno de los dos carabinieri llega a la altura del fugitivo y con un gesto de extraordinaria violencia y ayudado por la velocidad de su vehículo empuja al hombre acorralado contra uno de los pilares de cemento que hay en medio del andén, el fugitivo se estampa contra el hormigón, su cabeza choca con la columna y cae, cae de bruces en medio de la estación central de Milán justo a tiempo para que el segundo ángel salte sobre su lomo y lo espose, sentado en sus riñones como un domador o un granjero que amarra un animal rebelde, luego, de nuevo sobre su máquina, arrastra al criminal que va tropezando al final de una cadena entre los murmullos de admiración de la multitud, escena de triunfo antiguo, a los vencidos se los pasea encadenados tras los carros de los vencedores, se los entierra junto a cóncavas naves, el negro tiene la cara tumefacta sangra por la nariz la cabeza alta un tanto incrédula todo el mundo vuelve a subir al vagón el caso está cerrado la justicia

ha triunfado unos minutos antes de la salida, yo le echo una ojeada al maletín, tengo miedo de no conseguir dormirme de que me persigan en cuanto dormite un poco de que tan pronto como baje la guardia alguien se inmiscuya en mis sueños o bajo mis párpados para levantarlos como quien entreabre una cortina o una persiana veneciana, hace mucho tiempo que no pensaba en Venecia, en el agua verde de la punta de la Aduana, en la niebla de las Zattere y en el frío intenso cuando contemplas el cementerio desde Fondamente Nuove, desde que volví de la guerra no había pensado en las sombras que en Venecia son de vino y en invierno se beben desde las cinco de la tarde, ahora vuelvo a ver a los violinistas eslavos tocando para los japoneses, a los franceses en plena mascarada de Carnaval, y a un afortunado peluquero de Munich que se compró un palacio en el Gran Canal, de repente el tren empieza a moverse yo inclino la cabeza ya está en marcha menos de quinientos kilómetros para el fin del mundo

II

me dejo llevar por la monótona cadencia de las afueras de esta ciudad con nombre de coronel español y de rapaz, los suburbios de una ciudad del norte como otra cualquiera, llena de edificios destinados a amontonar a los proletarios, a los inmigrantes de los años sesenta, verticalidad concentracionaria al ritmo paradójico de los travesaños; estoy en Venecia en aquel apartamento húmedo y minúsculo que no tenía luz más que en la cocina, el suelo en pendiente, dormíamos con los pies elevados lo cual según dicen es bueno para la circulación, estaba a la entrada del Gueto frente a la panadería antes de la gran sinagoga donde de vez en cuando escuchaba los salmos y los cantos, a veces el nombre del barrio daba miedo, el Viejo Gueto, sobre todo por la noche cuando todo estaba desierto y silencioso, cuando soplaba el bora, viento glacial que parecía venir directamente desde Ucrania tras haber helado a los checos a los húngaros y a los austríacos, en mi Viejo Gueto me resulta imposible no pensar en Łódź en Cracovia en Salónica y en otros guetos de los que ya no queda nada, imposible escapar al invierno de 1942, los trenes hacia Treblinka, Bełżec y Sobibór, hace diez años en 1993 unos cuantos meses después de mi guerra y cincuenta años exactos después del exterminio, en ese Gueto veneciano ahogado en niebla y en frío pensaba en la maquinaria de muerte alemana sin saber que uno de sus últimos engranajes había rotado muy cerca, a unos pocos kilómetros de aquí, pero si ahora sumido en la torpeza ferroviaria vuelvo a pensar en Venecia es sobre todo por aquella que vino a reunirse conmigo, su cuerpo tantas veces negado me precipitó a largas marchas nocturnas a veces hasta el alba, con mi gorro negro, pasaba por la plaza de los Dos Moros, saludaba a san Cristóbal en el pináculo de la Madonna dell'Orto, me perdía por entre los pocos edificios modernos que hay allí arriba como si los hubiesen ocultado a propósito en escondrijos, como si no estuviesen ya bastante disimulados por la laguna, cuántas veces cuántas no fui a tomarme un café al amanecer con los pilotos y los maquinistas de los vaporetti para quienes yo simplemente no existía, y es que los venecianos tienen la atávica facultad de ignorar todo aquello que no son ellos mismos, de ni siquiera ver, de hacer desaparecer al extranjero, a mí ese soberano desprecio, esa nobleza caduca y bizarra del auxiliado que se permite morder la mano que le da de comer no me parecía desagradable, al contrario, les confiere una enorme franqueza y una gran libertad, nada que ver con la simpatía comercial que ha invadido el mundo entero, el mundo entero excepto Venecia donde continúan ignorándote y despreciándote como si no necesitasen, como si al restaurador no le hiciesen falta clientes, con toda la riqueza que le confiere la ciudad en sí misma y seguro, convencido, de que otros comensales menos quisquillosos vendrán a colmar sus mesas, lo cual sucede, confiriéndole una temible superioridad sobre el visitante, la superioridad del buitres sobre la carroña, el viajero siempre acabará desplumado, despedazado con o sin sonrisa, así que para qué mentirle, hasta el panadero de delante de mi casa admitía sin remilgos que su pan no

era bueno y sus pasteles carísimos, un panadero que me había visto día tras día tras día durante todo un año sin sonreírme ni una sola vez, su fuerza residía en la certidumbre de mi desaparición, un día yo iba a dejar Venecia y la laguna, ya fuese uno, dos, tres o diez años después, él pertenecía a la isla y yo no, y así me lo recordaba cada mañana, lo cual me pareció saludable, más valía no hacerse ilusiones, yo no frecuentaba más que a otros extranjeros, eslavos, palestinos, libaneses, Ghassan, Nayef, Khalil y hasta a un sirio de Damasco que regentaba un bar donde se reunían estudiantes y exiliados, un viejo marino que había desertado durante una escala, un tipo bastante áspero al que costaba asociar con mar o con barco alguno, recuerdo que tenía una cabeza bien térrea con dos grandes orejas bastante velludas, era muy devoto, rogaba, ayunaba y jamás bebía alcohol del que les servía a sus clientes, su debilidad eran las mujeres, sobre todo las putas, él lo justificaba alegando que el Profeta tuvo cien mujeres, que amaba a las mujeres y que a fin de cuentas la fornicación era un hermoso pecado, yo por mi parte no forniqué mucho en Venecia, el invierno era interminable húmedo frío y en general poco propicio para la fornicación, recuerdo que la primera noche en el gueto no tenía manta y hacía tanto frío que me enrollé en una alfombra oriental llena de polvo, completamente vestido, con los zapatos puestos porque la alfombra, al ser rígida, formaba como un tubo y no me cubría los pies, leí algunas historias de barcos fantasma de William Hodgson antes de dormirme como un faquir fracasado o un marinero al que van a echar al mar cosido en su hamaca, muy lejos del erotismo que tantos le atribuyen a Venecia, un tipo enrollado como un puro polvoriento y raído, en su propia cama, con su calzado y un gorro, por qué no funcionaba la calefacción es algo que no puedo recordar en cualquier caso la temperatura de este vagón debe de ser de unos veinticinco grados, me quito el jersey al mismo tiempo que mi compañero de delante, tiene cabeza de rapero neoyorquino blanco, está leyendo *Pronto* con cierto aire de superioridad, me pregunto qué se dispondrá a anunciarme, seguro que no el fin del mundo, más bien el fin de la relación de una pareja de actores de Hollywood o la sobredosis de un businessman italiano de treinta años, el sobrino o el nieto de Agnelli, desde aquí alcanzo a leer su nombre en la portada, Lupo, es extraño, quizá me equivoque, cómo puedes dedicarte a los negocios y llamarte Lobo, imagino que será guapo, pelo brillante, dientes blancos, mirada astuta y un tanto enrojecida, seguro que lo han encontrado inconsciente en un apartamento de lujo de Turín, posiblemente en compañía de alguna señorita de dudosa reputación, con su Lamborghini aparcado abajo, quién sabe si con un poco de sangre o de bilis en su camisa Armani desabrochada, también imagino la conmoción de las amas de casa que mayoritariamente leen estas revistas, Dios mío qué guapo que es este lobo, tan rico y tan mundano, qué desperdicio de vida, por lo menos podría haber tenido la decencia de estrellarse contra una valla a trescientos kilómetros por hora, no sé, un accidente de helicóptero, o hasta de esquí, acabar despedazado por una de las hélices de su propio yate, con una bala en la cara disparada por un marido celoso o por un sicario

mafioso pero la droga, la droga, es como si hubiese pillado la sífilis, una vergüenza, es imposible, injusto, casi me cae simpático este joven lobo turinés que ahora sume en el escándalo a su gran familia, espero que salga del hospital antes del fin del mundo, mi vecino tiene un aire condescendiente y reprobador, niega con la cabeza haciendo pequeños chasquidos con la lengua mientras fuera cae la noche, estamos en medio de la triste llanura de Lombardía que la oscuridad empieza a invadir, gracias a Dios el crepúsculo será corto los árboles desnudos y helados de pie junto a las líneas eléctricas desaparecerán no podrán adivinarse más que sus sombras y la luna emergerá de vez en cuando tras las nubes para iluminar levemente las colinas antes de llegar a Bolonia, luego nos deslizaremos hacia el sudoeste por entre la apatía toscana hasta Florencia y finalmente Roma, todavía quedan unas cinco horas hasta la estación de Termini, hasta las iglesias, el papa y toda la parafernalia romana: santurroneñas y corbatas, incensarios y paraguas, todo ahogado en las fuentes de Bernini y los automóviles, el lugar donde flotan, sobre los adoquines podridos y el Tíber nauseabundo, las Vírgenes del Niño, los san Mateos, las Pietà, los descendimientos de la cruz, los mausoleos, las columnas, los carabinieri, los ministros, los emperadores y el ruido de una ciudad mil veces resucitada, roída por la gangrena por la belleza por la lluvia, ciudad que más que una hermosa mujer evoca a un viejo erudito en magníficos saberes resignado a mearse encima su sillón, la vida lo va abandonando y él tiembla, tose, recita las *Geórgicas* o una oda de Horacio mientras se mea encima, y así es como también Roma se va vaciando, ya sin habitantes, sin tiendas de barrio, solo trapitos trapitos y más trapitos hasta perder la cabeza miles de millones de camisas cientos de miles de zapatos de tacón millones de corbatas bufandas suficientes como para cubrir San Pedro, como para envolver el Coliseo, como para enterrarlo todo para siempre bajo los trapos, dejar que los turistas figoneen en este inmenso encanto religioso y que sus ávidas miradas chisporroteen tras cada descubrimiento, mira, bajo ese abrigo de piel he dado con una magnífica iglesia de Borromini, un techo de los hermanos Carracci detrás de esa cazadora y en esas botas de cuero negras estaban los cuernos del *Moisés* de Miguel Ángel, de no ser porque me esperan no volvería jamás, si a mitad del camino de la vida las cosas resultasen más simples nunca hubiese hecho este viaje, jamás hubiese cargado con esta última maleta, «más mi Loira galo que el Tíber latino», los versos de Du Bellay que aprendí de memoria en el colegio, «feliz quien como Ulises vivió un hermoso viaje» y así hasta el final, yo también tengo mis propias *Añoranzas*, Ungaretti decía que el Tíber era un río fatal, Ungaretti nacido en Alejandría de Egipto vivió allí hasta los veinte años antes de embarcarse hacia Roma e instalarse después en Francia, Alejandría, no muy lejos de aquí está Alejandría del Piamonte, no he ido nunca, recuerdo que en Venecia pregunté en una agencia de viajes si había algún barco que llegase a Alejandría y la empleada —una rubia veinteañera, con una especie de horquilla en la boca como quien lleva un mondadientes— me miró desconcertada, a Alejandría hay que ir en tren, y con esa confianza inmediata que te inspiran los

profesionales llegué a imaginar, por lo menos durante un segundo, un tren que iría de Venecia a Alejandría de Egipto, directamente vía Trieste Zagreb Belgrado Tesalónica Estambul Antioquía Alepo Beirut Acre y Puerto Saíd, un desafío a la geopolítica y al entendimiento, pero bueno, una vez advertí su confusión, Alejandría del Piamonte, soñé en un tren que uniría todas las Alejandrías, una red entre Alejandría del Piamonte Alexandretta de Turquía Alejandría de Egipto y Alejandría de Aracosia, quizá la más misteriosa, perdida en Afganistán y lejos de cualquier ferrocarril, el tren se llamaría Alejandro Express e iría de Alejandría Eschate en Tayikistán hasta el Piamonte atravesando los labios de África en trece días y otras tantas noches, Alejandría de Egipto otra decadente ciudad de la decadencia con cierto encanto cuando llueve o anochece, recuerdo que estuvimos en un hotel en la Cornisa la primera vez nos pasamos horas en el balcón ante el Mediterráneo hasta que un bloque de cemento se desprendió y a punto estuvo de matar a un tipo allí abajo, sentado en la terraza, apenas levantó la vista, egipcio acostumbrado a que cada noche el cielo pueda derrumbarse sobre su cabeza, yo dormía con Marianne en aquella habitación doble, ella se desvestía en el cuarto de baño, tenía un cuerpo, un rostro que te desgarraba el alma y la mía no aspiraba más que a eso, los perfumes de Marianne me embriagaban más que el perfume de la lluvia y del mar de Alejandría, nuestro hotel no era el Cecil, nada de Durrell en nuestra visita, en aquellos tiempos yo lo ignoraba todo sobre los libros, sobre Ungaretti o sobre Cavafis ese triste empleado de uno de los inmensos bancos que hay en Ramla, o de la Bolsa del algodón, al salir del trabajo solía pasarme por las enormes pastelerías donde soñaba con Antonio el vencido de Actium mientras miraba contonearse a un camarero árabe y cómo el sol se cernía sobre el robusto mameluco, de noche todos los gatos son pardos, podría encontrarme en Alejandría, en ese hotel de la Cornisa batido por la bruma igual que la lluvia azota ahora mi ventanilla, era una noche triste y llovía, esta vez suavemente, casi con sigilo como la locomotora italiana y de nuevo estoy con Marianne en aquel hotel helado donde temblábamos, cierro los ojos para recordar aquel contacto, aquel coito más bien rápido y vulgar, acaso tuvo lugar, acaso no me dejó más que abrazarla, no creo, ella había guardado su jersey su bufanda, varias corrientes de aire atravesaban la habitación pero por la mañana hacía un sol precioso, el mar completamente azul, Marianne enseguida regresó a El Cairo yo me quedé algunos días a disfrutar de la ciudad y el alcohol, «Ricardo el auténtico pastís de Alejandría» un terrible anisete egipcio que me bebía sin hielo y en vaso de plástico mientras observaba el mar, soledad pura y gloriosa, por la mañana un té en una de esas pastelerías cerca de la estación Ramla con un cruasán duro como una piedra de por lo menos quinientos gramos, mirando mecerse los tranvías en una butaca de cuero que posiblemente se las había visto con los culos ociosos de Tsirkas, de Cavafis, de Ungaretti, fantasmas en aquella ciudad carcomida por la pobreza, de espaldas al Mediterráneo como quien dice de espaldas a la pared, mugrienta e insalubre en cuanto sales de los barrios del centro que ya en sí son mugrientos, un buen lugar para esperar el fin del mundo

comiendo pescado frito bajo ese gran sol de invierno en medio de un cielo barrido por el viento, en este vagón hace mucho calor, me siento adormecer, ya estoy casi dormido mecido por Marianne la de los brazos blancos, su cara se transforma, deformada por el crepúsculo que se desploma sobre los árboles pasando uno detrás del otro, así es como regreso a Alejandría un lugar al que suelo volver y no siempre en sueños, para cerrar transacciones más o menos secretas con generales egipcios cuyo rango no se mide en estrellas sino en Mercedes, con generales que luchaban contra el terrorismo islamista apomazándose concienzudamente la frente con papel de lija todas las tardes para imitar el desgaste que la alfombra produce en la piel al rezar hasta conseguir hacerse un callo y así parecer más devotos que sus enemigos, en Egipto todo es siempre desmesurado, yo anotaba nombres direcciones redes el rastro de activistas llegados desde Afganistán o Sudán, y los militares, cada cual más gordo que el de su lado, salpicando sus frases con *in sha' allah*, *allahu a'lam*, *la hawla*, gente que, con la misma devoción, torturaba brutalmente a los barbudos y los fusilaba en los patios traseros de prisiones superpobladas a lo largo de todo el valle del Nilo, en Alejandría me sentía bien, la segunda vez conseguí llegar por mar, en verano, a bordo de un *ferry* que salía de Chipre, de forma que podías ir de Beirut a Alejandría cambiando de barco en Larnaka lo cual como escala no está nada mal y que además, para alguien que como yo transportaba materiales sensibles, resultaba más práctico que el aeropuerto de Beirut abarrotado de sirios, por supuesto en el momento en que el palacio Ras et-Tin salía de la bruma matutina Marianne ya hacía tiempo que no estaba allí, desde la borda tenías la impresión de ver la parte trasera de la ciudad, a escondidas, sin máscaras, como cuando sorprendes a una mujer al amanecer desnuda en su cuarto de baño, y el mar era tan claro que podías contar las medusas vagando por las aguas tibias: yo en cada viaje pensaba en Marianne, el relámpago de su ropa interior en la habitación helada, los dos segundos de silencio frente a sus piernas desnudas al borde de la cama, cómo ella las escondía bajo las sábanas demasiado deprisa, fuera la tempestad era una furia, el viento golpeaba el ventanal sin postigos, qué hacíamos en la misma cama, ella, víctima de la modernidad, veía en compartir aquel camastro un inocente amanecer de peligro mientras que yo, turbado por el deseo, no llegaba a distinguir más que una oportunidad sublime, el vino rosado llamado Rubí de Egipto que entonces le suministré se ha convertido, junto con el Ricardo, en mi magdalena de Alejandría: a la hora del desayuno con los militares o los oficiales de policía que bebían Johnny Walker a sorbitos sin quitarse las gafas de sol, yo bebía a grandes tragos Rubí de Egipto y Omar Jayam, feliz por el recuerdo de Marianne ante sus ojos horrorizados, pues ellos, los militares y policías, creían que el Profeta no autorizaba más que el *whisky* británico, conocí incluso a alguien cercano al presidente de la República que se hinchaba de salmonetes fritos regados con *single malt*, símbolo de clase, de poder, mientras me contaba con todo lujo de detalles la suerte que había corrido este o aquel, muerto bajo tortura o por no sé qué tormentos; por qué motivo casi nunca iba a El Cairo, ya no me acuerdo, solíamos vernos en

Alejandría o en Agami al borde del desierto libio, seguramente por ser en verano, en invierno todo era diferente, durante el invierno de 1998 en la capital se negoció algo importante, en el Nilo en el límite de Garden City con hombres de negocios que se parecían a los militantes comunistas griegos de las novelas de Tsirkas, hombres de retórica fanfarrona de esos que saben adormecerte con tanto acierto como este tren durante la noche, prudentes y sin embargo afables, Salomé hecha serpiente, lejos de la burda simplicidad de los militares y de los polis, gente que se quitaba los anteojos oscuros para mirarte mejor a los ojos, para juzgarte, para sondearte mientras que el tren me mece, me adormece como en Alejandría donde me dormía temblando y atento a la respiración inasible de Marianne, ahora y a mi pesar estoy atento a las vibraciones del tren a su paso por los travesaños, uno a uno, y tomo conciencia de mi cuerpo sobre el asiento, hombres de negocios egipcios, libaneses y saudíes educados en los mejores colegios británicos y americanos, discretamente elegantes, lejos de los clichés de los levantinos abigarrados y escandalosos, no eran obesos ni iban disfrazados de beduinos, hablaban pausadamente de la seguridad de sus futuras inversiones, como ellos decían, hablaban de nuestros asuntos, de la región que llamaban *the area* «la Zona» y de su seguridad, sin pronunciar jamás la palabra «arma» ni la palabra «petróleo» ni ninguna otra parecida aparte de *investment* y *safety*, yo me preguntaba, como ahora me hipnotiza el paisaje extenuado, entre perros y lobos, quiénes eran los perros y quiénes los lobos, una gente tan civilizada, yo miraba, escuchaba a mi jefe, así es como lo llamaba, escuchaba cómo mi jefe convencía a aquellos amables depredadores, algunos de ellos habían vendido armas a los croatas de Bosnia, otros a los musulmanes, otros en África antes de readaptarse al contrabando con Irak; los señores de la Zona asistían en ese suntuoso hotel de El Cairo a una reunión informal en el transcurso de la cual íbamos a intentar convencerlos de que entrasen en el juego con nosotros, les informamos de la situación, de la ayuda que estábamos en disposición de prestarles para deshacerse al mejor precio de todos los tanques de petróleo iraquí que tenían, el oro negro es voluminoso y flota, a los sirios les costaba verdaderas fortunas despacharlo como si llegase directamente de sus pozos agotados del Éufrates cuando en realidad acababa de ser embarcado en Latakia, extraño recorrido, todo el mundo tenía toneladas y toneladas de crudo del que deshacerse, a tal punto que unos años más tarde los diplomáticos franceses procedentes de Bagdad se pasearían por París a plena luz del día con miles de barriles a la venta como si se tratase de botes de mermelada, me recordaban el tráfico de los cascos azules en Bosnia, que vendían sus raciones, su gasolina, y alquilaban sus vehículos blindados como taxis para Split o Zagreb de la forma más natural del mundo, satisfechos de su buena conciencia y del dinero que conseguían con esos servicios y a pesar de todo quejándose del peligro, igual que nuestros businessmen de la Zona que no adivinaron la amenaza tras la mano tendida, los juegos mortíferos que iban a desplegarse en el curso de los años siguientes, por supuesto yo ignoraba que todo eso acabaría por propulsarme como una bala hacia

Roma a ciento cincuenta por hora a través de la llanura helada y estriada por los árboles del paisaje, este paisaje roído por el crepúsculo lombardo alumbrado de repente por la estación de Lodi: el puente de Lodi sobre el Adda no debe de estar lejos, durante la primera campaña de Italia un poco antes de rendirse en Egipto el propio Bonaparte combatió allí; Bonaparte quizá el soldado más grande del Mediterráneo junto con Aníbal y César, el corso sombrío amado por Zeus se enfrentó a mis antepasados croatas que combatieron bajo las órdenes de los austríacos desplegados delante del puente en la otra orilla del Adda, doce mil soldados, cuatro mil jinetes con sus cañones sus pesados fusiles de bayonetas interminables y su música militar, Napoleón se pone manos a la obra, ayuda a situar las piezas, ha sido artillero, está junto a sus hombres, les insufla coraje y determinación como Atenea a los griegos, van a cruzar, contra todo pronóstico van a lanzarse al asalto de un puente de madera sobre el que no dejan de llover balas y metralla, una columna de seis mil granaderos carga sobre un tapiz hecho de sus propios cadáveres caídos al ritmo de las salvas austríacas, en medio del puente vacilan, Lannes el pequeño tintorero del Gers se adelanta brama y sable en mano al frente de sus hombres desemboca en la orilla opuesta ante unas tropas aterrorizadas, los franceses se abren camino entre las líneas enemigas a cuchillo mientras la caballería vadea el río por arriba y masacra a los croatas en plena desbandada, dos mil muertos y heridos, dos mil habsburgueses caídos en unas pocas horas cubren la orilla del río, dos mil cuerpos que los campesinos lombardos despojarán de sus objetos de valor, medallas de bautismo, tabaqueras de plata o de esmalte, en medio de los estertores de los agonizantes y los heridos en esa noche del 21 de floreal de 1796 año IV de la Revolución dos mil fantasmas dos mil sombras tantas como formas al otro lado de esta ventanilla, los álamos, las chimeneas de las fábricas, nos dirigimos hacia el Po, la oscuridad cae sobre el campo, el Gran Ejército que todavía no se llama así entra en Milán el día después de la batalla del puente de Lodi, el Pequeño Caporal ha nacido, el mito se ha puesto en marcha, Bonaparte continuará con su aventura hasta Rusia, pasando por Egipto; dos años más tarde desembarcará en Alejandría con la idea de modelar para Francia un Imperio como el de la India británica, y los muertos ya no cubrirán las orillas del Adda sino los alrededores de las pirámides: quince mil cadáveres humanos y algunos miles de équidos mamelucos se pudrirán a orillas del desierto, los serpenteos de los gusanos darán paso a charcos de moscas negras y vacilantes sobre los ríos de sangre absorbidos por la arena, justo allí donde, hoy en día, los que sucumben son los turistas ante los asaltos de los vendedores de postales de *souvenirs* de todo tipo, en Egipto las moscas son incontables, a algunos cables del Valle Fértil, sobre las vacas muertas colgadas en los mercados cubiertos, irrigados por acequias nauseabundas por las que fluía apaciblemente la sangre de las bestias sacrificadas, el olor de carne muerta debía de ser el mismo después de la batalla, las moscas siempre ganan, yo apoyo despacio la cabeza contra la ventanilla, doblado por la velocidad en la penumbra, adormilado por el recuerdo del espeso calor de El Cairo, por los mangos

polvorientos, los bayanes deformados, los edificios vetustos, los turbantes claros de los porteros y las habas hervidas que al alba apestaban tanto como el ganado colgado al sol, a dos pasos de la embajada de Gran Bretaña donde en los años cuarenta pululaban los espías y hoy las cucarachas, en una pensión sin nombre en el último piso de un edificio cuyo hueco de ascensor servía de conducto de evacuación de basuras, donde se amontonaban, hasta la altura del segundo piso, colchones destripados y bicicletas herrumbrosas, milagrosamente mi habitación tenía un pequeño balcón y por la noche, en la calma relativa de la ciudad que nunca duerme, yo vigilaba la faja negra del Nilo perfumada por el siluro, estriada por las luces oscilantes de la nueva ópera en la isla de Guezira, magnífico siluro de bigotes largos y luminosos, leía las *Ciudades a la deriva* sin acabar de entender, sin reconocer en las artimañas de las sombras entre sus páginas mis propios pasos de soplón internacional, como hoy, sentado bajo mi maletín, inmóvil a más de cien kilómetros por hora, me dejo llevar a través del crepúsculo sin acabar de ser realmente consciente del juego en el que estoy metido, de los hilos que tiran de mí con la misma seguridad con que este tren me lleva hacia Roma, y en ese dulce fatalismo al que te inducen el hastío y el insomnio mis ojos se pierden en medio de la tarde de diciembre y de las luciérnagas de escarcha que a veces ilumina el tren sobre los árboles sin hojas, la vida puede parecerse a un mal folleto de agencia de viajes, París Zagreb Venecia Alejandría Trieste El Cairo Beirut Barcelona Argel Roma, o a un manual de historia militar, conflictos, guerras, la mía, la del Duce, la de Millán Astray el legionario tuerto o bien antes de todas ellas la de 1914 y así sucesivamente desde la guerra del fuego, como un buen soldado esta mañana he llegado a la estación de Lyon en París a la hora en punto, menuda idea me he escuchado a mí mismo decir por teléfono, menuda idea la de venir en tren, supongo que tendrá usted sus razones, no las tengo, creo, simplemente perdí el avión y en el tren que me ha traído a Milán, medio adormecido, he soñado —hace cuánto que no tomaba un tren— en la guerra de España y en los guetos polacos, sin duda influido por los documentos de mi maletín, cuya tinta informática ha debido de fluir sobre mi asiento y penetrar en mi sueño, a menos que se tratase de los dedos diáfanos de Marianne con sus venillas azuladas, en este punto de inflexión de mi vida, hoy 8 de diciembre soñaba despierto sentado entre dos ciudades muertas igual que el turista observa, a merced de la barcaza que lo pasea, cómo desfila el Mediterráneo bajo sus ojos, interminable, bordeado por peñascos y montañas esos túmulos célticos que señalan tantas tumbas tantas fosas comunes tantos osarios un nuevo mapa otra red de rastros de caminos de vías ferroviarias de ríos que continúan arrastrando cadáveres restos trozos gritos huesos olvidados honrados anónimos o consignados en el gran registro de la historia vil pergamino que imita vanamente al mármol aunque más bien se parece a la revista de dos perras que mi vecino ha doblado para poder leer sin esfuerzo, la sobredosis del businessman italiano, los escándalos tan poco escandalosos de actrices y mujeres de vida alegre, los hechos y las gestas de unos desconocidos, tan próximos en realidad al contenido

del maletín, secretos que voy a revenderles a sus legítimos propietarios, fruto de una larga investigación en el transcurso de mis actividades como soplón internacional: en 1998, entre dos reuniones, recorría yo la ciudad en el invierno siempre claro de El Cairo, cuando posiblemente hay menos polvo que en verano y sobre todo cuando el calor es soportable, cuando los egipcios dicen que hace frío, extraña idea en una ciudad donde la temperatura jamás desciende de los veinte grados, en la avenida Qasr al-Ayni en el límite de la decadencia de Garden City el barrio eminentemente británico y ruinoso donde estaba mi hotel había una tienda de alcohol regentada por unos griegos, yo iba de vez en cuando a aprovisionarme de Ricardo el auténtico pastís de Alejandría, para no molestar a los musulmanes en los escaparates no había más que montañas de cajas de pañuelos de papel azules, rosas o verdes mientras que en el interior los viejos estantes de madera se doblegaban bajo el peso del Metaxa, el *gin Bordon's* y el *whisky J&C* «made in Arab Republic of Egypt» todos ellos fabricados sin duda a partir del mismo alcohol base que en su inmensa mayoría servirá más tarde para elaborar productos de limpieza, para lustrar metales o limpiar cristales, los egipcios no se arriesgaban, mis militares no bebían más que bebidas importadas adquiridas en los *duty free*, los envenenadores griegos no debían de ganar mucho dinero, de hecho se dedicaban básicamente a venderles cerveza a la gente del barrio y algo de anís a los aventureros idiotas o fascinados por las etiquetas, envolvían las botellas en páginas de un viejo número del *Ta Nea* de Atenas, luego en una bolsa de plástico rosa tomándose su tiempo para explicarte en un francés florido que «más vale no cogerla por las asas», siempre sin una sonrisa, lo que de inmediato me recordaba los Balcanes y aquella vieja broma según la cual hace falta un cuchillo para hacer reír a un serbio, sin duda los helenos son balcánicos, aunque solo sea por la parsimonia de la sonrisa; donde los griegos de Qasr al-Ayni siempre había un hombre bastante viejo sentado en un rincón de la tienda en una silla de madera con la efigie de Cleopatra, les hablaba en francés a los tenderos con un acento extraño, solía llevar consigo un cuarto de Metaxa o de coñac Ami Martin envuelto en papel de periódico y se emborrachaba con método y discreción mientras conversaba con los clientes, la primera vez que lo oí insultaba abiertamente a Nasser y a los arabistas, decía, con veinticinco años de retraso, que ya hacía tiempo que Nasser había muerto y que con él murió el panarabismo o poco le faltaba, resultaba sorprendente escuchar a aquel viejo borracho con la mirada marcada por el sol de El Cairo, flaco y metido en un traje gris oscuro demasiado grande, en resumidas cuentas, de aspecto local, mantener semejante pugna con el padre de la nación, me recordaba al abuelo de mi camarada de guerra Vlaho, un viejo viñador dalmata que se pasaba el tiempo injuriando a Tudjman y tratándolo de beato fascista, porque él había sido partisano y había combatido en el Neretva con Tito, nos insultaba todo el rato, nos trataba de nazis y otras gentilezas, debía de formar parte del 7 o el 9 por ciento de la población que se proclamaban «yugoslavos», y entre ellos era sin duda el único campesino, el único campesino y el único dalmata, en aquella tienda de alcohol griego de El Cairo me

acordé del viejo al verme frente a aquel tipo tan extraño que trataba sin ambages a Nasser de ladrón y de chulo pimplándose un aguardiente que por lo visto todavía no había conseguido dejarlo ciego, aunque quizá loco sí, era holandés, se llamaba Harmen Gerbens, tenía setenta y siete años y vivía en Egipto desde 1947, un portento de la naturaleza, como suele decirse, para haber resistido tanto tiempo aquellas bebidas adulteradas, nacido en 1921 en Groninga; seguramente ya estará muerto, mientras unas gotas de aguanieve estrían el campo milanés del otro lado de mi ventanilla quizá él ya haya reventado en su cama, por sorpresa, o después de una larga agonía, de un hígado enfermo o de un corazón que flojea, o bien atropellado por un taxi mientras cruzaba la avenida Qasr al-Ayni para ir donde sus amigos griegos, quién sabe, quizá todavía siga vivo, perdido en un asilo para ancianos o en su inmenso y lúgubre apartamento de Garden City, donde puede que vaya tirando cobrando una pequeña jubilación egipcia «de ingeniero» mecánico, tal vez una palabra excesiva para alguien que en 1943 se enroló como mecánico en la cuarta brigada de Panzergrenadier SS «Nederland» cuyas últimas unidades se rindieron a los estadounidenses al oeste de Berlín en mayo de 1945 después de dos años de continuos enfrentamientos, Gerbens es muy hablador, una tarde me cuenta su vida en su antro oscuro y vacío en el primer piso de un edificio ruinoso, ante todo procura explicarme por qué Nasser era un cabrón; qué es lo que me hizo pensar en ese viejo neerlandés desabrido a la altura de Lodi, yo entonces ignoraba que la brigada «Nederland» hubiese estado destacada algunos meses en Croacia para luchar contra los partisanos tras la retirada italiana de otoño de 1943, quizá llegase a combatir contra el abuelo de Vlaho, puede, tal vez pensé en Harmen en el momento de la elección, cuando también yo partía hacia una nueva vida como había hecho él tras un año de privaciones y ofensas en un país destruido asolado por la guerra, salió de allí por intermediación de un primo que trabajaba desde antes de la guerra en el puerto de Alejandría, hoy que Egipto es un claro ejemplo de pobreza resulta extraño que alguien pudiese emigrar allí como capataz y mejorar su situación, le pregunto a Harmen si su pasado en las Waffen-SS tuvo algo que ver con su decisión de salir de allí, él me responde que no, que sí, que quizá, tras la derrota pasó algunos meses en una prisión militar, después de todo yo no era más que un mecánico, decía, y no un nazi, reparaba sus tanquetas y sus camiones, y así no es como se consigue la *Ritterkreuz* ¿no?, no me acuerdo de nada más, nos dejaron irnos bastante rápido, era la primera vez que estaba en prisión; durante tres años se vio obligado a trabajar en el puerto de Alejandría, reparar y llevar el mantenimiento de las grúas, las carretillas y toda la maquinaria de las instalaciones portuarias, tuvo dos hijas, las dos niñas, con una mujer de Groninga, al principio a ella le gustaba mucho Egipto, decía, al principio, y yo pienso en mi madre igualmente desplazada, criada lejos de su país un país que casi no conoce, mi vecino del *Pronto* ha cerrado su revista, se levanta y se va al bar o al baño, quién sabe dónde nacieron sus padres, posiblemente emigraron de Nápoles o de Lecce cuando todavía eran jóvenes para probar fortuna en el próspero

norte, en cuanto a Harmen Gerbens él emigró al próspero sur; más tarde dejó Alejandría por un puesto mejor en Helwan cerca de El Cairo en la nueva industria de armamento que fabricaba los fusiles Hakim, pesados 8 mm adaptados de un modelo sueco, todo el equipo y la maquinaria procedía directamente de Malmö, incluidos los ingenieros: yo me entendía bien con ellos, cuenta Harmen, estaba al cargo del mantenimiento, el Hakim era un fusil maravilloso, mejor que el original, casi sin retroceso a pesar de la desmesurada potencia del cartucho Mauser, hasta soportaba la arena en el interior del mecanismo de eyección me sentía muy orgulloso de fabricarlo; después de la revolución de Nasser todo empezó a *torcerse* me dice Harmen, fui el único extranjero que se quedó en la fábrica, todo el mundo se fue, los griegos, los italianos, los británicos hasta que un día estalló la guerra: los ingleses, los franceses y los israelíes decidieron intervenir en Suez; me arrestaron por espionaje el 31 de octubre de 1956, el día siguiente del bombardeo del aeropuerto, y me encerraron en el «barrio de los extranjeros» de la prisión de Qanâter, Harmen nunca llegó a saber ni cómo ni por qué, ni en favor de quién se supone que había cometido el delito de traición, Harmen Gerbens ya estaba considerablemente borracho cuando me contaba esta historia, babeaba un poco, el té se le quedaba suspendido en el bigote laso y luego le chorreaba por la comisura de los labios, su acento era cada vez más pronunciado y le temblaban la barbilla y las manos mientras el sol poniente se sumergía en la sombra del apartamento vacío, vacío de la mujer y de las dos hijas que habían sido «expulsadas» a Holanda poco después de su detención, Harmen Gerbens el alcohólico neerlandés permaneció ocho años en Qanâter, olvidado por los dioses y por su consulado, más tarde supe por qué, ocho años en el barrio de los extranjeros junto al presidio en el que cuarenta años más tarde se pudrirían mis islamistas, y es que era el mecánico oficial del director de la prisión, Gerbens escupe en el suelo con la sola mención de su nombre, vierte un buen chorro de alcohol en su té pronuncia unas terribles atrocidades neerlandesas y yo me pregunto si esta historia será verdadera, si es realmente posible que este hombre haya pasado ocho años en prisión por una razón tan oscura, si no será simplemente un tipo acabado, un viejo loco roído por la soledad y el aguardiente; por qué no regresa usted a Holanda, no puedo responde, ni puedo ni es algo que te concierna, yo no le objeto nada saludo al viejo borracho está a punto de llorar me acompaña hasta la puerta; el hueco de la escalera está lleno de basura y yo bajo a reencontrarme con la agonía roja de las tardes de El Cairo con olor de momia

III

Harmen Gerbens el holandés cairota descansa ahora en el maletín sobre mi asiento; un nombre y una historia, cronológicamente el primero de la lista, en su momento yo no sabía que la lista había comenzado y que me iba a tocar llevarla a Roma cinco años más tarde, tembloroso con una terrible resaca agotado febril sin conseguir pegar ojo, no habría escogido el Vaticano de no ser porque Sashka me esperaba en el Trastévere, en ese pequeño apartamento en una planta baja junto a un hermoso patio, Alexandra llamada Sashka pintora rusa con mirada de icono lo más duro ya ha pasado, lo más duro, dejarlo todo atrás dimitir perder de vista a mi extraño jefe, desde Venecia, después de mis dos años de guerra, jamás he sido tan libre, ya no poseo nada, ni siquiera mi verdadero nombre; tengo un pasaporte usurpado a nombre de Yvan Deroy, que nació casi al mismo tiempo que yo en París y está internado desde hace mucho en una institución para psicóticos de las afueras, alguien que nunca tuvo un pasaporte y a cuyos médicos sorprendería saber que ahora mismo anda por Italia, he conseguido este documento de manera absolutamente legal con una partida de nacimiento y un certificado de empadronamiento expedidos por el Ayuntamiento del distrito XVIII de París: ya he llevado otros muchos nombres los últimos años, impresos en documentos de identidad de todo tipo, ahora me agarraré con fuerza al de Yvan Deroy, esta tarde el psicótico mudo dormirá en el Piazza de Roma, ha hecho una reserva por internet desde un cibercafé de los Campos Elíseos, Yvan Deroy no irá a ver a su amante romana enseguida, antes le devolverá su última maleta a quien corresponda, como suele decirse, alguien le hará una visita en su habitación procederán al intercambio y luego Yvan Deroy desaparecerá de forma más o menos definitiva, desde el último mes a Yvan le esperan una nueva vida y una cuenta corriente abierta en una sucursal de un banco cualquiera, lo cual supone un cambio con respecto a esa libreta donde sus padres ingresan regularmente los pequeños extras de su «pensión», ahora es titular de una tarjeta de crédito internacional; Yvan se ha comprado dos pantalones y otras tantas camisas en unos grandes almacenes, ha sacado algo de dinero en metálico ha pagado por adelantado una noche en el Piazza y un billete de avión que no ha utilizado y ahora juega a descifrar el paisaje de la noche que empieza a caer, lejos de Venecia de Alejandría de El Cairo de Marianne la de los pechos blancos un poco más cerca del fin del mundo a treinta kilómetros de Milán donde Bonaparte descansa durante unos días en mitad de su primera campaña de Italia, en un magnífico palacio confiscado no sé a quién, Milán cuya estación tanto se parece a los templos faraónicos que llegó a conquistar el mismo Bonaparte antes de lanzarse siempre hacia delante en su expedición siria y antes del desastre del sitio de San Juan de Acre, Yvan Deroy el esquizofrénico delirante o catatónico metido en una institución especializada en L’Haÿ-les-Roses, en el asilo como hubiésemos dicho en otros tiempos; Yvan no sale de su letargo más que para aullar y agredir con violencia tanto al personal como a los otros pacientes, intenta matarlos pues son sus enemigos,

grita, quieren hacerle daño él simplemente se defiende no hay más sin parafernalia mística sin voces sin alucinaciones Yvan solo abandona su estado semicomatoso en sus arranques de violencia pura de bestia feroz a merced de las fases de la luna o de la evolución de su tratamiento, y eso desde hace casi veinte años y a pesar de la cantidad de medicamentos que ha engullido, él resiste, su enfermedad resiste a toda terapéutica, ahora Yvan soy yo, en su época llevaba la cabeza afeitada levantaba el brazo derecho quería acabar con la podredumbre democrática con los siervos del bolchevismo y con el judaísmo internacional, los domingos iba a la iglesia a repartir octavillas entre los burgueses a los que asustaba más que otra cosa, leía a Brasillach y cada 6 de febrero acudía a su tumba con otros militantes para homenajear al mártir y prometerle venganza a la víctima de la injusticia gaullista y del odio judío, Yvan y yo visitamos a Maurice Bardèche un fascista oficial que nos regaló un volumen de su historia profranquista de la guerra de España escrita en colaboración con Brasillach; Yvan Deroy se volvió loco, yo lo olvidaba cumpliendo una preparación militar normal seguida de una preparación militar como paracaidista y en realidad de tantas preparaciones militares como me fue posible antes de ir a servir a Francia, voluntario para un servicio largo decíamos entonces, varios meses destacado en las montañas, espíritu de equipo canciones armas marchas comandos nocturnos granadas artillería ligera una dura felicidad compartida con los camaradas, cuando volvía de permiso y relataba mis ingenuas hazañas marciales me sentía orgulloso, el retoño de Ares no era todavía más que un cachorro del ejercicio, del entrenamiento, de maniobras en el sur de Francia, de maniobras en el norte de Francia, de maniobras en los Alpes siempre contento por tener una vida tan llena de armas honor y Patria, sudando en las montañas en el puerto de Grand Saint-Bernard con Aníbal y Bonaparte, aunque a ellos, a lomos de sus elefantes o sus caballos, no les salieron ampollas en los pies, Aníbal el tunecino estuvo a un paso de conseguirlo, Roma tembló, Bonaparte lo consiguió, Austria capituló; Yvan Deroy recuerda hoy en este tren que sus padres estaban orgullosos de él, que esos fervientes católicos veían su preparación militar como una especie de campamento *scout* donde fortalecer cuerpo y alma, su madre le susurraba al oído, de forma profética, «no lo olvides, tu patria también es Croacia», yo quería hacer política ingresar en Ciencias Políticas cuando acabase mi dedicación militar a las banderas, se me daba bien la historia contemporánea era tenaz y trabajador y todo iba a sonreírme incluso Marianne que a pesar de no compartir mis opiniones derechistas provenía de una buena familia cristiana, Yvan Deroy acaba de atravesar una vez más los Alpes mientras su verdadero cuerpo languidece a la espera del fin del mundo postrado en una silla de ruedas; ahora viajo de incógnito y de forma «legal» me limito a transportar una maleta, invisible entre esta muchedumbre de identidades y minúsculas transacciones bancarias, Yvan Deroy, imposible dormir por culpa de la media anfetamina que me he tomado esta mañana para aguantar después de no haber dormido más que dos horas medio borracho he perdido el avión como un imbécil y todavía más tontamente me he precipitado hacia el tren en lugar

de esperar al siguiente, ahora tengo hambre, un poco, quizá debería ir a comer o mejor a beber cualquier cosa, rodamos a gran velocidad llovizna levemente esta noche de diciembre me recuerda las largas noches del otoño croata, los campos de maíz son idénticos la lluvia también, en Eslavonia, alrededor de Osijek en 1991 nos estábamos helando metidos en nuestras chaquetas de caza y a pesar de toda mi preparación militar y mis hazañas alpinas tenía miedo, era el más experimentado de mis compañeros y tenía miedo, nada de Aquiles con sus hermosas cnémides, tiritaba de miedo agarrado a mi kalashnikov la mejor arma de nuestra escuadra que me habían confiado por mi experiencia militar mi croata era rudimentario decía cañón pequeño en lugar de mortero balas en lugar de cargador grupo en lugar de sección por no hablar de los regimientos batallones y unidades que todavía confundo, afortunadamente estaba Andrija, Andrija el león tenía coraje para dar y tomar era un campesino de los alrededores de Osijek pescaba lucios y carpas en el Drava y el Danubio y con ellos su madre cocinaba un horroroso ragú de pescado terriblemente picante que olía a cieno; si lo pienso ahora es sin duda porque tengo hambre, la mejor comida que jamás haya probado se la debo a Andrija, una noche próxima a Navidad, estábamos agotados y helados en una granja prácticamente destruida que utilizábamos como cuartel general comenzamos a beber *šljiva* para entrar en calor a cuatrocientos metros de allí los chetniks también estaban a resguardo en sus refugios sin demasiada novedad en el frente algunos obuses unas cuantas explosiones como para mantener el calor; a nadie le gusta manipular morteros cuando llueve y hace frío los cartuchos se te resbalan entre las manos enguantadas chapoteas en el lodo y el tubo siempre se hunde un poco y malogra el tiro, más vale quedarse entre cuatro paredes aunque haya goteras y corrientes de aire: bebemos nos emborrachamos y dos horas más tarde morimos de hambre, no nos apetece comer latas sino un poco de fiesta, Andrija me toma de la mano me dice ven ven sé dónde hay una cena magnífica y así es como salimos de allí a chapotear bajo la lluvia entre las minas en medio del campo y de la oscuridad con un fusil de asalto en la mano, me arrastra hacia el extremo oeste del sector casi delante de nuestras líneas; espera van a tomarnos por serbios nos freirán a tiros, cierra el pico, responde, me señala una granja en ruinas al otro lado, del lado chetnik: allí hay cerdos unos cerdos preciosos, qué quieres que hagamos con un cerdo le digo, pues comémoslo pobre imbécil se oye una detonación y la noche se ilumina silbando, se iluminó de azul y nosotros nos echamos al barro; los nuestros nos habían localizado, Dios sabe cómo, y obviamente pensaban que éramos serbios, serbios desequilibrados que habían venido a pasearse bajo la lluvia entre las minas enemigas, sin duda dispararían un obús o dos por seguridad, Andrija empezó a arrastrarse directo hacia los cerdos, los chetniks y la cena, afortunadamente ese campo de minas nos pertenecía hasta la altura del camino, más o menos estábamos en terreno conocido, la tierra empapada pegada al vientre un pequeño mortero de 40 milímetros estalló en alguna parte detrás de nosotros cómo es posible que todavía hubiese cerdos en una granja bombardeada al borde del camino que nos

separaba del enemigo, los oí al poner las minas responde Andrija, al llegar al asfalto esperamos unos minutos, el silencio es total, cruzamos, al otro lado aproximadamente a doscientos metros están apostados los serbios; distinguimos unas luces difusas, echamos un trago de aguardiente para mantener el calor y envalentonados por la *šljiva* sin preocuparnos por las trampas explosivas que podría haber colocado el enemigo nos acercamos a la granja en ruinas, escuchamos durante un rato y efectivamente reconocimos los gruñidos de unas bestias que se habían percatado de nuestra presencia, y ahora qué, ¿cómo coño vamos a encontrar un puto guarro negro en esta oscuridad? Andrija se echó a reír con una risa loca y a taparse la boca con la mano, no podía parar, trataba de dominarse y sus hipidos se convertían en una especie de gruñido porcino, lo cual le hacía reír más todavía, en medio de aquel silencio sus *hiiic hiiic* animales debían de oírse a varios kilómetros; para, tus ruidos van a abrirles el apetito a los chetniks, le dije, y Andrija atajó su risa histérica, allí estábamos los dos en medio de la oscuridad borrachos como unos cerdos en plena *no man's land* echados en el barro bajo la lluvia frente a una granja bombardeada con los serbios a no más de doscientos metros, tan ebrios que ni siquiera oímos cuando dispararon un obús croata que cayó apenas a veinte metros, la explosión brusca y brutal nos motea de tierra, la risa de Andrija se detiene de golpe, venga va, me dice, vamos a buscar a ese puto animal y regresemos, los serbios empiezan a responder, los morteros salían disparados justo de delante de nosotros, del 80, íbamos a quedarnos allí atrapados entre dos fuegos y sin cena, debía de ser casi medianoche, rodeamos la barraca con precaución y en la claridad de una explosión cercana descubrimos una cerda enorme confinada en un corral improvisado, turbada por los obuses daba vueltas sobre sí misma como un ganso Andrija empezó a reírse de nuevo, tanto o más que antes, cómo vamos a llevarnos a este mastodonte habrá que descuartizarlo aquí mismo se acercó a la bestia sacó su bayoneta la cerda trató de morderle y empezó a chillar, entonces el cuchillo atravesó su grasa y una risa loca se apoderó también de mí, a pesar del bombardeo a pesar de los chetniks que debían de estar preparando un asalto, tenía delante de mí a un soldado empapado y cubierto de lodo con un puñal en la mano y corriendo tras un animal enloquecido entre el estruendo de las explosiones, una ametralladora empezó a disparar del lado serbio, Andrija aprovechó para meterle al bicho una bala de kalashnikov 7,62 un calibre demasiado pequeño para cazar al cerdo tendría que haberle disparado en plena cabeza la cerda continuó aullando cada vez cojeaba más Andrija el loco sanguinario acabó por saltar sobre su lomo con el cuchillo entre los dientes como los bolcheviques en las ilustraciones nazis, Andrija cabalgaba su cochino como un poni a mí me dolía la barriga de tanto reír, finalmente alcanzó su carótida con el cuchillo y la cerda cayó abatida gorgoteando en medio de un mar de sangre negra y de gruñidos, a nuestro alrededor la batalla continuaba con furor, intercambio de artillería y de ráfagas de ametralladoras; acabamos con la cantimplora de *šljiva* y con la bestia agonizante antes de precipitarnos sobre ella bayoneta en mano para largarnos cada uno con un jamón lo que nos llevó por lo

menos un cuarto de hora de esfuerzos sobre todo para arrancarle el hueso del cuerpo, entre tanto el duelo de artillería había quedado en empate, ya solo nos quedaba volver y arrastrarnos durante una buena parte del camino cargando con las patas del animal que debían de pesar cerca de quince kilos cada una; llegamos mojados rendidos apestando a mierda cubiertos de lodo de orines y de sangre hasta tal punto que los camaradas creyeron que nos habían herido de muerte, cuando finalmente caímos de agotamiento en un sueño sin sueños, en el suelo, Andrija todavía ceñía amorosamente una de las orejas de la cerda como agarra un niño su sonajero; el día siguiente llovía a mares hicimos asar ambos muslos con fuego de madera mojada y los dioses se mostraron tan felices por ese holocausto porcino que nos protegieron de los obuses con los que los serbios, seducidos por el olor, nos honraron durante toda la jornada: el perfume en el viento les recordaba cruelmente que habíamos aligerado a su mascota de sus dos patas traseras, Andrija conservó en su bolsillo durante toda la guerra «la oreja de chetnik» reseca y velluda, los reclutas llegaron a creer con horror que poseía una monstruosa reliquia humana arrancada al enemigo, Andrija te echo de menos, hemos vivido juntos dos años de Eslavonia a Bosnia de Osijek a Vitez pasando por Mostar la herzegovina, Andrija tan divertido y tan brutal gran soldado muy mal tirador sin duda no era el arquero Apolo quien guiaba tus disparos, tu protector era Ares el furioso, eras fuerte audaz y valiente: Apolo protegía a los serbios y a los bosnios, Atenea la de los ojos garzos velaba como podía por nosotros; en ese gran combate entre el Este y el Oeste, la diosa se apareció en Šibenik, en Medjugorje, Virgen del límite del Occidente católico: tal como me contó Ghassan en Venecia, la estatua de la Virgen de Harissa, encaramada en su montaña a seiscientos metros sobre el nivel del mar, se había vuelto hacia el Beirut bombardeado en signo de piedad o de aliento para los combatientes, también ella en el límite del mundo occidental, así la Virgen de Medjugorje sentía lástima por sus hijos durante las incursiones de los musulmanes e inscribía mensajes de paz en el cielo de Herzegovina: ninguna aparición en mi ventanilla donde se ha instalado el negro, las puestas del sol de verano sobre el mar cerca de Troya eran mucho más bellas; Apolo el arquero de Oriente también guio a los artilleros turcos junto a los Dardanelos bien guardados, a orillas del Escamandro, frente al cabo Helles donde se encuentra el monumento a los soldados sin tumba de la batalla de Gallípoli, blanco como un faro, allí podemos leer más de dos mil nombres británicos por otros tantos cuerpos cuyos restos quedaron esparcidos en la península junto con los huesos polvorientos de los mil doscientos franceses no identificados de los años 1915 y 1916, antes de que el Cuerpo Expedicionario de Oriente renunciase para probar suerte hacia Tesalónica y apoyar a los serbios frente a los búlgaros, dejando los Estrechos inviolados después de diez meses de batalla y ciento cincuenta mil cadáveres franceses, argelinos, senegaleses, ingleses y australianos, neozelandeses, sijs, indios, turcos, albaneses, árabes o alemanes, como tantos beocios, micénicos, valientes árcades o cefalónicos magnánimos contra los dardanos, los tracios, los pelagos de las jabalinas furiosas o

los licios venidos de lejos, guiados por la lanza del irreprochable Sarpedón, pero los Aliados no tuvieron paciencia para esperar diez años, la batalla de los Dardanelos o de Gallípoli fue salvaje y rápida, comenzó con una tentativa naval de forzar los Estrechos el 18 de marzo de 1915 a las diez treinta de la mañana: embarcaciones británicas y francesas se propusieron avanzar en tres filas y bombardear los fortines otomanos a babor y estribor, a ciegas, para intentar poner fuera de combate sus baterías móviles, los gigantescos proyectiles de marina —305 milímetros, doscientos kilos de carga— eran tan poderosos que las casas de los pueblos vecinos se hundían solo con las vibraciones, el propio Hefesto soplabla sobre su fragua, la tierra temblaba y Seyit Çabuk Havranlı el artillero turco, desde lo alto del fuerte de Rumeli Mecidiye, contemplaba cómo a cada salva los pesados navíos quedaban inmóviles sobre el mar impenetrable, vio cómo el acorazado *Bouvet* chocaba con una mina a la deriva y desaparecía por completo en menos de seis minutos, quinientos cincuenta hombres llevados por un ataúd blindado a ochenta metros de profundidad en medio de las medusas, el artillero Seyit y sus compañeros barren la llanura sin piedad a golpe de obús hasta que un proyectil del HMS *Ocean* daña la pieza: le han dado a la vagoneta que lleva las municiones hasta la culata, imposible transportar las ojivas, pero el artillero Seyit es un leñador de las laderas del monte Ida, descendiente de los misios de Tróade, así que se echa a la espalda los doscientos kilos de metal y de explosivos sufre se dobla el propio Zeus le ayuda y lo anima Seyit lleva su carga hasta el alma todavía ardiente del cañón carga la pieza que el oficial de tiro apunta hacia el HMS *Ocean* inmóvil en medio del estrecho, también acaba de chocar con una mina: Apolo guía la flecha turca hacia el destructor británico, las cuatrocientas libras explotan en la popa del navío inglés que anula su timón y abre una importante vía de agua, en breves instantes el compartimiento trasero queda inundado: a la deriva, amenazado por las minas, el *Ocean* se hundirá unas horas más tarde, convirtiéndose en un héroe a *Koca Seyit* de Havran leñador del monte Ida; *Koca* el gigante había servido como soldado raso desde 1912 y combatido con serbios y búlgaros en los Balcanes, el cráneo rapado, el bigote orgulloso, a falta de mayor gloria el ejército turco lo ascendió inmediatamente a onbaşı, cabo, me pregunto qué debió de pensar el gigante de Misia cuando los periodistas de Estambul fueron a fotografiarlo, según la foto de la época se muestra incómodo, modesto, por otra parte no es muy grande, los reporteros de la propaganda quieren inmortalizarlo con un obús en brazos, lo intentan pero Seyit no consigue repetir la hazaña, Zeus ya no está allí para ayudarlo, el proyectil pesa demasiado, pero eso no supone un problema pues se le fabrica una réplica de madera que el pequeño cabo toma sobre su espalda, es cuando el fotógrafo pone en marcha su aparato y humilla para siempre a Seyit de Havran convirtiéndolo en un mentiroso ante la posteridad, en un Hércules de feria: desmovilizado en 1918 Seyit regresa a su bosque, ahora se llama Seyit «Çabuk», «el de los pies rápidos»; más tarde trabaja en las sombrías minas de carbón donde según parece contraerá la enfermedad de los pulmones que acabará con él a la edad de cincuenta años,

absolutamente olvidado, hasta que se erija una bonita estatua de bronce en su honor cerca de la fortaleza de Kilitbahir, con su carga a la espalda, los doscientos kilos de explosivos que llevaron la destrucción a los buques de Argos; hacía buen tiempo y el mar se veía precioso, cuando está despejado desde la península de Gallípoli pueden verse hasta las colinas cercanas a Troya, Asia, la estrecha herida marina de los Dardanelos se abre al mar de Mármara a unas cuantas leguas de Constantinopla, en julio de 1991, de vacaciones con Marianne en un hotel club, no me despegaba de la televisión a la espera de cualquier noticia sobre Croacia, si no recuerdo mal las vacaciones eran el regalo de sus padres por nuestro compromiso, aunque finalmente no hubo compromiso, salí a la caza del cochino y a encontrarme con Andrija en Osijek más bien me comprometí con la muerte como dice la canción de marcha de los legionarios españoles, aunque Marianne llevaba igualmente una sortija con un diamante y unos pendientes de oro que yo le había regalado posiblemente los mismos que llevó Helena de Lacedemonia bajo su velo, aquel fastidioso club ofertaba algunas excursiones organizadas, una a los Dardanelos otra a Troya es todo cuanto Marianne logró que aceptase, la estatua de Seyit el porteador militar estaba totalmente nueva el guía nos contó la historia entre sollozos, luego nos hizo visitar la casa donde se alojara Mustafá Kemal padre de los turcos cuando comandó la defensa de la península recuerdo que tuve una erección en el autocar empecé a acariciar a Marianne por debajo de la falda ella se ruborizó pero se dejaba hacer, el turista italiano de la fila de al lado no se perdía detalle, había fotografiado todo lo que se movía, además del cabo el obús el Museo Atatürk así que yo me preguntaba si también iba a sacar su aparato para inmortalizar los muslos tensos de Marianne que ahora miraba por la ventana como si nada, el viaje de vuelta en *ferry* nos pareció muy largo y apenas llegamos nos echamos en la habitación el uno junto al otro, yo miraba el mar la puesta de sol a través de las cortinas blancas y Marianne también, inclinada doblada en dos sobre la cama, puede que dijese «qué bonito es», y no cabe duda de que era bonito, el placer se apoderó de nosotros, un rayo sobre el Mediterráneo encendido; la expedición a Troya fue un calvario de polvo y calor, paredes, piedras, caminos, ninguna visita guiada a la tumba de Aquiles a la hoguera de Héctor o al tesoro de Príamo, turistas, ni un rincón sombreado donde esconderme con Marianne, me acuerdo de un gigantesco caballo de madera muy feo que hubiese avergonzado a Ulises, recuerdo también las aventuras de Heinrich Schliemann el vehemente, el Arsène Lupin de la arqueología un apasionado de las mujeres, las lenguas extrañas y los relatos míticos: pobre, autodidacta, hijo de un pastor del ducado de Mecklemburgo en el Báltico, posiblemente amó tan febrilmente el dinero y el Mediterráneo por ser un hombre del norte; el pequeño vendedor de arenques se embarca rumbo a California a hacer fortuna vendiéndoles material a los mineros a cambio de polvo de oro, luego cansado de América se hace contrabandista y traficante de armas durante la guerra de Crimea, usando a su mujer rusa para conseguir los contactos necesarios, y ya con la fortuna hecha se apasiona por la

arqueología y se casa en segundas nupcias con una griega de gran belleza, se dice, compra un palacio en Atenas y recorre el mundo antiguo en busca de ciudades perdidas, Ítaca, Micenas y luego Troya: en 1868 adquiere la colina de Hissarlik donde su fe en el aedo ciego lo lleva a situar Ilión la de las sólidas murallas, se propone buscarla con la ayuda de un centenar de obreros turcos, da con los rastros de varias ciudades superpuestas y con un inmenso tesoro de vasijas y joyas, el tesoro de Príamo y las joyas de Helena que se apresura a robar para devolverlos a Atenas, convencido de que estaba cerrando el círculo abierto por Paris tres mil años antes cuando tomara a la mujer de insoportable belleza para llevársela a una dulce estancia en Lacedemonia, le devuelve al Ática y a Menelao unas joyas que a los otomanos, según él, no les correspondían; luego se las ofrece a la muy reciente Alemania a cambio de influencias y favores diversos, sobre todo porque Schliemann había comprendido enseguida que esas piezas, por muy bellas que fuesen, no eran sino muy posteriores a la guerra de Troya, que la «máscara de Agamenón» jamás había tocado la tosca piel del rey de los aqueos, que el cuello perfecto de Helena la de los bellos peplos jamás había lucido aquellos fabulosos collares, lo cual cuando salió a la luz supuso un escándalo considerable, Schliemann murió poco después en Nápoles, cerca de Pompeya cuyas pinturas había admirado con pasión, los dioses le habían asegurado la posteridad como al artillero turco unas cuantas leguas al este y su nombre quedará asociado a las Puertas Esceas junto con el de Homero, ambos inspirados por la diosa, que protege a los contrabandistas los aedos los trabajadores de la noche los guerreros y yo vuelvo a ver todos los nombres en el maletín, las fotos, los documentos las miles de páginas contenidas en los discos informáticos bien ordenados en sus estuches clasificados por fecha y por número, años de investigación, de robo, de pillaje de archivos más o menos secretos, al margen de mi oficio de soplón, oficial de enlace como se dice, oficio de chupatintas secreto, aedo de epos silencioso, «canta, diosa, los recuerdos de los errantes entre las sombras al fondo del Hades»; Casalpusterlengo, extraño nombre, atravesamos a buen ritmo la estación iluminada por neones blancos, los pasajeros abrigados miran como pasa el expreso mi vecino echa una ojeada distraída a través de la ventana luego retoma su lectura, también yo podría leer un poco, me he traído un librito, tres relatos de un libanés llamado Rafael Kahla que me recomendó la librería de la place des Abesses, un hermoso libro de papel verjurado un tanto amarillento, apenas cien páginas, cuánto tiempo necesitaría para leerlas digamos a una página por kilómetro me mantendría ocupado durante una buena parte de los quinientos kilómetros que todavía me quedan, una pequeña obra que trata sobre el Líbano, la cuarta de cubierta sitúa los tres relatos en tres momentos distintos de la guerra civil, un libro muy alegre, es extraño que la librería me lo haya recomendado, cómo iba a saber ella de mi interés por la Zona y los conflictos armados, quizá sea un presagio, un nuevo demiurgo situado allí en Montmartre como un signo, dejo el libro en mi mesa desplegable, exhausto, me siento febril agotado por la droga y por no haber dormido siento un dolor en la sien derecha acompañado por

sudores y por un ligero temblor de manos; cierro los ojos, regreso a los Dardanelos o a Venecia, a El Cairo o a Alejandría, me pregunto qué habrá sido de Marianne dónde debe de andar ahora la imagino madre de cinco niños que la habrán obligado a dejar la enseñanza, casi diez años después de nuestra separación ahora me dirijo hacia Sashka más vale no pensar en el doloroso intervalo entre una y la otra en Stéphanie en el dolor de Stéphanie en mi dolor de cabeza que se hace más y más intenso es normal avanza avanza con el tren que me lleva los ojos cerrados vendados como un rehén por sus raptores, Yvan Deroy secuestrado en un vagón de ferrocarril por su *alter ego* que se las ve con una resaca monumental, ayer celebré la partida el fin de una vida me gustaría tanto que este interludio terminase de una vez, haber recorrido ya los kilómetros que me separan de mi nueva existencia, todo llega para quien sabe esperar dice el refrán, el cuerpo de Marianne me obsesiona a pesar de los años y los cuerpos que la sucedieron, cuando vea a Sashka antes de besarla le diré calla, ahora me llamo Yvan, ella se preguntará por qué un investigador especializado en etología de los insectos de repente cambia de nombre, puede que el cuerpo de Sashka se parezca al de Marianne, su ropa interior siempre blanca virginal sobre la piel oscura los pechos un tanto pesados lo alto de la nuca surcado como un segundo sexo por finos cabellos de recién nacido Marianne era «seria», como ella decía, en su momento se tomó su tiempo antes de acostarse conmigo yo me lo tomé como una prueba de compromiso, una verdad una pasión, la explosión del deseo tuvo lugar en Turquía la experimentación del placer el llano piélagos era muy azul muy erótico muy salado cuando caía la tarde manaba un tibio perfume, en ese club de vacaciones había juegos organizados para los pensionistas después del buffet de la cena, un bingo multilingüe, los animadores anunciaban el número primero en turco y luego lo repetían en inglés en alemán en francés y en italiano, *yirmi dört, twenty-four, vierundzwanzig, vingt-quatre, venti quattro*, esa melopea absurda y regular se deslizaba sobre el mar durante horas como un poema hipnótico e interminable, desde el balcón de la habitación no me perdía ni una coma, contemplaba cómo el Egeo brillaba a merced de esos números mágicos por una especie de encantamiento internacional, *on yedi, seventeen, siebzehn, dix-sept, diciasette*, yo repetía concienzudamente un número tras otro, y eso a Marianne la ponía de los nervios, con una vez basta, dijo, cierra esa ventana vamos a poner el climatizador en marcha, la noche no era su mejor momento, entre el bingo, el calor y los mosquitos me acuerdo que leía mucho, yo nada en absoluto, solo contemplaba, jugaba mentalmente al bingo bebía Carlsbergs turcas a sorbitos pensando en Croacia, Eslovenia acababa de declarar su independencia el 25 de junio de 1991; en casa los serbios de las Krajinas se habían independizado a mediados de febrero, la armada yugoslava no parecía tener intención de retirarse a pesar de la declaración de soberanía de Tudjman y las cosas parecían ir de mal en peor, me hubiese gustado llevar a Marianne a Opatija, a Šibenik o a Dubrovnik pero sus padres se habían adelantado y habían preferido mandarnos lejos del Adriático, al otro lado de los Balcanes cuya punta, la Tracia, podía divisarse si hacía buen tiempo; el

fascículo sobre Troya explicaba en un francés aproximado que en realidad los troyanos eran una tribu procedente de Kosovo, «provincia de Yugoslavia» decía el opúsculo, por qué no, que los dardanos de las bellas yeguas sean albaneses no es tan descabellado si pensamos en Skanderbeg, en los mamelucos de Egipto y en otros valientes guerreros, en los sables rápidos y en el águila bicéfala, así que a orillas del mar de Mármara estaba más cerca de Yugoslavia de lo que me pudiese parecer, gracias a los tenaces ilirios: al escuchar a los animadores turcos cantar los resultados del bingo en cinco lenguas no me podía ni imaginar que acabaría yendo a luchar por una Croacia libre e independiente, después por una Herzegovina libre e independiente y finalmente por una Bosnia croata libre e independiente, «Za dom, spremni», decía la divisa del gobierno ustachi pronazi durante la segunda guerra mundial, «por la patria, siempre preparados», sin saberlo yo estaba preparado, estaba maduro, Palas Atenea iba a soplarle en la oreja, y diez años más tarde aquí estoy en un vagón con la calefacción a tope la cabeza entre las manos los ojos cerrados con un nombre prestado acaso podemos ponerle término a las cosas cambiar realmente de vida Andrija se descompone poco a poco en suelo bosnio, miles de gusanos blancos de ácaros de bacterias se encargan de hacerlo desaparecer, yo he sobrevivido a la guerra y a la Zona creada por la guerra, sin embargo estuve a punto de no salir de Venecia, a punto de ponerle fin a mis días como suele decirse antes de que Marianne tirase la toalla tan de repente, estuve a la deriva a merced de la laguna hasta la muerte en la niebla, acabé por caer borracho en un canal helado, en el agua sombría me esperaban miembros seccionados y cráneos sin rostro, la sonrisa desmesurada de una boca quebrada me mordió el vientre una mano cortada me agarró por los cabellos los filamentos de piel arrancada los trozos de carne descompuesta se hundieron en mi boca y yo me pudrí instantáneamente en el líquido salobre llevado hacia el cieno negro y espeso hasta que por fin todo se detuvo, no resistía más, ya no había más agitación en la superficie, nada aparte de los movimientos de las ratas que se lanzan por decenas sobre mi cuerpo inerte en la laguna de Venecia ciudad de la noble podredumbre y los palacios tambaleantes, nunca regresé, incluso cuando llenaba mi maletín en Trieste o en Udine tuve mucho cuidado de evitarla, cambiando de tren en Mestre para no sentir la tentación de bajar en la estación de Santa Lucia y volver al Gueto, volver a la plaza de los Dos Moros o al andén del Olvido el bien nombrado donde me emborraché con Ghassan, a fin de cuentas no olvidamos tantas cosas, las manos arrugadas de Harmen Gerbens el cairota neerlandés, su bigote tembloroso, los rostros de los islamistas torturados de la prisión de Qanâter, la fotografía de las cabezas cortadas de los monjes de Tibhirine, los reflejos sobre las cúpulas de Jerusalén, Marianne desnuda frente al mar, los gruñidos de la cerda de Andrija los cuerpos amontonados en los camiones de gas de Chełmno, Stéphanie la dolorosa delante de Santa Sofía, Sashka con sus pinceles y sus colores en Roma, mi madre al piano en Madrid, su fuga de Bach ante una caterva de patriotas croatas y españoles, tantas imágenes unidas por un hilo ininterrumpido y que sin embargo serpentea como

una vía del ferrocarril que evita una ciudad, las posibles correspondencias de trenes en una estación: no hace mucho, de regreso de una investigación en Praga tomo el tren nocturno a París vía Frankfurt, último coche, último compartimiento, ya hay un hombre de unos cincuenta años sentado, se está comiendo un bocadillo, son las ocho de la tarde, tiene una cabeza redonda y calva, traje gris, aire de contable entre bocado y bocado me saluda educadamente en checo, yo le respondo con la misma educación, me instalo, el tren sale a su hora de la estación de Praga, juego maquinalmente con una bonita estrella de cristal muy bien envuelta en papel de seda rojo, recuerdo de Bohemia; cuando se acaba el bocadillo mi compañero saca un libro bastante grueso de su equipaje, una especie de catálogo que enseguida empieza a consultar ansiosamente, saltando de una página a otra con el dedo sobre las columnas de cifras, luego regresa a la página anterior, se mira el reloj antes de echar una ojeada irritada por la ventana, es de noche, no puede ver nada, vuelve a su libro, me mira a menudo con aire inquisitivo, arde en deseos de preguntarme algo, me dice: ¿sabe usted si el tren se detiene en Tetschen? o por lo menos eso es lo que me parece entender, chapurreo en alemán que no sé absolutamente nada, pero que es muy probable, es la última ciudad checa antes de la frontera, a orillas del Elba, el hombre habla alemán, está de acuerdo conmigo, el tren debería parar en Tetschen, incluso si no recoge a ningún pasajero, «wissen Sie», me dice, si nos bajamos en Tetschen podríamos coger el tren de mercancías que salió de Brno esta tarde un poco antes de las diecisiete horas nos dejaría en Dresde más o menos a las dos de la mañana y podríamos volver a coger este tren cuya salida no está prevista antes de las tres menos cuarto, es increíble, no me diga que no; no le digo que no, el hombre prosigue, en realidad su catálogo es un gigantesco horario de ferrocarriles, aquí están *todos* los trenes, entiende, *todos*, es un poco complicado manejarlo pero cuando lo consigues resulta muy práctico, es para los profesionales del tren, por ejemplo acabamos de cruzarnos con un tren en sentido contrario son las veintiuna veintitrés muy bien yo puedo decirle de dónde viene y adónde va, si es un tren de pasajeros o de mercancías, con un libro como este es imposible aburrirse en un viaje en tren, dice con un gesto definitivamente feliz, y cómo es que ahora no sé si el tren parará en Tetschen, muy sencillo, fíjese en esto, la parada está entre paréntesis, eso significa que es opcional, pero la estación está señalada, así que tenemos *la posibilidad* de parar en Tetschen, hace algunos minutos teníamos otra posibilidad de detenernos, y usted no se ha dado cuenta de nada, de hecho ni siquiera se le ha pasado por la cabeza que *podríamos* haber parado allí, «wir hatten die Gelegenheit», se da cuenta de lo maravilloso que es este libro, nos permite conocer aquello que podríamos haber hecho, lo que podríamos hacer dentro de unos minutos, dentro de unas horas, incluso más, la mirada del hombrecillo checo se ilumina, en ese horario figuran todas las eventualidades, todas están aquí; el conductor de la locomotora no puede escapar a su poder, voy a ponerle un ejemplo, yo sé que usted va a París así que cambiará en Frankfurt para coger el Intercity de las ocho de la mañana, entre tanto usted se habrá comido unos *Brötchen* y

una salchicha en la estación, luego cuando llegue se dirigirá usted a su domicilio en el número 27 de la calle Eugène Carrière en el distrito XVIII de París al cual llegará cansado a las quince veintitrés, dejará sus maletas se dará una ducha rápida y en ese momento le quedarán dos opciones, ir inmediatamente al despacho o esperar a la mañana siguiente, cada alternativa implicará ventajas e inconvenientes, si se dirige usted al bulevar Mortier no estará en casa cuando a las diecisiete cuarenta y ocho alguien llame a su puerta, si en cambio se queda la intervención de esa persona joven y la noticia que traerá consigo le harán olvidar una parte de las informaciones que debería incluir en ese expediente secreto, ese repertorio de muertos que usted elabora desde hace algún tiempo utilizando de forma más o menos ilegal los medios que la Seguridad Exterior pone a su disposición, se da usted cuenta todo está escrito aquí, página 22, 85 y siguientes, en ambos casos, tanto si usted está presente como si no, la próxima correspondencia está en la página 198 del horario, el expreso Venecia-Budapest, donde usted se embriagará cantando *Tres jóvenes tambores*, luego página 199, usted subirá a un vagón de mercancías con destino al campo de exterminio de Jasenovac en el Save, luego página 256 un tren Bengasi-Trípoli, se da usted cuenta, el expreso Tánger-Casablanca está en la página 273, todo eso lo conducirá a la página 363 y a la pérdida de un retoño al que no conoce y así sucesivamente, toda su vida está aquí, las numerosas correspondencias y los cambios lo llevarán poco a poco, casi sin que usted se dé cuenta, a un tren definitivo Pendolino *diretto* Milán-Roma que le conducirá al fin del mundo, previsto para las veintiuna horas doce minutos en la estación de Termini, yo escucho la letanía ferroviaria del hombrecillo con atención, tiene toda la razón, ese catálogo es un instrumento magnífico, los profesionales del raíl tienen mucha suerte, me digo a mí mismo, el hombre deja el libro y toma un segundo bocadillo, se lo come con gran apetito mirándome a los ojos, de repente tengo hambre; el checo me sonríe, me propone compartir con él su comida, yo tengo la sensación de un peligro inminente, deformado por esa obsequiosa sonrisa de repente su cara me parece horrible, él insiste, me ofrece la mitad de su tentempié y yo comprendo que lo que quiere es envenenarme, que ese tipo con cabeza de contable es peligroso, la Muerte es un checo germanófono con un horario de ferrocarriles, el final siempre llega por sorpresa voy a palmarla tengo miedo, tengo miedo y me despierto sobresaltado el corazón me va a ciento cuarenta sueño absurdo debo de haberme agitado violentamente quizá incluso haya gritado pues mi vecino tiene los ojos clavados en mí, el contable checo tenía la cabeza del loco de la estación de Milán, ahora me doy cuenta, maldita pesadilla, mal presagio, podría haber tenido un bonito sueño erótico con una desconocida, pero no, un sueño de muerte ferroviaria, de hecho en Praga compré esta estrella tallada en un bloque de cristal, procede del campo de Theresienstadt, la pulieron durante días los niños judíos enfermos del gueto en uno de los talleres nazis, el anticuario que me la vendió tenía una mirada de bribón, decía imagine usted las manitas de las pobres criaturas que la fabricaron, no sé por qué pero lo creí; y ahí sigue la noche no se distinguen más que unas pocas luces a lo lejos,

quién conduce la locomotora en uno de los sueños de *Johnny cogió su fusil*, creo que Cristo interpretado por Donald Sutherland, vete a saber quién está al mando de este tren, qué demiurgo me conduce tranquilamente hacia Roma, según el Gran Horario de las Parcas, estaría bien ir al bar a echar un trago, tengo sed, es demasiado pronto, si empiezo a beber ahora voy a llegar fino a Roma, mi cuerpo se rebela yo lo remuevo en el asiento me levanto vacilo un instante me dirijo al baño moverme un poco me sienta bien y lavarme la cara con agua tibia no potable mejor, el retrete cuadra con la estética del tren, moderno, acero pulido gris y plástico negro, elegante como ciertas armas cortas, me echo un poco más de agua a la cara ya me siento mejor, regreso a mi asiento, veo la portada de *Pronto* y pienso en el joven lobo cocainómano que vomita sangre en su clínica de Turín, que los dioses sean clementes con él; en el hospital al personaje de *Johnny cogió su fusil* lo acaricia el sol y una guapa enfermera, Johnny, a quien no dejan morir a pesar de sus súplicas en morse, Johnny el pequeño soldado de infantería destruido por un obús sueña con paisajes del Midwest y con Cristos maquinistas, el librito libanés me guiña el ojo desde la bandeja, por qué no sumergirse en él a falta de *Johnny cogió su fusil* de Dalton Trumbo salir por un momento de mí y meterme en la imaginación de Rafael Kahla y sus relatos, el papel ligeramente verjurado es agradable al tacto, vamos a ver si la librería de la place des Abesses se estaba burlando de mí:

IV

Intissar levanta el puño derecho. Grita, llora, enjuga con rabia sus lágrimas y se agarra a su fusil como a un bastón.

La derrota comienza en los pies.

Al principio se insinúa en las propias botas que debían conducirte a la victoria, preparadas durante años para el último desfile. La derrota comienza en las botas que embetunabas cada mañana, que se deformaban y se cubrían de polvo, las botas que ocultaban como podían la sangre en los dedos de los pies, que aplastaban los insectos, que te protegían de las serpientes y las piedras del camino. La derrota es una sorpresa cansada, algo que al principio resulta tan físico como un calambre que te hace cojear, empezar a tropezar. En la guerra los pies débiles hacen que vaciles. De repente sientes algo que nunca antes habías sentido, tus pies ya no pueden correr, se niegan a llevarte al asalto: paralizados de repente, helados a pesar del calor, ya no quieren servir al cuerpo al que pertenecen. Y entonces el fusil, el frío báculo de Intissar, ese bastón frágil ya no lleva hacia delante, al contrario, se encasquilla, parece oxidarse. No te atreves a utilizarlo por miedo a que se rompa y te deje sin apoyo en este mundo que empieza a tambalearse peligrosamente porque los pies, al fondo de esas botas bruñidas, comienzan a gemir su cansancio y su duda.

De repente, los camaradas evitan mirarse, apartan la vista, miran a ninguna parte con la cabeza gacha, contemplan sus pies misteriosos y la sorda sensación de derrota les llena las entrañas desde abajo, por las piernas. Entonces ves cómo muchos mueren tristemente por nada, cuando antes morían hermosos y en plenitud y se reflejaban en el sol. Presientes que de ahora en adelante todo va a ser en vano porque no lograrás atravesar la montaña, jamás alcanzarás la cima de esa colina si los pies, las piernas, el vientre, si el fusil sucumbe a la derrota que todo lo infiltra y suplanta la justicia de la causa, los cantos, los himnos, el reparto de víveres y caricias. Los heridos se convierten en espejos insoportables y los muertos, en extraños cuyo destino se te escapa porque, día tras día, derrota tras derrota, han dejado de ser héroes, hermanos, para convertirse en víctimas, en vencidos que la historia esconderá del lado de los malos, en esta tierra azotada por los pesados pies de la deserción, por las botas del abandono y del miedo. Luego los acontecimientos se suceden rápidamente: después de haber marchado lentamente en el frente, te encuentras marchando en silencio por la ciudad, bajo los ojos traicionados de los civiles que te acusan de su tristeza salvaje, esas mujeres frente a sus casas vacías, esos hombres que hace tan poco te animaban y ahora se aprestan a recibir con hurras a los nuevos vencedores, mirando en el suelo la sombra feroz de los aviones que hacen su trabajo de muerte y consuman la derrota.

Esta noche, en los alrededores del aeropuerto, ha muerto Marwan con las botas puestas. Al morir debió de sentir el perfume del mar. El calor es insoportable. Parece que Arafat negocia. En Hamra la agitación llega a su punto álgido. Nadie comprende nada. Los que debían batirse ya no lo hacen. La izquierda libanesa todavía defiende

Beirut oeste. Marwan ha muerto. Si hubiese muerto anteayer, o en mayo, Intissar se habría derrumbado. Pero hoy tiene grilletas en los pies, está vencida por el calor, por la sed y las bombas. La ciudad suspendida en el aire: nadie sabe de qué lado caerá.

Esta mañana el cuartel general ardía en una efervescencia inmóvil. La aviación ha destruido una urbanización entera en Chiah.

Es injusto y no hay nada que hacer. Las botas rusas de Intissar pesan tanto que parecen pegarla al suelo.

Ella juega a montar y desmontar su fusil pensando en Marwan. El mecanismo bien engrasado la tranquiliza, todavía funciona de maravilla. Es poco más de mediodía. Al alba Beirut no olía a tomillo sino a cenizas. Igual que ayer. Ha dormido en el hueco de una escalera. Abu Nasser la ha despertado suavemente a las seis de la mañana. Le ha dicho: Marwan ha caído.

Ahora es el mártir Marwan. Imprimirán carteles con su foto y los pegarán en los muros de la ciudad. Si es que todavía existe una ciudad. Si es que todavía hay con qué imprimir los carteles. Si es que tienen tiempo. Si es que el tiempo todavía existe.

El mar está en todas partes. Beirut es una isla. ¿Adónde podrían ir? Intissar nunca ha salido de Beirut. Nunca ha dormido fuera de Beirut. Mentira, una vez durmió en Trípoli y, de pequeña, algunos días en la montaña. Beirut es su isla.

La derrota es tan evidente que nadie quiere reconocerla. La posibilidad del exilio empieza a valorarse como una victoria. Los palestinos han resistido gloriosamente al ejército israelí. La resistencia continúa. El glorioso combate por la liberación de Palestina continúa. En el hedor de los bombardeos, Intissar se pregunta si Palestina existe realmente. Si existe cualquier otra cosa (una tierra, una patria) más allá de los palestinos, que siembran con sus muertos todo Oriente Medio igual que el trigo. Ahora mismo hay tumbas palestinas por todo el mundo. Y Marwan, tendido muerto en cualquier parte. Intissar cierra los ojos para retener una lágrima de rabia e impotencia. Visualiza a su pesar el cadáver más horrible de la ciudad durante el sitio, en Khaldé: un combatiente atropellado en la calle por un tanque, reventado con la misma facilidad que se aplasta una rata o un pájaro. Su cabeza sin rostro era un charco de cabellos enrojecidos. Los miembros de la Media Luna Roja tuvieron que despegarlo rascando el asfalto con una pala. A su alrededor, un charco circular de vísceras y de sangre, como si hubiesen aplastado un tomate. Los palestinos se agarran a la tierra.

Ella continúa jugando maquinalmente con su fusil. Marwan ha muerto. Cuando le pregunta a Abu Nasser cómo murió, él no sabe qué responderle: yo no estaba, Intissar. Abu Nasser tiene cuatro hijos. Nació en Jerusalén. Tiene una hermosa barba un tanto gris y vive en un gran apartamento en Rawché.

A ella le gustaría saber cómo cayó. *Ya Intissar, ya Intissar, istashhad Marwan.* Eso es todo lo que sabe. Escucha los bombardeos como una música recurrente, como el batir de un tambor o de un corazón. Los aviones desgarran el cielo. Ella le desea a Marwan una buena muerte. Sin agonía, sin angustia, una elevación rápida, que

desaparezca en el mar o en el sol. Vuelve a ver las manos de Marwan, la sonrisa de Marwan, siente el vacío de la boca de Marwan, de su pecho.

Sale hacia la sede del partido y se da cuenta de que los combatientes corren, gritan, se llaman: la batalla todavía hace estragos. En la entrada meridional de la ciudad. En la montaña. Por todas partes. Los israelíes hacen declaraciones en la radio, en la televisión. Al sur los chiítas los han acogido como libertadores. Pueblos cansados de mantener a los combatientes palestinos. Cansados de ser pobres, de que los bombardeen y los desprecien. Cobardes. Traidores. Abu Nasser duda si enviar a Intissar al frente. Ella insiste. Quiero saber lo que pasó con Marwan, dice. ¿Alguien... alguien recogió su cuerpo? Abu Nasser no sabe nada. Solloza al hablar. Todo va mal, mi niña, todo va mal. Busca a Habib Barghouti y los demás, ayer estaban con él. Y ten cuidado. Yo iré enseguida.

Sin Marwan ella no hubiese tomado las armas. La derrota tendría otro gusto. Estaría buscando agua desesperadamente, entre las ruinas. O muerta en su casa de Borj Barajné, con un calor insoportable, con el viento ardiente de los bombardeos. ¿Cuánto tiempo todavía? Muy pronto no quedará nada de la ciudad. El mar y nada más. El mar indestructible.

Llama a un *jeep* de camaradas que se dirigen al frente. El frente. Menudo nombre. Si se están defendiendo. Si los tienen sitiados. A fin de cuentas, estar tan cerca de los tanques israelíes es una posición envidiable, allí no hay que temer las bombas de napalm, por los obuses de fósforo. Al sur de la ciudad las calles están cubiertas de escombros, de coches calcinados, el calor de las explosiones ha dibujado olas en el asfalto, como un tapiz negro y ondulado. Los civiles se esconden. Al este los israelíes están en el museo, donde según cree Intissar se batieron desde hace semanas. O quizá desde hace solo unos días. Lo mismo en la parte del aeropuerto. Ayer no bebió más que media botella de agua en todo el día. El pan está racionado. El olor de las latas de atún o de sardinas le produce arcadas solo con pensar en él.

El único israelí que ha visto en su vida es el cadáver de un soldado caído en una escaramuza. Moreno, joven, una vez muerto no había muchas diferencias entre él y un combatiente palestino. Solo una vez muerto. Porque del otro lado tienen qué beber, qué comer, disponen de armas, municiones, tanques, aviones. Aquí ya no queda más que una ciudad acorralada entre el cielo y el mar, sitiada y ardiendo. Ellos ya tienen Palestina. Beirut es la última estrella del cielo palestino, y ahora vacila. Amenaza con apagarse, convertirse en un meteoro y abismarse en el Mediterráneo.

—¿Intissar? Marwan ha...

—Lo sé. Me lo ha dicho Abu Nasser.

En la planta baja de un edificio medio destruido, fortificado por los escombros y el desprendimiento de los pisos superiores, junto a unos misiles antitanque y dos ametralladoras del calibre 30, los cuatro combatientes de Fatah fuman porros con el

torso desnudo. Fumar da sed. El olor del hachís atenúa un tanto el del sudor. De vez en cuando uno de ellos vigila la calle a través de una obertura en la pared. Intissar se sienta en el suelo. Habib hace el gesto de pasarle el porro, ella niega con la cabeza.

—Estamos esperando. Nadie sabe qué va a pasar.

—¿Cómo... cómo sucedió?

Habib es un gigante muy dulce con cara infantil.

—Ayer por la noche. Allá delante. Con Ahmad. De reconocimiento, justo antes del alba. Ahmad está en el hospital, herido leve. Nos ha contado que vio caer a Marwan, alcanzado por la espalda por varias balas de ametralladora. No pudo recogerlo.

La posibilidad de que Marwan siga con vida hace que el corazón le dé un vuelco.

—Pero entonces, ¿cómo podemos estar seguros?

—Ya sabes cómo va esto, Intissar. Está muerto, no hay duda.

—¿Y por qué no podemos llamar a la Media Luna Roja para que vaya a buscarlo?

—No vendrán hasta aquí, Intissar, por lo menos de momento. Primero querrán asegurarse, que los israelíes les den permiso. No hay nada que hacer.

Habib da otra calada con gesto triste pero convencido. Ella sabe que tiene razón. El frente está tranquilo. Derrotado. Imagina el cuerpo de Marwan descomponiéndose bajo el sol entre las líneas. Una lágrima ardiente cae de su ojo izquierdo. Se aparta un poco y se sienta de espaldas a la pared. Ahí el olor a orines reemplaza al del hachís. Los camaradas la dejan con su dolor. El silencio es terrorífico. Ni un avión, ni una explosión, ni el motor de un tanque. Ni una palabra. El sol aplastante del mediodía. Marwan a un centenar de metros. Quizá los israelíes lo hayan recogido. A nadie le gusta tener cuerpos en descomposición en su campo. Ahmad. Precisamente ha tenido que caer con Ahmad el cobarde. Bribón, hipócrita, vicioso. Quizá haya mentido para cubrirse. Quizá se ha disparado él mismo en el pie. Quizá sea él quien ha abatido a Marwan. Ella arma maquinalmente su kalashnikov, los otros combatientes se vuelven sorprendidos. El chasquido metálico de la culata ha resonado como un cuchillo contra el asfalto. Desea que los combates se reanuden enseguida. Tiene ganas de disparar. De batirse. De vengar a Marwan, tendido allí abajo. En ese momento, Arafat y los demás negocian la salida con los emisarios americanos. ¿Para ir adónde? Diez mil fedayines. ¿Cuántos civiles? Quizá quinientos mil. ¿A Chipre? ¿A Argel? ¿A luchar con quién? ¿Y quién protegerá a los que se queden? ¿Los libaneses? El silencio es insoportable, puede que tanto como el calor.

Habib y los otros han empezado a jugar a cartas sin muchas ganas. El peso de la derrota.

La mayor parte de los combatientes son nómadas. Algunos son supervivientes de Jordania que se instalaron en Beirut a finales de 1970, otros participaron en operaciones en el sur y otros, finalmente, ingresaron en las filas de la OLP después de 1975. Todos nómadas, niños que crecieron en los campos, refugiados de 1948 o 1967 a quienes la guerra sorprendió lejos de sus casas y que jamás pudieron regresar. Abu

Nasser cruzó la frontera libanesa a pie. Nunca volvió a Galilea. Marwan tampoco. Intissar nació en el Líbano en 1951. Sus padres, originarios de Haifa, ya estaban instalados en Beirut antes de la creación de Israel. A menudo, mientras contempla las viejas vías de Mar Mikhail, piensa que en otros tiempos los trenes descendían tranquilamente por la costa hasta Palestina, pasando por Saida, Tiro y Acre. Hoy en cambio el espacio ha menguado tanto a su alrededor que le resulta imposible hasta ir a Forn al-Chebbak o a Joünié. Los únicos que pueden recorrer la región sin dificultades son los aviones israelíes. Hasta el mar nos está vedado. La marina israelí lo patrulla y dispara misiles. Habib y los *chabâb* son niños de los campos, hijos de refugiados de 1948. Palestinos del exterior. Palestinos. ¿Quién resucitó ese término bíblico y cuándo lo hizo? Sin duda fueron los ingleses. Bajo la dominación otomana, Palestina no existía. Estaba el vilayato de Jerusalén, el departamento de Haifa o de Safed. Los palestinos existen desde hace apenas treinta años, cuando perdieron sus territorios y enviaron a los caminos a un millón de refugiados. Marwan era un militante desde que tuvo edad de hablar. Marwan pensaba sinceramente que solo la guerra podría devolver Palestina a los palestinos. O por lo menos algo, cualquier cosa a los palestinos. Marwan era un admirador de Leila Khaled y de los miembros del FPLP que secuestraban aviones y raptaban diplomáticos. Intissar pensaba que había que defenderse. Que no podían dejarse masacrar por los fascistas, los F16 y los tanques sin reaccionar.

Ahora Marwan está muerto, su cuerpo se ennegrece bajo el sol de Beirut, cerca del aeropuerto, apenas a cien kilómetros de su lugar de nacimiento.

Ahmad. La presencia de Ahmad al lado de Marwan turba a Intissar. Ahmad el cruel. Ahmad el cobarde. ¿Qué hacían juntos? Después de este incidente ya solo les uniría una causa común y un odio frío. Sin embargo, la primera vez que vio a Ahmad algo la hizo temblar. Sucedió en la línea del frente. Hacía un año más o menos. Unos cuantos combatientes regresaban del sur. A Ahmad lo traían prácticamente a hombros: guapo, aureolado y victorioso. Un grupo de fedayines se había introducido en la zona de seguridad, se había enfrentado a una unidad del ejército israelí y había destruido un vehículo. Hasta Marwan admiró entonces su valor. Intissar le dio la mano a Ahmad y lo felicitó. Los hombres cambian. Las armas los transforman. Las armas y la ilusión que estas procuran. El falso poder que insuflan. Todo lo que pensamos que podemos conseguir con ellas.

¿Para qué puede servir ahora el kalashnikov tendido sobre sus muslos como un recién nacido? ¿Qué podría conseguir con su fusil, tres olivos y cuatro piedras? ¿Un kilo de naranjas de Jaffa? La venganza. Conseguirá la paz de su alma. Vengar al hombre al que ama. Después se consumará la derrota, la ciudad se hundirá en el mar y todo desaparecerá.

V

grandiosos muertos de hambre estos palestinos de las pesadas botas menuda historia me pregunto si será verdad Intissar bonito nombre la imagino fuerte y hermosa, yo soy más afortunado que ella, yo sí he estado en Palestina, en Israel, en Jerusalén he visto peregrinos paralizados he visto mancos tullidos mutilados curiosos beatos turistas místicos iluminados tuertos ciegos sacerdotes popes pastores monjes monjas todos los hábitos todas las congregaciones griegos armenios latinos irlandeses melquitas siríacos etíopes alemanes rusos todo un precioso mundo que cuando no estaba demasiado ocupado peleándose por cualquier nimiedad lloraba la muerte de Cristo en la cruz los judíos lloraban en su templo los musulmanes sus mártires caídos durante la víspera y todo ese lamento ascendía al cielo de Jerusalén centelleante de oro al poniente, las campanas acompañaban a los almuecines echadas al vuelo las sirenas de las ambulancias cubrían las campanas los militares altaneros gritaban *bo, bo* a los sospechosos y cargaban sus fusiles de asalto con el dedo en el gatillo preparados para abrir fuego sobre críos de diez años si era necesario, parece extraño pero el miedo estaba en su campo, los soldados israelíes se cagaban de miedo, tras cada barrera siempre había un francotirador listo para alojar una bala en la cabeza de los terroristas, escondido tras un saco de arena un recluta de veinte años se pasaba el día manteniendo en jaque a los palestinos, con sus rostros en el punto de mira: los israelíes saben que algo va a pasar un día u otro, la cuestión es adivinar dónde, quién y cuándo, los israelíes esperan la catástrofe y esta siempre acaba llegando, un autobús, un restaurante, un café, Nathan me contaba que ese era el aspecto más desesperante de su trabajo, Nathan Strasberg el encargado de «relaciones exteriores» del Mosad me acompañó a visitar Jerusalén y me cebó con falafels, no creas a los libaneses ni a los sirios, decía, los mejores falafels son israelíes, Nathan había nacido en Tel Aviv en los años cincuenta sus padres supervivientes de Łódź todavía vivían, eso es todo lo que sabía de él, era un buen oficial, el Mosad es un servicio excelente, jamás pierde de vista sus objetivos, la colaboración con ellos siempre fue cordial, a veces incluso eficaz; con sus decenas de fuentes palestinas, libanesas o americanas eran los mejores en cuestiones de terrorismo islámico internacional, en las actividades sirias iraquíes o iraníes, vigilaban el tráfico de armas, de drogas, todo aquello que de un modo u otro pudiese financiar a las agencias o a los partidos árabes, hasta la política americana y europea, ese era el juego, colaboraban voluntariamente con nosotros en ciertos expedientes mientras en otros jugaban a la contra; especialmente en el Líbano, donde ellos pensaban que cualquier tipo de apoyo a Hezbolá suponía un peligro para Israel, Hezbolá les resultaba muy difícil de infiltrar, nada que ver con los palestinos divididos y corruptibles: las fuentes sobre la cuestión de Hezbolá eran frágiles poco fiables muy caras y susceptibles siempre de ser manipuladas desde arriba, por supuesto con Nathan jamás hablábamos de eso, él me mostraba Jerusalén tres veces santa con verdadero placer, en la ciudad vieja

oíamos hablar en decenas de lenguas del yidis al árabe sin contar las lenguas litúrgicas y los dialectos contemporáneos de los turistas o de los peregrinos llegados del mundo entero, la Ciudad Santa sabía cómo reproducir todas las alegrías y también todos los conflictos así como innumerables cocinas olores y gustos desde el *bortch* y los *kreplach* de la Europa del Este a la *basturma* y el *sujuk* otomanos en una mezcla de fervor religioso efervescencia comercial luces suntuosas cantos gritos y odio en que parecía desembocar la historia de Europa y del mundo musulmán muy a su pesar, Herodes Roma los califas los cruzados Saladino Solimán el Magnífico los británicos Israel y los palestinos se enfrentaban allí, se disputaban su lugar entre unas estrechas murallas que nosotros contemplábamos cubriéndose de púrpura con la puesta de sol delante de un vaso, Nathan y yo, en el Hotel King David, ese suntuoso palacio que también parecía estar en el corazón del mundo: famoso por el atentado de los terroristas sionistas del Irgún que en 1946 mató a cien personas, un hotel que también había acogido a exiliados, infaustos monarcas desalojados de sus tronos por un conflicto u otro, Haile Selassie piadoso emperador de Etiopía expulsado por los italianos en 1936 o Alfonso XIII el desastroso rey de España al que la República hizo huir en 1931 y que acabó sus días en el Gran Hotel de la plaza Esedra en Roma, durante algunas semanas Alfonso XIII ocupó una *suite* en el quinto piso del King David de Jerusalén con vistas a los jardines y la ciudad vieja, me pregunto qué pensaría el soberano al contemplar el paisaje, seguramente en Cristo, en la monarquía española cuya llama veía apagarse en un último reflejo dorado de la Cúpula de la Roca y que esperaba ver renacer: de Alfonso XIII se dice que coleccionaba pantuflas, tenía decenas, simples, bordadas o lujosas, todas esas lanas esas pieles esos muletones alrededor de sus pies constituían su auténtica residencia en el exilio, en Jerusalén Alfonso XIII compró unas sandalias que todavía llevaba cuando expiró en su palacio romano sin haber vuelto a ver Madrid, condenado a los hoteles internacionales, esos castillos para pobres; yo bebía a sorbos mi *bourbon* en el bar del King David joya británica en compañía de Nathan sin saber que Jerusalén no tardaría en arder hablábamos del final del conflicto árabe-israelí ignorando que muy pronto la violencia retomaría el monte del Templo divisado a lo lejos, allí es donde comienza mi colecta, en Jerusalén mientras charlaba con Nathan ante el crepúsculo dorado, el hombre del Mosad cómplice a su pesar me da alguna información, la primera, acerca de Harmen Gerbens el neerlandés alcohólico de El Cairo, por simple gentileza, sin preguntarme sobre mi interés por aquel viejo asunto que ya tenía cuarenta años, solo por complacerme, del mismo modo que me había invitado a falafels en la ciudad vieja y a *whiskies* en el King David me contó que por supuesto Harmen Gerbens nunca había trabajado para Israel, sin embargo su nombre aparecía en algún lugar de un viejo expediente sobre la expedición de Suez que Nathan había conseguido de Shin Beth, liberado de las molestas contingencias militares cuatro décadas más tarde; por qué ese interés por el viejo holandés, por los «extranjeros» apresados en Egipto en 1956 y 1967, por la prisión de Qanâter, quizá ese fuese el efecto de Jerusalén, una

voluntad de penitencia o de vía crucis, acaso podemos saber qué nos reservan los dioses qué nos reservamos nosotros mismos, el proyecto que formulamos, de Jerusalén a Roma, de una ciudad eterna a la otra, puede que el apóstol que al alba de una noche de tormenta negó tres veces a su amigo haya guiado mi mano, quién sabe, hay tantas coincidencias, tantos caminos que se cruzan y vuelven a cruzarse en el gran fractal marino en que desde hace lustros chapoteo sin saberlo, desde mis antepasados mis abuelos mis padres yo mis muertos y mi culpabilidad, Alfonso XIII expulsado de su casa por la historia y la colectividad, el individuo contra la muchedumbre, las pantuflas del monarca contra su corona, su cuerpo frente a la función de su cuerpo; ser un individuo en un tren que atraviesa Italia y al mismo tiempo portador de un triste pedazo del pasado en un maletín de plástico convencional en el que se inscribe el destino de cientos de hombres muertos o a punto de desaparecer, trabajar como chupatintas hombre en las sombras chivato informante después de haber sido niño luego estudiante luego soldado por una causa que me parecía justa y que sin duda lo era ser una hebra de la bobina que hila la diosa avanzar por una vía rectilínea entre otros viajeros cada uno en su cuerpo todos impelidos hacia el mismo término si no es que se bajan por el camino, en Bolonia o en Florencia, para cruzarse con uno de esos locos que frecuentan los andenes de las estaciones anunciando el fin del mundo: mi vecino ha conectado su *walkman*, oigo algo pero no alcanzo a distinguir el qué, un ritmo agudo que se superpone al de los raíles, tampoco Sashka puede vivir sin música, montones de discos melodías hebreas rusas antiguas o modernas cuando la encontré la noche era sombría, dice un proverbio dalmata que una mirada es más sólida que el amarre de una embarcación y fuimos arrastrados hacia alta mar; en los callejones de Roma pintados de hiedra, perfumados por la lluvia, tocados también por la enfermedad de la historia y la muerte como Jerusalén Alejandría Argel o Venecia, me agarro a la mentira y al brazo de Sashka, finjo que olvido París el bulevar Mortier la violencia y las guerras como cuando, siendo un niño, un rayo de luz se colaba por debajo de la puerta para calmarme, las conversaciones lejanas de los adultos me acunaban en un murmullo confuso que poco a poco me llevaba de la mano al mundo de los sueños, Sashka es el cuerpo próximo de un ser lejano, rodeados como estamos por todos esos fantasmas, mis muertos los suyos, resistiéndonos a ellos hombro con hombro junto al triste Tíber gran acarreador de basura, ya está, he dejado París mi estudio de funcionario mis libros mis recuerdos mis costumbres mis desayunos en casa de mis padres he llenado un montón de bolsas todas o casi todas a la basura he pillado una última cogorza accidental en el barrio me he puesto la piel de Yvan Deroy y adiós, en marcha hacia el fin del mundo y la nueva vida, todos flotan tras la ventana en medio de la llanura ennegrecida, Nathan Strasberg, Harmen Gerbens y los fantasmas del maletín, los torturadores de Argelia, los verdugos de Trieste, toda esa espuma sobre el mar, una *mousse* blanca un tanto nauseabunda producida por la descomposición de una muchedumbre de cadáveres, ha hecho falta mucha paciencia para aglutinarla,

paciencia, tiempo, intrigas, pistas, no perder el hilo, compulsar miles de archivos, comprar confidentes, convencerlos siguiendo las reglas para obtener información aprendidas mal que bien a lo largo de los años, procesar los datos, compilarlos, organizarlos en ficheros de fácil acceso por nombres, fechas, lugares y así sucesivamente, relatos personales historias de vida dignas de la mejor administración comunista y paranoica, archivos como los hay a millones fichas huellas; creo que comencé con todo esto en La Haya, en 1998 antes de Jerusalén me tomé unos días de permiso para acudir al Tribunal Penal Internacional donde tenía lugar el proceso del general Blaškić comandante en Vitez del HVO el ejército de los croatas de Bosnia, al principio de la audiencia Tihomir Blaškić me reconoce desde su banquillo y me hace una señal con la cabeza, ascendido a general de brigada se enfrenta ahora a veinte cargos, entre ellos seis infracciones de los Convenios de Ginebra, once violaciones de las Leyes y Costumbres de la Guerra y tres crímenes contra la humanidad, cometidos en el contexto de «violaciones graves del derecho internacional humanitario contra musulmanes de Bosnia» entre mayo de 1992 y enero de 1994, yo salí de Bosnia el 25 de febrero de 1993, había llegado desde Croacia en abril de 1992, me reuní con Tihomir Blaškić y la Bosnia central después de haber pasado unos meses en el frente cerca de Mostar, desde noviembre de 1992 su cuartel general estaba en el Hotel Vitez, era un oficial eficaz y respetado, sentí pena al verlo en medio de aquel circo multilingüe y administrativo del TPI donde perdían la mayor parte del tiempo en discusiones de procedimiento, en confusiones debidas a las artimañas del fiscal americano, en cientos de testigos de horas de atrocidades que yo sabía positivamente quién había cometido, entonces vi de nuevo aquellos lugares, las llamas, los combates, las expediciones punitivas hasta el momento en que salí de allí tras la muerte de Andrija: en el fondo yo no estaba obligado a nada, teóricamente dependía del ejército croata pero al salir hacia Bosnia constaba que habíamos dimitido para no comprometer a Croacia, fui a ver al capitán luego al comandante dije «me voy no puedo más» me respondió «pero te necesitamos» dije «considere que caí en combate» Blaškić me miró de un modo raro y me preguntó «¿todo bien?» yo respondí «vamos tirando», a continuación dio la orden para que me firmasen la hoja de ruta y me fui, atravesé las líneas para volver a pasar a Mostar luego a Split desde donde llegué a Zagreb, me instalé en una pensión miserable me compré unas zapatillas demasiado pequeñas lo recuerdo solo tenía mis botas de militar, no sabía adónde ir, recuerdo haber telefoneado a Marianne llorando como un niño no sé muy bien si estaba borracho, me sentía culpable por abandonar a los camaradas, culpable por todo lo que había ayudado a destruir, a matar, soñaba durante horas y horas en bucle sin conseguir dormir, soñaba con funerales donde Andrija me reprochaba haber abandonado su cuerpo yo marchaba kilómetros y kilómetros por las montañas buscándolo para depositarlo en una gran hoguera y prenderle fuego, entonces su rostro se dibujaba en el humo que subía hacia el corazón del cielo de la primavera; todo eso me asaltó al ver a Blaškić en su banquillo de La Haya entre los abogados los

intérpretes los procuradores los testigos los periodistas los curiosos los militares de la Forpronu que analizaban los mapas para los jueces tratando de determinar la procedencia de los obuses, a partir de las dimensiones del cráter precisaban el alcance del proyectil a partir del calibre lo cual propiciaba la presentación de contraperitajes todo traducido a tres lenguas grabado transcrito mecanografiado a cuatro mil kilómetros del Hotel Vitez y de Lašva la de las aguas azuladas, había que explicarlo todo desde el principio, había historiadores que testificaban sobre el pasado de Bosnia, Croacia y Serbia desde el Neolítico, exponiendo cómo se había formado Yugoslavia, luego geógrafos que comentaban estadísticas demográficas, censos, planes catastrales, politólogos que explicaban las diferentes fuerzas políticas representativas desde los noventa, resultaba magnífico, tantos saberes y conocimientos al servicio de la justicia, los observadores internacionales adquirían entonces todo su sentido, testificaban sobre los horrores de la carnicería con auténtica profesionalidad, los debates eran corteses, estuve a punto de proponerme como testigo, pero ni la acusación ni la defensa tenían ningún interés en hacerme comparecer y mi nueva ocupación me imponía cierta discreción, durante mucho tiempo pensé en lo que habría dicho si me hubiesen interrogado, cómo habría explicado lo inexplicable, sin duda también a mí me hubiese hecho falta remontarme a la noche de los tiempos, al hombre prehistórico asustado pintando en su cueva para calmarse, a Paris apoderándose de Helena, a la muerte de Héctor, al saqueo de Troya, a Eneas llegado a orillas del Latium, a los romanos raptando a las Sabinas, a la situación militar de los croatas de Bosnia central a principios de 1993, a la fábrica de armamento de Vitez, a los tribunales de Núremberg y de Tokio que son el padre y la madre de este de La Haya; Blaškić en su banquillo es un hombre solo para responder por todos nuestros crímenes, según ese principio de responsabilidad penal individual que lo liga a la historia, es un cuerpo en una butaca con unos auriculares en las orejas, se lo juzga en lugar de todos cuantos han tenido un arma, será condenado a cuarenta y cinco años de prisión reducidos a nueve tras la apelación y hoy debe de estar disfrutando de su jubilación anticipada cerca de Kiseljak, no muy lejos de los pueblos donde yacen los cuerpos carbonizados de los civiles cuya muerte se le achaca, esa gente que todavía espera una justicia que no llegará jamás, en La Haya tan holandesa había tal desfile de exyugoslavos que organizar las comparencias sin que todo ese pequeño mundo se cruzase en los aviones los trenes o los coches antes de encontrarse en las lujosas celdas del edificio de detención o en las antecámaras de las salas de audiencia era un auténtico rompecabezas, la justicia internacional reconstruía por última vez el país desaparecido, serbios croatas bosnios de toda calaña montenegrinos se estrechaban las manos o fingían no reconocerse, estaban allí para hablar de su guerra para airear sus trapos sucios ante unos jueces que por supuesto no podían ser serbios ni croatas ni bosnios ni montenegrinos ni siquiera eslovenos macedonios o albaneses, solo sus defensores lo eran, la comunidad internacional que los juzgaba miraba con el rabillo del ojo a todos aquellos bárbaros de nombres impronunciables,

los cientos de miles de páginas de los procedimientos se convertían en un lamentable océano, una marea de justicia en la que chapoteaban las víctimas llegadas para testificar los desplazados los torturados los apaleados las violadas los saqueados las viudas lloraban casi siempre a puerta cerrada en una sala con las cortinas echadas y sus relatos no salían de esas jaulas acristaladas, de los intérpretes, consignados en inglés o en francés para la posteridad en los informes de la audiencia sin que los jueces entendiesen los acentos ni los dialectos ni las expresiones de sus voces que trazaban un auténtico mapa del dolor; luego todos tomaban de nuevo el avión con un regusto de bilis y volvían a convivir con sus enemigos sus verdugos o sus recuerdos sin que ni su odio ni su amor ni su lealtad ni su sufrimiento hubiese servido de nada, personajes en el Gran Procedimiento organizado por los juristas internacionales sumergidos en los precedentes y en la jurisprudencia del horror encargados de poner orden en el derecho al asesinato, de averiguar en qué momento un balazo en la cabeza era legítimo *de jure* y en qué momento constituía una infracción grave del Derecho y las Costumbres de Guerra, refiriéndose sin cesar a los juicios de Núremberg, Jerusalén, Ruanda, precedentes históricos reconocidos como tales por el estatuto del tribunal, reformulando el *derecho internacional de costumbres* en la interpretación de los Convenios de Ginebra, trufando sus considerandos de expresiones latinas floridas y oportunas, aplicados, sí señor, toda esta gente se esforzó mucho por distinguir las diferentes modalidades de crímenes contra la humanidad antes de decir «señores creo que vamos a hacer un receso para comer o debido a obras en la sala 2 la Cámara propone a las partes trasladar las audiciones previstas para esta tarde a una fecha posterior, digamos dentro de dos meses», el tiempo de la justicia es como el de la Iglesia, se trabaja para la eternidad, por lo menos toda esa palabrería suponía una distracción para los acusados, durante largos meses escuchaban la historia de su país y de su guerra, cautivados como por una buena película, quizá aburridos por tanta repetición, me quedé en La Haya tres días me preguntaba si alguien iba a reconocerme y a gritar «¡policía! ¡policía!» cuando me viese pero no; sin embargo mi nombre debía de aparecer en algún informe, enterrado junto con otros, negro sobre blanco entre los muertos y los supervivientes de nuestra brigada, posiblemente en compañía de la lista de nuestras víctimas civiles, voluntarias o accidentales, todo lo accidental que pueda ser un obús de mortero cuando entierra a una familia bajo los escombros, de repente tengo la impresión de flotar, el tren pasa por sucesivas agujas y baila, las luces de la campaña revolotean a nuestro alrededor en un *ballet* aleatorio que me produce una arcada a no ser que se deba al recuerdo de la guerra, aproveché mi paso por La Haya para ir hasta Groninga y contemplar las casas multicolores a orillas del canal que rodea el centro de la ciudad, la gran plaza con una torre magnífica, el mar y las islas, tan próximas, Alemania a unos pocos kilómetros al este, una ciudad mediana y tranquila de glorioso pasado, estuve deambulando sin rumbo por las calles del centro hasta encontrar un precioso hotel cerca del canal en un edificio del XVII con el evocador nombre de Hostal del Cuerpo de Guardia, en

francés, lo cual me hizo suponer que hablarían la lengua, lo primero que hice una vez instalado fue husmear en el listín, había dos Gerbens, iniciales A. J. e inicial T., uno vivía un tanto apartado de la ciudad, y el otro cerca de la venerable facultad al sur del centro según el mapa, si Harmen Gerbens el viejo cairota había tenido dos hijas estas sin duda se habrían casado y habrían tomado el apellido de sus esposos, la recepcionista del Cuerpo de Guardia era simpática pero suspicaz, qué quería yo de esos Gerbens, le pregunté si el apellido era corriente ella me respondió que no, en realidad no, me dispuse a contarle la historia, en El Cairo me había encontrado con un viejo de Groninga de nombre Harmen Gerbens que me había encargado saludar a su familia, mentira piadosa el viejo borracho más bien hubiese escupido en el suelo, ella pareció de repente emocionada y se decidió a ayudarme, descolgó el teléfono y preguntó para mí si el primer Gerbens del listín conocía a un Harmen que residía en El Cairo, yo no entendí ni una palabra de la conversación pero la joven me sonreía y movía la cabeza al hablar, enseguida tapó el teléfono con la mano y me explicó: se trata de su sobrino, efectivamente tiene un tío llamado Harmen que se fue a Egipto después de la guerra, estaba bastante excitada, pregúntele si puedo reunirme con él, por favor, ella retomó el teléfono y su conversación neerlandesa; aquel primer Gerbens del listín era médico y recibía por la tarde, me cité con él a las dieciséis horas y fui a comer arenques en un restaurante aceptable a orillas del agua, por suerte el día era claro, una pálida luz de otoño y una brisa marina perfumaban el paisaje, qué preguntas iba a hacerle a ese matasanos, qué era lo que me atraía de la historia de Harmen, el lado sombrío que me parecía adivinar, la cabeza hirviendo de recuerdos de guerra avivados por La Haya, perseguido por la cara impenetrable de Blaškić en el banquillo de los acusados, los héroes, los combatientes, los muertos, las hazañas, paseando por el canal para matar el tiempo, en el muelle algunas gabarras me recuerdan que desde aquí puede alcanzarse el Rin luego el Ródano desembocar en el Mediterráneo y llegar a Alejandría, los comerciantes venecianos traían pieles de Holanda y las cambiaban por especias y brocados, según mi guía ilustrada Groninga fue una ciudad comerciante y próspera que importaba tabaco de las colonias, se acerca la hora, la amable recepcionista me ha indicado cómo encontrar el gabinete del sobrino: a las dieciséis en punto me encuentro frente a un hombre de unos cincuenta años en bata blanca, sabe inglés, se muestra amable, más bien sorprendido por oír hablar de un pariente al que no llegó a conocer, lo creía muerto, dice, si no recuerdo mal mi tía me contó que había muerto, ella falleció hace algunos años, mis primas se casaron y viven en Ámsterdam; mi padre tampoco está ya entre nosotros, se lo llevaron el tabaco y el alcohol, que yo sepa tras la guerra nunca se sintió próximo a su hermano, no estaban en el mismo bando, ya sabe usted, mi padre era resistente y mi tío, hum, *not so much*, creo que estaban peleados, cuando la Liberación a mi tío le tocó huir para evitar la pena de muerte, escapó de la prisión poco antes de su ejecución, ¿qué había hecho para merecer algo así? le pregunto, no lo sé, farfulla el médico, no sé nada, supongo que fue nazi, reconozco que nunca he intentado saber

demasiado, usted lo entenderá, mis padres jamás hablaban de eso, me resulta extraño pensar que todavía viva, allá en Egipto, también me parece extraño que los británicos no lo detuviesen a su llegada en 1947, le di las gracias al médico y me fui imaginando a las dos hijas de Gerbens, ellas hijas de un traidor y él hijo de un héroe, posiblemente ambos asesinos pero por causas diferentes, las dos hijas de Harmen el nazi cairota llevaban sin duda la marca de la ausencia de un padre deshonrado por la patria al que ellas jamás habían intentado volver a ver, como tampoco volvieron a saber de la familia de su padre, habían cambiado de ciudad y de apellido por medio del matrimonio y a su descendencia iban a legarle ese vacío en su genealogía, cuando la mujer de Gerbens regresó a Holanda debió de declarar muerto a un marido que se quedaba en Egipto, condenándolo a morir solo y lejos en el exilio de Garden City y del alcohol que era una de sus numerosas prisiones, sin duda la más sólida junto con su pasado, Harmen Gerbens el viejo nazi tantas veces encerrado, en Holanda, en Qanâter, en su casa de Garden City en el Metaxa y el coñac egipcio, condenado a verse morir acordándose quizá de aquella calavera en su cuello de SS que no había dejado de acompañarlo a lo largo de toda su existencia como un tatuaje invisible; se acordaba de aquellos a los que había cargado en trenes con destino al este, de las mujeres a las que había violado en el campo de Westerbork, hasta donde llegaba su memoria, Harmen Gerbens ocupaba su lugar en la lista del maletín; yo regresé al Hostal del Cuerpo de Guardia, comenzó a llover, le di las gracias cálidamente a la recepcionista, le dije «misión cumplida» y ella me sonrió tendiéndome la llave de mi habitación, y cuando esta noche en el Piazza venga el desconocido a tomar posesión del maletín y a darme mi pasta me beberé una copa a la salud de la recepcionista y del médico de Groninga, de las hijas de Gerbens y de Nathan Strasberg el judío de Łódź que en Jerusalén me tradujo el anexo al informe del Shin Beth, le parecía muy irónico que la intervención israelí hubiese tenido como efecto enviar a prisión en El Cairo a un antiguo nazi, eso le divertía, Nathan también confeccionaba listas, listas interminables de objetivos, de hombres a abatir, de personal palestino hostil a los acuerdos de Oslo, FPLP, FDLP, Hamás, Yihad Islámica, para el Mosad el nuevo «frente de rechazo» constituía un riesgo mayor, y Nathan reunía información sobre sus artimañas, sin saber que muy poco después del estallido de la segunda Intifada iba a haber que asesinar a la inmensa mayoría de esa gente, según la graciosa doctrina del homicidio preventivo a golpe de misiles tierra-aire sobre la franja de Gaza o de tanques Merkava en los callejones de los campos de Cisjordania, Nathan era un poco gordo muy risueño y tenía un gran sentido del humor me pregunto dónde se encontrará hoy, un poco más cerca del fin del mundo, mientras el tren atraviesa el Po sin apenas aminorar la marcha, una fábrica se desliza en neones blancos tras paredes de ladrillos, una estructura alta, vigas metálicas alumbradas aquí y allí por luces rojas como un barco; en Venecia Ghassan Antoun trabajaba en el puerto de Marghera para una petroquímica muy parecida, también allí un inmenso amasijo de tubos y depósitos iluminaba la noche con lámparas rojas que surgían de la niebla, al alba

volvía a su casa en autobús, por el puente llamado «de la Libertad» que une Venecia con tierra firme y conmemora el fin de la dominación austríaca, Ghassan siempre desprendía un extraño olor, como de cacahuete o de maíz tostado, por más que se lavase ese extraño olor de química jamás lo abandonaba, lo único es que disminuía cuando se alejaba de la fábrica, sin llegar nunca a desaparecer del todo: el trabajo de noche le robaba el cuerpo sin llegar a devolvérselo completamente, contaminado por aquellos efluvios familiares e inquietantes, como siente un soldado en campaña el sudor y la grasa, yo lo conocí al alba en un bar cuando el amanecer llegaba para liberarme de un insomnio deambulatorio, los dos entramos como vampiros rendidos y helados, él con un anorak encima del mono yo con mi gorro de siempre hundido hasta las cejas, enseguida me recordó a Andrija el eslavo, a saber por qué, no se parecían en nada, aparte quizá de una inadecuación entre el cuerpo y la ropa, Andrija siempre iba desaliñado el uniforme nunca era de su talla, o demasiado grande o demasiado pequeño, su ropa estaba indefectiblemente manchada y su petate se balanceaba de forma extraña, siempre parecía molesto, sobrecargado con la mochila, las municiones, las armas, Ghassan embutido en su mono bajo el anorak tenía los mismos andares torpes que cuadraban de maravilla con su eterna sonrisa y ese pequeño bigote del que tan orgulloso estaba, Andrija caído en Bosnia central cerca de Vitez se reencarnaba en el alba húmeda y fría de un café de Venecia, un café proletario a orillas de la laguna a algunos cables del cementerio insular de San Michele tan romántico (Stravinski, Diaghilev, Ezra Pound el viejo loco) aunque todavía no me había ido bien visitarlo, Andrija cuya ausencia me impelía a buscarle un sustituto en el enorme aburrimiento solitario de la Serenísima: Ghassan vivía a dos pasos en un apartamento húmedo y sombrío que compartía con su primo encargado en un palacio en riva degli Schiavoni, aquella mañana tomamos un café codo con codo sin decir palabra, por lo menos así es como creo recordarlo, puede que esté confundiendo nuestros innumerables desayunos al alba durante los meses siguientes a este primer encuentro, ya no sé en qué momento le dirigí la palabra a Ghassan por primera vez, no creo que nuestra amistad fuese lo que se dice inmediata, en la iluminación amarillenta de la estación de Piacenza y el aire acondicionado del tren que me impide sentir su olor a fábrica, la amistad o la camaradería requieren de tiempo, de experiencias, y si en amor la proximidad de los cuerpos crea la ilusión del conocimiento profundo del otro, los efluvios de los combatientes son distintos, la intimidad la propician el sudor y la sangre, Ghassan y yo nos observamos largo tiempo sin compartir nada, a pesar de la similitud de nuestros relatos personales o precisamente por eso, a pesar de las extrañas semejanzas que no tardamos en adivinar, la empatía y el parecido, efectivo o imaginario, con Andrija y su bigote, como tampoco ahora le dirijo la palabra a mi vecino, en este tren, con la calefacción a tope, a pesar de las semejanzas que nos unen como por ejemplo este viaje inmóvil, qué andaré buscando, dónde se bajará, Bolonia, Florencia o Roma, parece aburrirse de lo lindo, con su *Pronto* en la mano, también él mira por la ventanilla cómo se

apaga Piacenza y su zona industrial irradia esa luz intermitente que nos roba la noche de estos campos llanos y fértiles en la frontera de la Emilia atravesada por el tren; Ghassan pronto cumplirá cuarenta años, si es que sigue con vida después de la reciente avalancha de cadáveres en Beirut: acaso se convirtió en uno de los guardaespaldas de Elie Hobeika o de un oscuro subjefe cristiano, acaso acabó por volver a las armas que había abandonado en 1991, huyendo de la llegada del Gran Hermano sirio a su pedazo de montaña, quién sabe, dejé a Ghassan cuando dejé Venecia, y más tarde ya nunca traté de verlo de nuevo, ni en Trieste ni ninguna de las veces que estuve en Beirut por negocios como se suele decir, nunca traté de buscarlo a pesar de que él me indicó dónde vivía su familia, en medio de la colina de Achrafiyyé que domina el lado este de la ciudad, según me explicó desde el tejado de su casa se veía el mar mucho más azul que el de Venecia, mucho más marino que aquella laguna interminablemente llana: el Mediterráneo oriental con los colores dictados por las estaciones igual que un árbol, del gris al turquesa, bajo el inmenso cielo del Líbano que las montañas, al limitarlo, todavía engrandecen más, los reflejos de las cimas, Ghassan desapareció como Andrija, al final también se desvaneció quizá ayudado por la edad no traté de reemplazarlo, de llenar el vacío dejado por esa fría amistad que comenzó en un bar al alba frente a la isla de San Michele el cementerio flotante de Venecia con su parcela para los extranjeros, nos veíamos todas o casi todas las mañanas al amanecer, Ghassan salía de su fábrica de fertilizantes o sabe Dios de qué residuos nauseabundos y yo de mis errancias nocturnas, una forma de escapar de la mujer a la que había arrastrado a Venecia y a la que no quería volver a ver, creo, o acaso sea al revés, ella se negaba una y otra vez a acostarse conmigo aduciendo que Venecia la ponía neurasténica, lo cual sin duda era cierto, siempre tenía frío, comía poco, aunque hoy me doy cuenta de que ella no era más que mi reflejo, que el neurasténico era yo, eso resulta más verosímil, inmóvil en Venecia como ahora en este tren, en vías de curación, de olvido, de dos años de guerra perdidos recorriendo Croacia y Bosnia, yo hubiese querido que Marianne viniese conmigo pero en realidad prefería la soledad y la compañía de Ghassan, de Nayef y los otros, no nos veíamos demasiado, ella dormía de noche y yo de día, agotado por el insomnio; seguramente esas eran las consecuencias de dos años de anfetaminas, de dos años de culto al cuerpo, de dos años de miedo a palmarla en el barro, la gigantesca resaca de dos años de balas de obuses de alcohol y de drogas me parecía un milagro que Marianne me hubiese esperado, que hubiese venido a estar conmigo en Venecia, más una forma de desaparecer que una elección romántica, una isla fuera del tiempo y del espacio, una tumba para mí y para Andrija que se pudría en mi memoria como se descomponía en la tierra, los fines de semana Ghassan y yo nos emborrachábamos; a menudo me contaba historias de la guerra civil del Líbano, su guerra, él estaba del lado de las Fuerzas libanesas, por supuesto, del lado de la bandera y del crucifijo que tanto se parecía a nosotros los croatas, él tenía dieciséis años cuando en 1982 cae Beirut oeste, cuando Intissar y los combatientes palestinos

dejan el Líbano, entonces Ghassan creyó que la guerra había terminado, se enroló unos meses más tarde al reanudarse la matanza, incitado por sus mayores que le contaban los gloriosos años setenta, cuando el otro bando era izquierdista, peludo y enarbolaba el símbolo de Mercedes al revés como distintivo, más tarde el enemigo fue druso, luego sirio, luego, en el momento del último gran enfrentamiento que arrasó la montaña a sangre y fuego para nada, cristiano, Ghassan me contaba que la ciudad ardía, los bombardeos eran más intensos que nunca, las Fuerzas libanesas de Geagea se batían con el general Aoun en esa mezcla de orgullo, de poder y de dinero que tan bien definía su país: él podría haberse batido contra Marwan, Ahmad e Intissar, quizá incluso contra Rafael Kahla el autor del relato, quién sabe, cada vez que he ido a Beirut he pensado en las historias de Ghassan, y los nuevos contactos de mi nuevo oficio me contaban nuevas historia de guerra y de espionaje, «el Líbano es un kiosco a orillas del mar», decía Kamal Joumblatt, «y todo está en venta», todo está en venta, sobre todo la información y la vida de los indeseables, Kamal el padre de Walid Joumblatt príncipe de los drusos el más extraño el más astuto el más cruel de los señores de la guerra libanesa, recluido en su palacio de Mukhtara para escapar de las bombas sirias y de los coches bomba, Walid el carnicero de los cristianos del Chouf es un hombre ilustrado, cultivado y riquísimo, sus guerreros eran los más duros, los más audaces, los más locos, los más sanguinarios, hacían enfadar a su jefe porque eran incapaces de marcar el paso, pero no tenían rival a la hora de dejar doscientos muertos en la plaza de un pueblo en menos tiempo del que se tarda en decirlo, y en ese país minúsculo donde todo se sabe donde todo sucede en familia sobre el señor Walid se cuentan las historias más increíbles, relatos que hacen reír y estremecerse al mismo tiempo, como en general sucede con todo el Líbano, patria de las grandes risas y los grandes escalofríos: una noche invitó a cenar a un primo y a su esposa Nora, allá arriba en su montaña, y al acabar de comer, cuando la pareja estaba a punto de marcharse, dicen que sin levantarse siquiera de la mesa le explicó a su pariente que él podía marcharse pero que su mujer se quedaría y que eso le dejaba a ella dos opciones, o se divorciaba de forma inmediata o se quedaba viuda, pobre Helena de Fenicia, siempre la pasión por la mujer de los otros, tan frecuente entre los reyes del Líbano como en cualquier otra parte, prueba de ello es Ghazi Kanaan el coronel sirio que no solo se servía de todo el terror del poder de Damasco para enriquecerse sino también para acostarse con las hermosas mujeres de la alta sociedad libanesa, y cuentan —Reyes, Guerreros— que era capaz de hacer llamar a un ministro en mitad de la noche para pedirle que le enviase en el acto a su compañera, que viniese a mamársela, él el responsable de las fuerzas sirias, con el revólver en la sien: los ogros todo lo quieren, todo lo toman, todo lo comen, el poder, el dinero, las armas y las hembras, en este orden, esas historias de monstruos me recordaban a mis propios ogros, serbios, croatas, que habían sabido poner en juego toda su rabia y saciar toda su sed de humanidad mítica, de violencia y de deseo, esos relatos hacían las delicias del hombre corriente, de los niños, de la gente humilde,

felices de ver a los poderosos humillarse en su torre ante alguien más poderoso que ellos, perder su honor su mujer como perdieron ellos su casa sus niños o sus piernas en un bombardeo, lo cual a fin de cuentas no parecía tan grave como el deshonor y la humillación, la derrota del poderoso es estrepitosa, magnífica y ruidosa, un héroe siempre hace ruido cuando se hunde, cien kilos de músculos sacuden el suelo en un golpe definitivo, el auditorio en pie para ver cómo arrastran a Héctor, cómo su cabeza se bambolea y mana su sangre, el ogro vencido por otro todavía más ogro: Ghassan no podía abstraerse de su fascinación por estos héroes, Joumblatt, Kanaan o Geagea, admirado por sus hazañas y sus locuras, él las contaba como quien cuenta un chiste, golpeándose los muslos, sonriendo de oreja a oreja delante de un *spritz* o un Campari con soda en una de esas plazas venecianas que tan opuestas parecen a cualquier tipo de violencia, del otro lado del mundo, un pedazo de historia flotando sobre la laguna inmóvil, uno de los centros del Mediterráneo político y económico hoy en día apartado de la actualidad y arrasado por los turistas la miseria y el musgo, sin prisa pero sin pausa, el ejército de los soldados rasos deambula entre los palacios muertos invade las suntuosas iglesias, felices al contemplar de cerca el cadáver del gigante, la concha vacía del caracol reseco; Ghassan y yo éramos absolutamente insensibles a la belleza de Venecia, él el emigrado, el trabajador, yo el depresivo que no apreciaba en la Serenísima más que el silencio de sus calles desiertas invadidas por la noche y por la niebla, desorientado, incapaz de dar un paso hacia tierra firme, fue necesario que Marianne me abandonase una preciosa mañana en el puente de Guglie para despertarme, Ghassan y yo regresábamos borrachos de una noche de verborrea, debían de ser las seis o las siete de la mañana, los dos o tres días anteriores casi no había visto a Marianne, ella en la luz y yo en la noche y de pronto se presenta en el puente, en medio del alba gris, en pijama bajo el abrigo, los cabellos sueltos pálidos sus ojos con ojeras, yo me acerco vacilante y ella me da una furiosa patada en los cojones que me dobla por la mitad y enseguida desaparece, se va ante un Ghassan atónito y boquiabierto que durante unos minutos no se atreve a reírse, petrificado mientras yo me sujeto el bajo vientre y apoyo la cabeza contra el parapeto sin entender qué es lo que acaba de suceder sin advertir que mis testículos doloridos me acaban de despertar, que esa inesperada patada de Marianne me propulsa fuera de Venecia, ya no volví a verla, había tomado el primer tren, se fue, y yo también, sacudido de golpe por su desesperación algo que no advertí sino a través de mi dolor, al amanecer, Ghassan ve estupefacto cómo Marianne se aleja sin dar crédito, qué hacía en la calle a esas horas medio vestida supongo que me buscaba, me buscaba para decirme que se iba, que todo había acabado, pero no pudo decir nada envió su zapato como emisario a mis partes me dolieron hasta las orejas, los ojos llenos de lágrimas, tomé nota: tomé nota, me desperté, me espabilé, salí de la borrachera y del letargo, de la espera, hice mis maletas entre los restos del perfume desaparecido de Marianne, Aquiles el guerrero orgulloso recoge sus bártulos, sus bellas cnémides y sus armas de bronce en sus cóncavas naves, me despedí de Ghassan sabiendo que no

volvería a verlo y tres días más tarde, más de seis meses después de mi llegada, tomaba un tren parecido a este con destino al norte que pasaba por Milán: hay puntos geográficos que cuando has recorrido adviertes que eran encrucijadas, nudos quizá, desviaciones, pasos obligados imposibles de prever (los trenes y su marcha a ciegas siempre te llevan hasta ellos) que retienen una parte importante del trayecto, que lo definen en tanto que lo contienen, modestos, ese tipo de estaciones por las que transitas sin llegar a salir a la calle, eso es para mí la estación de Milán, no conozco su ciudad pero he pasado por allí cada vez que cambiaba de vida para tomar un nuevo tren, de París a Zagreb, de Venecia a París y ahora de París a Roma para llevarle (como cualquier otra mercancía, pizzas, flores) estos viejos secretos de hace cincuenta años y otros más recientes a unos prelados temblorosos a cambio de dinero contante y sonante, fijé la suma en trescientos mil dólares, pensando que a los hombres de Iglesia no se les escaparía la ironía, treinta denarios, no dijeron ni mu, aceptaron a la primera, ni se atrevieron a regatear con el pecador el precio de la traición, Roma sigue siendo Roma, cualquiera que sea su jefe, me arrellano en el asiento y cierro los ojos, Milán en cada quiebro de mi vida, sin quedarme nunca: nunca he visto el Duomo, ni la *Última cena* de Da Vinci, ni la galería Victor Manuel, ni el emplazamiento de la horca en la que expusieron a Mussolini, muerto, colgado por los tobillos como un vulgar cochino, rindiéndole el homenaje que su rostro porcino merecía, esa cara de inmensa frente que hoy en día adorna tantos objetos fantasiosos en todos los mercados de Italia, camisetas delantales de cocina juegos de cartas cortaplumas de mango cincelado cerillas de colección petacas o balones de fútbol, parece que a la economía del fascismo no le va mal, no hace mucho que vi tras una cita en el Vaticano, del otro lado del río, en la plaza del Pueblo, una ceremonia mussoliniana con todas las letras, por no sé qué elecciones legislativas o algo así, allí estaban los nuevos fascistas con los viejos fascistas, camisas oscuras, negras, canciones banderas brazos levantados águilas desplegadas inscripciones latinas gritos a través de los altavoces autoritarios violencia coches girando neumáticos aullando alrededor de la plaza inmediatamente pensé en Croacia por supuesto pero sobre todo en el fin de la RSI de Salò roída poco a poco por los partisanos exterminados no obstante en masa de Bolzano a Mauthausen, enviados en trenes más allá del puerto de Brenner a morir en tierra tudesca si es que los SS no se encargaban ellos mismos de rematarlos a golpe de garrote en las celdas de Risiera en Trieste; los trenes transportan soldados y deportados, verdugos y víctimas, armas y municiones y yo aquí en la negrura del paisaje que adivino al ritmo del balanceo del vagón detrás de mis ojos cerrados, del desierto de fábricas, del cielo de luciérnagas apocalípticas, entre el polvo de la inmensa zona industrial que esconde, al oeste, los contrafuertes del Piamonte, mecido por los recuerdos tanto como por los raíles, dejé Venecia como Marianne me había dejado y me dormí, me dormí en un tren Intercity que iba hacia Milán para llevarme hasta París, todo se mezcla todo se embrolla yo rejuvenezco en mi sueño turbado por el recuerdo de Marianne de nuevo veo su ropa interior siempre

blanca a veces de encaje sus formas rollizas sus pechos y caderas la sencillez de su sonrisa su generosidad un tanto ingenua o la ingenuidad que hoy atribuimos a la generosidad, el abismo entre nosotros cavado con la pala militar de mi partida a Croacia, la primera noche en Alejandría que siempre vuelve con el resplandor de un faro, en aquella habitación frente al Mediterráneo llovía, una lámpara de pie amarilla iluminaba los trazos de la lluvia no había otra luz ella se desvestía en la oscuridad, estaba de vacaciones con sus padres en el Club Méditerranée de El Cairo y se había regalado una excursión a Alejandría en solitario, a la aventura, la encontré por casualidad en el tren que va de El Cairo a Alejandría, en un lujoso vagón de primera clase extraordinariamente lento, un auténtico cliché de la pereza oriental, a lo largo del delta del Nilo, tan verde, yo miraba de reojo las blancas transparencias de su camisa de algodón, ya, y llevado por la concupiscencia más que por un interés real por su alma, atraído por sus curvas de Venus prehistórica, buscando un refugio en aquellas formas tiernas, como un niño que se chupa el pulgar, un biberón maternal en sus ubres aquellas tetas que no lograba dejar de mirar, vivíamos en el mismo barrio de París, íbamos a la misma panadería y aunque jamás nos habíamos visto esa coincidencia, en un tren egipcio que traqueteaba a cuatro mil kilómetros de la calle Convention, tomó el cariz de un signo divino y activó la complicidad, la inmediata amistad entre aquellos a quienes el extranjero impele el uno hacia el otro, condenados a la proximidad gracias al círculo de lo desconocido y la alteridad que los rodea: ella estaba de vacaciones y yo también, en aquella huida adolescente yo le buscaba un sentido a la vida y creí encontrarlo en los imponentes pechos de Marianne en su blanca ropa interior esa ilusión, ese regalo de Afrodita la simuladora que esconde en el propio deseo la identidad de la carne que cobija, su banalidad, una falsa transparencia un juego del escondite y adormecido soñando despierto a lo largo de lo que imagino será Piacenza vuelvo a verla desnudarse una vez más en la húmeda penumbra, yo la abandono ella me abandona con una magistral patada en los cojones, esos mismos órganos que propiciaron nuestro encuentro, y el círculo se cierra, mis testículos origen de mi pasión acabaron recibiendo su merecido, estrellándose en el zapato de Marianne hasta volver a subir a esconderse en el fondo de mi garganta, ella había castigado a los responsables del primer error y cada uno volvió a coger un tren diferente un tren mucho más rápido que aquel que brincaba a través de la campiña egipcia entre aquellas vacas flacas y peludas llamadas *gamus*, en medio de palomares y campesinos cuyos arados y azadas no habían cambiado desde Ramsés, otro tren, en Venecia me puse a leer, a leer apasionadamente, a desentenderme del mundo para adentrarme en la página, mientras que en dos años de guerra no había tenido ni un libro en la mano ni siquiera una Biblia en la apatía veneciana me cebé de novelas de aventuras, de novelas marítimas, de historias de corsarios de piratas de batallas navales todo lo que los turistas francófonos abandonaban en los hoteles y que acababa en manos de un pequeño librero ambulante detrás del campo Santa Margarita, policíacas, novelas de espionaje, novelas históricas, aparte de mis

expediciones nocturnas y mis conversaciones con Ghassan me pasaba la mayor parte del tiempo leyendo en el sofá, Marianne estaba obsesionada con la guerra, puede que más que yo, quería saber, me interrogaba sin descanso, leía tratados sobre la ex Yugoslavia, hasta se había propuesto aprender croata lo cual me sacaba de mis casillas, no sé por qué, su acento, su pronunciación me irritaba, yo necesitaba silencio, necesitaba su cuerpo y silencio, la única persona con la que conseguía hablar de la guerra era con Ghassan: indirectamente, poco a poco, comentando las cualidades de tal fusil, de tal lanzacohetes, igual que los amantes que paso a paso se fabrican una intimidad llegamos a intercambiar anécdotas, relatos de guerra y a comparar nuestras vidas de soldados, no tenían nada en común; Ghassan apuesto guerrero, gafas de sol, uniforme nuevo, M16 en la mano, se pavoneaba en un control o se arrastraba por la playa en Joünié con sus camaradas, los enfrentamientos eran violentos y rápidos, la guerra duraba ya diez años y estaba bien rodada, como él decía, la única batalla real en la que había participado fue contra el ejército libanés en febrero de 1990 en Metn y en Nahr al-Kalb, una sangrienta carnicería, de una colina a otra la artillería masacraba a los civiles en fuga, los combatientes se echaban unos contra los otros en un combate furioso: Ghassan me contó cómo había matado a su propio primo, cabo del ejército, lanzándole una granada a su *jeep*, que transportaba municiones, los tres ocupantes desaparecieron en un chorro de carne, metal y fuego, allí nadie sabe que fui yo quien lanzó esa granada, decía Ghassan, cómo crees que iba a mirar a la cara a mi tía después de eso, se acordaba de haber descendido por las colinas aullando para darse coraje, de haber meado sobre el cañón de una ametralladora para enfriarla, sin éxito, de haber dejado fuera de combate un blindado con un LAW a doscientos metros y de haber visto al comandante del carro salir con un gran esfuerzo de aquel esqueleto para consumirse como una vieja suela de zapato ennegrecida y doblada sobre el cañón, de haber llorado sin consuelo durante horas (lo contaba riéndose) después de la muerte de un caballo, segado accidentalmente por una ráfaga, y sobre todo, sobre todo contaba cómo le habían herido, cómo se creyó muerto, atravesado de repente por decenas de fragmentos al explotar un obús, vio cómo la chaqueta de su uniforme se abría, se hinchaba con los impactos de metralla, de repente estaba cubierto de sangre perforado de los tobillos a los hombros por innumerables mordeduras, una sustancia infecta y viscosa le cubría todo el lado derecho, Ghassan se hundió en espasmos de dolor y de pánico, creyó que aquello era el fin, el obús había caído a unos pocos metros, los médicos le retiraron del cuerpo ocho dientes ajenos y diecisiete fragmentos de hueso incrustados en la carne, pedazos del pobre tipo que tenía delante volatilizado por la explosión y transformado en una granada humana, trozos de cráneo humeante propulsados en una bocanada de sangre, el único fragmento metálico era un premolar de oro, Ghassan salió de esa, todavía sentía escalofríos en la espalda y arcadas de asco, decía, «solo de pensarlo se me pone la carne de gallina», yo no sabía si reírme de semejante historia o lamentarme, transformado en una tumba viva Ghassan había acogido las reliquias del mártir

engastadas en su propia piel, la unión de los guerreros gracias a la magia de los explosivos, el relato de Ghassan no era un caso único, por muy extraño que parezca, en Siria Larrey cirujano de la Grande Armée cuenta haber retirado del vientre de un soldado un pedazo de hueso clavado como un cuchillo, «afilado como una bayoneta, horrorizados por un momento creímos —cuenta— que habían cargado los cañones con huesos, antes de enterarnos por boca del propio herido de que ese fragmento procedía del cadáver desecado de un camello, dispersado por un proyectil»; también Marcel Maréchal el violonchelista cuenta en sus memorias de la guerra del 14 que un reloj de bolsillo de Besançon, una medalla de bautismo y dos dedos (índice y corazón, todavía unidos el uno al otro) habían aterrizado en sus rodillas tras la explosión de un torpedo en el terraplén, y que no sabía qué lo había entristecido más, si la carne o los dos objetos, pues en medio de la carnicería le parecieron infinitamente más humanos que dos simples falanges sanguinolentas; Ghassan todavía tenía bajo la piel, sobre todo en el cuello, minúsculos fragmentos de hueso invisibles o casi invisibles a los rayos X y que, no se sabe por qué motivo, años después se manifestaban de vez en cuando en forma de quistes y durezas que debía operarse, lo que más le molestaba era tener que explicarle al médico por qué su cuerpo vomitaba huesecillos como otros los trocitos de vidrio de un parabrisas: pobres cuerpos de los combatientes, yo había tenido suerte, aparte de algunos arañazos, quemaduras superficiales y un esguince no me había ido tan mal, mi carne no solía recordarme la guerra, tengo dos pequeñas cicatrices pero están en la espalda y detrás del hombro, no las veo jamás, necesitaría dos espejos para contemplarlas; sé que Sashka las acaricia con el dedo cuando estoy echado boca abajo, jamás me preguntó de dónde salieron, no así Marianne y Stéphanie que me interrogaban tan a menudo, la historia de las heridas de Ghassan me recordaba mis novelas de marina, en los barcos los heridos quedaban llenos de pedazos de madera de la borda, las poleas, los aparejos, la arboladura, las balas o la metralla taladraban el puente proyectando miles de astillas, agujas salvajes que acribillaban sin piedad a la tripulación, como las que acabaron en la mano izquierda y en el tórax del arcabucero Miguel de Cervantes Saavedra en Lepanto el 7 de octubre de 1571, a bordo de la galera *Marquesa*, colocada en reserva a la retaguardia del dispositivo cristiano y que al mediodía recibió la orden de afrontar el audaz ataque de Uluj Pachá el valiente, estaba tratando de dirigirse al centro dominado por don Juan de Austria el comandante de la Santa Alianza que aquel día decían que se había levantado de buen humor, al alba hacia las seis de la mañana, una hermosa mañana de otoño, y eso que la estación ya estaba avanzada, en el hedor infame de aquella galera en la que vivían hacinadas más de trescientas personas, don Juan de Austria ya se había puesto la pechera y la armadura cuando, hacia las siete de la mañana, fueron avistados los primeros buques turcos, a una distancia de dos horas más o menos, lo que le dejaba al joven bastardo de veinticinco años tiempo suficiente para organizar a sus efectivos, iba a ser un día largo, la boca del golfo de Patras reluciente al sol de levante se

convirtió en una trampa mortal en la que acorralaron a las 208 galeras turcas y a los 120 barcos ligeros que las acompañaban con un total de 50.000 marinos y 27.000 soldados, jenízaros, espartanos, voluntarios, en doce horas 30.000 cadáveres se reunieron con los pececillos en aquellas aguas pacíficas y azuladas, o lo que es lo mismo más de 1.800 toneladas de carne y huesos, yo le contaba a Ghassan la batalla de Lepanto mientras visitábamos el arsenal de Venecia la belicosa tranquila que unos años más tarde iba a negociar por su cuenta y sin complejos una paz con los otomanos poniéndole fin de este modo a aquella Santa Alianza comandada por don Juan de Austria bastardo primero de Carlos V, cuesta imaginar la pestilencia que emanan las quinientas galeras y su chusma, las enfermedades, los parásitos, las alimañas que transportan, hacia las nueve de la mañana truenan los primeros cañones, velocidad media cinco nudos, pero no nos precipitemos, tratemos de respetar el orden de los acontecimientos, en la retaguardia a bordo de la *Marquesa* Cervantes está febril, acostado, quiere participar en la batalla, subir al puente; más vale morir de pie y al aire libre que ahogado o quemado vivo en una bodega infecta, Cervantes toma su arcabuz, tiene las galeras enemigas a unas millas, tras el centro del campo cristiano reina el buque insignia del austríaco que dispara un cañón e iza su bandera para significarse, la embarcación abanderada turca la *Sultana* comandada por Uluj Alí Pachá hace lo propio, las costumbres son caballerizas, los hombres lo son menos, dentro de poco se masacrarán olvidando todas las cortesías de la guerra, ya galeazas venecianas quiebran las líneas centrales turcas causando terribles daños, son auténticos acorazados de la época, más altas y mejor armadas, las once y quince de la mañana, el ala izquierda cristiana bajo el fuego enemigo, parece a punto de replegarse, a Barbarigo su comandante una flecha lo alcanza en el ojo, su sobrino y oficial Contarini ya está muerto, se ha hundido junto con la *Santa Magdalena*; a la derecha, frente a Andrea Doria el astuto condotiero, Uluj Pachá vira hacia el sur, Doria lo sigue para no ser rebasado, dejando un vacío en la línea de defensa, las galeras de la retaguardia se adelantan para cubrirlo, desde detrás de su arcabuz Cervantes está atento a las órdenes de Álvaro de Bazán: los remeros azotan la piel del mar, la velocidad aumenta a diez nudos, en pocos minutos se enfrentarán con las galeras turcas desgajadas de la escuadra de Uluj Pachá, ya vuelan las flechas, también la metralla, en el mismo momento en que Cervantes dispara su arcabuz contra los soldados turcos que han caído al mar yo vacío mi vaso de vino, como el capitán Haddock en lo mejor de las aventuras de su abuelo el caballero François, Ghassan me ruega que continúe, cómo hirieron a Cervantes, cómo acabó la batalla, se esfuerza en vano por sentirse cristiano pero no puede evitar estar del lado de los otomanos lo cual a fin de cuentas es comprensible, pero el núcleo turco está a punto de hundirse, la cabeza de Uluj Alí Pachá acabará adornando la galera de don Juan, le seguirá la de Murat Dragut, su flanco derecho ya no es más que un recuerdo, la flota veneciana va tomando sus galeras una tras otra, abordadas en salvaje lid, acorraladas contra la costa y bombardeadas una vez en la orilla, los arqueros turcos hacen frente a las

bombardas y a los cañones de la Serenísima y don Juan de Austria, desde lo alto de sus veinticinco años y de toda su nobleza, contempla con gusto el fuego que arrasa la *Sultana* cuya escolta cae navío tras navío bajo el fuego y sus galeazas, los esclavos cristianos acabados de libertar se hacen con hachas y masacran con furia a sus antiguos dueños, Uluj Pachá el infiel ha acorralado el buque insignia de los caballeros de Malta, la escuadra de don Álvaro de Bazán se apresta a liberarlo, en la *Marquesa* el artillero Cervantes carga su arma en compañía de otros cinco soldados, apunta a la galera de Saíd Alí Raïs el pirata de Argel, sin saber que unos años más tarde sus destinos volverán a cruzarse pero al revés, Cervantes será hecho prisionero y quedará a merced del noble corsario, ya resuenan los gritos de victoria en el centro de la batalla, las galeras turcas supervivientes tratan de huir, una de las embarcaciones abre fuego contra la *Marquesa* para liberar a Saíd Alí, una salva de metralla barre el puente y un fragmento de madera atraviesa el puño de Cervantes, le rebana un nervio y lo priva para siempre del uso de su mano izquierda «en mayor gloria de la derecha»; qué hubiese sucedido si al artillero musulmán no le hubiese molestado el sol de mediodía, si Cervantes hubiese fallecido anónimo en una galera olvidada, eclipsado por la gloria de don Juan de Austria, no cabe duda de que alguien lo hubiese reemplazado, si siempre hay alguien para recoger un fusil bien puede haber alguien para recoger una pluma y a un caballero de la triste figura, tal vez su hermano Rodrigo, su hermano a quien la fortuna posterior del autor del *Quijote* excluyó de la historia, imagino que habría relatado la muerte de su hermano mayor con brillantez, y hoy, en los *ferrys* que van a Patras desde Italia, Bari o Brindisi, los altavoces les señalarían a los pasajeros el monumento al hermano mayor de aquel que se inventó al viejo marinero enloquecido por los relatos de corsarios, «a bordo de una galera de cuyo nombre no quiero acordarme» y todo lo demás, la inmensa mayoría de los soldados son desconocidos, dónde están los nombres de los treinta mil ahogados, quemados, decapitados de Lepanto, dónde está el nombre de aquel cuyos dientes y cráneo estuvieron a punto de matar a Ghassan, quién sabe cómo se llama el soldado turco que, sin saberlo, estuvo a punto de cambiar el curso de la literatura occidental y que murió en Esmirna o en Constantinopla, temblando todavía de rabia al recordar el desastre de Lepanto, con el bigote metido en el potaje; a las diecinueve horas de ese 7 de octubre de 1571 las presas turcas y la armada cristiana están al abrigo en la ensenada de Porta Petala, don Juan de Austria dispone que se celebre un inmenso *Te Deum* en la noche estrellada, el Musulmán ha sido derrotado, el Turco vencido, los aliados de la Santa Alianza cantan la gloria de Dios y de su capitán, ese joven bastardo imperial de veinticinco años que acaba de ganar la más importante batalla naval desde Actium en el año 31 antes de Cristo: algunas millas al norte de Lepanto, en estas mismas aguas gobernadas por Poseidón, ya se había jugado una vez la suerte del mundo, el divino Antonio y Cleopatra la egipcia se enfrentaron a Octavio el terrenal, también los dos antiguos triunviros habían echado sus flotas y a sus dioses a la batalla, Isis y Anubis contra Venus y Neptuno, otra batalla entre el Este y el Oeste,

entre el Norte y el Sur, sin que aún sepa nadie demasiado bien de qué lado estaban los bárbaros: a Ghassan todos estos relatos le fascinaban, él suscribía la propaganda cristiana y creía de buena gana que los libaneses eran fenicios, descendientes de los adoradores de Astarté y de Baal, originario de Biblos, imaginaba a sus antepasados a su imagen y semejanza, cultivados, cosmopolitas y mercantes, grandes fundadores de ciudades, Cartago y Leptis Magna, Larnaka y Málaga, grandes navegantes y temibles combatientes cuyos elefantes atravesaron los Alpes: Aníbal hijo de Amílcar el domador de guerreros venció a los romanos una primera vez en el Ticino e hirió a Escipión el jinete, su enemigo; mientras del otro lado de la ventanilla la llanura del Po se extiende a lo largo de Piacenza, a cien kilómetros de Milán, me pregunto si no avistaré uno de los elefantes de Aníbal, que murieron a causa del frío y las heridas después de haber aplastado a las legiones romanas a unos kilómetros de aquí, en Trebia, en una batalla en la que perecieron veinte mil legionarios y auxiliares, veinte mil cadáveres saqueados por los autóctonos; bajo los sedimentos del río, bajo los muertos de una de las primeras batallas de Bonaparte en Italia, bajo las toneladas de polvo acumuladas por el tiempo descansan los cadáveres de los paquidermos que vencieron a los romanos pero perecieron ante la nieve, que este año también ha sido abundante, tengo ganas de preguntarle a mi vecino si sabe que hay huesos de elefante sepultados muy cerca de nosotros, él nunca mira por la ventanilla, se contenta con dormir sobre su revista, un día de diciembre tal vez parecido al de hoy del año 218 antes de Cristo, el día del solsticio de invierno según Tito Livio el sabio, se enfrentaron 80.000 hombres 20.000 caballos y 30 elefantes: Tito Livio el justo pasa lista a las legiones, las centurias, las cohortes de jinetes, nombra a los jefes de cada campo, los que alcanzaron la gloria y los que merecieron el oprobio, describe a Aníbal el rebelde que tras más de quince años de guerra en territorio romano y a pesar de una serie de matanzas únicas en la historia antigua no consigue arrancarle la capitulación al Senado y al pueblo de Roma: en Túnez cerca de Cartago sentado en la puerta de Francia pido un expreso que aquí se llama *direct* mientras leo el periódico, en 1996 me detengo unos cuantos días en Túnez para reunirme con algunos argelinos en el exilio cumpliendo digamos con mi nuevo trabajo, me encuentro con un Cartago residencial y costero, atestado de villas lujosas, en Megara los jardines de Amílcar suelen estar plantados con sicomoros, vides, eucaliptos y sobre todo jazmines, yo me paseo por la playa con mi confidente, un barbudo arrepentido y simpático, pienso en los buques cartagineses venidos de Sicilia, de España o del levante que desembarcaron allí y que, cediendo a las presiones bélicas del Senado, inflamado por el recuerdo de los muertos de la batalla de Cannes, acabaron por reducirla a cenizas, *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*, y eso es todo, por supuesto Catón el Viejo, el sepulturero de Cartago, llevaba barba, como mi islamista argelino arrepentido que llega a finales de mes a chivarse, en nombre del Bien, de sus antiguos camaradas desviados del camino de Dios, equivocados, *Ceterum censeo Carthaginem esse delendam*, siempre hay Cartagos que destruir, del otro lado del mar, desde Ilión

la bien guardada, en este movimiento de toma y daca, como una marea que por turnos le da la victoria a Constantinopla, a Cartago o a Roma: llevados y traídos por las olas, en la playa de Megara todavía pueden encontrarse pequeños pedazos de mosaicos arrancados de los palacios púnicos que duermen en el fondo del mar igual que los restos de las galeras de Lepanto, los acorazados hundidos en los Dardanelos, las cenizas echadas en sacos de cemento por los SS de la Risiera a lo largo de la dársena número 7 del puerto de Trieste, recojo esas piedrecitas cuadradas y multicolores, me las guardo en el bolsillo como los nombres y los datos que reuniré a continuación para confinarlos en mi maletín, antes de reconstruir el mosaico completo, el gran tablero, el estado de las cosas de la muerte con violencia comenzó por azar con Harmen Gerbens el SS de El Cairo, encerrado en la prisión de Qanâter con los judíos de Egipto sospechosos de colaborar con Israel, eso que tanta gracia le hacía a Nathan en el bar del Hotel King David en Jerusalén, me pregunto qué les debió de pasar por la cabeza a esos egipcios, decía, ¿cuánto tiempo dices que lo tuvieron preso? ¿ocho años? supongo que se dieron cuenta de quién era, no sabían qué hacer con él, así que finalmente lo liberaron antes de la guerra del 67, los enemigos de mis enemigos son mis amigos, y le otorgaron la nacionalidad egipcia bajo su propio nombre, sin preocuparse por si alguien pudiese encontrarlo en un futuro, huido bajo los mangos de Garden City, prisionero alcohólico del Egipto eterno, como Antonio el vencido de Actium si no hubiese preferido la muerte a la prisión despidiéndose de un tajo de espada de Alejandría que lo dejaba para siempre, en 1956 y 1967 la comunidad judía de Egipto fue forzada al exilio, hoy en día cuenta con menos de cincuenta miembros; la gran sinagoga de la calle Nébi-Daniel en Alejandría ya no es más que una concha vacía, el viejo portero al que hay que corromper para visitarla simula las oraciones y las ceremonias, finge sacar los rollos y leer y cantar consiguiendo con su simulacro que la ausencia se torne todavía más real, todavía más tangible, ya nadie reza en las sinagogas de Egipto, solo de vez en cuando hay quien viene de Francia de Israel o de Estados Unidos a organizar ceremonias para las fiestas, sin embargo en 1931 Elia Mosseri director del Banco de Egipto, uno de los banqueros más ricos de El Cairo, propietario de un magnífico palacio *art déco* en Garden City, invierte con su hermano y algunos amigos de Jerusalén en un terreno situado sobre la antigua vía Juliana y construye un hotel inmenso y lujoso que se convertirá en el King David: resulta extraño pensar que el apartamento de Harmen Gerbens no se encuentra más que a unos pocos metros de la antigua villa del fundador del hotel donde Nathan y yo hablamos del SS neerlandés realojado por los egipcios a su salida de prisión en un apartamento abandonado por una familia judía, como los padres de Nathan, que tras desembarcar en 1949 en Haifa después de mucho dolor, ocuparon la casa de una familia palestina expulsada hacia Jordania o el Líbano, en una extraña ruleta del Destino en que los dioses dan y recuperan aquello que otorgaron; Isabel de Castilla promulgó el decreto de la Alhambra en 1492 y expulsó a los judíos de España, decreto que abolió Manuel Fraga el pálido ministro de Turismo de Franco el Duce

íbero en 1967 cuando ofreció pasaportes a los judíos apátridas de Egipto alegando que eran sefardíes y por tanto de origen español, permitiendo con ese golpe de furioso nacionalismo la reanudación de las relaciones diplomáticas con Israel: así pues en el otoño de 1967 los judíos egipcios que no tenían lazos con una de las Potencias, Francia, Gran Bretaña o Italia, llegaron en barco a Valencia al puerto cargado de naranjas del que seguramente zarparon sus antepasados unos quinientos años antes, dejando tras de sí casas, oro, joyas y sobre todo el mito de la cultura andaluza de las tres religiones del libro, para dispersarse desde Marruecos hasta Estambul, a orillas de ese mar que recorría yo en 1996 con mi islamista argelino mientras recogía trocitos de mosaico, Lebihan mi superior de entonces solía enviarme allí a reunirme con las «fuentes», usted inspira confianza, decía, cualquiera le entregaría al propio Dios sin confesión, con ese aire de franqueza suyo, más vale que vaya usted, sobre todo porque él temía la comida árabe, amante del estofado de ternera las ostras el vino blanco de Nantes y el apio con *ré-moulade*, además no soportaba el picante, para él Túnez era una calamidad digestiva y circulatoria, el fuego de Baal; consideraciones alimenticias aparte para la obtención de información con humanos el contacto es fundamental, la confianza, sobre todo cuando la «fuente» no acude a colaborar por sí misma, sino que hace falta acercarse adularla darle coba es como el juego del zorro y el Principito, la bestia sabe que quiere ser domesticada, se deja hacer, suele retroceder una o dos veces como una virgen asustada, hay que cercar sus motivaciones con cuidado, ideológicas familiares venales crapulosas o revanchistas y guardarse siempre un as en la manga para la estocada, «servir a la patria» todavía funciona con algunos franceses, sobre todo en lo científico o lo económico, donde a fin de cuentas los riesgos son menores, «luchar contra los rojos» ya no, la gente sospecha, pero puede cambiarse por «combatir la escalada del islam», que viene a ser lo mismo, aunque según mi experiencia la mayor parte de las veces los motivos de los informantes son pecuniarios, el dinero el sexo el poder he ahí la santa Trinidad del oficial de enlace, más vale llevar un fajo de billetes que un arma, aunque, por evidentes razones psicológicas, las fuentes prefieren creer que trabajan «por la buena causa», disculpa menos devaluada que «soy un vendido»: el simpático islamista barbudo ahora servía a la causa de Dios por la no violencia, como él decía, he visto demasiadas matanzas, demasiados horrores, esto tiene que acabar, era un anciano del brazo armado del FIS, próximo a los negociadores de Roma bajo el auspicio de la comunidad de San Egidio del Trastévere, a dos pasos de casa de Sashka; en el invierno de 1995-1996, cuando yo todavía era un espía principiante, los diferentes partidos políticos de Argelia habían firmado gracias a esta intermediación católica un acuerdo de principios, una plataforma de reivindicaciones se supone que para ponerle fin a la guerra civil, allí estaban todos, desde Ben Bella el histórico hasta los islamistas pasando por los cabilas, los demócratas liberales e incluso Louisa Hanoune la roja del Partido de los Trabajadores, la única mujer de la reunión, apelaban a la democracia al respeto de la Constitución al fin de las torturas y las artimañas de los

militares, por supuesto todo eso estaba destinado al fracaso pero suponía una buena base para negociar una paz en el futuro, al mismo tiempo en Argelia el AIS y el GIA masacraban a los infieles mientras los soldados torturaban y ejecutaban todo aquello que caía en sus manos, mi fuente me confiaba información concreta, mi primera fuente en el extranjero, el primer viaje a mi Zona, nombres, principios de organización, fracturas, tensiones internas, más tarde en mi oficina yo cruzaba estos datos con otras fichas, otras fuentes, para elaborar una nota, un artículo incluido en un informe semanal enviado a los ministerios concernidos, al gabinete del primer ministro y a la presidencia de la República, el parte meteorológico del peligro, esta semana posible aguacero en África del Norte, buen tiempo en los Balcanes, borrascas en Oriente Próximo, tormentas en Rusia, etcétera, un servicio especial se ocupaba de compilar la información de las diferentes secciones para esa publicación secreta y regular, sin contar las notas especiales o las peticiones precisas de Fulano o Mengano, inquietudes económicas geopolíticas mundanas o científicas, ya está, por fin se acabó para mí el tiempo de las sombras, un último maletín y me reuniré con Sashka la de la mirada transparente, me echaré a su lado en silencio y enterraré mis labios en su pelo corto, se acabaron las listas las víctimas los verdugos las investigaciones oficiales o no voy a cambiar de vida de cuerpo de recuerdos de futuro de pasado a echarle una ojeada por la ventanilla herméticamente cerrada a la gran masa negra del paisaje, a purificarme, sumergirme, en Venecia la Serenísima una tarde de diciembre que había bebido y volvía titubeante de la punta del muelle del Olvido, al norte de Cannaregio, me faltaban trescientos metros para llegar a mi Viejo Gueto, tanto como decir cien kilómetros, tanto como decir mil, me balanceaba de lado a lado, cabeceaba, fue cuando me equivoqué y giré hacia la plaza de los Dos Moros, me revolqué sobre el pozo esculpido en medio de la pequeña explanada, luego me levanté con las rodillas doloridas como de una trinchera en la guerra, volví a verme doblado en dos con el fusil en la mano di tres pasos más hacia el puente de la Madonna dell'Orto, dos a la izquierda, uno a la derecha, arrastrado hacia delante por mi propio peso, por el de mi gorro negro o mis recuerdos en medio del olor de limo helado de la niebla veneciana, respirando con fuerza con tanta fuerza como podía para recuperar el sentido, la boca completamente abierta y los pulmones helados, continúa, sigue adelante si caes ya no te levantarás acabarás muerto aniquilado por los chetniks detrás de ti por los turcos por los troyanos de rápidas yeguas yo respiro respiro me agarro a la barandilla del puente que es un árbol en las montañas bosnias escalo, escalo en medio de la noche vuelvo a bajar veo la alargada fachada de ladrillos de la iglesia qué hacía yo allí si vivo del otro lado del otro lado doy media vuelta tropiezo con el puente y me caigo de cabeza al oscuro canal, una mano me agarra, yo me sobresalto, es el revisor que me despierta, me despabila, me pide mi billete yo se lo alargó mecánicamente, él me sonrío, parece agradable, fuera sigue igual de oscuro, miro a través del cristal, la campiña rasa, ya no llueve

VI

el trayecto es previsible, a pesar de la penumbra ahora viene Reggio Emilia luego Módena Bolonia Florencia y así sucesivamente hasta Roma, con esa dulzura de fruto demasiado maduro, Roma, ciudad podrida resplandeciente y cadavérica, no cuesta entender cómo llegó a fascinar a algunos, Roma y el maletín que voy a devolver allí el tiempo que quizá me quede allí la suerte está echada la suerte está echada desde que la diosa cantase la cólera de Aquiles hijo de Peleo, su elección de las armas su honor el amor de su madre Tetis su deseo de Briseida interrumpido por Agamenón como Paris poseyó a Helena, la que a lo mejor me espera en Roma en sus más bellos peplos, el tren decelera al acercarse a una estación y yo caigo en brazos del aburrimiento, al otro lado del pasillo un hombre de unos cincuenta años hace crucigramas con su mujer en una revista llamada *La Settimana Enigmistica*, la semana enigmática más o menos, su mujer parece bastante más joven que él, a mitad del camino de la vida todo es más difícil, en la nada de la indecisión que es el mundo de las vías y las agujas, ella me espera, me gusta pensar que Sashka me espera, que su cuerpo me espera, pienso en la vida que uno decide abandonar en la que escoge de repente, en las prendas que guarda en el armario, las bellas cnémides, la coraza, el cuero que sujeta la coraza, la lanza de haya arrojada al fuego, el escudo, los momentos en que uno se desviste, en que se muestra, desnudo sin otra cosa que el temblor de la piel; esos cientos de hombres desnudos descargados de trenes ciegos sus ropas amontonadas en un rincón del patio el aire súbitamente helado los brazos cruzados las manos a los codos para vestir con carne la carne desnuda marcada en su centro por la mancha de nacimiento del pubis: el enemigo siempre se precipita sobre los vencidos para desnudarlos, nosotros mismos desnudábamos a nuestros enemigos por dinero por un recuerdo o un arma extraña antes de rematarlos, por sistema, en medio del frío, a veces les ordenábamos desvestirse para no manchar o agujerar el uniforme, esas ropas siempre podrían servirle a alguien, pero también para sentir el poder del hombre sobre la bestia desnuda, del hombre de pie contra la bestia lampiña y trémula, con ese aspecto irrisorio era más fácil quitarles su despreciable vida, el buen hombre de *La Settimana Enigmistica* tiene una actitud muy paternal, explica las palabras, las letras correctas, su compañera busca en un pequeño diccionario de bolsillo, es más bien morena, los cabellos largos y recogidos, a mitad del camino de la vida uno abandona sus maletas, se agarra a la juventud de los otros, desnuda a sus mujeres, las desviste, hace unos diez años que dejé Venecia que Marianne me dejó a mí y que empezó a andar aquella otra vida que sin que yo me diese cuenta nació en el tren de Milán con un dolor sordo en los testículos y que hoy llega a su fin, con mi dimisión librada y la traición consumada y ahora el pavor del mundo, me entrego de lleno a un nuevo tren, uno más, ya no soy una especie de funcionario chivato chupatintas sino un hombre libre, y esa embarazosa libertad fruto de mi traición voy a gastarla en compañía de Sashka que quizá me haya esperado, ahora mismo tengo tan

presente a Marianne, cerrar una existencia reabre la anterior, diez años más tarde, más viva que nunca, qué podría haber sucedido, la imagino profesora en un instituto parisino y madre, por supuesto, su cuerpo y su educación la empujaban hacia la enseñanza y la maternidad, exactamente igual que la mía a la guerra pues eso era lo natural para un chico educado en la violencia, acostumbrado a la idea de las armas por la infancia, la escuela y los tebeos, criado en la idea de Dios y de la nación oprimida por las jeremiadas de su madre, encontrarse un buen día con un fusil de asalto en la mano, cerca de Osijek, empujado por las lágrimas de su genitora y activado por el llamamiento de Franjo Tudjman, el Salvador, aturdido por el vano sueño del ritmo ferroviario la cara inexpresiva pero agradable del crucigramista me hace pensar en Tudjman, cuya fotografía no tardó en reunirse con la de Ante Pavelić en uniforme en el altar patriótico de mi madre, con Cristo y una Virgen lacrimosa, Tudjman llegó a Zagreb como Rey de Reyes para transformar mi existencia radicalmente, para salvarme o echarme a perder, quién sabe, sin hablar de nuestra televisión del distrito XV de París, en medio de la oscuridad escuchábamos religiosamente sus discursos elegíacos que yo solo comprendía a medias y que mamá me traducía con devoción, «el día en que Cristo llegó a Jerusalén, fue acogido como profeta —gritaba el presentador—, hoy la capital croata es la nueva Jerusalén: Franjo Tudjman ha venido para los suyos», Croacia renacía, salía totalmente armada con el casco de Tudjman, salía por fin de su triste sueño titista, recobrando en las heridas de la guerra el coraje la fuerza de la juventud y en el contacto de sus enemigos la voluntad la potencia el hermoso dolor de los nombres que se inscribían con letras de fuego en las pantallas de televisión, Knin, Osijek, Vukovar, los serbios hirsutos y borrachos estaban atacando la inocencia y la belleza, nos masacraban, se burlaban de nosotros con insolencia y nos masacraban, y toda mi existencia parisina de estudiante tranquilo, aquellos trayectos en metro, aquellos cursos de derecho público de historia y de política que tan abstrusos me parecían, aquellos encuentros diarios con Marianne resbalaban hacia el vacío que crecía en mí el vacío silencioso la llamada de la patria en peligro, el hambre de espíritu el deseo las ganas de sentido de lucha de combate de otra vida que me parecía terriblemente verdadera, real, había que combatir la injusticia desatada contra el joven Estado todos los flechazos del arquero Apolo protector de Oriente, cuantas más imágenes y discursos llegaban a mí, cuanto más lloraba mi madre de júbilo y al mismo tiempo de dolor, más me deslizaba yo hacia Croacia, más desaparecía de París de la universidad escapaba de Marianne del presente me adentraba en los reportajes sobre las Krajinas, en Dubrovnik cercada por la provocación del ejército yugoslavo en los cantos patrióticos que iba descubriendo e incluso en la lengua incluso la lengua que había medio olvidado que nunca había aprendido que de hecho había despreciado durante largos años incluso la lengua me penetraba más real y con más fuerza que nunca y en perjuicio de mi padre empecé a hablar croata en casa, él que no entendía ni papa se sentía excluido de esa locura nacionalista como solía decir sin duda con razón, te pareces a tu abuelo decía mamá,

«podsjećaš me na djeda», te pareces a tu abuelo, era una trampa, yo caí como se adentra un tren en la noche seguí los pasos de mi abuelo sin saber quién era mi abuelo, dos años de guerra, dos años aparte de tres escapadas, una a Trieste con Andrija y Vlaho y dos a París, sobre todo para ver a Marianne, sentir eso que contaban los veteranos de 1914, la incomprensión de la retaguardia, la imposibilidad de contar, de hablar, como esos niños que al salir del colegio no saben decir qué han hecho durante todo el día: cuando Marianne me interrogaba sobre la guerra echados los dos en la oscuridad no se me ocurría más que decirle «nada», no he hecho nada, no he visto nada, no he aprendido nada, no sabía qué decir, era imposible, le contaba a mi madre que nos batíamos por la gloriosa patria, eso es todo en la guerra no he visto nada, y enseguida me iba otra vez, cogía el tren nocturno a Italia o a Austria y la noche siguiente ya estaba en Zagreb, pensaba en los soldados del 14 que salían de París, en ese tren tan civilizado tan comfortable me imaginaba que era un habsburgués de permiso que regresaba al frente, que en 1917 regresaba a combatir a los italianos allá en el valle del Isonzo en los contrafuertes de los Alpes mientras del otro lado del pasillo siguen las palabras del crucigrama en pleno apogeo, el hombre mayor le habla a su compañera como un profesor, Hemingway y su enfermera, Hemingway pasó por aquí antes de irse a la montaña para jugar a ser conductor de ambulancias, antes de sentir también él ese desfase, el abismo imposible cavado entre la retaguardia y los soldados, los que han visto, que saben, que sufren, convertidos en carne muerta o acaso mortífera, en esa campiña rasa tendida bajo la noche pienso en todos los que subían al frente en el Somme después de pasar setenta y dos horas en París trasegar sus copas estar muy tristes y follar todavía más tristemente, silenciosos como nosotros en su vagón sin intercambiar una sola palabra, a lo lejos algunos relámpagos anuncian la zona de los ejércitos a la que ahora nos acercamos aunque todavía no se oigan los cañones ya pueden verse, la garganta se te cierra, descienes del tren, te cruzas con un grupo de heridos que esperan quejándose la evacuación, subes a un camión conducido por un tipo un tanto desabrido, un poco brutal, celoso del que regresa de permiso, el resto del camino lo haces a pie, saludas a los artilleros los envidias por estar tan bien escondidos en la cabecera de sus obuses, aunque suelen acabar medio sordos tampoco es tan grave, avanzas por las líneas, por las redes medio enterradas siguiendo las indicaciones escritas en tablas de madera o en cascos alemanes fijados en el barro, esperas que la primera noche sea tranquila, de momento les toca recibir a los ingleses allá en dirección a Ypres, te prohíbes pensar en lo que acabas de dejar atrás, en la última vez que follaste en un burdel, en la última vez que bebiste solo en la plaza de Clichy porque todos tus compañeros están en el frente o en el curro, el camarero del café demasiado joven todavía para partir al frente sentía un respeto teñido de envidia por el soldado, pero también a él le llegará su hora, la hora de morir, en unos meses caerá en el Camino de las Damas, partido en dos por una ametralladora, decapitado por un alambre de espino o volatilizado por una mina en la trinchera, llorará sujetándose las tripas tibias y fragantes en sus propias manos,

llamará a su madre, buscará como un fantasma su brazo clavado quién sabe dónde en el lodo, estás en la tierra, en las primeras líneas formadas con la tierra que han removido los obuses, apenas apuntalada, llegas al 329.º de infantería comandado por un oficial al que no has visto nunca, ahí está fulano, allá mengano, todos saben que es mejor respetar el silencio de los que regresan de permiso, todos llenos de tierra piojosos hambrientos hace setenta y dos horas que no los has visto buscas inconscientemente a los que faltan ves a los que faltan y no dices nada, el teniente hace una señal rápida con la cabeza dejas tu petate buscas un puesto coges tu Lebel sentado como en un tren estás de vuelta aunque una parte de ti, la buena, se ha quedado en la retaguardia, la retaguardia donde se saborea el fin del mundo, el disparo de Gavrilo Princip el 28 de junio de 1914 en Sarajevo da el pistoletazo de salida de la carrera del horror, Gavrilo de diecinueve años de edad flaco y tuberculoso recompone el mundo con el arma en la mano y el cianuro en el bolsillo, destruye tres imperios y noventa años más tarde me precipita sin saberlo a este tren, cerca de Parma a juzgar por las luces de las afueras, Gavrilo serbio de Bosnia cree en esa Gran Serbia que yo contribuiré a deshacer, el pequeño activista tiene suerte, como el asesino de Jaurès en la calle Montmartre está en el café, los planes han fracasado, la bomba que debía acabar con Francisco Fernando no ha explotado bajo el coche correcto, el archiduque sigue vivo pero para su desgracia Gavrilo Princip goza del favor de Hera, la astuta diosa cegará al chófer austríaco y llevará la comitiva hasta Princip, hasta su café, el de Moritz Schiller en la esquina del callejón frente al puente minúsculo hace buen día él no tiene más que levantarse dejar su taza medio vacía tomar la cápsula de veneno en su mano izquierda el arma en la derecha y disparar, acaso tuvo tiempo de observar los bigotes sorprendidos del Habsburgo, los labios trémulos de la hermosa Sofía su mujer muerta justo a continuación, acaso entrevió los millones de muertos salpicados por esa sangre austrohúngara, acaso quedó satisfecho de su disparo, el hijo de Leto había guiado sus tiros, estaba orgulloso de sus cuatro cartuchos, acaso vaciló, pensó hoy hace buen tiempo estoy en un café voy a desencadenar la masacre otra vez, sin duda no tuvo tiempo de reflexionar, salió y según los informes de la policía abrió fuego a un metro y medio de distancia, los ojos en los ojos; Gavrilo Princip morirá a su vez en Theresienstadt, en la prisión de la ciudad checa donde el Reich instalará en 1941 un gueto modelo, rindiéndole de este modo un homenaje descabellado al hombre que indirectamente había posibilitado su advenimiento, añadiéndole muerte a la muerte, un gueto para artistas, para intelectuales, uno de los peores campos de concentración que superpuso la farsa al horror, Gavrilo murió en su celda del castillo de Theresienstadt en 1918 sin llegar a ver el nacimiento del reino de los eslavos del sur por el cual había combatido indirectamente, la cápsula de cianuro no sirvió de nada, murió lentamente de tuberculosis, motivo por el cual había sido reclutado desde el principio: una banda de terroristas tísicos, condenados a corto plazo, he ahí el ideal, cuando los envías al matadero no tienes tantos remordimientos; la primera vez que fui a Sarajevo pasé por

el antiguo café de Moritz Schiller en la esquina del puente, en el muelle hay una placa orgullosa, qué significa hoy en día, qué significaba entonces, en pleno sitio, a lo largo del río en el que de vez en cuando caían morteros serbios o bosnios para recordarle a la comunidad internacional que eran tiempos difíciles no dudabas demasiado antes de dispararte a ti mismo, como los reclutas de 1917, como el camarero de la plaza de Clichy enviado al Camino de las Damas que se habría disparado una bala en el pie para escapar de la hecatombe, no hay duda de que el ejército musulmán se había disparado en el pie una o dos veces, en la agonía de la ciudad donde Gavrilo Princip, tosiendo, esputando sangre, había matado al hermano del emperador, un obús se parece a un obús, una vez lanzado ya no tiene propietario, durante la guerra de 1914 las automutilaciones son innumerables, bien en la mano, bien en la grasa de la panza, puedo entender a esos artilleros bosnios exasperados por la indiferencia internacional que sin duda utilizaron la táctica del recluta agotado esperando que la aviación americana que sobrevolaba a su alrededor pusiese fuera de combate de una vez las baterías serbias e imagino cómo el joven soldado planta su Lebel en su zapato y aprieta el gatillo, imagino que debieron de dudar mucho antes de acabar disparando contra los suyos, o no, puede que como Gavrilo Princip de diecinueve años estuviesen convencidos, endurecidos por la certeza de la muerte pues durante la última guerra impregnaba todo el ambiente de Sarajevo; el batallón de tuberculosos serbios de la Mano Negra prefiguraba una multitud de desesperados, de suicidas, de sacrificados, que constituyen el ejército de las sombras del siglo o de la historia entera, puede que hubiese algo de fundador en el calibre 32 de Princip, fue él quien disparó en realidad, Princip ya estaba moribundo, condenado, no era más que un fantasma, un juguete en manos de los dioses enfurecidos, por un momento la gloria recae en Diomedes hijo de Tideo, en Ajax, en *Koca Seyit Çabuk* el artillero de los Dardanelos, Gavrilo tuvo su momento de gloria antes de ir a pudrirse en Theresienstadt, son sus manos las que ponen en marcha los engranajes de la guerra, la prisión de Terezín donde él se va pudriendo por asfixia le sobrevivirá, y verá a muchos otros condenados, judíos, comunistas checos, opositores de todo tipo fusilados o colgados en un patio trasero por los agentes de la Gestapo, primos de los SS que dirigían justo enfrente, del otro lado del río, uno de los guetos más terroríficos, con cerca de cincuenta mil internados, judíos de Praga, de Alemania, de Austria y, por otra parte, en la compleja geografía de la deportación, un gueto donde se moría con música, donde se creaba, donde uno podía reflexionar con toda tranquilidad sobre su epitafio, inscrito casi siempre en nubes negras sobre el cielo de Auschwitz, el gran espacio del cielo después de la roña y el dolor de la concentración, Terezín modelo para la buena conciencia del mundo entero, mirad lo bien que hacíamos a nuestros animales, lo sano y limpio que tenemos el ganado, ni la Cruz Roja tuvo nada que decir sobre esa granja modelo cuyas imágenes debidamente selladas «made in Third Reich Germany» fueron difundidas por toda Europa, mostrando sin mostrar lo que todo el mundo sabía sin saber, que la concentración era

el preludio de la destrucción, así como el marcaje —bueyes, bueyes dejados en libertad dentro del corral— era el principio del fin, reparar para derribar, controlar, separar el bien del mal al bueno del malo lo propio de lo otro para construirse fabricarse a uno mismo desde cero apoyándose contra la diferencia contra el judío el ortodoxo el bárbaro los titanes el orden contra el caos como construye Gavrilo Princip su reino eslavo abatiendo al Habsburgo: a lo largo de los años he conocido a decenas de ellos en mis expedientes, mártires candidatos al martirio verdugos iluminados desesperados activistas penetrados por la causa o por Dios sin saber exactamente a cuál servían, si era Ares Zeus con su égida o Palas Atenea, abrazados a un Dios único que lo es todo a la vez, el orden y el caos el principio y el fin, que esparce sus cuerpos con olímpico placer, argelinos egipcios palestinos afganos iraquíes cuántos han muerto en mis zonas de trabajo entre 1996 y hoy no tengo ni idea, esas víctimas que provocan víctimas ya apenas interesan, los niños de Gavrilo Princip el gran desencadenante; en este preciso instante el crucigramista que debido a su barba se parece vagamente a Hemingway tiene un ataque de tos y yo no puedo evitar sonreír, la historia siempre nos hace sus guiños, me arrellano en el asiento, cierro los ojos no lejos de Parma según recuerdo una ciudad agradable me detuve una vez de camino a Grecia mis primeras vacaciones de joven agente soltero, la patada de Marianne me había devuelto al buen camino regresé a las Ciencias Políticas y finalmente conseguí el título mi guerra trascurrió como «prácticas de larga duración en el extranjero vinculadas con el Ministerio de Defensa croata» y además creo que me valió algunos puntos, de dónde saqué las fuerzas para sentarme de nuevo en los bancos de la universidad, posiblemente del dolor en los cojones, de la larga inacción de Venecia, simplemente de mi parte del destino; podría haber cuidado mis viñas mal que bien como Vlaho el incapacitado cerca de Dubrovnik, descomponerme como Andrija, meterme en una fábrica como Ghassan el exilado, o quedarme sentado delante de la televisión en casa de mis padres, no volver a salir del distrito XV, mi madre había añadido mi foto en uniforme a su altar patriótico, Pavelić, su foto de joven con Ante Pavelić en España, el papa, el abuelo, Tudjman, la bandera y yo, he ahí su mundo, pero yo no tenía prisa por regresar, al contrario, quería irme otra vez, así que me preparé para las oposiciones de varias administraciones, las más diversas y exóticas: veía mi salvación en los brillos de cristal del Ministerio de Asuntos Exteriores, en las corbatas cobrizas de los plenipotenciarios, en el azul sombrío de los pasaportes diplomáticos y las fórmulas caducas de las credenciales, sin saber nada más de la Carrera que lo que podía aprenderse en *Bella del Señor*, que me parecía un destino del todo envidiable, incluso atractivo, tornasolado, esa es la verdad, en el corazón del mundo, con los salarios más altos de toda la función pública, los chóferes, las recepciones y los países a los que jamás hubiese pensado acercarme, Mauritania, Guinea-Bissau, el Congo, Bhután, también me esforzaba por aprender, por entrenarme en esas oscuras pruebas, derecho, síntesis, historia, yo qué sé, evidentemente sin ningún éxito; ya sea por mi pasado dudoso y guerrero, ya sea

simplemente porque mis resultados no estaban a la altura de ese prestigioso ministerio la diplomacia me cerró las puertas dos veces consecutivas a pesar, o eso es por lo menos lo que me dijeron más tarde, de «una honesta solvencia en el oral», y esa gran decepción, hoy, diez años más tarde, a mitad del camino, en este tren que va hacia el Vaticano, me parece difícil de entender: yo no podía ver lo que Zeus el estruendoso me había reservado, un destino en una administración mucho más oscura que la de Asuntos Exteriores, en el bulevar Mortier, mariscal del Imperio superviviente de todas las campañas napoleónicas, allí es donde me dieron mi empleo, contra todo pronóstico, como «delegado de defensa», tal como lo especificaba de forma timorata el título de la oposición, supongo que los cien candidatos que había en aquella sala de examen absolutamente anodina sabían qué quería decir eso de «delegado de defensa», o por lo menos creían saberlo, agente de información, agente de servicios más o menos secretos, más o menos agente destacado, y es que la acción no estaba en nuestro programa, estrictamente administrativo y lingüístico, un concurso más o menos idéntico al de la prefectura, Asuntos Sociales o el comisariado de la marina, y mientras Parma desfila tras la ventanilla yo regreso a mis primeros días en el Bulevar, a la curiosidad, a la formación, a aquel edificio extraño y seguro, sin máquina de café para no favorecer intercambios sin ton ni son entre el personal, baños blindados, oficinas insonorizadas, expedientes interminables, decenas de expedientes que tratar uno por uno, sintetizar, clasificar, fuentes que contrastar, formularios que cumplimentar para pedir información en tal o cual dirección, acerca de tal o cual apellido apenas mencionado en informes procedentes de «correos» o de «corresponsales» con nombres en clave, transmitir, notificar al superior, redactar notas, obrar en defensa de la nación, en las sombras, al amparo de una pila de portafolios, obviamente y en la más pura lógica militar mis preferencias geográficas fueron ignoradas, nada de Balcanes, nada de eslavos: me asignaron el mundo árabe del cual yo lo ignoraba todo, aparte de las historias de Ghassan, las mezquitas de Bosnia y lo que a los libros de historia se les ocurría contar, empecé con el infierno argelino en calidad de jefe archivador de tercer rango, en un mundo de degolladores de niños y amables exterminadores cuyos nombres me parecían idénticos el uno del otro, en la locura de los años noventa los coletazos de guerra medieval, eventraciones, amputaciones, amontonamientos de cadáveres, casas quemadas, mujeres ejecutadas, aldeanos amedrentados, bandidos sanguinarios y Dios, Dios por todas partes para afinar el baile de la muerte, poco a poco fui aprendiendo los nombres de las aldeas y ciudades, Blida, Medea, empecé a lo salvaje con siete cabezas de monjes decapitados siete rosas rojas los ojos entreabiertos a su edad proveya el asunto de Tibhirine el 21 de mayo de 1996 supuso el estreno de mis dos años argelinos en el bulevar Mortier, el mariscal del largo sable; también él lo había utilizado desde Jemappes hasta Rusia, seguramente había decapitado a monjes con su hábito a mujeres y a niños en medio de la tormenta imperial, yo cada mañana pensaba en él, en su uniforme, en sus charreteras mientras

me dedicaba en mi agujero fortificado a trajar con los expedientes, en la atmósfera pesada y gris de ese mundo del secreto en que yo leía informes de degollaciones y de artimañas militares sin comprender una palabra, en absoluta confidencialidad me iba adentrando en la Zona sin pasión pero sin disgusto, con una creciente curiosidad por los manejos de los dioses furiosos, pacientemente, en mi tienda acorazada vigilaba las cóncavas naves, defendía desde las sombras a Argelia de sí misma, y a continuación, al salir del metro y volver a mi nueva casa de la calle Caulaincourt, siempre saludaba a Mortier en la placa del Bulevar, mi ángel de la guarda, consciente de que muy probablemente mis propios colegas me estuviesen siguiendo, observándome para asegurarse, durante todo mi primer año —alumno funcionario, espía principiante—, de que no estuviese a sueldo del Extranjero o sabe Dios de qué movimiento extremista, lo he comprobado recientemente al leer, casi diez años más tarde, el informe de una investigación preliminar de seguridad que me concernía directamente, un extraño espejo, una vida reseca, una hoja en un herbario informático, fechas lugares nombres sospechas bosquejos psicológicos relaciones culpables o no, familia apreciación del tratante y así sucesivamente hasta los códigos referencias añadidos clasificaciones asignaciones diversas notas ausencias petición de permisos como aquellos que me llevaron a Atenas pasando por Parma para escapar durante algunos días del horror argelino de los monjes muertos que me habían dejado sobre la mesa para que yo archivase la matanza y diese una versión plausible de la increíble confusión del puesto de Argel, Parma me acuerdo que allí cené no muy lejos del baptisterio y la catedral, pensando en los Farnesio duques de Parma y de Piacenza, en María Luisa emperatriz, sobre todo sin pensar en Argelia ni en Croacia ni en nada relacionado con la violencia, aparte de en la quema de un monje extraño, Gherardo Segarelli quemado por los inquisidores en 1300, un predicador de la pobreza evangélica para quien acostarse desnudo junto a una mujer sin estar casado no era pecado, ni tampoco palparse, Segarelli quería reencontrar la belleza del amor apostólico, la pobreza la generosidad y las caricias del cuerpo femenino, recorrió Parma predicando con sus fieles hasta que un inquisidor le echó el guante resolvió la cuestión y decidió condenarlo a la hoguera, Segarelli no temía a la muerte, pensaba que la decadencia de la Iglesia era uno de los signos del fin de los tiempos, que todos ellos iban a reventar, los prelados los obispos todos acabarían en el infierno, cuando las llamas lo lamieron Segarelli aulló para mayor divertimento de los espectadores, su cabeza cayó sobre su pecho, su cuerpo se consumió durante largo rato, atado al poste, luego los dos verdugos quebraron sus huesos con los leños todavía humeantes, amontonaron sus miembros medio carbonizados y los recubrieron con una nueva hornada de madera, teniendo mucho cuidado de tomar el corazón todavía intacto del amoroso monje para echarlo a la hoguera y asegurarse de que se quemaba por completo, luego, el día siguiente por la mañana, una vez el pobre hombre reducido a cenizas, una vez seguros de que Gherardo Segarelli no podría beneficiarse de la resurrección de los cuerpos el día del Juicio, los dos pertigueros patibularios

dispersaron sus restos grises y polvorosos en el río Parma, muertos de risa; sentado en una terraza cerca de la plaza donde la Iglesia eterna había torturado al monje que buscaba la perfección en la aproximación de los cuerpos, mi coche aparcado en un aparcamiento muy próximo, yo estaba atravesando Italia el país aparentemente más civilizado del mundo para coger un *ferry* a Bari y visitar la Acrópolis antes de perderme en las islas comiendo ensalada de pulpo y pinchos de cordero, al abrigo de la tarde, con los reflejos de los faroles sobre el Egeo, ahora mismo no me importaría en absoluto perderme en el ventoso invierno de las Cícladas cambiar de tren en Bolonia regresar a Bari cruzar a la altura de Albania o ir a Sicilia isla del fin del mundo a sentarme en el teatro griego de Taormina y contemplar la bahía de Naxos bañar las colinas, pero tengo que acabar con mis asuntos devolver el maletín quedarme en Roma por Sashka la de la sonrisa de ángel rehacer mi vida como suele decirse con el precio de la traición que es bien poca cosa, el dinero acumulado en mi cuenta de espía, borrarlo todo vaciarme de mi vida acabar con mi existencia olvidarme de trenes de viajes del movimiento en general ver los toros desde la barrera se acabó la aventura sin aventura los expedientes los confidentes las investigaciones interminables sobre las infinitas redes que se cruzan a lo largo y ancho del mundo y sin descanso, raíles, haces de lanzas, de fusiles con la bayoneta calada, *fascis* de lictores cuyas varas azotaban a los condenados antes de que el segur los decapitase, esos mismos haces que Mussolini convertirá en su emblema y el de su Imperio, el mundo rodeado por puntas de varas y un hacha, en todas partes: me cruzo conmigo mismo en Milán o en Parma, me contrasto como hago en el bulevar Mortier con las fuentes, ayer, mientras ponía en orden mi mesa por última vez antes de salir a deambular sin rumbo por un París desierto y de perder el avión, con mi mesa vacía pues allí de hecho nunca dejamos más que una gramática un diccionario y una caja de clips, pensé en todos los nombres de mi particular crucigrama todos los lugares todos los asuntos los expedientes *in situ* o en el extranjero la larga lista de todos aquellos a los que había observado un instante como observo ahora a los viajeros en este vagón agobiante de calor, el crucigramista y su mujer, si no fuesen italianos podría ofrecerles mi diccionario para sus casillas, mi vecino el lector de *Pronto*, todas esas cabezas delante de mí, joven rubia, hombre calvo, más lejos algunos *scouts* o algo parecido con pañoleta y pito alrededor del cuello, puedo verlos aun con los ojos cerrados, un tic profesional, lo primero que te enseñan en toda formación de espía es el arte de pasar inadvertido sin que nada se te escape, la teoría del cazamariposas, decía mi instructor, hay que ser transparente invisible discreto pero con las mallas bien tupidas, las agencias de información son establecimientos de cazadores de mariposas juguetones y la mayor parte de las veces también bucólicos, algo que divirtió mucho a Sashka la primera vez que me preguntó por mi profesión, soy entomólogo, historiador natural, cazador de insectos le dije, ella me respondió riendo que no tenía el físico, que era demasiado serio para una actividad de ese tipo, pero es que es una disciplina seria, terriblemente seria, le dije, y añadí que dividía mi tiempo

entre la oficina y los viajes de estudios (como todo buen científico), que era funcionario (como todo buen científico francés); me reconoció que los insectos la horrorizaban, le daban miedo, un miedo irracional, como a mucha gente, dije, hay mucha gente que teme a los insectos y es porque apenas los conoce podría haberle hablado del fasmatoideo, ese durmiente que se disfraza de rama de árbol y espera durante años antes de actuar, o del coleóptero al que hay que localizar cuando es todavía una larva antes de que eche a volar y sea mucho más difícil atraparlo, de los escarabajos peloteros portadores de maletas, de las moscas pequeños informantes minúsculos, de las grandes moscas azul carroña, de las hormigas con o sin alas, del ejército de cucarachas, de todo ese mundo invisible sobre la mesa de mi despacho pero me callé, y ahora en este tren a la altura de Parma acabo con los insectos, pero todavía quedan los reflejos del especialista, la discreción del observador profesional, el hombre de la información, el agregado de defensa, Fabre de las sombras al que le gustaría colgar su cazamariposas y su lupa y no volver a ver las caras de sus compañeros de viaje, no volver a advertir la mancha en la camisa del Hemingway crucigramista ni el aire absolutamente sumiso de su joven compañera, tengo prisa por llegar, ahora que pienso en Sashka tengo prisa por llegar y ella no me espera, es decir, en realidad no me espera, qué voy a decirle todavía estoy pegajoso de anoche todavía tiritito por culpa del alcohol, me siento febril, lo de ayer por la noche me atormenta con una exhalación de vergüenza, la puerta cerrada a la oscuridad al Hades devorador de guerreros la vida entre paréntesis en un tren que me devuelve a Roma, a su mirada clara; cuando me vea en este estado no me va a poner buena cara, trastocado por el alcohol y la noche, por los encuentros nocturnos, ayer al salir por última vez del bulevar Mortier estuve errando de bar en bar por Montmartre hasta acabar borracho perdido etéreo como un adivino un oráculo que preveía el fin del mundo y todo lo que ello acarrearía, los encuentros las vacilaciones las guerras el calentamiento del planeta el frío más frío el calor más caluroso los españoles escapando del desierto para refugiarse en Dunkerque, palmeras en Estrasburgo, pero de momento fuera hiela, llueve, esta mañana los Alpes desbordaban de nieve desde la estación de Lyon en París casi no vi nada me limitaba a dormir la mona al ritmo del tren después dos horas de sueño un horrible despertar una aspirina y media anfetamina para hacer el viaje todavía más pesado; pero es que no sabía que iba a perder el avión, que me tocaría correr para pillar el tren de las nueve, por poco y sin billete, imagino que mi aliento asustó al revisor, partir siempre es difícil, después de la patada en los cojones de Marianne hace diez años hoy siento otro tipo de dolor en los testículos, la vergüenza me hace tiritar, cierro los párpados con fuerza hasta aplastar una lágrima rabiosa de remordimiento por lo de ayer por la noche, por el absurdo encuentro nocturno del alcohol la droga y el deseo, en el Pomponette calle Lepic el único bar del barrio abierto hasta las cuatro o cinco de la mañana, vieja rada de Montmartre de donde siempre sales dando tumbos, ayer aparte de la parroquia de siempre había una mujer de unos sesenta años muy flaca de rostro largo y afilado que me engatusó, le

sorprendió mucho mi interés, desconfiaba, yo me colé vilmente en su soledad, sonriendo, ella no tenía muy claro cuál era mi juego y yo la deseaba, se llamaba Françoise, también bebía mucho, todavía no sé por qué pero me acerqué a ella, prefiero no pensar en eso, puede que siendo entomólogo de la noche pensase en clavarle un alfiler, si hubiese pensado en lo que eso significaba podría haberle dicho quiero sujetarte violentamente con alfileres pero la besé y ya está por malicia de hecho como un desafío por el júbilo de mi última noche parisina su lengua era espesa y amarga bebía Suze yo dejo de mirar por la ventanilla y observo a la compañera del Hemingway crucigramista, hay una elegante languidez en sus rasgos, apoya la cabeza en el hombro del tipo sus cabellos sueltos caen sobre la revista de crucigramas; Françoise no hablaba de sujetar nada con alfileres, me gustaría que me trabajes decía, me hablaba de trabajarla, en un susurro, con mucho pudor, decía quiero que me trabajes convencida de que era un eufemismo, me apetece mucho decía, y eso es lo que sucedió, un trabajito, nada más, sus grandes ojos en blanco como una ciega, sus arrugas convertidas en surcos en la penumbra, a la luz rasante y débil de la calle, buscando la oscuridad, la planta baja de un viejo edificio la cabina del portero calle Marcadet un trabajito sin preámbulos enseguida se metió en el cuarto de baño sin decir una palabra sin siquiera volverse, una vez pasado el estupor del orgasmo comprendí que no iba a salir de allí antes de que me fuese, que una vez el deseo saciado tenía tanta vergüenza como yo así que me volví a vestir di un portazo y salí al aire libre a refugiarme bajo la lluvia que no había cesado, perro mojado apéndice caudal pegado al pantalón, la noche espesa y el regreso a la barra aturcido por una estúpida y mugrienta vergüenza que me tragué hasta las entrañas junto con otro aguardiente de pera, al ir a sacar el dinero me hice un pequeño corte en la yema del índice con el envoltorio del condón que sin darme cuenta me había metido en el bolsillo y ahora quince horas más tarde tengo una pequeña herida diagonal en el dedo que aplasto contra el frío cristal: me siento culpable no sé por qué pero me siento culpable, en la vida nos acabamos sintiendo culpables por tantas cosas recuerdos que a veces vuelven al rojo vivo la culpabilidad los remordimientos la vergüenza, el lastre de la civilización occidental si hubiese llegado al avión ya hace horas que estaría en Roma, me revuelvo una vez más en el asiento la cabeza caída a la derecha hacia el gran vacío de fuera, a reculones, voy a reculones de espaldas a mi destino de espaldas al sentido de la historia que es el sentido de la marcha, una historia que me lleva directamente al Vaticano, con un maletín lleno de nombres y de secretos: en Roma me encontraré con Sashka, su gato obeso, el apartamento, sus cabellos cortos en mis manos y ese extraño silencio que hay entre nosotros, como si pudiese borrar mis remordimientos con su ignorancia, las mujeres, los insectos, los rastros, la guerra, La Haya, los fantasmas de mis expedientes del Servicio, primero Argelia, luego Oriente Próximo y recientemente una asignación en Sudamérica, para cambiar de aires viciados, de nombres y de lenguas, puede que esa sea la razón de este viaje, desplazarme en los fonemas como en un nuevo mundo, ni la lengua de mi padre ni la

de mi madre, una tercera, otra y reescribirme en el ritmo monocorde de este tren para renacer descendiendo: el viajero cansado se inventa juegos estúpidos, recuerdos, ensueños, compañías para pasar el tiempo puesto que el paisaje es completamente invisible en medio de la noche, incapaz de dormir reviso a mi pesar las fotos de los monjes de Tibhirine rostros sin cuerpo de los que yo tenía una copia en mis expedientes, inmortalizados por la embajada de Argelia, el primer choque de mi nueva vida de espía que me devolvía de golpe a las heridas a las masacres a las venganzas a la fría cólera de la venganza las cabezas terrosas ennegrecidas entraba en la Zona en tierras argelinas que escupían más miembros y cadáveres que Bosnia, luego la larga lista cuidadosamente registrada no hizo más que crecer, Sidi Moussa, Ben Talha, Relizane, uno detrás del otro los relatos de hachas y cuchillos en la sombra en las llamas los escenarios todos idénticos: a unos cientos de metros de un puesto del ejército argelino una banda de terroristas se introdujo en el barrio y empezó a masacrar sistemáticamente a la población las mujeres los hombres los hombres las mujeres los niños los recién nacidos degollados destripados quemados fusilados arrojados contra las paredes las cabezas aplastadas las joyas arrancadas de los dedos con hachas de los puños las vírgenes hermosas llevadas a las montañas el botín la parte de honor para los vencedores sin enemigos en medio de la noche, los guerreros asesinaban asesinaban asesinaban a habitantes de las afueras tan pobres como ellos o a paisanos todavía más pobres, en nuestras notas e informes no había nada, nada de nada aparte de aberrantes raudales de sangre nombres de pueblos de emires de maquis tocados por la furia de Ares, barbudos de discurso más y más incomprensible, más y más abstruso, que hablaban de Satán y de Dios de la venganza de Dios de todos esos campesinos esos argelinos que no eran más que impíos y merecían la muerte, los traductores me traducían al francés las octavillas las declaraciones de guerra los anatemas las injurias contra Occidente el ejército el gobierno las mujeres el alcohol el ganado la vida y contra el propio Dios al que acababan excomulgando por timorato, veneraban su sable su fusil a su jefe y cuando no estaban batiéndose entre ellos iban a masacrar y saquear alegremente en medio de la oscuridad, ante mis ojos de funcionario, por qué no proveíamos al ejército argelino de equipos de visión nocturna, esa era su sola excusa para no intervenir, estaban ciegos, la noche era la noche pertenecía a los guerreros y yo conocía mejor que nadie el fervor del combate en la oscuridad, en medio de los civiles entre sus casas no podían hacer nada; pero a pesar de no haberlo provocado el terror les convenía, los disturbios favorecían sus intereses, Europa no tenía más salida que mantener su régimen moribundo contra la barbarie y el extremismo para proteger el petróleo las minas a los aldeanos los obreros los laicos los infieles los liberales la región los tunecinos los marroquíes que no las tenían todas consigo, había que resistir, los troyanos estaban a las puertas, a punto de invadir el campamento y enviarnos al mar en nuestras cóncavas naves, los islamistas eran el enemigo común y eso ya antes de 2001, antes del Gran Acuerdo que iba a hacernos intercambiar terroristas en

abundancia, la Gran Limpieza, sospechosos activistas de todo pelaje expedidos a Guantánamo, arrojados desde aviones en medio del océano Índico, torturados en cuevas paquistaníes o egipcias, listas y listas lo más largas posible hasta la manzana de la discordia iraquí, Troya tardó diez años en caer, y bien guarecido en mi despacho yo debutaba como contable de cuerpos, como quien se convierte en árbitro después de haber sido boxeador y ya no toca con sus manos los rostros que estallan bajo el puño, solo cuenta los golpes, a Argelia la declaré muchas veces derrotada por KO, en mis interminables informes también alzaba el brazo de los vencedores: Lebihan mi jefe no dejaba de felicitarme por mi prosa, uno diría que está allí decía, usted es el campeón en todas las categorías, pero no podría ser usted un poco más conciso, ir un poco más a lo esencial, imagine, si todos hiciesen como usted no sabríamos ni por dónde empezar, pero muy bien muchacho muy bien; pobre Lebihan, siempre tenía problemas de salud, nunca muy graves pero siempre muy fastidiosos, urticaria, picazón, alopecia, todo tipo de hongos, me caía simpático, me trataba de usted, nunca supe nada o casi nada de él, aparte de que era originario de Lille a pesar de lo que pudiese pensarse por su apellido bretón (si es que era su verdadero apellido) y que llevaba una alianza; era un especialista del FIS del GIA y de todo tipo de grupúsculos más o menos violentos, cuyos nombres así como los de sus miembros irían apareciendo durante años repartidos por los cuatro costados del planeta, a veces con una ortografía diferente o un sobrenombre, a veces en una lista de «supuestos fallecidos», debido a los problemas de transcripción del árabe teníamos a tipos con tres o cuatro fichas distintas que había que reagrupar, algunos de ellos muertos tres veces seguidas en tres lugares diferentes, no siempre era fácil dar de nuevo con uno de ellos, aunque ese, como solía recordarme Lebihan, no era nuestro principal objetivo, las amenazas contra la seguridad interior concernían a la DST, y los polis no dejaban de meternos palos entre las ruedas cuando podían, seguros de que nosotros hacíamos lo mismo, como así sucedía; en el increíble embrollo del asunto de los monjes de Tibhirine cada uno había ido por su cuenta, Asuntos Exteriores, el Servicio, todo el mundo, y cuando más tarde la DST recuperaba a un oficial argelino «pasado a Francia» o a un islamista que pedía asilo, se cuidaban mucho de guardarse la información, destilando con cuentagotas algo que podría sernos muy útil, más o menos lo mismo que hacíamos nosotros con la información que recogía nuestro correo, esos falsos diplomáticos recluidos, aislados en sus embajadas con sus preciosas «fuentes» como único contacto con el exterior: yo fui allí una vez, con un pasaporte de servicio y un nombre prestado, apenas cuarenta y ocho horas, lo necesario para verme con los dos tipos que teníamos allí y con un militar autóctono cuyo nombre ya no recuerdo, Argel la blanca estaba gris, muerta desde la puesta de sol, ahogada por el polvo y los desempleados, Cervantes el superviviente de Lepanto había pasado allí cinco años de cautiverio, soñando en planes de evasión como los de los islamistas en las mazmorras gubernamentales, nuestra reunión con la «fuente» era en una lujosa villa en la parte alta de la ciudad que supuestamente yo iba a alquilar,

una villa inmensa y amueblada, con piscina, propiedad de un comerciante que se había refugiado en Niza; el contacto fue breve, me acuerdo del aire bravucón casi despectivo hacia nosotros, y del miedo, todo el miedo que sin embargo se adivinaba en su voz: el asunto estaba claro, él quería ir a París, un permiso de residencia y dinero a cambio de información sensible, todos pedían lo mismo, a ellos les parecía que se estaban vendiendo muy caros y no se daban cuenta de que para nosotros el precio era irrisorio, que cualquier ingeniero farmacéutico o biotecnólogo valía diez o quince veces más que ellos, el tercer mundo sigue siendo el tercer mundo incluso en las transacciones más especializadas, ventajas del coste de la vida, bien pensado también yo podría haberme vendido más caro, quién sabe, si hubiese ofrecido mis documentos a alguien más, es la ley del mercado, el vendedor fija el precio, podría haber incluido mi habitación en el Piazza y hasta un pedazo de la Cruz de Cristo y ellos hubiesen aceptado, qué significa un poco de dinero en comparación con la Eternidad; a Cervantes lo compró una congregación religiosa por quinientos escudos cuando estaban a punto de deportarlo a Estambul, en 1996 Argel la blanca olía a sudor a neumático quemado aceite caliente y comino, yo había incluido lugares y paisajes en mis informes, caras, perfumes en mis síntesis, el miedo, húmedas fragancias de miedo que me recordaban los olores de Mostar y de Vitez, los islamistas tenían miedo del ejército, el ejército tenía miedo de los islamistas y los civiles se cagaban de miedo delante de todo el mundo, atrapados entre el sable de la verdadera Fe y los carros de combate de los *toughât*, los «tiranos» del gobierno, Argel la blanca donde mi padre había servido, entre 1958 y 1960, ahora vuelvo a verme intercambiando impresiones con él, recuerdos; contra todas las reglas de seguridad aquella vez le hablé de mi viaje, le sorprendió mucho, con los tiempos que corren, dijo, tras mi regreso de Croacia estaba suspicaz, tratando todo el tiempo de mirarme a los ojos, puede que buscase los rastros de la guerra, yo no comprendía por qué, lo averiguaría más tarde, de momento aprendía poco a poco a distinguir los partidos, los emires, las facciones y los grupúsculos, tenía mucho que hacer, como suele decirse, para formarme sobre mi Zona, me hundía en ella sin darme cuenta, ahora me he convertido en un experto, un especialista de la locura político-religiosa que es una patología más y más frecuente y se extiende como se extendían los hongos y las pústulas en el cuerpo de Lebihan mi superior de entonces, ya no queda un solo país que no cuente con sus futuros terroristas, extremistas, salafistas, yihadistas de todo tipo y Parma que se escapa en la noche con su nobleza napoleónica me da dolor de cabeza, o puede que sea el miedo, el miedo pánico a la oscuridad y al dolor

VII

todo es más difícil a mitad del camino vivir encerrado en uno mismo, convulso miserable lleno de recuerdos no estoy haciendo este viaje por nada, no me acurruco como un perro en este asiento por nada, voy a salvar algo me voy a salvar a pesar de un mundo que se obstina en avanzar como puede a la velocidad de una vagoneta manejada por un manco, a ciegas un tren la noche en un túnel la oscuridad todavía más espesa he debido de dormirme un momento, si por lo menos tuviese un reloj, no dispongo más que de un teléfono, está en mi chaqueta en la percha, pero si lo cojo voy a estar tentado de comprobar si tengo algún mensaje y de enviar uno, la pasión de siempre por los telegramas, enviar signos al éter como señales de humo gestos sin objeto brazos y manos tendidas a la nada, a quién podría enviarle un mensaje, desde este teléfono de tarjeta que me he cuidado de hacerle comprar a un vagabundo a cambio de una propina, por suerte llevaba consigo un documento en bastante buen estado para identificarse, el vendedor no se lo ha puesto difícil, he dejado mi apartamento llevado algunas cosas a casa de mi madre vendido mis libros al bulto a un librero de viejo de la puerta de Clignancourt cogido tres o cuatro cosas, entre tanto manejo no he podido evitar perderme entre las fotos, distraído viendo a Andrija y su uniforme demasiado grande, a Marianne en Venecia, a Sashka con veinte años en Leningrado, el campo de la Risiera en Trieste, el mentón cuadrado de Globocnik, los bigotes de Gerbens, me lo he llevado todo, ahora puedo decir que tengo todo lo que poseo aquí arriba en una bolsa bastante pequeña, junto al maletín que va al Vaticano y que pienso entregar apenas llegue a Roma, luego por la noche en mi habitación del Piazza en via del Corso voy a beber en el bar del hotel hasta que cierren y mañana por la mañana me daré un baño me compraré ropa nueva seré otro hombre telefonaré a Sashka o iré directamente a su casa llamaré a la puerta y Dios sabe lo que sucederá, Zeus decidirá el destino que más me conviene las Moiras se activarán para mí en su cueva y que sea lo que Dios quiera veremos si me toca otra vez la guerra o si llegaré a viejo viendo cómo crecen mis hijos los hijos de mis hijos escondido en alguna parte en una isla o en cualquier edificio de las afueras, de qué podría yo vivir bien, de qué, podría contar mi vida como Eduardo Rózsa escribir libros y guiones de cine autobiográficos; nacido en Santa Cruz de la Sierra en Bolivia de un padre judío comunista resistente de Budapest Rózsa era el enviado especial de un periódico español en Zagreb antes de hacerse comandante en el ejército croata, yo me crucé con él en el frente una o dos veces y más tarde en Irak, un enamorado del Che Guevara y de la guerra que fundó nuestra brigada internacional, un grupo de voluntarios que entre ellos hablaban en inglés los Guerreros de la Gran Croacia libre e independiente llegados todos como yo, después de las primeras imágenes de la locura yugoslava, Eduardo ya estaba allí, él desembarca en Croacia en agosto de 1991 un mes antes que yo cuando lo de Osijek y los primeros enfrentamientos, llega de Albania y antes de Budapest y de Rusia donde se ha formado en espionaje guerrilla

literatura comparada y filosofía, un poeta; hoy escribe libros de poemas y actúa en su propio papel en películas, puede que el Che Guevara hubiese acabado así de no haber hecho la elección de Aquiles, si se le hubiese concedido la vida puede que también él fuese así —las armas en un cajón, la vida solucionada— puede que se hubiese hecho actor, tiene una cara tan hermosa: como Hemingway Eduardo Rózsa escribía rápido, me lo imagino en medio de la noche de agosto en la terraza del Hotel Intercontinental de Zagreb donde se hospedaba toda la prensa extranjera, *La Vanguardia* de Barcelona le reprochaba que describiese demasiado los combates y no hablase lo suficiente de política, bebía copas mientras narraba las primeras batallas los carros yugoslavos contra los harapientos croatas, había convertido su habitación de hotel en un auténtico Museo de la Guerra, esquilas de obús municiones colas de cohetes cartas todo tipo de reliquias, Eduardo vaya tipo raro un guerrero idealista hoy en día convertido al islam después de haber luchado por el crucifijo católico, vicepresidente de la comunidad musulmana de Hungría, antiguo encargado de comunicación del primer gobierno libre iraquí, los hombres necesitan causas, dioses que les inspiren, y en ese tórrido mes de agosto de 1991 delante de la piscina del Intercontinental su R5 acribillado de balas en el *parking* el boli en la mano piensa en la sierra boliviana en el socialismo en el Che y en su viejo uniforme agujereado, los serbios acaban de dispararle en la autopista de Belgrado, redacta su crónica, es la primera vez que se encuentra bajo fuego enemigo, el cristal de la ventana medio bajada ha volado en mil pedazos, el asiento del pasajero se ha abierto de repente escupiendo su espuma entre silbidos y ruidos metálicos, con la velocidad y la distancia no ha podido oír las detonaciones, da un bandazo apaga los faros por reflejo y continúa recto hacia delante las manos sudorosas agarradas al volante sudor en los ojos hasta las afueras de Zagreb, hasta el hotel, hasta los colegas extranjeros los dos fotógrafos franceses que comparten habitación ven llegar a Eduardo empapado en sudor fuera de sí esos dos periodistas de veinticinco años también han ido a Croacia para que les disparen para correr por el campo con los tanques yugoslavos pisándoles los talones, para ellos Eduardo es un maestro, un hombre con experiencia, y ahora va y llega temblando y sudoroso, no dice nada, coge su cuaderno y va tranquilamente a emborracharse con licor de ciruela al borde de la piscina mientras mira cómo los reporteros americanos se ríen en el agua de las bromas de su cámara, entonces es cuando sucede, tocado por Zeus Eduardo «Che» Rózsa ha escogido su bando, el día siguiente irá a ver a los oficiales croatas a Osijek, y se enrolará, se unirá a las filas de los aqueos y a su hermosa cólera, su rabia contra los serbios: un buen día los periodistas lo ven con un uniforme caqui, un fusil sobre el hombro y para cuando llego yo a finales de septiembre ya ha abandonado la pluma para dedicarse a la guerra, de allí regresará condecorado con la medalla de ciudadano de honor de la nueva Croacia, un héroe, padrino de no sé cuántos niños, y él mismo escribirá sus hazañas y se interpretará a sí mismo en el cine; la primera vez que lo vi no fue en la pantalla sino sentado en la misma trinchera de Osijek por la que yo me arrastraba, yo estaba acojonado,

absolutamente desamparado, los obuses llovían delante de nosotros allí estaba el ejército yugoslavo sus blindados y sus tropas de élite, yo no sabía dónde meterme perdido en la trinchera la nariz en el perfume de otoño, en el humus, para escaparme, para irme a mi casa, para volver a la buhardilla y las caricias de Marianne, ya no entendía nada ya casi no veía nada había visto a mi primer herido disparado mis primeros cartuchos en un bosquecillo, el uniforme de la guardia nacional no era más que una chaqueta de caza que apenas me protegía estaba tiritando temblando como un árbol bajo las explosiones Rózsa allí sentado yo me arrastré hasta él y él me miró sonriendo, apartó con cuidado el cañón de mi arma con el pie, me hizo sentar, debió de decirme algo de lo que no me acuerdo y cuando los nuestros comenzaron a disparar me echó contra el parapeto de una palmada en la espalda para que también yo disparase, luego desapareció, Atenea vino a insuflarles coraje y ardor en la batalla a los mortales, y yo disparé pausadamente, disparé y luego salté fuera del foso con los otros, el miedo se había desvanecido como llevado por los proyectiles recto hacia el enemigo y hacia la granja que debíamos tomar, lejos de Zagreb, lejos del Hotel Intercontinental de su piscina cubierta de su terraza y de esa sauna que yo no había visto nunca, lejos de París, «Che» Rózsa continuaría con su carrera, yo oí su nombre muchas otras veces a lo largo de la guerra, actos heroicos y otros más misteriosos, como el asesinato de un periodista suizo acusado de espionaje en favor de no sé quién, algunos pensaban que había venido para infiltrarse en la brigada: lo encontraron muerto por estrangulación en el transcurso de una patrulla, unos diez días antes de que el fotógrafo británico Paul Jenks cayese con una bala en la nuca mientras investigaba su muerte, a menudo los héroes están envueltos en tinieblas, marcados por Hades el gran comedor de guerreros, igual Eduardo que el resto, aunque por aquel tiempo los periodistas caían como moscas, por lo menos en Croacia y más tarde alrededor de la Sarajevo sitiada; en Bosnia central, entre Vitez y Travnik, se hicieron mucho más raros, aparte de algunos reporteros de la tele del HDZ, el partido croata de Bosnia, que tenían la extraña costumbre de salir de ninguna parte, como diablos de una lata, aparecer en el momento más insospechado, y de unos cuantos reporteros británicos enganchados a aquellos blindados blancos de los coñazos de la BRITFOR; esos fotógrafos y periodistas hacían un trabajo bien raro, en cierto modo eran espías públicos, delatores profesionales en favor de la opinión mayoritaria, nosotros los veíamos así, soplones de lujo que nos odiaban mientras los soldados de Su Majestad nos despreciaban, frustrados por la inacción la mano en el mando de sus cañones de 30 milímetros, allí, en lo alto de sus Warriors repintados de blanco, los vendedores de helado los llamábamos en Croacia, de qué más podían servir, se dedicaban a recoger los cadáveres y a negociar el alto el fuego para irse a Split de permiso, se bañaban, bailaban, bebían *whisky* y volvían otra vez a Travnik a contar los disparos tras la ventanilla y con prismáticos o a hacer *footing* alrededor del estadio; Eduardo «Che» Rózsa exagente secreto experiodista excomandante de una de las brigadas mejor organizadas de Eslavonia oriental escritor poeta guionista convertido en musulmán y

militante en Irak y Palestina, acaso en Budapest, en su casa de las afueras, acaso piensa en los chetniks a los que mató, en sus dos primeros muertos, despedazados con una granada en un granero a orillas del Drava, en sus camaradas caídos como los míos, acaso todavía piensa en la guerra, en Croacia, él, católico por parte de madre comunista por parte de padre, asesino por la gracia de Dios, acaso se acuerda de la lluvia glacial del invierno de 1991 en los alrededores de Osijek, Eduardo crecido en Chile hasta el golpe de Estado contra Allende, expulsado hacia Budapest en un chárter de «rojos» extranjeros a los que no era lícito pasar por las armas o la bañera, en un camino inverso al mío Eduardo comenzó con la información antes de hacerse periodista, luego voluntario para combatir con los croatas, a nuestro lado, y al final volvió, en pleno uso de razón, a Hungría para vivir el resto de sus días en la poesía los guiones los libros las misiones extrañas, sin hablar de todo lo que ignoro de él, Eduardo «Che» Rózsa que no me reconoció cuando nos cruzamos en Bagdad a orillas del Tigris poco después de la invasión, entre una tabernucha y un vendedor de cacahuets, en el momento de la euforia pasajera de la victoria, de la dictadura derribada, de la justicia restaurada; los tesoros de Troya todavía no habían acabado de arder manuscritos obras de arte viejos niños y los coaligados ya se estaban felicitando a orillas del río, sin preocuparse por los primeros atentados, signo de una catástrofe del mismo calibre que la de los años veinte, si no peor, Eduardo Rózsa se paseaba en compañía de algunos funcionarios a orillas del eterno Tigris, yo, con un tipo de la embajada, me comía una mazorca de maíz que le había comprado a un vendedor ambulante, acababa de reencontrarme con Sashka y no tenía ganas ni de guerra ni de paz ni de la Zona ni de acordarme de Croacia o Bosnia solo quería volver a Roma en apenas veinticuatro horas podría estar con ella, y el comandante Rózsa que pasa sin verme, un fantasma, acaso era yo el fantasma o lo era él, yo ya había empezado a desaparecer poco a poco me iba ocultando en el contenido del maletín, en Sashka a quien imaginaba haber visto por primera vez en la Jerusalén de unos años antes, en Irak hacía un calor inaudito, un vapor sudoroso subía lentamente del Tigris bordeado por cañas donde de tanto en tanto encallaban cadáveres y carroñas como en el Sava en 1942 ante la indiferencia de las patrullas americanas que todavía se paseaban plácidamente como Pedro por su casa mirando a su alrededor el país que acababan de conquistar y con el que no sabían qué hacer, Bagdad se iba al traste, ingobernable como Jerusalén o Argel, se descomponía, un átomo bombardeado por neutrones, el hambre, la enfermedad, la ignorancia, el duelo, el dolor, la desesperación sin acabar de entender por qué los dioses se ensañaban así con ella, destruida, otra vez enviada al limbo, a la prehistoria como en 1258 por los mongoles, bibliotecas, museos, universidades, ministerios, hospitales arrasados, Rózsa y yo los exguerreros llegados para repartirnos los despojos o aspirar las cenizas como especialistas de la derrota, de la victoria, del Nuevo Orden Mundial, de la paz de los valientes, de las armas de destrucción masiva que hacían que los militares se partiesen de risa bebiendo Budweisers como después de una buena broma, en Basora los británicos eran los

mismos que en Bosnia, muy deportivos, profesionales e indiferentes, descargaban camiones de ayuda humanitaria como yo ya se lo había visto hacer en Travnik, como también Rózsa los había observado en Osijek, con la diferencia de que esta vez estaban autorizados para utilizar sus armas, algo de lo que no se privaban: cazaban a viejos baazistas como otros cazan ciervos o más bien jabalíes en las Ardenas, los soldados ingleses volvían a Basora, al mismo lugar en el que se habían instalado sus abuelos en 1919, después de los Dardanelos, después de Hiyaz y Siria, los tommies agotados posaban sus polainas en el país de las palmas y los limones secados, al borde de los pantanos y los meandros de Chatt al-Arab, se atiborraban de dátiles y de corderos confiscados a los pastores autóctonos, preguntándose cuánto iba a durar la guerra todavía, la guerra dura siempre, casi un siglo desde el disparo balcánico de Gavriilo Princip, el pistoletazo del árbitro en una carrera de fondo, todos los participantes ya están en la línea de salida, prestos a arrojarse al mundo de Ares el gran comedor de guerreros, esperando volver de allí cargados de tesoros y de gloria: «Che» Rózsa comandante lleno de medallas de la gran guerra patriótica croata, Vlaho o yo condecorados con la orden de la nación agradecida, Andrija con una hermosa tumba de mármol negro sin cadáver, «a nuestro hermano el Héroe», sin cuerpo alguno, Andrija, ni un solo hueso bajo su baldosa, ningún alfiler dorado en su chaqueta es un nombre una frase un hermano y un héroe, yo pensaba en él en Bagdad la conquistada la humillada la sometida y saqueada mientras me cruzaba con Rózsa el húngaro de Bolivia convertido al islam y a la cooperación internacional, el presidente de la comunidad musulmana de Budapest, o algo por el estilo, después de haber sido un ferviente defensor del Opus Dei, acaso informaba a los húngaros, a los rusos o a los ingleses, acaso seguíamos siendo colegas, colegas de las sombras; en la noche de la guerra, de la Zona, recuerdos de muertos, vivíamos juntos, sin vernos, compartíamos la misma vida y nos cruzábamos a orillas del Tigris, esa Estigia como el Tíber como el Jordán el Nilo o el Danubio como chorrean todos los ríos mortales hacia el mar, río de orina a lo largo de una pared, las vías fluviales se entrecruzan como las vías de ferrocarril y tejen una telaraña alrededor del vacío, en el centro el hueco marino abstracto y movedizo, de un negro tinta en la noche verde mar durante el día y al alba azul acero, siempre me pregunté «por qué» Eduardo Rózsa se había unido a los croatas, por qué todos esos voluntarios, esa brigada internacional de la que yo podría haber formado parte, Rózsa cuenta en sus libros que combatía por la Justicia, para ayudar al débil frente al fuerte, sin embargo también los serbios tenían la impresión de ser ellos los que estaban amenazados, ellos defendían su tierra, que era su tierra porque allí estaban sus casas y sus muertos, y también había voluntarios que fueron a prestarles su ayuda, como Rózsa y los suyos a los croatas o los muyahidines a los bosnios, allí todos veían un asunto internacional, un combate entre lo justo y lo injusto, aparte de los camaradas más o menos apolíticos de Rózsa en Croacia había un grupo de combatientes extranjeros en las filas del HOS, la extrema derecha croata, neofascistas que se sabían cantos ustachis de memoria, muchos de

ellos franceses, yo a algunos los conocía de vista, los había visto en los alrededores de algún mitin en París, ese tipo de cofradías son pequeñas, volví a verlos alzados en armas a las afueras de Okučani luego me los crucé en Zagreb, eran soldados alegres y lascivos contentos de estar allí; como decía Le Pen el tuerto nacional el émulo ocular de Millán Astray «una experiencia militar siempre es buena para los niños», él había tenido la suya en Argelia, las redes de solidaridad internacional enviaban a reclutas a pintarse la cara de verde y aprender la lengua en las viejas canciones de los años cuarenta, yo podría haber sido uno de ellos, está claro que podría haber sido uno de ellos de no haber tomado otro camino, en el fondo todos nosotros éramos voluntarios, el propio Vlaho lo era, él que había desertado del ejército yugoslavo en pleno servicio militar a casi setecientos kilómetros de su casa para unirse a las filas de la guardia nacional cerca de Osijek, que es donde se encontraba entonces, se quedó con nosotros, Vlaho el dálmata, a pesar del frío y la lluvia que le helaba los huesos, sin embargo sabe Dios lo gordo que era cuando llegó, gordo dulce y divertido, con esa cara tan redonda, angelical, Vlaho era voluntario como Andrija como yo como los franceses del HOS como Eduardo Rózsa, como Orwell en la guerra de España, como Cendrars en Champagne en 1914, como el hermanastro de Sashka, Kolia, que había combatido al lado de los serbios, solidaridad eslava ortodoxa contra eslavos católicos, excomunistas contra exfascistas, ella me contó que hacía años que no había vuelto a verlo, Kolia el flaco el místico al volver de Afganistán había estado dando vueltas por la Rusia demasiado estrecha de finales de los ochenta antes de lanzarse a una aventura militar con los chetniks, la *sajkaca* en la cabeza, sin duda silbando la *Marcha eslava* de Chaikovski, no me cuesta volver a ver a Sashka tendida en su sofá azul del Trastévere cuando se entera de que yo había sido soldado en Croacia ella dice menuda coincidencia, mi hermano estuvo en la guerra con los serbios, «estuvo en la guerra», esas son sus palabras, *moj brat pobyval na vojne*, los caminos de la esclavitud se cruzan en las líneas de fuego, «dónde» estuvo, le pregunto, *gdje*, quizá nos cruzásemos, puede que nos hayamos medido con el kalashnikov, quizá haya matado a uno de mis camaradas, quizá uno de sus obuses nos precipitase al lodo de los campos de maíz, con el culo por encima de la cabeza, ella responde *en Serbia, konjechno*, los ojos claros de Sashka en su diván no comprenden nada, ella no ve la guerra, no puede comprender, yo debería ser más preciso pero sé que sería en vano; en la lengua franca eslavo-latina que hablamos no hay sitio para los matices guerreros, tenemos tan pocas palabras comunes, viejas palabras eslavas y vocablos italianos que en francés resultan transparentes, demasiado poco para aclarar las motivaciones de los voluntarios internacionales rusos franceses o árabes y es mejor así, me doy cuenta de que así es mejor, la imprecisión la imposibilidad de entrar en detalles, cuando estoy en su casa todo queda fuera, la guerra, la Zona, el maletín que iba llenando, el sentido pasa por las manos los cabellos la inmensa mirada de Sashka las coincidencias que nos unen el uno al otro las vías de ferrocarril del pasado que se cruzan, en Jerusalén, en Roma, como con Eduardo Rózsa mi doble húngaro

convertido a la poesía y la política internacional, qué podría explicar yo de mi compromiso; partir por una causa noble, la de mis antepasados habsburgueses que defendieron Viena contra los turcos, la de mi familia materna, burguesía de Zagreb vinculada con Austria e Italia, cuando me fui mamá lloró de tristeza y de alegría, sé que todos los días iba a la iglesia a rezar por mí, y mi padre sin admitir que rezaba tanto pensaba en su propia guerra, sus dos años en Argelia, contento de que la mía «tuviese un sentido», como él decía, aunque ese sentido se le escapase un poco, él casi no conocía Croacia, aparte de algunos primos de su mujer, pero respetaba la pasión por el País, él mismo era un discreto nacionalista católico francés, ingeniero sin gran curiosidad por el mundo, un poco apagado y sin embargo atento y tierno; me acuerdo del desmesurado tren de juguete que nos construyó, toda una red ferroviaria sobre una gigantesca tabla de madera, pacientemente, decenas de árboles, de vías, de agujas, de luces, de estaciones y de pueblos controlados por transformadores y complejos potenciómetros regulando la velocidad de los motores que se cruzaban, se esperaban, encendían sus faros rojos en la penumbra de Navidad, se perdían en túneles bajo montañas de plástico recubiertas con una hierba demasiado verde y áspera con olor a cola que se mezclaba con el olor de ozono de todos aquellos motores eléctricos en funcionamiento, desde la estación de clasificación hasta el paso a nivel, metros y metros de pequeños cables rojos y azules recorrían las vías clavadas sobre la tabla para el alumbrado público, las barreras, las casas, recuerdo que había un tren de mercancías con una locomotora a vapor, un transporte militar alemán gris, vagones de pasajeros franceses, durante años y años en el sótano de nuestra casa de Orleans fuimos añadiéndole vías árboles y decorados de trenes a aquella fantástica maqueta a escala HO, no quiero ni imaginarme la fortuna que poco a poco se fue engullendo aquella maqueta que hoy duerme entre cartones, desde nuestra mudanza a París y el doloroso desmontaje de la instalación que le puso un preciso punto final a la infancia adiós a los modelos reducidos y hola al mundo de los trenes reales como este, en algún lugar entre Parma y Reggio Emilia; en uno de sus libros Eduardo Rózsa habla de la cólera de su padre comunista al enterarse de que su hijo se batía del lado de los croatas, los fascistas, pensaba él, descendientes de los ustachis del NDH, *Nezavisna Država Hrvatska*, el Estado independiente de Croacia de 1941: lo cierto es que nazis los había a patadas, enganchados a la mitología de la victoria sobre los serbios, a la mitología del único Estado croata «independiente» desinfectado por los partisanos, todos nosotros teníamos Fe, todos nosotros participábamos en la historia con el fusil en la mano los pies en sucios calcetines el aliento cargado la mirada orgullosa de Dios y de la patria para vengar a nuestros muertos por los niños que vendrán por la tierra por nuestros antepasados enterrados en esa tierra, contra la injusticia serbia, luego también por nuestros camaradas por el placer puede que también por el gusto a cobre del placer de la guerra la gloria el honor el miedo el peligro la risa el poder, por nuestros cuerpos afilados nuestras cicatrices y es por eso que en el minúsculo apartamento del Trastévere me resultaba imposible explicarle

todo aquello a Sashka, tanto como a ella explicarme los sentimientos de su hermanastro, que no le interesaban, no lo había vuelto a ver desde que en 1993 saliese de San Petersburgo, precisamente cuando Kolia regresó de la guerra ella acababa de escaparse a Jerusalén ciudad de la Paz, de la luz y de la violencia eterna, donde a mí me gusta pensar que nos cruzamos cuando ella pintaba falsos iconos rusos para los turistas americanos cerca de la puerta de Damasco con un ángel en el hombro, me crucé con ella eso está tan claro como que en los alrededores de Vukovar crucé disparos con su hermanastro, como se cruzaban las locomotoras en dos redes distintas encima de aquella tabla de mi padre, diez años más tarde me cruzo yo con Eduardo Rózsa en Bagdad sin que él se dé cuenta, a orillas del río; los miles de documentos del maletín que el tren pasea por la campiña italiana no son más que eso, intersecciones, hombres avistados en El Cairo en Trieste o en Roma, era simple, no había más que devanar los hilos seguir los raíles esperar encontrarlos por la noche en esta noche mía que roe el paisaje y las fábricas agroalimentarias de la región del queso parmesano y del tallarín: el crucigramista se ha levantado para ir al aseo, mi vecino dormita tranquilamente, el vagón está silencioso, ronronea o silba, no sé, a merced del movimiento de las vías, cierro los ojos, adónde querría ir yo ahora, a Beirut la azul a volver a visitar a los palestinos y a Intissar en el pequeño libro color crema, todavía no, o a Irak país del hambre de la muerte y de Babel, quizá a Troya con Marianne, a los Dardanelos homéricos, a Micenas ciudad de Agamenón pastor de guerreros, que domina la llanura de las hermosas yeguas, lejos de montes y colinas cerca de Hissarlik, lejos de los fosos y los torrentes en donde se amontonaban los cuerpos desecados de los soldados ingleses y australianos en 1915 allí había que llevar el agua en barco metida en inmensas cubas metálicas, de repente tengo sed, puede que el crucigramista no haya ido al aseo sino al bar, de los Dardanelos a Irak, de Troya a Babilonia, de Aquiles a Alejandro, pensando en Heinrich Schliemann el descubridor de Ilión la bien guardada, de Micenas adornada de oro, en Arthur Evans el caballero del Imperio de Su Majestad que hasta sus noventa años persiguió en Creta la aventura de Cnosos, convencido con la pipa en la boca de haber descubierto el laberinto y el santuario de los poderosos tauros, también yo, en cierto modo, soy un arqueólogo, pues busco con el pincel y el cepillo en la mano excavo tratando de hallar cosas desaparecidas, enterradas, saco cadáveres a la luz del día, esqueletos, fragmentos, pedazos de relatos copiados una vez más en tablas cifradas, mis propios *Scripta Minoa*, comenzados con la excavación de Harmen Gerbens el brutal violador alcohólico de Garden City, y seguidos de miles de nombres de verdugos y de víctimas, concienzudamente anotados, dibujados como la alfarería calcinada de Troya VII la ciudad misteriosa y abrasada, catalogados, listados, una pasión que no alcanzo a entender, como la de Schliemann o la de Evans, siempre tras una búsqueda infinita, de pie en la gran fosa de la historia, con los pies en el vacío: cuando llegué al bulevar Mortier, después de haber sido reclutado contra todo pronóstico a pesar de mi pasado guerrero y mi origen extranjero, sumergido en mi Zona solitaria poblada por

fantasmas por sombras vivas o muertas sumergido en archivos infinitos en el secreto en esos pasillos insonorizados, esos túneles bajo el Bulevar, cada tarde atravesaba París hasta llegar a mi pequeño apartamento de nuevo funcionario en el distrito XVIII, dos habitaciones cocina y treinta metros cuadrados de desorden en un sexto sin ascensor, como debe ser, la cabeza bajo el tejado de zinc parisino, el codo sobre el zinc del bar de abajo, mañana y noche, antes y después del metro, café a la ida, caña a la vuelta poco a poco los habituales se convierten en la familia anónima del patriarca cafetero, los soldados del oficial cervecero, Jojo Momo Pierre Gilles y el resto, unos más locos que otros, unos alcohólicos y otros sobrios, solitarios o padres de familia, algunos eran como las cucarachas, imposible deshacerse de ellos, otros desaparecían de la noche a la mañana, y entonces Momo Pierre Gilles y sus hermanos de botella especulaban con la desaparición de Jojo, cáncer, cirrosis, o ese segundo drama del borracho después de los matasanos, la mujer, la esposa que te prohíbe los dados y la copa, para todos esos profesionales de la barra estaba muy claro que cuando uno encuentra un buen bar no lo deja voluntariamente, para ellos eso era tan improbable como dejar un apartamento confortable y barato para irse a vivir a la Beneficencia, Michel el dueño solía tranquilizar a los suyos respecto a Fulano o Mengano, «me lo he cruzado por el barrio, está bien»; mentía eso está claro lo hacía para no asustar a su parroquia, por generosidad, san Michel el dueño sentía una gran ternura por esos inveterados bebedores, más que un negocio él veía en su bar una empresa de salud pública, una factoría de relaciones sociales en la cual participaba con gusto sirviéndose de vez en cuando un chupito de *whisky* y pagando su ronda religiosamente cuando perdía a los dados, prodigaba ternura y consejos amorosos, profesionales o financieros a la escala de un bar de barrio en el que muy rara vez alguien lograba un préstamo («hoy no se fía, mañana sí») por otra parte más por educación y convicción moral que por desconfianza o avaricia, el bar del distrito XVIII, que es tanto como decir un bar sin nombre sin ninguna particularidad en el decorado ni en los taburetes de escay marrón, forma parte de mi vida, cada tarde una o dos cervezas en la barra antes de subir por aquellos escalones bien encerados hasta mi domicilio sin mujer ni televisión, en el trance de la ascensión a mi particular Olimpo parisino poco a poco me deshago de la podredumbre del mundo del Bulevar, de la Zona, para entrar en otro distinto; mis fotos de la Risiera di San Sabba en la pared, junto al retrato de Globocnik en Trieste, el de Stangl en Udine, ahora el de Sashka en Petersburgo, y donde siempre y bien enmarcada, la imagen de Stéphanie en el Bósforo, la encontré ayer por la mañana en un armario y la tiré a la basura, el cristal estalló en un grito, cada tarde el mismo ritual durante años subir la escalera sacarme esa llave larga color bronce y meterla en la vieja cerradura abrir la puerta sentir el olor del tabaco frío a veces de basura o de alcohol ir hasta la ventana abrir los postigos mirar unos segundos cómo pasan los coches por la calle recoger las botellas vacías la ropa repartida por todas partes coger luego un libro y sentarme en mi butaca con un vaso de vino o una cerveza en la mano, según el humor y las

provisiones; es curiosa esta pasión por la lectura, una herencia de Venecia, de Marianne la gran devoradora de libros, una forma de olvidarse de desaparecer en el papel, poco a poco he ido sustituyendo las novelas de aventuras por libros a secas, la culpa es de Conrad, de *Nostramo* y de *El corazón de las tinieblas*, un título te lleva a otro, a veces sin saber por qué, qué importa, yo me dejo llevar, página tras página, y aunque me haya pasado una gran parte de mi jornada de gris funcionario leyendo — notas, informes, fichas convenientemente guardadas en mi pantalla— en ese momento no hay nada que me apetezca más que una novela, donde las personas sean personajes, un juego de máscaras y de deseo, hasta olvidarme poco a poco de mí, olvidarme de mi apartamento, de París y hasta de la vida entera al ritmo de los párrafos, diálogos, aventuras, mundos insólitos, eso es lo que tendría que hacer ahora, continuar con el relato de Rafael Kahla, ir al encuentro de Intissar la palestina y Marwan muerto en una encrucijada de Beirut, el viaje dentro del viaje, para engañar al cansancio, a los pensamientos, al tren bamboleante y a los recuerdos; guerrero, espía, arqueólogo de la locura y ahora perdido entre Milán y Roma con un nombre prestado, en compañía de fantasmas vivos como Eduardo Rózsa el justiciero húngaro que iba a misa con mucho gusto, todo lo que me esforzaba por olvidar leyendo en mi butaca de París, profundizando en la Zona en la Argelia de los degolladores y los degollados, la Zona territorio de dioses salvajes y furiosos que se enfrentaban por lo menos desde la edad de bronce y hasta el infinito, puede que incluso desde antes, desde las cuevas las hachas de sílex bien dentadas que producían magníficas heridas, sin contar las porras, los rompecabezas, los garrotes, las mazas, antepasados del martillo del campo de Stara Gradiška con el que mis primos ustachis le aplastaban el cráneo a serbios judíos y gitanos para no aburrirse con tanto cuchillo, en el mismo momento en Trieste en la Risiera los guardias ucranianos remataban a los partisanos croatas y eslovenos con una hermosa arma casi una maza medieval un cubo de metal acerado sujeto a un grueso cable de acero con un cómodo mango de madera, quién habría fabricado semejante ingenio, un ingeniero o un mecánico quién sabe, puede que su nombre esté en algún rincón del maletín, en cualquier parte, en el expediente de Trieste, ciudad del viento y de la porra, con su magnífica sinagoga y sus dos iglesias ortodoxas, serbia y griega, Trieste puerto de los Habsburgo desde el siglo XIII, por allí pasaron los cuerpos de Francisco Fernando y de la hermosa Sofía procedentes de Sarajevo, la ciudad les rindió un último homenaje, su adiós al Imperio, antes de expedirlos por tren a Viena *via* Klagenfurt, muy pronto el puerto Adriático habría de cambiar de manos y de nación y pasar a formar parte de Italia antes de volver a ser germano a finales de 1943, tras ser tomado al asalto por los nuevos eslavos del sur en 1945 y durante unos meses: cuatro países en treinta años, ciudad austrohúngara italiana anexionada al Reich luego a la República yugoslava de Eslovenia y gobernada finalmente por los angloamericanos antes de volver a manos de Italia y de dormirse durante largo tiempo en los confines de la Europa democrática, cansada, abandonada por los judíos los griegos los alemanes los húngaros los eslovenos,

enclavada en el extremo de la Venecia juliana, en la frontera de la esclavitud roja, al borde del mortífero Karst, cerca del golfo eficazmente guardado por el castillo oscilante de Duino donde Rilke disfrutó en 1912 de la misma generosidad que los oficiales de la marina alemana que treinta años más tarde se instalaron allí, *hiersein ist immer herrlich*, tras ser recibido por la princesa Thurn und Taxis Rilke vacilaba desde la distancia al sombrío James Joyce, acogido en aquel entonces por los rígidos profesores de la Berlitz School y reprendido por su joven esposa cada vez que volvía a casa borracho, el pequeño irlandés patán y tambaleante a causa del viento, uno de los numerosos visitantes, de los numerosos vagones que allí se cruzaron, sobre los interminables malecones de un puerto hoy casi desierto, la primera vez fui con Andrija y Vlaho de permiso entre dos frentes, los arrastré a Trieste desde Zagreb pasando por Rijeka la gris y por Opatija el más respetable de los balnearios austrohúngaros en que paramos, más o menos una hora, el tiempo necesario para darnos cuenta de que la media de edad de los agüistas era más o menos la de Vichy, la de Evian o más bien la de Karlovy Vary, estábamos a finales del invierno de 1992, todavía no había llegado la primavera, Vlaho enfermo se cuidaba a lo *rakija*, estaba ofendido porque una prostituta se había negado a acostarse con él so pretexto de que estaba demasiado resfriado, él armó un escándalo en aquel sórdido bar de Novi Zagreb, provocando la hilaridad general, «total, lo único que me gotea es la nariz, no el resto, no tengo la sífilis en las napias»; después estaba rezongón, y nosotros le pinchábamos proponiéndole que aprovechase las aguas sulfurosas de Opatija y a aquellas viejas damas, seguramente menos escrupulosas que las profesionales con su estado de salud, a fin de cuentas también aquellas alemanas ancianas y respetables habían ido allí para cuidarse, seguro que serían comprensivas, Vlaho se encogía de hombros diciendo «muy gracioso, vaya, vaya, y ¿ahora adónde vamos?» y entre una cosa y otra llegamos a Italia, luego nos fuimos hacia Herzegovina pasando por Dalmacia, una pausa de dos días en casa de Vlaho ya más o menos curado, con su abuelo el partisano insultándonos con continuos brindis *smrt fašizmu*, muerte al fascismo, Vlaho le respondía *heil Hitler* para hacerle rabiar, en medio de las viñas a unos kilómetros de Split donde bailaban los soldados de las Naciones Unidas, sus helicópteros nos sobrevolaban, nos tocó hacer autostop militar para llegar a Mostar; hoy esos recuerdos son como viejas películas yugoslavas, las imágenes parecen envejecidas, pasadas de moda, ya no me pertenecen, solo han quedado las sensaciones: la vergüenza, el miedo, el placer, solo ha quedado el peligro, también los olores, los contactos, la cara de Andrija, la mano de Vlaho, ceñida a su vaso o a su fusil, él era nuestro campeón del desmontaje y engrasado, podía desnudar hasta las armas más exóticas e inverosímiles casi con los ojos cerrados, armaba una mina o un cepo con la misma facilidad con que se rascaba el culo o se limpiaba los mocos, sin acabar de darse cuenta, creíamos nosotros, de lo que estaba manipulando, con la destreza de un roedor delante de una nuez, rápido y preciso, y comía de la misma forma, a toda prisa, las patas recogidas contra el pecho, su cara de bonachón se abría

en una inmensa sonrisa con solo ver algo de beber o de comer o un arma nueva: Vlaho es un ratón de campo, un lirón, una rata y sobre todo un niño varonil, la guerra era su elemento, porque era algo simple, divertido y viril, en un mundo donde «hacerse un hombre» no significaba crecer sino menguar, reducirse, podarse como una vid o un árbol al que poco a poco se le van eliminando las ramas, la parte hembra, o la parte humana, quién sabe, un boj de jardín clásico esculpido en forma de guerrero, o en forma de falo, que viene a ser lo mismo, en forma de fusil, de arquetipo del macho al que todos nosotros queríamos parecernos, fuerte, diestro, cazador prehistórico descerebrado capaz de todas las fanfarronadas, bravucón, orgulloso pero a la vez sumiso con el más fuerte y el superior jerárquico, despreciando a los débiles, las mujeres y los maricas, todo cuanto no se parecía a nosotros, de hecho, Vlaho, Andrija, los otros y yo nos fuimos transformando poco a poco en soldados, en profesionales, está claro que de vez en cuando se nos escapaba una lágrima, pero la escondíamos rápidamente la borrábamos la disfrazábamos de sudor o de humo en el ojo, un abrazo y ya está, o por lo menos eso es lo que hubiésemos deseado, a veces todo se hundía, el escudo de Aquiles perforado, arrancadas las hermosas cnémides, quebrada la lanza, y lo que entonces quedaba no era más que un niño desnudo y acurrucado que llamaba a su madre o a sus hermanos gimiendo llorando en su saco de dormir o en su camilla, me acuerdo de la primera vez que Andrija el invencible se derrumbó, él, el guerrero de guerreros a quien nunca habíamos visto fuera de su grueso caparazón: en los alrededores de Vitez, una mañana como otra cualquiera en un pueblo como otro cualquiera, la situación con los musulmanes estaba muy tensa, una mañana templada, con algo de bruma, un transporte de municiones hacia el norte, a algunos kilómetros de Travnik la hermosa asesina una bonita mañana perfumada de primavera, con el sargento Mile y Vlaho el chófer loco al volante, ya no me acuerdo de por qué nos paramos cerca de aquel caserón, imagino que por el cadáver que había en el umbral, un hombre mayor, un cargador entero entre la cabeza y el pecho, ametrallado de bastante cerca junto con su perro, casa croata, la puerta estaba abierta, llena de un olor a incienso como en una iglesia, interior sombrío y muebles de madera, postigos cerrados, seguramente los mataron durante la noche, al tipo y a su chuchito, por qué habría abierto la puerta, por qué habría salido, Mile nos avisa, del cuarto del fondo sale una luz anaranjada y vacilante, un incendio en miniatura, algo se quema, los tres nos acercamos, Vlaho se queda detrás para vigilar la entrada, una gran habitación velas por todas partes, decenas de velas todavía encendidas y sobre la cama doble una señora mayor acostada las manos sobre el pecho un vestido negro o gris oscuro los ojos cerrados y yo no entiendo nada, Andrija se quita el casco en signo de respeto, se quita el casco suspira y balbucea algo, Mile y yo lo imitamos sin entender, estamos los tres velando a una señora mayor que ignora que es viuda, que al marido que encendió todos esos cirios para ella unos desconocidos o unos vecinos lo han fusilado en la puerta de casa junto a su perro, ella, en su cama de muerta, no pudo oír nada, ni las ráfagas fuera ni

los pasos dentro de casa ni las risas de los que le plantaron en pleno vientre, bien derecho, ese gran crucifijo cuya sombra absurda baila en la pared junto a las miradas caídas de Andrija y de Mile, a cara descubierta, es cuando la voz de Vlaho nos despierta, *u kurac*, acaba de entrar en la habitación, «mierda, qué coño estáis haciendo, ¿nos vamos o qué?», le echa una mirada distraída a la abuela del cuerpo profanado, yo me vuelvo a poner el casco, Mile se vuelve a poner el casco y salimos como autómatas sin decir nada subimos al *jeep* Andrija se sienta a mi lado se queda en silencio sus ojos mirando al vacío las lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas él se las seca suavemente con la manga, no solloza solo mira el paisaje las casas los árboles yo lo observo él llora como una fuente silenciosa sin esconderse, por qué, con todos los cadáveres que ha visto, jóvenes, viejos, hombres, mujeres, chamuscados, descuartizados, ametrallados, desnudos, vestidos o acaso desvestidos por una explosión, por qué ahora, Andrija morirá unas semanas más tarde, antes tendrá tiempo de vengar sus propias lágrimas, de cauterizar sus llantos con fuego, de asolar a su vez algunos cuerpos enemigos, casas, familias, exultante con Áyax hijo de Telamón, con Ulises en las ruinas de Troya, Andrija el furioso vengó a esa abuela desconocida de la que ya no volvió a hablarme, todavía tengo en la retina la sombra del Cristo en la tapicería floreada, en la luz de los cirios, no habían roto nada, ninguna inscripción de venganza en las paredes, nada, el crucifijo clavado Dios sabe cómo en la carne de aquella señora mayor era un milagro extraño, Andrija quedó conmocionado por ese signo del destino, el sargento Mile tampoco dijo nada, también Eduardo Rózsa se rompió un día, y Millán Astray, y Aquiles hijo de Peleo, un día un bonito día en que nada hacía pensar en tal cosa, y yo, también yo me resquebrajé, me agrieté como una pared de adobe al secarse, mi hundimiento en Venecia seguido del vagabundeo fantasmal por los pasillos de la Zona, morimos muchas veces y hoy en este tren todos los nombres de este maletín secreto tiran de mí hacia el fondo como el pedrusco atado a las piernas de un preso arrojado al Tíber o al Danubio, en medio de la Emilia burguesa, un tren con los viajeros bien sentados, un vagón de pasajeros que se ignoran unos a otros, que fingen desconocer el destino que comparten, esos kilómetros comunes confiados al Gran Conductor el amigo de las maquetas a escala las alabardas y el fin del mundo, cara a cara, algunos en el sentido de la marcha y otros de espaldas al destino, como yo, mirando hacia atrás, en medio de la noche negra, vuelto hacia Milán estación de salida: Millán Astray el amigo de Franco, el general flaco tuerto y manco el legionario responsable de hermosas masacres en Marruecos sentía una pasión culpable por la decapitación, le gustaba degollar a los moros con la bayoneta, ese era su pecado favorito, por no decir su pasatiempo favorito, en 1920 fundó la Legión Extranjera Española, después de una estancia en Sidi Bel Abbes entre los franceses, tan orgullosos de su sabiduría militar, en un encantador intercambio colonial, Millán, que en aquel tiempo no era ni tuerto ni manco, quedó muy impresionado por los legionarios franceses y recién impregnado, fascinado por la muerte, Millán le confeccionó a España su propia Legión en

Marruecos, allí acudieron los pobres los mangantes y los apartados de toda Europa y él los acogía cantándoles himnos; los legionarios españoles que me crucé en Irak parecían jóvenes novios vestidos para su boda, cantaban marchando a paso ligero, «soy el novio de la muerte», hacia sus bodas como habían marchado en África sus antepasados, Millán les decía «estáis muertos, piojosos, perros de presa, estáis muertos y esta nueva vida se la debéis a la muerte», volveréis a vivir cuando la entreguéis, vais a cortejarla como buenos novios, vais a servir a la chata con pasión, a sujetarle la guadaña, se la vais a afilar a pulir a lustrar a blandir primero en Marruecos y luego tras el inicio de la cruzada antirrojos de Franco también en suelo patrio, en Andalucía, en Madrid luego en el Ebro durante la última gran ofensiva, en Marruecos contra los sangrientos bereberes domadores de yeguas, en los desastres militares del protectorado español que permitió la efímera creación de la primera República independiente de África, la República del Rif de los indígenas, la República de Abd el-Krim El-Khattabi cuyos billetes amarillentos y arrugados aún puedes encontrar entre los anticuarios de Tetuán, Abd el-Krim el héroe, el sepulturero de españoles estuvo a punto de tomar Melilla tras el desastre de julio de 1921 en Anual donde perecieron diez mil soldados españoles mal armados, mal alimentados, sin jefes ni disciplina, uno de los errores militares más rotundos desde el Somme y el Camino de las Damas que hará temblar a la monarquía liberal de Alfonso XIII el exiliado romano: acaso sabía él, en su habitación del Gran Hotel de la plaza Esedra, con su colección de pantuflas y sus visitas principescas, que su enemigo de entonces, el cadí bereber de los pequeños caballos, había encontrado asilo en El Cairo, en la corte del rey Faruk el anglófilo: me lo imagino fumando su narguile a orillas del Nilo, años y años, hasta que, un día de 1956 el nuevo rey independiente de Marruecos le propone volver a casa; él rechaza la invitación, puede que porque le gusta demasiado Nasser y Um Kalsum, o porque prefiere que le chupen la sangre los mosquitos cairotas que un rey jerifiano, muere sin volver a ver su país ni tener un arma, aparte de un 9 milímetros Campo Giro recogido del cadáver mutilado del general Silvestre, comandante del ejército del Rif, cuyo cayado chapado de cuerno de búfalo, liso y sin rayas, lleva el escudo de Alfonso XIII enviado al exilio por la derrota de su general y de su flamante pistola nueva, Silvestre el masacrado su cuerpo esparcido e inhallable, reemplazado por los hermanos Franco Bahamonde o Juan Yagüe, dos halcones de poéticos nombres, y por su hermano mayor Millán Astray del ojo ausente, a quien sus legionarios ofrecían hermosas cestas de mimbre llenas de cabezas bereberes cortadas, para su mayor delicia, como antes que él, hacia 1840, Luciano de Montagnac coronel igualmente manco, pacificador de Argelia, que mataba el aburrimiento colonial decapitando árabes como alcachofas; de repente vuelvo a ver la foto de Henryk Ross del gueto de Łódź, una caja llena de cabezas de hombres junto a otra más grande donde se amontonan los cuerpos descabezados, algo que hubiese hecho las delicias de Astray el tuerto o Montagnac el arisco, admiradores de los samuráis de afilados sables y de los santos cefalóforos: bastante después de sus guerras, Millán Astray el

rapaz traduce al español el *Bushido* japonés, código del honor y de la muerte honorable, de la decapitación del soldado vencido, la ley del amigo que te rebana el cuello preservándote así del dolor, como adoptaron los revolucionarios franceses la guillotina por su lado democrático e indoloro, una muerte de rey para todos, la cabeza rodando en la cesta, antes de la Revolución la cabeza cortada le estaba reservada a los nobles, los villanos morían en espectáculos de un simpático sufrimiento, casi siempre descuartizados o quemados, si es que sobrevivían al interrogatorio; hace poco en Damasco colgaban a los opositores de inmensas farolas en la plaza de los Abasidas, desde una barquilla móvil que en París se utiliza sobre todo para podar los árboles, recuerdo que un día dejaron demasiado tiempo a un tipo colgado y acabó decapitado, su cuerpo cayó su cabeza rodó hasta acabar entre los coches provocando un accidente que acabó con un muerto, una niña inocente, sin duda tan inocente como el tipo cuyo rostro sin cuerpo había asustado al conductor, también él inocente, como tantos inocentes hay entre los asesinos del maletín, tantos como entre las víctimas, asesinos violadores degolladores decapitadores rituales que aprendieron a manejar su cuchillo con corderos o carneros, luego Zeus hizo el resto, en Argelia mis islamistas eran los campeones absolutos de la degollación, en Bosnia los muyahidines mataban a sus presos del mismo modo, como se sangra a un animal, y mi propia entrada en el bulevar Mortier está marcada por siete cabezas de monjes abandonadas en un foso, no puedo escapar a la decapitación, esas caras me persiguen, hasta Roma y su Caravaggio con la cabeza de Goliat y el puño cerrado de David agarrando su cabellera ensangrentada o en el palacio Barberini tan civilizado con la espada de Judith en la garganta de Holofernes, la sangre brotando copiosa, la hermosa viuda tiene un aire delicado y a la vez resignado mientras corta la carótida real, la criada sostiene el saco que acogerá la reliquia sudorosa con esos grandes ojos abiertos, los cabellos pegajosos, imagen sombría entre las escenas religiosas, los santos Jerónimos, los retratos de obispos convertidos en papa, las jóvenes inocentes Judith la salvaje decapita amablemente al general babilonio para salvar a su pueblo de igual modo que obtiene Salomé la cabeza del Bautista, decapitado en su celda por un guardia tosco, con un gran cuchillo, tal como lo representó Caravaggio en el inmenso lienzo de la catedral de San Juan de los Caballeros, en Malta, el verano de 1608, en el momento de ingresar en la orden, un año después de haber llegado a la isla inexpugnable, cuarenta años después del sitio otomano en que Jean de Valette usó cabezas turcas como balas en sus cañones para asustar al enemigo, al Michelangelo Merisi de Caravaggio el milanés le hubiese gustado morir decapitado, murió enfermo en una playa del Argentario, frente al mar gris que jamás había pintado, o que siempre había pintado, en las inmensidades negras donde nacen los cuerpos de los efebos y de los santos, de los asesinos de las prostitutas de los soldados disfrazados de santos, Caravaggio gran maestro de la oscuridad y la decapitación

VIII

también el paisaje de la llanura padana es oscuro, las pequeñas luciérnagas las granjas las fábricas son inquietantes fantasmas, por un momento en la estación de Santa Lucía de Venecia estuve tentado de regresar a París, había otro tren nocturno que salía hacia el sur más o menos a la misma hora, hacia Sicilia, final del trayecto Siracusa, unas veinticuatro horas de viaje, debería haberlo cogido, si hubiese encontrado a alguien en el andén para guiarme, un demiurgo un oráculo, me hubiese subido al tren de Siracusa para instalarme en la isla pedregosa en la ladera del Etna hogar de Hefesto el cojo que de vez en cuando rocía con lava a los campesinos y a los mafiosos escondidos en la campiña, en 1954 Malcolm Lowry se instaló en Taormina posiblemente a causa del volcán, en ese pueblo tan hermoso que parece falso, él que diez años antes había escrito *Bajo el volcán*, aunque puede que fuese su mujer Margerie quien escogió el destino, cambiar de aires, Lowry el borracho necesita cambiar de aires, allí se une al contingente de anglosajones que pueblan la Zona, Joyce, Durrell, Hemingway, Pound el fascista o Burroughs el alucinado, Malcolm no suelta su botella mientras contempla los brillantes peces espada de la bahía de Naxos, se emborracha de sol a sol con una constancia meticulosa, su pequeña y Florida casa es demasiado hermosa para él, dice, todo aquello es demasiado bonito, demasiado brillante, demasiado luminoso, no consigue escribir ni una letra, sus ojos deslumbrados por un Mediterráneo demasiado azul, Margerie está contenta, se pasa el día paseando, visitando yacimientos arqueológicos, calas escarpadas, y llega a casa para encontrarse a Malcolm ebrio, ebrio y desesperado, con *Ulises* o *Finnegan's Wake* en las manos sin llegar a leerlos, ni siquiera la bebida lo consuela, las páginas de sus cuadernos siguen vacías, la vida sigue vacía, Margerie cansada decide guardar bajo llave todo el alcohol que hay en casa, entonces Lowry sale a deambular por los callejones, sube hasta las ruinas del teatro griego y contempla el espectáculo de las estrellas sobre el mar más allá del fondo del escenario, siente un odio poderoso, quiere beber, quiere beber, todo está cerrado, le entran ganas de llamar a la primera casa que encuentre y mendigar un vaso de grapa, un trago, echar un trago, de lo que sea, vuelve a su casa, trata de forzar el aparador donde su mujer guardó los licores, se ensaña con la pequeña puerta de madera, no hay nada que hacer, está demasiado borracho, no lo consigue, todo es por su culpa, por culpa de su esposa, de Margerie que duerme después de haberse atiborrado de somníferos, pero va a darle la llave, Margerie va a pagarlo, ella que malversa su talento, que no le deja escribir, Lowry entra en el dormitorio, la mujer está acostada boca arriba, los ojos cerrados, Malcolm se acerca hasta tocarla, está de pie, tiene sed, una sed infinita, una rabia infinita, él balbucea insultos, ella no se despierta, sin embargo él tiene la impresión de gritar, la muy puta durmiendo y él muriéndose de sed, se va a enterar, le pone las manos alrededor del cuello, los pulgares contra la nuez y aprieta, Margerie abre instantáneamente los ojos, se resiste, Lowry presiona cada vez más, aprieta, le aprieta

las carótidas y la tráquea, va a matarla, cuanto más aprieta más débil se siente, mira los ojos de Margerie desorbitados por el terror, sus brazos golpeándolo sin ton ni son, es él quien estrangula a Margerie y también a él a quien le falta el aire, cuanto más aprieta y más violáceo se vuelve el rostro de su mujer peor se siente él, a pesar de los puñetazos y las patadas no la suelta, se está matando a sí mismo, lo que tiene entre las manos ya no es la garganta de Margerie sino la suya, su propia cara como en un espejo, se siente asfixiado se asfixia a sí mismo sus dedos sueltan la presa poco a poco sus dedos sueltan la presa y él cae al suelo inconsciente mientras Margerie trata de llorar recuperando el aliento en el alba azafranada que ilumina las persianas: en la Sicilia isla mortal Lowry y su mujer vivieron ocho meses infernales al amparo de su segundo volcán, cada dos días los aldeanos se veían obligados a cargarse a Malcolm a la espalda y llevarlo a su casa, cuando al amanecer los pescadores lo descubrían al fondo de cualquier callejón, vencido por la pendiente y el sueño, al final puede que hiciese bien al no coger el tren de Siracusa, a quién hubiese estrangulado yo en medio de la noche siciliana, enfrentado con la botella y con mi salvajismo; cuando de niño rompía algo o era cruel con mi hermana Leda, mi padre siempre me llamaba salvaje, entonces entraba mi madre en escena para defenderme, no tu hijo no es ningún salvaje, es solo que está rebosante de vida, no es un salvaje, es tu hijo, y ahora un poco más cerca del fin del mundo me pregunto si aquel gran hombre flaco si mi viejo no tendría razón, mientras el tren se acerca a Reggio capital de la Emilia de tan dulce nombre, soy un salvaje, áspero y brutal, a pesar de todos los trapos civilizados que me han endosado todos los libros que he leído sigo siendo un feroz primitivo capaz de degollar a un inocente de estrangular a una mujer y de comer con las manos, durante sus últimos años de vida mi padre me miraba de forma extraña, detrás del funcionario del Ministerio de Defensa veía al bruto mal pulido, después de cerca de diez años trataba de adivinar hasta dónde podría haber llegado mi salvajismo y ni siquiera en sus últimos días, enfermo, pálido en su camastro, podía evitar mirarme fijamente, escrutarme hasta despojarme de mi chaqueta, mi camisa, mi caparazón de hombre refinado y desnudar mi torso velludo y mis escarificaciones rituales, mis maneras bruscas y violentas, yo aparté los ojos evité sus preguntas punzantes y silenciosas hasta el último día; hasta las once en punto una mañana de primavera ni gris ni azul en el cementerio de Ivry, allí quedaron enterradas las inquisiciones de mi padre, en un pequeño panteón «familiar» como se suele decir donde se supone que el difunto encontrará un poco de calor cerca de los suyos, acompañado por las lágrimas de los vivos hasta los acogedores brazos de los muertos, bajo una lápida sepulcral renovada por una nueva inscripción del cementerio de Ivry cuya entrada ando buscando esa mañana de primavera del nuevo milenio, con retraso, a lo lejos diviso un grupo alrededor de una tumba un sacristán con uniforme de gala, me apresuro, casi corro por entre esas calles casi me caigo al tropezar con una baldosa atajando campo a través, como es lógico no es el entierro correcto, enseguida me doy cuenta del funesto error, localizo a un empleado de cara larga de circunstancias y le

pregunto: sección 43, responde, al otro lado de la calle, en el pequeño cementerio y yo no puedo evitar reírme por dentro mientras pienso que el tipo tiene una voz de ultratumba, grave y casi inaudible, aquí todo el mundo cuchichea, por supuesto, y en este estado de nervios que solo te puede provocar el hecho de llegar tarde al entierro de tu propio padre, de haberte perdido la misa y reunirte con la familia directamente en el cementerio, avergonzado, ojeroso, fétido el aliento, legañas en los ojos enrojecidos no por las lágrimas sino por el alcohol y la falta de sueño, avergonzado y culpable por haber olvidado hasta el lugar del pequeño panteón familiar donde ya reposan los abuelos, salgo por una pequeña puerta atravieso una calle ciego jadeando me preparo para enfrentarme con la mirada afligida de madre e hija en brazos del cuñado también él convenientemente emocionado y ya estoy llego con retraso entro por la otra parte del cementerio de Ivry y es ahí, lo reconozco, las proporciones, las avenidas, a mi derecha los miembros de la Resistencia del monte Valérien y luego el Manouchian el partisano y los barbudos del Cartel Rojo, a mi izquierda doy con mi familia, los amigos de la familia, mi hermana de negro, inevitablemente también mi cuñado, pero ni rastro de mi madre, bajan el ataúd del coche, el cuerpo de Sarpedón, hijo de Zeus, llevado junto a los suyos, bien lavado, bien peinado, bien embalsamado, se esfuerzan por deslizarlo en el hoyo; por fin llego, mi hermana me clava la mirada, su marido aparta la suya, el sacristán tiene una mancha de nacimiento en la cara, oficia con diligencia, «ahora pueden ustedes darle un último adiós, tocar el ataúd o echarle un poco de tierra encima, como deseen», puede que sea por el retraso pero me cuesta creer que se trate de mi padre, tras ese roble rutilante, el hombre de los trenes eléctricos, los puzzles de mil quinientas piezas, de repente aparece mi madre y grita Francis, Francis, y se agarra a mi brazo, está deshecha, abatida, se rehace se recupera me mira fijamente busca mis ojos yo los bajo como un niño, «despídete de tu padre», de repente sería rígida y poderosa, *oprotite se od oca*, entonces me vuelvo hacia el ataúd nuevo y flamante, cómo decirle adiós, recito maquinalmente «Padre nuestro que estás en los cielos» y todo lo demás, adónde se te llevan Hipnos y Tánatos, lavado en el Escamandro, encerrado en el féretro comedor de carne, también tú fuiste un guerrero, a tu manera, Leda solloza en brazos de su marido el banquero parisino, a mí por lo visto no me quedan lágrimas, yo me despedí ayer de mi padre en una celebración fúnebre solitaria en mi casa en medio de la oscuridad estuve pensando en el tren eléctrico en Argel la blanca en mi infancia salvaje me acosté vestido totalmente borracho a eso de las cinco de la mañana y ahora en medio de los míos agobiado por su presencia no consigo más que balbucir un padrenuestro ahogado, el sudor en la frente como otros las lágrimas; quién es ese del sarcófago, quién es, acaso el recluta de Argelia, el ingeniero católico, el marido de mi madre, el aficionado a los juegos de mesa, el hijo del cerrajero herrero de Gardanne cerca de Marsella, el padre de mi hermana, acaso es el mismo, en el cementerio de Ivry a dos pasos de los hermosos terroristas del Cartel Rojo, a unos cientos de metros de los soldados muertos en los hospitales militares de la primera guerra mundial, hasta hay algunas

placas de soldados serbios, cómo habrán ido a parar aquí, quizá fueron atendidos en un lazareto por aquí cerca, bocas rotas, tuberculosos, todo tipo de infectados, muy lejos de Niš o de Belgrado, muy lejos, bajo una cruz en las afueras, en el mismo cementerio donde yacen los cuerpos de los guillotinado, disimulados en un escondrijo, esos cuerpos que nadie vino a reclamar entre 1864 y 1972, acaso en la sepultura les pusieron la cabeza entre las manos, como san Denis el patrón de París, o al lado, o entre las piernas para reducir el tamaño del ataúd; quizá los incineraron, esos réprobos víctimas de la vindicta pública, asesinos hoy folklóricos bajo sus baldosas de mármol, al lado de mi padre ayudante de interrogador en una villa de Argel, el ingeniero cristiano especialista en la bañera, en la barra de acero y en la electricidad, él nunca habló de eso, claro, jamás, pero cuando me miraba lo sabía, podía verlo, en mí advertía unos síntomas que él conocía perfectamente, los estigmas, las quemaduras que aparecen en las manos de los verdugos; mi madre sigue en silencio agarrada a mi hombro, mi padre desciende al panteón, mi hermana sigue llorando y llorando y yo con una resaca fenomenal, las cruces, los ángeles de los mausoleos bailan, el sacristán agita su hisopo de desesperación, las beatas se santiguan uno diría que oye campanas eternas abejorros un pájaro que canta un autobús en Porte de Choisy o un tren en la campiña italiana salpicada de granjas, de fábricas, infinitamente llana, en los alrededores de Reggio hermosa y burguesa, una vez mi padre enterrado los amigos la familia los colegas desfilaron ante nosotros para darnos el pésame, también los viejos de Argelia, a algunos los conocía, compañeros de armas afligidos, sorprendidos y asustados por la juventud del difunto, me dan un apretón de manos, «ah Francis, Francis, tu padre», y no añaden nada, saludan respetuosamente a mi madre, a mi hermana, y les llega el turno a los croatas, mi tío ha venido desde Canadá para estar junto a mi madre en este momento, me besa en ambas mejillas, el oso de Calgary, luego los primos interminables, los desconocidos, mi madre emocionada les da las gracias indistintamente en croata, solo la entienden los soldados serbios y montenegrinos sepultados unos metros más allá, yo no aguanto más, me duele la cabeza, los ojos me queman, me meo, sed, y la imagen de mi padre el sobrio, en el hospital, se refleja ahora en el cristal del tren sin otro paisaje que unas cuantas lamparillas parpadeando en la oscuridad, mi vecino el lector de *Pronto* tiene pinta de verdugo, no me cuesta imaginarlo introduciéndole objetos contundentes a una musulmana por la vagina, toda una compañía riéndose de su sexo rapado, en Argel la blanca donde mi padre me precedió en mi Zona, desembarcado el 22 de agosto de 1956 de un transporte militar procedente de Marsella, aspirante a transmisiones, nada que lo predispusiese a convertirse en un héroe, ascendido primero a ingeniero y luego a oficial especialista de radio, enviado tras seis meses de formación a los «acontecimientos» que no tenían muy buena pinta, destinado a información militar, o lo que es lo mismo a la organización sistemática de redadas; acaso debió de acordarse, en su lecho de muerte, de los hombres de las mujeres de las mujeres de los hombres que aquel año desfilaron ante él antes de pedir el traslado a

un oscuro campamento «para participar de forma más activa en la pacificación», tal como escribe en la carta que le envió a su superior, antes de verse convertido en el jefe de una radio en una montaña abandonada por sus habitantes «reagrupados» más abajo, sospecho que insistió en abandonar Argel asqueado, cansado de violaciones y palizas, su expediente militar, del que pude conseguir copia desde la gran tela de araña del bulevar Mortier, atestigua su citación a las órdenes del regimiento obtenida en abril de 1958 en el curso de una preciosa operación bautizada «Amor» por un mando lírico: unos cuantos pueblos incendiados, combatientes argelinos puestos en fuga; sin prisioneros, desgraciadamente, nadie a quien torturar aparte de algunos civiles descubiertos en una oscura cueva rápidamente desratizada, mi viejo probó por primera vez esas delicias en Argel, en un sótano donde sus camaradas gritaban «¡virgo! ¡virgo! ¡virgo!» mientras él metía torpemente su miembro en la vulva de una Criseida que lloraba de vergüenza y de dolor, él no la miró, los ojos clavados en sus jóvenes pechos en sus pezones negros, acuciado por los gritos eyaculó rápido y retiró su ingenio ensangrentado entre bravos y vivas, «era virgen, era virgen, ¡virgo! ¡virgo!» el sótano olía intensamente a alcohol rancio a sudor a pavor a sangre a la grasa de las armas utilizada para lubricar los anos forzados con una botella de anisete o con una granada, o para conducir la electricidad y evitar que la carne se quemase demasiado rápidamente en caso de no practicar el suplicio a mano, claro, sino con uno de esos transformadores (bobinas y resistencias) con los que de pequeño me encantaba manejar la velocidad de los trenes del mismo modo que mi padre, en su tiempo, había manejado la intensidad de los gritos y las contracciones, los músculos tensionados hasta la rotura; recuerdo que cuando iba al instituto un día conté en casa un experimento de ciencias naturales, le habíamos aplicado una corriente continua a las terminaciones nerviosas de una rana disecada y se movió, sus patas se habían contraído al ritmo del experimentador y de su pila de 4,5 voltios, expliqué detalladamente el experimento y mi madre dijo «menuda crueldad, pobre animal», recuerdo que mi padre no añadió nada, se refugió en su silencio, apartó la mirada sin comentar el destino de la rana ni la barbaridad eléctrica, se calló, una vez más, como se callaba definitivamente ese día en su tumba, víctima quizá del cáncer de los remordimientos o la culpabilidad, y yo llego a su entierro después de haberme pasado horas husmeando entre expedientes y papeles relacionados con él, después de enterarme de que lo destinaron a los «interrogatorios especiales» de información militar descritos en los informes secretos del Segundo Despacho, después de reconstruir sus gloriosas escapadas a campamentos y aldeas perdidas, sin saberlo el hijo ha seguido los pasos del padre, del abuelo y de tantos otros, mientras entierro a mi progenitor pienso en todos los muertos que lo acompañan en su tumba, torturados, violados, abatidos desarmados o caídos en combate, revolotean por el cementerio de Ivry, a nuestro alrededor, acaso mi madre puede verlo, acaso lo sabe, seguro que sí, «hizo lo que tenía que hacer», esa es la frase, como yo, «he hecho lo que tenía que hacer», por la patria, por Bog nuestro Dios por nuestros cementerios que nos llaman;

ahora veo el monumental cementerio de Vukovar, sus cruces blancas por un lado y sus lápidas negras por otro, un cementerio detenido en el tiempo, congelado, petrificado en noviembre de 1991, en Vukovar parece que la muerte se haya ido de vacaciones exactamente el 21 de noviembre, después de tres meses de duro trabajo, harta y cansada: poco después del entierro de mi padre en Ivry volví a visitar la Eslavonia oriental, Osijek, Vinkovci y sobre todo a ver Vukovar rendida a la madre patria, Vukovar, nunca había estado allí, yo confiaba en liberarla en octubre de 1991 y cayó un mes más tarde en manos del ejército yugoslavo y los paramilitares serbios, el sabor de bilis por la caída de Vukovar, Héctor y Eneas entre nuestras filas, el campamento invadido, las cóncavas naves amenazadas, y el miedo, el miedo a perder a ser vencidos a desaparecer a volver a la vacuidad de las cosas, nuestras armas inútiles quebradas contra el bronce de los carros T55, me volví a poner mi gorro negro y una vez enterrado mi padre me fui de viaje a Croacia, solo, quería que Vlaho me acompañase pero estaba demasiado ocupado embotellando o metiendo en barricadas o qué sé yo, además no tenía ganas de volver allá arriba a la humedad del otoño panonio, ver Vukovar, el lugar de los lobos, la bien nombrada; los milicianos llegados de Vojvodina y de Serbia central se habían consagrado en cuerpo y alma, esos lobos bigotudos como sacados de un poema de Njegoš habían masacrado alegremente todo lo que habían podido, con la caída de Vukovar nos volvimos locos, Andrija se volvió loco, tieso histérico de dolor furioso peligroso colérico rencoroso y valiente, indomable, porque si para nosotros la ciudad era un triste símbolo para él significaba mucho más, percas, lucios, amigos de bar casas familiares un primer beso a orillas del Danubio y todo ese tipo de cosas que te unen a una ciudad, pasé por su pueblo tampoco lo había visto nunca, sus padres desplazados a las afueras de Zagreb ya nunca regresarían a instalarse allí de nuevo; su casa seguía en ruinas, con su pequeño jardín, su valla y un gran agujero de obús en la fachada como un ojo obscuro, luego me fui en dirección de Vinkovci y giré a la izquierda hacia Vukovar, de camino entre Osijek y Vinkovci no reconocía nada, ninguno de mis campos de batalla, no había lobos a la vista a pesar de lo tarde que era, Vinkovci tenía un aire plácido y adormecido, las afueras estaban salpicadas por casas destruidas o arrasadas, fábricas abandonadas quemadas y bombardeadas: yo rodaba por entre las antiguas líneas serbias al volante de mi flamante Golf nuevo de Avis, la tarde asquerosa bajo una llovizna helada, y vi el cementerio, a algunos kilómetros de Vukovar, lo poco que quedaba de sol se escondió rápidamente yo me detuve un gran campo llano un aparcamiento con capacidad para treinta autobuses, banderas, un monumento monolítico, la memoria no ha tardado en instalarse pensé, la nación había recuperado el derecho sobre sus mártires, el cementerio flamante sobre una tierra apenas reconquistada donde diez años antes se había ensañado la muerte, todas las lápidas sepulcrales lo testimoniaban, muerto el 20 de octubre de 1991, muerto el 21 de octubre de 1991, muerto el 2 de noviembre de 1991, y esa familia, marido mujer e hijo sorprendidos sin duda por un obús muertos todos juntos el 5 de noviembre de

1991, y así sucesivamente hasta el 19 de noviembre, apogeo, matanza, cruz; un poco más lejos el cementerio de los que no habían caído durante la guerra parecía desordenado, prácticamente vivo, pero allí, en el campo de mármol negro, tuve la impresión de pasear por una necrópolis militar equivocada, donde todos los soldados serían civiles, revestidos apresuradamente con el uniforme del sacrificio, la bandera croata flotaba abrazando las almas de sus nuevos hijos como en su momento le había dado calor a nuestro bíceps guerrero, el blasón jaquelado en gules y plata acariciaba 938 cruces blancas, la noche caía despacio, yo estaba solo en medio de todos aquellos muertos, invadido por una tristeza sorda y tenaz me metí en el Golf, conduje hasta Vukovar, hasta el Hotel Danubio una torre roja decrepita junto al río, me paseé a lo largo de la orilla, di con otro monumento, una cruz monumental a orillas del agua, el centro de la ciudad apestaba a fantasmas a muerte y a limo, pasé junto a la puerta de un bar en la famosa calle de los soportales barrocos totalmente reconstruidos, unos jóvenes de cabeza rapada me miraron de forma extraña, me tomé dos, tres *rakija* casi de un trago lo cual me granjeó la consideración del barman, me sentía vacío, acababa de perder por segunda vez la batalla de Vukovar, la batalla contra la tristeza y la desesperación, pasé cerca del antiguo mercado cubierto quemado bombardeado abandonado, en una tiendecita me compré una botella de licor de ciruela local un paquete de cacahuetes regresé al Hotel Danubio a repantigarme en la cama con los ojos vueltos hacia Novi Sad y Belgrado en el curso del río majestuoso y bebí, bebí pensando en la cólera de Andrija en sus lágrimas tras la caída de la ciudad, Andi un trago a tu salud y a la de tu cólera, el día siguiente no sé cómo el Destino nos envió dos prisioneros caídos en una emboscada, uno estaba herido, el otro indemne tiritaba de espanto decía «mi padre tiene dinero, mi padre tiene dinero, si dejáis que me vaya os dará mucho dinero», tenía demasiado miedo para mentir, nos los habíamos encontrado mientras trataban de desertar, yo por poco los dejo irse, estaba a punto de confiárselos a un soldado para que se los llevase a Osijek, entonces llegó Andrija, «pero ¿qué tonterías son esas? ¿ya has olvidado Vukovar? estos dos no irán a ningún sitio», y los ametralló sin vacilar mientras les miraba a los ojos, quince cartuchos en el pecho cada uno, en mi cama del Hotel Danubio un trago a la salud de Andi gran pastor de guerreros, un trago por la mirada estupefacta de los dos serbios cuando el bronce los atravesaba, un trago por el cementerio de Vukovar en la noche que cae, por el cementerio de Ivry una mañana de primavera, por los soldados del 14, los resistentes los condenados a muerte y un trago a la salud de mi padre sin duda un asesino ni resistente ni condenado a muerte que hoy va a hacerles compañía mientras el tren decelera para entrar en Reggio Emilia dulce y hermosa, luminosa para quien viene de la oscuridad, una ciudad italiana donde las iglesias las plazas y los arcos no han sido demolidos a golpes de mortero, la estación es pequeña y alargada, salpicada de neones blancos, algunos viajeros esperan en el andén bien arropados en sus abrigos, bufandas, por la vía de enfrente pasa un tren, un tren de mercancías en dirección a Módena, cisternas de leche; sin duda no hacía falta ningún tren para los

diez judíos detenidos en Reggio a finales de 1943, debieron de transportarlos en camión, aquí muy cerca, a veinte kilómetros, al campo de Fossoli antecámara de Polonia, sin embargo hay una placa, en la ciudad, cerca de la gran sinagoga en el corazón del antiguo gueto, que recuerda los nombres de esas diez personas eliminadas a dos mil kilómetros de su casa mientras que hubiese bastado con diez balas para evitarles los tormentos del viaje, además les habría valido una sepultura, secreta sin duda, pero a fin de cuentas un lugar en la tierra donde esperar, igual que los masacrados de Vukovar, a quien quisiera encontrarlos, no tuvieron esa suerte, a cambio se les ofreció un escondrijo entre las nubes del cielo pesado de Galitzia; Fossoli campo de tránsito por el que entre el otoño de 1943 y agosto de 1944 pasaron la mayoría de los judíos deportados de Italia, antes de que el campo fuese desplazado a Bolzano en la frontera de Austria, extraño encarnizamiento, la guerra casi estaba perdida, la República social italiana de Mussolini en Salò hacía aguas por todas partes y sin embargo la administración alemana se tomaba la molestia de organizar convoyes, transportes para los partisanos y los últimos judíos de Bolonia o de Milán hacia Fossoli luego Bolzano y por fin Birkenau, un último esfuerzo para dejar Italia *Judenrein* o *Judenfrei*, según los matices de la época, puede que los diez judíos de Reggio que no se habían exiliado fuesen atrapados en sus casas, cerca de la sinagoga de via dell'Aguila, puede que fuesen denunciados, puede que no y tratasen de unirse a los resistentes tras las alambradas, en cualquier caso los metieron en un tren, uno más, en dirección al mismo destino polaco al que ese año de 1944 llegaron también los judíos de Hungría y los últimos sesenta mil habitantes del gueto de Łódź, entre quienes estaban los abuelos y allegados de Nathan Strasberg el oficial del Mosad, por lo menos los que no habían sido gaseados en Chełmno en 1942; Birkenau, el lugar en que se cruzan todas las vías de Tesalónica a Marsella pasando por Milán Reggio y Roma antes de esfumarse, mi tren tiene ventanillas, algunos de ellos fueron transportados en trenes de pasajeros, los judíos de Praga, los judíos griegos que incluso pagaron sus viajes a Polonia, se les vendía un billete a la muerte, y parece que los jefes de las comunidades negociaban el precio del pasaje con las autoridades alemanas, extraño cinismo el de los funcionarios nazis, Eichmann, Höss, Stangl, hombres tranquilos, padres de familia cuya calma contrasta con la histeria viril y guerrera de Himmler o Heydrich, a Franz Stangl le gustaban las flores y los jardines bien ordenados, los animales, a su paso por Italia en Udine y Trieste disfrutó del dulce paisaje de Venecia y del mar, también amó la vieja ciudad de Damasco y sus aromas de cardamomo, amó a su mujer, a sus hijos, el pequeño poli austríaco sin demasiadas luces asesino de varios centenares de miles de judíos que negaba haber acabado ni con uno solo, además estaba convencido de que disfrutaban de una muerte dulce, amontonados entre cuatro paredes de hormigón asfixiados con el gas de motores diésel tardaban veinte minutos en morir, «cuando todo va bien», decía que cuando todo iba bien en veinte minutos se solucionaba la cuestión, aunque en Bełżec, Sobibór o Treblinka el trabajo era artesanal en comparación con Auschwitz, el colega

Höss se lo había montado bien, sus fábricas de dolor compartimentadas funcionaban de maravilla, estuvo mejorando la maquinaria hasta el último momento, incluso tenía previsto ampliarla para acoger a Europa al completo si era necesario, toda la chusma eslava todos los subversivos, sin odio, sin cólera, simplemente solucionaba los problemas, porque un problema requiere de una solución como una pregunta de una respuesta; mi padre hijo de resistente participó de forma activa en la resolución del problema argelino, con la ametralladora en la mano, y ahora reposa en el cementerio de Ivry junto a los fusilados del monte Valérien, torturador a su pesar, sin duda violador a su pesar, verdugo a su pesar, por supuesto nada que ver con Höss, Stangl y los otros, mi padre, nacido en Marsella en 1934 creía en Dios en la tecnología en el progreso en el hombre en la educación en la moral, el tren vuelve a acelerar, sale poco a poco de Reggio Emilia chirriando, qué lentitud, qué siniestra lentitud, a menudo tengo la impresión de que los nombres del maletín gotean sobre mí como el jugo de un cadáver en descomposición olvidado en el vagón, me siento tentado de abrirlo pero no contiene nada visible, documentos numerados en discos, cinco años de voraz obsesión desde Harmen Gerbens el guardia de campo holandés, cinco años jugando a los historiadores de las sombras o a los espías de la memoria, y ahora ya se acabó, es una forma de hablar, podría haber continuado otros diez años, pero en Roma hay quien me espera, una nueva vida el dinero del Vaticano volver a empezar, volver a empezar de nuevo con el nombre de Yvan Deroy, adiós a Francis el exguerrero delegado de defensa, tras la muerte de mi padre mi madre se encerró en su viudedad, es una viuda muy digna, una profesional del duelo, va a misa con mi hermana y sus amigas dos veces por semana y al cementerio el domingo por la mañana después del oficio, vive para su marido muerto de la misma forma que vivió para él cuando estaba vivo, y cuando no está ni en la iglesia ni en el cementerio de Ivry toca Beethoven y Schumann al piano hasta sufrir calambres en los dedos, «qué bien tocas, mamá», Leda se pasa el día en casa escuchándola, solo vuelve a su casa cuando se hace la hora de prepararle la comida a su marido, vive a doscientos metros, le da la tabarra a mi madre mañana y noche para que reanude sus clases particulares, a mi edad, le responde ella, a mi edad, sin embargo mi madre no tiene más que sesenta años, yo ya no me acuerdo de en qué momento dejó exactamente de enseñar, en qué momento dejaron de ir a casa aquellos apuestos adolescentes que, para mí, eran un sueño inalcanzable, me acuerdo especialmente de una, debía de tener dos o tres años más que yo y venía dos veces por semana a eso de las cinco o las seis, yo llegaba del colegio; siempre llevaba falda, más bien regordeta, cara redonda, pelo largo y rubio recogido, ella me saludaba amablemente cuando yo me precipitaba a abrirle la puerta, yo recogía su trenca y le miraba los pechos que me parecían gigantescos, me abrazaba a su abrigo para sentir su perfume mientras veía cómo se alejaba hacia el estudio, hacia la habitación del piano que nosotros llamábamos estudio, con las partituras y los cuadernos en la mano, con la puerta entreabierta yo espiaba cómo la joven llegaba junto a mi madre para verla sentarse al piano y subirse

un poco la falda para colocarse correctamente en el taburete, un gesto mecánico, apenas un segundo que a mí me resultaba terriblemente erótico, a través de sus medias de lana me parecía adivinar su ropa interior, podía sentir el contacto de sus nalgas sobre el tejido color burdeos, el movimiento de su muslo cuando pulsaba el pedal, y de repente una erección brutal, un deseo inconmensurable que me precipitaba al baño mientras en el estudio sonaba Liszt o una polonesa de Chopin (no lo hacía mal), yo imaginaba que el ritmo de sus dedos al teclado era como el mío a mi instrumento personal, el deseo y la música, entonces yo detestaba a Liszt a Chopin y todas esas horribles melodías maternas y gozaba terriblemente, demasiado rápido, mi madre corregía el tempo de la alumna deseada y más de una vez la voz de mi madre me interrumpió en mis manejos con sus «no, no, no, más lento, más lento», era como si desde la habitación de al lado estuviese dirigiendo mi masturbación, «otra vez, otra vez», en ese tono marcial que tenía el don de cabrearme con una rabia mezclada con vergüenza, como si me hubiera sorprendido con las manos en la masa, como si no pudiera dejarme con su alumna, me la sustraía y una vez terminaba su lección la joven se iba yo le devolvía su abrigo y, normalmente, mi madre me llamaba enseguida, «los deberes, deja de mirar las musarañas y a tus deberes, tu padre no tardará en llegar», evidentemente mi hermana ya estaba allí con el boli en la mano, entonces yo jugaba maliciosamente a empujarla con el codo hasta que ella hacía un bonito tachón en su página inmaculada, lo cual podía arrancarle unas lágrimas de tristeza o, dependiendo de su humor, una cólera frustrada parecida a la mía y empezábamos a pelearnos hasta que mi fuerza adolescente daba buena cuenta de ella y la inmovilizaba sujetando sus brazos con las rodillas y la torturaba amenazándola con dejarle caer la saliva en la cara, ella se contorsionaba de horror, yo sorbía el hilo de baba en el último momento, ella sollozaba, vencida, esa era mi venganza de las mujeres de mi familia que me impedían tener a las hermosas mujeres de fuera, normalmente en ese preciso instante llegaba mi padre alertado por los gritos de Leda, tan pronto como atravesaba la puerta me decía «eres un salvaje, deja a tu hermana tranquila», y eso provocaba la intervención inmediata de mi madre, «no, tu hijo no es un salvaje», etcétera, yo me iba derecho a mi madre, era su retoño ella me defendía de la intervención del macho, a mí me tocaba pedirle perdón al pequeño diablo chivato borrar el tachón de tinta de su cuaderno y ponerme con mis deberes soñando con los pechos y las nalgas de la joven pianista hasta la cena; en nuestra alquimia familiar mi padre reinaba desde su silencio y su reserva mi madre era una regente autoritaria que veía el mundo como una partitura, a veces difícil de interpretar, pero que el orden el esfuerzo y la aplicación siempre podían descifrar y así es como nos educó, orden, esfuerzo, trabajo, ella la exiliada que no había conocido su país se había formado a base de ejercicios, estudiando a Scriabin la cosa más difícil del mundo, y aunque había renunciado a su carrera de concertista al casarse con su marido conservaba esa fuerza, esa árida capacidad de regentar, de dirigir, de esforzarse tal como se esforzaba por controlar sus dedos al piano con una disciplina

de hierro, mi madre podría haber sido un soldado excelente, como Intissar la palestina, resistente, obediente, procurando cumplir su misión por todos los medios, por lo menos tanto como mi padre: su carácter sobrio e incluso austero lo predisponía al cuartel tanto como al monasterio, a Port-Royal tanto como a la escuela militar, católico, respetuoso de la Ley más que amante del orden, con una idea de la patria y de la República que le venía de su familia modesta donde nadie había estudiado más allá del graduado escolar, para él mi madre representaba la cultura, la cultura y la burguesía, la burguesía desclasada por el exilio, eso es cierto, pero precisamente por eso accesible, por contra me pregunto cómo mi madre, para quien el origen social e incluso *la raza* son tan importantes, pudo enamorarse hasta el punto de desafiar los prejuicios de su familia casándose con él; quizá supo apreciar sus virtudes cristianas, adivinar su paciencia, su resignación, puede que también intuyese esa fisura tras su silencio, la herida de la feroz Argelia que tanto se parecía a la de su padre, en cualquier caso un ingeniero con una carrera prometidora no era tan mal partido y, a pesar del inmenso inconveniente de no ser croata, sin embargo era un yerno conveniente, que no quedase por eso, se le enseñaría a bailar el *kolo* y ya está, con tal de que no fuese ortodoxo ni judío ni comunista bastaba, por otra parte mi tío el oso de Calgary se había casado con una chica de Zagreb de familia excelente así que podían permitirse esa excentricidad con la hija menor; eso es lo que yo me imagino, pero supongo que mi madre no les dejó elección, cansada de las giras de niña prodigio, de adolescente prodigio y luego de concertista mediana, escogió su destino con la misma determinación que a los siete años, cuando se aprendía de memoria las sonatas de Scarlatti para tocarlas con los ojos vendados delante de un montón de viejos, la pianista yugoslava más grande de todos los tiempos según el diario *France Soir*, algo que sacaba a mi padre de sus casillas, «yugoslava, han dicho yugoslava, ya puestos por qué no serbia», mi madre hizo su elección, no había hecho la apuesta de Aquiles, prefirió un hogar a una hipotética gloria, cumplió con el destino para el que la habían estado preparando a lo largo de los años, ser mujer, madre y además madre de uno de los combatientes que liberaría la patria del yugo titista, su piano no era más que una discreta distracción para una señorita, dar conciertos era perfecto pero no era un logro real, ese no era *su lugar*, su lugar estaba con nosotros en casa, mi madre había elegido, sin remordimientos, sopesando los pros y los contras escogió a mi padre el gran silencio; cuánto me hubiese gustado elegir a mí también, que me propusiesen la alternativa de Aquiles en lugar de dejarme llevar por la oscuridad de sótano en sótano, de abrigo en abrigo, de zona en zona hasta este tren que se pierde en la infinita línea recta de la llanura del Po, entre Reggio y Módena, con los miles de nombres del maletín y un efebo italiano amante de los cotilleos por toda compañía, acaso todo esto es cosa mía, esta huida, podría tratarse de una maquinación del Bulevar, del Servicio, una conspiración urdida desde el mismo momento de mi sospechoso reclutamiento, ahora voy y me vuelvo un paranoico, es el efecto de la droga y de los años de espionaje, llamemos a las cosas por su nombre, en 1995

cambié mi kalashnikov por otros instrumentos de muerte más sutiles pero igualmente eficaces, trampas, escondrijos, interrogatorios, denuncias, deportaciones, chantajes, regateos, manipulaciones, mentiras que desembocaron en asesinatos vidas quebradas hombres arrastrados por los suelos destinos torcidos secretos calados de parte a parte, acaso seré capaz de dejar todo esto atrás, dejar atrás la guerra y el Bulevar como quien deja un sombrero olvidado en un bar, o tendré que refugiarme en la dura resolución de mi madre, en el silencio de mi padre, en la tumba sin cuerpo de Andrija, en mi propio maletín, en el maletín del Vaticano luz del mundo, un lugar para mi padre el aficionado a los trenes eléctricos, un sitio en el maletín para mi viejo cruel y silencioso

IX

aparte de asesinar a mi vecino de estrangularlo como Lowry a su esposa no hay nada que hacer quedarme en silencio cerrar los ojos abrirlos tratar de dormir 8 de diciembre hoy en este momento en la plaza de España en Roma pronuncia su discurso el Santo Padre moribundo este papa nunca termina de estirar la pata quizá además de infalible sea eterno eso sería el colmo, de repente un hombre se niega a morir, no fallece como sus semejantes, sobrevive, a pesar de todo se resiste, enfermo en cama, tembloroso, senil pero se resiste, alcanza cien años, luego ciento diez, luego ciento veinte, todo el mundo hace apuestas sobre su defunción pero no, él llega a los ciento treinta años y un buen día por fin comprendemos que nunca morirá, que se quedará suspendido entre la vida y la muerte allí arrinconado con su parkinson, su alzheimer, momificado pero vivo, vivo, por los siglos de los siglos y semejante descubrimiento entristece de tal modo a sus potenciales sucesores que por supuesto deciden envenenarlo, el caldo de las once para el viejo estorbo, pero no hay suerte sobrevive al envenenamiento como los primeros mártires cristianos, pierde la vista pero su corazón sigue latiendo, de vez en cuando le dice algo al oído a sus visitantes, en latín, miles de peregrinos hacen cola para visitarlo, se venden sus cabellos uno a uno como trozos de eternidad, una de las últimas crines eternas del hombre bendito que no acaba de palmarla, como el fin del mundo que no acaba de llegar, un pelo incorruptible como el cadáver de esos santos que jamás se descomponen y cansados de luchar quedan olvidados en un rincón de palacio, con unos sirvientes a los que también acaba enterrando, cubierto de polvo poco a poco desaparece de la memoria, convertido en un cuadro viviente un busto una estatua a la que ya nadie concede ninguna importancia; sin embargo no puedo quejarme de la Santa Sede a ellos les debo mi nueva vida, el dinero a cambio del maletín, a ese nuncio apostólico de Damasco que me presentó el secretario del dicasterio al que concierne mi asunto, en total secreto desde luego, Damasco ciudad del polvo tanto como El Cairo, ciudad del polvo y del cuchicheo, del miedo y de los informadores de la policía, donde te entierran vivo en una prisión gris en medio del desierto, las mazmorras sirias son profundas, uno no suele salir de ellas, cuántos sirios o libaneses faltan todavía, detenidos en una redada o en su casa nadie sabe qué fue de ellos, si siguen pudriéndose en el fondo de una cárcel o les han pegado un tiro en la cabeza en Mezzé o en Palmira, colgados a dos pasos de las ruinas de la ciudad de la reina Zenobia del templo de Bel y de las fabulosas tumbas, bajo las palmeras a veces te cruzas con un camión descubierto lleno de tipos con la cabeza rapada, todo el mundo aparta la mirada para no verlos, son detenidos a los que transfieren de Damasco o de Homs, los llevan a las mazmorras de Tadmor para el resto de sus vidas: mirarlos trae mala suerte, como a los condenados a muerte, la prisión está a unos kilómetros del palmeral a orillas de la interminable estepa de piedra, una vez fui a verla por curiosidad, a una distancia prudencial, un antiguo cuartel francés, como suele decirse,

rodeado de una muralla gris y alambradas, sin luz del día sin paseos sin aire ni cielo, los presos pasan la mayor parte de su tiempo con los ojos vendados, recuerdo a Rabia, una de nuestras fuentes en el Ministerio de Defensa sirio, hijo de buena familia, le gustaban demasiado el dinero los coches deportivos la droga y el peligro, un buen día desapareció, su contacto nos dijo en tono de broma «está en Suiza», eufemismo que en Siria se utiliza para referirse a esta penitenciaría en medio de las rocas y a dos pasos de uno de los yacimientos antiguos más famosos de Oriente Medio, tan hermoso cuando el alba azafranada irisa las columnas blancas y el castillo árabe sobre la colina, Palmira-Tadmor ciudad de caravanas poblada hoy en día por caravanas de turistas y por presos, ciudad de los corderos degollados en plena calle ante los ojos pasmados de los europeos que por allí pasan, capital de la estepa siria donde todavía debe de estar pudriéndose ese Rabia al que jamás vi si es que sobrevive, en Suiza, es decir en Tadmor en Sadnaya en Homs como en otro tiempo en Mezzé en una de esas prisiones militares de seguridad que son lugares de tortura y ejecución sumaria donde a lo largo de los años ochenta y noventa los Hermanos Musulmanes sirios han sido colgados por decenas, por cientos, enterrando sus cadáveres en fosas comunes en la concavidad de pequeños valles desérticos, muertos por tortura o enfermedad, tuberculosis, todo tipo de abscesos, septicemias, mal alimentados, hacinados en campamentos de barracas, sin posibilidad de visitas, a los activistas musulmanes los prendían en Hama, en Aleppo, en Latakia y los enviaban con los ojos vendados a Palmira en árabe Tadmor la bien nombrada, donde se pudrían diez o quince años antes de ser liberados, paranoicos, delirantes, desnutridos o inválidos, en Jordania me encontré con uno de ellos, una más de las fuentes de mi Zona, catorce años de prisión siria, entre 1982 y 1996, de los dieciséis a los treinta, toda su juventud torturada, quebrada, un ojo menos, una pierna coja, me contó que su principal pasatiempo en prisión era «contar los muertos», llevaba la cuenta de los colgados en el patio, de los que desaparecían por la noche entre alaridos, al principio intentaba acordarme de sus nombres, me contó, pero era imposible, me limité a llevar la cuenta, me agarraba a esos números como a mi propia vida, para en caso de morir saber cuál era el mío, día tras día, en catorce años conté 827 muertos la mitad por ahorcamiento normalmente con una cadena, de noche; a mí me detuvieron delante de mi casa en Hama durante los acontecimientos de 1982, yo no sabía nada del islam ni del Corán, era un ignorante, me detuvieron porque uno de mis vecinos estaba con los Hermanos, acababa de cumplir dieciséis años, me pusieron una venda en los ojos y me dieron una paliza, no tenía ni idea de dónde estaba, supongo que en un cuartel, pasé dos días sin probar una gota de agua y fui transferido a Palmira en camión, nadie sabía adónde íbamos, llegamos por la noche, nos hicieron bajar a palos; los soldados nos torturaron hasta el alba, era la costumbre con los recién llegados, había que molernos para hacernos entender dónde estábamos, me rompieron la pierna con una barra de hierro, me desmayé, me desperté en una barraca como un gran dormitorio, mi pierna estaba violeta completamente hinchada tenía sed, no sé qué era más

doloroso si la sed o la fractura, no podía hablar, uno de los prisioneros me dio un poco de agua y me entablilló la pierna con una vieja caja esa es la única atención médica que recibí, el hueso se soldó mal y ahora cojeo no puedo correr, se acabó el fútbol aunque en prisión no pensábamos en el fútbol, el patio era sobre todo para colgar a la gente, gracias a Dios salí de allí, aprendí el Corán de memoria, los libros estaban prohibidos, los bolígrafos también, pero el Corán circulaba de boca en boca, entre cuchicheos, aprendí sura tras sura empezando por las más cortas, en medio de la oscuridad, un flujo continuo casi inaudible, rezábamos juntos apretados los unos contra los otros, para que los guardias no se diesen cuenta nos postrábamos ante Dios doblegando tan solo el dedo pequeño, tal como les está permitido hacer a los enfermos, Dios quiso que yo sobreviviese, en el momento en que conté al 492.º muerto se me infectó un ojo se convirtió en una enorme bola purulenta y dolorosa y nunca volvió a abrirse, yo tenía una buena constitución era joven el tiempo ha pasado en Palmira allí solo te llamaban para una cosa, para colgarte, los guardias casi nunca nos hablaban, de vez en cuando después de la medianoche llamaban a una lista de nombres eran los colgados del día, nosotros los saludábamos todo el mundo estaba acostumbrado a las ejecuciones, lo primero que hice cuando llegué a Jordania fue ir a la mezquita a rezar de pie, a arrodillarme aunque la pierna me doliese para agradecerle a Dios que me hubiese sacado de aquel infierno, él acabó con su relato y yo pensé que también debería haberle agradecido que lo metiese, en aquel infierno, pero para él los alauitas baazistas son unos infieles, enviados del diablo, Hasan (llamémosle Hasan) me informó voluntariamente sobre la oposición siria y sobre sus actividades clandestinas, que él seguía de cerca, pero se mostró mucho más reticente a hablar de los jordanos o de los palestinos, acabó asesinado por el Mosad en 2002, cuando tuvo lugar la Gran Purga, cuando la CIA envió al mundo entero unas listas interminables de «individuos sospechosos» los más afortunados de entre los cuales acabaron en Guantánamo de nuevo con los ojos vendados torturados una vez más, pues algunos de ellos ya habían pasado por las manos de los jordanos los sirios los egipcios los argelinos o los pakistaníes por diferentes razones pero con el mismo resultado, acabaron en la isla del ron los cigarros y las mulatas esculpidas por el sol y la dictadura, sudando en Cuba en sus monos naranja de alta seguridad mucho más visibles y divertidos al ojo de los guardias que los pijamas rayados o lisos de Palmira la magnífica: digamos que Hasan no tuvo esa suerte, murió alcanzado por un misil israelí teledirigido que destruyó el vehículo en que viajaba en compañía de su joven esposa y su hijo de dos años, murió gracias a mis indicaciones, fui yo quien lo vendió a Nathan Strasberg a cambio de información sobre contratos civiles americanos en Irak, como prueba de buena voluntad sacrifiqué una fuente que de todos modos ya se había quedado un poco vieja, Hasan el cojo había participado en la organización de dos atentados en Jerusalén y en otro contra israelíes en Jordania, se había vuelto muy discreto, mentía demasiado a menudo, adiós Hasan superviviente de Tadmor, adiós Rabia el hijo del dignatario caído en desgracia tras la muerte de Háfes al-Ásad el

viejo león de Damasco que contra todo pronóstico consiguió morir en su cama, o más bien al teléfono, el día de su muerte no había bastantes botellas de champán en Siria, en Beirut, en Jerusalén, el Viejo de la Montaña había estado jugando al póquer mediorientista durante treinta años y era imbatible, había jugado con Kissinger, con Thatcher, con Mitterrand, con Arafat, con el rey Husein y con muchos otros, y siempre ganó, todas las veces, incluso con una pareja de sietes, porque era astuto, puede que sí, pero también por carecer de inútiles escrúpulos, siempre dispuesto a sacrificar sus fichas invertir sus alianzas asesinar a la mitad de sus compatriotas si era necesario, Hasan el cojo le debía catorce años de prisión, afortunado en comparación con los cerca de veinte mil muertos de la represión de los años ochenta, afortunado Rabia, cuyo padre ministro dignatario alauita le había permitido enriquecerse a espaldas de sus conciudadanos y vivir algunos años en la abundancia antes de acabar entre cuatro paredes por algún tiempo: cada vez que fui a Damasco, a Alepo o a Latakia tuve la impresión de estar metiendo la cabeza en la boca del lobo, en ese país de soplones donde la mitad de la población vigilaba a la otra mitad más valía ser prudente, la única ventaja es que esa otra mitad se inclinaba de forma mayoritaria a trabajar para el extranjero, a cambio de divisas contantes y sonantes, fui a Damasco «como turista» y para no quemar demasiado pronto mi coartada tenía que pasearme, fui a Palmira, a Apamea, a visitar el Museo de Alepo, a ver la iglesia de San Simeón el Estilita el santo encadenado en lo alto de su columna cuya base todavía existe, a explorar la vieja ciudad de Damasco, a maravillarme en el patio de la mezquita de los Omeyas donde, según dicen, hay una de las cabezas rebanadas al Bautista, y sobre todo a comer, comer, beber y aburrirme viendo caer el granizo del invierno sobre la ciudad de la tristeza y el polvo, por supuesto no podía ni acercarme a la embajada francesa, es una lástima, me hubiese encantado ver la hermosa casa árabe en que se instaló Faisal en 1918, Faisal el jerife de La Meca al que Lawrence de Arabia había convertido en rey de los árabes, antes de que los franceses y el general Gouraud lo desalojasen de su nueva capital y los británicos lo recuperasen para colocarlo en el trono de Irak dándole de este modo una legitimidad hachemita a ese país recientemente fundado por la reunión de tres provincias otomanas que no tenían ninguna intención de cohabitar pacíficamente en el seno de un Estado títere, ni siquiera para complacer a Churchill o a Gertrude Bell la espía arqueóloga, en ese Oriente Próximo o Medio que franceses e ingleses se habían repartido sin ningún tipo de escrúpulos desde 1916, qué podía quedar de Faisal en la residencia del poderoso embajador de Francia en Siria, la primera butaca de terciopelo en la que se había sentado el rey beduino, quizá los muelles cansados de la cama donde había dormido, acaso su fantasma acudía a turbar los sueños de una fascinante embajadora, acaso le provocaba sueños de caballos al galope en el tórrido desierto, pesadillas de sed o sueños eróticos de endiabladas noches árabes; las noches de Damasco o Alepo no eran muy propicias para la lujuria, la muy mojigata dictadura siria prefería una austeridad marcial a las delicias de Capoue, Afrodita solo cruzaba muy rara vez las

montañas del Monte Líbano, a orillas del Barada río casi sin agua había algunos *cabarets* donde en medio de una música ácida saudíes ebrios cubrían con billetes a bailarinas del vientre gordas y marchitas, un pobre tipo bastante feo y armado con un cubo de plástico rojo recogía billetes de la alfombra mientras esas damas continuaban bamboleando sus pechos ante el bigote de los emires que encargaban enseguida otra botella de Johnny Walker para manejarse con el calentón, en Alepo en una calle torva entre dos tiendas de piezas de recambio para automóviles había un establecimiento parecido pero poblado por ucranianas y búlgaras en traje de baño que levantaban las piernas a la manera del cancan francés ante unos cuantos soldados bigotudos bebedores de cerveza, después de cada número iban a sentarse en las rodillas de los clientes, recuerdo que una de ellas había vivido en Skopje y hablaba serbio más o menos, me propuso que nos viésemos luego en mi hotel a cambio de la módica cantidad de doscientos dólares, con aquella tarifa los sirios no debían de echar un polvo demasiado a menudo, me contó que había llegado a Alepo gracias a una oferta de empleo para bailarinas, le encantaba bailar, decía que bailar en una compañía siria era una forma de empezar yo no sabía si creerla o no, y que además el salario era interesante, que eso no era prostitución, decía, que era danza, parecía tratar de convencerse a sí misma, tenía veinte años cumplidos, una cara sonriente era rubia como el trigo todas eran rubias como el trigo, volvió a subir al escenario para el número siguiente, me miraba mientras se movía, las cinco chicas adoptaban poses lascivas mientras sonaba «My Way», se daban besos en la boca con el culo en pompa yo salí de allí deprimido hacia mi hotel y la soledad de mi habitación, feliz de no necesitar ceder a los encantos de las bailarinas en traje de baño, recuerdo que el día siguiente tenía una «cita» con un hombre del que no sabía nada en la terraza de un café delante de la increíble ciudadela de Alepo, tenía que sentarme en la terraza con un jersey rojo y una bufanda de lana en el respaldo de la silla de delante; a veces la realidad se convierte en una película de espías de los años sesenta, sin duda mi honorable interlocutor había leído demasiadas novelas de espías de la guerra fría, en la Zona las cosas eran muy diferentes, en cualquier caso yo estaba un poco inquieto, no me apetecía demasiado que un par de agentes de la seguridad siria se sentasen a mi mesa y me dijesen «así que un jersey rojo y una bufanda de lana, ¿eh?» y me expulsasen de Siria a patadas después de haberme molido a palos, o peor, lo más probable es que me hubiesen escondido en cualquier parte esperando a poder cambiarme por alguien o por algo, aunque efectivamente en mi oficio siempre hay algo de riesgo normalmente parece lejano, estando de servicio nunca he llevado un arma ni nada parecido (en casa tenía una pequeña Zastava 7,65 pero era un recuerdo de guerra inservible) de modo que cuando esa mañana me dirigía a mi cita en la ciudadela no las tenía todas conmigo, porque estaba en Siria, porque Siria es el país de los chivatos, porque en Siria hay muy pocos turistas y resulta más difícil confundirse entre la multitud que en El Cairo o en Túnez, subí a pie por el interminable zoco de Alepo, compré unas chucherías para Stéphanie la morena (al

diablo los viajes secretos), jabón de laurel, un fular de seda y un pequeño narguile de cobre que seguro no serviría para fumar pero por lo menos cuando salí del mercado cubierto a la plaza de la ciudadela tenía el aspecto de un perfecto turista, me senté en una terraza y pedí «coffee, coffee, café por favor», coloqué mi bufanda en la silla de delante y esperé contemplando el glacis de la fortaleza inexpugnable, obra maestra de la arquitectura militar árabe según la *Lonely Planet* abierta sobre la mesa para darme un aire de aventurero solitario, ya me había acabado el café cuando un hombre de unos sesenta años, bastante grande, pelo blanco, se acercó a mí y me preguntó si hablaba francés, le respondí que sí, por supuesto, y él me dijo «es un placer dar con usted —añadió— venga conmigo, vamos a visitar la ciudadela», pagó mi café antes de que yo pudiese reaccionar y me tomó por el brazo como si fuese una damisela, no se soltó de él durante toda la visita y confieso que esa inusual ternura le daba a nuestra extraña pareja un aire muy natural, él insistió en pagar también los tiques de entrada, me señalaba los matacanes los pasillos que se retorcían para quebrar los asaltos de los invasores, las rejas en el techo para bombardear a los agresores, y solo empezó a hablar realmente cuando salimos del torreón central que hay en medio de las murallas sobre un cerro inmenso, yo no decía nada, primero quería escuchar, sentir, tratar de adivinar si tenía interés en hacer negocios con él o no, como decía el jefe Lebihan «usted tiene facilidad para las relaciones humanas», el contacto había hablado de una «fuente de un interés excepcional», y eso es lo que justificaba mi presencia, me quedé desilusionado cuando me di cuenta de que era imposible solucionar el asunto mediante correos, una fuente tan excepcional no se arriesga de ese modo, en una situación normal no nos hubiésemos visto nunca, la información suele llegarnos a través de una red siria pero lo cierto es que aquella amable fuente me llevaba cogido por el brazo como si se tratase de mi padre, en la cumbre ventosa de la ciudadela de Alepo la gris, desde donde se veía toda la ciudad, la gran mezquita allá abajo, las innumerables palomas dando vueltas alrededor del alminar, los negros tejados del zoco, las pequeñas cúpulas de los caravasares, los edificios modernos de las afueras y hasta el campo cuya tierra parecía roja por el sol de invierno, «me llamo... eh... me llamo Harout», su vacilación era bastante poco profesional, yo empecé a temerme una jugarreta, un error de mi contacto, suspiré interiormente, pfff, todo esto para qué, le respondí a Harout, perfecto, como usted prefiera, en el pasaporte que llevaba entonces yo me llamaba Jérôme Gontrand, con una *d*, le dije solo «Jérôme» y esperé un poco, hay que saber esperar permanecer tranquilo allí estaba yo con el cazamariposas en la mano aguardando a que Harout se despistase para añadirlo a mi colección de lepidópteros, aunque era él quien iba a capturarme y yo por supuesto lo ignoraba, iba a ser él quien me acabaría precipitando a este tren cinco años más tarde, ahí llega una ciudad, Módena sin duda, poco más de cuarentena kilómetros antes de Bolonia, el Pendolino decelera, por la noche todas las afueras italianas se parecen, lo cierto es que de día también, sí, es Módena, acabo de ver el letrero que anuncia la estación, la pequeña ciudad tranquila, hermosa, la hermana de

Reggio con dos especialidades la charcutería y los coches de lujo, el cerdo y los Maserati he ahí una síntesis muy italiana tanto como mi vecino el lector de *Pronto* seguro que él no le haría ascos ni a lo uno ni a lo otro, con su gorra Ferrari, debería agitarla, acabamos de pasar muy cerca de las fábricas de la Escudería, me acuerdo del centro histórico de Módena, magnífico, plazas, iglesias, Duomo, hace exactamente un año el jueves 11 de diciembre Mohammad al-Khatib explosionaba a las cinco de la mañana en una esquina de la plaza Mazzini a unos cuantos metros de la sinagoga, una de las más hermosas de Italia, el palestino nacido en Kuwait y titular de un pasaporte jordano le prendió fuego a su Peugeot 205 blanco aparcado delante de la sinagoga, los policías de guardia intentaron intervenir con un extintor pero no consiguieron nada, Mohammad esperó al volante de su vehículo en llamas, puertas y ventanas cerradas, esperó a que el gas GPL explotase y destripase el coche esparciendo su cuerpo a los cuatro vientos, seguramente para entonces ya había muerto carbonizado, solo dañó la sinagoga muy ligeramente, no hubo ninguna víctima, aparte de Mohammad y una perra yorkshire muy mayor y cardiaca que murió del susto en el segundo piso del edificio de enfrente, algunos cristales rotos y nada más, el perro se llamaba Pace, paz, extraña coincidencia que ningún periódico señaló; Mohammad al-Khatib puso en marcha sin saberlo todas las alarmas antiterroristas del mundo, todos nosotros buscamos si ese pobre tipo estaba relacionado con alguna célula conocida, si su nombre ya figuraba en alguna parte, en un expediente o un informe, hasta que los servicios italianos confirmaron la versión de la policía, un suicidio, no un atentado suicida sino simplemente un suicidio: Mohammad al-Khatib, desconocido, deprimido, psicótico, violento, tratado con neurolépticos se había inmolado en aquel fuego seguramente sin siquiera pensar en la explosión que iba a provocar, quería morir delante de la sinagoga, puede que quisiese morir como los mártires palestinos de Jerusalén o de Tel Aviv, entre la gloria y las llamas, o sacrificar su vida para protestar contra la ocupación, pacíficamente, o puede que simplemente quisiese morir, en medio de una noche gris de diciembre, acudir a la llamada de Hades; lo cierto es que ya no quedaban judíos a los que matar en Módena, la sinagoga no la abren más que para las grandes fiestas y a las cinco de la mañana no queda demasiada gente por las calles de la ciudad, los carabinieri y el sustituto del fiscal recogieron pacientemente los restos rojizos del cuerpo de Mohammad y los metieron en bolsas de plástico negro, los servicios municipales se apresuraron a eliminar todas las huellas del deceso limpiaron el asfalto repararon el alumbrado público, cambiaron los vidrios rotos y luego, en un vertedero, quemaron los despojos del viejo chucho muerto con el que la señora no sabía qué hacer, pensé en Attila József, el poeta húngaro que se tumbó sobre las vías cerca del lago Balaton para que las afiladas ruedas del primer tren lo cortasen en tres trozos, o en dos colocándose a lo largo, Attila József tuvo una doble influencia en Hungría, poética y mortal, si se me permite, decenas de poetas malditos y de adolescentes demasiado lúcidos bajaron a morir bajo las vías en el mismo lugar que él, o, cuando la administración ferroviaria,

alarmada, decidió cerrar el lugar, un poco más lejos en la misma vía; Mohammad siguió el ejemplo de los mártires palestinos del mismo modo, esos pequeños Cristos solares que parten su cuerpo en dos con un cinturón de explosivos, Nathan Strasberg me contó que sus cabezas salían propulsadas por los aires a una altura de varias decenas de metros, como una botella de plástico con un petardo, me imagino sus últimos momentos, contemplando Jerusalén por última vez, desde allí arriba, ven brillar la Cúpula de la Roca en un último parpadeo, en la cima de su última ascensión, en el punto de equilibrio, como cuando se lanza una bala al aire, sus cabezas sanguinolentas permanecen inmóviles en el cielo durante un cuarto de segundo antes de caer; el suicidio tiene sus tradiciones, sus grupos, sus cofradías, la de los colgados, sobre todo entre el campesinado, la de las armas de fuego y la de las armas blancas, más marcial y viril, la de los medios de transporte, definitivamente moderna, la de los envenenados o la de los muertos por hemorragia en una bañera a la antigua, intoxicados con o sin explosión, quemados vivos, yo por mi parte pertenezco a la categoría de los ahogados, signos de agua tentados por la desaparición total de sus cuerpos en el negro oleaje, Mohammad al-Khatib al morir tomó partido, hizo un último gesto, puede que el único importante para él, aquella mañana de diciembre a unos cientos de metros de la estación que atravesamos en tromba, se alineó del lado de los muertos más célebres de su pueblo, se reunió con ellos a pesar de su exilio italiano, su suicidio no le impidió a Luciano Pavarotti casarse dos días más tarde en el Teatro di Modena (*el teatro es la iglesia de los artistas*, dijo) no muy lejos de allí, con setecientos invitados, entre los que se contaba Bono el cantante de U2 y Zucchero que cantaron «Stand by Me» en medio de trajes de Armani, policías a caballo, joyas famosos famosas tenores Plácido Domingo y José Carreras un coro de gospel y un cuarteto de cuerda sin duda para ayudar a Mohammad al-Khatib y al perro muerto a ascender al paraíso, hay tantas formas de reaccionar al sufrimiento y a la injusticia, Pavarotti puso un repertorio de asociaciones humanitarias en su lista de bodas, el palestino de Módena se inmoló en fuego delante de una sinagoga vacía y en Alepo Harout trataba de explicarme cogido a mi brazo algo que yo no entendía, en lo alto de la ciudadela, sobre el gran terraplén barrido por el viento, algo que tenía que ver con viejas masacres de más de ochenta años, marchas de la muerte en medio del desierto, y yo no entendía qué tenía eso que ver con nuestros asuntos, al cabo de media hora decidí interrumpirlo, estaba helado y quería ir al grano, él me respondió «no se impaciente», no se impaciente porque tendrá usted su información, sabrá todo lo que quiere saber, incluso más, al más alto nivel, podrá usted saber hasta el color de los calzoncillos de Háfez al-Ásad si eso es lo que quiere, le facilitaré canales privilegiados para negociar con los sirios en caso de necesidad y un oído atento en la presidencia, todo lo que usted desee en Siria y el Líbano, pero con una condición: que Francia reconozca oficialmente el genocidio de los armenios; yo estaba desconcertado, no creía lo que estaba oyendo, aquel buen hombre estaba definitivamente chiflado, qué es lo que yo podía hacer por el reconocimiento del

genocidio armenio, él me sonrió con dulzura, yo le dije escuche, creo que con quién debería hablar es con la embajada, lo que usted necesita son diplomáticos, en fin veré lo que puedo hacer, Harout me interrumpió y me dijo no se impaciente, no corre ninguna prisa, ya hace tanto que sucedió que podrá esperar unos años, resulta que Harout no era más que el representante de los «interlocutores honorables», cuyos servicios e informaciones debieron de revelarse tan útiles para Francia que a pesar de los daños que esto ocasionó a las relaciones franco-turcas la Asamblea nacional acabó adoptando el 18 de enero de 2001 una proposición de ley que reconocía el genocidio armenio mientras que en 1998 una iniciativa similar no había prosperado, el texto se había «perdido» en el Senado, donde jamás fue incluido en el orden del día, y hoy todavía ignoro si el hombre o más bien los hombres a los que representaba Harout tuvieron algo que ver en esa historia, en cualquier caso en Alepo en 1997 el reconocimiento del genocidio por parte de Francia parecía del todo improbable, y un año más tarde la Asamblea aprobó por primera vez el texto por unanimidad, se organizó un gran coloquio histórico en la Sorbona, los turcos se enfurecieron y quemaron banderas tricolores en Ankara, los franceses se presentaban una vez más como la patria de los Derechos Humanos, los diputados se abrazaban con unanimidad a la salida del hemiciclo, a algunos les costaba retener las lágrimas como si ellos mismos acabasen de salvar de la masacre a miles de hombres, olvidando que sus cuerpos yacían desde hace casi cien años en Deir ez-Zor en el desierto sirio, en los alrededores de Alepo o en el este de Anatolia, esa Armenia histórica la mejor prueba de cuya desaparición es la ausencia de armenios todavía hoy en día, qué se hizo de ellos, desaparecieron, desaparecieron de Van, de Diyarbakir, de Erzurum; desde mayo de 1915 el prefecto de Djézireh se compadece de los cadáveres que arrastra el Éufrates, atados de dos en dos, muertos de un disparo por la espalda o pasados por los enormes cuchillos de los circasianos o los chechenos reclutados por los otomanos como verdugos infalibles, Harout me contó todo eso en Alepo, en el bar del Hotel Baron donde habían dormido las Juventudes Turcas llegadas de Estambul para supervisar la carnicería, las caravanas de deportados procedentes del norte pasaban un tiempo en el campo de concentración de Bab a unos kilómetros de la ciudad, «todo el mundo lo ha olvidado —decía Harout—, todo el mundo ha olvidado que los campos de la muerte estaban aquí, alrededor de Alepo, en Al Raqa junto al Éufrates, en Deir ez-Zor, en Hama, en Homs, y hasta en el jebel Druze», cerca de un millón de armenios pasaron por allí en su larga marcha hacia la muerte y a los que sobrevivían a los campos se los enviaba todavía más lejos, a pie o en carretas, hasta que su número era tan reducido que podían matarlos a mano, quemarlos vivos, hacerlos explotar con dinamita o ahogarlos en el río, hay testimonios que hablan de antropofagia provocada por el hambre, de niños nutriéndose de excrementos de animales, de beduinos árabes que arrasaban las colonias de deportados y se llevaban a las jóvenes núbiles, una escena apocalíptica, unos meses, entre 1915 y 1916, en el momento en que los soldados británicos y franceses caían como moscas en las bien

protegidas costas de los Dardanelos frente a los soldados comandados por Mustafá Kemal al que todavía no llamaban Atatürk, en los sillones de cuero reluciente del Hotel Baron y delante de un vaso de arak Harout me contó el exterminio de los armenios y cómo la comunidad de Alepo, presente en la ciudad desde las cruzadas, fue extorsionada aunque más o menos les perdonasen la vida, me contó el fin del Imperio otomano el más brillante, el más hermoso Imperio del Mediterráneo, desde los Balcanes hasta Libia, que sin embargo había protegido durante siglos a las minorías cristianas, a cambio de un tributo; Harout Bedrossian nacido en 1931 me enseñó fotos de su familia hacia 1900, los hombres con fez y las mujeres con ropa negra, me llevó a probar «los mejores sujuk y basturma de Alepo», su francés era impecable y distinguido, colonial, con un extraño y hermoso acento, no hablamos de trabajo, por supuesto, él no era más que un intermediario, como yo, éramos dos portadores de maletines, dos hombres de negocios turbios, dos tipos listos y nada más, el hombre o los hombres a los que él representaba eran *businessmen* próximos a los ministros a quienes untaban con el propósito de conseguir los permisos necesarios para comerciar con el extranjero, clientes de *apparatchiks* alauitas y de caciques que reinaban sobre una parte de los innumerables policías y los servicios de inteligencia del país de la monotonía y las prisiones sin salida, cuyo desierto estaba salpicado de huesos armenios que el gobierno glorificaba principalmente para irritar a los turcos sus enemigos hereditarios, los turcos punta de lanza de la lucha contra el Eje del Mal, con quienes la cooperación militar estaba en pleno apogeo, Francia formaba a oficiales turcos en la escuela de guerra, oficiales franceses pasaban temporadas en Turquía se intercambiaban materiales y técnicas así como información fundamentalmente sobre Irán y el Cáucaso ruso, a pesar de las apariencias nuestras relaciones bilaterales eran perfectamente cordiales y no iban a ser unos cientos de miles de armenios muertos y olvidados los que hiciesen peligrar el equilibrio geoestratégico de la posguerra fría, nosotros continuábamos trabajando, nada se detiene, ni siquiera cuando los diputados legislaban «por el bien de Turquía», para ayudarles, decían, «a mirar cara a cara a su pasado» o algo por el estilo, lo cual hacía desternillarse de risa a los exotomanos, Francia haría mejor si mirase a la cara a sus propios muertos, Francia que en 1939 evacua a los últimos armenios cuando el asunto de Alexandretta, con el cinismo propio de la República, después de haber reprimido a sangre y fuego las rebeliones sirias le vende al enemigo una parte del territorio sirio, Francia patria rabiosa y violenta en 1945 bombardea con furia a los civiles de Damasco en el momento de irse, regalo de despedida, política de tierra quemada, me llevo mis cañones pero antes los utilizaré por última vez, dejando unos cientos de muertos desconocidos sobre el asfalto, nada grave, árabes, orientales bribones e incomprensibles para el general Oliva-Roget responsable del cañoneo, persuadido de que hay agentes provocadores británicos tras los motines que él reprime a sangre y fuego antes de embarcarse con sus armas y su equipaje hacia París a rendirle cuentas a De Gaulle gran pastor de guerreros, en 1998 Francia ponía a Turquía en un aprieto

echándole en cara los miles de huesos armenios, a lo que los turcos replicaban con los miles de cadáveres argelinos, y el mismo Parlamento de la V República que había votado la ley de amnistía de los crímenes de guerra de Argelia reconocía oficialmente el genocidio armenio, en 2001, con lágrimas de emoción; las masacres de otros siempre son menos embarazosas, la Memoria siempre selectiva y la Historia siempre oficial, me acuerdo del guía turco que en los Dardanelos nos cantaba a Marianne y a mí las alabanzas de Atatürk padre de la nación el gran organizador de la resistencia de la península, escogido para un noble destino: ese sepulturero del Imperio había rehabilitado las Juventudes Turcas desde el momento de su llegada al poder en 1923 a pesar de que en 1919 hubiesen sido juzgados y condenados en Estambul por las matanzas de 1915-1916, reconocer hoy el genocidio significaría traicionar la Memoria sagrada del bigotudo padre de los turcos, del mismo modo que revocar la ley de amnistía para Argelia de 1968 es imposible y vano, traición a la Memoria del General victorioso: la Memoria, ese conjunto mortuorio de textos y de monumentos, de tumbas inscritas en el inventario, de manuales escolares, de leyes, de cementerios, de militares jubilados pudriéndose bajo ricas tumbas, nada de pequeñas cruces prácticamente anónimas en el cementerio de la multitud, mejor un hipogeo de mármol, solitario como el de Charles Montagu Doughty-Wylie en Kilitbahir en los Dardanelos: el oficial británico caído en abril de 1915 era sin duda el único de su contingente que hablaba turco con fluidez, el único que conocía íntimamente el Imperio al que se enfrentaba por haber residido en él como cónsul entre 1906 y 1911, en Konya y en Cilicia, Charles Doughty, también él bigotudo, fue después agregado militar junto a las tropas otomanas durante la guerra de los Balcanes, encargado de organizar el auxilio de los heridos, hasta obtuvo una condecoración por su valentía y abnegación, el sultán lo condecoró con una rosa de cristal en el reverso de su chaqueta, medalla irónica, Charles Doughty recibió una bala turca en plena cara en lo alto de una colina perdida en el Mediterráneo sin llegar a disfrutar de las sublimes vistas del Egeo, las costas troyanas que tan bien conocía, desgarradas por los cañones de la marina; por supuesto en el momento de morir ignoraba que los armenios que había salvado en 1909 en Cilicia estaban siendo masacrados de nuevo, esta vez sin que nadie pudiese intervenir, ni el cónsul americano ni los pocos testigos de las matanzas, en 1909 Charles Doughty-Wylie y su mujer reciben en Konya la visita de una viajera arqueóloga británica, Gertrude Bell, que los fotografía en su jardín en compañía de su criado y de su enorme caniche negro, la señora Wylie con ropa blanca y tocada con un sombrero cara ingrata rasgos duros, celosa, seguramente, del éxito de la aventurera con su marido, y con razón; Gertrude se enamora del hermoso Charles, la primera mujer «intelligence officer» del gobierno de Su Majestad se enamora del elegante militar diplomático, unos años más tarde irá a recogerse en secreto a su tumba, en los Dardanelos, en el momento en que intriga para la formación del Irak moderno y le propone el trono a Faisal rey de los Árabes, sin duda Gertrude Bell la espía arqueóloga es responsable de muchas de las desgracias de la

región, pensé en ella en Bagdad delante del museo que ella fundó y que acababa de ser saqueado, hasta en América te encontrabas con sellos-cilindros mesopotámicos, todo el mundo te ofrecía antigüedades, los de la ONU se volvían a casa con los bolsillos llenos de monedas de figuritas y de manuscritos medievales, el país destripado perdía sus riquezas por las entrañas y la tumba de Gertrude Bell, verde y silenciosa, seguía allí en Bagdad donde ya nadie se acordaba de ella ni de su papel en el nacimiento del país, de sus intrigas ni de su amistad con T. E. Lawrence el Árabe, ni de su misteriosa muerte, suicidio o accidente, por una sobredosis de somníferos el 12 de julio de 1926: yo dormí en la habitación de Gertrude Bell en el Hotel Baron de Alepo, pensando en Charles Doughty-Wylie y en los armenios antes de proseguir mi viaje, como buen turista de postín, fui a Latakia, en tren, desde la estación de Alepo donde en otros tiempos llegaba el expreso de Estambul después de haber hecho el recorrido de Taurus; el tren sirio que atravesaba las montañas no tenía cristales, me quedé literalmente helado en el vagón, ahora me asfixio, tengo una terrible resaca, tembloroso, confuso, pegajoso, en Latakia tras la lluvia el cielo se quedaba morado, el inmenso mar de un gris inquietante, tomé una habitación en un hotel con el descabellado nombre de La Góndola, cené en un restaurante regentado por griegos, un pescado que recuerdo bastante rico con salsa de sésamo, en Latakia no había nada que hacer aparte de beber en un bar ya digo bastante sórdido donde unos aviadores rusos, borrachos como solo los eslavos saben estarlo, rodeaban a dos gigantes de los Urales con uniformes y gorras que bailaban un vals grotesco y monstruoso, tiernamente enlazados con sus enormes manazas a los hombros se balanceaban sobre un pie y sobre el otro cantando no sé qué melodía rusa, bebían arak sin agua directamente de la botella para mayor repugnancia del dueño, un sirio bronceado un tanto sobrepasado por los acontecimientos, los dos osos exsoviéticos se subieron a una mesa provocando la hilaridad de sus compañeros que me ofrecieron algo de beber, el patrón tenía muchas ganas de echarlos pero no se atrevía; yo volví borracho a mi habitación de hotel no demasiado alegre, las fotos de Venecia en la pared me hundieron en la tristeza me sentía más solo que nunca Marianne me había dejado Stéphanie iba a dejarme mi oficio de las sombras me parecía de lo más sórdido miraba al techo o las reproducciones de góndolas pensando en los armenios muertos de Harout Bedrossian, en los kurdos y los árabes a los que Gertrude Bell había engañado, en los Dardanelos en Troya la bien guardada en la laguna secreta entre la niebla del invierno en la muerte omnipresente a mi alrededor pensando en las prisiones sirias en los ahorcados en los islamistas torturados en todas esas vidas arruinadas arrojadas al mar como la lluvia que golpeaba con fuerza contra el cristal y ahora una llovizna italiana estría la noche horizontalmente en los alrededores de Bolonia y a pesar del maletín de la decisión de cambiar de vida no me encuentro mejor que en aquella habitación de hotel de Latakia en la costa siria, la profesión de soledad a pesar del contacto con los cuerpos a pesar de las caricias de Sashka tengo la impresión de ser inalcanzable de haberme ido ya de hallarme ya lejos encerrado al

fondo de mi maletín lleno de muertos y de verdugos sin esperanza de salir nunca a plena luz, mi piel insensible al sol se quedará blanca para siempre, lisa como el mármol de las estelas de Vukovar

X

el nuncio apostólico embajador de la Santa Sede en Siria era un hombre encantador y cultivado me lo presentó Harout Bedrossian armenio católico; es curioso los rodeos que a menudo da el Destino, una vez el maletín lleno solo me quedaba venderlo, vaciar esos miles de documentos de nombres y de relatos pacientemente cosechados por todas partes en mi Zona comenzando por Harmen Gerbens el verdugo holandés, documentos conseguidos durante cinco años de interminables investigaciones, de robos de papeles secretos de archivos de intersecciones de testimonios, por qué esas miles de horas reconstruyendo pacientemente semejante lista, para llenar la vida terriblemente vacía del Bulevar y de París, puede que para darle un sentido a mi vida, quién sabe, para irme como un señor, para hacerme perdonar mis muertos, pero por quién, obtener la bendición del Santo Padre o simplemente algo de dinero que vale todos los perdones, para instalarme en cualquier sitio bajo el nombre de Yvan Deroy mi doble encerrado por su locura y su violencia, mis papeles son legales, reales, como todos los que he utilizado para circular por la Zona, los Pierre Martin, los Bertrand Dupuis tan simples que inmediatamente devienen verdaderos, creo que poco a poco he ido dejando mi identidad en esos seudónimos, dividiéndome, un paso tras otro Francis Servain Mirković se disolvía en los verdaderos papeles falsos para reconstruirse como un átomo en los miles de nombres del maletín reagrupados en uno solo, Yvan Deroy pobre chiflado que sin duda nunca ha visto el mar ni ha acariciado a una mujer, enfermo desde siempre, resulta tan sencillo apropiarse de una identidad, poner tu rostro en el lugar de otro, tomarle la vida, nacido el mismo año que yo, ha tenido la misma adolescencia fascinada por las ideologías violentas, oscilando entre la extrema derecha y la extrema izquierda con una facilidad desconcertante, de hecho sin opinión, aparte de la de los amigos, si Yvan Deroy hubiese salido de su hospital seguro que se hubiese colgado pósteres neonazis, seducido por el orden marcial y por el odio, encadenando preparación militar tras preparación militar y anticipándose al reclutamiento para convertirse de una vez en un hombre, en todo un hombre como suele decirse, ganándose la admiración de sus padres, consagrado a un hermoso destino, al servicio militar al aprendizaje de las armas a la humillación y al espíritu de equipo que tanto interesaba a Millán Astray el fundador de la Legión española desde su visita a los franceses en Sidi Bel Abbas en Argelia, aquel poblado fortificado en la llanura oranesa inspiró muchísimo al general tuerto, legionarios llegados de toda Europa se reconstruían en el cuartel, en la Legión encontraban una nueva familia un país pues más que a Francia servían a la propia Legión, mi servicio militar fue instructivo, mis caminatas cantando mi petate mi fusil y mis camaradas, campos marchas nocturnas, me encantaba ese ritmo esa vida plena, la ilusión de la importancia y la responsabilidad que te confiere un grado, un parche de velcro en el pecho, un mando, un poder; en el campo Joffre de Rivesaltes acampamos en una zona de barracas más bien sórdida, llegados de la meseta de Larzac des Corbières o de no

sé dónde con armas y equipaje; ejercicios de tiro, maniobras, por supuesto yo ignoraba dónde estábamos acampando, qué eran aquellos edificios ruinosos, a quién habían acogido en febrero de 1939, luego en 1942 y más tarde en 1963, en resumen todos los usos posibles de un campo militar bien emplazado, cerca de la carretera, del ferrocarril y del mar, mucho más tarde vi imágenes de época de aquel campo, yo descansaba en un saco de dormir caqui en el mismo sitio donde habían dormido los refugiados españoles republicanos, soldados o paisanos, rojos o negros, todos aquellos que asustaban tanto a la Francia de Daladier que se consideró preferible internarlos para explotarlos luego en fábricas de armamento y en la fortificación de las costas hasta que los alemanes los deportasen, a Mauthausen en su mayoría, entre ellos Francesc Boix el fotógrafo, nacido en Barcelona en el barrio del Poble Sec el 31 de agosto de 1920, internado en Rivesaltes luego en Septfonds, enrolado en las compañías de trabajadores extranjeros y capturado por los alemanes finalmente llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941 y allí se quedó durante cuatro años, un triángulo azul sujeto a su pecho: sus negativos robados a los SS documentan la vida del campo, la muerte omnipresente, Francesc Boix testifica en Núremberg y en Dachau, muere en París el 4 de julio de 1951, dos meses antes de cumplir treinta y uno Francesc Boix muere de enfermedad en el hospital Rothschild sin haber vuelto a ver Barcelona, en París vivía en una buhardilla en la calle Duc esquina con Mont-Cenis, a cinco minutos a pie de mi casa, nos cruzamos en el campo de Rivesaltes, nos cruzamos en las pendientes de Montmartre, él trabajaba como fotógrafo en el periódico *L'Humanité*, por supuesto, para quién sino para la humanidad, yo fui a visitar su casa en Barcelona, un barrio tranquilo, en la ladera de un cerro, con árboles, un edificio de principios de siglo sito en el número 19 de la calle Margarit, su padre sastre poseía un puesto en la esquina del edificio, hoy allí hay un bar, yo me tomé un chato a la salud del joven socialista español que se alistó en el ejército republicano a finales de 1938, cuando la suerte ya estaba echada, con la batalla del Ebro perdida y con Franco, Millán, Yagüe y los otros arremetiendo contra Barcelona la irreductible, arrojando a quinientos mil militares y civiles al exilio, atravesaron la frontera por Cerbère, por El Pertús, por la Guingueta d'Ix, muchos acabaron regresando a España o escogieron el exilio en México: Francesc «Franz» o «Paco» no tiene esa suerte, él deja definitivamente Barcelona junto con sus compañeros de armas, la República está derrotada, Paco no pierde la sonrisa, tiene diecisiete años esperanza humor alegría siente pasión por la fotografía y dispone de una pequeña cámara que le ha regalado el hijo de un diplomático soviético, una Leitz modelo 1930 gracias a la cual ha publicado sus primeros reportajes en la revista *Juliol*, cuando el Frente todavía gozaba de buena salud y la revolución estaba en marcha, Francesc Boix será el reportero de Mauthausen, puedo imaginarlo con el uniforme a rayas, en medio del terrible frío de Austria, cuatro inviernos, cuatro largos inviernos de sufrimiento de enfermedad de muerte que él ocupa ocultando sus negativos, organizando la resistencia, hasta el día de la liberación; los españoles liberan el campo ellos mismos

e izan una banderola para recibir a los americanos, Mauthausen y Gusen desbordan de cadáveres, aunque no significan mucho en comparación con los ciento cincuenta o doscientos mil muertos del total de los campos, contando a los masacrados de la cantera de granito, los gaseados de Hartheim, los muertos por hipotermia, empapados en agua glacial durante horas, las víctimas de los experimentos médicos, los electrocutados, los ahorcados, los fusilados, los enfermos, los hambrientos, los agotados por el trabajo, los asfixiados con gas en los camiones, los muertos a palizas según la larga lista de los *modus operandi* nazis, cuando yo jugaba a la guerra en el campo de Rivesaltes no tenía más que dieciocho años e ignoraba el destino de Francesc Boix, no recuerdo haber soñado con la deportación, la de los españoles o la de los judíos extranjeros que pasaron por él de camino a la muerte, o la de los harkis que instaló Francia en 1963 y muchos de los cuales pasaron allí más de siete años antes de que se les encontrase una vivienda definitiva; no hay ninguna placa en esos barracones podridos que se desplomaban uno tras otro, ninguna estela ningún recuerdo, Francesc Boix el fotógrafo del *Erkennungsdienst* de Mauthausen, el jovencuelo de la calle Margarit de Barcelona, el testigo del proceso de Núremberg, en qué debía de pensar una vez en el Gran Hotel después de haber testificado, vio a Speer, a Göring o Kaltenbrunner en el banquillo de los acusados, comentó los negativos robados a los SS, tomados por el extraño oficial y artista Paul Ricken, autor, además de las imágenes oficiales del campo, de un centenar de autorretratos, de cara, de perfil, en uniforme, de paisano, con armas, a caballo; puede que ese 27 de enero de 1946 Boix pensase en él, echado en su cama de la habitación 408 del Gran Hotel de Núremberg, Boix piensa en una de las fotos de Ricken, una de las más inquietantes, donde el nazi aparece tumbado sobre la hierba, los brazos a lo largo del cuerpo, con traje, bien calzado y con corbata, en la misma postura que los pobres tipos abatidos por los guardias cuando, según los alemanes, trataban de huir: Ricken se regaló a sí mismo un simulacro de muerte violenta, se colocó en la escena como el cadáver que había fotografiado el día anterior, por qué razón, Boix tiene fotos con él, echado en la cama las mira mientras prepara la segunda parte de su testimonio, ¿qué le preguntará el abogado de la defensa? bah, pronto lo sabrá, piensa en Marie-Claude Vaillant-Couturier, tan bella, le hizo un retrato para la portada de *Regards*, se reencontraron en los pasillos, acaso hablaron de España, quién sabe, Vaillant-Couturier ha escrito un reportaje sobre las Brigadas Internacionales, también ella testifica sobre los campos, se dice que atravesó la monumental entrada a Birkenau cantando *La Marsellesa*, es realmente estupenda, me pregunto si Boix estaba enamorado de ella, si la deseó, aunque seguro que tenía la cabeza en otra parte, se acordaría él de su barracón en Rivesaltes, quizá fuese el mismo en que yo dormí más de cincuenta años después, también de uniforme, casi tan joven como él aunque consagrado a otro destino: puede que la idea de los documentos del maletín venga de Boix el fotógrafo de Barcelona, en cualquier caso las 296 imágenes de Paul Ricken están convenientemente ordenadas y numeradas en mi maletín, no las de Mauthausen,

pero sí las de Graz, un subcampo al que fue trasladado Ricken a finales de 1944, el reportaje de la marcha de la muerte durante la evacuación hacia Ebensee, cientos de moribundos rematados de un balazo cuando caían por agotamiento, las fotos de Ricken el seco son limpias y artísticas, se tomaba su tiempo, no son instantáneas temblorosas más o menos borrosas y mal encuadradas, todo lo contrario, son una obra mórbida consciente y precisa con la que parece que tratase de descubrir un secreto, Ricken el artista SS loco fue condenado a cadena perpetua en el proceso de Dachau en 1946, las 296 fotos quedaron en la clandestinidad; 296 primeros planos, casi siempre encuadrados del mismo modo, donde se aprecia la mirada del verdugo en el momento del disparo, a veces crispado, a veces relajado, casi siempre impasible, y el efecto del disparo, en el preciso instante, una nube negra que se eleva desde la cabeza de un hombre en el suelo, colección de ejecuciones que documenta la masacre, cómo debió de convencer Ricken a los SS para que se dejaran fotografiar, no tengo ni idea, Paul Ricken era un tipo raro, profesor de historia del arte miembro del partido nacional socialista desde el primer momento, Boix y sus camaradas españoles lo describen como un tipo normalmente agradable, no como una bestia, jamás denunciaba a sus «empleados» detenidos, no solía hacer gala de violencia, solo estaba un poco perturbado, yo creo que lo que hacía con todos esos autorretratos era documentar su propia decadencia moral, se sentía derrumbarse junto con todo el mundo que lo rodeaba, caer en la noche sin fondo y es esa noche lo que fotografía a lo largo de una semana durante la marcha de la muerte, un recorrido, un itinerario, como el mío desde el campo de Rivesaltes hasta el tren a Roma, la desaparición de un hombre en la fascinación por la violencia, tanto la suya como la de los otros; Francis Servain Mirković se ha disuelto de la misma forma que Paul Ricken, quizá también yo haya querido documentar mi viaje, desaparecer y renacer en los rasgos de Yvan Deroy si es que eso es posible, el tren avanza, pronto Bolonia, luego Florencia y finalmente Roma, a menudo tengo la increíble sensación de que algo va a suceder en este vagón, algo trágico como en el transcurso de la marcha de Paul Ricken el artista nazi con gafas, mi vecino duerme, la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta, la pareja de los crucigramas discute en voz baja nada nuevo bajo el sol ferroviario temperatura constante velocidad más o menos constante a pesar de que no pueda advertirse en la pantalla negra de la ventanilla a través de la cual, de vez en cuando, se atisba una aldea siniestra, en Rivesaltes íbamos en camiones, unos viejos camiones cubiertos por una lona que chirriaban continuamente balanceándose sobre sus amortiguadores podridos, los chóferes también eran reclutas que habían aprendido a conducir en el patio de un cuartel, sus nociones de conducción no podían ser más militares y sucintas, de pie sobre el freno en las bajadas, en las curvas éramos bamboleados como sacos, volví a encontrarme con este tipo de sensaciones dentro de otros camiones en Eslavonia o en Bosnia lo único es que allí la mayoría de las veces era Vlaho quien conducía, igual de mal pero con una sonrisa, el muy cabrón más de una vez estuvo a punto de hacernos caer al Neretva con armas y bagajes, testarudo

como una mula era igual de imposible hacerle soltar el volante como enseñarle a utilizar el freno motor, para él reducir la marcha hubiese significado rebajarse, una cobardía, y todavía hoy, mutilado, baja las pendientes dálmatas a toda velocidad en un vehículo especialmente modificado para su minusvalía, Vlaho el chófer zoquete viñador católico hace mucho que no lo veo, reconozco que toda la culpa es mía, demasiados recuerdos, la sombra de Andrija, nuestras exacciones de soldaduchos, hablaríamos de la guerra, eso está claro, me pregunto si a Francesc Boix le gustaba volver a ver a sus compañeros de deportación, sin duda preferiría olvidar ciertos momentos, las pequeñas vilezas diarias del universo concentracionario, uno no sobrevive cuatro años en Mauthausen sin ciertas concesiones, sin entrar en la zona gris de los privilegiados, los Prominenten mejor alimentados, menos maltratados que sus compañeros, dóciles ejecutantes, contables, administradores o fotógrafos al servicio del campo, quién podría reprocharles haber escapado a las ciento ochenta y seis marchas de la carrera de piedras, a las bañeras heladas o al duro bastón por habérselas arreglado para salir de allí con vida, los presos de lujo estaban autorizados a desplazarse libremente por el recinto del campo, acaso se habrá sentido culpable por haber sobrevivido, es probable, cuando en Venecia al borde del agua negra pensaba en Andrija yo también sentí punzadas de vergüenza y de dolor, la triste muerte de Andrija cuyo cadáver ausente me ha tocado arrastrar adondequiera que vaya, y pesa, avanzo con su cuerpo sobre los hombros y un maletín en la mano, las dos cosas son muy pesadas; al principio a Lebihan mi jefe pustuloso le parecía muy normal mi pasión por los archivos y los secretos, me decía ya verá usted, se le pasará, los principiantes siempre son entusiastas, es lógico, después de todo esa es una de las ventajas del oficio, esos conocimientos, él me ayudaba a conseguir información a la que yo no hubiese tenido acceso de otro modo, viejas fichas que ya no le interesaban a nadie pero que seguían clasificadas como «secreto de defensa», informes de época a menudo microfilmados, expedientes personales, Lebihan decía que esa era la mejor forma de aprender el funcionamiento real del Servicio, saber cómo obtener tal o cual información, etcétera, su máxima era «los archivos son el humus de la información», era un viejo de la vieja escuela humanista, como suele decirse, con él estaba en buenas manos, cuando le llegó la jubilación me invitó a almorzar, ostras en el Wepler, nada menos, estaba más bien contento, a pesar de que me decía voy a echar de menos todo esto, me lo imagino destripando periódicos en una campiña en los alrededores de Évreux o de Vannes, recortando fuentes, llenando archivadores con pegamento y tijeras, a menos que se entregase en cuerpo y alma a su pasión por la bicicleta, mientras se tomaba sus aguardientes de Claire en la plaza de Clichy Lebihan me contó que él cuando debutó, *en otro servicio*, le encantaba investigar en el mundo del ciclismo, todos tenemos nuestras manías, añadía refiriéndose a las mías, en mi caso eran la bicicleta, los izquierdistas y los anarcos en la reina del deporte —toda precaución es poca, pensé yo, y uno nunca sabe por dónde puede peligrar la seguridad nacional— claro está, no solíamos encontrar muchos rojos en bicicleta,

pero bueno, yo siempre daba con alguno, sobre todo periodistas deportivos, je, je, mis jefes de entonces solían decirme venga Lebihan, vaya usted a la Sorbona o a Nanterre, allí está el meollo, entonces yo me daba una vuelta por la universidad para cubrir el expediente, pero en cuanto surgía la posibilidad de seguir el Tour o una París-Roubaix allí estaba yo; imagino que hoy debe de apasionarse por los escándalos y los tejemanejes financieros de su deporte favorito y explicarle los pormenores del tema a una esposa distraída o a los amigos del bar, por supuesto no tengo ninguna noticia de Lebihan desde nuestro último apretón de manos y el coñac en el Wepler, estaba emocionado, el viejo ciclista, él me había formado, y muy bien, depuró el estilo de mis notas y mis informes y me enseñó hasta el último secreto del oficio de las sombras, de las fichas y los archivos, hasta rellenar con ellos este maletín, seguro que sospechaba algo, eso está claro, pero estaba demasiado cerca de la jubilación como para preocuparse por nada, no le apetecería cargarse de repente con problemas de ese tipo, la voz de mi historia con Stéphanie se corrió por todo el Servicio, o casi, las «relaciones íntimas» entre funcionarios no estaban muy bien vistas, aunque en el fondo resolvieran un cierto número de problemas de seguridad, en el peor de los casos las posibles filtraciones quedarían en casa y las conversaciones de alcoba no cruzarían, si se puede decir así, la puerta del Bulevar: pero el desenlace del asunto supuso para mí y por un tiempo un «alejamiento» estratégico al fondo de la Zona con el fin de no cruzarme con ella cada día, y eso gracias a las intrigas de Lebihan junto con la dirección de personal, gracias al jefe paternalista loco por la bicicleta; Francesc Boix el fotógrafo de Mauthausen también adoraba la bicicleta, cubrió el Tour de Francia para *L'Humanité* y *Regards* entre 1947 y 1950, desde el asiento de atrás de una moto, como Dios manda, seguramente a finales de los sesenta, de no haber fallecido en 1951, Lebihan lo habría tachado de «rojo», pobre Francesc muerto de una extraña enfermedad de miseria o remordimiento contraída en el campo, una de esas inexplicables enfermedades que solo se solucionan con la muerte, me pregunto de dónde debió de sacarla, quién sabe, puede que una tarde de invierno de 1943 Francesc Boix recibiese unos cuantos reichsmarks falsos del campo de Mauthausen a cambio de su trabajo, Paul Ricken está a buenas con él, le ha conseguido permiso para ir a darse una vuelta a la primera barraca, cerca de la entrada, el burdel para los presos, abierto tras la visita de Himmler unos meses antes, la entrada cuesta dos marcos, allí trabajan unas cuantas deportadas de Ravensbrück escogidas por los SS, son hermosas, es de noche y Boix atraviesa el patio principal, la primera vez que se fue de putas fue en Barcelona, cerca del Paralelo, en un barrio oscuro de callejones apestosos, un tugurio a la antigua, rojo, terciopelo por doquier, de la minúscula habitación emanaba lujuria y hedor a ungüento profiláctico del Doctor Cáspar, se acuesta con una aragonesa regordeta bastante mayor que él, el asunto se finiquita con rapidez, tiene prisa por terminar y seguir emborrachándose con los amigos, le hubiese gustado fotografiar a aquella mujer, un recuerdo de sus muslos lechosos y de su vello tan abundante que casi le llegaba al ombligo, más tarde se acordaría de ella, aunque

no precisamente del placer, por lo menos no tanto como le gustaría, el placer es un relámpago que no deja rastros, ahora atraviesa el patio de Mauthausen el cementerio para ir a encontrarse con su amigo García en el burdel, última recompensa del poder nazi para aquellos que les saben servir: Alemania nos tiene cogidos por los cojones, piensa, Alemania nos tiene cogidos por los cojones y se ríe solo, esa mañana la Gestapo ha fusilado a quince checos y yugoslavos justo al lado de la oficina de identificación donde él trabaja, estaba revelando unos carretes cuando oyó los disparos, salió de la cámara oscura miró por la ventana y vio los cadáveres echados contra la pared entre ellos había cuatro mujeres, y ahora llegada la noche él se dirige al burdel donde hay un tocadiscos con canciones alemanas, los «guardias» del tugurio son presos comunes, metidos allí por los crímenes más terribles, asesinos, violadores, esos degenerados son los reyes del campo, sus súbditos los judíos, los polacos y los homosexuales, y los nobles son los opositores alemanes, los republicanos españoles, he ahí la jerarquía nazi; Francesc Boix se cruza con unos cuantos presos famélicos que vuelven de un Kommando exterior, él los saluda con respeto, sabe que tiene suerte, que los pocos españoles empleados en los servicios de administración del campo son unos privilegiados, que los detenidos van cayendo uno tras otro, agotados, rotos por la esclavitud y el sadismo de los guardias, también saluda a Johannes Kurt el SS que los acompaña, no es uno de los peores pero tampoco de los mejores, entre los detenidos también van unos cuantos antiguos SS desertores del frente del este, no se les ahorra la más mínima carga ni ningún trabajo desagradable no van a durar mucho tiempo, han caído, no merecen vivir, traicionaron a su patria y a su arisco Führer, Francesc llega a la puerta del burdel, entra, se quita la boina, en la antecámara hay un exguardia de galera convertido en macarra arrellanado en una butaca, sus ojos brillan, el cuarto hiede a alcohol de piel de patata, hay música, *guten Abend, Spanier* le dice el tipo y le hace pasar, en la sala hay mujeres mujeres de paisano y hombres con traje de rayas, voces de amenas conversaciones agradables risas en medio del ruido de los zuecos de madera sobre el entarimado, una decena de putas, el doble de detenidos, Boix ve a García charlando con una de las damas, se acerca a él, el gorro en la mano como un niño tímido, las mujeres hablan en alemán, García lo presenta, él se apresura a preguntar *ich heisse Franz. Wir gehen?* en su alemán de contrabando, luego se van a una de las habitaciones adyacentes, Francesc tiende sus dos reichsmarks, la chica los toma, se quita el vestido, tiene la piel cubierta de moratones de cicatrices, le indica que vaya al lavabo, le baja los pantalones rayados le lava las partes examinándolas cuidadosamente para asegurarse de que no tiene piojos, el agua está helada él tiene la impresión de que el aparato se le encoge hasta el fondo de la pelvis, siente un poco de vergüenza, se acuerda de Barcelona aquí está mudo, le coge a la mujer uno de sus pechos caídos ella lo mira medio atemorizada él cierra los ojos vuelve a pensar en su puta aragonesa en la fotografía que no le hizo la alemana lo lleva a la cama cogido por el sexo se acuesta abre las piernas Francesc se tiende sobre ella apesta a sudor y a barracón puede que se llame Lola puede que Gudrun él se

mueve tanto como puede sin éxito ella da gritos de postín finge gozar se levanta le sonríe es fea no son ningunos pardillos ni el uno ni la otra; Francesc Boix vuelve a la primera sala con una sonrisa en los labios García le da una palmada en la espalda, ahora mejor, verdad, le dice, y Boix responde que sí y no es mentira, ahora mejor, ya va mejor y pronto irá mejor todavía, en qué momento se da cuenta de que va a salir de allí, de que va a sobrevivir, ¿en qué momento toma la decisión de sobrevivir? se dice que los deportados lo sabían, que percibían quiénes tenían suerte y quiénes iban a palmar, Manos Hadjivassilis uno de los resistentes griegos de la ELAS llegó a Mauthausen después de un auténtico periplo, evadido por dos veces, lo capturaron a unos mil kilómetros de Salónica en los alrededores de Gorizia junto con unos partisanos yugoslavos, apenas lo metieron en el campo, todavía en la fila de la identificación y ya destruido por lo que veía a su alrededor, convencido de que esa vez sí que era el fin, de repente Manos se salió de la fila y empezó a correr hacia las alambradas electrificadas para echarse encima, la electricidad le contrajo todos los músculos le hizo sangrar por la nariz y por la boca con olor a ozono y a carne quemada todavía estaba vivo cuando un guarda lo remató con una piadosa ráfaga, *exit* Manos Hadjivassilis el comunista griego de Macedonia que había recorrido el Epiro y atravesado los Balcanes a pie con un fusil en la mano, la imagen de su cadáver fotografiado por Paul Ricken aparecerá en el baño revelador de Francesc Boix para ser luego colgada de una cuerda de tender y secarse, entre tanto el cuerpo de Manos ya habrá desaparecido en el crematorio y acabará en el corazón del pegajoso cielo de Austria, esperemos a que Zeus el paciente haya hecho llover esa nube sobre el Olimpo, por su parte Boix saldrá del campo e irá a Grecia a cubrir la guerra civil para publicaciones comunistas, un respiro una breve tregua antes del hospital Rothschild y el cementerio de Thiais, Francesc ya estaba muerto, ya estaba muerto en Mauthausen de donde nunca se sale, en brazos de la prostituta alemana ya estaba muerto, una noche en el burdel del barracón número uno, en el imposible contacto con aquella Gudrun o Lola, su alma caída entre los dos cuerpos, allí es donde contrajo su enfermedad, allí, en la imposibilidad de encontrar nada aparte de la carne más o menos pútrida, ningún otro contacto posible, tampoco consuelo, una eterna soledad había hecho presa de él, iba a flotar sobre el mundo sin llegar a tocar nada, como Paul Ricken documentalista de la decadencia, tocado por la misma infección; si pienso en eso puede que sea porque en mi recuerdo mis intentos por escapar de la Zona participan de ese mismo síndrome, qué sucedió, en Venecia con Marianne, en París con Stéphanie la morena, en los bares de putas de Zagreb o en los sórdidos *cabarets* de Alepo, qué sucedió en Bosnia, qué es lo que me espera al fin de este viaje, en Roma, en la ternura distante de Sashka y su apartamento, qué es lo que me espera bajo el nombre de Yvan Deroy el loco, acaso voy a poder desembarazarme de mí mismo como quien se quita un jersey en un tren sobrecalentado, en la negra desesperanza de la noche boloñesa, las afueras que nunca terminan, me estremezco con solo recordar el rostro de Stéphanie, veo una y otra vez su retrato desechado ayer

con el resto de objetos inútiles del apartamento, puede que un vagabundo lo recupere por el marco o por esos cabellos castaño oscuro medio largos, esas pecas en la nariz y los pómulos, esa media sonrisa bien puesta, segura de sí misma, el cuello vuelto, una imagen de tres cuartos con Santa Sofía y el Bósforo de fondo, en la ventana de nuestra última habitación de hotel, un retrato de una belleza fulgurante, puede que también el mendigo que hurgue en la basura se enamore de ella, que la vea y se quede pasmado, guardará la foto para que le haga compañía, le hablará, le inventará un nombre una vida una apasionada historia de amor, si él supiese, si conociese a Stéphanie Muller la alsaciana brillante fuerte y peligrosa, me crucé con ella antes de su salida como correo, antes de que estuviese bajo la gotera, como se dice en nuestra jerga, estar bajo la gotera significa irse como correo al extranjero y que en consecuencia te caiga en la cabeza una lluvia de metálico contante y sonante que equivale a tres o cuatro veces un salario parisino, Stéphanie destinada a un gran futuro ahora mismo está en Moscú, se supone que yo no lo sé, no debería haber pensado en ella, debe de hacer frío en Moscú, un poco como en Alsacia, nada que ver con esta Italia dulce y mediterránea, me revuelvo en el asiento, tengo ganas de levantarme, de dar unos pasos para sacarme de la cabeza la imagen de Stéphanie la del cuerpo perfecto, la voz perfecta, la aguda inteligencia, Stéphanie a quien conté la historia de Francesc Boix el fotógrafo de Mauthausen durante nuestro viaje a Barcelona, cómo puedes apasionarte por ese tipo de historias, me decía, ella leía a Proust y a Céline, nada más que Proust y Céline, y creo que es eso lo que le confería el cinismo y la ironía necesarias para su profesión, leía una y otra vez el *Viaje* y la *Busca*, así los llamaba ella, por su nombre de pila, el *Viaje* y la *Busca*, ambos en edición de la Pléiade, como Dios manda, y me llenaba de una celosa admiración, yo no había conseguido acabar la *Busca*, las historias de nobles y de burgueses parisinos me fastidiaban por no hablar de las jeremiadas de su narrador, y el *Viaje* me deprimía terriblemente, a pesar de que los vagabundeos de esos pobres tipos me pareciesen conmovedores, cuando íbamos de vacaciones o de fin de semana Stéphanie metía en su maleta, al azar, uno de los volúmenes de Proust o el primer tomo de Céline, uno no cambia de perfume, ella no cambiaba de libro, su Chanel y su Marcel para tiempo y entretiem po, sus únicas concesiones a la novedad eran obras *sobre* Proust y Céline, por separado o al mismo tiempo, que leía de reojo de forma distraída y crítica, esos ensayos la confirmaban en su monogamia, la empujaban a volver al Texto tras el comentario: qué quieres, me decía, durante todo el día me hartó de notas y de informes, de redactar análisis, creo que merezco un respiro, leer algo decente para variar, Stéphanie es especialista en lo que llamamos el «país riesgo», durante algún tiempo trabajó en la delegación de Asuntos Estratégicos para pasar luego las oposiciones de nuestro encantador cuartel de las sombras, antes, más bien, de que se le sugiriera pasar esas discretas oposiciones administrativas; en Barcelona ciudad de bancos y palmeras yo andaba tras la pista de Boix, de los republicanos anarquistas milicianos del POUM estalinistas del PSUC y ella, ella hablaba de tapas, Museo

Picasso, Miró, decía es *chulísimo*, este restaurante es *chulísimo*, el barrio es realmente *chulísimo*, Gaudí, es *chulísimo*, estaba tan hermosa, en el puerto con sus gafas de sol, mirando cómo zarpaban los ferris a Mallorca y a Menorca, el pelo hasta los hombros, cogidos de la mano, yo me olvidaba de mi Zona de mi maletín y me convertía en un turista, que es la más agradable de las condiciones cuando vas en pareja, cuando tienes dinero y ganas de hacer el amor todo el día, ella me repetía deja ya de pensar en esas historias de guerra, ¿volvemos al hotel? y volvíamos al hotel para no salir otra vez hasta la noche y adentrarnos en el festival de callejuelas del centro de Barcelona que daban la impresión de haber sido fabricadas expresamente para los turistas para que se sintiesen *chulísimos*, como una vieja puta que si hace falta se pone una peluca morada, dispuesta a todo para agradar, Barcelona susurraba «fiesta fiesta» al oído del hombre del norte dispuesto a todo para divertirse, atiborrarse de sol y paella, ahogarse en litros y litros de una sangría roja y espesa como la sangre de los toros de la Monumental cuya muerte ritual provocaba escalofríos de censura entre unos franceses, ingleses y alemanes muy ilusionados con semejante espectáculo de salvajismo y misterio español al alcance solo de sus ojos, hasta encontramos absenta para los nostálgicos incurables, me acuerdo de un tugurio llamado Marsella a la vuelta de un sinuoso callejón poblado de meretrices muy feas, un bar regentado por un alemán calvo, gordo y antipático, una taberna que apestaba a roña, anís y tabaco frío, cegado por el amor y por la *Guía del trotamundos* entré con Stéphanie, nos sirvieron una absenta que hubiese hecho llorar a Van Gogh, con una botella de agua de plástico y un terrón de azúcar envuelto en papel, las tradiciones se transforman, los turistas y los jóvenes indígenas removían el terrón en su absenta con una cucharita de café, el hada verde tenía un deprimente sabor a chartreuse, la música y las voces eran ensordecedoras, *chulísimas*, tan vivas, yo pensaba en el pobre Francesc Boix y en su prostituta aragonesa, las estrellas del barrio se llamaban Jean Genet y Pierre Mac Orlan, hasta había un restaurante de pescados muy chic que se enorgullecía de haberles servido y lucía con satisfacción los emblemas de guías turísticas del mundo entero, el gallina de Genet el ladrón famélico no debía de cenar muy a menudo en restaurantes de tanta clase, descanse en paz, con sus puteros y sus gitanos de largas y brillantes facas, el alemán calvo y hediondo acabó por echarnos porque le parecía que no consumíamos lo suficientemente rápido, en el fondo una liberación, quién sabe si era el nieto de uno de los guardias de Boix en Mauthausen sirviéndoles absenta a los sobrinos nietos del fotógrafo, Stéphanie estaba un poco ebria y encantada de la experiencia, no quería retirarse todavía así que fuimos a dar un paseo por el puerto, donde en 1569 se embarcó Miguel de Cervantes rumbo a Italia, dos años antes de la batalla de Lepanto, y en cuyas dársenas, cercanas a donde estábamos y reconvertidas ahora en Museo de la Marina, fabricaron aquellas inmensas galeras; desde arriba de su gorguera Cervantes ve en la playa las embarcaciones militares en seco y a los remeros de las galeras festejando sin saber que pronto estarán a bordo de uno de esos buques, empuñando un arcabuz contra el Turco cruel, observa un momento los fuegos

en la arena, es de noche, se adentra en los callejones cerca de la iglesia de Santa María del Mar para encontrar una buena cantina donde echarse unos tragos, un sitio donde sirvan vino espeso de los pueblos de los alrededores y, ya medio borracho, poco antes de medianoche, se enzarza en una animada discusión con un gentilhomme del lugar: por qué llegan a las manos, lo ignoro, pero excitados por el alcohol y los insultos desenvainan sus espadas en una plazoleta cercana, Cervantes es un bravucón pero está borracho, cruzan dos veces los aceros, solo dos veces y su florete sale por los aires dejándolo desarmado y a merced del catalán, que debía de ser poeta, que seguro era poeta porque en lugar de ensartarlo en el acto opta por humillar al madrileño, le ordena desnudarse, allí, a punta de espada, hace que sus hombres le administren una severa corrección y lo deja medio desvanecido sobre los adoquines mal escuadrados y bajo la noche cruel; rendido, dolorido, Cervantes se arrastra hasta la muralla que rodea el puerto, todavía está borracho, y se ríe, no puede dejar de reírse a carcajadas de su propio infortunio, decididamente ya no quedan caballeros ni espíritu caballeresco, el hombre está desnudo, y ahí, en los meandros de la modernidad, se pone los calzoncillos largos que su adversario ha tenido la gentileza de dejarle no sin previamente haberlos empapado en la alcantarilla, se los pone y vuelve a buscar una taberna donde seguir riéndose y olvidar sus contusiones, sin camisa, despojado igual que Don Quijote, del que no tendrá la primera intuición sino mucho más tarde, cuando recuerde la reyerta barcelonesa, la riña de borrachos como es de ley en literatura; Stéphanie y yo fuimos a un café muy diferente, el lado moderno, estilizado, de la capital catalana, un sitio rojo y blanco, sobrio, tocado por la fantasmagoría artística de un proyector de vídeos, donde los clientes bebían de pie cócteles de colores conjuntados: había hombres bien vestidos, mujeres elegantes y el contraste era tan grande que tuvimos la impresión de estar en una ciudad esquizofrénica, o ilusionista, de un lado la falsa sordidez nostálgica y del otro la imagen más vanguardista de la modernidad tranquila y aburguesada, tan lejos de Don Quijote, los dos aspectos me parecieron igualmente artificiales, la identidad de Barcelona debe de esconderse en alguna parte entre esas dos imágenes, como Beirut, al otro lado exacto de la Zona, que oscila hasta el infinito entre la rutilante modernidad y la pobreza más agresiva, reflejo y simetría de Barcelona sobre el eje central de Italia, el Mediterráneo plegado en dos, los dos puertos del este y del oeste se corresponden exactamente, cuando iba a Beirut en misión nuestros hombres de la embajada solían llevarme a un local con el extraño nombre de BO18, un hangar detrás del puerto en el barrio de la Cuarentena, donde tuvo lugar una de las primeras matanzas de la guerra civil, en enero de 1976 los falangistas fusilaron a los palestinos de Intissar y a los kurdos que vivían en ese campo putrescente arrinconado entre los contenedores de las dársenas y el vertedero municipal, precisamente en el lugar de esa carnicería es donde el propietario abrió su establecimiento, donde tronaba una agradable alternancia de música internacional y pop árabe, a la hora de máxima afluencia el ambiente era increíble, con magníficas jovencitas bailando de pie sobre

las mesas rectangulares, sobre la barra interminable, el decorado y la iluminación eran sobrios y de buen tono, en la atmósfera explosiva del local sobrecalentado todo el mundo bebía cócteles B-52 encendidos con un mechero por un barman experto, todo el mundo sudaba la gota gorda, todo el mundo sacudía su cuerpo, a veces resonaba una ruidosa sirena de las que uno oye durante los ataques aéreos y de repente se abría como un milagro el tejado móvil del hangar y aparecían las estrellas de Beirut el cielo sobre la gente bailando, bebiendo, cantando, los gritos, la música se elevaban a los cielos como una columna de humo, propalando la fiesta y la algarabía por la bahía de Joünié hasta altas horas de la mañana, la abertura del techo estaba regulada automáticamente por la temperatura ambiente y protegía a los últimos clientes del frío del alba cerrándose poco a poco, como el sarcófago de un vampiro, yo estaba borracho en el BO18 eran como las siete de la mañana hacía buen día y repantigado en un rincón observaba cómo los empleados empezaban a limpiar, en aquella enorme sala vacía me fijé en la disposición de las mesas, en filas paralelas, bloques de madera, alrededor de dos metros de longitud todos alineados como en un cementerio, tumbas, pensé en mi embriaguez, las tumbas de los masacrados de la Cuarentena, me acerqué a mirar y efectivamente cada una de las mesas llevaba una pequeña placa de bronce al costado, invisible en la oscuridad, con una lista de nombres en árabe, los clientes bailaban sobre los ataúdes simulados de los muertos de la Cuarentena, las sirenas de la guerra resonaban en la noche, Beirut bailaba sobre cadáveres, Beirut bailaba sobre cadáveres y a mí se me escapa si se trataba de un homenaje póstumo o de una venganza, una venganza de la guerra que impedía bailar en bucle, o de una forma de memoria, un cementerio musical para todos aquellos que no tenían tumba, una humeante libación en medio de un banquete fúnebre, danzas funerarias, un último cóctel antes del olvido; de este lado del mar los libaneses son los campeones del diseño y la decoración de interiores, como los catalanes del otro costado, ambos escenifican la tragedia: en Beirut no se encuentran muchos monumentos dedicados a la guerra civil, pocas placas, menos memoriales, cada cual lleva como puede su parte de recuerdo, como acarrea Rafael Kahla el escritor la memoria de los combatientes palestinos, Intissar y Marwan, las leyendas abundan, como los relatos míticos de Ghassan en Venecia, los ogros de la guerra libanesa, su gesta, las huestes de un señor contra otro, los muertos los desaparecidos todo eso lo llevan individualmente, es un relato personal de lágrimas y de venganza, al contrario que en Barcelona al otro lado del mar donde la democracia reencontrada multiplicó los homenajes y los monumentos, las calles fueron rebautizadas, hasta George Orwell el miliciano trotskista desengañado tiene una plaza con su nombre en el casco viejo, que por cierto huele a meado, pero es una hermosa plazoleta rodeada de bares un tanto sórdidos, poblada por neohippies italianos que tocan «Bella ciao, Bella ciao» con sus flautas, uno más de los lugares que Stéphanie encontraba *chulísimos*, como la calle Avinyó justo al lado de donde me gusta pensar que Picasso recibió la Inspiración en una casa de citas, sus señoritas de Avinyó son prostitutas enclenques

de un burdel de Barcelona convertido hoy en una pensión para turistas; a Stéphanie armada de Proust y de Céline todo le gustaba, los barrios hermosos de largas avenidas por donde podrían haberse paseado los personajes del faubourg Saint-Germain o de la Ópera, y el centro histórico más bien miserable donde debieron de ejercer los cofrades íberos de Bardamu, entre el atardecer y la hora de cenar nos quedábamos en el hotel, después de haber hecho el amor leíamos, yo la *Historia de la guerra de España* de Brasillach y Bardèche, que el viejo fascista me había regalado cuando yo todavía estaba en el liceo y que junto con los recuerdos de Orwell me había parecido lo más adecuado para una escapada a Cataluña, Stéphanie estaba fuera de sí, me da asco decía, debería darte vergüenza haber traído hasta aquí toda esa basura nazi, yo trataba de explicarle que esa versión de la historia había sido la oficial en España hasta el final del franquismo, los malos eran los rojos, los buenos los otros, y que todavía había algunos «historiadores» que defendían la tesis según la cual Franco había salvado a España de Stalin y de los anarquistas, que todavía son peores, Stéphanie no daba su brazo a torcer, eso no es una razón para leer a nazis y fascistoides, decía, entonces yo utilizaba otro argumento, un golpe bajo, le preguntaba ¿y Céline? ¿acaso Céline no era un fascista antisemita? y ella herida me respondía que eso no es lo mismo no es tan simple y yo estaba completamente de acuerdo y ahí nos quedábamos, no es tan simple, es mucho más complejo, Stéphanie Muller brillante intelectual francesa analista geopolítica para nuestro extraño Servicio empezaba entonces a hacerme cosquillas para vengarse, y la disputa política terminaba entre las plumas y los ruidos del somier, creo que ella podría haber perdonado a Brasillach si hubiese escrito un solo gran libro, pero para ella no era más que un escritor mediocre que no merecía el menor respeto, en el momento de la Liberación lo llenaron de plomo, y ya está, depurado; Francia depuraba, Stéphanie me hacía cosquillas y Barcelona brillaba en su plenitud catalana, moderna, europea y festiva, y se negaba a recordar que se había enriquecido fundamentalmente en los años sesenta, en pleno franquismo, que a la burguesía local le había costado muy poco acomodarse a la dictadura y que hizo fortuna explotando a decenas de miles de emigrantes llegados de toda España: pobre Orwell, en su habitación de hotel cerca de plaza Cataluña, hoy a dos pasos de la Fnac, las galerías Lafayette locales y una tienda de cosméticos, perseguido por los estalinistas después de la guerra de mayo de 1937 que los enfrentó al POUM y a los anarquistas, obligado a huir para evitar la represión, en su habitación el apuesto Orwell comprende que la batalla está perdida, y eso casi dos años antes del fin, antes del largo camino que llevará a Boix hacia Mauthausen, destino al norte; a Stéphanie la dulce le gustaban los mitos revolucionarios, el puño levantado y el «no pasarán», prefería los recuerdos de Orwell a las elucubraciones ideológicas de Bardèche y Brasillach, a Brasillach el catalán de Perpiñán le gustaba pescar a la encandilada por la zona de Colliure, en la barca de su primo, relucientes boquerones, rechonchas sardinas, acaso era ya entonces antisemita, acaso se había encontrado con un solo judío, habría ya sucumbido ante los cantos de la paranoia y la

conspiración, él que a menudo pasaba cerca del campo Joffre de Rivesaltes, donde, después de los soldados españoles, fueron concentrados una buena parte de los judíos extranjeros apresados en zona libre, Brasillach aprobaba esas deportaciones, según él había que deshacerse de todos los judíos también de los niños, aunque aquella mañana del 6 de febrero de 1945 De Gaulle no lo hizo fusilar por eso, al alba helada, en el fuerte de Montrouge, Brasillach gritó «vive la France» como habían hecho antes que él los miembros de la Resistencia enviados al pelotón, De Gaulle el noble rechazó la petición de gracia de Brasillach por razones oscuras, puede que por odio a los homosexuales, puede que para contentar a los comunistas, puede que por pereza o simplemente, como pensaba Stéphanie, porque no era un escritor lo suficientemente bueno, pero lo que está claro es que no por su antisemitismo, de haber sido solo un antisemita a Brasillach lo hubiesen indultado, prueba de ello es su cuñado Maurice Bardèche, liberado de prisión a los pocos meses, o el propio Céline, repatriado a Dinamarca después de unos meses helándose los cojones en una cabaña: el amargo médico era un defensor del sionismo y del Estado de Israel pues consideraba que eso liberaría a Europa de sus embarazosos judíos, esos híbridos, esos inmundos apátridas, y en su fuero interno Stéphanie pensaba que tenía razón, que en el fondo el exilio era el único remedio al problema judío, la respuesta a la cuestión judía e Israel una solución muy práctica para reorganizar esos molestos pedazos del Mediterráneo, de Europa central o de Francia, ese tipo de debates me deprimía, pensaba en Harmen Gerbens el holandés y en su apartamento, en los judíos de El Cairo o de Alejandría que pasaron por España en 1967, en todos esos movimientos en la Zona, flujo reflujo exiliados que echan a otros al ritmo de las victorias y las derrotas, del poder de las armas y del trazado de las fronteras, una ronda sangrienta, una venganza eterna e interminable, siempre, ya sean republicanos en España fascistas en Francia palestinos en Israel todos sueñan con el destino de Eneas el troyano hijo de Afrodita, los vencidos en ciudades destruidas quieren a su vez destruir otras ciudades, reescribir su historia, convertirla en victoria, en otro lugar, más tarde, pensaba en una página del cuaderno de Francesc Boix, el fotógrafo de Barcelona, en una de las páginas del manuscrito perdido de sus memorias, «el camino ha cambiado, las encrucijadas se han colmado de cadáveres y sombras de cadáveres, la ruta ya no traza los mismos recodos, el cielo parece más cargado como si las nubes no acabasen de moler y de masticar no sé qué ideas, ideas que ya no necesitan de nosotros, hace mucho con Estrella, sus dedos agarrados a mis muñecas como esposas de carne, el aire humeante del café abarrotado no le irritaba los ojos, ni una sola lágrima, nada aparte de esa claridad aguamarina que ya sabes que promete más de lo que puede tener, esa noche también estaban Miguel e Inés, habíamos decidido no reconstruir el mundo pero sí añadirle algunos absurdos, manchas de incongruencia que matizasen un poco su cruel color de plomo, yo tenía los bolsillos llenos de billetes que ya no estaban en curso, paseaba mi dedo por encima de la llama de las pequeñas y tenaces velas, Estrella me hablaba de esa enfermedad que a punto había estado de convertirla en un pequeño

cuerpo helado bajo la tierra, del médico ebrio que, no sé por qué santo azar, había conseguido diagnosticar su mal y proporcionarle los medios para recuperarse, y mientras la escuchaba yo no podía evitar sentir cada uno de sus males, abrazarme a la curva vacilante de su dolor, adivinaba el recuerdo de cada una de las gotas de sudor que salpicaban su piel, tenía fiebre, el fuego alimentado de hielo en sus ojos, todo esto Estrella me lo decía casi sin palabras, entre dos tragos, dos suspiros ligeros como plumas, como en un intervalo, una parodia de crepúsculo, entonces comprendí que pasaría la noche en brazos de Estrella, que no se trataba ni de elección ni de deseo, la ciudad inmersa en un halo implacable, escuchábamos los motores rugiendo y a los borrachos chillando, la ciudad soñándose campo, de noche ciertos sitios podrían haber sido campos, y entonces Estrella se levantó, una ascensión, un milagro, su barbilla me señalaba la puerta, Inés y Miguel nos siguieron un instante luego desaparecieron, dejaron de existir o regresaron a un estado anterior de la existencia, todo pareció disolverse luego la respiración de Estrella se hizo más brusca y supe que corríamos, no realmente pero sí en nuestros corazones, en nuestras carnes, dimos con una escalera y diez minutos más tarde ella me echaba sobre una cama, la ciudad tuvo entonces la delicadeza de ausentarse tras los cristales de la ventana, todos los ruidos se contrajeron en un minúsculo punto sonoro, yo tenía ganas de olvidar los segundos tal como se iban desplegando ante mis ojos, no habría soportado que se acumulasen, se sedimentasen, conspirasen contra mí, quería quedarme frágil y volátil, pero Estrella era como el mercurio, rodaba sobre mí, me rodeaba, yo no lograba quitarle la ropa, mis dedos se entretenían en los innumerables botones de su chaleco, tenía los ojos cerrados y la impresión de estar viendo el interior de mi propio cuerpo, un paisaje en continuo cambio poblado por máquinas jadeantes y monstruos amedrentados, era el alcohol, por supuesto, pero también el agotamiento del hombre consagrado a perderse en la belleza del otro, hubo un momento en que sentí que ella me tomaba en su interior, y la sangre cantando en mis sienes como un redoble de tambor, mis uñas se hundían, mis dientes buscaban sus huesos, en algún lugar de una habitación cercana un gramófono entonaba un aria de ópera, una voz de mujer vencida pero furiosa empezó a hablar de nosotros, de lo que iba a sucedernos si cometíamos el error de convertir esos gestos en una costumbre, esos gritos en promesas, el espacio en tiempo, luego todo se rompe, todo cesa, yo estaba en el puerto y fumaba un cigarro, era viejo, muy viejo, la gente pasaba ante mí flotando, en el cielo había dos soles, creo que yo venía de ajustar una bomba tan potente que hasta los mares haría arder, en el último momento un telegrama me avisó de que habían descubierto mi maléfico proyecto y yo tenía que entregarme a las autoridades, en lugar de eso me afanaba por arrancar un coche robado, la manivela se negaba a girar, los niños se burlaban de mí y la inquietud acabó por sacarme de aquella pesadilla, Estrella dormía junto a mí, sonreía en su sueño, sus manos descansando entre los muslos, debían de ser las cinco de la mañana, me fui sin decir palabra, el sello de sus labios en mi nuca, más entero que la noche anterior, también un poco más viejo,

como si todavía me quedasen insospechadas virginidades que abandonar a lo largo de mi vida», decía Boix, cinco años después de Mauthausen acordándose de Barcelona hoy perla del Mediterráneo capital de la Cataluña triunfante colmada de la morgue, de la arrogancia de los nuevos vencedores nacionalistas, orgullosos de su victoria económica sobre la opresión castellana, donde los *buenos* por fin triunfaron, obtuvieron la venganza póstuma que deseaban: yo me paseaba por la playa con Stéphanie de la mano y el paseo marítimo recientemente remodelados, modernizados, liberados de sus tabernas, surtidos de palmeras, arrancados a George Orwell y Francesc Boix, precipitados hacia Cannes Génova o Niza a golpe de enormes inversiones turísticas, preparados para recibir las hordas de nórdicos que vienen a derretirse en la arena, hacia las siete las Ramblas eran invadidas por una ola inexorable de bikinis y de toallas que embutían unas carnes rojizas hartas de sol, apresurados autobuses liberaban ejércitos de fotógrafos aficionados delante de la Sagrada Familia, toneladas de paella se descongelaban en los hornos, Stéphanie se compraba zapatos, vestidos, joyas de fantasía; yo consigo convencerla para ir hasta el final de la avenida Diagonal, donde llega al mar tanpreciado para los promotores y los urbanistas modernos, a ver una obra inmensa, un solar sembrado de excavadoras y hormigoneras junto a edificios elegantes, con vistas, de los más caros y modernos de la ciudad, en otro tiempo este enorme solar poblado ahora por obreros se llamaba el Campo de la Bota, los falangistas lo escogieron como lugar de ejecución por fusilamiento, dos mil inocentes, anarquistas, sindicalistas, obreros, intelectuales, fueron masacrados bajo las ventanas de los apartamentos de lujo de hoy, condenados sumariamente por un tribunal marcial distraído y extenuado, condenados luego a un pelotón de ejecución distraído y extenuado, hasta que su recuerdo quede definitivamente enterrado por obreros inmigrantes distraídos y extenuados: sobre los restos de dos mil cadáveres el Ayuntamiento de Barcelona construyó su Fórum de las Culturas, Fórum de la Paz y la Multiculturalidad, en el sitio de la carnicería franquista se levantaba un monumento al ocio y la modernidad, a la fiesta, una gigantesca operación inmobiliaria que debería reportar millones en ingresos indirectos, turismo, concesiones, aparcamientos y enterrar de nuevo y para siempre a los vencidos de 1939, a los soldados rasos, a todos aquellos que no tienen nada que oponer a las grúas y excavadoras aparte de una interminable lista de nombres y apellidos, de repente Stéphanie estaba indignada, ¿ni siquiera un monumento? ¿ni una simple placa? yo respondí no te preocupes, seguro que algún arquitecto ocurrente encontrará una forma de amagar un sentido homenaje en su obra, aunque tenga que poner unas cuantas marcas falsas de disparos en una pared de hormigón, hoy el Fórum de las Culturas se utiliza sobre todo para conciertos, la gente baila sobre los cadáveres igual que en Beirut, como en el BO18 de la Cuarentena en Beirut, pero en lugar de la danza de la memoria se trata del baile del olvido que no permite más que la memoria estatal, la que decide dónde vale la pena guardar recuerdo y dónde meter un aparcamiento, mucho más útil para una ciudad europea que el embarazoso recuerdo de una gente

que hoy estaría muerta de todos modos, muerta de vejez, convaleciente, loca o enferma, sus hijos y sus nietos son felices tienen motos tranvías y carril bici, playas donde hacinar a los turistas, unos cuantos miles de balas franquistas no van a cambiar las cosas, no podemos vivir sentados llorando a los cadáveres, es el movimiento del universo, yo pensaba en los edificios baratos que hoy en día atestan el antiguo campo de Bolzano, donde uno no le pega a su mujer más de lo que lo haría en otro lugar, supongo, desgraciadamente los fantasmas no existen, no vienen para darle la tabarra a los inquilinos de las VPO de Drancy, ni a los nuevos habitantes de los guetos vaciados de sus judíos ni los turistas que visitan Troya oyen ya los llantos de los niños quemados en las ruinas de la ciudad: en la Risiera en Trieste me crucé con un grupo de alumnos de secundaria de excursión, en medio de los barracones, cerca del crematorio, estaban demasiado ocupados cortejándose, escondiéndose para fumar, dándose codazos bajo la estricta vigilancia de una profesora de historia conmovida, aquí ha sufrido tanta gente, decía, y esa frase para ellos no tenía ningún sentido, o casi ninguno, es normal, cada vez tendrá menos, como sucede hoy con los monumentos a los muertos del 14 que hay esparcidos por toda Francia, ya no emocionan a nadie, soldados que reinan solemnes en sus rotondas adornadas con flores, en jardincillos, frente a las iglesias, apoyados en su Lebel de piedra el petate al lado el casco en la cabeza una curiosidad un decorado como la columna de Maratón que ya no encoje el corazón de ningún turista, no más plañideras en las Termópilas ante el epitafio de Simónides de Ceos, «caminante, ve a decirle a Lacedemonia que hemos muerto por honrar sus leyes», Leónidas el espartano hoy es una marca belga, y yo me zamparía un chocolate a la salud del rey muerto a manos de los persas, una miniatura fundente en el tren que se acerca a Bolonia

XI

como raíles en la noche trazos redes infinitas de postas y nosotros, casi siempre silenciosos, extranjeros que no nos abrimos el uno al otro como no nos abrimos a nosotros mismos, oscuros, obtusos, perdidos en los innumerables raíles que rodean la estación de Bolonia nudo ferroviario inextricable, agujas, circuitos, vías muertas hasta decir basta, una estación dividida en dos partes iguales donde al contrario que en Milán el gigantismo del edificio es reemplazado por la profusión de vías, la verticalidad de las columnas por el número de traviesas, una estación que no necesita ninguna desmesura arquitectónica porque es en sí desmesurada, la última gran encrucijada de Europa antes del callejón sin salida italiano, todo transita por aquí, las botellas de vino nero de Avola llegadas de las laderas del Etna que bebía Lowry en Taormina, el mármol de las canteras de Carrara, los fiat y los Lancia que aquí se cruzan con las legumbres secas, la arena, el cemento, el aceite, el *peperoncini* de Apulia, los turistas los trabajadores los emigrantes los albaneses que desembarcan en Bari para seguir hacia Milán Turín o París: todos ellos han pasado por Bolonia, todos han visto cómo su tren se deslizaba de una vía a otra a merced de las agujas, ninguno ha bajado a visitar la basílica, no han disfrutado de ninguno de los encantos de una ciudad agradable y burguesa, suave y cultivada, el tipo de ciudad donde a uno le gusta establecerse, de esas que te ofrecen una jubilación anticipada, donde cada día te despiertas sin que otra vez haya sucedido nada importante, a las puertas de la muerte cuarenta años más tarde, una ciudad como Parma, donde puedes vivir bien, es decir, morir de forma agradable y refinada, con distracciones suficientes para que el aburrimiento se convierta en la caricia regular de una madre durmiendo a su niño, una ciudad protegida por su estación laberíntica del mundo incierto de los trenes de lo otro del latido de lo irregular de la velocidad y del extranjero, la estación a la que acabo de entrar, el andén desfila bajo una luz anaranjada, los cierres neumáticos parecen resoplar, las puertas se abren, mi vecino se levanta entre sorprendido y adormecido coge una pequeña maleta su revista y sale, buen viaje amigo me quedo solo preguntándome mientras el altavoz anuncia tres minutos de parada si va a venir alguien a sentarse frente a mí o me verá enfrentado a mí mismo por los siglos de los siglos, como el pequeño Cristo medieval de madera superviviente no se sabe cómo del siglo XII y perdido en una oscura capilla de San Petronio la magnífica basílica, a unos pasos de aquí, solitario con su media sonrisa entre resplandecientes y dolorosos Jesuses, la primera vez que lo vi llovía a cántaros caían chuzos de punta un auténtico diluvio la iglesia estaba llena de gente resguardándose de la lluvia, incluido un grupo de senegaleses vendedores de Versace falsos que miraban caer la lluvia a través de la puerta sin preocuparse para nada de lo que había a su espalda, para ellos el esplendor de la iglesia y la magnificencia de su historia no significaban nada y tenían razón: les vendían a los turistas bolsos y estatuas africanas *made in Indonesia*, qué podía hacer

por ellos ese templo pagano sobrecargado de figuras de belén aparte de protegerlos un rato de la tormenta, como yo, quién sabe, sin duda también yo entré en el templo para no mojarme, o por curiosidad, o porque estaba ocioso, de paso, me dirigía a Bari para embarcar en uno de esos barcuchos griegos que surcan el Adriático, entonces estalló la tempestad y me refugié en la catedral frente al pequeño Cristo de madera policromada tan simple y tan apenado que parecía la estatua del álbum de Tintín *La oreja rota*, cómo hice para verlo, en aquel escondrijo sombrío que ni siquiera podías iluminar con una moneda de quinientas liras, esos artilugios de iluminación típicos de las iglesias italianas deben de servir para pagar todas las facturas de electricidad de todas las iglesias incluido el Vaticano, en la época funcionaban una vez de cada dos y el tiempo de iluminación era inversamente proporcional a la fama de la obra de arte, dos minutos para un Caravaggio, cinco para una triste Virgen con o sin Niño, pero mi pequeño Cristo estaba en la oscuridad, con esa belleza de las cosas primitivas, la cara gorda, los ojos rasgados, el artesano que intuyo detrás de él —un zapatero, un carpintero— debió de amar a ese pequeño ser mágico de la misma manera que un niño adora a su muñeca, con devoción y ternura, como en la anécdota de Moisés y el pastor de Rumí, el místico de Konya: el pequeño pastor le cantaba a Dios, quería acariciarlo, peinarlo, lavarle los pies, mimarlo, y el severo Profeta barbudo y cornudo le echó un rapapolvo desde su solemne trascendencia por su falta de observancia, lo que consiguió a su vez que el Señor en persona lo reprendiese a él «deja que los simples me adoren con simplicidad» le dijo y yo me imagino al escultor medieval sacándole lustre a su pequeño Cristo para pintarlo, cantando himnos y sintiendo la roja fragancia de la madera, mucho más viva que el mármol, en aquella época Dios estaba en todas partes, en los árboles en el cincel del ebanista en el cielo en las nubes y sobre todo en las gruesas capillas, sombrías como bodegas donde uno entraba con un respeto aterrado atravesando el incienso espeso, una auténtica cortina de humo que enmascaraba el más allá, una vez en casa, uno estaba dispuesto a que el diablo le mordisquease los pies en la cama dispuesto a ser curado por un santo y cegado por la aparición de un ángel, no hace mucho en San Petronio basílica de Bolonia los italianos creyeron haber evitado uno de los más extraños atentados islamistas, un atentado artístico, los supuestos terroristas habrían querido destruir un fresco de Giovanni de Módena pintado a principios del siglo xv que representaba el infierno según Dante con un horrible demonio que devora y tortura a los pecadores, entre los cuales, en el foso noveno del octavo círculo, está Mahoma profeta del islam, echado doliente sobre un peñasco ante los ojos de Dante, tal como lo cuenta él en no sé qué canto infernal, «hendido del mentón hasta el culo, entre las piernas le colgaban las vísceras, el corazón y los pulmones al descubierto, y ese triste saco que lo engullido en mierda transformaba, me miró y con las manos se abrió el pecho, diciendo “ve cómo me desgarró, ve a Mahoma despedazado”», pobre Profeta, y así es como lo había representado el pintor de Módena, con el pecho desgarrado, lo cual, más de seiscientos años después, debió de enfurecer a los supuestos islamistas que pusieron

en guardia a los celosos carabinieri en la noble basílica creyendo sinceramente que desbarataban uno de los más odiosos atentados, contra el Arte y la civilización; una vez más la alerta italiana era falsa, los terroristas eran simples turistas a los que unos días más tarde hubo que dejar en libertad, la iglesia no había explotado, el fresco impío continuaba en su sitio y el Profeta desgarrado seguía presa de los demonios, en el infierno de los cristianos hasta el fin de los tiempos y ahora el tren vuelve a salir de Bolonia, poco a poco el convoy avanza a lo largo del andén con destino a Florencia, lo más largo ya ha pasado, lo más largo era atravesar la extensa llanura del Po como había que atravesar en la guerra el espacio al descubierto entre dos colinas, perseguido por el refugio que acababas de dejar y apresurado por el que perseguías, corriendo esperando la bala que te detendría o el obús que te echaría por los suelos y lanzaría tus miembros tus cosas tus tripas por los aires abriéndote en dos como al Profeta en medio de la tierra removida esa arcilla enrojecida y punteada aquí por un ojo, canica extraviada, gelatinosa e inútil sin su cráneo, unida al lodo y a la nada por un filamento rastro absurdo del cerebro, allí por una mano a la que el azar de la explosión le había escamoteado tres dedos pero no el brazo no el hombro no la cabeza y esa extremidad de anular desaparecida yacía cerca de un torso cloqueando y siempre corriendo nos preguntábamos tontamente para qué podía servirle a nadie una mano sin miembro que bambolear ni cara que afeitar en uno de esos bruscos arrebatos de humor viril que te hacen sobrevivir, y es que corríamos cagados de miedo con los obuses en los talones los carros como ahora corre el tren en la oscuridad apenas a mil kilómetros de las pendientes que yo bajaba a toda velocidad con los serbios y luego los bosnios pisándome los talones: pronto la cívica dulzura de la Toscana, pronto Florencia y luego la línea *direttissima* hasta Roma, las afueras de Bolonia se estiran, largos intestinos grises perforados por las vías y el tren como por una lanza, Dante comprendió perfectamente a los hombres, *sacci merdae* para la eternidad, como en el infierno, despedazados, desmembrados, abiertos en canal por una explosión en la guerra, derramados, troceados, esparcidos como un soldado de infantería por una granada; como aquella que en 1993 cambié en un bar de Trieste por tres botellas de vodka, ya no me acuerdo de por qué me arriesgué de esa forma en la frontera pero llevaba una granada en la mochila, un tabernero nos hablaba del «conflicto yugoslavo» una cosa llevó a la otra y acabamos haciendo negocios, él estaba feliz con su pequeño objeto caqui, una pera mortal de un hermoso color verde y nosotros encantados con nuestros tres frascos transparentes, íbamos a abrirnos y a esparcir más que nuestras vísceras nuestras almas, Andi, Vlaho y yo nos bebimos aquellas inesperadas botellas a morro hasta coger una buena cogorza, el alcohol y aquel viento violento me hacían perder el equilibrio, en las calles de Trieste hay cuerdas para que los niños los viejos y los borrachos se agarren cuando sopla el bora, y sopla desde la mismísima boca del diablo hasta a ciento veinte por hora, en serio, aquella tarde a pesar de la barandilla improvisada el viento me hizo caer al suelo, caí, caí y conmigo cayeron Vlaho y Andrija y cuando Andrija vomitó contra el viento y

nos roció de arriba abajo los tres nos reímos como nunca nos habíamos reído: a Vlaho, a mí y a una transeúnte que durante una fracción de segundo se preguntó qué podrían ser aquellas migajas húmedas y fragantes que de repente habían moteado su abrigo, enseguida lo vio, lo entendió, le entró una arcada y echó a correr a trompicones, el viento soplaba tan fuerte que Andrija no necesitaba secarse, era un tritón, una fuente que escupía un magistral haz de vómito que se iba hacia atrás chapoteando sobre las paredes, sobre nosotros dos muertos de risa, sobre nuestra amistad sellada por todos los fluidos, sobre la estupidez de los fluidos, sobre el alma y el cuerpo desgarrado por el alcohol y la guerra, sobre la sangre sobre los pedazos de vida contra la muerte como echar las papas contra un muro, un muro de balas de fusil y cuchillos ortodoxos nuestros enemigos de entonces y ahora me dirijo a Roma la católica, Roma que ni Andrija ni Vlaho han visto nunca, vosotros nunca habéis visto las cadenas de San Pedro en Monti ni la fuente de los Ríos de Bernini, ni tú Andrija campesino de Eslavonia con todo lo creyente que eres, ni tú Vlaho de Split, ni el musulmán lampiño y chiflado al que maté con mis propias manos y un arma blanca, con mucho gusto, lo reconozco, como quien echa un trago de la rabia que sigue a la insoportable injusticia, entre los soplos vacilantes del tren, mi bayoneta cuchillo improvisado en su joven garganta bosnia, la alegría de su sangre inocente borbollándome hasta las manos como Andrija vomitaba en Trieste contra el viento, vomitaba la sangre de los serbios grandes comedores de niños, o no, qué importan las razones para matar, en la guerra todas son buenas, después de esa borrachera transfronteriza entre dos frentes regresamos a Croacia para irnos a Bosnia volviendo a pasar por tierras de los eslovenos que tanto nos habían jodido a la ida, mucho más que los italianos a los que habíamos ablandado con mis papeles franceses y unos hermosos billetes bien alemanes en honor a la Europa en ciernes asentada en las armas y los billetes como se sienta una abuela sobre sus ahorros, me pagaban por combatir no me acuerdo de la tarifa, hay cosas que no se hacen por dinero ni por el precio del billete de tren o la distancia en kilómetros, ahora me arrellano en mi asiento ya es hora de ir al bar de desentumecer las piernas de hacer una pausa en el viaje, posiblemente la única ventaja de la primera clase es que el vagón restaurante suele estar cerca, me levanto, la campiña sigue igual de oscura ahí fuera no se ve ni torta, tanto mejor estos paisajes no me dicen nada: el musulmán decapitado, Andrija muerto a orillas del Lašva, Vlaho el buenazo mutilado, nosotros marcialmente alineados en nuestras terribles camisas que muy bien podrían haber sido negras, el cuello rebanado sin sol, mi placer al desgarrar la carne palpitante de desesperación de un loco inocente, ese vómito benéfico sobre el abrigo de la dama altanera de Trieste, último rastro ácido de un hombre que desaparecía, ese uniforme ese camuflaje que une a los soldados y a los eclesiásticos, entre Bolonia y Roma voy a bebérmelos todos de un trago, sobre las vías tan rectas, guiado, forzado por los raíles hacia otro destino, o hacia el mío, como el conductor de locomotora el único de su gremio que no puede decidir la dirección de su máquina, forzado por el metal como la mano en

guerra hacia la garganta de la víctima, no puede desviarse, conoce su oficio, sabe adónde debe ir, yo tropiezo en el tren, uno ignora las vacilaciones del filo sobre los anillos cartilagosos de la tráquea, la asfixia en la sangre, las burbujas rosadas y rojas del aire en el chorro que brota y ese reflejo del condenado, ese movimiento de sus manos hacia el cuello seguido por una contorsión del cuerpo entero que tanto satisface a quien corta la arteria y la vena cava, ese placer del verdugo que luego observa satisfecho el inmenso charco creciente bajo la cabeza inerte y ahora atravieso otro vagón de primera, el tren parece haberse vaciado en Bolonia, el vagón restaurante es como un burdel de campaña, siempre ese terciopelo rojo, en los pueblos musulmanes vi a hermosos piojosos con una súbita rabia de violadores visible en sus ojos sombríos, una vez gozado habrían masacrado como hienas a quienquiera que se acercase a su presa, querían retener para ellos a la que acababan de torturar, dando el amor en el dolor un gesto bíblico de una infinita belleza infantil y solitaria, algunos lloraban al rematar a sus víctimas, a saber dónde escondían el recuerdo de sus madres, de las enamoradas a las que enviaban telegramas tan apasionados como los míos, escribían cartas que nadie sabrá leer jamás pues contienen las miradas desaparecidas de esas mozas de granja descuartizadas en el lodo, a veces era divertido Andrija era el campeón a la hora de hacernos reír al plantar una margarita en un culo que todavía chorreaba tras el envite, a la hora de gritar «Za dom spremni!» penetrando una vagina rebelde con un mohín inspirado no tenía rival, vaginas a veces sangrientas, a veces costrosas, pero casi siempre bien cuidadas, como él decía el socialismo ha hecho mucho por la higiene íntima, gracias al Diablo, aun así consiguió infectarse de ladillas, aunque es difícil saber si venían de un cuerpo de un pajar o de la roña generalizada, imposible averiguarlo, el piojo viene con el soldado y el preso, parásitos preliminares, organismos que prefiguran la descomposición que se acerca, los bichos que realmente se te comerán sin pomadas que valgan: bacterias hongos larvas o perros zorros y cuervos si tienes la desgracia de caer en un lugar donde nadie vaya a sepultarte y ralentizar de ese modo el lento e imperceptible efecto de los carroñeros, que, como sucede con los soldados, constituyen la mayor parte del reino animal, el barman ambulante también va de uniforme, está solo tras el mostrador bamboleante que atraviesa Italia a todo gas, con qué puedo emborracharme, cuántos botellines van a hacer falta que ingurgite, el *whisky* me sabría demasiado a cucaracha aplastada, a dormitorio, escojo algo más bucólico, ginebra, más próxima a la infusión y por tanto a la naturaleza, matorrales, espesuras, orillas del Lašva, de Vitez, licores de ciruela o de uva que bebíamos allí, como el Xoriguer de Menorca terrible ginebra de ascendencia británica, me tomo una ginebra, seca y tibia con un alabardero en la etiqueta en un vaso de plástico transparente, a la salud de Gran Bretaña, a la salud de su reina y de los caballos negros de Menorca, de san Juan patrón de la ciudad de Ciutadella en Menorca, patrón de las águilas y las islas perdidas, san Juan evangelista el Águila de Patmos primer novelista del fin del mundo, el barman me juzga con su mirada, qué clase de chiflado

puede trincarse una ginebra sola y sin hielo, además en un tren y no puedo decir que le falte razón, es detestable, esto quema y deja un regusto de poción, de remedio prescrito por el propio Bardamu para curar quién sabe qué sombría enfermedad de la miseria, entramos en un túnel, mis tímpanos se comprimen, tengo la impresión de estar en una jaula, necesito aire, si pudiese abriría una ventana sacaría la cabeza para que el viento helado de diciembre me despeinase; si Stéphanie la morena estuviese aquí con su Céline bajo el brazo me leería la cartilla, me diría ahora no bebas, no te embriagues todavía, ella utilizaba «te embriagues», una expresión extravagante que sabe Dios de qué libro habrá sacado, yo prefería no responderle, no decir nada, pedir mi vaso o servírmelo tranquilamente sin discutir, Stéphanie Muller viene de una familia de profesores de Estrasburgo, de esos que se dejan la piel para que sus hijos lleguen a algo, se sintieron tan orgullosos de que entrara en Ciencias Políticas, allí es donde nos encontramos por primera vez antes de cruzarnos unos años más tarde a la vuelta de uno de los sombríos pasillos del bulevar Mortier, donde yo servía a las órdenes de Lebihan el amante de las ostras; los padres de Stéphanie sabían que trabajaba como analista para el Ministerio de Defensa pero no exactamente dónde, todos tenemos nuestros secretos, curiosamente detestaba la violencia las armas y la guerra (lo cual era extraño teniendo en cuenta para quién trabajaba) a tal grado que yo no le había contado mis actividades de soldadote balcánico, por cobardía: para ella todo ese período de mi vida era brumoso, vago, algunas fotos, nada más, ella jamás había estado en Croacia, le sorprendió mucho enterarse de que yo había pasado unos meses en Venecia, entre dos aguas, flotando como un cadáver en la laguna de infecto olor, a Stéphanie hermosa y morena le hubiese gustado ir, lo intentó más de una vez: por qué no Venecia, había encontrado un bonito hotel bastante barato, unas vacaciones nos irían bien, tuve que explicarle que no quería volver allí, que no quería ver otra vez Venecia la Serenísima reina de la niebla y del turismo, todavía no, era demasiado pronto, a ella le parecía extraño, por qué, por qué, pero acabó aceptando que cambiásemos de destino, Barcelona también era mediterránea y atractiva, en Venecia yo había sido desgraciado y miserable siempre tenía frío incluso enrollado en mi alfombra, no había podido volver a Francia, no tuve fuerzas ni coraje así que me escondí en medio de la laguna leyendo cada noche saliendo al amanecer una tarde reuní mis trastos de soldado mis uniformes hice una gran bola con ellos la empapé con ron de cocinar y la quemé en el plato de la ducha, todo, hasta las insignias: solo me quedé con el puñal, su vaina y algunos crucifijos de plástico, gadgets que nos distribuían a puñados como a los voluntarios iraníes bajo Jomeini las llaves del paraíso, había que darle una realidad a la barbarie era el principio de una nueva vida el tejido se consumía en una hermosa humareda con olor a crepes, uno no escapa de su patria, yo quemaba la mía con ron junto con mis trapos de soldado y a mi madre la dejaba en el silencio a ella que sin saberlo me había dado ese cuchillo y esos crucifijos, sin duda era a ella a quien quería conservar quedándome con esas baratijas de guerra, las llamas de mi holocausto de cuarto de baño destruían la ilusión de haber

tenido un país con la misma facilidad que das un trago de alcohol fuerte al principio es desagradable y te arde el esófago y aquí solo, desgarrando la campiña, voy a tomarme otro, una ginebra a la salud de mi madre croata y beata, una ginebra *za dom*, el barman me adivina el pensamiento me sonrío y me saca otro botellín, *spremni*, una ginebra a la salud de los bomberos de Venecia alertados por los vecinos que me tomaron por un loco, una ginebra patriótica, mi segunda ginebra tibia, sería mejor que volviese a mi asiento a tratar de dormir, no queda tanto para Florencia, para Roma, si me hubiese bajado en Bolonia podría haber regresado a Venecia, al Paraíso Perdido o al Holandés Volante a beber spritz con Ghassan, él que el crucifijo lo llevaba tatuado en su bíceps libanés, o coger un barco a Burano y contemplar las pequeñas casas de los pescadores vertiendo sus azules, sus ocres sobre los canales, observar el ángulo improbable del campanario y girar en redondo como giro en redondo en este tren de repente tan lento atravesando la noche negra, ni con los ojos pegados al cristal veo nada más allá de los postes regulares de las catenarias, nada más allá de una forma sombría en el paisaje, una ondulación montañosa que tal vez sea imaginaria, puede que se deba a la ginebra, tengo mi dosis de alcohol, poco a poco me calmo, un cigarrillo y todo irá mejor, llegaré a Roma; como si tuviese otra opción, incluso muerto en un asiento este tren me llevaría a su destino, en las vías ferroviarias hay una obstinación muy próxima a la de la vida, ahora me vuelvo idiota y filósofo, culpa de la ginebra, voy a fumar ilegalmente entre dos vagones, o en las letrinas, por lo menos en los trenes todavía no te amenazan de muerte si fumas en los lavabos, es una de las ventajas para los infractores como yo, uno puede fumar sentado, todo un lujo en los tiempos que corren, y es que se preocupan por nuestra salud, por la de todos seas quien seas, inocentes, pecadores, víctimas, verdugos, castos, fornicadores todos tenemos derecho a la sanidad pública, se interesan por nuestros pulmones por nuestro hígado por nuestros genitales con una solicitud enternecedora, resulta agradable sentirse amado, deseado protegido por el Estado como con las mujeres de otros tiempos no bebas tanto, no fumes tanto, no mires tanto a las jovencitas, a los hombres a mi padre a mi abuelo les tocaba esconderse para echarse un trago como a mí me toca esconderme ahora para fumar, mi abuelo cerrajero hijo de cerrajero fabricaba llaves y reparaba herramientas agrícolas, algo imposible de imaginar hoy que nadie ha visto nunca una fragua, salvo quizá el barman, él tiene una pinta bastante rural, casi minera, rostro basto, frente ruda, pelo corto espeso rizado muy moreno unos cincuenta años poco más, lo imagino nacido en 1946 su padre debió de participar en la aventura mussoliniana con el brazo levantado desde Roma hasta Atenas pasando por Tirana, un campesino de Campania o de Calabria bruto pero de gran corazón así son los mejores soldados y los mejores fascistas, acostumbrados al orden del tiempo de Dios de la familia y de la naturaleza, me lo imagino helándose en Epiro, empujando un obús sin municiones tirado por dos asnos famélicos, fascinado por la gloria de los *bersaglieri* y el genio del Duce, confiado en la victoria antes de salir de allí pitando delante de unos griegos muertos de hambre que lo persiguen descalzos

para cortarle las orejas, acaso conoció el placer con una negra en Etiopía o una áspera albanesa de rostro cuadrado, acaso tragó arena en Libia, acaso sufrió en un carro fiat donde a menudo la temperatura alcanzaba setenta grados a pleno sol, cuando la sed mataba más que las Claymore inglesas sembradas en el desierto, piedras entre las piedras, me pregunto dónde debió de enterarse de la caída de Mussolini, el fin de una aventura, el principio de otra, acaso supo que su pueblo había sido liberado hacía tiempo y su mujer no tenía ojos sino para los apuestos yanquis, jóvenes campesinos también, de Oregón o de Dakota, forzada por su familia y su religión a esperar a un hombre del que no sabía nada desde hacía tres años; quizá el suyo fuese un gran amor, una de esas pasiones casi antiguas que se desarrollan en la ausencia, en la ilusión, él en la guerra en Grecia en Egipto y en Rusia con el culo en la nieve y los pies helados y ella bordándose una chaquetilla para la boda, me encantaría preguntarle su nombre al camarero, pongamos que Antonio, ahora mira cómo lo observo mientras apuro mi ginebra, el tren aminora bruscamente la marcha, frena para abordar una curva, seguro que el convoy que en 1945 lo devolvió a su casa también hizo una parada aquí, un semáforo en rojo entre el mundo que acababa de borrarse y el que todavía quedaba por destruir, al final del trayecto le esperaba una mujer, a mitad del camino de la vida donde todo es más difícil, más imprevisible, más violento, tanto la deseaba sin conocerla, Antonio, en el fondo de su grave corazón triste por dejar la guerra deseaba ese recuerdo con un fervor que a él mismo le daba asco, espero que se bajase del tren que recorriese las montañas hasta perder el aliento, que estornudase por culpa del grano naciente, que se dejase acariciar por la frialdad de la luna para gozar mejor de su soledad turbado hundido junto a un olivo espero que se atreviese a huir al llegar a esta parada, el tren inmovilizado en plena vía a veces tenemos suerte, hay puertas para escapar; de regreso del frente del este Antonio corre por la campiña para escapar del destino de Ulises, del pueblo, de la mujer que cose, del fiel perro de caza que le olfateará la entrepierna, huye del porvenir que ha adivinado, sudar sangre para mantener en la miseria a una familia numerosa, emigrar, abarrotar los edificios de hormigón de las afueras que la urgencia siembra alrededor de las ciudades del norte, donde el perro será el primero en morir sin haber vuelto a perseguir una liebre: de regreso de la guerra Antonio echado de noche junto a una higuera toscana escucha cómo el tren se va de nuevo, ha hecho bien en bajar, eso piensa, ha hecho bien, es una noche de primavera tan hermosa, la primera que huele el heno después de años de grasa y de cordita y así acostado entre dos vidas, entre dos mundos, imagino que lo primero que le viene a la mente es el perfume de su campesina, si es que ya lo ha sentido, al salir de misa o durante la cosecha, hacia Pascua, mientras ella golpeaba los olivos con una vara larga, esa mezcla de sudor y de flores, esa cabellera exultante bajo el sol, acaso le hablará a las estrellas, lo dudo, no es un pastorcillo de Pirandello es un hombre que vuelve de la guerra, allí acostado en un campo porque el tren acaba de detenerse, un incidente en la vía, puede que sean muchos los soldados que se preguntan si en realidad tienen ganas de volver a sus

casas, todavía estremecidos por la derrota alemana bajo la caricia del trigo en ciernes, un poco amedrentados, desarmados, en andrajosos uniformes o de paisano, con una camisa de paño grosero y pesadas botas militares, Antonio nunca ha visto la Toscana, siempre la ha cruzado en tren o en camión pero jamás disfrutó realmente de esos paisajes tan civilizados, tan amaestrados, tan nobles, tan humanos que ya los etruscos y los romanos cultivaban, los bárbaros de doradas barbas retozaban en sus viñas como niños en esas mismas colinas en que los soldados de Napoleón corrían riendo tras las chicas, me imagino a Antonio entre la sombra de dos montañas tratando de deshacerse de la guerra revolcándose en la hierba, con esos soldados italianos forzados por la RSI de Salò a combatir para los alemanes, a finales de 1943 todos los que se niegan a ir a Rusia son deportados, acaban en otros trenes, dirección Mauthausen después de pasar por el campo de Bolzano, Bozen la austríaca que ya no es Italia, donde se habla alemán; otros escapan de los SS y se unen a los partisanos, *i banditi* como los llama Radio Milán, muchos a su vez serán detenidos y deportados, Antonio marcha en la debacle del frente del este con la apisonadora roja pisándole los talones mientras mi abuelo, dejando las llaves la forja el pueblo se convierte también en un bandido, atraído por las armas y el poder que confieren aprende a hacer saltar vías de tren en los alrededores de Marsella, luego lo arresta una escuadra de la Gestapo francesa a finales de 1943, torturado con agua y deportado a Turingia a un campo dependiente de Buchenwald, cómo escapó a la ejecución sumaria en el patio, al pelotón al alba, lo adivino, adivino que denunció a todos sus camaradas para escapar al dolor, y siente vergüenza, ha cedido a la tortura y ha entregado a sus amigos, irá a expiar su traición a Alemania como esclavo en una fábrica subterránea de armamento REIMAHG, hasta abril de 1945 fabricará cazas a reacción ME-262; nunca regresará a Marsella, se establecerá a las afueras de París, se traerá a la familia y trabajará en un pequeño taller mecánico hasta su muerte en 1963, muerto joven, de culpabilidad o del sufrimiento soportado en el campo subterráneo, adonde llegaban miles de civiles italianos, deportados de la provincia de Bolonia, capturados en operaciones «antipartisanos»; a mediados de 1944 en las montañas que ahora atravesamos a ciegas túnel tras túnel los alemanes mataban dos pájaros de un tiro, evacuaban a la población civil que ayudaba a los partisanos y abastecían sus fábricas de armamento con contingentes de esclavos, cerca de veinte mil personas fueron deportadas de toda Emilia, hombres y mujeres, solo un tercio regresó a Italia, hoy se ha olvidado completamente a todos aquellos italianos muertos de agotamiento, de hambre, a golpes o tragados vivos por el hormigón, algo que hacía que sus traviesos guardias se measen de risa, españoles franceses italianos yugoslavos griegos toda la costa mediterránea tomó el camino del norte para ir a morir en tierra tudesca tierra sembrada por tantos y tantos huesos del sur, obligados y forzados primero luego más o menos voluntariamente por razones económicas, los españoles los italianos los magrebíes los turcos todo ese pequeño mundo acabará poblando las afueras recién estrenadas de París o de Munich, como Antonio el padre de mi barman flemático que

ahora limpia su máquina de café, todos esos hombres se cruzaron en Buchenwald, en Mauthausen, en Dachau, en los convoyes de regreso, en regimientos de marcha, unos victoriosos otros vencidos, en 1945 embarcaban en Marsella las tropas coloniales francesas desmovilizadas después de la victoria, los bereberes marroquíes del ejército francés, los *tabors*, los tiradores argelinos, y diez años más tarde le tocará embarcarse al contingente francés para ir a combatir a los fellaghas en Argelia, movimiento de vaivén guerrero que reemplaza la marea, Marsella la bien guardada puerto mágico y secreto donde el 9 de octubre de 1934, un poco antes de las dieciséis horas, atraca una lancha con un automóvil procedente del crucero *Dubrovnik* con Alejandro I a bordo, la gran embarcación de guerra ha fondeado fuera del puerto, todo está preparado para recibir al rey de Yugoslavia, la ciudad engalanada con banderas, los funcionarios esperan, los caballos de la comitiva piafan alrededor del descapotable que ha de llevar al soberano a la prefectura, hace buen tiempo, mi abuelo tiene veintidós años, como gran parte de la población marsellesa ha ido con su joven esposa a ver pasar al monarca por la calle Canebière, Alejandro Karageorgévitch el elegante está solo, la reina María aquejada del mal de la mar se reunirá con él en tren directamente en París, el ministro de Asuntos Exteriores Louis Barthou ha salido a su encuentro, distinguido, barbudo, con gafas, los dos se suben al coche que recorre la Canebière, mi abuela me ha contado la historia más de una vez, los dos guardias a caballo que acompañan el vehículo, el escuadrón delante, los policías detrás y de repente, en la esquina del parque Puget después del palacio de la Bolsa un hombre se abalanza sobre el automóvil real, se sube al estribo izquierdo, lleva un pesado Mauser en la mano, dispara a un Karageorgévitch sorprendido que se desvanece con una leve y extraña sonrisa en la boca, el guardia a caballo se da la vuelta y ataca al agresor con su sable, los policías disparan desde la acera, los transeúntes caen, abatidos por las balas de la gendarmería, al asesino herido de sable acribillado de plomo y pisoteado por la muchedumbre exaltada por el pánico, los caballos de la escolta lo llevan al puesto de policía más próximo, al rey al Ayuntamiento y al ministro al hospital: los tres mueren casi inmediatamente, Alejandro por los proyectiles del gigantesco Mauser, Barthou por la bala de un policía y Velichko Kerin el hombre de los mil pseudónimos por decenas de heridas diferentes; Kerin o Chernozemski *alias* Georguiev o Kelemen llamado Vlado «el Chófer» es un macedonio, más o menos es todo lo que se sabe de él, ha asesinado al rey por orden conjunta de un movimiento revolucionario de Macedonia y de unos activistas croatas ustachis con base en Hungría y en Italia, tres de cuyos miembros son detenidos en Francia unos días después del atentado y reconocen haber tomado parte en él, Mijo Kralj, Ivo Rajić y Zvonimir Pospisil, a las órdenes de los dirigentes ustachis, entre quienes está el mismísimo futuro Poglavnik Ante Pavelić, a quien Mussolini encarcelará unos días más tarde para protegerlo; Kralj y Rajić mueren en 1939 de tuberculosis en la prisión de Tolón, como su colega bosnio Gavriilo Princip unos veinte años antes, justo antes de ver triunfar la causa de los insurrectos croatas en 1941 y el establecimiento del

NDH bajo la férula de Pavelić, Kralj y Rajić murieron sin haber visto el triunfo, pero Pospisil, condenado a perpetuidad, será devuelto a la nueva Croacia nazi como regalo del gobierno colaboracionista de Vichy, ironías de la vida, como se suele decir, mi abuelo paterno fue testigo en la Canebière en Marsella del asesinato del rey Alejandro I, el peor enemigo de mi abuelo materno Franjo Mirković, funcionario del NDH y ustachi de primera hora que le debe su salvación a un prematuro exilio en Francia vía Austria en 1945, así es como se constituía mi familia alrededor de esa muerte real en la Canebière, mi abuela abrazó la causa de su nuera con tanto ímpetu que le cuenta esta aventura a todo aquel que quiera escucharla, «yo estuve allí, yo estuve allí», con ayuda de su vejez podría hasta certificar que fue ella quien le disparó al montenegrino tocado con su bicornio, o que ella ensartó en su sable al asesino acuchillado, ahí vacila, en todo caso la amable marsellesa de acento melódico es formal, el rey era muy guapo, muy joven, sonreía a la muchedumbre reunida a su paso aquel 9 de octubre de 1934 que es un poco mi fecha de nacimiento, sesenta años más tarde también yo he matado por la patria, acaso hubiese asesinado a sangre fría a ese hierático soberano montado en su carroza motorizada, puede que sí, convencido de la necesidad de acabar con la cabeza de la hidra de la opresión, con mis cómplices me hubiese encontrado en Lausana, ellos me informarían del plan, de las instrucciones, Mijo Kralj el oscuro bruto e Ivo Rajić el cicatero, si yo fracaso ellos atentarán con bomba contra Karageorgévitch en París, todo está listo el dictador puede ir preparándose, un trago de ginebra a la salud de Vlado «el Chófer» sanguinario, la cara marcada por una cuchillada en una pelea en Skopje la sombría, acaso hubiese tenido yo su aplomo, su coraje, acaso me hubiese enfrentado con los caballos y las espadas de los dragones sin flaquear, la noche anterior en un hotel de la Costa Azul una joven croata rubia me hubiese traído las armas, un flamante Mauser C96 con el que se habría hecho en Trieste, amablemente cedido por los agentes de Mussolini, con dos cajas de cartuchos y un revólver de reserva para el caso improbable de que el Mauser fallase, es hermosa y peligrosa, sabe que hay pocas opciones de que yo salga con vida, que lo más probable es que no lo cuente, muerto o detenido por la policía francesa, por la Causa, por Croacia, Franjo Mirković el padre de mamá está en el exilio desde 1931, primero en Hungría luego en Italia con Pavelić y los otros mandamases de los ustachis, esos «insurrectos» para los que el asesinato del monarca constituye un primer golpe de efecto además de valerle a Pavelić su primera condena a muerte en rebeldía, en Francia, resulta extraño que mi abuelo escogiese precisamente ese país para exiliarse, una coincidencia, a él jamás lo acosaron fuera de Yugoslavia, y que yo sepa tampoco fue perseguido por los agentes de Tito, quienes sí acabaron hiriendo de tres disparos a Ante Pavelić en su refugio argentino, mi abuelo no era más que un simple intelectual sin demasiada responsabilidad política, no como su amigo Mile Budak, escritor rural y gran asesino de serbios, ideólogo de pacotilla y ministro de Asuntos Exteriores del NDH; Budak no escapará a los partisanos, acabará con doce balas en el cuerpo después de un proceso relámpago y con su familia

masacrada cerca de Maribor, el chupatintas bigotudo no tuvo la suerte de mi abuelo, que un poco antes había partido con mamá y su hermano a Austria a través de las líneas croatas y alemanas, en esos últimos días de abril de 1945 mes del polvo, de la mentira y la desbandada, en la frontera eslovena hay que escoger entre dos rutas, la de Italia y la de Carintia en manos británicas, Franjo Mirković es detenido con mujer e hijos por los ingleses e inmediatamente puesto en libertad, tiene dinero y primos en Francia, llega a París en el momento en que mi abuelo paterno regresa de la deportación, en un tren, todos los trenes marchan ahora en sentido contrario, hacia el sur, los soldados los deportados los vencidos los vencedores inician el viaje en sentido opuesto, como Antonio el padre del barman atareado que vuelve a Calabria o a Campania y se detiene al borde de la vía en pleno campo, acaso debo volver a mi casa, qué me deparará la paz, Ulises tiene miedo de su mujer de su perro de su hijo, no quiere volver a Ítaca no quiere yo apuro mi ginebra dejo el vaso en la barra me apetece un cigarro el barman me sonríe me pregunta «un altro?» yo vacilo si me tomo una tercera ginebra voy a acabar muy borracho, embriagado como decía Stéphanie la hermosa doliente, una pareja entra en el bar rodante piden un agua con gas una cerveza se van de nuevo hacia los vagones de clase turista, yo vacilo vacilo me gustaría bajarme a tomar el aire como Antonio al regreso de la guerra, venga, no hay dos sin tres *va bene*, le digo, *un altro*, qué débil soy, qué débil soy, bebiendo ginebra tibia a seis euros el trago en un vagón de tren, *è la ultima*, es la última copa y si no tendré que cambiar de bebida, pasarme al Campari con soda, la última vez que me emborraché en un tren fue con Vlaho y Andi en el expreso nocturno que nos llevaba de regreso a Croacia, habíamos tomado el ómnibus de Trieste hasta un poblacho perdido en la frontera eslovena para coger el Venecia-Budapest con la llegada a Zagreb prevista para las cuatro de la mañana, el empleado de nuestro vagón era un húngaro que en su cabina tenía unas extraordinarias provisiones de aguardiente, chismes perfumados auténticas aguas de Colonia alcohol de clavo de especia o sabe Dios qué horror magiar, pero era divertido y generoso, nos compadecía por tener que regresar a la guerra, hablaba una graciosa lengua franca latino-germano-húngara adornada con algunas palabras eslavas, un buen tipo, rollizo, fumaba como un carretero en su cabina, me acuerdo bien de su cara como me acordaré del careto moreno del barman del Pendolino Milán-Roma, «tres jóvenes tambores regresaban de la guerra, tres jóvenes tambores regresaban de la guerra, y ri y ran, ranpataplán, regresaban de la gueeerra», esa canción se la enseñé a Vlaho y a Andrija en Trieste, ellos la cantaban sin parar, hasta en el tren de Budapest, hasta en las montañas de Bosnia, ahora canto en voz baja, «tres jóvenes tambores», ya no tan joven, el último de los tres tambores, la hija del rey abandonada en el camino, en mi país las hay más hermosas decía la canción, Stéphanie de correo en el extranjero, me gustaría cruzarme con ella por casualidad, o mejor, que regresase, pero no, voy hacia una nueva vida, me estoy alejando de mí mismo, ya no soy Francis Servain el espía soy Yvan Deroy consagrado a un destino nuevo un futuro brillante pagado con los

muertos los desaparecidos los secretos de este maletín cada vez más pesado, la culpabilidad no me abandona, pobre Stéphanie a la que machaqué a mi pesar, otro trago de ginebra, ella no desconfiaba de mí, le gustaban los espectáculos, el cine, los libros, le encantaba pasarse horas en la cama acariciándome suavemente mientras yo me hundía en la Zona, mientras yo desaparecía no bajo las sábanas sino en el maletín y en mis recuerdos, entre dos misiones, dos contactos, dos informes, llevé a Stéphanie conmigo a mis investigaciones particulares, «mi *hobby*», como decía ella sin llegar a entender ni la naturaleza ni el interés del trabajo, ella creía que yo quería transformarme en Simon Wiesenthal o en un Serge Klarsfeld aficionado, yo no la sacaba de su error; por pereza, por obsesión del secreto, cuanto menos supiese mejor, después de Barcelona me acompañó a Valencia la perfumada con pólvora negra y flor de azahar, insistió en ir siempre con esa obsesión por las vacaciones, en Carcaixent, a cuarenta kilómetros de allí, había vivido Maks Luburić hasta su asesinato en 1969, Luburić el carnicero del campo de Jasenovac también fue un ustachi de primera hora, un compañero de lucha de mi abuelo por así decirlo, un tipo que apreciaba muy especialmente el homicidio con porra, el deshuese y el desmembramiento, técnicas que practicó con un número indeterminado de serbios judíos gitanos y opositores croatas; se han identificado ochenta mil víctimas, cuántas esperan a ser descubiertas todavía, sin duda cuatro veces más, muertas de todos los modos posibles, fusiladas ahorcadas ahogadas matadas de hambre decapitadas con hacha o asesinadas a martillazos, tras escapar por Roma Luburić encontró refugio en España desde donde coordinó las «actividades» ustachis de la posguerra, yo tengo una carta suya en la que le pregunta a mi abuelo si aceptaría hacerse cargo de la célula francesa, a lo que sin duda este último se apresuró a negarse pues no quería echarse encima a los servicios secretos de Tito, el cadáver de Luburić fue hallado en abril de 1969 en su casa de Carcaixent el cráneo aplastado y el torso perforado a cuchilladas, venganza, venganza, en aquel pueblo de los alrededores de Valencia donde decidió establecerse, en la carretera de Xàtiva entre naranjos y fábricas de cerámica, a unos kilómetros de las plantaciones de arroz de la Albufera donde nosotros paramos a comernos una deliciosa paella y *all i pebre*, Stéphanie conducía el Seat de alquiler, los paisajes de principios de octubre no eran en absoluto como yo me los había imaginado, la fértil llanura a orillas del Júcar, las montañas comenzaban un poco más allá hacia el sur, la toponimia tenía una fuerte raíz árabe, Algemesí, Benimuslem, Guadassuar y tantas aldeas vaciadas de sus habitantes por Felipe III y la Inquisición en 1609 con la deportación de los moriscos, pobres tipos transportados en galeras desde todos los puertos del reino a las costas africanas, campesinos convertidos al cristianismo tras varias generaciones pero que se obstinaban en hablar y escribir árabe en secreto, los primeros deportados en masa del Mediterráneo, para satisfacer a la Iglesia y a los severos obispos españoles: muchos de los quinientos mil deportados murieron en las marchas forzadas en dirección al mar, algunos fueron arrojados al agua por los capitanes de los barcos que de este modo se ahorraban tener que llevarlos hasta las

costas bárbaras y otros acabaron masacrados por los bereberes poco hospitalarios a su llegada; el reino de Valencia perdió así la cuarta parte de su población, quedando algunas zonas rurales completamente desiertas, de todos aquellos descendientes de los árabes de Al-Ándalus no quedan más que los nombres de los pueblos, desaparecieron todos los moriscos, como en Alzira, que Stéphanie y yo atravesamos de camino a Carcaixent, Alzira patria del poeta árabe Ibn Khafaja no es más que un bloque de edificios horrorosos alrededor de los restos de una vieja ciudad que en otros tiempos estuvo rodeada de murallas, nos detuvimos a tomarnos una horchata en una agradable plaza llena de palmeras, una preciosa tarde de principios de otoño, un poco más lejos se conservaba un trozo de muralla árabe y más palmeras, el conjunto llevaba el irónico nombre de «parque de Arabia Saudita», y salimos de nuevo hacia Carcaixent donde nos esperaba una sorpresa: aquel sábado el pueblo estaba en fiestas, decorado engalanado con banderas alborozado abarrotado, nosotros habíamos hecho una reserva en el único hotel del lugar sin saberlo, el recepcionista se quedó asombrado, «you didn't know it was fiestas?» como si su ciudad natal no mereciese que nadie se detuviese en ella fuera de esas fatídicas fechas, las fiestas patronales, en la plaza mayor había un mercado «medieval» donde afanosos valencianos imitaban bajo nuestras ventanas a los desaparecidos árabes vestidos con trajes abigarrados y a los caballeros del Cid Campeador vestidos con armadura, todavía estábamos en la habitación cuando una serie de explosiones me paralizaron con el neceser en la mano, una terrible ráfaga que hizo temblar los cristales y agitarse el corazón, un bombardeo, tuve un segundo de pánico total, los músculos tensos, las orejas sibilantes, presto a echarme al suelo de la habitación, no reconocía el arma, mi cerebro no podía identificar aquel peligro no era una ametralladora ni morteros ni granadas era sordo brutal rápido vibrante interminable Stéphanie estaba frente a mí petrificada, al final lo entendí, eran petardos, enormes petardos unidos unos a otros justo bajo nuestras ventanas daban toda la vuelta a la plaza una explosión cada medio segundo la pequeña habitación se llenó de un humo azul que nos ahogaba Stéphanie empezó a reírse el traqueteo no cesaba bum bum bum regularmente el olor era infernal y para acabar estalló un gigantesco obús de marina una detonación formidable que nos remató en nuestro pavor dejando tras de sí un silencio agudo seguido de inmediato de gritos de alegría de aplausos y de bravos, yo estaba tan tenso que me dolían el cuello y los hombros, Stéphanie tenía lágrimas en los ojos, posiblemente del humo, yo la boca seca por el gusto de la pólvora negra, en la calle continuaba la algarabía, qué tipo de ceremonia podía ser esa de tan extraordinario salvajismo, en nombre de qué dios del trueno se ofrecían todos esos kilos de petardos, Stéphanie y yo empezamos a reírnos de nuestro miedo y fuimos a la ventana buscando un poco de aire, el recepcionista nos informó de que el ritual se llamaba *mascletà* y era muy frecuente en Valencia, patria de los fuegos de artificio, del ruido y del furor, el propio Zeus debe de presidir esos juegos paganos, nosotros salimos a dar una vuelta, quién sabe, puede que Maks Luburić el carnicero escogiese aquel rincón de España por esa marcial

tradición, puede que le recordase a los niños, los viejos y los enfermos a los que él metía en fosas para hacerlos explotar con dinamita o granadas en Jasenovac junto al Sava, apacible pueblo croata donde los ustachis siempre preocupados por hacer bien las cosas habían instalado su contribución a los campos de la muerte con el fin de matar serbios, gitanos y judíos entre las cigüeñas al borde del agua, en un antiguo ladrillar cuyos hornos habrían de revelarse muy prácticos para desembarazarse de los cuerpos, Luburić fue el comandante de la red de campos alrededor de Jasenovac, los testigos lo describían como un sádico y un salvaje, en Carcaixent se llamaba Vicente Pérez propietario de una pequeña imprenta en la calle Santa Anna donde imprimía la propaganda antititista, era un ferviente católico muy apreciado por la gente del pueblo, Stéphanie me escuchaba en un bar atestado con un vaso de tinto en la mano y comiendo croquetas de bacalao, y abría los ojos sorprendida, cómo es eso posible, le costaba creer que ese pequeño pueblo en fiestas hubiese escondido durante más de veinte años a semejante criminal, en medio de los naranjos, Luburić hasta se había casado con una española y en los años cincuenta tuvo tres niños, acaso fueron ellos a batirse como yo para liberar Croacia del yugo yugoslavo, es posible, los callejones sombreados de Carcaixent olían a azufre, hacia las ocho una gran parte de la muchedumbre se dirigió hacia la iglesia donde tanto había rezado Maks Luburić pues se celebraba una misa en honor de san Bonifacio mártir, Stéphanie y yo entramos, ella hasta se santiguó con agua bendita, según el martirologio que nos repartieron Bonifacio había sido el administrador de una noble matrona llamada Aglae, vivían juntos en pecado pero, tocados ambos por la gracia de Dios, decidieron que Bonifacio iría a buscar reliquias de mártires con la esperanza de ganarse, por medio de su arbitraje, el amparo de la salvación; tras unos cuantos días de marcha, Bonifacio llegó a la ciudad de Tarso y, dirigiéndose a los que lo acompañaban, les dijo «id a buscar donde alojarnos: mientras tanto yo iré a ver a los mártires en su combate, pues es eso lo que deseo hacer en primer lugar», se dirigió a toda prisa al lugar de las ejecuciones y vio a los bienaventurados mártires, uno suspendido por los pies sobre un fogón ardiendo, otro extendido sobre cuatro piezas de madera y sometido a un lento suplicio, un tercero arado con garras de hierro, un cuarto al que le habían cortado las manos, y el último suspendido en el aire y estrangulado por leños atados a su cuello, considerando esos diferentes suplicios que hacían del ejecutor un verdugo sin piedad, Bonifacio vio cómo su coraje y su amor por Jesucristo aumentaban y exclamó «¡qué grande es el Dios de los mártires santos!» luego corrió a echarse a sus pies y a besar sus cadenas, «ánimo —les decía—, mártires de Jesucristo» y el juez Simpliciano, que advirtió la presencia de Bonifacio, le hizo acercarse a su tribunal y le preguntó quién era, «soy cristiano» respondió él «y mi nombre es Bonifacio» entonces el juez enfurecido lo hizo colgar y ordenó que lo despellejasen hasta que sus huesos quedaron al descubierto luego hizo que le clavasen afiladas cañas bajo las uñas de las manos, el santo mártir, con los ojos elevados al cielo, soportó los tormentos con júbilo, entonces el implacable juez ordenó que vertiesen plomo fundido en su boca,

pero el santo decía «gracias os sean dadas, Señor Jesús, hijo del Dios vivo», tras lo cual Simpliciano hizo traer un caldero que llenaron de pez hirviendo y dentro echaron a Bonifacio de cabeza, el santo seguía sin sufrir, así que el juez mandó cortarle la cabeza: enseguida se produjo un terrible terremoto y muchos infieles que presenciaban la escena y el coraje de Bonifacio se convirtieron, sus camaradas compraron su cuerpo lo embalsamaron lo envolvieron en ropas blancas de mucho valor y luego, tras acomodarlo en una litera, volvieron a Roma donde un ángel del Señor se le apareció a Aglae y le reveló lo que le había sucedido a Bonifacio, ella se rindió ante el santo cuerpo e hizo construir, en su honor, una tumba digna de él; en cuanto a Aglae, renunció al mundo y a sus faustos, distribuyó todos sus bienes entre los pobres y los monasterios libertó a sus esclavos y pasó el resto de su vida en ayuno y oración hasta ser enterrada junto al santo Bonifacio el torturado, durante la homilía yo pensaba en Maks Luburić el verdugo croata, en todos aquellos a los que decapitó, desolló, empaló y quemó por infieles, cuántas veces debió de oír la misa de san Bonifacio mártir patrón de Carcaixent bajo el nombre de Vicente Pérez, acaso cuando su asesino le destrozaba el cráneo a golpes de leño y lo atravesaba veinte veces con un cuchillo de cocina todavía pensaba él en Jasenovac o en Ante Pavelić el gran coleccionista de ojos humanos, aquella tibia noche de abril en el perfume embriagador de la flor de azahar, yo ahora me acabo mi ginebra a la salud de Bonifacio el mártir de Tarso en Cilicia, Tarso ciudad de san Pablo y de los armenios masacrados a su vez por los turcos infieles ante los ojos de Doughty-Wylie el cónsul caído en los Dardanelos, la cabeza me da vueltas me mareo siento una náusea súbita me agarro al montante de la ventana necesito aire el barman me mira la ginebra no me ha sentado nada bien voy a ir a echarme un poco de agua en la cara, titubeo en los movimientos del tren hasta el retrete que está muy cerca, cierro la puerta detrás de mí me rocío con agua como en un bautismo me siento en el confort del acero pulido el alcohol ha sido un error no he comido nada en todo el día, qué hago aquí en un retrete ferroviario estoy reventado voy a volver a sentarme y tratar de dormir un poco pero primero me encenderé un cigarro y tanto peor para las leyes anticáncer, pronto Florencia, pronto Florencia y luego Roma, qué lentitud a pesar de la velocidad, la sequedad del tabaco me libera, el minúsculo retrete enseguida se llena de humo, como la plaza de Carcaixent después de la *mascletà*, a la salida de la misa de Bonifacio mártir una charanga toca melodías locales con instrumentos de viento agrios y chillones, un sonido horrible que barrenaba los tímpanos tanto o más que los petardos, los fieles siguieron la charanga mientras en la plaza tiraban cohetes que explotaban en haces contra el cielo de la noche, uno creería estar en Nápoles el 31 de diciembre, en Nápoles o en Palermo, *ex aequo* en la desmesura pirotécnica, como Barcelona en la noche de San Juan, Carcaixent le ponía voluntad, la fiesta estaba en pleno apogeo, después de tres o cuatro copas y una cena rápida Stéphanie quiso ir a acostarse, dejé que se fuese sola al hotel yo tenía cosas que hacer, avinguda Blasco Ibáñez número 25 al sur del centro del pueblo, hermosa coincidencia, Blasco Ibáñez

el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y de *Mare Nostrum*, menuda dirección, yo estaba casi seguro de que con lo mayor que era el hombre al que andaba buscando estaría en su casa, puede que incluso dormido si es que podía conciliar el sueño, al salir un poco del centro encontré una cabina telefónica, marqué el número, después de sonar cuatro veces respondió una voz de hombre, «¿sí?» colgué inmediatamente, según mi mapa la avenida está apenas cien metros al sur, Ljubo Runjas no me espera, además ahora se llama Barnabas Köditz, vive en España desde 1947, primero en Madrid y luego, tras la muerte de Ante Pavelić diez años más tarde, se instaló en Carcaixent, durante años informó a los servicios yugoslavos sobre las actividades de Luburić el carnicero y los otros ustachis protegidos por Franco, los entregó a todos a cambio de su propia impunidad; de quién se escondería, Ljubo Runjas el sargento de Jasenovac, con veinte años era el hombre de los trabajos sucios, de los asesinatos de mujeres y niños, con veneno con gas con maza o con cuchillo, la juventud le hervía en la sangre, Ljubo, nacido en 1922 morirá en su cama, no como su mentor Maks Luburić a quien traicionó, ayudó a su asesino a huir a Francia y sospecho que un par de las puñaladas en el cuerpo de su amigo fueron suyas, por placer, prudentemente dejó enseguida Carcaixent por Valencia, antes de regresar a instalarse en Carcaixent más de veinte años después de los hechos por razones que ignoro, puede que económicas, cuando me dirijo a la avenida Blasco Ibáñez, ese escritor amante de los duelos, él tiene ya cerca de ochenta años, todo el pueblo está en las fiestas las calles casi desiertas, sombrías, la avenida flanqueada por edificios de pisos a un lado y al otro villas que dan a las huertas de la orilla del Júcar, noche cerrada, no hay luna, ni una sola estrella, las estrellas tampoco debían de brillar muy a menudo en Jasenovac junto al Sava que atravesaban los detenidos para ir a Gradina donde tenían lugar la mayor parte de las ejecuciones, se dice que en un campo Ljubo Runjas mató con sus propias manos a más de cien personas en una sola noche, a cuchillo, imposible creer que esos condenados esperasen en su campo tranquilamente, debió de hacer falta perseguirlos como a pollos, mujeres niños ancianos, Ljubo Runjas se inventó un método para no tener calambres en los dedos, se sujetaba el arma directamente a la palma de la mano con un trozo de cuero, como un guante, la mano no tenía que hacer más que un leve esfuerzo, dirigir el filo, todo el movimiento lo hacía el brazo como un jugador de tenis, *drive*, revés, a cuántos humanos sacrificó durante tres años en Jasenovac, seguro que más que animales en el matadero de su padre, más que todos los corderos de Bosnia un día de Kurban Bajram, hasta los nazis estaban horrorizados con los métodos de los ustachis, ellos que trataban de proteger a sus soldados de la proximidad con las víctimas, que ponían la tecnología al servicio de la masacre desde que en una fosa cerca de Riga el propio Himmler se manchase con sangre judía: en Jasenovac no había reglas ni técnica ni orden en la muerte no estaba sujeta más que a la voluntad de los asesinos, armas de fuego, armas blancas, sobre todo mazas, los detenidos atravesaban uno a uno una doble puerta tras la cual se les daba un buen golpe en la zona occipital, siguiente, siguiente, los ejecutores se relevaban cada

treinta o cuarenta víctimas, artesanía, artesanía o como mucho manufactura del siglo XVIII; llamo al número 25, la villa es blanca, con porche y un jardín minúsculo donde reina una pequeña palmera, sin luces, llamo de nuevo, son las veintidós treinta, un día de fiesta, se ilumina el porche, el intercomunicador crepita, «¿sí?» como al teléfono, yo digo bien fuerte «Dobar večer, gospon Runjas, kako ste?» se hace un largo silencio, acaso habrá cambiado de opinión, me imagino a mi viejo vacilando vestido con su bata, de repente un chirrido recorre el portal, yo lo empujo, bajo el porche en lo alto de los escalones hay un hombre a contraluz, me acerco y ya tengo ante mí a Ljubo Runjas el pequeño, un metro sesenta y cinco achaparrado por la edad, cabello blanco, cara arrugada, nariz prominente, orejas desmesuradas, la mirada suspicaz incluso amenazante contrasta con la débil voz que me dice «le esperaba mucho más temprano, me había acostado sabe usted», yo no respondo nada él me invita a entrar, charlo unos minutos con Ljubomir Runjas el brutal al que los años han empequeñecido, Ljubo el subalterno, el pequeño asesino morirá en su cama, en Carcaixent, sin que nadie se tome la molestia de encontrarlo, él me pregunta por mi abuelo, yo le cuento que Franjo Mirković falleció en 1982 en París, él dice «ah, todos nos estamos yendo, uno tras otro todos los patriotas desaparecen», adiós primer Estado independiente de Croacia, el NDH negro, salvaje y gran aniquilador de serbios, adiós, buen viaje, el falso señor Köditz tiene el aspecto un tanto triste, el salón en el que me recibe es típicamente español, lleno de figurillas, de colores, una Virgen con el Niño en la pared, un icono de plata en el aparador de los años sesenta, aquí la gente cree que Barnabas Köditz es un jubilado alemán, le pregunto por qué se quedó a vivir en Carcaixent, él me responde encogiendo los hombros, parece nervioso, con ganas de acabar; se levanta lentamente, se acerca al aparador, abre un cajón, coge un paquete cuadrado envuelto en papel de estraza, me lo tiende, lleva mi nombre escrito con una hermosa caligrafía y tinta azul, a la antigua, *Mirković Francis*, cojo el paquete, le doy las gracias, Ljubo se queda ahí de pie dándome a entender que la conversación ha terminado, adiós, adiós, *bog, bog*, él no me tiende la mano, yo tampoco, en su mirada no hay nada, me acompaña hasta la escalinata, espera a que atraviese el portal para cerrar la puerta y ya está, de nuevo en la calle con un paquete bajo el brazo, los cohetes iluminan la noche, haces de chispas seguidas de una explosión sorda, cohetes sibilantes que sobrevuelan los tejados, en el paquete hay un centenar de fotografías de Jasenovac anotadas, cartas y una larga lista de cifras, el recuento de los muertos, sin nombres ni origen, solo el cómputo diario de defunciones, de 1941 a 1945, mil quinientos días, mil quinientas líneas de cálculo, todos los fusilados los envenenados los gaseados los aporreados los destripados los degollados los quemados reducidos a un apellido y una fecha por cada uno de los subcampos alrededor del Sava, en medio de las cigüeñas y las carpas; en Carcaixent cerca de Valencia sigue la fiesta, una orquesta se ha enseñoreado de la plaza, de vez en cuando alguien tira un cohete, un petardo, todavía es pronto, los ancianos y los niños bailan pasodobles de otros tiempos, de dos en dos, me paro un momento a

mirar, las parejas son elegantes, los hombres hinchan el torso balanceando ligeramente los hombros, las mujeres se dejan llevar de una punta a otra de la pista, los que son demasiado viejos o demasiado jóvenes para bailar están acodados en la barra o sentados en sillas plegables, puede que Ljubo Runjas *alias* Barnabas Köditz ya se haya adormilado, pienso en Maks Luburić, en Dinko Sakić a quien la nueva Croacia acaba de condenar a veinte años de prisión a la edad sesenta y ocho primaveras, extraditado por Argentina Dinko comandó Jasenovac en compañía de Maks Luburić su cuñado: los dos bailaron a orillas del Sava, bailaron en este pueblo olvidado de España, yo aprieto el paquete y decido ir a acostarme, el pasodoble ha terminado nuevos cohetes iluminan el cielo, flores azules y rojas detonaciones de fiesta por los muertos de Jasenovac, subo a acurrucarme junto a Stéphanie escuchando el rumor de la música que en la oscuridad se mezcla con el estrépito de los fuegos de artificio y la respiración de la mujer acostada, a pesar de todo duerme, duerme y a mí, a saber por qué, me cuesta mucho persuadirme de que no está muerta, a pesar de la respiración regular que le recorre el pecho mientras la orquesta entona «A mi manera», linda versión íbera de «My Way»; al día siguiente por la mañana, después de un sueño lleno de cigüeñas sobrevolando pantanosos osarios, después de un desayuno rápido en medio de los vestigios de la fiesta y de recoger el Seat del aparcamiento pasamos por el cementerio de Carcaixent a ver la tumba de Luburić-Pérez, hermosa y cuidada, Stéphanie no podía creer lo que veían sus ojos, la gente de aquí le apreciaba decía, yo le respondí exacto, sus niños hasta iban a la escuela de la esquina sin que nadie les lanzase piedras, adiós Maks el carnicero, nosotros continuamos hacia Xàtiva sin saber que unos días más tarde Barnabas Köditz moriría de un accidente vascular, adiós Ljubo el sargento sanguinario, tus documentos están ahora en el maletín, las minuciosas fotografías, las cifras, las cartas administrativas de Zagreb, adiós; a unos veinte kilómetros la pequeña ciudad de Xàtiva vacilaba entre la llanura la montaña las palmeras y los naranjos, los callejones del centro eran agradables y los palacios renacentistas recordaban a las grandes familias del lugar particularmente a los Borgia, que conocieron el poder y la gloria en Roma: el palacio natal del papa Alejandro VI Borgia era sombrío y fastuoso, como el pontificado de su propietario, a quien sus numerosos hijos y su pasión por el coito el escándalo y la política convierten en alguien eminentemente simpático, Stéphanie la alsaciana se ofendía por la falta de respeto a la institución papal de este pontífice, «o tempora, o mores», los papas de hoy querrían ser mojigatos místicos insulsos y bien lavados, los de otros tiempos apreciaban el estupro y la conspiración, los Borgia hablaron en valenciano entre ellos hasta en el corazón de Roma lo que los hace héroes históricos de la causa local a pesar de la graciosa fragancia de azufre que exhala su saga: Xàtiva era un lugar agradable, allí comimos muy bien, un tipo de paella cocinada en el horno, a menudo regada con un vino de batalla producido en las afueras de Alicante, un brebaje que también tiene algo de medieval y sulfuroso, el paquete de Jasenovac seguía envuelto en su papel de estraza y yo, entre la buena comida y el

amancebamiento, olvidé a los muertos y a los verdugos; cuatro días de vacaciones, Valencia Carcaixent Xàtiva Dènia Valencia, Stéphanie estaba contenta, ella tenía la envidiable facultad de olvidar París y el bulevar Mortier apenas se cerraban las puertas del avión, en un abrir y cerrar de ojos borraba sus informes sus análisis de joven ejecutiva secreta, a mí me parecía que allí todavía estaba más hermosa, con aquellas gafas de sol que ella utilizaba como una diadema para recogerse el cabello oscuro, tranquila, en plenitud de forma, armada con Proust Céline y sus convicciones fundamentadas en una gran cultura, sentado en mi trono ferroviario con un cigarro en la mano tengo la impresión de que la añoro, a veces la echo de menos, más vale no pensar en ello, no pensar en la catástrofe del fin de nuestra relación, dónde está ahora, de correo en Moscú que es lo que soñaba, si me cruzase con ella en la calle no le dirigiría la palabra, ella tampoco, nos ignoraríamos como hemos acabado ignorándonos en los pasillos del Bulevar, se suponía que no debíamos encontrarnos yo estaba consagrado a otro destino, a la espera del veredicto, Stéphanie no era más que una ilusión, «tres jóvenes tambores regresaban de la guerra, tres jóvenes tambores, y ri y ran, ranpataplán, regresaban de la gueeerra», ahora mismo tengo esa melodía en la cabeza, el maletín es muy pesado y la ginebra no soluciona nada; vuelvo a mojarme la cara, la ventanilla del baño es opaca, no siento más que la presión de los túneles interminables en los tímpanos, entre Bolonia y Florencia, que ya no debe de estar muy lejos, acaso estemos ya en la Toscana, qué hora es, las siete y quince, todavía falta media hora para Florencia y después trescientos kilómetros para Roma y la nueva vida, si es que no me bajo por el camino, si no aprovecho una parada para tratar de escapar al Destino, pero la elección está hecha desde hace mucho, entregaré el maletín, iré hasta el final, el otoño de 1990 comencé el viaje desde la estación de Lyon, atravesé Italia por primera vez, convencido, aunque también un tanto angustiado, con todos mis conocimientos militares y presto a poner mi espada al servicio de mi país, ahora la volveré a meter en su vaina, adiós Francis Mirković el carnicero de Bosnia, adiós, adiós Andrija el feroz, descansa en paz, en el tren de Zagreb cantábamos «tres jóvenes tambores» mientras bebíamos, ahora yo he bebido solo «y ri y ran, ranpataplán», solo en la noche encerrado en este pequeño habitáculo, voy a tener que hacerme a la idea de salir de aquí, reunir las fuerzas necesarias, como en la guerra teníamos miedo de salir, una noche en el frente en Bosnia hacían falta dos tipos para ir a reconocer las líneas enemigas, lo más cerca posible para ver dónde se habían instalado los chetniks, Andi se presentó voluntario enseguida y me escogió para que lo acompañase, en teoría mi rango era superior al suyo pero no me importó, acepté, nos equipamos con armas y municiones, recuerdo que rompí un cordón por tirar demasiado al atarme las botas lo cual evidentemente hizo que Andi se riese pero que a mí me pareció un mal presagio, quizá esa vez Atenea no fuese a acompañarnos, puede que la hija de Zeus mirase hacia otra parte, salimos en lo más oscuro de la noche, hacia las dos, habíamos empezado a descender la colina entre los árboles resbalando en el mantillo empapado, yo tenía miedo, por la

oscuridad o por lo del cordón, no lo sé, mi fusil hacía ruido al golpetear los botones de la chaqueta me obsesioné con ese ruido estaba seguro de que iban a detectarnos por culpa de eso Andrija resbaló cayó de espaldas maldijo como un arriero en voz baja, lo mejor sería volver, pensé, lo mejor sería volver enseguida antes de que pasase algo de verdad, lo cual parecía inminente, «joder, aquí se ve menos que en el agujero del culo de un negro» cuchicheó Andrija a mí no me hizo gracia pero tenía razón podríamos cruzarnos con todo un regimiento sin darnos cuenta, cuanto más bajábamos más empinada era la pendiente, para volver a subir íbamos a tener que agarrarnos a los troncos, los serbios debían de estar justo debajo; nos detuvimos para escuchar no oíamos nada aparte de una lechuza lejana, puede que finalmente la diosa no nos hubiese abandonado, la noche olía a tierra a hierba a frío húmedo a calma muy lejos del estruendo de la guerra Andrija me miraba como diciéndome ¿volvemos a subir? el valle sumergido en la oscuridad estaba claro que por allí no había ningún enemigo solo un rumor irregular de hojas, como pasos vacilantes, allí abajo, cogí a Andi del hombro, me puse un dedo en la boca, alguien se acercaba, de repente la lechuza se calló, alguien se esforzaba por subir la colina resoplando, a nuestra derecha; Andrija sonrió, feliz por no haber hecho la marcha para nada, yo volví a sentir miedo, ya era mala pata, kilómetros y kilómetros de colinas y teníamos que darnos de bruces con los chetniks, cuántos eran, por mucho que agucé el oído no oí más que a uno, un tipo solo resoplando y rompiendo ramas, he ahí lo que deben de sentir los ciervos cuando se aproxima el cazador, ramas rompiéndose y una contracción en el pecho, Andrija me hizo una señal para desplazarnos hacia la derecha e interceptar a aquel pesado ruidoso, quizá un civil, pero qué podría andar haciendo un civil en mitad del frente en plena noche, acaso sería uno de los nuestros que se había perdido y ahora regresaba a nuestras líneas, Andi el valiente se alejó lo más silenciosamente posible yo giré a la derecha, en unos segundos habríamos rodeado al desconocido, ahora lo oía muy claramente una pieza de caza mayor se acercaba a duras penas hacia Andrija yo me escondí detrás de un árbol tenía la boca seca contuve la respiración el chetnik me superó lo cogí por las piernas él cayó al barro Andi le saltó encima le tapó la boca con la mano para ahogar su grito de espanto yo le quité el arma agucé el oído, aparte de la respiración agitada del serbio no se oía un alma en la colina, Andi le puso el puñal en la garganta al soldado petrificado y lo hizo sentarse frente a mí, tenía unos cuarenta años y los ojos desorbitados yo le susurré «si gritas te degollamos, ¿entendido?» él movió la cabeza Andrija retiró la mano pero no el filo, «¿qué haces aquí?» le pregunté, él balbuceó «me han enviado a reconocer el terreno» estaba tan asustado que le costaba hablar, su aliento apestaba a cebolla, yo le pregunté «¿dónde están los otros?» él respondió estoy solo, en un tono de angustia, mentiroso, «¿nos tomas por imbéciles o qué?» Andi le apretó un poco más la nuez con el cuchillo y él se quedó blanco «lo juro, lo juro, estoy solo, tenía que ir a buscar vuestras líneas y me perdí», yo le creí, la víspera después de su ofensiva el frente se había movido y ahora querían saber dónde nos

habíamos retirado como nosotros dónde se habían detenido ellos, así que se lo pregunté, «abajo, al otro lado del río», parecía lógico, no cabía duda de que era verdad, ya podíamos regresar con nuestra presa, esa pieza con los ojos desorbitados había salido solo en plena noche para espiarnos, Andi me preguntó en voz baja «¿vamos?» al levantarme me di cuenta de que nuestro serbio llevaba un macuto, un talego, lo sopesé, los ojos amedrentados del soldado parecieron desorbitarse, lo abrí, estaba lleno de carteras ensangrentadas, de cadenas de oro, de pulseras y de alianzas, un ladrón de cadáveres que venía por la noche a saquear a los muertos que no habíamos tenido tiempo de enterrar durante la jornada, esparcidos en tierra de nadie, puede que fuese un espía pero sobre todo era un buitre de mirada enloquecida, yo oí el ulular de la lechuza a lo lejos, de repente el serbio trató de librarse, de huir, Andrija el furioso cayó maldiciendo yo apreté por reflejo el gatillo de mi arma y dos detonaciones desgarraron la noche seguidas de unos dolorosos gemidos, me acerqué al soldado que se estremecía en el lodo helado cogí su macuto y su fusil Andi lo degolló con un gesto rabioso y limpió su cuchillo en la chaqueta del muerto «venga, regresamos», y poco a poco volvimos a subir, Andrija refunfuñaba en voz baja maldiciendo a los chetniks yo escuchaba a la lechuza ulular y llevarse el alma del difunto al Hades, «tres jóvenes tambores regresaban de la guerra», el tercero dormía allí arriba como un bebé, ni siquiera se despertó cuando fuimos a acostarnos después de confiarle nuestro lúgubre botín a un oficial, los despojos mortales, papeles y joyas de los muertos abandonados; algunos meses antes de que el propio Andrija se fuese a los infiernos, Andrija abatido mientras cagaba detrás de unos árboles por una escuadra musulmana salida de ninguna parte murió como había vivido, irónicamente, caído en su propia mierda como Robert Walser en la nieve, tres balas en el pecho propulsado hacia atrás encima de sus excrementos humeantes, con los pantalones en las rodillas, inmovilizado por su mierda con el arma en la mano, seguro que se estaba riendo solo y decía «Za dom spremni» mientras empujaba, Andi te echo de menos, al alba con la niebla y el sabor a bronce del combate te dije en voz baja «no vayas a cagar ahora, *nećeš valjda sad da kenjaš* si quieres hacerlo aquí», y tú te partiste de risa, pobre capullo croata testarudo y orgulloso, ya me habías vomitado encima una noche de invierno podría haber soportado tu mierda sin problemas, lo habría preferido a que desaparecieses, desvanecido en la ironía Andrija ahora aprieto el botón de plástico negro y el agua que surge de las paredes de acero de este retrete ferroviario tan moderno es un torrente, un río escaso que todo se lo lleva y arroja mi orina a la vía y los travesaños que desfilan a ciento cincuenta por hora para manchar la Toscana eterna con un placer inmenso

XII

otra vez en mi asiento, una jaula en movimiento, los párpados cerrados: por mucho que lo intente no hay nada que hacer, agotado lamentable medio ebrio la vejiga vacía y no consigo persuadir a Morfeo para que me lleve lejos de este tren durante un rato, con Andrija en un sueño heroico, con Stéphanie en un sueño erótico, aunque sea una pesadilla inspirada por los miles de muertos del maletín lleno de fotografías del horror, vuelvo a abrir los ojos, la pareja de las palabras cruzadas sí que sabe, tranquilos, ella duerme con la cabeza sobre el hombro de su compañero y él lee, eso podría hacer yo también, retomar mi libro, ir al encuentro de Intissar y los palestinos celestes, recuerdo que de niño para pasar el tiempo en los largos trayectos en coche mi hermana y yo jugábamos a adivinar la procedencia y el destino de los automóviles con los que nos íbamos cruzando, de dónde viene la parejita de crucigramistas del otro lado del pasillo, adónde van, eso en un tren es demasiado sencillo sé que subieron en Milán y que van a Florencia o a Roma, pero a hacer qué, tengo la impresión de que él es profesor, pongamos que de violín; sí, eso es, profesor de violín, tiene pinta de rascatripas me recuerda a un amigo de mi madre con el que solía tocar música de cámara, y su compañera ha sido alumna suya, seguro, aunque ella tenga más pinta de arpista o de flautista: pantalones de pana, blusa de flores, cabellos largos y no precisamente muy limpios, por lo menos no tan limpios como lo estarían, digamos, si tocase el piano o la viola, ser espía te hace observador; a menudo, sumergido en el bulevar Mortier en la sede de lo oscuro y lo escondido, de la información estratégica o trivial, a menudo olvidas dónde estás, el oficio se convierte en rutina, las investigaciones, las comprobaciones, las fichas, las síntesis, los informes, los corresponsales, los secretos, los agentes, los amigos, los enemigos, la intoxicación, las fuentes, la manipulación, la información humana y tecnológica, todo eso se cuele en la normalidad, en lo cotidiano, como un empleado municipal que anota en el registro civil los nacimientos las defunciones los matrimonios los divorcios las adopciones las menciones marginales sin que eso le afecte para nada: la pasión del principio desapareció en muy poco tiempo, Lebihan el hombre de las ostras y el pedal tenía razón, mientras se rascaba me decía «ya verá usted, se le pasará», me imagino que como un picor, la curiosidad y la alegría de aprender desaparecen con el tiempo; los dos primeros años estaba seguro de que mi reclutamiento había sido un error, pensaba que la dirección advertiría de inmediato que se había equivocado, que mi pasado y el de mi familia me descalificaban como espía al servicio de la República, que el responsable de la investigación preliminar de seguridad había hecho mal su trabajo, a pesar de los tres meses de investigaciones diversas que transcurrieron antes de emitir los resultados de las oposiciones, del reclutamiento, me preguntaba cómo el Servicio había decidido integrar a un elemento política y militarmente dudoso, susceptible de filias fascistoides y extranjeras, uno más de los misterios de ese templo de Isis que es nuestro cuartel donde solo los

iniciados tienen acceso, sacerdotes, demiurgos y oráculos de las sombras, qué ingenuo fui; por supuesto que los dioses del Bulevar habían previsto un destino para mí, y no ignoraban nada de mi pasado, al contrario, con el tiempo acabarían utilizando esos defectos, esas cualidades, con el tiempo, anestesiado por la costumbre y el funcionariado, ensimismado, acabaría olvidando que era un peón como otro cualquiera al servicio de las disputas de Zeus, de Era, de Apolo y de Palas Atenea, un peón sujeto a un destino tan oscuro como las nubes amontonadas sobre el Olimpo inaccesible, quien no se consuela es porque no quiere, también podría decir que han jugado conmigo que me han engañado manipulado y utilizado, ni siquiera este maletín de documentos hurtados en interminables investigaciones se les escapa, sin duda estaban al tanto, hasta me habrían facilitado la tarea convencidos de que algún día podría servirles de algo, algún día todo eso tendrá su utilidad, no me estoy escapando, es probable que a pesar de mis precauciones muy pronto se enteren de la identidad de Yvan Deroy y la añadan a mi expediente, uno nunca sabe, en un momento u otro podríamos necesitar del bueno de Francis, de su información, de su cuchillo, de su ingenuidad, puede que un día Stéphanie llegue a la cumbre de la jerarquía de la información y trate de vengarse, con el favor de los dioses le bastará con pedirles mi cabeza y el Kraken aparecerá en una playa privada italiana, en Puerto Hércules en el Argentario por ejemplo a echar una sustancia desconocida en mis *spaghetti alle vongole* y moriré hidrocutado una hora después de zambullirme en el Mediterráneo, en el cementerio azul, en el mismo lugar donde Caravaggio, también él señor de la decapitación, allí donde cayó tieso: una defunción impecable y muy italiana, «un turista francés fallece de una parada cardiaca después de una comida regada con vino. Ya muy cerca de los cincuenta, el francés Yvan Deroy, de vacaciones en el monte Argentario, ha venido a engrosar la triste lista de los imprudentes que no esperan tres horas después de la comida para bañarse», titulará el periódico local entre dos cotilleos mundanos, y mi desaparición no hará que el mundo deje de girar, lejos de eso a lo mejor encuentran un lugar en la Isla Blanca en la desembocadura del Danubio donde depositar mi cuerpo, si es que las morenas y los congrios no han dado cuenta de él, junto a Andrija gran domador de yeguas, y ya está; tengo ganas de abrir el maletín, para calmarme, mi seguro de vida como dirían en una película de espías, el seguro de vida que voy a liquidar con esos cardenales y febriles franciscanos, agentes del Gran Archivador, me levanto, la pequeña maleta sigue discretamente esposada a la barra de acero de la repisa portaequipajes, me da pereza sacar la llave, podría volver a ponerme con el libro de Rafael Kahla, ver qué sucede con Intissar y sus aventuras libanesas, en aquella reunión informal de El Cairo entre honrados traficantes la mitad de los participantes venía del Líbano, yo mismo acababa de llegar de Beirut donde me había reunido con el secretario del más rico de ellos, Rafiq Hariri el buenazo apasionado de las codornices asadas y el cordero crudo que allí confirmaba su donativo a nuestra causa, también a nivel financiero, algo nada despreciable, una ofrenda a los dioses de la Zona, para que le fuesen clementes: la

gran mayoría de los libaneses presentes en aquella reunión de El Cairo murieron de forma prematura, Elie Hobeika el carnicero de Chatila estalló en su coche el 24 de enero de 2002, Mike Nassar gran vendedor de armas el 7 de marzo del mismo año, etcétera, Ghazi Kanaan el ogro vigoroso acogía a todos esos futuros cadáveres en su casa para cenar, el 22 de enero Elie Hobeika es invitado a casa del sirio de los rasgos prominentes, qué es lo que le dice, lo cierto es que no hablan de los palestinos masacrados en los campos en 1982 ante la atenta mirada del ejército israelí, ni de los islamistas reducidos a cenizas ese mismo año por el poder de Damasco, puede que hablen del proceso que Bélgica intenta abrirle a Ariel Sharon por crímenes contra la humanidad, en el que Hobeika ha sido llamado a testificar, sonríen, puede que hasta se rían de la broma que los belgas acaban de jugarle a Sharon, es del todo improbable pero uno nunca sabe; lo que los sirios querían era no perderlo todo en la tempestad *post* 11 de septiembre, la invasión de Irak, el New Deal oriental de Bush el ingenuo obstinado, Damasco tenía miedo, pobre Hobeika, todo el mundo lo quería muerto los palestinos los israelíes los libaneses quizá por eso Ghazi Kanaan lo invita a cenar, para acariciarlo por última vez como a un perro enfermo antes de la eutanasia, sabe que va a sacrificar a Hobeika antes de que hable demasiado, presionado por un mecanismo inexorable que se va cerrando, y no hay más, es lo que en las novelas se llama sacrificar un peón, en jerga eso es «clarificar la situación», «vamos a clarificar la situación» significaba que alguien iba a desaparecer, en el fulgor de un coche bomba, Hobeika el apuesto comandante de las fuerzas especiales de las Falanges durante la guerra civil llevaba dos botellas de aire comprimido en el maletero, una careta y unas aletas, le gustaba el submarinismo, una perversa casualidad, le gustaba el submarinismo y una mañana bajando de Hazmieh hacia Beirut le explotó al lado un anodino automóvil y con él las dos botellas de inmersión, destriparon el asiento trasero en el que iba sentado y perforaron el cuerpo de Elie Hobeika con trozos de acero y con los muelles del asiento, adiós al gracioso verdugo, tan diplomático, ni siquiera tuvo tiempo de pensar en nada antes de que un sombrío velo cubriese sus ojos, adiós, ya no pudo volver a ver los luminosos cohetes del ejército israelí que guiaban a sus soldados por entre los callejones de Chatila, aquellas noches de septiembre de 1982, tres noches y tres días de cuchillos y de ametralladoras por cuántos palestinos masacrados, no se sabe, entre setecientos y tres mil, según las fuentes, sepultaban los cadáveres con *bulldozers*, en secreto, el ejército israelí les había pedido a los milicianos de Hobeika que limpiasen el campo de los terroristas que todavía quedaban, que limpiasen el campo de los terroristas por nacer, de los terroristas en ciernes, de los terroristas jubilados y de las posibles genitoras de futuros terroristas, eso es lo que debieron de entender los libaneses de los largos filos, esos milicianos del partido de las Falanges fundado por Pierre Gemayel el atleta, admirador del orden fascista y hitleriano que había descubierto en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, el nombre de su movimiento lo toma prestado de España, una vez más la simetría mediterránea, Beirut y Barcelona se tocan al doblar

por el eje Roma/Berlín, está claro que Pierre Gemayel el del pelo engominado aspiraba a un destino español para su país, una victoria de los nacionales tras una triste pero necesaria guerra civil, me apetece reencontrarme con Intissar y los combatientes palestinos pero tengo demasiado sueño para continuar leyendo, me instalo más cómodamente, las piernas estiradas sobre el asiento de enfrente, he estado a punto de quitarme los zapatos después de todo por qué Yvan Deroy no iba a quitarse los zapatos en un vagón de primera, en mi caso estoy tan sometido a la buena educación que me pregunto si llevaré los calcetines limpios, si no estarán agujereados y ante la duda decido no hacerlo, si al otro lado del pasillo se despertase la flautista o arpista y se las viese con el dedo gordo de mi pie saliendo de un viejo calcetín deformado la humillación sería demasiado grande, la hipocresía del zapato bien encerado que esconde la miseria del pie, también mis pantalones disimulan unos calzoncillos desgastados con las gomas dadas de sí; así es el mundo de las apariencias, quién puede llegar a conocer a su prójimo, una vez me sorprendió mucho encontrar la foto de una niña en la mochila de Andi, bien guardada entre las páginas de la pequeña Biblia que él jamás abría porque, según nos contaba, se la sabía de memoria, la fotografía de una niña de once o doce años, con coletas, Vlaho y yo enseguida decidimos cachondearnos de él, es tu novia, no está mal, y nos pasábamos el retrato como un balón sin que él pudiese cogerlo, «venga muchachos, ya está bien, basta, devolvédmelo», y nosotros pitorreándonos de las evidentes ventajas de semejante juventud, la virginidad asegurada la ausencia de celulitis y todas las obscenidades machistas que se nos fueron pasando por la cabeza hasta que Andrija estalló, nos miraba desquiciado con toda la rabia de que era capaz y una mano en el cuchillo, de estar armado nos hubiese ametrallado allí mismo, Vlaho el magnánimo le devolvió la foto inmediatamente como si acabase de recibir una orden divina y así es como vimos dos lágrimas que recorrían las mejillas de Andi el furioso, acarició el rostro de la niña se la llevó al corazón y se la guardó con mucho cuidado, esta vez en el bolsillo, cuando volvió a levantar la cabeza sonreía, sonreía diciendo «es mi hermana panda de capullos», nosotros nos quedamos blancos, avergonzados, avergonzados porque las lágrimas de Andrija eran culpa nuestra, acabábamos de descubrir su debilidad, avergonzados como si nos hubiésemos enterado de una terrible discapacidad, tan avergonzados como si, a nuestro pesar, hubiésemos descubierto que tenía un sexo minúsculo o un solo cojón, el guerrero tenía sentimientos, lágrimas, la ternura de Andi todavía nos resultaba más inconcebible por cuanto él jamás nos había hablado de esa hermanita, por pudor, porque él mismo tenía vergüenza de su afecto como yo de mi calcetín agujerado de mi ropa interior de vagabundo de mi vida de soplón o de poli de haber tenido miedo de haber sido un cobarde de haber abandonado a Stéphanie, a Marianne, a mi madre, todo el peso de la interminable vergüenza de Francis el cobarde que hoy trata de redimirse con un maletín y un pseudónimo, en Roma ciudad del gran perdón y las indulgencias, o más bien en los alrededores de Prato, casi hemos llegado a Florencia, Prato ciudad natal

de Curzio Malaparte el inquieto; el periodista exfascista desengañado, propietario de una de las villas más hermosas del mundo en Capri, está enterrado en su casa a dos pasos de aquí, como buen toscano, y no cerca de su villa en la isla napolitana, esa inmensa escalinata de piedra entre el mar y los peñascos, sublime paralelepípedo en el que sabe Dios cómo Godard consiguió filmar *El desprecio*; Brigitte Bardot se bañaba desnuda en la cala al final de los escalones, Fritz Lang daba vueltas aburrido, Michel Piccoli fumaba y yo me imagino a Georges Delerue tocando el violonchelo en la terraza de magníficas vistas: en esa casa tan sobria se rompió la pareja Piccoli-Bardot durante el rodaje de *Ulises*, película de Fritz Lang, y cuando el astuto guerrero divisa Ítaca la lejana desde su cóncava nave lo que está avistando es la villa de Curzio Malaparte en Capri, perdida como un barco en medio del oleaje, Curzio Malaparte en realidad se llamaba Kurt Suckert, su padre era alemán, a la edad de dieciséis años el joven Kurt se alista y participa en la primera guerra mundial, cuando vuelve queda fascinado por la «revolución social» que prometen las *squadre d'azione*, esos originales milicianos que torturan a los hombres de izquierdas haciéndoles beber aceite de ricino hasta que sus intestinos estén completamente líquidos: Malaparte se convierte en uno de los primeros teóricos del fascismo, hasta que en 1928 Mussolini lo decepciona, Malaparte el desengañado es un periodista fecundo, enviado especial del *Corriere della Sera* con las fuerzas del Eje en Croacia en Polonia y más tarde en el frente ruso, en 1943 entrevista a Ante Pavelić el Poglavnik croata, en *Kaputt* cuenta que el Führer eslavo de las grandes orejas era un hombre más bien afable y bastante reservado, un ferviente católico con una cesta llena de moluscos sin concha sobre la mesa que a Malaparte le parecieron ostras dálmatas, pero nada de ostras, le aclaró Pavelić, se trata de un regalo de mis ustachis, cuarenta libras de ojos humanos, viscosos de humor vítreo, medio aplastados los unos contra los otros, un centenar de ojos serbios regalados al jefe de la patria triunfante, Curzio Malaparte cuenta esta historia en una novela, acaso es verdadera yo qué sé, sea como sea es cierta para muchos serbios y para todavía más occidentales, parece que en su lecho de muerte Malaparte lo habría desmentido, lo cual todavía me parece más improbable, por qué preocuparse en el momento de la gran zambullida por la reputación del dictador, la cosa no iba de tan poco, un centenar de víctimas más y unas cuantas extirpaciones no iban a cambiar nada, también podría haberse tratado de dedos de orejas de narices de cojones o de partidas de nacimiento, por eso que no quede, sin duda el retrato de Malaparte es bastante realista, Pavelić el hombre discreto sonriente simpático y cultivado comandaba una banda de asesinos, guste o no guste, ordenó la detención y la muerte violenta de los enemigos del pueblo croata, no era profundamente antisemita ni profundamente antiserbio, solo era pragmático, de ese gran pragmatismo celiniano de los años treinta y cuarenta según el cual todo problema requiere una solución, toda pregunta una respuesta, cada uno tenía su diablo, los judíos los serbios los comunistas los fascistas los francmasones los saboteadores y cada uno procuraba resolver su problema de forma definitiva con la ayuda de unos u

otros; los subalternos procuraban sobre todo enriquecerse, Globocnik el hombre de Trieste, Ljubo Runjas el exilado valenciano, trataron ante todo de llenarse los bolsillos con los bienes robados a los muertos, no eran ideólogos, eran simples ladrones de cadáveres a gran escala, a la escala de millones de hombres y mujeres pasados por las armas o por el gas, los ojos de Malaparte no son más que la mirada viscosa de todos esos desaparecidos de cuerpo humillado y saqueado, Curzio Malaparte el ambiguo voluble que pasa del fascismo al cinismo a la resistencia al comunismo hasta ingresar en el seno de la Iglesia católica apostólica y romana en una tumba en Prato hermosa ciudad de la Toscana que el tren atraviesa en tromba, yo le regalé su novela *Kaputt* a Stéphanie, su mohín dijo mucho de su consideración por ese tipo de autores, yo el inculto neofascista osaba regalarle libros, yo, que no había tenido la suerte de ser admitido en el círculo de la cultura, Stéphanie, que sin embargo me amaba apasionadamente, no podía soportar lo que yo representaba, alguien que había empezado tarde a leer, por aburrimiento, por desesperanza, por pasión, quizá tratase mis lecturas con tanta arrogancia por simple envidia, quería convertirme en ella, que estudiase y preparase unas nuevas oposiciones para escalar en la jerarquía, intentaba convencerme diciéndome «ya te has sacado Ciencias Políticas, las oposiciones internas son una mera formalidad», yo pensaba secretamente que me iba a tocar conciliar a Proust y Céline, que de repente al mojar mi cruasán en el café tendría un orgasmo y que me haría médico, yo prefería a Lebihan su bicicleta y sus ostras, en lo referente al salario mi puesto era inferior, claro, pero por mí estaba bien, me bastaba para dedicarme a la bebida, al duelo, a mis notas, a mis sombras, por supuesto no jugaba en el patio de los mayores como ella, no tenía la sensación sin duda agradable de controlar el planeta, o por lo menos un pedazo, trazando planes perspectivas posibilidades de evolución, en fin, todo el prestigio que confieren el futuro y la anticipación en un mundo de chupatintas, esa ilusión de la decisión, yo tenía suficiente experiencia como para saber que siempre hay una mano escondida más arriba, un general de división por encima del general de brigada, o al revés, ya no lo sé pero puede que Stéphanie sí pues ella era una mujer con responsabilidades en un mundo extraordinariamente machista y no entendía que yo tirase la toalla incluso antes de intentar ascender en el Servicio, ella que desde que tenía veintisiete años frecuentaba el gabinete del ministro de Defensa, de los directores, de los responsables de Dios sabe qué parte del Elíseo o de Interior; Stéphanie se sentía pobre, cuanto más frecuentaba a la gente de arriba más irrisorias le parecían sus rentas y sus medios, mientras que yo entre unas primas y otras tenía la impresión de ser rico, alquilaba un apartamento de dos habitaciones que no era tan minúsculo y poseía tres camisas un paquete de fotografías y una pistola Zastava modelo 1970 sin percutor para no sentirme tentado de utilizarla, nunca me privaba de nada, ella se pasaba el tiempo preguntándome pero ¿cómo lo haces? ¿cómo te las arreglas económicamente? yo no tenía ni idea, en opinión de Stéphanie el dinero estaba ahí fundamentalmente para ser atesorado, acumulado, almacenado, invertido,

para más tarde, para Dios sabe cuándo, Dios sabe para qué, ya era la propietaria de su apartamento, todos los meses le devolvía al banco una fortuna y todavía encontraba la forma de ahorrar; estábamos enamorados, éramos inseparables como el ciego y el inválido de Jerusalén: ella veía en mi lugar, me guiaba en la oscuridad o al revés, a cada uno nos gustaba lo que al otro le faltaba y esa atracción por la ausencia era tan fuerte como la antimateria consagrada a la destrucción a la explosión y al gran silencio, una auténtica novela sentimental, según parece el amor es una de las constantes de la literatura universal; por extraño que parezca la frase es de Lebihan el enamorado de los moluscos y las bicicletas, el hombre capaz de expedir un contingente de sospechosos a Guantánamo y zamparse dos docenas de ostras, una vez me habló de amor, pero no se trataba de él de mí o de la secretaria sino de *Los miserables*, en su chalet de las afueras (yo me imagino un chalet en las afueras, pero puede que después de todo viviese en un suntuoso apartamento en quai Voltaire) él seguía regularmente y con pasión no sé qué adaptación televisiva de la *novela*, y cada mañana comentaba lo que les sucedía a los personajes, sus gestos, como si para él allí hubiese un auténtico *suspense*: Lebihan desconocía con encantadora sinceridad el final de *Los miserables*, decía «Francis Francis ayer Marius besó a Cosette» o cualquier otra cosa por el estilo, entonces yo respondía «ah, el amor, señor Lebihan», y es entonces cuando él me salió con que «el amor es una de las constantes de la literatura universal, Francis», lo cual me dejó boquiabierto, debo decirlo, jamás se me había ocurrido, no cabe duda de que Lebihan no se equivocaba, Rafael Kahla habla de amor, entre Beirut y Tánger, en su elegante opúsculo, una pasión palestina de combatientes con pesadas botas, qué le sucedería a Intissar la noble, dónde la dejé la última vez, doblé una página, aquí:

XIII

Ahora Marwan está muerto, su cuerpo se ennegrece bajo el sol de Beirut, cerca del aeropuerto, a apenas cien kilómetros de su lugar de nacimiento.

Ahmad. La presencia de Ahmad al lado de Marwan turba a Intissar. Ahmad el cruel. Ahmad el cobarde. ¿Qué hacían juntos? Después de este incidente ya solo les uniría una causa común y un odio frío. Sin embargo, la primera vez que vio a Ahmad algo la hizo temblar. Sucedió en la línea del frente. Hacía un año más o menos. Unos cuantos combatientes regresaban del sur. A Ahmad lo traían prácticamente a hombros: guapo, aureolado y victorioso. Un grupo de fedayines se había introducido en la zona de seguridad, se había enfrentado a una unidad del ejército israelí y había destruido un vehículo. Hasta Marwan admiró entonces su valor. Intissar le había dado la mano a Ahmad y lo había felicitado. Los hombres cambian. Las armas los transforman. Las armas y la ilusión que estas procuran. El falso poder que insuflan. Todo lo que pensamos que podemos conseguir con ellas.

¿Para qué puede servir ahora el kalashnikov tendido sobre sus muslos como un recién nacido? ¿Qué podría conseguir con su fusil, tres olivos y cuatro piedras? ¿Un kilo de naranjas de Jaffa? La venganza. Conseguirá la paz de su alma. Vengar al hombre al que ama. Después se consumará la derrota, la ciudad se hundirá en el mar y todo desaparecerá.

—Hola muchachos.

—*Ahleeeeeen ya Ahmad* —responden los que juegan a cartas.

Ahmad tiene un brazo en cabestrillo, sonrío. No ha visto a Intissar. Habib lo felicita por su salida del hospital y le hace un gesto con la cabeza señalándole a la joven sentada en el suelo.

Ella siente que se le estrecha la garganta.

Ahmad se le acerca. Ella se levanta. Él la mira fijamente a los ojos.

—Intissar...

Pone cara de circunstancias, de duelo. Deja el arma para darle el pésame a la viuda.

—Intissar, no había nada que hacer...

Ella siente unas repentinas ganas de llorar pero procura dominarse. Es una combatiente. Los combatientes no lloran en público.

—Estábamos de reconocimiento, ahí delante. Uno de sus carros estaba escondido detrás de una pared, con el motor apagado, al despuntar el alba, nos dispararon con la ametralladora, Marwan cayó, a mí me alcanzó un rebote. Gracias a Dios solo un rasguño. Él quedó en el eje de tiro, ¿lo entiendes? Imposible sacarlo de allí.

Ella sigue impasible.

—¿Y ahora? ¿Y ahora? ¿Crees que podríamos ir a buscarlo?

—No sé. No sé, seguro que sacaron el carro de ahí enseguida, pero...

—¿Esta noche?

—Tú... ¿quieres verlo?

—¿Cómo?

—Desde ahí arriba a lo mejor podemos verlo. Habib, ¿crees que puedo subir con ella al tejado? Ahora está tranquilo, ¿no?

Habib esboza una sonrisa apenada y dice: sí, si queréis, pero id con cuidado, si os localizan os tomarán por snipers y nos bombardearán. Ojo con los reflejos de las armas y los prismáticos, ¿OK?

Ella siente cómo se le retuerce el estómago. El hambre. O la perspectiva de avistar el cuerpo bajo el sol de la tarde. Se pregunta si Habib sabía que a lo mejor desde el tejado del edificio podían ver a Marwan. Seguramente. Es la derrota. Ya no se va a por los muertos. Ya no quedan fuerzas para verlos. Ahmad se ha colgado unos prismáticos del cuello. Ella le deja subir delante porque sabe que él aprovecha la más mínima ocasión para mirarle el culo. Trata de ver a través de sus pantalones. Eso cabreaba a Marwan, que Ahmad no le quitase los ojos de encima. La ascensión es complicada. Para llegar al primer piso hay que salir del edificio y entrar otra vez por un agujero de cohete por el lado del hueco de la escalera, una escalera que ya no existe, ahora en su lugar hay un montón de escombros y una escalerilla oscilante. Ahmad sube, ella se agarra a uno de los travesaños, él le tiende la mano para ayudarla, ella hace como si no la viera y, de un salto, se planta en el rellano. Para alcanzar el segundo faltan los cuatro o cinco primeros escalones. Hay que subir a plomo, haciendo fuerza solo con los brazos. De nuevo, Ahmad le ofrece su ayuda. Ella no quiere tocarlo. Salta y de un golpe brusco se impulsa con la pelvis hasta la altura del escalón. Está fuerte. Embutida en su uniforme empieza a sudar, pero no quiere quedarse en camiseta aunque debajo lleva, casto caparazón, un grueso sujetador, casi un corsé. Así que se limita a desabrocharse un par de botones de la chaqueta. A los rellanos que quedan es más fácil llegar, pero los dos últimos están destruidos en sus tres cuartas partes, el tejado está prácticamente hundido, hay que trepar por los bloques de hormigón inclinados teniendo cuidado con los hierros que sobresalen. El sol es implacable. El polvo, el esfuerzo y el calor le dan una sed terrible. Tiene la garganta completamente seca, no logra articular palabra. Se arrastran siguiendo una especie de pasaje a través de la terraza atestada de escombros y de cartuchos. El sol los clava al cemento. Alrededor de ella, Beirut centellea. A la derecha, el mercurio del mar y el inmenso solar del aeropuerto; a la izquierda se atisba la Ciudad Deportiva y el campo de Chatila. Delante, ajaracas de callejones arruinados, cortados en cuatro por dos grandes calles cubiertas de coches quemados, de basura y manchas sombrías, como charcos de aceite, de hormigón fundido por el fósforo. He ahí lo que queda de la ciudad. Rastros oscilantes, escombros, polvo de estrellas. Y en medio el cuerpo de Marwan.

Ahmad se ha acercado lo más posible al extremo del tejado y ha sacado los

prismáticos del estuche. Ahora escudriña el campo de batalla hacia el sur. A pesar de su asco, Intissar se ha acercado a él casi hasta tocarlo. Ahmad se queda quieto. Cuchichea:

—Mira, allí delante, las posiciones israelíes. Sus tanques están escondidos por aquellos callejones. Y allí, en la esquina de la calle más grande, allí está Marwan.

Ella empieza a temblar. De pronto le han entrado ganas de orinar. No sabe si debe coger los prismáticos que Ahmad le tiende. El sol a su espalda, están a contraluz, los israelíes no pueden advertir su presencia. Ella mira. Los ojos nublados por las lágrimas o el sudor. No ve nada. Se seca con la manga. Una imagen borrosa, confusa, rápida, una pared de hormigón, una farola torcida. Se orienta. Tiene miedo del momento en que el cadáver aparezca en primer plano sobre la acera. Recorre con la vista la calle que le ha señalado Ahmad. Lo divisa. Pasa de largo. Vuelve hacia atrás. La boca le sabe a bilis. Siente una arcada. Es Marwan. No se ven más que sus brazos extendidos, su cabeza echada hacia el otro lado, sus cabellos, su espalda oscurecida. Su espalda oscurecida. La enorme mancha sombría en su chaqueta. Las moscas que revolotean. Aparta los prismáticos para llorar. No hay duda. Es él y está muerto. No llora. Vuelve a coger los prismáticos. Lo mira una vez más y luego anota mentalmente las indicaciones para llegar hasta allí. Esa calle, luego a la derecha, luego a la izquierda todo recto y debería llegar justo a la esquina donde descansa en el suelo. Ahora verifica el trayecto a simple vista, más o menos trescientos metros. La farola torcida como un árbol para orientarse. Trescientos metros no son nada.

Ahmad seca cuidadosamente las lentes con un trapo sucio. Ella retrocede y regresa arrastrándose al amparo del tejado. Ahmad la sigue. Mira sus piernas y sus nalgas ondulantes, un muslo contra el otro, los pantalones manchados de sudor. Intissar solo tiene en la cabeza a Marwan. Son las cuatro. Lo abatieron hace más o menos doce horas. Busca en sus horribles recuerdos el estado de un cuerpo abandonado al sol después de doce horas. Moscas sobre la sangre coagulada, en la boca si está abierta, en los ojos si están abiertos. Un cuerpo tieso que todavía no ha empezado a reblandecerse. Por lo menos debe de estar un tanto protegido por la sombra de la pared. Ahora llora a lágrima viva. De repente siente ganas de gritar Marwan, Marwan, Marwan. Desciende tan rápidamente como puede, se araña la muñeca con un hierro del hormigón, por poco se tuerce el tobillo al saltar sobre el escombro. Ahmad la sigue a duras penas. Cuando llega abajo se dirige donde los jugadores de cartas y se hunde en un rincón. Tiene calor. Tiene sed. Se estremece de dolor. Marwan, el último muerto de la derrota. Marwan, el cadáver de la ciudad que se desploma.

Hace unos días, en la habitación del apartamento requisado que ocupaban en Hamra, Marwan todavía decía: en 1975 todas las esperanzas nos estaban permitidas. El Movimiento era fuerte y permanecía unido, los libaneses de izquierdas seguían de nuestro lado, incluso Siria, eso creíamos, los únicos traidores eran los jordanos, quizá también los egipcios. La ocupación de Cisjordania y de Jerusalén era reciente, no era

irreversible, la guerra de octubre había demostrado que Israel no era invencible, el mundo empezaba a oír hablar de los palestinos, Beirut estaba hermosa, llena de intelectuales marxistas y de poetas, de europeos izquierdistas que llevaban la kufiya y se emborrachaban en los bares de Hamra. Al sur había acciones gloriosas, dinero, armas soviéticas y fedayines que se entrenaban en la lucha armada. ¿Te imaginas?, pensábamos que íbamos a poder liberar el país. A nuestra escala, nuestros miles de soldados parecían algo colosal. Y lo eran. Lo eran para los palestinos de los campos y para los libaneses de nuestro lado. Teníamos las luchas internas bajo control, las disputas. Éramos más fuertes que nunca. Mira hoy, cercados, traicionados, nuestra última ciudad reducida a escombros. Los libaneses nos dejan tirados. El mundo árabe va a extirparnos como un quiste, nos echarán al mar quién sabe hacia dónde. Si nos vamos ahora ya nunca regresaremos, Intissar, hazme caso. Si Beirut cae Palestina será un jardín israelí, y nosotros, como mucho, los animales de su corral. Hay que combatir. Desde aquí podemos ver Galilea, podemos sentirla. Está allí. Nuestro pueblo está allí. Prefiero morir por Beirut que pudrirme lentamente en un peñasco del Mediterráneo.

Ahora Marwan se pudre en una encrucijada. Nunca se casó con ella. Intissar no necesitó preguntarle por qué. ¿Quieres que fabrique niños que vivirán en campos miserables bajo los obuses de los falangistas?, decía él. Ella en los niños veía la esperanza. Para él la esperanza era el combate. La lucha. A Marwan la derrota lo soldó al suelo de Beirut. Cayó. Ella ama su generosa nobleza. Lucharon juntos dos años. Ella se hizo combatiente gracias a él. Todo el mundo la conoce, la respeta. Ahora tiene la cabeza entre las manos. Lloro. Habib le lleva una botella de agua, en silencio. Ella bebe. Su uniforme está empapado en sudor y lágrimas. Ya nunca volverá a ver a Marwan. Pero tiene que verlo de nuevo. Ayer por la tarde salió hacia el puesto. Los bombardeos habían cesado. No había aviones. Lo besó despacio en los labios. Tenía ganas de él, ganas de tenerlo, de tenerlo en su interior. Lo acarició. Él se rio, la besó otra vez y se fue.

Intissar se levanta. Ahmad observa a Habib y a los otros jugando a las cartas y hablando de las negociaciones en curso. Rumores. Posibles destinos. ¿Adónde van a ir a jugar a las cartas, y por cuánto tiempo? Intissar se pregunta si se irá con ellos. Sin Marwan. A un destino desconocido. A combatir por quién. Ya habrá tiempo de pensar en eso. Ahora, valor. Hay que convencerlos para ir a por el cuerpo.

Se acerca al grupo de los jugadores de cartas. Ahmad la mira fijamente. Ella no sabe si lo que ve es compasión o lujuria. O las dos cosas, quizá las dos cosas a la vez.

—Yo... Yo voy a ir a buscarlo —dice.

Habib suspira. Ahmad abre los ojos de par en par. Los otros dejan caer sus cartas.

—Intissar, espera. No puedes ir sola. Iremos esta noche.

Habib se resigna a acompañarla. No ha tratado de negarse ni tampoco ha argüido el peligro de la expedición.

De repente, un avión en vuelo rasante desgarró el cielo. Luego otro. Los

jugadores se levantan.

—Ya se han ido —dice Ahmad.

A más de cuatrocientos metros por segundo se atraviesa Palestina y el Líbano en tan poco tiempo. Los aparatos israelíes no necesitan más que unos minutos para venir desde sus bases de Néguev o de Tel Aviv. Lejos, detrás de ellos, explota una primera bomba. Al contacto con el aire el fósforo arde durante horas. Las heridas que provoca son terribles, nunca acaban de consumirse.

Ellos están demasiado cerca de las líneas israelíes para sufrirlas. Sin duda los que arden son civiles. Ella se acuerda de los primeros bombardeos, al principio de la invasión. Decenas de víctimas en el hospital Gaza, muchas de ellas solo niños. Horriblemente quemados. Los médicos no creían lo que veían sus ojos: fósforo. Consultaban los manuales para averiguar cómo tratar las heridas, hacía falta sulfato de cobre, no lo tenían, y entonces miraban cómo se fundían aquellas manos, aquellos pies, hasta desaparecer. Después bombardearon el propio hospital, después redujeron el barrio a cenizas, después vino la batalla de Khaldé, después la batalla del aeropuerto, después un alto el fuego, después el sitio, después los combates esporádicos y ahora Marwan está muerto.

Lo cual no impide a los israelíes seguir lanzando bombas de vez en cuando sobre la ciudad desprotegida. Una vela que vacila. De Mazraa a Hamra pasando por Rawché, Beirut oeste es un inmenso campo de refugiados, un gigantesco hospital de campaña. Los que huyeron del sur engrosaron las filas de los desplazados de Fakhani, de Chatila, de Borj Barajné, de Ouzay, sus casas están en ruinas. Sin agua, sin electricidad, sin gasolina para los generadores, sin medicinas, sin víveres. Solo por la noche hay tregua, cuando la frescura relativa de la brisa marina coincide con la interrupción de los bombardeos. Hasta el alba. Los últimos días esa era la hora a la que hacían el amor en la habitación de su apartamento de Hamra, en silencio para no molestar a nadie, con la ventana abierta para aprovechar la brisa. ¿Cuatro días? Cuatro días tranquilos durante las negociaciones de Arafat y los americanos. Una tregua, un tiempo muerto antes de la caída inevitable.

—Ya se han ido —dice Ahmad.

La segunda bomba resuena más cerca, se oye el grito estridente del avión evitando los tiros de DCA. Ella se pregunta lo que verán los pilotos desde tan alto. Deben de ver hasta Damasco, más allá de la montaña. Según parece, cuando Leila Khaled secuestró el avión de la TWA, obligó al piloto a sobrevolar Haifa para ver Galilea desde lo alto. Marwan se lo contó. Él ya nunca verá Palestina. Aunque ¿acaso existe todavía? Ella no cree que en Palestina haya una ciudad tan hermosa como Beirut, en invierno, cuando desde la Cornisa se atisban las nieves del Sannin. Una ciudad que se zambulle en el mar como Beirut en Rawché o en Ramlet al-Beyda. Una ciudad con un faro, colinas, hoteles de lujo, tiendas, cafés, restaurantes, pescadores de caña, enamorados al borde del agua, *nightclubs*, prostíbulos, universidades y tantos políticos y periodistas que no se sabía qué hacer con ellos. Y muertos, también

muertos, tantos que no se sabe dónde meterlos. ¿Qué va a hacer ella con el cuerpo de Marwan? Lo desnudará. Lo lavará con sus propias manos. Lo enterrará. Si no lo prohibiese la religión construiría una enorme pira y lo quemaría. Contemplaría cómo Marwan se esfumaba en el cielo del verano y alcanzaba Palestina por el aire, junto a los aviones israelíes. Pero no, lo enterrará en tierra libanesa. En un cementerio improvisado y provisional lleno de tumbas palestinas. A fin de cuentas, ¿a quién pertenece la tierra? A los campesinos y a los muertos.

—Otro —dice Ahmad.

Esta vez la explosión es inmensa. El edificio tiembla y los cubre de polvo. El ruido del cataclismo y las vibraciones han tirado a Intissar al suelo. Las orejas le silban. Se levanta y se sacude el polvo. Dos combatientes salen por detrás con precaución para ver dónde ha caído el artefacto.

¿Por qué seguir bombardeando si ya saben que han vencido? ¿Queda algo por destruir? Siente una rabia impotente, una cólera blanca, como cada vez. ¿Qué pueden hacer contra los aviones? Los pocos misiles SAM-7 y 8 que tienen resultan inútiles, muy pocos saben hacerlos funcionar correctamente. Marwan. Esta noche irán a buscar el cuerpo de Marwan, lo enterrará, llorará, y esperará a que todo se hunda.

Desde 1975 la guerra la ha desplazado muchas veces. De la casa de sus padres hasta esa habitación en Hamra. Siete años. El primer otoño del conflicto, cuando cumplió veinte años, fue una carnicería. Francotiradores, explosiones, matanzas con hacha, fusilamientos, pillajes, bombardeos. Luego se convirtió en una costumbre. Intissar se acuerda de las manifestaciones, las huelgas, las universidades cerradas, las masacres en la Cuarentena, el sitio de Tell Zaatar: una forma macabra de rutina. Hasta aquella mañana de agosto de 1978, hacía ahora cuatro años, en que desaparecieron sus padres. Los dos. El atentado destruyó totalmente la sede de la OLP, ciento cincuenta muertos. Con el duelo se derrumbó. Los meses siguientes se fue apagando. Deambulaba como un fantasma sin siquiera tocar el suelo. El apartamento vacío, los cristales precintados en cruz para evitar que estallasen con los obuses. La penumbra permanente. Las menstruaciones eternas, el cuerpo que no dejaba de sangrar. Sin ninguna voluntad, nada. Flotaba como Beirut a merced de los acuerdos internacionales. Hoy, perder a Marwan no es más difícil. Tampoco más fácil. De nuevo a empezar de cero. Perder la ciudad cada vez, una ciudad que ha empezado a licuarse bajo las bombas, a vaciarse poco a poco en el mar, con el enemigo ante las murallas, por todas partes. Pensar es inútil. Que sea lo que Dios quiera. Irá a recuperar el cuerpo de Marwan, para lavarlo y enterrarlo, y luego, luego dependerá de las decisiones de los americanos, los israelíes, los rusos y otros dioses lejanos: harán lo que les parezca.

Esperar a la noche se le hace duro. Recuerda la espera del fin del ayuno de ramadán, en primavera o en verano, interminable. De niña hacía trampas, a última hora de la tarde tenía demasiada sed, iba al baño a beber y luego, avergonzada, le pedía perdón a Dios. Esperar ayudando a preparar los platos de *iftar* y la abundante

pastelería era un auténtico suplicio. Su madre sospechaba que hacía trampas, por supuesto, pero no decía nada. Siempre sonreía. Cómo podía resistir con tanto alimento entre las manos mientras preparaba las sopas, los buñuelos, los pasteles, las bebidas. Su padre llegaba unos minutos antes del *adhan* y la ruptura del ayuno, el cielo de Beirut ya estaba teñido de rosa y azafrán, Intissar sentada a la mesa, los platos servidos, se sentía como un corredor en la línea de salida. Sus padres no eran religiosos. Perteneían a la izquierda marxista de Fatah. El ramadán no tenía nada que ver con la religión. Era una victoria sobre uno mismo y una tradición. Casi una victoria de Palestina. Una tradición que te relacionaba con un mundo, con el mundo de la infancia y del *qamar eddin* anaranjado importado de Siria, la sopa de lentejas, el zumo de tamarindo traído de la India, la canela, el cardamomo, la noche que cae poco a poco sobre todo un pueblo que se atiborra, antes de cantar, de reír o de ver películas egipcias, viejas películas de fiesta donde Samya Gamal siempre hechizaba a Farid al-Atrash. Intissar trataba de bailar como ella, sacudiendo sus enjutas caderas, meneando el pecho que todavía no tenía, y ya más tarde dormía un poco, hasta los gritos del alba y el comienzo de un nuevo día de ayuno.

Ahora espera para ir a recuperar el cadáver de Marwan. Habib y los otros han empezado otra vez a jugar a las cartas mientras fuman. De vez en cuando uno de los combatientes va a echar un vistazo, una ronda rápida. *A priori* mientras duren las negociaciones los israelíes no intentarán nada, pero uno nunca sabe. Han ganado la batalla de Beirut. Nadie podrá impedir que la ciudad caiga. Intissar admira la moral de los soldados. Para ellos, esta derrota no es más que una etapa. Ya han sobrevivido a la Catástrofe, a la guerra de 1967, al Septiembre negro; y sobrevivirán a la caída. La Causa sobrevivirá. Empezarán de nuevo desde cero en otra parte, dondequiera que sea, hasta recuperar un pedazo de tierra en el que establecerse. Una patria que no solo sea un nombre en las nubes. Ella no. Si la ciudad cae Intissar caerá con ella. Caerá con Beirut y con Marwan. Imagina su propio cuerpo en un callejón bajo el sol, perforado por los cuchillos maronitas o las bayonetas israelíes, en medio de un montón de cadáveres.

Por muy largo que pueda parecer el crepúsculo, la noche siempre acaba llegando.

Habib y sus soldados comen *halva* con un poco de pan. Ahmad le ofrece un poco, ella niega con la cabeza. Ayer hubiese sido Marwan quien se lo hubiese ofrecido. Los combatientes son los mismos, hacen exactamente las mismas cosas que ayer, fuman, juegan a cartas, comen *halva* o sardinas, Marwan murió para nada, nada ha cambiado en el mundo, absolutamente nada, hay alguien jugando en su posición, hay alguien comiendo en su sitio, alguien para ofrecerle *halva* a Intissar en su lugar, la ciudad va a caer, los combatientes van a dejarla y Marwan se quedará allí. Intissar dormita un momento, los brazos cruzados, la barbilla contra el pecho.

Habib la despierta tocándole el hombro dulcemente.

—Prepárate, nos vamos.

Ella se levanta, se desentumece las piernas, vacía la botella de agua, se aísla en el

cuarto de baño cubierto de excrementos que ya no funciona, vuelve a salir inmediatamente con el estómago revuelto.

Sigue haciendo mucho calor. Ella se quita un momento la chaqueta, la camiseta caqui empapada. Recula un poco en la penumbra y se quita también el sujetador. Tanto peor para el pudor, la decencia o la comodidad en la carrera. Echa la ropa interior calada de sudor a un oscuro rincón.

Como siempre antes de una operación, el corazón le late con mayor rapidez y tiene la boca seca. También unos extraños calambres en la mandíbula. Se concentra, comprueba su arma, las municiones, las granadas. Asegura los nudos de sus cordones, el seguro de su cinturón. Está preparada. Habib y los otros hacen rular el último porro y una botella de agua. Ahmad, Habib e Intissar van a salir. Los otros tres se quedan allí por si acaso. Uno se acaba de instalar en el asiento detrás de la ametralladora para poder cubrir la retirada si algo no va bien. El segundo prepara unos RPG, y el tercero se acaba el hachís mirando al techo.

Habib no necesita explicar la táctica ni precisar la orden de marcha. Están entrenados, curtidos, se comprenden en silencio. La noche de verano es clara, hay luna, va a haber que pegarse a las paredes. Los tres saben que los israelíes solo les atacarán si se sienten amenazados, si piensan que un comando trata de infiltrarse en sus líneas. Teóricamente, aunque hayan matado a Marwan, hay un alto el fuego en vigor. Dan la vuelta al edificio para llegar del otro lado a la calle principal y bordear la acera meridional. Pasan a unos metros de la asesina improvisada donde despunta el hocico de su ametralladora y giran a la derecha por un callejón que se adentra en las líneas israelíes. Intissar siente una extraña presión en las orejas. Se oye respirar. Ya han recorrido cien metros. Solo quedan doscientos. Avanzan rápidamente, lo más silenciosos que pueden, luego se detienen para escrutar la noche. Algunos ruidos a lo lejos, coches, de vez en cuando. Va a haber que cargar con Marwan. Trescientos metros. Ahmad los guía por un pasaje entre dos edificios y se detiene. Mediante gestos les da a entender que la encrucijada de la farola torcida donde cayó Marwan está justo allí delante. Ella no debería haber ido. Ahora se da cuenta. No debería haber ido, Habib y Ahmad lo sabían. También sabían que hubiese sido inútil hacerla cambiar de opinión. Ella se da cuenta de que está temblando. El cuerpo está allí, al otro lado de la calle, detrás de aquel edificio destruido. Echa una ojeada, ve el poste de metal calcinado y sinuoso como un árbol, la forma alargada. Ahmad y Habib se abalanzan hacia Marwan. Ella observa el fondo de la calle de donde salieron los disparos. Las balas que desgarraron la espalda de Marwan. Allí. La oscuridad es completa. El silencio. Habib y Ahmad atraviesan la calle rápidamente con Marwan a cuestas, la cabeza de Marwan bamboleante, echada hacia atrás, sus ojos hacia arriba como mirando al cielo. Se apresuran a volver hacia ella. Habib tropieza, cae hacia delante, suelta el cuerpo que cae pesado contra el suelo, Intissar siente cómo las lágrimas le recorren las mejillas, están al descubierto en medio de la calle, siente miedo, a la izquierda oyen una detonación seca, un pop minúsculo como un corcho

seguido de un agudo silbido, y de repente la noche se ilumina de rojo, ahora ve las caras asustadas de Habib y Ahmad como a pleno sol, el cuello torcido de Marwan por tierra, su boca abierta, sus manos crispadas, Ahmad suelta las piernas de Marwan y corre a ponerse a cubierto, Habib se acurruca, recoge a Marwan y comienza a tirar de él solo, hacia el callejón. Ella oye unos gritos en hebreo. Ahmad llega sofocado, se vuelve y grita: «Pero ¿qué coño está haciendo ese estúpido? Corre, Habib, corre, suéltalo y corre», Habib no suelta a Marwan, tira de él lo más deprisa que puede, solo quedan veinte metros, solo quedan diez, Intissar se lanza a ayudarlo en el momento en que una tímida ráfaga israelí salpica la pared de su derecha, un plop plop plop plop de gran calibre desconcha el hormigón en mitad de la noche, la bengala y su luz han caído sobre un edificio, ella toma sin pensarlo las manos de Marwan, están duras y frías, ya no son unas manos, ahora lo levanta del suelo lo lleva con Habib, pesa mucho, la calle otra vez sumergida en la oscuridad, y ya están a cubierto, con el corazón a punto de explotar, Intissar tiene los ojos inundados de lágrimas y de sudor, se apoya contra la pared para recuperar el aliento. A cuarenta centímetros de ella, el rostro de Marwan. Ella adivina su mirada fija en la penumbra, la boca abierta, el reguero de sangre en el mentón y las mejillas, el uniforme arremangado hasta el cuello por la tracción, igualmente negro de sangre. Habib murmura: Venga, rápido.

Ahmad vuelve a tomar el cadáver por los brazos, Habib de los pies. Le falta una bota, mal abrochada, perdida en medio de la calle. El pie blanco, lechoso, parece brillar en la noche.

Ella los sigue cubriéndoles las espaldas, ya no hay ruidos, nada, los israelíes les han perdonado la vida, seguro, no han ajustado el disparo. Era imposible fallar, estaban en el eje, prácticamente quietos, la ametralladora debería haberlos cortado por la mitad. Les han dejado llevarse el cuerpo. Poco a poco, mientras camina, Intissar se va tranquilizando. Ahmad y Habib avanzan como pueden. De vez en cuando se paran a descansar. Ella se siente vacía. Las lágrimas han desaparecido. El trayecto de regreso siempre es más corto. Llegan al puesto sin sobresaltos. Los tres combatientes los aclaman. Han visto la luz de bengala y han oído la ráfaga.

Habib y Ahmad dejan el cuerpo en un rincón y lo cubren con una manta sucia que hay por allí. Ahmad evita la mirada de Habib. Alertados por la radio, llegan Abu Nasser y dos tipos cuyos nombres Intissar ha olvidado. Abu Nasser levanta la manta para ver el cadáver. Se retira y vuelve a dejar la mortaja en su sitio con los ojos inundados de lágrimas.

—Marwan era el mejor de nosotros. El más valiente.

Ella se siente otra vez invadida por el llanto. Marwan está tan lejos.

La herida de Ahmad se ha vuelto a abrir. En su camiseta una mancha de sangre que aumenta.

Abu Nasser toma con ternura a Intissar por el brazo.

—¿Qué quieres hacer, Intissar? Tenemos un coche. Te llevo a donde quieras.

Habib y los otros tres se han encendido un porro y vuelven a jugar a cartas.

Habib, el combatiente impenetrable. Valiente y leal. Espera. Ni siquiera ha mencionado el incidente de la ametralladora y la cobardía de Ahmad. Noble. Ella se acerca al grupito y le tiende la mano a Habib.

—Gracias. Hasta pronto.

—No hay de qué. Marwan era mi amigo. Cuídate.

Es casi la una de la madrugada. Intissar está agotada. No puede pensar con claridad. Marwan está muerto. Su cuerpo está allí. Abu Nasser ha cambiado la manta sucia por una funda de plástico verde oscuro que ha encontrado en el coche. A Intissar le apetece estar sola. Sola con Marwan. Le pide a Abu Nasser si puede llevarla a su casa en Hamra.

—¿Y Marwan? ¿Quieres... quieres que lo llevemos al hospital?

—No. A mi casa. A nuestra casa. Mañana por la mañana lo enterraremos.

—¿Estás... estás segura?

—Sí, Abu Nasser.

—Muy bien, tú mandas. Mañana por la mañana iré a buscarte con un coche. La jornada debería ser tranquila. O, si quieres, nos ocupamos ahora.

—No. Mañana por la mañana. Gracias, Abu Nasser.

—Está bien, vámonos.

Los combatientes que acompañan a Abu Nasser depositan con cuidado a Marwan en la parte trasera del *jeep*. Ahmad también sube. Abu Nasser sitúa a Intissar delante. Le gusta conducir. A pesar de ser un oficial superior siempre conduce su propio vehículo. Arranca de golpe. Conducir rápido, no detenerse. Hay que ser precavido incluso de noche. Abu Nasser es un eslabón importante de la cadena de mando militar de la OLP. Uno nunca sabe. Detrás, sus dos guardaespaldas tienen el arma en la mano.

Atraviesan los controles sin dificultades, todo el mundo conoce a Abu Nasser, hasta los milicianos libaneses de los Morabitunes, del PNSP o del Partido Popular. Por la noche, cuando el riesgo de ataques israelíes disminuye un poco, Beirut parece recuperar una pizca de su energía. Las inestables luces de Butagaz en las escasas tiendas abiertas, los combatientes en las esquinas, los últimos latidos de un animal moribundo.

Al llegar a Hamra el *jeep* se detiene delante del oscuro edificio donde vive Intissar. Abu Nasser apaga el motor.

—En la parte de atrás del coche hay una caja de botellas de agua. Cógela. Volveré mañana por la mañana.

A ella la voz le tiembla un poco.

—Gracias, Abu Nasser. Muchas gracias.

Los soldados bajan del *jeep*, excepto Ahmad, que la saluda haciéndole un gesto con la cabeza y con una mano contraída sobre la herida. Ella coge la caja de agua. Los guardaespaldas la siguen con la pesada funda de plástico.

Cuando llega a su piso, abre la puerta. El pequeño apartamento está a oscuras.

Los soldados dejan el cadáver, ella enciende la primera vela que encuentra. Les da las gracias. Se sienta cerca de la llama amarillenta e inmediatamente rompe a llorar. Está agotada. Poco a poco el extraño olor del cuerpo invade la habitación. Eso le parece. Va a la habitación y coge la lámpara de gas.

Marwan es un héroe. Un mártir de la causa. Un gran soldado. Por supuesto respetado por Abu Nasser, pero también por Abu Jihad y los otros. No estaba dispuesto a darse por vencido. Quería combatir hasta el último suspiro. Ha muerto abatido por la espalda por una ametralladora, en una expedición de reconocimiento para planificar una operación. Continuar la resistencia. Fortificar la ciudad. No dejarla en manos del enemigo. Ahora, en medio de la noche, del silencio, todo eso parece un chiste. Incluso ella, los combates en los que ha participado, las expediciones en el sur, las batallas contra los falangistas, los hombres a los que ha matado, todo eso le parece muy lejano. Inútil, vano. Se da cuenta de que se ha dejado el arma olvidada en el puesto, en el frente. Le parece una señal. En los últimos años nunca le hubiese sucedido algo así. Marwan ya no tiene armas, ella tampoco. La ciudad está suspendida en el aire. Después de siete años de enfrentamientos. Los ojos invadidos por lágrimas de rabia y de tristeza. Se quita la chaqueta. En su armario todo es caqui, verde oscuro, de camuflaje. Encuentra una camiseta gris de dormir. Va a ocuparse del cadáver. Coloca la lámpara en el pequeño cuarto de baño. No hay bañera, solo un desagüe en medio del suelo embaldosado y ligeramente en pendiente. Va a buscar la caja de botellas de agua. Abu Nasser ha sido muy atento. Sin ese regalo no hubiese podido lavar el cuerpo. Lo pondrá sobre la cama, sobre una sábana blanca, y lo velará hasta que al día siguiente por la mañana llegue el coche. Luego pasarán a recogerla y lo enterrarán. En alguna parte. Si los israelíes nos dejan tranquilos. Se arma de valor y arrastra la funda hasta el cuarto de baño. Quita el plástico. Descubre el uniforme maculado. La cara deformada. La barba sombría. Tiembla. Tiene lágrimas en los ojos. De rodillas junto a Marwan. Ahí está. Es él. A pesar de la distancia que establece la muerte de repente puede verlo. Ha regresado a su cuerpo. Le cuesta retirarle la chaqueta y la camiseta. Los brazos están rígidos. Con unas tijeras le corta la ropa. Su torso. Tiene cuatro heridas negras. La salida de las balas. Grandes, limpias, mortales. Creadas para atravesar blindajes y paredes. Seguro que han continuado su camino sin siquiera variar su velocidad. Olor a carne, a muerto. Le retira los pantalones, la única bota. Coge toda su ropa ensangrentada, el estómago se le revuelve, la deja en el fregadero de la cocina, la rocía con un poco de alcohol de lámpara y le prende fuego. ¿Quién va a inquietarse por el fuego en un Beirut sitiado? Siente una pequeña arcada. Comprueba que no hay nada que pueda prenderse junto al fregadero y cierra la puerta.

Marwan, desnudo delante de ella sobre el embaldosado del cuarto de baño. Los ojos cerrados, el rostro endurecido por la contracción de las mandíbulas. La sorpresa de la muerte, la sorpresa de los proyectiles del 12,7 atravesándole el pecho, perforándole el corazón, los pulmones, quebrándole las costillas. Ahora coge una

esponja y vacía el agua de una botella sobre Marwan. Intissar ya no tiembla. Ya no llora. Lo acaricia dulcemente. Poco a poco borra las manchas de sangre coagulada de su torso, alrededor de la boca, de la nariz, del vientre, con mucha delicadeza. Marwan el guerrero. La primera vez que combatieron juntos, en la línea de demarcación, apenas había acabado sus entrenamientos. No tenía miedo, confiaba en ella misma, y confiaba en que Marwan la guiaría. Marwan era uno de los oficiales más respetados. Un valiente. Los palestinos no tenían nada que ver con los libaneses, anárquicos y aficionados. Una vez la artillería fuera de combate, les prepararon una trampa perfecta a los fascistas, una tenaza que los molió. Recuerda perfectamente el asalto final, el sabor a cobre en la boca, el ruido, las carreras entre los edificios, de nuevo asiste a la primera ráfaga que le disparó a un blanco humano y móvil, a su sorpresa cuando cayó al suelo abatido, se acuerda de la excitación del combate, potente, sexual, feroz, que no se saciaba hasta más tarde, por la noche, entre los brazos de Marwan. El placer de la victoria. Intissar es la única mujer que ha destruido un vehículo y a sus ocupantes con un cohete anticarros. Durante un buen rato contempló cómo los cadáveres ennegrecidos se consumían entre las llamas del coche derribado, llena de una mezcla de satisfacción, fascinación y disgusto. Sabe que su causa es justa. No es ella quien desencadenó la guerra. Fueron los sionistas. Luego los libaneses aliados con los israelíes. Luego otra vez los israelíes. Y ahora, la derrota, las pesadas botas que ya no avanzan. Marwan que ya no corre lo suficiente como para evitar las balas. Los mártires abandonados en una esquina, sobre la acera. Los cuerpos lavados en cuartos de baño de apartamentos. La ciudad que cae y, al final, el exilio.

XIV

magníficos miserables estos palestinos de las pesadas botas menuda historia me pregunto si será verdad Intissar lava el cuerpo de Marwan es muy triste es todo muy triste, a mí me hubiese gustado lavar el cuerpo de Andrija acariciarlo por última vez con una esponja, nuestros relatos coinciden, las ropas de Marwan arden en el fregadero beirutí como mis uniformes en el cuarto de baño veneciano, otra coincidencia, pobre Intissar, a pesar de los cantos de victoria de algunos en el verano de 1982 no debió de ser de las que más se alegró, me pregunto si Rafael Kahla el autor del relato estaba en Beirut en ese momento, es muy probable, qué edad tiene, la cubierta dice que cincuenta y cuatro años, sí es posible entonces tendría menos de treinta, puede que la edad de Marwan, en septiembre de 1982 las cosas pintaban bastante mal para los palestinos, tuvieron que refugiarse en Argelia y después en Túnez, todos esos combatientes dispersados por la Zona; quizá Rafael Kahla de quien no sé nada saliese del Líbano al mismo tiempo que Intissar, puede que para exiliarse en Tánger, Tingis la fenicia donde se cruzará con Jean Genet, con quien volverá a hablar de los palestinos: en septiembre de 1982 Jean Genet pasa algunos días en Beirut en compañía de Leila Chahid la diplomática de la Causa, la enérgica representante de la OLP en París de quien teníamos una ficha larga como un día sin pan, ya no me acuerdo de cómo pero los dioses juguetones envían a Genet a Chatila el domingo 21 de septiembre el primer día del otoño el día siguiente de la matanza, Jean Genet el sepulturero celeste acaricia los cadáveres violáceos e hinchados por las moscas en los estrechos callejones del campo de la muerte, se pasea, con la mirada acompaña a los difuntos hasta la fosa común, descubre el silencio y la calma, el olor de la carne en la fragancia del mar, quizá sea ese el sentido del relato de Rafael Kahla, el cuerpo de Marwan abandonado en una encrucijada, inalcanzable, Intissar lava el cuerpo de Marwan como Genet el de los ancianos y los niños asesinados en Chatila ante los ojos de los soldados israelíes que les prestan los *bulldozers* para borrar su metedura de pata; Andi hermano yo no pude ir a buscarte, no pude, oímos la ráfaga, te vimos a ti, allí, echado sobre tu propia mierda, y empezamos a combatir, los disparos silbaban a nuestro alrededor, las mismas balas que acababan de atravesarte el pecho, no tuve tiempo de llorar, de acariciarte, diez segundos después de verte y precipitarme hacia ti estaba tirado en el suelo con el arma en la mano y sin otra opción que reptar para escapar, para huir dejándote allí porque estábamos prácticamente rodeados, atrapados, en inferioridad numérica, sobrepasados por el grupo de muyahidines que nos había cercado, la última vez que te vi tenías los ojos abiertos hacia el cielo de Bosnia una sonrisa en el rostro una contracción yo no tuve la suerte de Intissar, hui como un cobarde porque no te quería lo suficiente o porque mi propia vida me importaba más que la tuya o porque la vida en realidad no es como en los libros, reptaba como un animal asustado por la visión de la sangre, a veces pensé que podía llegar a morir yo pero no tú, te creíamos inmortal como el propio

Ares, de repente tuve miedo, me fugué como un cobarde, como un insecto tratando de escapar de un pisotón, salimos todos de allí y te abandonamos en la campiña bulliciosa de la primavera, pero no te preocupes ya has sido vengado, has sido doblemente vengado porque Francis el cobarde está desapareciendo, después de su largo tránsito entre las sombras de la Zona se está borrando, voy a convertirme en Yvan Deroy, esta vida nueva te la debo, Andi, ya está, me he ido, cuando llegue la hora volveremos a vernos en la Isla Blanca de la desembocadura del Danubio, adiós Marwan adiós Andrija y mierda ahora me pongo a llorar, esta historia me ha hecho llorar no me lo esperaba, vaya por Dios me froto los ojos vuelvo la cabeza hacia el cristal para que no me vean no estoy muy en forma sin duda estoy agotado no consigo contener las lágrimas es ridículo ahora solo faltaría que apareciese el revisor, debo de tener buena pinta, llorando como una Magdalena a unos kilómetros de Florencia, debe de haber sido la ginebra, un golpe de la pérfida Albión, no, este relato me trastorna sin darme cuenta, demasiadas cosas, demasiados puntos comunes, mejor de momento lo dejo, incluso cuando estaba en el limbo de Venecia en el fondo de la laguna no lloraba más que de vez en cuando y ahora casi diez años más tarde gimoteo como una niña, el peso de los años, el peso del maletín, el peso de todos esos cuerpos recogidos a diestra y siniestra conservados embalsamados en las fotografías con las interminables listas de sus vidas de sus muertos ahora los enterraré, enterraré el maletín con todos los que van dentro y ya está, iré a reunirme con Caravaggio en un hermoso puerto al pie de una pequeña montaña, a comer tallarines hasta reventar, a aprenderme la *Divina comedia* y a escribir mis memorias y poemas como Eduardo «Che» Rózsa el guerrero internacional, justo después de Irak lo vi otra vez en la televisión, por casualidad, en un documental británico que Stéphanie casi me obligó a ver, quería saber, Stéphanie quería saber lo que yo había visto lo que había hecho en la guerra, para ella esos dos años de mi existencia eran la clave, el meollo de la cuestión, quería curarme, estaba segura de que me iría bien hablar de ello, vaciarme de mis recuerdos confesarme, ella me escucharía y todo iría mejor, por supuesto yo sabía que no estaba preparada para entenderme así que me callaba, pero ella volvía a la carga tratando de hacerme hablar a toda costa, se inventaba pretextos, «hoy he leído una nota muy interesante sobre la devolución de Eslavonia oriental a Croacia», trampas bastante evidentes a las que yo le respondía «¿ah, sí?» y ella insistía «¿cómo son las cosas por allí?» y así sucesivamente, yo me ponía nervioso sin entender que en el fondo sus preguntas eran legítimas, además era tan hermosa y yo estaba bien con ella así que me aguantaba, por aquel entonces y por consideración para con el Servicio vivíamos por así decirlo escondidos, evidentemente todo el mundo debía de estar al tanto, Lebihan el jefe paternal me guiñaba el ojo, hasta él que era tan discreto, tan profesional; me seco las lágrimas, ya está no lloro más, gracias señor Lebihan, ya se me ha pasado, nada como ver su cara rubicunda para consolarme, al otro lado del pasillo la flautista sigue durmiendo, su marido parece no haberse enterado de nada, mira a través del cristal, procura penetrar las tinieblas de la campiña, pronto Florencia

y luego el tren ya no se detendrá, a partir de ahí será rápido, eso espero, en poco más de dos horas estaré en el Plazza perdido entre la muchedumbre de turistas, cuando pienso que si no hubiese perdido el avión ya podría estar allí desde las diez de la mañana, ha sido una jugada de los dioses, no hay duda, una farsa del Destino para castigarme con doce horas de tren, esta mañana me he dormido apenas se ha puesto en marcha el TGV y ya me he despertado en los Alpes, en medio de la nieve y las agujas de hielo cerca de Megève, lo que me ha despertado ha sido el efecto de la anfetamina, está claro, tengo la impresión de que es de noche interrumpidamente desde hace cuarenta y ocho horas desde hace días años, acaso llegaré a ver el alba acaso llegaré a ver el alba acaso Yvan Deroy el loco llegará a ver el alba mañana por la mañana al salir de su habitación de hotel, como un buen viajero se dirigirá al Foro o a San Pedro, Roma ciudad de autócratas asesinos y sermoneadores, espero que mañana sea un gran día, espero que algún día también salga el sol para Intissar, la aurora de los dedos rosados envolverá Beirut y Tánger, Alejandría y Salónica, una tras otra, las sacaré de las sombras, en nuestra guerra había pocas mujeres, algunas frías y salvajes y otras tiernas y amistosas, venían como enfermeras, como cocineras, las mujeres eran casi siempre viudas madres hermanas, víctimas, las otras eran solo la excepción a la regla, las mujeres eran ante todo imágenes en las carteras como la hermana de Andi el valiente, o Marianne de quien también yo llevaba una fotografía, como todos los soldados desde que existe la imagen pintada; yo jamás la miré, nunca saqué de mi bolsillo esa imagen de Marianne tomada en Turquía a orillas del mar, enmohecía junto a mi tarjeta de crédito, entre los pliegues de cuero blanquecino por el sudor, al principio escribía cartas, todos escribíamos cartas, salvo Andrija que tenía a sus padres muy cerca: a diferencia de Marcelo Maréchal y los soldados del 14 yo nunca sabía qué contar, puede que tuviese vergüenza o miedo de asustar a mi familia, les contaba trivialidades sobre el enemigo tan poderoso, sobre el coraje de nuestras tropas, sobre la victoria y decía que estaba bien, que no me arriesgaba inútilmente, que tenía buenos compañeros que velaban por mí, eso es todo, luego por supuesto las cartas se fueron espaciando, las fui reemplazando por alguna llamada telefónica rápida hecha de forma gratuita desde un PC de campaña, cada vez menos, hasta que seguramente mis padres y Marianne se acostumbraron a la idea de que no me iba a suceder nada malo, pues yo no daba señales de vida ni para bien ni para mal, aunque me enteré de que eso a mi madre la tenía muy preocupada, todas las mañanas a las siete iba a misa a rezar por mí y encendía un número considerable de cirios, quizá sea eso lo que me ha salvado, todo ese humo esa cera fundida en el distrito XV de París, me cuesta imaginar a mi hermana en mi lugar en el frente como Intissar, quién sabe, puede que hubiese sido una combatiente excepcional, a fin de cuentas es capaz de una gran perversidad, voluntariosa y patriota; Marianne me escribía a menudo, me contaba con detalle sus jornadas de estudiante parisina, me informaba de las novedades de la actualidad cultural y política, me decía que me echaba de menos y me conminaba a que volviese lo antes posible, se había metido en la piel de la novia

fiel, hubiese sido una viuda magnífica, mucho más que Stéphanie, Stéphanie no me hubiese esperado, tenía demasiado desarrollado el sentido de los negocios y del tiempo, en ese aspecto era mucho menos cristiana que Marianne la burguesa, Stéphanie quería saber sentía curiosidad por la guerra había visto la foto en la que estábamos Andrija Vlaho y yo sentados con uniforme, se convirtió en una obsesión, comprender y hacerme «cortar por lo sano» como ella decía, borrar el trauma que ella había imaginado, de ahí que yo volviese a ver al comandante Eduardo Rózsa en un documental del Canal 4, Stéphanie se presentó a cenar una noche en mi casa y me dijo toma esto lo grabé ayer, podríamos verlo, puede que te interese, seguramente mentía, la película databa de 1994 no es muy probable que una cadena cualquiera lo hubiese emitido la noche anterior, debió de remover cielo y tierra para encontrar imágenes de combatientes extranjeros en Croacia, se imaginaba que yo habría combatido en una brigada internacional, lo cual hubiese sido perfectamente posible, yo estaba de buen humor y le dije por qué no, si te apetece, después de todo habrá que pasar por eso un día u otro, yo venía de Trieste y tenía la impresión de estar contento, había estado lloviendo durante toda mi estancia entre Globocnik y Stangl, entre los restos de la Aktion Reinhardt esparcidos por el Adriático, contento de volver a estar con Stéphanie, habíamos cenado, nunca debí haber dejado que me convenciera para ver aquella película, de hecho se trataba de una investigación sobre la muerte del fotógrafo británico Paul Jenks, asesinado de un disparo en la nuca cerca de Osijek en extrañas circunstancias, Paul era fotógrafo sobre todo para *The Guardian* su compañera Sandra Balsells en la época trabajaba en Londres para *Times*, ella también había cubierto la guerra y en 1994 volvía a Croacia con un equipo de televisión para tratar de dilucidar cómo mataron a Paul, el hombre al que amaba, parece fácil de decir, volvía al frente al lugar de su muerte donde en 1991 habían trabajado juntos, Stéphanie no se perdía detalle, estaba descubriendo los paisajes llanos y desolados de la inmensa llanura eslavonia cubiertos por la nieve, el gris y el caqui de la guerra, como si al hallarse en mi presencia los viese por primera vez, yo debería haber sabido que aquello iba a acabar mal, lo debería haber entendido por la forma de cogerme el brazo, por la forma en que empecé a tener frío, ante la pantalla de televisión, escuchando lo que decían los soldados croatas detrás de los comentarios en inglés, me parecía reconocer la pinta patibularia de aquellos tipos en cada checkpoint, un cazo de aluminio ennegrecido que podría haber sido el de Vlaho, una calle de Osijek uniformes desparejos caminos rectos y llanos campos cenagosos granjas destruidas el olor a escarcha de gasolina a caucho quemado y la cara y los rasgos duros de Sandra Balsells en la parte de atrás del coche, sus escasas palabras, las flores que deposita en la cuneta donde cayó Paul Jenks, cerca de la vía del tren un kilómetro antes de Tenjski Antunovac un pobre pueblo que fue ocupado por los serbios, los periodistas sospechan que la bala que le dio en la parte de atrás del cráneo no venía de ese lado sino de más lejos a la derecha, del cuartel general de la brigada internacional comandada por Eduardo Rózsa el patriota, cuando oigo su nombre miro con asombro,

aparece en la pantalla, tal cual, puede que un poco más gordo, Rózsa el sonriente, con su cara redonda sus ojos sombríos y su sentido del humor, por supuesto lo desmiente, dice que es imposible, que a Paul Jenks lo mató un sniper serbio de Antunovac, que el otro periodista al que encontraron estrangulado habría tenido la mala suerte de cruzarse con un explorador chetnik, qué iba a decir, Sandra Balsells observaba a todos aquellos soldados que posiblemente habían matado al hombre al que amaba, Stéphanie miraba a Sandra Balsells y luego a mí, parecía querer preguntarme ¿y tú, tú qué crees? ¿quién mató a Paul Jenks? y yo abría los ojos de par en par mirando a la pantalla, en enero de 1994 en el momento en que los periodistas vuelven a Croacia hay un alto el fuego permanente en esa parte del frente, luego consiguen que los vendedores de helados de la ONU les ayuden a pasar a territorio ocupado, a territorio serbio, quieren ir a ver las cuatro casas demolidas de Tenjski Antunovac, los serbios son amables y complacientes, aceptan dejarlos subir al punto más alto, un puesto de tiro en la buhardilla de una de las últimas casas del pueblo, hasta hay un soldado que les deja un magnífico M76 de sniper flamante y nuevo con una hermosa mira telescópica para que puedan ver con sus propios ojos, entonces Sandra Balsells coge el arma, se apoya en el ángulo de la culata y acerca el ojo al visor, al quitasol negro del antejo, y mira hacia el norte hacia la cuneta donde cayó Paul, en qué pensará en ese momento, en qué, está en la posición exacta del tirador que posiblemente mató a Paul, bajo el mismo tejado, con un fusil idéntico en la axila, observa los detalles del puesto croata a ochocientos metros de allí, tan preciso en la retícula que bastaría con alargar la mano para tocarlo, ya no hay ningún cadáver en el foso, ve el ramo de flores amarillas heladas que ella ha depositado, acaso se imagina entonces el cuerpo de Paul, acaso llora ella como Intissar la palestina, no creo, se queda en silencio, sus cabellos largos y dorados acarician la madera reluciente del arma, Atenea la perversa le ha dado la posibilidad de ver lo que nadie había visto, el lado oscuro, la misma mano de la muerte su ojo apoyado en la óptica su respiración cautelosa, Sandra deja el fusil, acaso sabe el soldado serbio que lo recoge quién es ella, seguro que no, vuelven a bajar la escalera, les agradecen a los serbios su hospitalidad y suben al coche, en el asiento trasero Sandra ya no sabe quién mató a Paul, si los mercenarios de Rózsa los chetniks o la propia diosa, tiene dudas, Stéphanie está emocionada se le saltan las lágrimas, yo me sirvo un buen vaso de aguardiente la investigación continúa, ahora John Sweeney interroga a Frenchie, el adjunto galés de Eduardo «Che» Rózsa en la brigada internacional, no es mal tipo, un soldado, me recuerda a Vlaho con sus dientes mal alineados, me pregunto si de haber sido necesario nosotros nos hubiésemos cargado a un periodista, seguro que sí, a fin de cuentas un fotógrafo es una especie de espía vendido al mejor postor, un parásito que vive de la guerra sin hacerla, todos esos tipos freelance eran como nosotros al principio del conflicto, jóvenes y sin experiencia, como nosotros temblaban de miedo bajo los obuses de los carros yugoslavos, para la mayoría aquel era su primer reportaje, su primer contacto con la guerra, como nosotros veían allí sus primeros cadáveres, como nosotros

estaban en pleno rodaje e intercambiaban relatos adornados, exagerados, quién había visto más horrores, quién había estado más cerca de la muerte, yo no miro la tele estoy absorto en mis recuerdos he comprendido que no se llegará a saber quién mató a Paul Jenks que no se sabrá nunca sigo bebiendo y dejo a Stéphanie y su asco por los mercenarios los soldados y el granizo eslavonio cuando la cinta se acaba ella se queda un momento en silencio vacilando si preguntarme no sabe por dónde comenzar de repente se da cuenta de algo y dice «entonces ¿tú has matado a gente?» y a mí se me cae el alma al suelo, su cultivada inteligencia es incapaz de entender que también ella está indirectamente tocada por la violencia, salpicada por mis actos, la funcionaria que prepara las opciones estratégicas del ejército francés no se da cuenta de lo que hay al otro lado de su trabajo, «no, me pasé un tiempo recogiendo champiñones mientras cantaba canciones picantes», siento una ira sorda creciendo en mi interior, qué es lo que quiere saber exactamente, «pero... ¿cuántos?» eso me recuerda aquellos amores de adolescencia, cuando la gente pregunta «¿con cuántos te has acostado?» «no tengo ni idea», Stéphanie es testaruda, tiene una mirada de juez, insiste, «¿muchos?» yo le digo la verdad «no tengo ni idea, imposible saberlo», y ella ignora hasta tal punto lo que le digo que cree ver miles de cadáveres a mis espaldas, de repente, imagina que soy Franz Stangl u Odilo Globocnik, lágrimas de rabia humedecen sus ojos, se siente estafada, acaba de descubrir que su amante es un asesino, yo me acabo el vaso de un trago, hasta el fondo, y me sirvo otro, «eres un asesino alcohólico», dice entre sollozos y entonces empieza a reírse, a reír y a llorar al mismo tiempo, luego se tranquiliza, se tranquiliza se seca las lágrimas y dice «ya veo, ya veo» y sigue pensando, dándole vueltas, es una mujer pragmática, curiosa, quiere saber, quiere entenderlo, quiere ponerse en mi lugar, insiste «y... y ¿qué se siente al matar a alguien?» con una voz pequeña y vacilante, casi suplicante, y es cuando yo exploto, pienso en Lowry y Margerie en Sicilia, le digo vas a ver, me levanto cojo la 7,65 yugoslava del armario Stéphanie está atónita yo le presento el arma como si fuese un prestidigitador le enseño las balas en la recámara acciono la culata le quito el seguro le digo «ves hay una bala en la cámara» ella está paralizada por el miedo yo me acerco y le digo «¿quieres saber lo que se siente al matar a alguien?» entonces la agarro por la muñeca y le pongo la pipa en la mano ella no reacciona yo coloco mi dedo con el suyo sobre el gatillo ella no entiende nada está paralizada por el miedo y la sorpresa yo me meto el cañón en la boca Stéphanie grita no no no se resiste yo hago presión sobre su índice ella aprieta el gatillo a su pesar gritando nooo me atiza un izquierdazo en la mandíbula por reflejo como animada por el propio Zeus la pistola hace clic y ya está, cae aparatosamente al suelo, Stéphanie también se hunde, gimotea y solloza, se diría que va a vomitar, está acurrucada en el suelo con el pelo cubriéndole el rostro y yo me voy, la dejo allí acostada junto a la Zastava negra sin aguja de percusión y bajo la escalera corriendo la calle corriendo el puente sobre el cementerio de Montmartre corriendo y así hasta la plaza de Clichy sin siquiera darme cuenta de que estaba lloviendo llego completamente calado a un bar

con un dolor punzante en la mandíbula pido un calvados y me lo bebo de un trago, vuelvo a mis espirituosos; vuelvo a mis espirituosos entre borrachos mientras en la gramola suena «My Way» cantada por Claude François, menuda tontería, qué coño he hecho, y entonces soy yo quien suelta unas grandes y pegajosas lágrimas, de pie en la barra, en medio de un coro de borrachines que entonan todos a una *comme d'habitude*, a mil quinientos kilómetros y varios meses sigo preso del sentimiento de culpabilidad, no todo va a ser culpa del alcohol, qué dios imprevisible debe de haberme inspirado semejante idea, esa farsa macabra y violenta, Stéphanie convencida de que me iba a reventar la cabeza manchando el techo con mis sesos, Sandra Balsells con el ojo en la mira, Intissar lavando el cuerpo de Marwan, Malcolm Lowry con las manos en el cuello de su mujer, vaya viajecito, el tren aminora la marcha, estamos a las afueras de Florencia la sublime, capital de la belleza y del turismo; los museos incluso la galería de los Uffizi siempre exhalan una fragancia mortuoria, obras, obras estancadas en el tiempo y el espacio colgadas de un clavo o apoyadas en el suelo, obras más o menos macabras como las decapitaciones de Caravaggio o los seres humanos empalados, en el Museo de El Cairo Nasser prohibió que la masa de turistas viese las momias de los faraones, esos hombres desecados por el tiempo sus órganos cuidadosamente conservados en vasos de alabastro, desde que era un adolescente a Nasser le pareció una indecencia que los extranjeros colonialistas fuesen allí a satisfacer su curiosidad ante los restos embalsamados de los gloriosos padres de Egipto, imagine usted, decía, que una banda de arqueólogos árabes se propone desenterrar a los reyes de Francia de la catedral de Saint Denis para exponer ante todo el mundo sus ataúdes y sus más íntimos huesos, digo yo que el gobierno francés se opondría, lo más seguro es que sí, después de todo la cabeza de Luis XVI fue exhibida en la plaza de la Concordia pero desde entonces ya no la hemos vuelto a ver, así que las momias egipcias fueron encerradas en una gran estancia vedada al público, salvo la de Tutankhamon y su sarcófago de madera; en cambio los egipcios no tienen esa delicadeza con las decenas de animales vendados hace tres mil años ibis perros y chacales gatos golondrinas cobras y culebras toros y terneros halcones babuinos percas y siluros todo un parque zoológico conservado en cintas de lino y resina que atesta el Museo de El Cairo, digno y polvoriento como una anciana inglesa, un museo de historia natural, en otros tiempos este tipo de establecimiento no dudaba en exponer a hombres disecados, una vez leí ya no recuerdo dónde que hasta hace poco una pequeña ciudad española a orillas del mar todavía poseía un viejo guerrero botsuano de ciento cincuenta años en una jaula de vidrio, con su lanza y sus enseres, le repintaban regularmente la piel embalsamada de un negro ébano lo cual le valió el apodo de «el Negro», el negro reinaba entre dos fetos humanos nadando en formol, en compañía de una vaca con cinco patas y un carnero con dos cabezas, el botsuano había sido comprado en París a la empresa de disección Verreaux hijo, que abasteció de especímenes y especies diversas a la mitad de los museos de Europa, el Negro desenterrado clandestinamente al día siguiente de

su inhumación en Botsuana fue expedido a París por barco junto con numerosos esqueletos del mismo cementerio, después de destriparlo de secar su piel con sal y de untar su cuerpo con una preparación especial en Francia fue disecado y de forma inmediata despertó el interés de un veterinario que en 1880 lo incluyó en su colección, ya no sé dónde pero cerca de Barcelona, a orillas del Mediterráneo, así es como el lindo negrito con su lanza y un taparrabos de segunda mano hizo las delicias de generaciones de escolares catalanes, pues medía un metro treinta y cinco, más o menos como ellos, me imagino a los niños después de haberlo visto jugando en el patio a cazar leones, durante unos cien años: aseado, reparado y repintado el Negro fue olvidado en el fondo de un museo de provincias hasta que un día se decidió devolverlo a su sepultura, por decencia, fue necesaria una campaña internacional para que el museo de historia natural en cuestión aceptase desprenderse de la joya de su colección, pero el botsuano acabó regresando a África, en avión, el gobierno de Botsuana le organizó unos funerales nacionales a ese guerrero desconocido cuyos despojos reposan ahora cerca de los suyos; en la galería de los Uffizi de Florencia la noble, por supuesto, ni un solo negro disecado, ni momias animales ni humanas, imágenes estatuas dioses diosas santos toda la nobleza de la representación, desde los bustos de proporciones perfectas hasta los cabellos dorados de Botticelli, uno de los museos más concurridos de Italia, donde reina la égida de Caravaggio, la cara sanguinolenta de la gorgona sobre un escudo redondo, una cabeza despegada con los ojos locos, las serpientes todavía se mueven en la melena de Medusa, a Stéphanie la de la sólida cultura le gustaba Caravaggio, obsesionado por las cabezas rebanadas y la sangre, la eterna curiosidad por la muerte, ese deseo de ver la suya propia en la de los otros, de adivinar, de penetrar el secreto del instante último como Caravaggio que se representa a sí mismo en el rostro doliente de la gorgona con el cuello cercenado, Stéphanie intrigada por mis hazañas guerreras, por mi coraje o mi cobardía, Stéphanie tirada en el suelo, quebrada por el miedo y las lágrimas, junto a mi inútil 7,65 abandonada en el parque, finalmente consiguió la respuesta a su pregunta, sería realmente eso lo que me preguntaba, me cuesta entenderme a mí mismo, bamboleado por el Destino como un convoy en este túnel donde los rastros de humedad brillan en el hormigón ennegrecido del subsuelo de Florencia

XV

frenos vapor gritos estridentes dolor confuso en las orejas luz intensa el tren se detiene Santa Maria Novella estación Florentina el panel es azul las letras blancas me incorporo me estiro los viajeros se apresuran en el andén hombres mujeres hombres mujeres debe de hacer frío aquí también anda todo el mundo embutido en pesados abrigos ciertas damas en pieles angoras lince azules chinchillas verdaderas o falsas en Venecia había muchos peleteros para la increíble cantidad de señoras que alberga la ciudad más glacial del Mediterráneo acariciada por los vientos siberianos surgidos de la llanura panonia, tan helada como Constantinopla y eso ya es decir, tiendas con escaparates desbordantes de visones y de zorros dorados, tenderetes que contienen inmensos frigoríficos para conservar todos esos polos en verano, esperemos por los peleteros que el calentamiento climático sea el prelude de una glaciación, la inversión de la corriente del Golfo helará el Ródano en invierno todos iremos con uchankas de astracán en la cabeza podremos llegar patinando hasta Ajaccio hacer carreras de fondo Valencia Mallorca en trineo los marroquíes invadirán España a caballo y los monos del Peñón de Gibraltar por fin se morirán de frío, malditas alimañas esos monos, ladrones y agresivos, tan humanos que no vacilan en morder la mano que les da de comer chillones lúbricos exhibicionistas y masturbatorios, quizá se adapten a las nuevas condiciones climáticas, los simios, orangutanes de largo y blanco pelaje harán su aparición sobre los nuevos bancos de hielo los cazaremos por su piel será un auténtico placer, un verdadero placer de fin del mundo, el último hombre corriendo tras el último mono sobre un témpano a la deriva en mitad del Atlántico y adiós muy buenas, se acabaron los primates homínidos, en el andén las damas miran desde sus pieles cómo sus maridos les llevan el equipaje, la pareja de mi lado no se ha movido, eso quiere decir que van a Roma, cuatro personas entran en nuestro vagón, una mujer de unos sesenta años se sienta frente a mí en el lugar que en Bolonia dejó libre el lector de *Pronto*, no viste un visón sino un abrigo de lana negro que acaba de plegar para dejarlo encima de su asiento, un rostro bastante ancho pero armonioso, cabellos casi blancos, ojos sombríos, un collar de perlas sobre una rebeca roja clase media alta como diría un estadista o un instituto de sondeo, hurga en su bolso buscando un libro, ni siquiera me ha mirado, el tren no tardará en arrancar de nuevo, otra vez se pondrá en marcha hacia el gran descenso sin paradas hasta Termini, recuerdo una escena de *Amici miei*, la película de Monicelli con Tognazzi y Noiret, en este mismo andén los cinco camaradas de viril y ruidosa amistad juegan a un juego desternillante, esperan a que un tren se vaya y les dan unas buenas bofetadas a los viajeros asomados a sus ventanillas, a los viajeros y sobre todo a las viajeras, y ese pasatiempo les hace partirse de risa hasta tal punto que uno de los personajes dice esta frase magnífica, «mira que lo pasamos bien entre nosotros, los tíos, mira que lo pasamos bien, es una lástima que no seamos maricas», Vlaho, Andi y yo podríamos haber llegado a la misma frase a las mismas

conclusiones lo pasamos muy bien juntos en Osijek de paseo en Trieste en Mostar en Vitez lo pasamos bien la mar de bien la guerra es un deporte como otro cualquiera al final no tienes más que escoger un bando ser una víctima o un verdugo no hay alternativa tienes que estar de un lado del fusil o del otro, nunca tienes elección, en fin casi nunca, salida en el otro sentido, como Santa Lucia en Venecia y Termini en Roma Santa Maria Novella es un callejón sin salida, volvemos a ponernos en marcha, ahora estoy de cara al destino, Roma está delante de mí, Florencia desfila, la noble Florencia salpicada por cúpulas donde torturaron alegremente a Savonarola y a Maquiavelo, la tortura por placer la estrapada el agua el tornillo y el desollamiento, el monje político era demasiado virtuoso, Savonarola el austero prohibió las putas los libros los placeres la bebida el juego algo que molestó sobre todo al papa Alejandro VI Borgia el fornicador de Xàtiva de innumerable descendencia, ah qué tiempos, hoy el pontífice polaco tembloroso inmortal e infalible ya debe de haber acabado con su alocución en la plaza de España, dudo que tenga hijos, lo dudo, mis vecinos los músicos crucigramistas también hablan de Florencia, oigo «Firenze Firenze» una de las pocas palabras que conozco en italiano, en mi soledad veneciana no aprendí gran cosa de la lengua de Dante el escatológico de la nariz ganchuda, con Ghassan hablaba en francés, con Marianne también, claro, en mis largos y solitarios vagabundeos de guerrero deprimido no hablaba con nadie, aparte de para pedir una sombra roja o blanca según el humor del momento, *ombra rossa* o *bianca* el nombre que los venecianos le dan al pequeño vaso de vino que uno se bebe a partir de las cinco de la tarde, ignoro de dónde viene esa hermosa expresión poética, ir a tomar la sombra, supongo que por oposición a ir a tomar el sol en aquella época yo abusaba de la sombra y de la noche en soledad, después de haberle prendido fuego a mis uniformes y tratar de olvidar a Andrija Vlaho Croacia Bosnia los cuerpos las heridas el olor de la muerte me encontraba en un estanque inútil entre dos mundos, en una ciudad sin ciudad, sin coches sin ruido, veteada de agua sombría recorrida por turistas roída por la historia de su grandeza, la República del León de los mil emporios, de Morea a Chipre y a Rodas el este mediterráneo era veneciano, las galeras y las galeazas de los Dogos reinaban en los mares; cuando visité el Arsenal con Ghassan, mientras le contaba la batalla de Lepanto ante la inmensidad de las dársenas, delante de las formas de carena y los estanques, comprendí la potencia infinita de la Serenísima, un león de piedra robado a Rodas guardaba con bonhomía la puerta del arsenal más grande del Mediterráneo, *pax tibi Marce evangelista meus*, paz a ti, Marcos mi evangelista, he ahí lo que un ángel le dijo a san Marcos mientras dormía en un barco en la laguna, antes de atravesar el Mediterráneo y morir cerca de Alejandría, en un lugar llamado Bucculi, la casa del pastor, donde había construido una iglesia; enfurecidos, los paganos no tardaron en martirizarlo, ataron al santo de la barba blanca a un carro y lo arrastraron hasta la muerte por el adoquinado mal escuadrado cantando «devolvamos este buey a su establo», en Beirut durante la guerra civil ese era un suplicio muy apreciado, un gran número de presos murieron atados con

alambradas a un *jeep* que recorría la ciudad a toda velocidad, despedazados raídos los miembros dislocados asfixiados quemados por el asfalto como el evangelista en Alejandría e Isadora Duncan la escandalosa en Niza, en el año 828 los venecianos les robaron las reliquias de Marcos a los egipcios para ofrecerle el último descanso en su ciudad, en esa basílica tan bizantina, con las cinco cúpulas, con la nave revestida en oro la única iglesia del mundo en la que puedes responder *et cum spiritu tuo* con los pies en el agua, San Marcos la inundable; la Zona es lluviosa, a menudo Zeus ahoga las ciudades bajo terroríficas trombas, Beirut Alejandría Venecia Florencia o Valencia se ven sumergidas de forma regular, en Libia desierto entre los desiertos en Cirene la brillante incluso allí una vez asistí a una tormenta apocalíptica, el castigo divino se cernía sobre las ruinas y sobre los pocos turistas que habían osado ir a casa de Gaddafi el loco sublime, a mí me habían enviado allí a negociar la compra de información del más alto nivel sobre las actividades islamistas árabes, en este particular los servicios libios eran insuperables, Gaddafi estaba saldando sus existencias a cambio de su reintegración en el concierto de naciones, entregando cuanto sabía sobre los activistas a los que de un modo u otro, de cerca o de lejos, había estado apoyando, todo el mundo de las sombras estaba inquieto ante la perspectiva de tanta información libia, los británicos, los italianos, los españoles, Lebihan el pelado gran aficionado a los moluscos también se frotaba las manos, una buena operación, me dijo «vaya a Libia, a usted le gusta viajar, sin duda será interesante» obviamente no creía una sola palabra, un país donde ni siquiera había una carrera ciclista digna de ese nombre y donde debían de comer todos aquellos horrores atrozmente picantes, acepté sobre todo para visitar Cirene y la Montaña Verde país de Omar Al-Mukhtar que tanta guerra les había dado a los italianos antes de acabar en 1931 en el extremo de una cuerda, el jeque de la blanca barba luchó contra los soldados de la nueva Roma casi con las manos, en ese pedazo de desierto que en 1911 Italia les había ganado a los otomanos; Rodolfo Graziani encargado de organizar la represión copió los métodos de los británicos en África del Sur y los españoles en Cuba, vació la Cirenaica de sus habitantes, enviando a veinte o treinta mil libios a los campos, a pie a través del desierto y sin víveres, para diezmarlos, «vacía el agua para atrapar a los peces», Mao Zedong todavía no había codificado la guerrilla revolucionaria, igual que cincuenta años más tarde en Argelia los franceses iban a «reagrupar» a los civiles musulmanes entre alambradas para poder controlarlos mejor, siempre los campos, otra vez los campos, campos españoles para los rifeños campos italianos para los libios campos turcos para los armenios campos franceses para los argelinos campos británicos para los griegos campos croatas para los serbios campos alemanes para los italianos campos franceses para los españoles como una cantinela infantil o una canción soldadesca de marcha, «ten, aquí tienes la morcilla, aquí tienes la morcilla, para los armenios los griegos y los libios, para los belgas ya no quedan^[1], para los belgas ya no quedan», etcétera, todo un monumento de la poesía guerrera, en Croacia sobre la melodía de «Lili Marleen» nosotros

entonábamos una letra que no sabíamos de dónde había salido, «i znaj da čekam te», «que solo pienso en ti», Andi hasta le había compuesto una versión que consistía en cortarle los cojones a los serbios y defender la patria, pobre Lili, en la puerta del cuartel, todavía debe de estar esperando; fue en Libia donde los soldados de Rommel escogieron esa canción escrita durante la primera guerra mundial por Hans Leip, a los soldados del Afrika Korps en la Cirenaica les gustaba mucho la canción de la mujer que espera delante del cuartel, ante el gran portón, bajo la farola, y escribieron cientos de cartas a la radio para implorar que la emitiesen más a menudo, curiosamente la emisora alemana que emitía en África del Norte estaba en Belgrado, todos los días exactamente a las 21.55 sonaba desde Belgrado «wie einst Lili Marleen, wie einst Lili Marleen», y los soldados empapados en sudor lloraban sus últimas gotas de agua en algún lugar entre Tobruk y Bengasi ante sus faroles, el propio Rommel lloraba, Rommel telegrafiaba a Belgrado para pedirla otra vez, otra vez, otra vez Lili, siempre Lili, los británicos la cantaron en alemán hasta que la propaganda los dotó de una versión inglesa que también la BBC emitía muchas veces al día, Tito y los partisanos la silbaban en Bosnia, los griegos del ELAS en el Gorgopotamos los italianos supervivientes de El Alamein suspiraban «con te Lili Marleen» y hasta nosotros, cuarenta y cinco años más tarde, la cantábamos en el Drava, «i znaj da čekam te», ahora ya no voy a poder sacarme esta melodía de la cabeza, me acompañará hasta Roma junto con la voz de Andi y sus palabras obscenas, en Libia mientras visitaba las ruinas griegas de Cirene, a unos diez kilómetros del mar, yo iba silbando «Lili Marleen» pensando en los soldados de Rommel y de Montgomery, antes de que estallase la tormenta y de estar a punto de ahogarme en medio del inmenso templo de Zeus me refugié bajo el tejadillo de una barraca de bebidas frescas y recuerdos para turistas regentada por un simpático libanés fenicio perdido en Libia que tal como me dijo en un francés impecable se aburría mucho, menos mal que hay algunos turistas, añadió, yo me bebí una Coca-Cola local, el estruendo de la lluvia sobre la chapa nos impidió seguir con la conversación, el aire olía a polvo mojado y a sal, los relámpagos trataban de derribar los cipreses y las columnas griegas el agua transformó todo aquel sitio en una charca de lodo que las trombas golpeaban con rayos rugientes de una luz violácea estriada de espesas ráfagas de lluvia cuyas gotas rebotaban en el suelo como balas tan fuertes que no podías esconderte en ninguna parte, el libanés se reía, aullaba con una risa nerviosa cubierta por el martilleo de la tormenta y trataba mal que bien de proteger su mostrador improvisado y el interior de su garita, yo estaba a cubierto y sin embargo empapado hasta la cintura, al final Zeus fue clemente y volvió a guardar el rayo en su caja, de repente el cielo se abrió en una gran luz blanca, saludé al fenicio de Sidón perdido entre las latas de Pepsi y las columnas dóricas y volví a emprender mi viaje hacia Bengasi; en un coche de alquiler, el tipo de cambio y el nivel de vida te permiten comprar todas las plazas del taxi colectivo y escapar así del ahogo o de la trombosis, Lebihan no estaba muy contento de que yo anduviese haciendo turismo en la Cirenaica, y eso que adoraba la

película *Un taxi para Tobruk*, de donde había sacado una de sus grandes frases, «dos intelectuales sentados no van tan lejos como un imbécil caminando», es lo que me dijo cuando le hablé de Cirene, «¿se acuerda usted de Ventura en *Un taxi para Tobruk*?» por supuesto, me acordaba de Lino Ventura y de Charles Aznavour, y le respondí «por mi parte prefiero a Ventura en *El ejército de las sombras*», eso le hizo gracia a Lebihan, y también rascarse inmediatamente el cuero cabelludo con una mueca, «*El ejército de las sombras*, ah ah, es muy buena», el gran problema de Libia era la sequía, país seco seco seco ni una gota de alcohol desde Egipto hasta Túnez, té, café, hectólitros de bebidas gaseosas pero ni una cerveza ni una gota de vino nada nada nada aparte de alcohol de contrabando en Trípoli, y aun así, Trípoli la italiana siniestra capital de la Inmensa República de las Masas y de su guía el bellaco dictador cuya guardia personal hace palidecer de envidia a todos los jefes de Estado del mundo, un auténtico cuerpo de guardia formado por sublimes y peligrosas Amazonas, mujeres musculosas armadas hasta los dientes verdaderas combatientes para el Guía de la Revolución el chantre de la Unidad africana escritor poeta gran protector de su pueblo, constructor del Gran Río artificial que trae las aguas fósiles del Sáhara hasta la costa para el riego, el petróleo azul después del oro negro, el sueño del Conquistador de Septiembre de gobernar un país verde, verde como el islam, un África verde, le ha dado a Libia el río permanente que necesitaba para rivalizar con Egipto, ahora en Tripolitania se cultivan lechugas, lechugas y tomates, mi tormenta debió de ser una suerte inaudita pues todos los observadores sostienen que en Libia no llueve jamás y que el cambio climático no va a mejorar las cosas, ni mucho menos, cuesta imaginar el Sáhara florido, hace apenas tres mil años había gacelas monos caballos salvajes eucaliptos baobabs árboles del pan, todo asado con un enorme golpe de calor, todo, no quedan más que las pinturas rupestres de los habitantes de la época y algunos esqueletos enterrados bajo toneladas de sílice, se dice que en 1944 todos los beduinos del este de Libia se transformaron en arqueólogos militares, desmontaban los carros quemados, los cañones abandonados, recuperaban las cajas de municiones vacías, los objetos olvidados en las casamatas, los comerciantes de Bengasi vendían toneladas de mantas agujeradas bidones perforados rollos de alambradas y hasta una caja de música, el único recuerdo que compré en Libia, una pequeña caja de música barnizada con una cara de mujer pintada con laca en la tapa, el tendero me contó su historia en la ciudad vieja cerca del zoco Al-Yarid, el pequeño objeto de unos cuatro centímetros por dos había sido fabricado cerca de Viena y regalado a un soldado de permiso, los saqueadores lo habían encontrado en su cadáver sepultado por el desmoronamiento de una trinchera de arena, junto con unas cartas dos fotografías un reloj roto y bueno otros efectos personales que a los nómadas les daban igual pero que vendieron en la ciudad a un buen precio, así como seis minas anticarro que la arena había escupido a dos pasos del cuerpo, unas grandes y hermosas minas amarillas perfectamente redondas nuevas y muy pesadas, el comerciante que compró el lote no sabía de qué podían servirle

unas minas anticarro en tiempos de paz así que, consciente del peligro, las depositó en un rincón de su trastienda donde nadie pudiese manipularlas por error y las olvidó, las olvidó hasta tal punto que no explotaron hasta noviembre de 1977 en el momento de la Revolución popular, cuando el Comité revolucionario quiso meterle mano a los bienes escondidos de aquel colaborador del imperialismo, el responsable del comando de igualdad nunca había visto una mina alemana, pensaba que había descubierto oro o metales preciosos, tan amarillos, tan pesados, tan bien escondidos en un baúl al fondo de un depósito, las Tellerminen 35 estaban montadas, nadie se había dado cuenta, los beduinos habían recorrido el desierto durante tres días con esa carga explosiva, el comerciante de Bengasi las había escondido sabiamente sin llegar a presionarlas con los ciento cincuenta kilos necesarios para que se activasen, y poco faltó para que también el ardor socialista saliese ileso, de no haber sido porque el jefe de la tropa, ávido y curioso, cogió un martillo que andaba por allí y trató de abrir aquellos hermosos contenedores dorados: los treinta kilos de TNT que contenían no solo hicieron saltar por los aires el cielo revolucionario sino también el tenderete que lo acogía, y una vez el polvo volvió a caer al suelo lo único que había quedado intacto, entre los restos y escombros, fue la pequeña caja de música en la que, al abrirla, sonaba «Lili Marleen» como si nada en medio de las ruinas, el soldado muerto treinta años antes silbaba su venganza, su mujer le había regalado aquel retrato original para que pensase en ella mientras escuchaba su canción favorita, en medio del Sáhara, ella lo esperaba como Lili, en Viena, él nunca regresó, desaparecido en las arenas libias, ella ya no supo nada de él, quizá creía que continuaba con vida, quizá que había muerto, acaso pensaría ella en la caja de música pintada, encargada especialmente en una tienda de la Kärtner Strasse, acaso escuchó ella, en un último sueño, la explosión de las minas de Bengasi el 12 de noviembre de 1977, el mismo día de su muerte en el hospital Franz-Josef, con solo sesenta años, mientras sonaba una última vez la melodía metálica a tres mil kilómetros de allí, en Libia, «wie einst Lili Marleen, wie einst Lili Marleen», el último suspiro de un granadero austríaco descompuesto hacía mucho; a mi regreso le regalé la caja de música a Stéphanie, le conté esta anécdota que me había contado el vendedor, ella cogió el pequeño objeto de caoba con la punta de los dedos como si se tratase de un trozo de cadáver y lo enterró en un armario como las Tellerminen en una trastienda cerca del zoco de Al-Yarid, el último resto de uno de los cincuenta mil alemanes muertos en combate en África todavía se encuentra en un armario parisino, Lili todavía espera en alguna parte, «wie einst Lili Marleen», yo voy a bajar en Termini silbando como un GI en 1914, siempre será mejor que canturrear «ten, aquí tienes la morcilla», ya lo creo, acaso fue esa melodía marcial la que fascinó a Millán Astray el tuerto cuando visitó a los legionarios franceses en Sidi Bel Abbas, Millán Astray el lisiado símbolo del componente marcial del régimen franquista funda Radio Nacional de España y se convierte en una especie de ministro de la Propaganda, un Goebbels militar fanático del *Bushido* y del honor guerrero en todas sus formas, hijo de un

funcionario director de prisión José Millán Astray pasa su infancia rodeado de criminales y delincuentes, cadete a los dieciséis años enviado a los dieciocho a las últimas batallas del ultramar español como subteniente, primero a las filipinas donde se instruirá en la defensa de fortines perdidos en medio de la jungla, hasta el final demuestra un valor físico fuera de lo común, una sangre fría digna de Andrija gran pastor de guerreros, regresa condecorado y enardecido para ingresar en la escuela de guerra, luego es enviado de nuevo a las colonias, esta vez a Marruecos: ahí es donde pierde el brazo y el ojo en dos escaramuzas en la guerra del Rif contra los guerreros de Abd el-Krim; en la primavera de 1951 Millán Astray tiene setenta y un años, el viejo general amante de las decapitaciones de bereberes se consagra a la cultura al teatro a la zarzuela a la poesía, como su hermana Pilar, célebre autora de comedia ligera en Madrid en la década de 1919, a los setenta y un años Millán Astray la fiera dirige un oscuro instituto consagrado a los Gloriosos Mutilados de guerra de la patria, adora que le hagan retratos, uno de sus principales pasatiempos consiste en frecuentar las tiendas de los fotógrafos, de paisano, en uniforme, con sus sobrinos nietos, con su hija, con medallas, sin medallas, fotografía su cuerpo de mutilado, su inquietante rostro al que le falta un pedazo del pómulo izquierdo arrancado por el proyectil que también lo privó de un ojo, retratos con parche como un pirata o con monóculo oscuro, la manga derecha colgando, vacía, Millán Astray el inmortal se fotografía para frenar la decadencia de su cuerpo, para documentarla, para la eternidad que lo recordará apuesto y noble, en esas rígidas fotos se ve a un Millán Astray de una gran nobleza moral, un principal, un caballero, un recto y valeroso servidor del país, un hombre de honor, sigue participando en las actividades de Radio Nacional de España, con el ayuda de campo que el ejército franquista tiene la gentileza de proporcionarle, le gustan mucho los conciertos y un sábado 14 de abril de 1951 está en Madrid con uniforme de gala para ir a escuchar a una joven prodigio de doce años tocando a Bach y Scarlatti, Millán Astray prefiere la opereta como su hermana, pero por él no queda, el concierto de esa tarde de primavera es importante, organizado en favor de los gloriosos mutilados de la guerra patriótica, Franco no irá, está ocupado, Carmen Polo su esposa de anchas caderas sí, con su hija Carmencita y su marido que acaban de celebrar su primer año de matrimonio, personalidades, invitados de honor, algunos de los cuales llegados de Argentina para departir con Franco el Duce íbero último representante del fascismo internacional: por una coincidencia como solo la historia sabe urdir Ante Pavelić está en Madrid acompañado de su estado mayor, Maks Luburić también está en la sala, Millán Astray el glorioso fundador de la Legión no los conoce, solo sabe que la pianista es croata, que se llama Marija Mirković y viene acompañada por su padre un hombre bastante distinguido y católico ferviente; llegan la noche anterior y no escatiman elogios sobre la belleza de Madrid, las iglesias, la fastuosidad histórica de la capital de Felipe II el prudente, Millán Astray le ha estrechado la mano a esa niña prodigio del piano, tímida pero con la mirada decidida, que recorre una Europa en ruinas con sus fugas de Bach, Scarlatti es una excepción,

un homenaje a Madrid, seguro que la joven y su padre han visitado la calle Leganitos detrás de la Gran Vía donde tuvo su residencia el compositor napolitano, Domenico Scarlatti el prolijo maestro de música de la reina, virtuoso del clavicordio, mi madre se ha preparado dos sonatas difíciles para la ocasión y las toca a cien por hora como corresponde, a menudo me ha contado ese concierto, todavía tiene fotos en marcos de plata con las armas de España así como la tarjeta de invitación con su cordón de terciopelo rojo, mi madre todavía recuerda sonrojada haberse equivocado en un ornamento del séptimo compás de una sonata de Scarlatti, quería ir demasiado rápido, toda esa gente estaba allí para verme tocar con rapidez, me salté un trino y la sonata se hundió bajo mis dedos, me deslizaba de compás en compás como quien tropieza en una escalera, fue horrible; en primera fila Carmen de Franco la de los rasgos duros, Millán Astray el tuerto, Pavelić gran coleccionista de ojos y orejas serbias, Luburić el carnicero de Jasenovac, menuda platea, seis años después del final de la guerra Pavelić y Luburić todavía mantenían buenas relaciones, todavía conservaban la secreta esperanza de reconquistar la Croacia perdida, el Poglavnik había ido de incógnito de Argentina hasta Madrid para negociar la ayuda de Franco; el Caudillo no lo recibió, le confió el asunto a un subalterno y le aconsejó que se quedase tranquilamente en Buenos Aires y se hiciese olvidar, el gobierno de Perón era acogedor; Pavelić asumía un riesgo calculado viajando a Madrid, algunos años más tarde habría de volver, protegido una vez más por la muy católica España, mi madre con solo doce años dio un concierto en favor de los huérfanos de Carmen Franco y los mutilados de Millán Astray, imagino que el viejo general debía de asustar a una niña de esa edad, el concierto fue retransmitido en directo por Radio Nacional de España, obviamente la prensa no menciona la presencia de los invitados de honor croatas, me pregunto si a mi abuelo le gustó volver a verlos, aquellos apuestos ustachis, puede que hubiese preferido olvidarlos lo cierto es que autorizó a mi madre a que se fotografiase con Pavelić el ególatra imprudente, con Millán Astray el viejo león del Rif de la mano temblorosa, cardíaco y decrepito, con Carmen de Franco la severa beata, al ritmo festivo de las fugas de Bach, al son del piano que últimamente reemplazaba las marchas militares, «soy un novio de la muerte, soy un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de fiera, soy un novio de la muerte que va a unirse en lazo fuerte con tal leal Compañera», menudo canto, todo entre un tachín tachín español como salido de una corrida de toros, los animales de compañía de la chata, masacrados con donaire y gallardía por matadores con traje de luces, a la edad de doce años mi madre tocaba ante estos caballeros ajados por la edad, caballeros de la triste figura marcados por la guerra y la muerte en todas sus formas, en carne propia como Millán Astray o en la de los otros como Luburić, también yo soy un novio de la muerte implacable aliado de Hades en mi tren rugiendo hacia la nada, ataviado con la máscara mortuoria de Yvan Deroy el loco, directo hacia Roma y el fin del mundo por entre las invisibles colinas toscanas en compañía de viajeros fantasmas y recuerdos de masacres en mi maletín, hijo de mi madre solemnemente armada en el transcurso

de esa ceremonia española por los guerreros allí presentes, de aquellos fieros soldados recibió la energía para transmitirle a su hijo una historia inflexible, feroz, una parte de Destino como un fardo cargado a la espalda, todo está relacionado, todo está relacionado, silencio en la sala, las manos de mi madre acometen el contrapunto 11 de *El arte de la fuga, re la sol, fa mi re, do sostenido re mi*, no demasiado rápido para que se distingan las cuatro voces que se van interpelando, para calentar los dedos también, a la mitad del fragmento el público comienza a quedarse boquiabierto, a Marija Mirković mi genitora le faltan poco menos de diez minutos para llevar a cabo la fuga, con brío, tan franca ya, tan metronómica que a pesar de su edad con lo joven que es consigue tocar como si tuviese cuatro manos, la continuación pondrá en pie a la muchedumbre, preludio y fuga en *re* menor del primer libro del *Clave bien templado*, Millán Astray abre su único ojo como un plato para seguir las falanges de esa niña superdotada tan frágil en su banqueta de terciopelo rojo, bajo la luz de la primavera cuando en Madrid se siente la fragancia de las flores y del trigo en ciernes de Castilla, frágil pero decidida Marija pasea su Bach y sus sonatas de Scarlatti por toda Francia, Holanda, Inglaterra, a los doce años y vestida de color crema ha sido aplaudida por toda Europa, ya ha recibido más rosas que en toda su vida, ese 14 de abril de 1951 sabe delante de quién toca, quiere hacerlo bien, Carmen Polo de Franco la austera le regalará una medalla de la Virgen en agradecimiento, hoy mi hermana todavía la lleva; mi hermana recibió la santa inspiración de la mujer del dictador, yo la vigilancia tutelar de Millán Astray y Luburić mis maestros en nobleza militar y de la fría crueldad de Pavelić, el hombre bien peinado, mi conciencia patriótica, he ahí las hadas que se inclinaron sobre mi cuna, las primeras fotos de mi historia, por un lado los abuelos testigos del asesinato del rey Alejandro en la Canebière, del otro mi madre tocando Bach y Scarlatti para Pavelić el hombre que había ordenado el atentado, caprichos del Destino, «wie einst Lili Marleen, wie einst Lili Marleen», qué soledad en este tren ahora que no queda más que dejarse deslizar hasta Roma, para hacer qué, para hacer qué más en Roma tomarse la revancha del Hado cruel o encontrar una acogedora tumba, comienzo a ver mi parte de destino, acaso sabía mi madre de qué dios iba a ser el instrumento y en qué combate cuando en Madrid le hizo una breve reverencia al dictador croata y a Millán Astray; puede que entreviese una gran carrera de concertista, antes de que el milagro de la edad se difuminase y a pesar de los esfuerzos de su profesora del Conservatorio, Yvonne Lefébure también ella virtuosa desde los diez años, finalmente se revelase como una pianista común cuya pasión por el instrumento, quizá atenuada por la adolescencia, por el peso terrible de la tradición y luego por la familia, se acabó debilitando y devino una pequeña llama mantenida por la pedagogía: decenas de chicas de buena familia relativamente dotadas iban a su casa para preparar el examen superior del Conservatorio, por qué se casó con un hombre que tan poco apreciaba la música no tengo ni idea, por qué yo mismo no he podido soportar nunca el repertorio de mi madre, alérgico a Bach, a Scarlatti y al resto, sin embargo conozco todas esas obras

de memoria, soy reacio al arte, insensible a la belleza, como decía Stéphanie la morena que tanto apreciaba a mi madre, decía que era una suerte ser el hijo de una artista así, cómo puede ser que no hayas aprendido a tocar el piano, no sé hacer nada de eso, quizá no estuviese dotado, eso es todo, yo estaba mucho mejor dotado para el deporte, programado para ser un guerrero quizá, lo cual por otra parte tampoco quiere decir nada, Aquiles el de los pies ligeros toca la lira y recita poemas en su tienda; mi hermana Leda ha aprendido todo el piano que ha querido, durante años, pegada a mi madre como una ladilla a los cojones de Andrija, yo hacía de público, los domingos por la tarde había que aguantar los conciertos privados para la familia, después de comer mi madre nos llamaba, «venid todos, Leda nos tocará algo», mi hermana se jactaba como un pavo real en celo, ponía sus gruesas caderas sobre el taburete todos los presentes se sentaban en sillas ordenadas alrededor del instrumento, sonatina de Clementi número Dios sabe cuántos, etcétera, mi padre estoico aplaudía a rabiar, bravo preciosa bravo ha sido perfecto, mi madre profesora hasta la médula decía sí, está bien, *pero*, pero el tempo, pero el *crescendo*, pero esto, pero aquello, después de los aplausos cada domingo esperábamos el «pero» de mi madre, yo sentía vergüenza por mi hermana, cuando lo pienso, me daba vergüenza que se prestase así al espectáculo, una vergüenza quién sabe si mezclada con envidia, qué podría mostrar yo que me valiese los aplausos de mi familia, Leda se vació en el molde que habían previsto para ella, una jovencita perfecta dulce y aplicada y luego una joven mortalmente aburrida que ha encontrado un marido suntuosamente insípido al que ha dado unos niños perfectamente bobos que acabarán en la banca o los seguros, eso es, el 14 de abril de 1951 la pianista Marija Mirković deslumbró a Millán Astray sin saber quién era aquel rígido general de físico inquietante, y ahora, a cientos de kilómetros de allí, Francis el cobarde piensa en su madre y en aquel ilustre inválido en un tren que avanza en tromba hacia la nada a través de la noche italiana, solo como una estrella una noche nublada, en qué oscuro molde me habré vaciado yo, qué profesor saldrá de las sombras para decirme «ha estado bien, pero...» Lebihan quizá, entre unas ostras y una carrera ciclista, o el propio Maurice Bardèche el viejo fascista que me dirá «lo has hecho bien, pero...» puede que Ezra Pound el cronista radiofónico de la Italia mussoliniana salga de las tinieblas para murmurar «it was perfect, but...» o Tihomir Blaškić el coronel de Vitez abandonando su retiro bosnio para increparme «vrlo zanimljivo, ali se...» Marianne cogerá de la mano a sus cinco hijos me esperarán todos en el andén de una estación y me darán una patada en las partes diciendo «puedes hacerlo mejor» y Stéphanie la gran doliente me mirará como un ángel anunciando el fin del mundo, yo entenderé que podría haber sido mejor, sé que no he estado a la altura, los hombres desmerecen, fantasmas sed comprensivos es el fin de los tiempos Francis está cansado, sufre con su carga, entendedlo, vosotros que sois tan cristianos y creéis en el de la barbita y la cruz auestas, tened en cuenta la pena de Francis el portador del maletín hundido en su sillón de primera, aplastado por el alcohol el cansancio las anfetaminas los muertos los vivos como si no fuese

capaz de detener su cerebro sus pensamientos el paisaje negro que desfila y los espectros que le mordisquean los pies, mira ahí la tienes la luna hemos penetrado las nubes el astro está en medio de la ventanilla, ilumina Italia central en alguna parte cerca de San Giovanni Valdarno, San Juan en el Arno ciudad del Bautista decapitado, a medio camino entre Florencia y Arezzo, en dos horas estaré en Roma, lo más duro ya ha pasado, cojo el libro que había dejado en la bandeja, Rafael Kahla nació en el Líbano en 1940 dice la cuarta de cubierta, hoy vive entre Tánger y Beirut, extraña expresión, entre Tánger y Beirut están Ceuta Orán Argel Túnez Trípoli Bengasi Alejandría Puerto Saíd Jaffa Acre Tiro y Sidón, o bien Valencia Barcelona Marsella Génova Venecia Dubrovnik Durrës Atenas Salónica Constantinopla Antalya y Latakia, o Palma Cagliari Siracusa Heraklion Larnaka si tenemos en cuenta las islas, Tánger guardiana del labio inferior de la Zona, así que Rafael Kahla el escritor libanés vive parcialmente en el emporio más occidental de sus ancestros fenicios, la Tingis cartaginesa hoy ciudad ocre y blanca capital de la emigración ilegal del turismo y del contrabando con el puerto atestado de africanos que esperan una improbable partida hacia la cercana España, me imagino a Rafael Kahla viviendo en la Medina, en una de esas casas tradicionales con patio central cuyas terrazas tienen una magnífica vista de la bahía, una de esas casas como la que a finales de 1953 escoge Burroughs para instalarse, venía de Roma, venía de América del Sur donde había estado buscando la ayahuasca de los telépatas, venía de México donde había matado a su mujer Joan de un tiro en la cabeza, venía de Nueva York donde se había enamorado de Allen Ginsberg quien lo había enviado a tomar viento, Roma lo aburría mortalmente, demasiadas estatuas, pocos efebos, pocas drogas y libertad, demasiado poco, «Roma muerta servil de una enfermedad ocular» escribió, Burroughs profeta de los psicotrópicos sobrevivirá a Kerouac a Cassady a Ginsberg a su propio hijo Billy Burroughs el borracho, sobrevivirá a la morfina la heroína el LSD los hongos y morirá a la venerable edad de ochenta y tres años; en Tánger se instala en una pensión que era también un burdel para europeos homosexuales, le gusta ese nido de ratas, el hachís es barato los jovencísimos mancebos rifeños que la pobreza ha dejado a merced de los occidentales también, William Burroughs escribió *Interzona* y *El almuerzo desnudo* en cuatro años de marihuana opiáceos alcohol y prostitutas macho, le gusta la ciudad sin país de la concesión internacional, nido de espías de traficantes de armas y de droga, la puerta de la Zona le inspira, William se hizo escritor porque había matado a su mujer, borracho, en un bar de México jugando a Guillermo Tell con un vaso, un cartucho justo en medio de la frente esa visión lo acosa la mancha roja la cabeza que se aleja hacia atrás la sangre que brota del cráneo abierto la vida que se escapa, Lowry el borracho estuvo a punto de matar a su mujer varias veces; por qué se hizo escritor Rafael Kahla el autor libanés, puede que por la misma razón violenta, me lo imagino combatiendo en la guerra de Beirut, quién sabe, ha matado a un camarada o ha masacrado salvajemente a civiles, como Eduardo Rózsa el voluntario húngaro en Croacia gran asesino de serbios que quizá hizo matar a los dos

periodistas creyendo que eran espías y luego se consagró a la escritura autobiográfica, en Tánger Burroughs el visionario cree ver a su mujer muerta, por las noches le habla, piensa en ella incluso cuando los jóvenes árabes lamen las heridas de su alma, piensa en Joan muerta y sobre todo en él, en la ciudad que no existe exótica a la deriva en algún lugar entre el Atlántico y el mar Negro, en el café de Francia, en el café Tangis donde según el letrero el servicio es rápido y fresco Burroughs flota entre dos mundos como un buitre en el desierto de Sonora, en Tánger la blanca ensuciada por el tiempo, entre el ¡ding! del carro de su máquina de escribir y los suspiros de los coitos pagados en las habitaciones contiguas; en Venecia entre dos mundos en una ciudad a la deriva perdida en la historia yo no escribí ni una letra, bebía paseaba leía cargando con mis muertos como Burroughs con los suyos, leía historias de fantasmas que me venían al dedo, escogí Venecia porque no había podido visitarla con Vlaho y Andi, demasiado lejos, demasiado caro, nuestra expedición adriática llegó hasta Trieste la habsburga, salí de Zagreb con mi petate caqui en un autobús hacia Venecia me instalé en un hotel en Cannaregio recuerdo que hacía tanto tiempo que no utilizaba mi tarjeta de crédito que estaba pegada a la cartera y tenía unas pequeñas manchas verdosas en el reverso el recepcionista la cogió con cara de asco yo tenía la impresión de apestar a guerra debía de apestar a guerra a grasa de fusil a humedad a tabaco la mochila verde los cabellos tan cortos los ojos exageradamente abiertos, tenía previsto quedarme un par de días en Venecia y luego coger el *Marco Polo* nocturno a París e ir a buscar a Marianne la de los pechos blancos pero algo me sucedió no tuve fuerzas, atrapado entre dos mundos recorría la ciudad por la noche la ciudad del gran silencio de la niebla y de la peste, el apartamento del Gueto lo encontré por casualidad al pasar frente a una agencia inmobiliaria de San Polo dejé el hotel compré una tarjeta telefónica y una tarde glacial llamé a Marianne desde una cabina cercana la llamé pero no le decía nada solo miraba las barcas los botes los amarres en el minúsculo canal a dos metros del teléfono público, le dije creo que me quedaré aquí un tiempo, ella respondió si quieres voy, por qué no, tenía ganas de que viniese y reconfortado por su voz volví a arrojarme con mi alfombra de Oriente y a comer techo; qué es lo que me salvó de morir ahogado en Venecia, no lo sé, puede que Marianne, o Ghassan, o yo mismo, el fantasma de Andrija que vivía en mí, su furia, de haber tenido una onza de voluntad o de cultura podría haber escrito como Burroughs en Tánger pero fui incapaz, incapaz de hacer nada fue Marianne quien llamó a mis padres para decirles que estaba bien que estaba descansando en Venecia, descansando, estaba bebiéndome los escasos sueldos que había ido acumulando y mis ahorros parisinos comiéndome mis últimas anfetaminas, no disponía de droga creadora, la mía era para poder marchar durante horas, durante la noche, para dormir poco, como en el frente, para mantenerme despierto aunque esta vez para nada, para temblar cuando surgía un desconocido de la niebla, para montar emboscadas nocturnas contra espectros, borracho y drogado pasaba rozando los edificios a grandes zancadas con un fusil imaginario en la mano, antes de atravesar un cruce

echaba un vistazo rápido y seguía corriendo, encorvado como si desde una ventana del palazzo Guardi me estuviese apuntando un tirador de élite, recuperaba el aliento de espaldas a una pared y lanzaba una granada ficticia al ángulo muerto, el corazón me va a ciento ochenta pulsaciones por minuto estoy en pleno combate en medio del silencio susurrante de la laguna, le tiendo una trampa mortal al vaporetto número uno, el único que remonta el Gran Canal por la noche, espero con un lanzagranadas anticarros al final de un callejón sin salida cerca de la Academia borracho alucinado apunto a las lamparillas que bailan en el agua negra disparo imagino el rastro de fuego sibilante que alcanza la embarcación la explosión que ilumina las fachadas de los palacios las iglesias imagino la deflagración la ola de calor me obliga a cerrar los ojos le he dado le he dado he hundido un buque enemigo los turistas americanos se hunden en la tiniebla junto con las ratas qué alegría me enciendo un cigarro vuelvo a vagar por los callejones siempre jugando a los soldados durante horas durante noches obsesionado por mis recuerdos, en la penumbra de Venecia resulta muy fácil vivir tus pesadillas en soledad, porque no tienes un bicho viviente alrededor aparte de las sombras muertas la bruma y los gritos de las sirenas de niebla, cuando llegó Marianne me dijo tengo la impresión de que vuelves de muy lejos, es verdad vuelvo de lejos, me sentía incapaz de acostarme con ella todavía sentía en la piel el contacto de las prostitutas de las musulmanas violadas de los cadáveres ya no estaba en mí estaba en el Bardo la sala de espera de las almas errantes y poco a poco cuanto más bebía con Ghassan más iba encontrando una nueva posición psíquica en el mundo de la noche un nuevo ser tenía la impresión de volver a hacer pie como de caminar sobre el agua de la laguna en fin ese tipo de ilusiones y cuanto más creía recuperar un nuevo cuerpo cuanto más ganas tenía de probarlo con el de Marianne más se hundía ella en la neurastenia, preparando sus oposiciones levantándose temprano trabajando durante todo el día yendo a correr treinta minutos cada tarde a las seis en punto en las Zattere ya nunca tenía ganas de hacer el amor, y yo volvía a la vida, mi sexo de espectro estaba enhiesto como un ciprés en un cementerio, estaba vaciando a Marianne de su deseo de su vitalidad también de su dinero, la chupaba, la arrastraba conmigo hacia el fondo, cuando por la noche salía a dar mis caminatas nocturnas de insomne hasta encontrarme con Ghassan ella me pedía que le hiciese compañía en el húmedo silencio del Gueto, yo a veces me quedaba, sí, por qué no, susurrándole al oído en tono lúbrico, y ella a veces estaba tan desesperada por la soledad que se dejaba hacer, las piernas abiertas, completamente seca, yo le hacía daño y jadeaba groseramente sobre su espalda sin que ella se moviese, resignada, con los ojos cerrados, la eyaculación nos sumergía inmediatamente en la tristeza yo sentía vergüenza por haberla forzado, ella sabía que una vez saciado el deseo iba a dejarla sola de todos modos entonces para escapar de la vergüenza y evitar su mirada yo me iba a hurtadillas mientras ella fingía estar dormida, en la escalera ya con los cojones bien vacíos me encasquetaba el gorro negro, entumecido por el frío corría para entrar en calor siempre en la misma dirección, hacia el muelle del Olvido a los bares de Aldo,

de Muaffaq el sirio, o al Paraíso Perdido, atravesaba la gran plaza desierta del Gueto, en Venecia todo se cerraba temprano, reglamento antirruido de la ciudad fantasma; las ciudades moribundas comienzan por reglamentar su agonía adelantando cada vez más la hora de cierre de los establecimientos de perdición hasta convertirlos todos en salones de té con permiso especial para abrir hasta medianoche, el sueño de alcaldes dignamente elegidos por señoronas con abrigos de piel que a la hora del aperitivo ya se han acostado, liberar a la ciudad más silenciosa del mundo de los últimos rumores de vida: los turistas se acuestan temprano, los turistas están cansados y vuelven pronto al hotel guardando las últimas fuerzas para sus juegos amorosos antes de dormir el sueño de los justos, mecidos por el chapoteo del Gran Canal contra los pilones y los pontones, para que no se diga que no han fornicado en la capital de la góndola y del romanticismo, olvidan que el romanticismo era una enfermedad de la muerte, una especie de peste negra del sentimiento y de la locura, olvidan que en realidad «it's so romantic» significa «es terriblemente mórbido», Marianne la sentía, aunque no era tísica como la Dama a las Camelias sino sumisa a los asaltos de un exguerrero más o menos violento, más o menos borracho, que reunía todos los clichés del machismo más absoluto y en grandes dosis, todavía hoy en este tren vacío en sus tres cuartas partes me invade una sensación de fracaso una violencia imperdonable como con Stéphanie unos diez años más tarde; cierra los ojos Francis, ahora aplasto una lágrima de rabia imposible de olvidar imposible olvidarlo hasta en sueños puede que en Tánger Burroughs se encontrase en un estado similar, fuera de sí, luchando contra su bestia negra hecha del recuerdo y la vergüenza ese búho con patas de araña agarrado a un rincón de su memoria, como Marianne, Stéphanie la morena de los largos cabellos la experta en geopolítica de la Zona está enganchada como un insecto a mi techo personal, demasiadas cosas hay demasiadas cosas todo es demasiado pesado ni siquiera un tren conseguirá cargar con todos estos recuerdos hasta Roma, tal es su peso, pesan más que todos los verdugos y las víctimas del maletín que hay sobre mi asiento, esta colección de fantasmas comenzó con Harmen Gerbens el viejo caiota, Harmen Gerbens del triste bigote encarcelado en Qanâter en El Cairo, extraño destino, escapar de la policía neerlandesa para acabar encarcelado en Egipto, habría que ser san Cristóbal para cargar con todo eso, las cuarenta y tres fotos de Gerbens y las hojas de comentarios de su diario, Gerbens el violador documentalista gran director de pornografía concentracionaria, yo al final ya ni sabía por qué me estaba haciendo con toda esa información esos nombres esas fotos a diestra y siniestra, primero en los inmensos ficheros del Servicio, luego más y más lejos, por qué razón hacemos las cosas, no es por deseo de conocer, por necesidad de entender, para ganarse un sitio en un mundo que desaparece, en Tánger Burroughs se batía contra su propia violencia a golpe de opiáceos de alcohol y de kif, como Malcolm Lowry a golpes de aguardiente, Tánger ciudad de la deriva, de la gran ilusión y del contrabando, perdida en solitario en el grueso labio inferior de la Zona, William Burroughs es americano, echa de menos las orillas del Mississippi, las ordenadas

avenidas de Nueva York, las palmeras de Palm Beach, está en otro lugar, esa noche de octubre de 1955 no duerme no escribe no lee está sentado en una silla de madera con los ojos sumergidos en la oscuridad, fuera o dentro, se fuma un porro de pasta de marihuana, la ventana está abierta a pesar de ser otoño hace buen tiempo, William tiene cuarenta y un años, a mitad del camino de la vida, detrás de él al otro lado de la pared mal pintada oye un gemido, alguien gime, dos segundos, tres, se para y vuelve a empezar, un ritmo bastante lento, tranquilo, un hombre gime con la boca cerrada Burroughs da otra calada, el oído tan tenso que tiene la impresión de ser un murciélago revoloteando en la habitación vecina, sus orejas tan abiertas que cree escuchar el rechinar de los dientes apretados del tipo que gime, Burroughs siente con gran precisión cómo se contrae la base de su escroto, cuanto más escucha más se hincha su sexo, qué placer, se desabrocha el pantalón para dejar que su aparato se despliegue, al aire libre en sus grises volutas, le echa el humo a su pene, mira cómo el ojo único de su miembro engulle la marihuana, cómo el minúsculo labio de esta boca de carpa también se abre para fumar y hacerse más y más grande, observa cómo su vara se endurece al ritmo de los gemidos del tipo de la habitación de al lado, curioso, interesado, fascinado por las venas azules que recorren su propia carne, William deja un momento el porro para coger la bolsa de plástico que hay en la mesa, todo está oscuro y puede concentrarse en los gemidos que continúan, ahora más rápidos, más poderosos, en la habitación vecina, más allá del ruido del plástico que se pega a su boca, a sus fosas nasales, respirar le duele, cuanto más inspira menos aire le llega a los pulmones, la cabeza totalmente cubierta por la bolsa, su mano se contrae sobre la carne ardiente entre sus piernas, también él empieza a gemir y cuanto más gime más le falta el aire cuanto más le falta el aire más sacude su órgano desmesurado las orejas le zumban tiene mucho calor lo ve todo rojo cuerpos dulces y fuertes que se le vienen encima Burroughs se siente dentro y fuera de sí el murciélago se ha transformado en un escarabajo volador cada vez se sacude con más fuerza resopla violentamente su saliva resbala en la bolsa de plástico está con Joan la andrógina está con Joan la andrógina muerta que ahora lo toma le hunde dos dedos en la garganta y otros dos en el ano le duele su glotis se contrae está asfixiado se machaca la polla que salpica que se vacía que acaba estallando, Burroughs estalla casi se desvanece su semen levanta el vuelo en mitad de la noche, una viscosidad que durante un instante planea como el orgasmo, no puede gritar no puede gritar va a palmarla sus tímpanos retumban él bate los brazos y las piernas, se ahoga, el esperma se escurre por sus muslos por fin se saca la bolsa inspira inspira inspira goza una segunda vez abriendo los ojos la habitación deformada se mece a su alrededor en medio del sonoro silencio de Tánger, completamente arrellanado en su silla Burroughs engulle el aire, engulle el aire, engulle el aire, lejos, el corazón ido, en un brutal bienestar, exhausto, relajado, observa sonriendo una gota grumosa un filamento blanco que le cuelga del índice, lo mira pausadamente se lame el dedo con curiosidad y vuelve a encenderse el porro, el humo le quema las mucosas irritadas, totalmente laxo, la bolsa del colmado en el

suelo, Burroughs siente que los mimbres de la silla le magullan el culo, tiene sed, se acaba el último trago de su cerveza, acaso le viene un poema, un fragmento de *Interzona*, acaso le viene algo más que el sueño, el calor lo despertará el calor la luz del día los brazos echados sobre la mesa hundido manchado el hachís todavía apagado en la mano vencido por el placer y la muerte en los reflejos azulados de la bahía de Tánger guardiana del Mediterráneo; al día siguiente por la mañana William Burroughs sigue tembloroso, cansado, en el baño común se echa un poco de agua y baja a perderse en el bullicio, dónde va a tomar un café, yo me lo imagino en el bar Baba, no sé si en la época ya existía, el café Baba de Tánger tiene pinta de haber estado allí desde siempre, desde los fenicios comerciantes sin escrúpulos ancestros de Ghassan y de Rafael Kahla el escritor, mesas sillas viejos carteles en la pared afables camareros todas las leyendas de Tánger se han sentado a su mesa, imagino que Burroughs también, Bowles el hombre azul, Jean Genet, Tennessee Williams, Mohamed Chukri el muerto de hambre, hoy en el café Baba hay un póster del Barça, el F. C. Barcelona club que los marroquíes adoran no sé por qué razón se sienten solidarios con ese club catalán que no tiene ni la mitad de títulos que su rival madrileño, quizá los colores de sus camisetas les recuerden instintivamente algún episodio glorioso, acaso a Jean Genet le gustaba el fútbol no tengo ni idea, seguro que le gustaría contemplar a esos fornidos deportistas correr por la hierba ligeritos de ropa, Genet llega a Barcelona treinta años antes que a Tánger la turbia, Barcelona es una ciudad negra, un puerto que huele a fritura y a bandidos donde las navajas están manchadas de sangre coagulada, en los callejones arrinconados entre el puerto y la avenida Paral·lel Genet se enamora de un serbio que apesta a gomina y a roña, a Genet el crimen le tira, a Genet le tira el crimen como a otros el ejército, a Genet le tira un serbio desertor de la Legión extranjera, un serbio manco, ladrón y macarra que lo humilla y al que él humilla, un serbio que sirvió durante la primera guerra mundial, que escapó a la derrota, a la debacle y que perdido en los caminos se acabó enrolando con Millán Astray el novio de la muerte para acabar él también mutilado como el general amante de la decapitación, luego fue mendigo ladrón traficante de opio y amante de Jean Genet el iluminado sodomita, en Barcelona Stéphanie buscaba los rastros reales de aquella época gloriosa en que el escritor se acoplaba con los marineros por unas pesetas sin darse cuenta de que era inútil pues su propia condición de turista era la prueba irrefutable de la desaparición de la ciudad por la que vagó Genet justo antes de la guerra civil, el dinero y los visitantes extranjeros acabaron con los barrios miserables, y salir hoy en día de un hotel de semilujo para clases medias europeas a la caza de los restos de la humillación de pobres putas y ladrones a mí me parecía una vileza, pues además ella no soportaba la versión contemporánea de esa chusma de antes de la guerra, los magrebíes apoyados en la pared esperando durante todo el día algo que no iba a suceder, las enormes putas negras encarnizándose con putas más pequeñas y descarnadas venidas del este, todas aparcadas, confinadas por los polis de porra fácil en unos cuantos callejones minúsculos, en una encrucijada a la

que regresaban cada vez entre una detención y la siguiente, avisadas de que no acechaban en los lugares más concurridos, advertidas de que o eran más discretas o desaparecían por arte de magia, expulsadas sin contemplaciones las más de las veces, Barcelona procuraba erradicar la prostitución en la calle reservándola a los prostíbulos modernos y relucientes con una ducha en cada habitación y certificado de higiene; Stéphanie la curiosa jugaba a sentirse mala proponiéndome que la llevase a un agradable lupanar donde podríamos acostarnos con una hermosa mujer bien limpia, la idea la excitaba mucho, una noche en el hotel recuerdo que había bebido un poco y me susurró sus fantasmas al oído, yo por supuesto le daba la réplica, le hablaba de las costumbres de los burdeles y notaba cómo su deseo sexual iba aumentando, tenía muy claro que Stéphanie era una chica bien, limitada por su clase social y su educación y que jamás iría a uno de esos lugares, pero no me importaba, total, estábamos de vacaciones lejos del bulevar Mortier de la conspiración internacional de los expedientes y de cualquier tipo de cosa seria, aparte de la Zona, de ahí no podía escaparme, la casa de Francesc Boix el fotógrafo de Mauthausen el campo de la Bota el edificio de la policía en vía Laietana donde los franquistas torturaban todo lo que caía en sus manos la prisión Modelo en la calle Entença que había dirigido el padre de Millán Astray yo debía de pensar en todo eso mientras me acostaba con Stéphanie, Stéphanie proustiana por la mañana celiniana por la noche, de repente tengo sed, podría volver al bar a beber algo aunque sea un vaso de agua con gas para refrescarme un poco la boca reseca de la ginebra y el tabaco, fuera está oscuro a pesar de la luna, las colinas vacilando a gran velocidad, esta vía rápida no atraviesa ninguna ciudad, entre nosotros y Roma no hay más que campiña, ahora observo el cuerpo de la flautista adormecida contra el hombro de su acompañante, bajo su jersey se advierte la ropa interior, a Stéphanie le gustaban mucho los jerséis de cachemira con el cuello en V, solía ponérselos con solo un sujetador negro, a Genet las mujeres lo dejaban indiferente, eso creo, no es el caso de Burroughs, él tuvo un hijo con Joan antes de matarla en un juego; de todos los héroes de Tánger, Paul Bowles Jean Genet o Tennessee Williams Burroughs es sin duda el único que también iba con mujeres, esa mañana de octubre de 1955 después de su primera experiencia de hipoxifilia William Burroughs se toma un café en el Baba o en el Tangis, Tánger en su último año de independencia bajo la égida de la comunidad internacional, como se suele decir, en 1956 el sultán de Marruecos entra con su abrigo de capucha y su asno en la ciudad, a los españoles ya solo les quedaba Ceuta y Melilla y a los franceses el llanto y la nostalgia, a pesar de que Marruecos no acabase de formar parte de mi Zona una vez igual fui en una de mis misiones, evidentemente cuestión de cooperación internacional antiterrorista, los marroquíes estaban muy avanzados en la materia ellos ya habían empezado a expulsar al desierto a los islamistas los izquierdistas y los demócratas en los años sesenta, a prisiones secas y a pleno sol en Kenitra en Tazmamart y más recientemente en Outita, un presidio que no tiene nada que envidiarles a las más famosas de sus hermanas mayores: a falta de ser

eficaces los métodos marroquíes eran simples, se trataba de encarcelar al mayor número posible de pobres diablos, de parados, de holgazanes de todo tipo, religiosos o no, por haber frecuentado la misma calle, la misma escuela o el mismo barrio que un opositor, lo cual no contribuía a aumentar la popularidad del poder en el lugar pero rellenaba con eficiencia los penales del reino; los servicios marroquíes solían tenernos ojeriza, o más bien nuestras relaciones arrastraban el lastre de Ben Barka, y cada vez que un juez francés enviaba una comisión rogatoria o que un viejo poli hacía revelaciones sobre el asunto ellos se sentían heridos, nos ponían trabas, y eso que imagino que entendían que nosotros no podíamos hacer gran cosa, a fin de cuentas la culpa es suya, no haberlo raptado para disolverlo en ácido o enterrarlo en lo más recóndito del desierto y listos, se les fue la mano, la prueba es que todavía hablamos del tema, una vez más aproveché mi misión para visitar un poco el país, Casablanca y Tánger en tren rápido, un tren por otra parte muy decente, evidentemente sin el diseño Pininfarina del TGV italiano de hoy, en Tánger estuve buscando la pensión-prostíbulo donde se alojara Burroughs el telépata visionario y tratando de leer *El almuerzo desnudo* sin éxito, aparte de algunas páginas al azar, no me inspiraban ni Tennessee Williams ni Bowles el bebedor de té, la tumba de Genet estaba en Larache bastante lejos de allí, me senté en el café Baba con un periódico para darme aplomo, había bajado a la pensión Fuentes, en una plaza minúscula de la ciudad vieja, puestos a hacer de turista decidí ir hasta el final, así ganaba tiempo, ganaba tiempo antes de regresar a París y reencontrarme con Stéphanie y con el oscuro Bulevar donde me hundía en mis papeleos y los comentarios de Lebihan el rey de la bici, él ya estaba muy cerca de la jubilación, en un limbo entre la vida activa y el retiro en Normandía, y él era el primero en darse cuenta: ah, Francis, ya no estoy en lo que hago, ya no tengo la cabeza aquí ¿se da usted cuenta? se pasaba el tiempo pensando en las musarañas hasta que de repente se sentía culpable y buscaba desesperadamente algo que hacer, algo con lo que sentirse útil, parte del equipo, indispensable, despilfarrando su energía a lo loco y mareando la perdiz, él que solía ser tan sufrido ya no sabía ni cómo abordar un simple puerto de montaña, todo un fanático de la bicicleta y pedaleaba en el vacío tratando de adelantar a todo el mundo en el falso llano, Francis, tendría que ir usted a Marruecos, yo conocía tanto a mi Lebihan el hombre de la incurable alopecia que hacía oídos sordos, ir adónde, por qué, ahora tengo mucho trabajo, entonces lo veía ponerse en danza inmediatamente, Francis enseguida le monto una misión, es vital, según cómo podría usted averiguar el nombre que nos falta en el expediente Z., trate de persuadirlos de un intercambio para el expediente Y., atención, lea usted la prospectiva, el *dossier* A. está a punto de revelarse decisivo, cada día el económico nos relanza, Francis, el puesto hace aguas, la vía se deteriora vaya allí y por lo menos les demostramos que nos interesamos por ellos, Francis, hágales ver que podemos hacer más que esos chiflados del tecnológico, ahí Lebihan era injusto, precisamente por pura casualidad éramos los responsables de una magnífica nota sobre *Los modos de comunicación de Q. en internet*, Lebihan no

entendía nada de informática y se sentía especialmente orgulloso de esa nota, en la práctica la cantidad de información a procesar convertía a los especialistas de internet en unos inoperantes, a no ser que un loco enviase un *mail* en braille pidiendo noticias sobre la salud de Bin Laden: en la era de la web la información humana se subía al tren de la gloria y la eficiencia y Lebihan, a punto de retirarse, se subía a su bicicleta, el hombre formado durante la guerra fría recuperaba fuerzas, de repente gritaba sin dejar de rascarse, Francis, Francis, no ha avanzado usted en la historia K., y Francis resoplaba, Francis se pasaba horas contrastando notas informes llegados de puestos incongruentes para avanzar en K. mientras soñaba en Croacia y en Bosnia, en acción y estruendos de obús, Francis pensaba en sus camaradas muertos, en el culo de Stéphanie, en miles de traseros contoneándose en provocativas braguitas convenientemente cubiertas por pantalones de franela gris que son el pan de cada día del funcionariado, pero nuestra especialidad, la información, nos situaba en condición de descifrar, de percibir el tanga de fulana o mengana, de alimentar nuestro deseo, día tras día, por esa ropa interior administrativa y secreta; en Tánger no había ropa interior que valiese, ni mucho menos, me quedé estupefacto por la ausencia de mujeres, en su lugar había africanos, saharianos, subsaharianos, todos ellos esperaban un pasaje a Europa y a sus glorias, la ciudad parecía llena de hombres acorralados, a la espera, la mirada caída, la Alcazaba albergaba clandestinos temerosos y barqueros obesos, todo un país en espera, Tánger ciudad escala donde el tráfico humano reemplazaba el contrabando de droga de armas y de influencias, todos esos pobres diablos tenían que esperar en el limbo y sobrevivir a la espera de su pasaje a España, la pensión Fuentes se parecía a decenas de otras pensiones, el personal normalmente agradable apreciaba al turista occidental, yo estuve a punto de embarcarme hacia Algeciras con un cargamento de clandestinos, de convertirme yo mismo en un clandestino, de desaparecer, de olvidar a Francis el exguerrero espía de poca monta a Stéphanie la gran estratega a Lebihan el ciclista y a todos los otros, tendría que haberlo hecho, sí señor, si lo pienso bien he estado a punto de cambiar de vida tres veces, una en Venecia en el agua negra de un canal, una en Tánger en un hotel de tres al cuarto, otra hoy, consumada, ya está, me llamo Yvan Deroy el loco, y cada una de estas veces se me ha aparecido un ángel, cada vez ha habido una intervención divina un milagro como quien dice hasta devolverme a la vía que ahora me conduce a Roma, en Tánger yo erraba por los callejones de la Medina o por la orilla del mar, entre el Atlántico y el Mediterráneo, obsesionado por Burroughs la droga y la muerte, perseguido por Stéphanie y nuestra relación cada día más difícil, por una maleta cada día más pesada que yo imaginaba que acabaría hundiéndome metido en una barca en medio del estrecho de Gibraltar: en Tingis la fenicia el santo resultó ser un viejo rifeño de espesa cabellera grisácea y rizada y con un bigote prácticamente blanco que bebía cervezas en un café atestado y ruidoso, mientras, yo mataba el tiempo en la mesa de al lado hojeando *El almuerzo desnudo* sin comprender ni papa, fue él quien me dirigió la palabra, me preguntó «¿usted es francés?» y después de que yo asintiese

distraídamente añadió «no me gustan los franceses», con una gran sonrisa, enseguida me cayó bien, «a mí tampoco» le dije yo, a mí tampoco me gustan especialmente los franceses, ni la gente de ningún lugar *a priori*, el viejo se llamaba Mohammed Chukri era escritor, en Tánger ciudad que recorría de arriba abajo desde hacía cuarenta años era conocido como el lobo blanco, conocía todas las tabernas todas la putas de vientre purulento todos los extranjeros atraídos por el exotismo la delicadeza turbadora de aquellas tierras mórbidas había tratado con Bowles y Genet daba un poco de lástima con aquella bolsa de plástico donde llevaba sus obras completas para vendérselas a los turistas, consciente de ser una leyenda viva, un pedazo de la ciudad, carcomido como ella por el cáncer, Chukri me dijo «lo creas o no tengo tres cánceres independientes», podrían haberse llamado como los clavos que crucificaron a Cristo, pobreza, violencia y corrupción, el viejo Mohammed con nombre de Profeta tenía los tres cánceres de Tánger, estaba muriéndose, le compré las novelas *El pan desnudo* y *Tiempo de errores*, cuyos títulos me parecieron tristemente convenientes, Chukri me preguntó si había ido allí por el kif, por los muchachos o por la nostalgia y yo no sabía cómo responderle, qué podría haberle dicho, he venido porque Burroughs mató a su mujer, o algo por el estilo, eso no tenía ni pies ni cabeza, he venido porque Burroughs no llegó a morir asfixiado mientras se hacía una paja con una bolsa de plástico en la cabeza, he venido porque trato de huir de mi propio cáncer, finalmente murmuré «he venido para embarcarme en una patera con destino a Andalucía», él sonrió, «ah, eres un periodista, hay muchos que hacen el viaje, es la última moda», hubiese querido decirle que no, que no era periodista sino espía, Chukri el moribundo me pidió que le invitase a una cerveza, pedí dos, «a fin de cuentas paga tu periódico», no dejaba de sonreír con una ironía mordaz, cada cinco minutos venía alguien a estrecharle la mano, él que de tanta hambre que pasó durante las hambrunas de los años cuarenta en el Rif se había zampado el corazón de su madre, que se había perdido en la gran ciudad poco antes de la independencia, que había perseguido a Jean Genet que había buscado su amistad por interés como hubiese hecho con otros el propio Genet veinte años antes, Chukri con la juventud rota por la miseria y la crasa estupidez de su familia se redimía, se hacía escritor chupando el talento de Genet, de Williams y de Bowles, lo cual no era poco, Chukri ascendía hacia la luz pasando sobre esos viejos famosos por quienes no disimulaba su desprecio, o cuando menos sus reservas, al enterarse de la aparición de *Jean Genet en Tánger* san Genet se había enfadado con él y ahora Mohammed Chukri el hombre del resentimiento roído por el cáncer se bebía sus últimas cervezas mientras me contaba los motines de 1952, las autoridades internacionales reprimieron con dureza las manifestaciones a favor de la independencia, Mohammed tenía diecisiete años, en la plaza del Gran Zoco el ejército armó una ametralladora en batería y comenzó a disparar sobre la multitud, Chukri me contó que fue allí donde vio su primer cadáver muerto por bala, antes se las había visto con muertos de hambre enfermos apuñalados pero nunca con una persona asesinada por arma de fuego, además de gran calibre, quedó muy marcado

por la potencia del proyectil, la forma en que los hombres eran abatidos «en pleno vuelo», decía, perforados, muertos incluso antes de tocar el suelo, dejando los cuerpos aparentemente sin violencia, boca abajo, la sangre que empapaba lentamente su ropa contrastaba con el pánico de la muchedumbre corriendo al ritmo de la ametralladora, yo pensé en Burroughs disparándole a quemarropa a su mujer en la cabeza, en Lowry estrangulando a Margerie, en Cervantes tres veces humillado, en Barcelona, en Lepanto, en Argel, puede que también Chukri se hiciese escritor en ese preciso instante, cuando su padre le pega a su madre sumisa por costumbre más que por placer, cuando no tiene más remedio que robar para comer o acaso cuando corre para refugiarse en la Alcazaba para escapar del fusilamiento, humillado por los tres poderes, el familiar, el económico y el político, allí estaba yo contemplando a Mohammed el gris en aquel tugurio de Tánger al lado del anuncio amarillento por el humo del club de fútbol barcelonés, Chukri con su aire de vagabundo celeste, humilde y presuntuoso al mismo tiempo, próximo al final, puede que ya ciego al mundo que lo rodeaba, vuelto hacia sí mismo su historia sus dramas sus máscaras sin salir nunca de ellas, siempre será el niño ajado derrotado y macilento del Rif, siempre será el adolescente que corre para escapar de las balas francesas y españolas, y yo me digo que aunque zarpase en una patera hacia Europa como un clandestino no dejaría de ser yo mismo, Francis hijo de sus padres, hijo de la croata y del francés, de la pianista y del ingeniero, como cuando se dice Aquiles hijo de Peleo, Áyax hijo de Telamón, Antíloco hijo de Néstor, todos nosotros vamos a reposar en Leuce la Isla Blanca en la desembocadura del Danubio, todos hijos de, hijos del destino de los padres, ya se llamen Hambre, Coraje o Dolor, nosotros no nos volveremos inmortales como Diomedes hijo de Tideo transformado en pavo, todos nosotros acabaremos palmándola, en el otro barrio, encontrando una hermosa sepultura, Mohammed Chukri el desgraciado avaro y generoso ya lo ha hecho, Burroughs el tirador de élite y Lowry el borracho también, hasta el papa acabará estirando su santa pata, y luego yo, puede que haya que retirarse del combate y abandonarse a la muerte y la derrota, asumirse vencido y tomar las naves negras y la ironía como Cervantes, pero hacia dónde, ya es demasiado tarde, podría haberme bajado en Florencia pero es demasiado tarde, ya no quedan paradas antes del destino último, tendré que ir hasta el final, tendré que dejarme llevar hasta Roma y continuar la batalla, el combate contra los troyanos grandes domadores de yeguas, contra mí mismo mis recuerdos y mis muertos que me observan haciendo muecas

XVI

un túnel me comprime los tímpanos, me voy otra vez a la cafetería rodante, total, aquí no hay mucho más que hacer, dejo el libro de Rafael Kahla en la bandeja y me voy donde Antonio el barman, el balanceo me hace trastabillar y a punto estoy de caer sobre una monja ofendida, ha debido de subir en Florencia no me había percatado de su presencia, en todo tren italiano que se precie hace falta una monja, una monja unos *scouts* unos músicos bohemios un lector de *Pronto* un espía una hermosa rubia y un inmigrante clandestino, he ahí todo el personal necesario para una obra de teatro o una película de género, o para un lienzo de Caravaggio, en el bar ahora hay más gente, los viajeros empiezan a sentir hambre y sed, no debe de faltar mucho para las ocho: Antonio me reconoce, me pregunta con ironía «¿una ginebra?» no, una ginebra no, una cerveza, las burbujas me irán bien, el Espíritu Santo de la fermentación, los grandes ventanales de cristal del vagón restaurante bañados de luna, entre Arezzo y Montepulciano, viñedos y colinas por todas partes, la cerveza está fresca, lleva una hermosa etiqueta azul y blanca con una ilustración de un gran velero y el simpático nombre Sans Souci, no es mal presagio; en Tesalónica la bizantina había un barco parecido amarrado fuera del puerto, en el lado de la plaza Aristóteles, un magnífico tres mástiles con el casco a rayas blancas y negras, elegante a ras de agua, no se trataba del *Sans Souci* sino del *Amerigo Vespucci*, un barco escuela de la marina italiana, en 1997 Salónica fue la capital cultural de Europa, había que celebrar ese acontecimiento excepcional como se merecía, pasé por allí por casualidad de regreso de mis primeras vacaciones griegas de espía novato, adiós a los degolladores argelinos, hola al sol al ouzo y a los pinchos, llevaba conmigo *Ciudades a la deriva* de Tsirkas, que hablaba de todo excepto de Grecia, de Jerusalén de Alejandría de El Cairo, me había comprado la novela como un buen turista para leer literatura autóctona, como hubiese hecho Marianne que a orillas de Troya la bien guardada devoraba a Yasar Kemal, y pagué la novatada, las islas griegas me parecieron decepcionantes, qué andaba yo buscando, lo cierto es que no lo sé, el Dodecaneso no era más que un embotellamiento de coches embarcando en ferris oxidados, islas barridas por el viento, peladas, el mar encabritado y terriblemente azul, las bandadas de veraneantes venidos de toda Europa merodeaban de cala en cala de playa en playa de taberna en taberna, atendiendo al tamaño del lugar y a la cantidad de franceses que frecuentan aquellos parajes allí la soledad no era más que una ilusión; en Patmos, al pie de la cueva de san Juan el Evangelista, repintaban las casas tradicionales con tanta frecuencia que el blanco no tenía tiempo de secarse, los peregrinos y los devotos engrosaban las filas de los turistas llegados por la pesca submarina y el *windsurf* a una isla de una belleza inquietante, montañosa, rocosa y seca: perfecta, de haber estado desierta, lo cual no era el caso, muy al contrario, durante el día los transbordadores vertían paseantes como quien descarga trigo, miles de granos redondos invadían las pequeñas calles destino al monasterio de san Juan en un gran

zumbido, un zumbido de voces sordas y de *flashes* que crepitaban a pesar de la deslumbrante luz del verano, una hora más tarde, dos como mucho, la marea volvía a meterse en la embarcación seguida de un nuevo cargamento, y así sucesivamente desde las nueve de la mañana hasta las siete de la tarde, nunca hubiese imaginado que en el mar Egeo cabían tantos cruceros, un número incalculable, solo con la caída de la noche, cuando las estrellas reemplazaban a los hombres y sembraban el mar de destellos igualmente innumerables, y en un esfuerzo de imaginación entre el ruido del chapoteo contra las rocas, podías imaginarte la presencia alucinada del santo poeta del Apocalipsis y del fin del mundo, el Águila de Patmos deportado por los romanos a este inhóspito peñasco procedente de Éfeso la dorada, me lo imagino por la noche, hostigado por el frío y las visiones del fin de los tiempos, los grandes ojos abiertos a la nada de la llanura marina, convencido de que esa cueva iba a ser su última morada, poblada por gritos por bestias por relinchos de caballos por suspiros de agonizantes cabezas sin cuerpo por enfermos con terroríficos abscesos ángeles caídos demonios fornicadores en los pálidos rayos del reino de los cielos que la luna benevolente proyecta sobre el mar, Juan el Evangelista sobrevivirá a la prueba de la isla, un César magnánimo lo devolverá a Éfeso, morirá de muerte natural, después de haber cavado con sus propias manos un hoyo en el que yacer, en el coro circular de su capilla primitiva; en Patmos en mi rústico hostel tuve una pesadilla en la que un desconocido me confiaba unas cajas cilíndricas como sombrereras y me recomendaba llevarlas conmigo de contrabando a París, pesaban mucho, acabé por abrir una, contenía una cabeza humana desecada y cenagosa con los ojos colgando fuera de sus órbitas, la cabeza de uno de los monjes de Tibhirine, me desperté sobresaltado, imposible librarme de las imágenes de Argelia la pegajosa, luego bajé a sumergirme en el agua junto a los peñascos y allí me quedé hasta el alba, enrollado en mi toalla, encima de una roca plana, hasta que la aurora transforma en fósforo la morada de Poseidón el de la melena de azur, entonces subí otra vez al pueblo a tomarme un café y un bollo pesado y denso relleno de aceitunas o un pastel con almendras mientras observaba el desembarco de los primeros invasores del día, luego me cansé de las pesadillas, el Evangelista no tenía ningún milagro para mí, embarqué en un *ferry* con destino a Rodas, isla del coloso de los caballeros y de las mezquitas olvidadas, que fue otomana desde principios del siglo XVI hasta 1912, hasta que los italianos decidieron que querían las migajas del Imperio moribundo, habían conquistado un pedazo de desierto en África del Norte y un rosario de piedras en el Egeo, y Rodas era su perla montañosa de las pendientes escarpadas, los paisajes se parecían a los de Troya, pinares que se elevaban por encima del nivel del mar, una veintena de pueblos dispersados por toda la isla en forma de lágrima, cuyo litoral estaba completamente roído por hoteles y complejos balnearios; enseguida dejé mi coche para refugiarme en el casco viejo de la capital, entre los callejones, tras las espesas murallas de los caballeros de Jerusalén, a la sombra, en la judería, el antiguo barrio judío, en un caserón medieval llamado Hotel Cava d'Oro: la judería era toda ausencia, en Rodas

ya no había más que un puñado de judíos, a una decena de millas de las costas de Turquía no quedaba nada de una comunidad de dos mil miembros, los únicos creyentes en la sinagoga de Kahal Shalom eran los turistas israelíes, a la hora del desayuno los escuchaba hablar en hebreo en el hermoso patio interior del hotel, en cambio los judíos de Rodas hablaban ladino, una herencia judeoespañola del reino de España que los había expulsado, la isla les había servido de refugio durante unos cuantos siglos, hasta que la vindicta europea volvió a atraparlos y los envió a habitar las nubes en el cielo de Auschwitz, de todos los judíos deportados a mediados de 1944 solo volverán un centenar y se establecerán en otros lugares, en Roma, en Francia, en Estados Unidos, abandonando su isla natal tocada por la ausencia y por la nada, en el Museo Judío de Rodas pude observar la obstinación nazi al fletar tres viejos pontones enmohecidos para transportar *Juden* del Dodecaneso al campo de tránsito de Haydari cerca de Atenas para hacerles luego atravesar los Balcanes en tren, por Salónica Skopje Belgrado y Budapest y volver a enganchar los vagones al flujo interminable que llevaba a los judíos húngaros a la muerte, los funcionarios teutones conocían su oficio, a pesar de los bombardeos aliados, los ataques de los partisanos, los movimientos de las tropas que había que repatriar del este, los refuerzos y las municiones que había que enviar al frente y con el Ejército Rojo ya en Polonia igual encontraron la forma de organizar una serie de convoyes que irían de Asia Menor a Galitzia conduciendo a la muerte a unos cuantos millares de judíos tanto más dóciles cuanto que lo ignoraban todo del antisemitismo, de los guetos y del exterminio en curso, lejos, muy lejos, en una isla de tan imponentes murallas que parece inexpugnable, protegidos, o eso creían, por el recuerdo de los hospitalarios de Jerusalén y de Solimán el Magnífico, Rodas se parecía más a Oriente Próximo o a Chipre que Patmos, había mezquitas, fuentes, iglesias latinas que databan de las cruzadas, y el imponente palacio del Gran Maestre que recordaba vagamente a las ciudadelas cruzadas de Siria y de Palestina; tantas cosas muertas me sumergían irremediabilmente en la nostalgia, mis pesadillas habían desaparecido sumiéndome en el insomnio y yo lo curaba con grandes tragos de ouzo sin hielo hasta abismarme en una oscuridad sin sueños cuyo precio eran unos ensordecedores ronquidos que, a pesar de las paredes medievales que nos separaban, me valieron las amonestaciones no tan amables de mis vecinos israelíes; que yo sepa los judíos de Rodas eran los más alejados de la tela de la araña de Auschwitz, los únicos junto con los de Corfú que emprendieron su último viaje en barco, la soledad, al principio tan agradable, me acabó pesando, la judería de Rodasapestaba a ausencia a deportación y a crema solar metí el coche en un *ferry* destino al Pireo me dije a mí mismo que las vacaciones eran algo bien fastidioso y aunque los caballeros de Jerusalén me caían simpáticos, futuros señores de Malta la árabe y clientes de Caravaggio, tenía ganas de volver a una gran ciudad, una capital, un poco de movimiento y no solo turistas ociosos como yo rondando entre espectros de cruzados y de judíos muertos: el bar del tren está lleno de estadounidenses, van a Roma, un grupo de turistas, una banda de amigos, de unos

sesenta años más o menos, mujeres rubias, hombres grandes, dentaduras reconstruidas, gente bien, ya con una cerveza Sans Souci en la mano les escucho hablar de su hotel de Florencia, según dicen no estaba tan mal, «for European standards», ignoro si esta observación es positiva o negativa, «según los criterios europeos», quizá coincidamos en el Piazza, el más americano, el más decadente de los hoteles de gran lujo de Roma, por qué Yvan Deroy no escogió más bien el hotel de la Minerva delante del elefante de Bernini, el elefante de la larga trompa, o el Gran Hotel de la piazza Repubblica, el de Alfonso XIII de España el coleccionista de pantuflas, tan próximo a la estación, o cualquier otro de los cien mil hoteles de gran lujo de Roma, cada uno con sus ilustres visitantes sus cadáveres sus fantasmas, Yvan Deroy será un fantasma entre todos los otros, la última cerveza de Francis Servain el agente secreto, la última cerveza de Francis Servain retoño de Hades, tenía que llamarse Sans Souci y ser un navío; después de dos días sudando en Atenas en una ciudad polvorienta y desierta, después de haberme recogido en el templo de Zeus, después de haber venerado a la diosa de los ojos verdes y su belleza sin par sudé tanto, estaba tan cubierto de polvo que soñaba con el Norte, con un frío glacial, me venía a la memoria Lebihan y su desprecio por todo cuanto estuviese al sur de Clermont-Ferrand, cuánta razón tenía el bribón, Atenas destripada, andaban construyendo una línea de metro, los dioses no estaban muy contentos con que se taladrasen así sus cavas y se vengaban enviando al infierno tanto quioscos de prensa como aparcamientos subterráneos y extranjeros distraídos, Hefesto el cojo y Poseidón el agitador del suelo se lo estaban poniendo difícil a aquellos apresurados ingenieros, sin contar a los melindrosos arqueólogos de la dirección de Antigüedades que intentaban analizar cada una de las piedras extraídas por las excavadoras, lo que llevaba a los atenienses a decir que su metro no iba a estar listo hasta el fin de los tiempos, el heleno es un pueblo orgulloso pero sin pizca de ironía, desde luego en agosto estaban todos de vacaciones, y por la plaza Omonia no deambulaban más que sombríos albaneses y viajeros abatidos, entre el polvo y el ruido apocalíptico de los martillos neumáticos, bajo la mirada maternal de la diosa en lo alto de su Acrópolis, yo pensaba en Albert Speer el arquitecto del Führer inventor de la teoría de los escombros, diseñador de edificios ideados para convertirse mil años después en hermosas ruinas, ruinas como las que poseían los griegos y los romanos y de las que lamentablemente carecía Alemania, Adolf el testarudo no retrocedía ante nada por el bien de su pueblo, Speer también diseñó templos dóricos de inauditas proporciones que una vez roídos por el tiempo habrían de convertirse en un magnífico Foro, un Partenón sublime en medio de Núremberg y de Berlín, Speer era un arquitecto extraño, el pensador de los vestigios del futuro, gran constructor de fábricas de armamento; durante los juicios de Núremberg Francesc Boix lo reconoce formalmente, lo señala con el dedo, lo ha visto en fotos de cuando Speer visitó Mauthausen, junto con Kaltenbrunner, jefe de seguridad del Reich, en la escalera de la cantera de la muerte, qué debe de pensar Speer el artista en ese momento, en el

banquillo de los acusados, señalado con el dedo por un fotógrafo comunista español, él que negaba haberse enterado de nada, haber visto ni oído nunca nada, el amigo del Führer sentado entre los escombros donde las bombas americanas habían acelerado el trabajo del tiempo: la Acrópolis de Atenas la construyeron esclavos, también los monumentos del Reich los construirían esclavos, muchos de ellos morirían, eso es cierto, pero también habían caído muchos levantando las pirámides y hoy a nadie se le ocurría demolerlas ni maldecir a su arquitecto, eso debía de pensar Speer el pequeño gordinfla sentado en el banquillo entre un SS y un oficial de la Wehrmacht, en 1966 salió de la prisión de Spandau, yo me lo imagino unos meses más tarde recorriendo Grecia con sesenta y un años en compañía de su hijo Albert júnior, que en ese momento andaba planificando una urbanización en la región de Trípoli en Libia y que habría de trabajar hasta para Irán y Arabia Saudita, mientras remontaba los escalones de la Acrópolis, acaso se acordaba Albert Speer sénior de la escalera de Mauthausen y del joven español que en Núremberg lo había señalado con el dedo, no es probable; en 1947 Boix también pasó por Grecia, a comienzos de la guerra civil, haciendo un reportaje para *L'Humanité* y *Regards*, allí fotografió a Zachariadis el secretario general del partido comunista y pasó algún tiempo en las montañas con los partisanos de la DSE antes de volver a París y morir, entre tanto había ido a Argelia, donde mucho más tarde el mismo hijo de Speer habría de habilitar un suburbio que, sin que él lo supiese, acabaría alojando a mis degolladores del GIA, y también a seguir el *Tour* de Francia, que tanto le gustaba, nunca vi sus fotos de Grecia pero supongo que sabría cómo hablarles a los combatientes comunistas, a fin de cuentas él había sido uno de ellos: me fui hacia el norte, como tenía tiempo en lugar de volver a coger el *ferry* a Igoumenitsa subí hacia Tesalia, quizá allí el ambiente fuese más fresco, en el coche sudé la gota gorda, todas las ventanillas bajadas, en 1993 había en Bosnia una brigada de voluntarios griegos que luchaban al lado de los serbios, un puñado de hombres bastante fanáticos que se distinguieron sobre todo en las inmediaciones de Sarajevo, afortunadamente yo no me topé con ninguno, con los muyahidines árabes y los auxiliares rusos ya tuve bastante, acaso llevaban falda y zuecos con borlas como Hernández y Fernández en el tebeo de Tintín, la gran solidaridad ortodoxa de un lado, la fraternidad musulmana y la entente católica del otro y en el bar ferroviario los estadounidenses siguen hablando, riendo, están contentos, tan blancos que parecen haberse pasado la vida jugando a golf en los alrededores de Seattle, beben agua con gas y chianti, puede que sus padres fuesen soldados por estos parajes junto con soldados marroquíes y tiradores argelinos del Cuerpo Expedicionario Francés, en junio de 1944, alrededor del lago Trasimeno, entre Montepulciano y Perugia, tras la victoria de Cassino, esa famosa victoria que los marroquíes y los argelinos celebraron destrozando asesinando saqueando y violando cuanto caía en sus manos incluido el ganado si hemos de creer las denuncias que se presentaron ante las autoridades aliadas, aquellos grandes soldados eran también unos excelentes bandidos, desde el momento de su desembarco se habían

hecho con una buena reputación, sus oficiales cerraban los ojos o preferían hacer justicia por su cuenta, después de todo aquello era la guerra, en Sicilia las cosas no habían sido fáciles, los civiles huyeron a las montañas y se dice que más de un soldado «que no se había portado bien» fue hallado hecho pedazos por un padre o un marido ofendido, en los alrededores de Nápoles las fuerzas coloniales francesas habían desencadenado una avalancha de denuncias por robo violación y muerte, sin contar perversiones diversas relatadas por las prostitutas napolitanas, a su lado las tropas marroquíes y los tiradores argelinos eran grandes soldados, ya lo habían demostrado varias veces y todavía volverían a demostrarlo en Cassino, su heroísmo solo era comparable con su hermoso salvajismo, eran capaces de subir las pendientes pedregosas bajo el fuego de los alemanes atrincherados en las alturas, morían como valientes, enviados al fragor de la batalla con sus mulos y sus asnos, cuando salían victoriosos cuando habían sangrado lo suficiente y estaban bien muertos descuartizados despedazados y hechos papilla por los obuses y las piedras los supervivientes se desperdigaban por la campiña para cobrarse la recompensa que en honor les correspondía, hermosas mozas morenas vírgenes bronceadas por las faenas del campo, carneros, cabras con las que hacían humeantes hecatombes, los dioses se relamían, los soldados coloniales huían llevándose todo en sus mulas, hasta los colchones, y cuando el granjero trataba de resistirse, cuando se negaba a entregar a su hija a su madre a sus ovejas y su reloj de pared lo degollaban y listos, acaso no eran ellos los vencedores, aplicaban la ley de la guerra, si así lo deseaban tenían todo el derecho de tomar hasta la última piedra, magnánimos como eran solían consumir las mujeres *in situ* y no se las llevaban más que en contadas ocasiones, no eran peores que las bombas que habían arrasado la abadía de San Benito en Cassino, sin un solo alemán en su interior, toneladas de explosivos soltadas en vano desde hermosos B-17 esos ángeles de la destrucción, los mismos ángeles, los mismos ángeles que borrarón del mapa las ciudades alemanas, la primera abadía benedictina completamente destruida, en Roma el papa Pío XII estaba furioso y silencioso, lo tenía todo en cuenta, unos cuantos campesinos despachados y algunas cabras atrocemente violadas no eran nada en comparación con un edificio de ese valor, unos cuantos civiles italianos y los muros de San Benito el asceta jardinero suponían una pérdida perfectamente asumible, Roma cayó, Pío XII se precipitó en brazos de sus libertadores *mit brennender Sorge* con cierta inquietud, después de pasar diez años en Baviera el papa hablaba mejor alemán que inglés, Pío XII el astuto había conseguido mantener el Vaticano intacto en plena tormenta, primero ante Mussolini luego ante el Reich, con una inmensa cobardía y un gran coraje, dependiendo de la versión, me temo que Pío XII no fue ni particularmente cobarde ni excepcionalmente valiente, temió a los rojos más que a cualquier otra cosa, negoció los acuerdos de Latrán con Mussolini, felicitó al general Franco por haberle devuelto España a la Iglesia, se atrevió a reprender al Führer por sus ataques contra el catolicismo, pidió a los creyentes polacos martirizados que tuviesen un poco de paciencia, escondió a algunos

judíos en sus jardines, el papa prefirió bajar durante un tiempo su tiara a la altura de los ojos para no cegarse con lo que podría haber visto, siempre habría tiempo para perdonar a los verdugos y beatificar a los mártires, y la lista era larga, la lista era terriblemente larga, algo parecido sucedió con los estadounidenses, que en el momento de la liberación de los campos sepultaban los cuerpos con excavadoras, Dachau Bergen-Belsen Mauthausen cientos de mujeres y de hombres iban a parar bajo tierra, millones de ellos ya habían ido a parar a las llamas, por los aires, como los sesenta mil judíos que faltaban en Salónica cuando yo llegué, seguramente en 1945 ya nadie reconocía la ciudad, casi la mitad de sus habitantes había desaparecido, yo encontré un hotel muy cerca del mar a dos pasos de la plaza Aristóteles y de la Torre Blanca, en la ciudad nueva que tanto recuerda a Alejandría de Egipto, los edificios blanqueados y elegantes ardían bajo el sol de la tarde descendido del monte Hortiatis para traerle un poco de frescura a las avenidas aplastadas por el verano, la gente se paseaba por la orilla del mar, la boca abierta como peces asfixiados, la calma ascendía poco a poco del golfo relumbrante, el aparejo del *Amerigo Vespucci* comenzaba a tintinear a merced de la cálida brisa, la luz descendía y proyectaba sombras azuladas en las copas de las terrazas de la plaza, era lógico que Salónica recordase a Alejandría fundada por Alejandro el conquistador de Asia, quien fuese alumno de Aristóteles muy cerca de aquí antes de sembrar la furia de sus ejércitos hasta el fin del mundo, en Salónica me sentí inmediatamente descansado, el último capítulo de *Ciudades a la deriva*, relato de los supervivientes de la epopeya comunista, tenía lugar justo allí, por un extraño azar el libro me había alcanzado en mi periplo, sus héroes bebían vino de Macedonia en una taberna en lo alto de las murallas recordando a sus muertos, una libación, el hermoso Manos muerto por una granada, su cadáver atado al rabo de una mula y arrojado a los peñascos, Pandelis y Thanassis fusilados, las mujeres huesudas y reumáticas se ocuparían de su memoria, y ese viento: acaso venía del norte, de los Balcanes tan cercanos, acaso de Serbia, era la novela de Tsirkas o el vino de Macedonia pero lo cierto es que una vez leída la última página yo temblaba como si fuese a hundirme, dónde estaban Andrija el eslavo Vlaho el dálmata perdidos en la muerte o en sus montañas, «canta, diosa, sus nombres memorables», los nombres de los que me dejaron, de los que yo dejé, por primera tuve la sensación de hallarme encerrado en la Zona, en un intervalo confuso movedizo y azul que asistía a la elevación de un extenso treno cantado por un coro antiguo, y todo giraba a mi alrededor porque yo era un fantasma encerrado en el reino de los Muertos, condenado a errar sin quedar jamás impreso en una película fotográfica ni reflejarme en un espejo hasta lograr vencer a la suerte, pero cómo, cómo extirparme de esa concha vacía que era mi cuerpo, iba y venía por Salónica de arriba abajo y de abajo arriba, los iconos los santos las iglesias las murallas y hasta la prisión de Heptapyrghion en lo alto de la Acrópolis, Constantino el filósofo, Cirilio el apóstol de los eslavos que salió de Salónica para un viaje largo y acabó sus días en Roma, allí está su tumba, bajo el nártex de la basílica de San Clemente, en las laderas

del Letrán, puede que cuando llegue a Roma también yo me arroje a un sótano húmedo, a una bodega, una catacumba, y así deje que Yvan Deroy el bienaventurado se vaya, que se marche hacia su destino y me abandone a la descomposición, casi me he acabado la cerveza, la Sans Souci de noble buque, los turistas del Nuevo Mundo no parecen tener prisa por volver a su vagón, yo tampoco, encima de mi asiento sigue la pequeña maleta encadenada al portaequipajes, qué contiene en realidad, por qué me he empeñado en documentar la Zona desde Harmen Gerbens el borracho de El Cairo, todas esas imágenes, esos nombres, hasta el mío, hasta la terrible foto de Bosnia, pasando por los recuerdos de Jasenovac, las multitudes masacradas de Mauthausen, los documentos de Globocnik y Stangl en Trieste, las fotografías de tortura de mi padre, los telegramas otomanos cifrados dirigidos a Talaat Pachá, las listas españolas de las fosas comunes de Valencia, los masacrados de Chatila, las risas de Aloïs Brunner el senil en Damasco, que descansen, que yo descanse ya que pronto todo habrá terminado, se acerca el apocalipsis el calentamiento o la glaciación el desierto o el diluvio voy a confiarle mi arca personal a los especialistas de la eternidad y adiós, el loco del andén de la estación de Milán tenía razón, un último apretón de manos antes del fin del mundo, un último contacto un último intercambio de datos y adiós

XVII

encerrado en este vagón los oídos tapados por los túneles y la extraña compresión del aire que provocan, la línea *direttissima* Florencia-Roma no es más que una larga galería salpicada por algunos pasajes a cielo abierto, olvidamos que el aire es una materia hasta que nos falta o se endurece contra los tímpanos, por más que te acostumbres a las explosiones siempre te sacuden como a un árbol viejo, entonces tiemblas, contraes los brazos contra el cuerpo aunque no quieras, la barbilla te cruje te muerdes la lengua los dedos te vibran convertidos en unos diapasones de carne te encoges mientras escuchas cómo la metralla silba, luego regresa el aire y con él el silencio, el silencio que todavía es más terrorífico porque te obliga a preguntarte cuándo va a llegar el siguiente obús, dónde va a caer, si dará en el blanco y te esparcirá en el azur como el montón de tierra y follaje que acabas de ver saltando por los aires con el último impacto, esperas y la deflagración vuelve a sorprenderte, el mismo fulgor amarillo resplandeciente, la misma compresión de la atmósfera, el estruendo indescriptible trufado de zumbidos metálicos, ese no ha caído lejos, había que estar borracho o drogado o las dos cosas para resistir durante mucho tiempo aquella tensión, una impotencia que te hacía verte como una brizna de hierba o un topo bajo los golpes de pico de un jardinero divino: el único a quien no parecía afectarle era Andrija, nunca lo vimos temblar, no se encogía salvo si era estrictamente necesario, aguantaba la tormenta con una quietud perfecta, esperando la calma para pasar al asalto, con el casco levantado sobre la frente y un aire desafiante, uno diría que el propio Zeus señor de los relámpagos lo protegía, que era inmune a la égida del trueno, Andi el valiente no era ningún fanfarrón, su coraje estaba ligado a una auténtica inocencia, para él los obuses no eran más que ruido y los pedazos de metal poco más que los petardos de entrenamiento, eso es todo, no contemplaba las consecuencias que aquellos explosivos podían tener sobre su cuerpo, ni siquiera inconscientemente, y sin embargo lo había visto, tipos perforados por humeantes fragmentos de metralla, amputados destripados o simplemente arañados, pero tal fe tenía en su destino que nada podía alcanzarlo, y así era; en cuanto el bombardeo terminaba él preparaba diligentemente su arma, sus municiones, presto a enfrentarse con los carros y a defender nuestra caserna o nuestra trinchera, fiero como un león, en cambio para Vlaho para el sargento Mile o para mí el fin del bombardeo significaba el principio de otro miedo, diferente pero no menos intenso: el miedo al asalto, el asalto que hay que contener o acometer, en nuestra situación, sin hombres ni material, no era fácil decidir qué era más horroroso, si esperar a los tanques o salir a su encuentro, nos lanzamos a una contraofensiva para liberar Vukovar íbamos a tener que combatir como leones para recuperar primero el pueblo de Marinci en la ruta de Vinkovci, mi primera batalla de envergadura, lo mismo que para Andrija; él compensaba su inexperiencia con un extraordinario coraje y esperaba pacientemente bajo los obuses mientras yo creía que iba a volverme loco, la boca seca, ensordecido,

pensando que pronto tendría que ir a sacar al ejército yugoslavo de sus posiciones y saltar sobre sus vehículos blindados en pequeños grupos armados con algunos RPG9, enfrentarse con sus ametralladoras sus morteros sus fusiles, estábamos listos, las botas bien atadas como Intissar la valiente, dispuestos a hacer recular a los serbios grandes domadores de yeguas hasta las murallas de Belgrado, yo temblaba bajo los disparos de los cañones, el tercer regimiento de artillería yugoslava nos regaba a razón de un tiro cada veinte o treinta segundos, el alba despuntaba sobre los campos extraordinariamente llanos que teníamos enfrente, lodo y maíz pudriéndose en pie, nosotros acostados, una llanura marrón bajo el cielo grisáceo, tibio todavía a principios de aquel otoño, no era el tipo de día que uno elegiría para morir, en absoluto, a lo lejos, justo delante, del otro lado del camino la batalla ya había comenzado y el JNA retrocedía sorprendido, nosotros debíamos avanzar para cortarles la retirada y que nuestro flanco tomase Marinci antes de seguir hacia Vukovar, para darme coraje yo miraba el escudo jaquelado cosido con prisas al hombro de Andi, por lo menos sabíamos por qué combatíamos, por un país por una ciudad cercada por la libertad, hoy me resulta muy extraño pensar que contribuí a liberar un país que cada vez me resulta más indiferente, lejano, brumoso, un lugar al que ya no voy casi nunca, sin embargo podría establecerme en la costa o en una isla, alquilar una pequeña casa y esperar tranquilamente el fin del mundo, en Hvar o en Trogir, pero no, por la noche mis muertos vendrían a mordisquearme los pies, me costaría dormir, en aquellos parajes hay demasiados fantasmas, lo que necesito es un lugar nuevo sin recuerdos, sin ruinas, un cielo virgen atravesado por un aeroplano un fragmento de azur donde todo quede suspendido, más alto, más alto que la trayectoria de los proyectiles que explotaban a nuestro alrededor en aquella trinchera de la que nunca querías salir, salvo Andrija que piafaba de impaciencia como un caballo salvaje, las armas en la mano, totalmente entregado, engalanado, el propio diablo iba a lanzarse, el diablo o el ejército de los ángeles, eso según, saltamos al campo a las órdenes del sargento Mile el patán, adelante, adelante, y de repente el cerebro se quedaba en blanco como la bandera del que se rinde, desnudo, vacío, cediéndole el lugar al cuerpo sacado de su refugio por el coraje y la patada en el culo del suboficial, venga, Andrija el valiente brillaba en la aurora de los dedos grises, el cohete al hombro, hubiésemos querido gritar tronar bramar pero había que guardar silencio, correr como un descosido para echarse al barro en el lugar donde creíamos que podríamos interceptar al T55 que ya se perfilaba en el horizonte como un sapo en el maizal, a toda velocidad, uno, dos, tres, cuatro, cinco carros se acercaban el suelo vibraba ligeramente ya son nuestros, ya son nuestros no esperan encontrarnos aquí, la esperanza nos da coraje, han caído en la trampa, ayudo a Andi a cargar su cohete, me levanto rápidamente para otear el movimiento de los blindados, diez segundos, Andrija el valiente se incorpora apunta con cuidado y dispara su haz de fuego, «sobre todo no os quedéis de pie esperando el resultado del tiro», otra vez contra el humus los insectos la nariz en el suelo una ráfaga de 12,7 barre el maíz a nuestro alrededor,

nos arrastramos hacia la derecha tan deprisa como podemos, tan deprisa como podemos, todo es un juego todo es un juego escuchamos los impactos del RPG los aullidos de los motores los tiros desordenados de los blindados volvemos a cargar volvemos a cargar rápidamente echamos un vistazo tres carros ardiendo el nuestro está quieto Andi le ha dado, tiene la oruga destrozada la torreta dañada la trampilla abierta los serbios tratan de salir del vehículo condenado, un caballo herido, voy a rematarlo, levanto el dispositivo de la mira, tengo la torreta en medio del objetivo, ya ha salido, esta vez sí contemplamos la trayectoria del artefacto, la línea de fuego rectilíneo, uno de los ocupantes medio fuera advierte el tiro que se dirige hacia él, paralizado, yo pienso venga muévete sal de ahí en dos segundos el misil alcanza los bajos del blindado y explota, pedazos de carne y de uniforme estrían el amarillo puro de la llama y proyectan un enorme haz rojo y ennegrecido, la cola de un gallo en la luz de verano, Andi me mira, pasmado, y murmura «genial, en el blanco», yo no tengo tiempo de responderle, a unos metros un obús, otra vez tenemos que salir de allí, a cubierto en el maizal, a la trinchera para desplazarnos hacia la izquierda, los tanques han rectificado su trayectoria para presentarse por delante, todavía llegan más, más y más, decenas de carros atrapados en campo abierto, tratando de escapar, como un hatajo de ratones o un rebaño de búfalos, tropiezan con barreras invisibles, minas y baterías antitanque, saben que no pueden dar media vuelta, tienen que continuar así que a pesar de todo avanzan por entre los esqueletos de sus predecesores, es la única victoria que recuerdo, la única victoria real en medio de una serie interminable de derrotas, finalmente tomamos Marinci, el camino hacia Vukovar estaba abierto, quién sabe lo que podría haber sucedido si inmediatamente después Tudjman no hubiese detenido la ofensiva, nosotros no entendimos nada, nada de nada, nadie, nuestra primera victoria y era inútil, el miedo y los muertos no habían servido de nada, los dioses protegían a los serbios, Troya todavía tardaría mucho en caer, Zeus lo había dispuesto así y nosotros agitábamos nuestras armas en vano ante las Puertas Esceas como quien blande una escoba contra una muralla, habíamos ganado una batalla y el día siguiente o dos días después Héctor hijo de Príamo nos daba otra patada en el culo, hasta el fondo de nuestras trincheras, cerca de nuestras naves, la agonía de Vukovar todavía iba a durar otro mes, seca, brutal, una ciudad convertida en subsuelo, un agujero de ratas, un sótano que acabó cediendo cuando el general Panić se esforzó en golpearlo con sistema, el 14 de octubre Marinci tomada de nuevo, el camino otra vez cortado, la ciudad rodeada durante un mes infernal por varios miles de cadáveres, hoy los estrategas e historiadores afirman que el sacrificio de Vukovar permitió ganar un tiempo precioso, imprescindible para reordenar y preparar al ejército croata, puede que sea así pero nosotros lo vimos como un capricho de Zeus, Andrija gruñía como un niño, pateaba las latas de conserva vacías, él hubiese preferido estar en la ciudad asediada que a quince kilómetros en medio de todas aquellas granjas y aldeas destruidas, cazando al cerdo, yo tenía mis primeras pesadillas, cada noche oía obuses, veía una y otra vez al soldado serbio que explotaba

en lo alto de la torreta del T55, lo veía con tanta precisión que podría haber dibujado su rostro inmóvil, paralizado por el terror ante el cohete humeante que se dirigía hacia él para propulsarlo hasta la muerte, todos esos rostros ahora se superponen, los aterrados los decapitados los quemados los acribillados los roídos por los perros o los zorros los amputados los dislocados los tranquilos los torturados los colgados los gaseados los míos y los de los otros las fotografías y los recuerdos las cabezas sin cuerpo los brazos sin cuerpo los ojos desaparecidos todos ellos tienen los mismos rasgos, una humanidad entera un icono el mismo rostro la misma sensación de presión en los tímpanos el largo túnel que no te deja respirar, un tren infinito una larga marcha de culpables de víctimas de terror y de venganza, un fresco inmenso en la iglesia de nadie, y el divino Andrija en medio, furioso ante las murallas de Ilión la bien guardada, vencido por un barbudo sorprendido al descubrir a un soldado a la vuelta de una arboleda, un alba cualquiera, un alba de azafrán de rosa o de alquitrán, es igual, el día anterior habíamos bebido, habíamos bebido demasiado, yo me levanté de mal humor, él también, Andi no encontraba su cuchillo, su bayoneta, le dolía la cabeza, no dejaba de dar vueltas buscando, escudriñó todas sus cosas, entonces le pasé el mío, solo para que dejase de refunfuñar, eso hoy no tiene tanta importancia, aquella aurora, aquellos movimientos en la bruma, yo hubiese acabado con el mundo entero por vengar a Andi y recuperar su cadáver desaparecido, sin duda saqueado y mutilado, enterrarlo quemarlo o devolvérselo a los suyos, el mundo comenzaba a resquebrajarse, en Venecia la grieta se ensanchó, durante todos los años del Bulevar todavía siguió aumentando, un túnel hoy un túnel hacia Roma, piensa en otra cosa Francis, piensa en Yvan el loco, piensa en el Nuevo Mundo en esos simpáticos sexagenarios de vacaciones bebiendo chianti mientras ríen, piensa en los paisajes ilimitados, en los lagos, en los osos y en los bosques infinitos que hay en sus comarcas, piérdete en la noche inmensa de la Toscana agujerada por la vía del tren como un escudo por una lanza, por una mirada, igual que contemplas tranquilamente un lienzo, la cabeza de Medusa en el Museo de los Uffizi

XVIII

en 1598 Michelangelo Merisi llamado Caravaggio organiza en Roma su primera decapitación: hace que un atlético truhán reclutado en las inmediaciones de uno de los numerosos lupanares que rodean el mausoleo de Augusto degolle a un viejo caballo en su taller, observa con atención los músculos del matarife desnudo resaltados por el peso de la espada, la curva del hombro cuando hiende el hierro en el cuello del animal, las narices humeantes de fiebre presa de la enfermedad, la bestia está condenada, seguramente Caravaggio no tiene tiempo de dibujar, esboza el reflejo en el filo cuando penetra el cuello, el negro chorro de sangre que rocía el muslo del guerrero y se torna púrpura, las piernas del équido en convulsión, el metal que vuelve a la carga, el mercenario salvaje levanta de nuevo el arma y la clava más arriba abriéndole una nueva herida el caballo ya no se mueve el hombre ha llegado a sus vértebras, el verdugo está rojo y viscoso de arriba abajo, se inclina hacia delante para rematar el trabajo, Michelangelo Merisi mira cómo lo coge por las crines corta las últimas carnes y blande la pesada cabeza con su mano izquierda, sin esfuerzo, la cabeza gotea, sus ojos fijos, Caravaggio siente una arcada, sus dos sirvientes le arrojan unos cubos de agua al trémulo verdugo, uno diría que ve el corazón latiendo en su pecho imberbe, Caravaggio empieza a dibujar, músculos, espaldas, chorros sangrientos, mientras el matón se lava, antes de que Merisi el invertido le pague por otros servicios, un ritual mucho más reprensible en la época que la muerte de un caballo enfermo, Roma es una ciudad sombría peligrosa poblada por dagas por prostitutas desfiguradas por criminales y callejones oscuros, a Caravaggio esa ciudad le gusta, después de su huida no descansará hasta regresar, a pesar de que Nápoles tiene su encanto, su perdición, a pesar de que hasta en Malta la mojigata se pueden encontrar amantes y cabezas que cortar, pero a Caravaggio el sacrificador le atrae Roma la plebe de Roma los fastos de Roma, el enamorado de los cuerpos la noche y la decapitación, Roma que ahora se acerca a grandes pasos en medio de la noche toscana, puede que mañana los estadounidenses a los que Antonio el barman vuelve a servir un chianti se detengan en San Luis de los Franceses de camino a la plaza Navona para ver los tres lienzos de la capilla Contarelli, la llamada, la inspiración y *El martirio de san Mateo*, una de las obras más célebres de Caravaggio, la espada del hombre desnudo cerca del santo tendido en el suelo, la belleza del ángel, a algunos metros de allí en la primera capilla a la izquierda hay unas placas de conmemoración por los soldados franceses caídos en Italia, los oficiales de la Francia libre comandando a marroquíes tunecinos argelinos senegaleses antillanos, nadie la mira, pobres tipos olvidados, los batallones de marroquíes y los soldados bereberes, tan fácilmente sacrificados por los generales aliados; tras retirarse del frente de Italia en julio de 1944 dejando diez mil muertos y desaparecidos tras de sí participan en el desembarco en Provenza, cruzarán toda Francia antes de atravesar el Rin en abril de 1945, me parece percibir sus trenes de mulos por la ventana, en Italia el miedo a la

«marroquinada» se convirtió en auténtico pánico, a la vista de los hechos un miedo del todo desproporcionado, unos cientos de exacciones de las tropas coloniales, y es que había que alimentarse bien, reconfortarse, ganar algo en la guerra que no ofrecía más que dolor, los oficiales franceses estaban autorizados a pasar por las armas a sus soldados al menor signo de insubordinación sin otra formalidad que una nota enviada al Estado Mayor, hubo cerca de un centenar, un centenar de tipos fusilados por una razón u otra entre los miles de miembros del cuerpo expedicionario francés, ya nunca vieron el Atlas el Rif el Constantino la Cabilia, muchos de los supervivientes unos años más tarde pondrán su experiencia militar al servicio del FLN, algunos serán torturados o muertos sin aviso o caerán en las emboscadas frente a los oficiales coloniales que los habían llevado a la victoria o a una placa, una pequeña placa de mármol a unos pasos del *San Mateo* de Caravaggio, una placa para resumir los miles de nombres en los cementerios franceses repartidos en territorio italiano entre Nápoles y el lago Trasimeno: en Salónica, tras acabar *Ciudades a la deriva*, entre tabernas y botellas de vino de Macedonia y gracias a una guía de viaje comprada al azar en un quiosco fui a ver la necrópolis de Zeitenlick, el cementerio de la campaña de los Balcanes, donde hay mil tumbas francesas y los huesos de ocho mil serbios de entre 1915 y 1917, olvidados junto a una gran avenida, en plena ciudad, en 1915 los supervivientes de los Dardanelos desembarcaron para ayudar a los serbios en retirada, en la necrópolis hay un cuadrado británico bien cuidado, un parterre ruso, un monumento italiano, un gigantesco osario serbio, un rincón para los musulmanes de Argelia, para los franceses israelitas, para los budistas de Indochina, los malgaches y los senegaleses, el mundo entero vino para que se los cargaran los búlgaros salvajes los alemanes y sus aliados austríacos, un mundo que ahora yace entre los cipreses en la avenida Langada a dos kilómetros del mar, bajo el sol de agosto, yo pensaba otra vez en la visita a los Dardanelos con Marianne seis años antes, cientos de páginas antes, y por casualidad veía en solitario el siguiente episodio, los nombres de aquellos que cuando descubríamos los paisajes atormentados de la península todavía seguían con vida, los fuertes de Kilitbahir, el cabo Helles, ahora podía seguir su trayecto, otros nueve mil habían caído un poco más lejos, entre tanto yo mismo había estado en la guerra, me había detenido en Venecia, Marianne se había ido, yo me había convertido en un funcionario de las sombras y por casualidad me encontraba en Tesalónica delante de todas aquellas tumbas que de algún modo me pertenecían, como también me pertenecía la casa natal de Atatürk subiendo por entre los callejones de la ciudad alta, una mansión otomana restaurada, ocre y rosada, Mustafá Kemal, yo había visitado su museo en los Dardanelos, su camino fue inverso, hacia el este, hacia Anatolia la gloriosa, en el momento de su nacimiento en 1881 Salónica es la segunda ciudad del Imperio otomano, poblada por una mitad de judíos sefardíes y otra de turcos griegos eslavos y europeos, *Salónica nido de espías* según Pabst, cuando era niño esa película me fascinó, por qué en 1912 después de la guerra de los Balcanes Mustafá Kemal había continuado con su carrera militar hasta echar a los

británicos al mar y a los franceses en Gallípoli, luego a los griegos de Asia Menor en 1923, los judíos habían continuado con su estudio, hasta que en 1941 los alemanes vuelven a atraparlos y a mediados de 1943 no queda más que un puñado de ellos, repartidos por entre las montañas con la Resistencia; el campo de tránsito de Salónica estaba junto a la estación, los trenes comenzaron a salir en marzo de 1943, hacia Treblinka, Sobibór y Birkenau, en agosto cincuenta mil personas habían sido deportadas y cerca de cuarenta mil gaseadas, de todo eso me enteré en el Museo Judío, Aloïs Brunner el rabioso especialista había llegado a Grecia en febrero de 1943, y antes de acabar con las comunidades de Atenas y de Rodas se ocupó de la de Tesalónica, hasta entonces las medidas antijudías se limitaban a prohibirles las bicicletas y las radios, pero eso era antes de que Brunner se encargase del asunto, cogiese el toro por los cuernos y organizase una policía judía de mangantes que habría de ayudarle en su tarea, oficialmente seis meses más tarde ya no queda un solo judío en Salónica, los últimos *Prominenten* con el gran rabino Zevi Koretz incluido son instalados en un tren con destino a uno de los campos de Bergen-Belsen, en su caso no hay exterminio, los alemanes tienen la sensación de deberles algo, lo mismo sucede con los trescientos judíos de nacionalidad española que reclama el cónsul de Franco, los sorprendentes españoles insisten en recuperar a sus judíos, así que un convoy sale hacia Bergen-Belsen desde donde se organiza un transporte hacia el sur, y los sefardíes hacen el camino de regreso a las tierras de Isabel de Castilla de donde habían salido cuatrocientos años antes, a través de la Francia de Vichy, acaso en la estación de Narbona o de Burdeos se cruzan los que van hacia la destrucción con los que escapan de ella, no tengo ni idea, una vez en España los meten en edificios militares en Barcelona: en enero de 1944 esos habitantes de las costas del Egeo se encuentran al otro lado del Mediterráneo, después de semanas de tren, de campos de tránsito, de diversos tratos, de privaciones y de enfermedad, de Macedonia a Sajonia de Sajonia a Francia de Francia a Cataluña antes de ser finalmente enviados al Marruecos español, indeseables en suelo patrio, y de acometer, esta vez por sus propios medios, un nuevo exilio que a algunos de ellos habría de llevarlos hasta Palestina, finalmente más afortunados que el gran rabino Zevi Koretz, que murió de tifus justo después de la liberación de los campos, Zevi Koretz el asquenazí germanófono había entendido a la perfección las órdenes de Aloïs Brunner y las había ejecutado al milímetro, él lo hizo para bien, acaso tenía miedo de la violencia alemana, acaso ignoraba lo que les esperaba a sus conciudadanos en los alrededores de Cracovia, nunca lo sabremos; al salir del Museo de la Presencia Judía mi soledad comienza a pesarme cada vez más, tengo calor, sed, la larga tarde de verano todavía tiene para un rato así que me voy a un local climatizado a comer y a beber pensando en los periplos de los niños de Israel y tratando de imaginarme Salónica hablando judeoespañol, francés y turco, entre un *hammam*, una mezquita y dos iglesias bizantinas, este año la ciudad es capital cultural de Europa, triste recompensa para los escasos supervivientes de la antigua Jerusalén de los Balcanes, como León Saltiel,

cuyas memorias me compré en el museo, León Saltiel es judío y comunista y desde las primeras medidas de las SS a principios de 1943, reagrupación y marcaje, se une en las montañas a los partisanos griegos del ELAS, allí participa en algunas acciones heroicas, hasta que a principios de 1944 estalla la guerra civil entre facciones resistentes, entonces León Saltiel deja el maquis para regresar a Salónica de forma clandestina junto con una camarada originaria de Ioannina, Ágata, de quien está perdidamente enamorado, allí se entera de que toda su familia ha sido deportada y los colaboracionistas están malvendiendo los bienes de los judíos, se esconde junto con su combatiente enamorada en casa de un amigo, Stavros, pero lo denuncian, lo detienen, lo torturan y lo envían a Mauthausen, donde llega tras un periplo atroz en compañía de unos partisanos yugoslavos y de otro resistente griego, Manos Hadjivassilis de Macedonia, también él atravesó los Balcanes a pie fusil en mano antes de ser detenido en Eslovenia, a su llegada al campo Manos se suicida, se echa sobre las alambradas y los guardas de las SS lo rematan, León Saltiel habla varias lenguas, traba amistad con los comunistas españoles que organizan la Resistencia en el campo, acaso se encontró con Francesc Boix el fotógrafo es probable, en el momento de la liberación León Saltiel está enfermo, permanece dos meses entre la vida y la muerte en una enfermería americana, en junio de 1945 está de pie, a tres mil kilómetros de su país se entera de que se desencadenó una guerra civil, de que en Atenas ha habido combates, de que los comunistas se oponen a los británicos y a los monárquicos, León quiere volver a ver a Ágata y Salónica, consigue un pasaporte de la Cruz Roja y emprende el largo viaje, a pie a través de Austria y Hungría, llega a Belgrado donde lo detienen por razones que ignora, finalmente lo dejan ir y lo devuelven a Italia por Zagreb con un contingente de prisioneros de guerra, en Venecia tras dos semanas de cuarentena médica en un húmedo campo de tránsito lo meten en un tren en dirección a Ancona, en Ancona da con otros griegos que le consiguen una plaza en un buque de carga que por fin lo lleva a Patras el 1 de diciembre de 1945: el día de su trigésimo aniversario León Saltiel está en Grecia, no le cuesta llegar a Atenas y de allí a Salónica, tiene miedo de lo que pueda esperarle, entre tanto le ha crecido el pelo y la ropa civil que le proporcionó la Cruz Roja es un puñado de harapos, también sus botas, tiene la barba salvaje y unas terribles ojeras, llega al centro de la ciudad y sube por la avenida Egnatia, va a regresar al lugar de donde salió, al café de Stavros el lugar de su detención, se tomará un café sin azúcar, tranquilo, mirando pasar algunos coches renqueantes de posguerra, en la calle Santa Sofía tuerce a la izquierda hasta la frontera de la ciudad alta, son casi las seis de la tarde, tiene algunos dracmas en el bolsillo que le han dado unos correligionarios de Atenas, también le han preguntado si quería que avisasen a alguien de su llegada, él ha respondido que no, está a menos de cien metros de casa de Stavros, León Saltiel vacila, podría bajar y entrar a ver el edificio donde vivía su madre, la tienda de su cuñado, aunque sabe que ya no queda nada, que todos han muerto, lo sabe mejor que nadie porque ha visto las pilas de cadáveres, las ejecuciones sumarias, porque ha

sentido el olor de la carne quemada cuando el viento glacial hacía que el Danubio se estremeciese, podría ir a la sinagoga, seguramente la comunidad ha previsto algo para los que vuelven, él no debe de ser el único, también podría ir a los locales del partido, aunque no sabe si le apetece demasiado hablar contar explicarse en Mauthausen estuvo con unos cuantos griegos, una decena, ningún judío, todos murieron, uno de ellos se colgó con el cordoncillo con que se ataba los pantalones, *Adonai, Adonai*, León nunca ha sido religioso, el último de sus compañeros murió de una neumonía tras la liberación, otros habían llegado después de la evacuación de Auschwitz, algunos incluso desde Salónica, pero cuando León salió de la enfermería ya se habían vuelto a marchar, los estadounidenses no sabían cómo repatriarlo a Grecia así que marchó hasta Viena a lo largo del Danubio, los soldados lo miraban como si fuese un muerto viviente y ahora, en la esquina de la calle, a unos cien metros del café vacila, siente vergüenza, Stavros es un buen compañero, acaso los alemanes lo habrán expoliado también a él, León Saltiel llega a la terraza del café, echa un vistazo al interior, espera un momento, entra, se dirige al mostrador, Stavros está allí, no ha cambiado, se planta delante de él sin decirle nada, Stavros le echa una ojeada distraída sin reconocerlo, León se sienta a una mesa molesto, espera, no sabe qué decir, Stavros un café sin azúcar por favor dice al final, atareado tras el mostrador el hombre repite la frase hacia la cocina, uno sin azúcar, León está desamparado duda si gritar Stavros soy yo se queda en silencio una mujer sale de la cocina con una pequeña bandeja de aluminio en la mano, es Ágata, León baja la cabeza, ella le deja el café y el vaso de agua fresca en la mesa sin ningún cuidado, León mira fijamente la espuma morena en la tacita, ha visto la alianza en su mano derecha, de repente vuelve a pensar en Aris Andréanou que se colgó con su propio cinturón en las duchas, en su cuello desmesurado y torcido, sus ojos clavados en el techo, la boca abierta, espera pacientemente a que se deposite el poso del café, ahora sabe que ni Ágata ni Stavros van a reconocerlo, porque es un fantasma, porque para ellos está muerto, de repente comprende cómo y por qué fue detenido, León Saltiel se bebe su café amargo, luego un poco de agua, deja una moneda que tintinea en la bandeja de metal, y se va: yo hago lo mismo, a media lectura de las memorias de Saltiel pago mi consumición y salgo, he leído en inglés durante dos buenas horas, algo que no hacía desde el ilustre Instituto de Ciencias Políticas de París, ya no me queda tanta tarde por delante, subo a la ciudad vieja sudando, me falta el aire, me apetece ver el mar desde allí arriba, mañana me iré no sé demasiado bien por qué pero de pronto tengo ganas de coger el coche e irme hacia el norte, volver a París por carretera, pasar por Bulgaria y por Serbia, después de todo tengo un pasaporte francés, estamos en agosto, hay turistas, voy a atravesar las Puertas de Hierro y a seguir el Danubio hasta Budapest para contemplar el otro lado, a ver qué tal se ve el río desde Voivodina, desde la otra orilla, en 1997 hacía dos años del final de la guerra, la región se estaba recuperando, aún me cuesta entender la idea que tuve, meterme en la boca del lobo chetnik con bigotes, sin ninguna autorización, se suponía que no debía ir a ese tipo de países, teóricamente

tenía que pedir una autorización especial para cualquier tipo de desplazamiento al extranjero, el colmo siendo yo un espía, pero bueno, tampoco sé qué podría pasarme por intentarlo, aparte de tener una avería, nunca había visto Belgrado la blanca, ni Novi Sad la austríaca, puede que las almas serbias enterradas en el cementerio militar de Salónica me hubiesen metido la idea en la cabeza, quizá tratasen de vengarse de mis abuelos austrohúngaros que los enviaron a la tumba atrayéndome a una trampa para ahogarme en el Danubio, en octubre de 1915 el káiser Guillermo II apoya a los austríacos en la batalla, el 9 de octubre cae Belgrado, los serbios retroceden en todos los frentes, más aún teniendo en cuenta que Fernando de Bulgaria, a quien le habían prometido Macedonia y Kosovo, acaba de apuñalar por la espalda a la orgullosa Serbia, se impone la retirada, el ejército ha sido destruido y sus restos esparcidos serán añadidos al Frente aliado de Salónica, donde combatirán hasta 1917, en resumen cerca de trescientos mil soldados serbios morirán durante la primera guerra mundial, valientemente según se dice, y mientras tanto los austríacos asolarán su país ocupado; me viene a la memoria el informe de Rodolph Archibald Reiss en 1915, utilizado durante lustros por la propaganda, esas buenas personas destripadas, los civiles deshuesados, las vaginas abiertas con la bayoneta para acoger el semen de decenas de soldados, las narices cortadas, las orejas arrancadas, todo descrito con la frialdad de un especialista de la policía científica: que todo eso haya sido utilizado por un bando o por el otro no afecta a la veracidad del testimonio, demostrada por la fuerza de la venganza, por el odio que genera, un odio que decenas de años más tarde será purgado contra sus enemigos, por miedo, miedo a la tradición, miedo a la leyenda que arroja al uno contra el otro cuchillo en mano, como los relatos de las atrocidades serbias nos empujaban, aterrados, a despedazar sus cadáveres, asustados por si semejantes guerreros tuviesen el poder de resucitar, cada nueva matanza serbocroata le daba la razón al relato anterior, sin que nadie tuviese la culpa, y es que cada uno, como ya sucediera con los austríacos en Serbia, podía citar el caso de una atrocidad cometida por el otro bando, el otro en sí, había que borrar su humanidad arrancándole la cara, impedirle procrear cortándole los cojones, contaminarlo violando a sus mujeres, aniquilar a su descendencia rebanándole los pechos y los pelos del pubis, hacer tabula rasa, anular el miedo y el dolor, la historia es un cuento de bestias feroces, un libro con lobos en cada página, *Tchedo* te degollará hijo mío, y seguramente lo hará, tan seguro como que tú mismo, tal como él cree, ya quemaste a sus retoños gritones en un hoyo ardiendo, para nuestro pueblo el colectivo hunde sus raíces en el relato del dolor individual, en el emplazamiento de los muertos, de los cadáveres, no es Croacia quien sangra sino los croatas, nuestro país está allí dónde están sus tumbas, nuestros asesinos, los asesinos del otro lado del espejo esperan su turno, y vendrán, vendrán porque ya vinieron, porque nosotros ya fuimos a cortarles las orejas, a clavar nuestras estacas en el vientre de sus mujeres y a sacarles los ojos, una gran ola de ciegos aullantes exigirá venganza, vendrá a defender sus tumbas y los huesos de sus muertos con tanta certeza como sube la marea después de haber bajado,

al ritmo de los movimientos de la luna, tengo ganas de coger el coche y atravesar la tierra de mis enemigos, ganas de beberme un aguardiente en Zemun mirando cómo el Sava engorda al Danubio, de ver si las chicas son hermosas, escuchar turbo-folk cantado por la exuberante esposa de Arkan el Tigre, comprarme una camiseta con la cara de Milošević o de Mladić y reírme un poco, ganas de reír pensando que seguramente en los alrededores de Osijek hace unos años el camarero me hubiese matado sin pestañear y que ahora se ha acabado, ahora les toca a los kosovares, luego se vengarán los albaneses y se comerán de desayuno a los ortodoxos, todos nosotros estamos unidos por lazos indisolubles de sangre heroica, por las intrigas de nuestros dioses celosos, pero todo eso ya se ha acabado, después de unos cuantos años de purgatorio en un despacho entre expedientes ahora estoy en mi último tren antes del fin del mundo, antes de la gran luz y la renovación, cuando haya cebras en las colinas toscanas, cebras gacelas y leones que de vez en cuando se comerán a algún turista despistado, cuando bebamos un excelente vino noruego, cuando Yvan Deroy, a los setenta años, mire cómo juegan los monos en las laderas del Argentario lleno de eucaliptos y árboles del pan, los estadounidenses están impacientes por llegar a Roma, yo también, llevo en el tren desde hace muchísimo tiempo, una de las estadounidenses se parece vagamente a la mujer de la Pomponette de ayer por la noche, debe de pensar que soy un pobre tipo, me siento pegajoso como si ahora mismo estuviese saliendo de su casa, de su oscuro portal en la calle Marcadet, los hombres son cobardes, quieren pelearse cazar follar beber cantar de vez en cuando y jugar al fútbol, son presa de sus pasiones, me gustaría que todo acabara como en *Tiempos modernos*, cuando Charlot toma a su amada por el brazo y se va por el camino, yo no supe tomar a Stéphanie por el brazo, cuando dos horas más tarde subí a mi casa medio borracho y empapado después del incidente de la pistola ella ya no estaba allí, la pipa seguía en el suelo en el mismo lugar Stéphanie se había ido yo cogí un boli y un papel y le escribí una carta pidiéndole perdón, le explicaba que yo sabía perfectamente que el arma no funcionaba, que había sido una broma pesada, y acababa lloriqueando sobre mi condición de excombatiente apelando a su compasión, diciéndole que seguía sin poder sacarme de la cabeza la guerra y otras gilipollices por el estilo, una carta sentimental cobarde y babosa para ganarme el perdón, el amor te lleva a hacer estas guarradas, pensé, estaba borracho pero no ciego, metí la misiva en un sobre y al ir al trabajo lo deposité en su buzón, y surtió efecto, sí señor, me las arreglé para no cruzarme con ella en el bulevar Mortier antes de que la leyera y al día siguiente para rematar la faena le envié flores, se las llevaron a casa hacia las ocho de la tarde, cuando estaba seguro de que habría llegado, y no sé si fue el efecto apaciguador de las rosas o el bálsamo de mis excusas, pero a las ocho y media exactas sonó el teléfono, era ella, me preguntaba si quería ir a cenar, como si nada, yo le dije que de acuerdo, podemos encontrarnos a medio camino, por la plaza République por ejemplo, me llevó a un restaurante chic en el canal Saint-Martin, cuando la vi en la orilla la abracé con fuerza y le dije al oído que lo sentía mucho, ella

me dijo no vuelvas a hacerme eso ¿vale? y prométeme que tirarás esa pistola a la basura, yo le dije por supuesto, por supuesto, aunque sin pensar lo que decía, todavía conservé mi Zastava durante mucho tiempo, al final hace unos meses se la regalé a Lebihan el día de su jubilación, con un percutor nuevo que compré por internet, le gustó mucho; ni Stéphanie ni yo nos dimos cuenta de que ese incidente había abierto una brecha, un lugar para la violencia, yo no llegaba a ver que la marea subía, que acabaría por alcanzarnos, que cuanto más llenaba mi maletín con nombres e imágenes más trataba de evitar los recuerdos de Croacia, de Bosnia, sumergiéndome en la Zona y agrandando todavía más la brecha, Stéphanie la gran estratega que se pasaba los días con generales y directores de gabinete estaba ciega, o quizá no, igual que Marianne, se estaba dejando seducir por el lado oscuro, el gusto por el peligro, los guerreros brillan con una luz negra como el propio Ares, Andi el salvaje también era atractivo, una hermosa bestia a pesar de su fealdad, uno de esos diablos angélicos que tanto le gustaban a Jean Genet el invertido enamorado de los combatientes palestinos, Andi hubiese sido capaz de cualquier cosa por poseer a una chica como Intissar la palestina, no me cabe la menor duda, me pregunto si Rafael Kahla el escritor fue él mismo un combatiente, si trató con esos palestinos, en el fondo todos contamos la misma historia, un relato de violencia y de deseo como León Salties el judío griego en sus memorias, León traicionado que vaga por una Salónica desierta, su familia, sus amigos, todos han desaparecido en los campos, sus camaradas se esconden en las montañas de Macedonia y Epiro en grupos armados que pronto reemprenderán el combate contra la monarquía fascista, Ágata se había casado con Stavros, fueron ellos quienes lo denunciaron a los alemanes, en Mauthausen él pensaba en Ágata todos los días antes de dormirse construyendo un amor idílico para poder sobrevivir, se agarraba a su recuerdo como a un madero en alta mar para no salir volando por la chimenea del crematorio, los ojos de Ágata, las manos de Ágata y hoy, en cambio, en una Tesalónica medio muerta ese madero tan sólido no es más que un viejo estrave roído por el mar, Salties da vueltas y vueltas durante varios días antes de decidirse a regresar al apartamento familiar, ocupado por un primo superviviente al que le hace prometer que no le dirá a nadie que lo ha visto, León se encierra ocho días, ocho días que pasa bebiendo y fumando en la oscuridad, acuciado por la breve agonía de Manos Hadjivassilis el electrocutado, por el cuello torcido y la boca abierta de Aris Andréanou, por la alianza en el dedo de Ágata, ya no queda nada ni nadie así que Salties decide terminar, agotado por el dolor y el alcohol confecciona una pequeña cuerda con la sábana, se ata un extremo alrededor de la nuca y busca un punto alto, una tubería, una viga para atar el otro extremo, pero nada, no encuentra nada suficientemente alto que pueda soportar su peso, así que, desesperado, con la sábana al cuello, se sube al alfeizar de una ventana para arrojar al vacío, es tarde, la noche es hermosa, un viento fresco le acaricia las piernas desnudas, el mar está muy cerca, la sábana con la que iba a colgarse es una agradable bufanda, la brisa marina saca a León Salties de las brumas, Zeus el ensamblador de nubarrones se ha percatado de su

desamparo y acude en su auxilio, su pena negra se diluye se mezcla con el sereno con el polvo de luna y de las estrellas sobre el golfo de Salónica, León se agarra al montante de la ventana, está de pie a cuatro pisos del suelo, ha estado a punto de colgarse y de lanzarse al vacío, por qué, por quién, ya no queda nadie, vuelve a meterse en el apartamento se hunde en la cama y se deja llevar por un sueño de tumba, con la soga todavía al cuello; el día siguiente León se recorta la barba pero no se afeita, ha soñado, ha visto con claridad cuál es su destino, se pone una camisa bonita y una hermosa chaqueta, no le importa que toda esa ropa le quede ahora demasiado grande, no para en todo el día, está ocupado hasta muy tarde, en los momentos más difíciles no le tiembla el pulso, cuando Ágata grita, le suplica, cuando su falda deja una de sus piernas al descubierto, León Saltiel cumple metódicamente con su deber, como un alguacil judicial o un contable, luego se une a los comunistas en la montaña, en 1948 lo detienen y lo deportan a la isla de Makronisos por motivos políticos sin relación alguna con el suplicio de Ágata ante los ojos de Stavros amordazado en una silla ni con el cinturón de cuero alrededor de la garganta tan delicada de la joven ni con la bala que un poco más tarde atraviesa la nuca de Stavros el traidor para acabar con su agonía: Saltiel no regresa de su segunda deportación hasta 1953, y, siempre según sus memorias, en 1967 vuelve a abandonar Grecia, en el momento de la dictadura de los coroneles, ya solo regresará en 1978, para morir en Salónica, y no vuelve para morir entre los suyos, porque los suyos, los judíos, los comunistas, Ágata, Stavros, han desaparecido hace tiempo; me pregunto por qué Ágata denunció a Saltiel, seguramente por amor, amor en tiempos confusos, imagino que debieron de preparar un plan para deshacerse del estorbo, ella y Stavros el chivato, puede, también puede que ella no tuviese nada que ver con todo aquello, Saltiel no dice si la torturó por pura venganza o para averiguar, para saber si fue realmente ella quien lo entregó a los alemanes, un judío comunista, todo un regalo para la Gestapo, Saltiel tampoco explica cómo escapó del pelotón de ejecución en el patio de la prisión de Heptapyrghion, en la parte alta de la ciudad, acaso habló, acaso ofreció algún tipo de información a cambio de salvarse del campo de concentración, ya con un pie en la Zona gris, la nuestra, la de las sombras y los manipuladores, Salónica perla del Egeo me recordaba a Alejandría, en la ciudad baja reinaban las nobles oficinas de bancos de seguros de transportistas de principios del siglo como reinaban en la metrópoli egipcia la Bolsa del algodón y el Banco de Egipto, la plaza Aristóteles tenía algo de la plaza Saad-Zaghloul delante del Cecil, donde los turistas británicos llegaban en peregrinación, llenos de nostalgia, para dirigirse enseguida al bar del Hotel Cecil con un libro de Lawrence Durrell en la mano a buscar a Justine o Melissa fingiendo que no advertían las sucesivas restauraciones y los arreglos de la modernidad, el *business center*, las plantas de plástico, el *kitsch* evidente de un hotel internacional de lujo, ellos iban tras el cuero rojo de antes de la guerra, el humo de los habanos, los griegos los italianos y los judíos de Alejandría que la guerra y Nasser han ido mandando poco a poco al exilio, hacia el norte, hoy en día Alejandría es una

ciudad egipcia más poblada que París, beata y pobre aunque orgullosa de una hermosa biblioteca construida por un gobierno amante de las obras faraónicas, una de las bibliotecas más vacías del planeta, símbolo del régimen de Mubarak el pertinaz, una hermosa cáscara gris de mármol de Asuán; nada vuelve cuando ha sido destruido, nada renace, ni los hombres desaparecidos ni las bibliotecas quemadas ni los faros engullidos ni las especies extinguidas, a pesar de los museos las conmemoraciones las estatuas los libros los discursos las buenas intenciones, de las cosas que se fueron no queda más que un vago recuerdo, una sombra que se cierne sobre Alejandría, doloroso fantasma recorrido por escalofríos, y sin duda es mejor que así sea, mucho mejor, hay que saber olvidar, dejar que los hombres los animales las cosas se vayan, Marianne y yo nos encontramos con una pareja de británicos de buena cuna que se paseaban por la ciudad en calesa, no querían coger un taxi, estaban dispuestos a pagar cientos de maravedíes para pavonearse tras un enganche de caballos famélicos conducido por un egipcio tocado con un turbante, ella con pantalones de montar color crema y chaqueta ceñida, él con sahariana y un sombrero de ala ancha modelo ANZAC 1915, la única mancha de color en ese frenesí de tonos arena eran sus caras asadas por el sol de Egipto, dos tomates maduros bajo los sombreros de época, él leía la guía de Alejandría redactada por E. M. Forster en 1920 y ella *Muerte en el Nilo*, tenían un poco más de veinte años y pinta de estar enamorados, por supuesto se hospedaban en el Cecil, Marianne y yo descubrimos a esos dos elementos en una pastelería histórica cerca de la Gran Plaza, fue como encontrar de repente a dos pterosaurios en la rotonda de los Campos Elíseos o a dos delfines del Yangtsé en el Sena, Marianne estaba encantada de discutir con ellos, aunque también un tanto celosa de su equipaje de cuero y sus hoteles de lujo, hablaban un inglés muy pulido, muy elegante, todo a golpes de prominente nuez, reposaban tan a gusto hundidos en las butacas de la inmensa pastelería bebiendo té a sorbitos, estaban documentados y eran cultivados se sabían a Cavafis de memoria y conocían el griego antiguo, unos fenómenos, yo no estaba especialmente celoso, la inglesa enrojecida estaba en los huesos y tenía los pechos planos nada que ver con la camisa blanca de Marianne cuyos botones parecían a punto de saltar por la presión, Marianne entera y espontánea estaba a mil millas de aquella inglesa afectada, parecía que para los egipcios todo aquello era normal, estaban contentos por las propinas y otros sobornos con que la joven pareja los honraba en la más insigne tradición colonial; él se llamaba James y era escocés, un fanático del *rugby* y de la estatuaria griega, nos propusieron llevarnos de excursión a Montazah en su calesa, a visitar el palacio y los jardines, yo estuve a punto de decirles que no me había traído el disfraz de explorador pero me resistí, a fin de cuentas iba a ser divertido así que la mañana siguiente acudimos a la cita, Marianne se había vestido «de campaña», con una blusa de vichy rojo y un pequeño fular a juego, nos instalamos en la berlina a pesar de los gritos del postillón del turbante que insistía en que tomásemos dos vehículos, James acabó consiguiendo que aceptase la sobrecarga a cambio de nuestro peso en libras de oro, y así es como nos

pusimos en marcha, en medio de los taxis los autobuses atestados el humo de los tubos de escape los atascos el claxon de los coches y las campanas de los tranvías, las pezuñas de la yegua golpeaban duramente el asfalto al trote corto, íbamos sacudidos por los muelles cansados los tímpanos perforados por el continuo rechinar de los ejes mal engrasados y los gritos del carretero que azotaba a su rocín como un fanático, era maravilloso ver cómo los excrementos de caballo salían del culo de la bestia para amontonarse en la calzada cada vez que parábamos, a pesar de la dureza del cochero con su rocín no habíamos salido a ganar la carrera del Sulky d'Or, para llegar a Montazah teníamos que recorrer seis o siete millas, al caballo le costaba ir al trote, lo cual le valía doble ración de fusta, nuestros amigos británicos seguían pavoneándose, derechos como una I en medio de aquel traqueteo, disfrutando del paisaje de la llanura marina, contentos y orgullosos hasta tal punto que yo me preguntaba si estábamos viendo lo mismo, la miseria del viejo jamelgo sudando ante la maldad del auriga la pobreza de Egipto el infierno de la circulación la incomodidad del carro bamboleante los escapes de gasóleo de los autobuses los niños mendigos negros de roña que nos perseguían y que el conductor espantaba como a moscas atizándoles con el látigo, quizá nuestros huéspedes tuviesen visiones de Cleopatra de Durrell de Forster de Cavafis cegados por el faro de Alejandría, Marianne tampoco estaba demasiado a gusto, los coches nos adelantaban con rabia tocando el claxon, tres cuartos de hora más tarde llegábamos a Montazah, los británicos debían de adorar mucho su calesa, yo estaba rendido, las nalgas curtidas, tanto como el heroico penco, el palacio en cuestión se hallaba en medio de unos magníficos jardines llenos de mangos de pimenteros de buganvillas de laureles rosas, un castillo que uno diría construido con piezas de Lego rojas y blancas, una obra de lo más insólito, estilo austro-otomano-*kitsch* para Faruk forzado a abdicar por los Oficiales Libres, por el general Neguib y Nasser el alejandrino de las cejas espesas, se acabaron los príncipes y las princesas de palacios suntuosos, es tiempo de los temas marciales y los discursos vociferantes de la revolución en marcha en los temblores y los suspiros de Um Kalsum la mofletuda, como no había gran cosa que ver aparte de los jardines fuimos a tomarnos un zumo de mango en la terraza de un hotel que el desarrollo turístico había tenido el buen gusto de posar justo a orillas del agua como un chancro negro de veinte pisos, nuestros flemáticos amigos todavía nos propusieron otra visita, esta más original, se trataba de ir a visitar la casa natal de Rudolf Hess el aviador amigo de Hitler y vice-Führer del Reich, Alejandría había producido de todo, poetas guerreros espías cantantes nazis de alto rango, para James se trataba de una visita casi familiar, «Hess fell in my uncle's garden», decía, Hess cayó en el jardín de mi tío, en noviembre de 1941 Rudolf Hess vuela hasta Escocia comandando un Messerschmitt modificado para la ocasión, atraviesa las defensas costeras inglesas sin que se den cuenta y, escaso de gasolina, salta en paracaídas para aterrizar en casa de un noble escocés que se queda atónito por la inopinada aparición del delfín de Hitler entre sus hortensias, todavía no se sabe por qué lo hizo, seguramente para tratar de negociar la

paz con Gran Bretaña antes de la invasión de la URSS, posiblemente sin órdenes del Führer, Churchill lo hizo encarcelar inmediatamente en la Torre de Londres, luego, en 1946, fue condenado a perpetuidad en Núremberg, el aviador trastornado acabó en la prisión de Spandau haciéndole compañía a Speer el constructor de templos teutónicos, loco amnésico hipocondríaco depresivo su agonía duró hasta 1987, triste y solo, último inquilino de una cárcel demolida inmediatamente después de su muerte, durante sus últimos años Rudolf era asaltado con frecuencia por los recuerdos de la bahía de Alejandría, se pasaba el día dibujando pórticos griegos y vistas del faro desaparecido, obsesionado por una ciudad que había dejado hacía ochenta años, la luz del Mediterráneo última llama de sus ojos vacíos, era incapaz de acordarse de su proceso en Alemania pero hablaba con auténtica ternura de su institutriz italiana, de su jardín, de su colegio, de jóvenes vestidas de blanco, de recepciones con cónsules, de lecciones de natación en los baños de Chatby, de la espléndida villa de su padre en el barrio de Santo Stefano, a dos pasos del mar, catorce años de infancia en Alejandría y más de cuarenta años de prisión, sobre qué reflexionar, de qué acordarse, acaso pensaría en Antonio y Cleopatra cuando a la edad venerable de noventa y tres años se acabó suicidando, un cálido día de agosto Hess consigue quedarse solo en una caseta del jardín del bastión de Spandau con un metro cincuenta de cable eléctrico robado que se enrolla alrededor del cuello, lo ciñe con fuerza ayudándose de la falleba de una ventana, se mostró más ingenioso que León Saltiel, también más determinado, Hess se asfixia para escapar de una vida demasiado larga, de su interminable destino de recluso, Hess guerrero sin batallas, sin gloria más allá de una incursión aérea y una excepcional longevidad, hombre sin interés que había salido de Alejandría en 1910, criminal de guerra sin guerra que murió en la ambulancia donde todavía se empeñaban en reanimarlo, el último gran nazi que seguía con vida, representante postrero de una especie extinguida, James el escocés excéntrico tenía motivos para la decepción, en el emplazamiento de la villa de la familia Hess a orillas del mar había un edificio gris semejante a muchos otros de los que pueblan la Cornisa, que casi es como decir delante de la autopista, ni rastro del frondoso jardín ni de la fastuosa residencia, los restos del destino de Hess habían sido borrados sin escrúpulos por el Egipto moderno, así que volvimos a subirnos a la calesa traqueteante en medio de taxis amarillos e indicaciones para regresar al centro de la ciudad, el caballo había empezado a cojear y se obstinaba en negarse a trotar, iba al paso y eso desencadenaba la furia del cochero que entonces gritaba de pie para darle con la fusta y tan fuerte como podía al équido testarudo, con rabia, la correa de cuero lo golpeaba duramente salpicando moscas y gotitas de sudor, el viejo jumento sacudía el cuello, relinchaba, uno diría que ya solo era bueno para descuartizarlo, su conductor estaba acabando con él, de vez en cuando la bestia tropezaba en el asfalto, en la calesa el ambiente tampoco estaba para tirar cohetes, los británicos ya no miraban el mar brillante sino al pencho medio muerto encajando la furia del carretero del turbante, cada vez que el látigo se abatía violentamente sobre el animal Marianne

apretaba los dientes y daba un pequeño grito, cuatro jóvenes europeos bienpensantes eran los responsables del suplicio de un pobre rocín cubierto de espuma, las narices dilatadas, sin embargo nadie se bajó, el enganche acabó por llevarnos delante del Cecil, James se puso su sombrero bien derecho en la cabeza y le pagó el precio convenido al cochero, quien reclamó un suplemento para su pobre *Rocinante*, el escocés lo envió literalmente a la mierda, si no lo entendí mal, con un gran placer; poco le faltó para coger él mismo el látigo y administrarle un correctivo neocolonial al egipcio, en materia de caballos los británicos son muy sensibles, sin embargo él era el responsable del calvario de aquel pobre animal, nos separamos como buenos amigos prometiendo volver a vernos, cada vez que he regresado a Alejandría he vuelto a pensar en aquella anacrónica pareja en Rudolf Hess y en la calesa mientras desayunaba con mis generales egipcios aficionados al *whisky* y grandes cazadores de terroristas que me mostraban con orgullo la obra de la nueva biblioteca, esperemos que tenga un destino diferente al de su antecesora incendiada, una tregua en el tiempo antes de acabar ahogada por la subida de las aguas del Mediterráneo tras la fusión de los hielos del polo, su hermoso espigón de granito color ceniza transformado en playa lisa y agradable para las focas risueñas que jugarán a deslizarse sobre el vientre bramando de placer

XIX

todo es más difícil a mitad del camino de la vida la sensación de ser un pobre hombre la cercanía de la vejez la acumulación de faltas de culpas el cuerpo surcado por rastros blancos en la sien las venas más marcadas el sexo se encoge crecen las orejas la enfermedad acecha, la alopecia los hongos de Lebihan o el cáncer de mi padre derribado por Apolo sin que el cuchillo de Macaón pudiese evitarlo, una flecha demasiado certera, demasiado profunda, a pesar de varias operaciones el mal regresaba, se extendía, mi padre comenzó a disolverse, a derretirse y luego a secarse, cada vez parecía mayor, estirado, su cara inmensa marcada por cavidades óseas, sus brazos se descarnaban, aquel hombre tan sobrio se iba quedando en silencio, mi madre hablaba por él, decía «tu padre esto, tu padre aquello» delante de él, era su sibila, interpretaba sus signos, «tu padre está contento de verte» decía cuando iba a visitarlos, «te echa de menos» y el cuerpo paternal callaba en su butaca, cuando me acercaba para preguntarle cómo iba mi madre respondía «hoy está muy bien» hasta que poco a poco todo el mundo dejó de dirigirse a él directamente, consultábamos a su oráculo, mi padre pasaba largas horas sentado leyendo a san Agustín o los Evangelios, resultaba extraño pensar que un científico, un ingeniero, un especialista en la más invisible de las materias, hubiese encontrado un sitio para Dios en el corazón de sus ondas, se estaba poniendo al día con el más allá, preparaba su pasaporte para Hades gran comedor de guerreros, sin embargo nosotros estábamos convencidos de que iba a curarse, curarse o arrastrar su enfermedad durante años, pero las Moiras tenían otros planes, y ni el mismo Zeus podía interferir en ellos, entonces, después de cada visita a mis padres, regresaba a mi casa me pasaba por el bar a tomarme unas cañas y subía a sumergirme también yo en un libro, cualquiera, para pasar el tiempo, documentos de la Zona o lo que el librero de la place des Abbesses me colocaba, novelas de quiosco literatura ensayos cualquier cosa, desde que Stéphanie se fue en lugar de su piel me vi acariciando miles de páginas en soledad, como para volverse loco, como Rudolf Hess en su interminable prisión, mi padre se iba apagando, mi madre resistía, cada vez tocaba piezas más difíciles, cuatro horas al día, con rabia, Chopin Liszt Scriabine Shostakóvich nada se le resistía, el Bulevar era gris, más sombrío que nunca, ahora el sable del mariscal Mortier se enmohecía bajo la dirección de Jean-Claude Cousseran, un diplomático especialista en la Zona, de Jerusalén a Ankara pasando por Damasco, simpático cultivado e inteligente, poco apreciado entre los expertos de la cábala y las sombras chinescas, a mí todo eso me quedaba demasiado lejos, desde mi mesa yo solo veía a Lebihan resoplando de reunión en reunión mientras esperaba la blanca, las reformas y las transformaciones de los organigramas, los medios asignados a tal o cual servicio en detrimento de tal otro, en fin, el discreto encanto de una administración pletórica y opaca que nadie sabía exactamente cómo funcionaba, ni siquiera nosotros: sin embargo, por arte de magia, los informes las fichas las misiones y los boletines

excepcionales o semanales llegaban a sus destinatarios, la intoxicación y las manipulaciones varias acabaron por dar cuenta de Cousseran y de su equipo, volcados irremisiblemente del lado de Chirac, Cousseran se fue de nuevo a El Cairo como embajador, todavía debe de estar allí, a orillas del Nilo, a dos pasos del zoo, observando desde su gran oficina cómo brincan los monos, firmando distraídamente documentos sin importancia sobre una magnífica carpeta de cuero verde; yo me acabo mi Sans Souci a su salud, la verdad es que esta botella es bien bonita, con el barco blanco sobre un fondo azul, debemos de estar acercándonos a Orvieto, el paisaje se ondula despacio bajo la luna, el chianti ha hecho que los estadounidenses se pongan contentos, ahora todavía cloquean más, dice la etiqueta que la Sans Souci la elabora la empresa Moretti en Udine, Udine capital de Friuli, hermosa ciudad veneciana donde fue confinado Franz Stangl al terminar la guerra, encargado de la lucha contra los partisanos una vez destruidos los campos de Bełżec, Sobibór y Treblinka, cerrados por falta de clientes, misión cumplida: Globocnik, Wirth, Stangl y la alegre banda de la Aktion Reinhardt habían eliminado a dos millones de judíos del gobierno general de Polonia, con gas de escape, según el método experimentado por Wirth el salvaje en Bełżec, y todos esos siniestros técnicos de la destrucción a principios de 1944 fueron enviados al Operationszone Adriatisches Küstenland cuya capital era Trieste la habsburga, un lugar peligroso, incontrolable, los grupos de resistentes controlaban regiones enteras y organizaban operaciones mortíferas para los alemanes, como la que en mayo de 1944 le costó la vida a Christian Wirth, por otra parte quizá los mandasen allí precisamente para eso, para que muriesen, para deshacerse de los únicos testigos auténticos de los campos de Polonia, testigos de las fosas comunes donde reposaban los cuerpos mal quemados de cientos de miles de hombres mujeres y niños asfixiados, Globocnik apodado Globus por Himmler nació en una Trieste todavía austríaca, al muy cerdo lo detestaba cualquiera con un gramo de razón, era mentiroso, ladrón, dispuesto a todo para aumentar la fortuna personal que había amasado quedándose con una parte de las posesiones judías que se destinaban a Berlín, y es que el exterminio producía millones y millones de reichsmarks, unir lo útil con lo agradable, pensaba Globus el irónico, igual que Wirth el presuntuoso, Stangl fue el único sin la malicia suficiente para llenarse los bolsillos, era un simple poli austríaco sin entidad que se limitaba a ejecutar maquinalmente las tareas desagradables, desde su paso por Treblinka bebía mucho, mucho, para él los judíos eran madera, material que había que «procesar», le repugnaba ir a ver con sus propios ojos los cuerpos sacados de las cámaras de gas, detestaba secretamente a Wirth el bruto de los bigotes, Stangl apreciaba las cosas bellas, en Treblinka había organizado un Kommando de jardineros para sembrar el campo de plantas agradables e instaló un pequeño zoo con tortugas un mono y un papagayo amarillo y blanco donde le gustaba pasarse horas y horas en medio de un calor tropical mientras a quinientos metros, en el campo de la muerte, se incineraban cadáveres todo el santo día, en Treblinka Stangl llevaba una chaqueta blanca inmaculada, su caparazón

virginal, los buenos tiempos, en Udine en cambio tenía miedo, sobre todo después del atentado contra Wirth en la carretera de Fiume, la mayor parte del tiempo lo pasaba recluido en su oficina y solo salía cuando era estrictamente necesario, sobre todo para ir a Trieste, era un tipo solitario, aunque bebía y jugaba a cartas con Arthur Walter y Franz Wagner, con quienes había recorrido el itinerario completo del exterminio, desde la eutanasia de los enfermos mentales de Alemania hasta las orillas del Adriático, donde todo empezó a ir mal: los partisanos eslovenos croatas e italianos eran por lo menos tan numerosos como las escasas tropas que la debacle del este y el avance aliado en Italia habían tenido a bien dejarles, el fin estaba próximo, en qué momento se da cuenta de que la guerra está perdida, puede que en junio de 1944, puede que antes, a su llegada Stangl fue destinado primero al mismo Trieste para dirigir un campo de tránsito de la policía llamado la Risiera di San Sabba, instalado en una antigua fábrica de tratamiento de arroz, por allí pasan los partisanos detenidos y los judíos arrebañados, de camino hacia Auschwitz Mauthausen Dachau o Buchenwald según el azar de los transportes, el esmero de Globocnik enseguida le confiere mayor amplitud al lugar, a principios de 1944 Wirth le pide a Erwin Lambert técnico del gas y la cremación que construya un horno para deshacerse de los cuerpos de las cinco mil personas ejecutadas *in situ*, la mayor parte de las veces con un garrote, y cuyas cenizas van a parar al mar, por la noche, a manos de los verdugos ucranianos que los especialistas de la destrucción se habían llevado con ellos, cuando en 1992 Vlaho Andi y yo fuimos en expedición a Trieste la blanca puerto de Austria de Italia de Eslovenia y de Croacia no llegamos a ver nada de la ciudad, bares más bares viento helado lluvia pescado frito un amplio frente de mar una bahía encrespada bordeada por colinas un faro y unas pocas chicas corriendo con sus abrigoas a refugiarse en tabernas vacías, nosotros nos habíamos hospedado en una pensión regentada por eslovenos que había cerca de la estación, Vlaho ponía mala cara, no entendía qué hacíamos allí pudiendo haber ido a su casa en Split a montar una fiesta como Dios manda, el turismo no lo justificaba todo, y además Italia era carísima, aunque por lo menos significaba un cambio respecto a Zagreb sus clubes de noche desiertos y sus bares de putas llenos de soldados de mafiosos y de ese ambiente tan triste de la capital de nuestro país en guerra, en Trieste me olvidé por un tiempo del combate y los camaradas muertos, a Andi todo eso le daba igual con tal de que hubiese para beber, nos hinchábamos de espaguetis con marisco regados con vino blanco y luego íbamos a *night clubs* sin duda también muy tristes pero que a nosotros nos parecían el colmo de la alegría porque allí éramos los únicos militares en medio de los estudiantes de Trieste, ellos ni se imaginaban de dónde podíamos venir, a pesar de nuestro olor y nuestro pelo corto, «tres jóvenes tambores regresaban de la guerra, tres jóvenes tambores», me acuerdo de haber bailado unos minutos con una joven italiana de unos veinte años, me sonreía sin cesar, bailábamos codo con codo sin decir palabra, tenía el pelo largo y recogido y unos rasgos muy agradables, yo pensé si me quiere no voy a Herzegovina, no voy a Bosnia, me quedo en Trieste, si me quiere,

Afrodita llegaba en mi ayuda, ella bailaba con los puños levantados a la altura de la frente, la cabeza inclinada hacia delante, llevaba un vestido de manga larga y algodón negro que contrastaba con su piel clara y sus mechas rubias, un broche brillaba junto a su escote, una pequeña rosa roja de cerámica, a veces levantaba la mirada y me miraba sonriendo, la música era un hit de Pearl Jam o de Nirvana no me acuerdo, ella murmuraba la letra, sus pies conducían sus caderas a derecha e izquierda siguiendo el ritmo, la canción se acabó ella me sonrió por última vez antes de alejarse despacio con pasos cortos, Andi me cogió por el brazo para ir al bar, yo vacilé, miré a la joven perderse en la muchedumbre y me fui a beber un vodka con Andrija y Vlaho, ellos también sonreían, nos dimos una palmadita en el hombro, luego la busqué, había desaparecido en el bullicio silencioso del club que ya no tardaría en cerrar, yo no podía entenderlo, no podía entender la forma que a veces toma el Destino, fui a Bosnia, cumplí en la guerra durante unos cuantos meses, posiblemente aquella chica me hubiese salvado, aquella desconocida, quién sabe, al salir nos fuimos de putas, para consolarme decía Vlaho, puede que aquella chica nos hubiese salvado a los tres, en Italia no había burdeles sino bares turbios por donde rondaban unas cuantas albanesas rechonchas y tristes, yo lo dejé correr, Vlaho, nuestro campeón, cuya libido una vez curado su resfriado no se detenía ante nada, desapareció en una trastienda con una de ellas, nosotros continuamos bebiendo, bebiendo otra vez y otra como si el mundo se hubiese vuelto líquido, el mundo entero, y luego regresamos a Herzegovina; cuarenta años antes los miembros del Einsatz R. bebían tanto como podían en Trieste, los Wirth, los Stangl, los Wagner se emborrachaban hasta la médula mientras esperaban la muerte o la derrota, los ucranios cansados se olvidaban en la rabia del látigo y la tortura, diseminados entre Udine, Fiume y Trieste los antiguos compañeros de matanza no se veían mucho, y cuando se cruzaban no hablaban de Polonia ni de Treblinka o Sobibór, entre tanto Stangl había pasado por su casa en Austria para ver a su mujer y sus hijos, los echaba de menos, tenía prisa por que la guerra se acabase para regresar al calor del hogar, me pregunto si entonces tenía la intuición de que los muertos de Treblinka y de Sobibór iban a impedirle para siempre regresar a su casa, seguro que no, todos esos tipos perdidos a orillas del Adriático debían de soñar con una improbable victoria del Reich, o aferrarse a la ilusión de que habían disimulado lo suficiente sus crímenes, que por otra parte no eran tales, para Stangl todo aquello no representaba crimen alguno puesto que el Reich había excluido esos cuerpos del género humano, madera, no eran más que madera que alguien tenía que quemar, un error de la naturaleza que había que solucionar, una especie prolífica a erradicar y aunque el olor resultaba muy desagradable era imposible reconocerse en aquellas víctimas suplicantes que manaban de vagones mancillados, la eutanasia por monóxido de carbono era indolora, a fin de cuentas *se les trataba bien*, Globocnik había tratado Polonia como se ataca un patatal invadido por doríforas o por el mildiu, con mayor o menor placer y entusiasmo Wirth y Stangl habían cumplido con su deber, y esa era una

responsabilidad que pesaba mucho, sobre todo cuando habían tenido que reabrir las fosas comunes que los gases de la descomposición y los fluidos nauseabundos hacían ondular como el mar, una responsabilidad difícil de llevar, retirar todos aquellos cuerpos comprimidos licuados roídos por los gusanos para quemarlos encima de unas enormes parrillas construidas con vías de tren, Wirth el ingenioso hasta había reciclado una máquina de machacar piedras para desembarazarse de los huesos que no ardían, «la tierra más fértil de Polonia —decía Wirth el ingenioso—, aquí dejamos la tierra más fértil de Polonia»: cuando se marcharon de allí, una vez destruido el campo y para protegerse de los curiosos, le instalaron una pequeña granja a una pareja de ucranios donde, en efecto, la tierra era tan fértil que producía unas remolachas y unas coles enormes, el trigo crecía como en ningún otro lugar, el pan que la mujer le amasaba a su marido casi no necesitaba levadura, los fresnos y los abetos también crecían en un tiempo récord, incorporando a sus troncos nacientes, a sus hojas y sus agujas la savia de los judíos muertos, elevando su materia y su recuerdo hacia los cielos, en Treblinka no hay nada que ver, en Sobibór no hay nada que ver más allá de inmensos árboles doblegados en silencio bajo el peso de la nieve, murmullos, eso es todo lo que se oye, el movimiento de las ramas y el crujir de los pasos sobre el suelo, nada más, un ciervo, un zorro, un ave, el intenso frío de la llanura, el Bug que fluye, el final de la ausencia, nada; en Trieste el Einsatz R. tan bien organizado continuaba con su trabajo, con su esfuerzo de guerra contra los partisanos eslavos y los judíos disimulados, Globus comenzó por transformar la gran sinagoga devastada en 1942 en un depósito de bienes expoliados y se puso manos a la obra, batida tras batida la pequeña comunidad de Trieste fue enviada a Auschwitz o a Dachau pasando por el campo de San Sabba, adiós Trieste puerta de Jerusalén lugar de partida de los buques de la Lloyd's que llevaba los primeros emigrantes a Palestina, Trieste lugar de encuentro de los asquenazíes del norte y los sefardíes del sur, adiós, por más cansados que estuviesen los agentes de la Aktion Reinhardt, por más que bebiesen, eran perfectamente eficientes en su trabajo, censar reagrupar engañar expedir exterminar, a principios de 1944 el método había alcanzado un alto grado de perfección y nadie conocía mejor que Wirth o Stangl lo que les esperaba a los judíos al final del viaje, hay un poco de Trieste, de Corfú, de Atenas, de Salónica, de Rodas en las tierras de Polonia, cenizas azuladas, Rolf el gentil me contaba todo eso en Trieste, Rolf el austroitaliano no es ni judío ni eslavo, Rolf Cavriani von Eppan es un primo de los Habsburgo-Lorena y de los príncipes de Thurn und Taxis inventores del correo, nacido en Trieste durante la guerra, pequeño señor bigotudo último descendiente de una familia ducal que en otro tiempo poseyera la mitad de la Bohemia y de Galitzia, Rolf sabía lo que me había llevado a verle y me acompañó a visitar la ciudad, Trieste había cambiado mucho desde 1992, en mis recuerdos no había tantas calles peatonales los edificios no eran tan blancos ni la gente tan elegante, yo me preguntaba si me cruzaría con la chica de aquella noche, la que permitió que me fuese a Bosnia como permitió Stéphanie que me fuese a Trieste, me

dejó hacer las maletas y sin saberlo me impulsó hacia Roma y el fin del mundo, Rolf Cavriani me había dado cita en un hermoso café decorado con mosaicos y molduras de madera a dos pasos de la sinagoga, Rolf es propietario de una entidad bancaria internacional que blanquea el dinero de miles de empresas más o menos legales haciéndolo transitar por paraísos fiscales tan opacos como exóticos, posee un castillo en las afueras de Salzburgo una casa solariega en Carintia y una magnífica villa en lo alto de Trieste que ya no frecuenta demasiado, por nostalgia de unos tiempos en que la región pertenecía al Imperio, cuando Joyce el profesor borracho de Berlitz frecuentaba los burdeles y las tabernas de la ciudad vieja castigándose el hígado: en julio de 1914, unos días después de los disparos de Gavrilo Princip el tuberculoso de Sarajevo, Joyce está en el gran muelle de Trieste en medio de la muchedumbre, un barco de la marina austríaca acaba de atracar, las campanas doblan en señal de duelo, toda la ciudad está allí para ver los restos de Francisco Fernando y la guapa Sofía que son desembarcados con solemnidad en un catafalco cubierto con la bandera de la doble corona y luego conducidos hasta la estación, donde un vagón especial los llevará a su tumba en el castillo de Artstetten, Joyce y su joven esposa comprenden que esos cadáveres imperiales y las balas serbias significan el fin de la ciudad que ellos conocen, y que muy pronto la primera guerra mundial los enviará hacia el norte, hacia la aburrida Suiza, poniéndole fin a una estancia de unos diez años en el puerto de los Habsburgo: a su regreso el hombre del pequeño sombrero y los ojos velados ya no encontrará la ciudad que conoció, italianizada, vaciada de eslavos, de austríacos, desierto el inmenso puerto, desocupado como Venecia la Serenísima escondida entre las sombras, adiós Trieste, Joyce se irá a París; el 3 de julio de 1914 en el gran muelle su compañera Nora lo toma por el brazo, impresionada por los ataúdes reales, le dice «how sad, they say she was beautiful», James no responde, la belleza de Sofía le importa poco, pocas cosas le importan, de hecho esa misma tarde lo habrá olvidado todo en uno de los cafetines de Trieste la tolerante donde se embriagará, al son lúgubre de las sirenas de niebla del barco mortuorio que toca su propia salida, sin comerlo ni beberlo una de las insospechadas consecuencias del disparo de Gavrilo Princip el tísico, del asesinato en Sarajevo, es enviar a Joyce a París, en el momento de la aparición de *Finnegan's Wake* Joyce dijo que en la noche nada era claro, Joyce, un profesor tan sabio durante el día, por la noche se convertía en un borracho concupiscente, oscuro y turbado, obsesionado por el dinero, por un Dios al que no quería, por inconfesables impulsos hacia todas las hijas que se parecían a la suya, frágil y alienada como Yvan Deroy el loco, Joyce quería escribir un pedazo de sombra, seiscientas páginas de un sueño de todos los sueños, todas las lenguas todos los deslizamientos todos los textos todos los fantasmas todos los deseos y el libro se convirtió en algo vivo movedizo centelleante como una estrella cuya luz llega mucho después de la muerte cuando su materia ya se ha descompuesto entre las manos del lector en un polvo ininteligible, porque Joyce no osaba confesarse sus deseos secretos, la violencia que en él habitaba, su amor culpable por su propia hija, estaba

obligado a disimularse en la escritura, pobre hombrecillo de estómago perforado y ojos enfermos, en Trieste Joyce había sido feliz, en los burdeles de la ciudad vieja, los burdeles y los tugurios desaparecidos, hoy el irlandés del continente es allí un reclamo turístico como otro cualquiera, como Italo Svevo o Umberto Saba, se erigen estatuas en las calles que frecuentaban, estatuas tan vivas que uno está tentado de quitarse el sombrero, Rolf Cavriani se quitaba el sombrero ante Joyce ante Svevo ante Saba cada vez que se los cruzaba así petrificados por Medusa la gorgona decapitada, a la vuelta de un callejón, entre dos tiendas, delante de la biblioteca municipal, ignoro si esos bronce están hechos a escala pero lo cierto es que todos te llegan a la altura del hombro, sombrero incluido, sobre lo cual Rolf decía riendo que en Trieste para ser famoso primero había que ser bajito, que los habitantes de hoy no soportaban la grandeza, la grandeza pasada y extranjera, y que por eso reducían a los grandes hombres con el fin inconfesado de sobrepasarlos por unos cuantos centímetros, igual que se pone alzas un acomplejado, Cavriani von Eppan también tenía su complejo, mucho más trágico, y es que jamás había llevado su título de duque, y eso lo carcomía por dentro, no solo porque ese ducado iba a desaparecer con él, sino porque ni siquiera él se atrevía a utilizarlo, lo cual le valdría la ira de sus antepasados en el más allá y una gran vergüenza en su vida irrisoria, Rolf Cavriani había nacido en su gran villa de Opicina, en las alturas de Trieste, a dos pasos de la antigua carretera de Viena, en 1941, su padre murió de enfermedad poco tiempo después de que él naciera, en el momento de la derrota su madre había llevado al joven Rolf a la santa Austria, justo antes de la debacle, antes de que los partisanos de Tito ocupasen la región durante un tiempo y se vengasen salvajemente con algunos soldados y civiles encontrados aquí y allá, unos años más tarde la familia regresó, mi madre era una mujer de carácter, decía Rolf, era rica, y esa riqueza le permitía desdeñar las nuevas fronteras de Europa, tal como había hecho en 1918, y tal como ya hicieran mis abuelos antes que ella, mi madre continuaba pasando seis meses al año en Trieste, la primavera y el otoño, el verano en la fresca Carintia y el invierno en el teatro y en la ópera en Viena, a mi madre la nación o el partido en el poder le eran del todo indiferentes, me contaba, ella mantenía unas excelentes relaciones con todos ellos, la realeza italiana, los fascistas y hasta los nazis, que sin embargo sabe Dios cómo detestaban la nobleza, eso no quiere decir que no hubiese pasado miedo, esa gran dama, particularmente en el momento de la caída de Mussolini, durante el caos del otoño de 1943, cuando los comunistas comenzaron a masacrar a diestra y siniestra a los fascistas y a echarlos a los *foibe* sin fondo, hasta la intervención del Reich se refugió en Austria la inexpugnable, e incluso cuando la derrota era evidente, en abril de 1945, interrumpió precipitadamente su estancia primaveral para ir al encuentro de las nieves de Carintia; sus relaciones con las autoridades alemanas de ocupación eran cordiales, ella veía cómo enterraban a sus muertos en el cementerio militar que había cerca de sus dominios, a pesar de todo sentía un asco profundo por los brazos levantados y la bandera nazi, una consideración estrictamente estética, se entiende, no

había mujer con menos ideología que mi madre decía Rolf, solía invitar a cenar a los oficiales superiores de la Wehrmacht, al coronel Kalterweg de extraño nombre, Hohnstetter el fogoso comandante de panzers y hasta a algún SS, sobre todo Rösener y Globocnik el triestino, a fin de cuentas había sido Gauleiter de Viena, y Rösener era el comandante en jefe de las operaciones militares de Eslovenia, a veces venía de visita de Ljubljana, mi madre no los apreciaba particularmente, era más bien una obligación social, durante el tiempo que anualmente pasaba en Trieste recibía visitas, era algo muy normal, y no conocía los horrores cometidos en Eslovenia o en Polonia, ¿no es cierto? en cualquier caso cuando Globocnik le ofreció a mi madre una brigada de trabajadores para reconstruir el muro que cercaba su propiedad ella aceptó, acaso podría haberse negado, supongo que sí, pero acaso podía saber que Globus el perverso iba a enviarle un comando de partisanos a punto de ser ejecutados con una escolta armada hasta los dientes, tipos repescados en las cárceles especiales de la Risiera di San Sabba para ir a trabajar como albañiles, sus torsos lacerados portaban las marcas de las torturas sufridas, ella los alojó en la hermosa bodega abovedada, porque se cerraba con una sólida reja de metal, la escolta se instaló en las dependencias de los sirvientes, fue en febrero de 1945, imagine, para el Reich ya todo estaba perdido, era cuestión de unas semanas, mi madre estaba en Trieste porque el Ejército Rojo se acercaba a Viena, y lo cierto es que había que arreglar el muro, se había derrumbado un lienzo entero, los pobres eslovenos o croatas se miran entre ellos durante el trabajo vigilados de cerca por sus guardias-chusma, los trabajos avanzaban rápidamente, me acuerdo de que yo tenía casi cuatro años y aún me parece ver a aquellos forzados en nuestro jardín, estaba fascinado por las armas y los uniformes de los guardias, usted comprenderá, a principios de marzo terminaron las obras, las noticias eran malas, en Alemania los Aliados acababan de atravesar el Rin y en Italia se iban acercando a Trieste, era la agonía, mi madre muy alterada por los acontecimientos decidió organizar una última cena, una cena de despedida, con Rösener, Globus, Kalterweg y otros cuyos nombres ignoro, también había algunas mujeres de la alta sociedad austríaca y triestina, todos ellos sabían que la partida estaba perdida, que pronto habría que ir a refugiarse cerca de Klagenfurt y huir de los partisanos yugoslavos que a su paso todo lo masacraban, sin embargo fue una velada muy animada, todos tenían ganas de olvidar la guerra, olvidar el inminente fin del Reich y los rabiosos mensajes de Berlín que ordenaban la estrategia de tierra quemada, se abrieron las últimas cajas de champán en medio de la euforia, el gramófono no dejaba de girar, las mujeres se habían puesto sus más hermosos vestidos, todo aquello debía de oler a apocalipsis, a fin del mundo, pasada la medianoche los invitados estaban ebrios, cantando «Lili Marleen» a voz en grito sin preocuparse ni de la conveniencia ni de las mujeres presentes, imagino que mi madre debía de estar afectada, aunque puede que no, puede que también estuviese piripi, después de todo mi padre había fallecido hacía unos tres años, tenía derecho a divertirse un poco, los tiempos eran sombríos y la más mínima alegría era

bienvenida; yo a la madre de Rolf me la imagino borracha, los ojos brillantes, el vestido un tanto levantado dejando entrever su ropa interior negra y manoseada desde lo lejos por la mirada concupiscente del gordo Globus, imagino el miedo, el miedo a la derrota y el castigo en los ojos de los nazis, efectivamente el Reich milenario iba a propiciar unas hermosas ruinas, pero mucho antes de lo que Speer había previsto, los dos salimos del elegante café para pasearnos un poco, Rolf von Eppan tenía un humor nostálgico, me llevó al barrio arbolado que hay por encima de la estación, donde Globocnik tenía su villa, requisada a un tal Angelo Ara, en el número 34 de la via Romagna, una hermosa mansión *art déco* que Globus el ingenioso hizo unir mediante un túnel subterráneo con los edificios del tribunal donde tenía sus oficinas, me recordaba a su casa en Lublin, Polonia, situada de un modo igualmente estratégico, junto a los cuarteles de las SS, de la administración de ocupación y del cuartel general de la Aktion Reinhardt, una villa de dos pisos con jardín, como la de Trieste, Lublin la roja fue pavimentada con esmero, una arteria comercial llevaba a la puerta monumental de la ciudad vieja cortada en dos por los nazis para instalar allí el gueto, por la noche aquellos sombríos callejones no eran nada tranquilizadores, un poco más abajo se encontraba el castillo, un enorme cuartel de hecho bastante austero, yo estuve allí en invierno, un invierno glacial y nevoso que en cuestión de temperatura nada tenía que envidiarle al de 1943, pocas cosas habían cambiado en el centro de Lublin, bajé hasta el Gran Hotel, transformado durante la guerra en Deutsches Haus, con comedor para los oficiales, Stangl durmió allí con su mujer cuando pasó por Austria a visitarla, se había convertido en un hotel gigantesco con habitaciones comunistas, moqueta gris y armarios de formica, había dos bares magníficos, uno daba a la plaza, con un piano y diez metros bajo techo, el otro era más acogedor, más íntimo, la antigua biblioteca de la Deutsches Haus, por la mañana tomé el camino de Stangl, el de Sobibór, cerca de la frontera ucraniana, kilómetros y kilómetros de magníficos bosques, bajo la nieve, bosques llanos, sin una sola colina, tan lisos que uno podría resbalar hasta Moscú sin darse cuenta, ni una montaña antes de los Urales, abedules, abedules hasta decir basta, abedules y algunos abetos, no había demasiados coches, casi todo eran peatones caminando junto a la carretera hacia la parada del autobús más próxima, en las inmediaciones de los pueblos, y después nada, el bosque, crucé las vías del tren, lo cual me indicaba que estaba en la dirección correcta, la calefacción del coche a tope, el silencio y el ruido del motor, el ruido del motor de carro ruso que Stangl y Bauer se trajeron de Lvov, el diésel estropeado insuflaba gases negros en la pequeña habitación de ladrillos, al final del pasillo a cielo abierto bordeado por espesos setos hechos de ramas arrinconadas contra las alambradas, los judíos desnudos corrían descalzos por la nieve, en invierno no valía la pena azotarles demasiado el frío ya los golpeaba con bastante fuerza el frío y la nieve son eficaces los gritos la puerta el silencio y el ruido del motor, en la interminable línea de la derecha de repente veo a una joven con abrigo negro de pie al borde del camino, sola en el linde de los árboles, he debido de soñarlo, pero no, allí

está, en el retrovisor, qué estará haciendo inmóvil junto al camino con su abrigo y un pequeño bolso negro en bandolera a mil millas de cualquier lugar habitado, no sé si dar media vuelta, debe de estar esperando al autobús, cerca de los árboles que se hunden bajo la nieve, por aquí no hay nada, ni pueblo ni granja ni mansión solo una mujer en medio del frío de la nieve y de los judíos muertos, acaso me esté esperando, una reencarnación, un espectro, un extraño presagio, y yo no hago nada, el silencio y el miedo, como tantos otros no hago nada, no detengo el coche, una señal indica la estación de Sobibór a la derecha, un camino nevado en medio de un bosque denso, las ruedas del coche patinan, hay algo de niebla, estoy llegando al término, a la vía estrecha, a la casa de Stangl donde bebía vodka con esos compañeros a los que detestaba, a la estación, al gran pequeño campo en el que gracias a la minuciosidad de la máquina alemana cientos de miles de cuerpos fueron tratados, toneladas de carne entre los abedules, ahí está, el término se acerca, el final de la vía, no hay nada, una cabaña verde el museo cerrado en invierno aparco el coche junto a un montón de nieve, detrás de mí unos empleados del ferrocarril hacen partir un tren de leños, nada cambia, se ríen porque me he hundido literalmente en la nieve, a la entrada de un memorial que nadie visita, en otro tiempo se reían por todos los desconocidos que llegaban a morir a aquellas comarcas hechas para cazar gamos para cortar leña para la nieve pero no para correr desnudos hacia un motor de carro manejado por un áspero alemán, los polacos se desternillan ante el desastre, están acostumbrados hace generaciones que trabajan aquí, yo he venido para ver así que bajo del coche aunque sé que los árboles no van a contarme nada, me hundo en la blancura hasta los tobillos avanzo hacia el bosque, una gran alameda lleva a un claro donde hay una gran cúpula de silencio, término este, aquí desembocan las vías que salen de Salónica de Westerbork de Ternopol de Theresienstadt de París de tantas y tantas ciudades y pueblos, no quedan más rastros que los que dejan los pájaros y los ciervos en la nieve, no hay nada aparte de lo inimaginable y la altura de los troncos, el viento sopla con suavidad el cielo es opaco yo me vuelvo un momento en el claro sin acertar a adivinar dónde debieron de estar los edificios las fosas los cuerpos tengo la mente en blanco como la colada como la piel virgen empujo el coche consigo dar media vuelta y me voy de nuevo hacia Lublin, la joven ya no está en medio del bosque desierto, de regreso al Gran Hotel, helado, congelado, me senté en un butacón del inmenso bar preguntándome qué debía de beber Stangl el jardinero cuando estuvo allí con su mujer, la noche era cerrada, fuera los vehículos resbalaban sobre la nieve fundida convertida en fango, me encontraba realmente lejos, muy lejos, pedí un té en una soledad inmensa y gélida, entró un ciego acompañado de una dama mayor que lo instaló al piano, un piano de media cola negro bastante antiguo, entonces dijo unas palabras y empezó con una balada de Chopin, el instrumento estaba desafinado y sonaba como una cacerola, yo me acabé el té tranquilamente, dispuesto a desafiar al frío y la nieve para ir a comprarme una botella de vodka en el supermercado más próximo y enfrentarme así a la larga noche polaca, el ciego siguió con «My Way», en

un tempo particularmente lacrimógeno, había un letrero que decía «for the blind and crippled» junto a una cesta de mimbre, le dejé toda mi calderilla; en el lujoso restaurante de Trieste al que me ha llevado Rolf el banquero no hay pianista, él me sigue hablando de Globocnik la serpiente y yo no me atrevo a preguntarle si el hombre de Himmler fue el amante de su madre, seguro que no, Globus el grosero no debía de suponer tentación alguna para la nobleza austríaca ni viceversa, Rolf Cavriani von Eppan el nostálgico hace años que nos informa sobre las cuentas ocultas de sus clientes, empresas, mafias diversas, coartadas de actividades sospechosas, lo hace por filantropía, o casi, me imagino que hará lo mismo con numerosos servicios europeos, lo cual explica la prosperidad de sus negocios y que la ley no meta sus narices en ellos, Rolf el hijo de la duquesa que a principios de 1945 se encanallaba con champán en compañía de los jefes de la Adriatisches Küstenland, a quién se le debió de ocurrir primero, Kalterweg, Rösener o Globocnik el cerdo, nunca lo sabremos, quizá a la señora duquesa, puede que la madre de Rolf el cínico plantease la misma pregunta que Stéphanie, la gran cuestión sin respuesta, mientras los soldados de uniforme negro contaban sus hazañas, ¿qué se siente al matar a un hombre? Globus estalló en una risa franca y respondió vamos a averiguarlo ahora mismo, señora, y a todos los invitados ya bastante borrachos les pareció una idea excelente: una demostración, una demostración, las mujeres se acomodaron el sujetador y se arreglaron los vestidos arrugados para dirigirse a la bodega donde estaban hacinados los diez eslovenos tras unos respetables barrotes de hierro, sin entender nada los presos vieron cómo aquella encantadora compañía bajaba la escalera y se detenía a un metro de las rejas, entonces se levantaron, Rösener sacó su P38, Kalterweg también, los resistentes enloquecidos se acurrucaron contra las paredes como si fuesen insectos, Rösener dijo ¿quién quiere empezar? y una dama muy ebria respondió ¡yo! ¡yo! Rösener la tomó por la cintura le puso el arma en la mano mientras la manoseaba se acercó con ella a los barrotes y guio su brazo, ella vio una sombra en el rincón derecho y disparó, el tiro resonó en la hermosa bóveda el esloveno aulló y se derrumbó la concurrencia gritó ¡bravo! ¡bravo! ¡otro! y los cuatro SS presentes vaciaron sus pipas en aquellos pobres diablos como antes habían vaciado las botellas de champán todo el mundo quería ejercitarse en la muerte las detonaciones vibraban en el aire pesado de polvo la sangre maculaba las paredes encaladas las mujeres tiritaban de miedo y de placer, la adrenalina les había quitado la borrachera de golpe, los agonizantes se estremecían sobre los cadáveres de sus compañeros, a los invitados les silbaban los oídos en medio del gran silencio que llega siempre tras la matanza: volvieron a subir sin decir una palabra, Globus el racional dio órdenes para que recogiesen los cuerpos y los quemasen en la Risiera de donde jamás deberían haber salido, las mujeres estaban pálidas, Hohnstetter también, hasta Globocnik se sentía un tanto melancólico, entonces gritó «¡que traigan coñac!» y el tembloroso mayordomo le sacó en el acto una botella de grapa, la madre de Rolf pidió que la excusaran, no se encontraba muy bien, subió y fue a sus dependencias

para refugiarse en la habitación de su hijo cerca de su sueño pesado y del tierno perfume de la infancia inalcanzable; por supuesto el joven Eppan no guarda ningún recuerdo, él dormía profundamente en su cama, pero el diario de su madre no deja lugar a dudas, dice, eso es lo que sucedió, aunque la duquesa se encargue de minimizar su papel en los hechos, incapaz de reconocer, incluso en la intimidad de su cuaderno, lo que había sucedido aquella noche: a modo de epitafio anota que hizo tapiar la parte de la bodega donde tuvieron lugar «los acontecimientos», como ella dice, para no volver a ver ese lugar jamás, recientemente Rolf colocó una placa de cobre grabada, «aquí murieron asesinados por los nazis diez héroes eslovenos», una lápida conmemorativa en su propia casa, un lugar de la memoria que él es el único en contemplar cada vez que baja a buscar una buena botella para sus invitados: cuando salimos del restaurante el día empieza a apagarse, el mar teñido de tonos grisáceos muy suaves, muy lisos, Rolf se siente nostálgico, también él se pediría un coñac o una grapa como Globus pero tiene prisa por terminar, los documentos están en el maletero de mi coche dice, vamos al aparcamiento, Rolf camina un tanto encorvado, tengo la impresión de que querría decirme algo, vuelve a levantarse el cuello del jersey para protegerse de la brisa, su noble Daimler es verde botella, matrícula de Liechtenstein, hasta el maletero desprende un perfume de cuero y de lujo, Rolf coge una elegante cartera y me la da diciendo usted sabe esto no tiene ningún valor, yo asiento, esto no tiene mayor valor que un cadáver o un nombre en una tumba, pobre Rolf el noble a quien los nazis le robaron su título, a quien la historia le robó su título, ahora se venga entregándome estos documentos, intercambiados entre Globocnik y Himmler de 1942 a 1945, todas las actividades de la Aktion Reinhardt en Polonia y en Italia, se está quitando un peso de encima, parece aliviado contribuyendo a llenar mi maletín, me da la mano, yo le agradezco la comida, él esboza una sonrisa y sube al coche, el pobre Rolf ignora que yo conozco su dilema, sé que el Destino vengador quiso que naciera duque de Auschwitz, duque de Auschwitz y de Zator, Rolf von Auschwitz und Zator, título antiguo y principesco que se remonta al siglo XI, ese es su nombre, el nombre de sus antepasados, el que los nazis han empañado condenando a su blasón a permanecer oculto para siempre, Rolf, cuyos dominios hoy están vinculados a la industria de muerte más grande jamás construida, Rolf carga más que otros con el peso de la historia, me pregunto si el tema de sus escrúpulos heráldicos y su madre de tan turbias amistades es para reír o para llorar, el sol ya se ha puesto, poco a poco vuelvo a subir por la orilla del mar, de hecho dos millones de muertos tampoco pesan tanto, palabras cifras papel, los hombres son grandes profesionales de la anotación, de la reducción, desde Troya la bien guardada el aedo barbudo y Schliemann el arqueólogo gran desenterrador de guerreros, muy pronto habré llegado a Roma, muy rápidamente, a rendirle cuentas al César, a la eternidad, a cobrar el rescate de mi cobardía y qué más, reencontrarme con Sashka la única mujer pintora de iconos, en su mundo cerrado, Sashka la ciega de grandes ojos claros y su apartamento del Trastévere, aunque no sé si me apetece volver a verla, no tiene el

poder de esperarme, de curarme, tampoco la voluntad, temo acabar destruyéndola como a Marianne, atormentándola como a Stéphanie, quién me salvará de mí mismo, quién vendrá como Intissar a buscar el cadáver de Francis caído entre las líneas, quién irá a mirar a los ojos a mi asesino, a observar mi fantasma a lo lejos en la mira del tirador, Sashka es un sueño de hielo, uno de esos espejos que no sientan nada bien porque siempre nos encierran en nuestra propia imagen, en nuestra futura tumba, qué voy a hacer cuando el tren llegue a la estación, cuando sus frenos resoplen en el andén de Termini, a Sashka la conocí por casualidad ella no me conoce yo no la conozco más que su hermano el voluntario en el bando de los salvajes serbios, frente a frente a la espera de que el ángel nos inspire a pesar de las señales que los dioses imprevisibles pusieron en nuestros caminos, Jerusalén perdida en la historia, Nathan el superviviente ocupado de repente en segar vidas palestinas, las balas los obuses intercambiados en Eslavonia, y Roma, Roma por donde pasan todos los caminos antes de perderse en la noche, qué voy a hacer, uno siempre trata de volver atrás de regresar allí donde ha vivido como Caravaggio pintor de la decapitación quería regresar a Roma, a pesar del lujo de Malta de la belleza rancia de Nápoles, Caravaggio amaba la Ciudad Eterna sus barrios bajos la gentuza de los alrededores del mausoleo de Augusto los amantes de paso el juego las peleas la vida irrisoria: dónde volveré yo, a Mostar destrozada por los obuses a Venecia con el bueno de Ghassan y Ezra Pound el demente, a Trieste a la villa maldita del Herzog von Auschwitz, a Beirut junto a los feroces palestinos, a Argel la blanca a lamer la sangre de los mártires o las heridas quemadas de los inocentes torturados por mi padre, a Tánger entre Burroughs el asesino alucinado Genet el luminoso invertido y Chukri el hambriento eterno, a Taormina para emborracharme con Lowry, a Barcelona, a Valencia, a Marsella a casa de mi abuela la enamorada de las cabezas coronadas, a Split a casa de Vlaho el mutilado, a Alejandría la adormecida, a Salónica ciudad de los espectros o a la Isla Blanca cementerio de los héroes, qué haría Yvan Deroy el loco adónde iría él, miro cómo los estadounidenses se divierten hablando en alto en el coche restaurante, fuera la campaña sigue sombría Antonio el barman se prepara para cerrar el bar pronto habremos llegado, muy pronto, y qué, qué vas a hacer Yvan adónde vas a ir con tus treinta denarios en el bolsillo acaso a buscar un árbol acogedor acaso una cuerda no demasiado áspera para tu delicado cuello, acaso a reunirte con Sashka la inalcanzable y su perfume de trementina, la trementina de Quíos o de Chipre sangre espesa del pistachero, a echarte otra vez a un río a buscar un arma que llevarme a la boca u otra botella, en fin, nada muy original mi querido Yvan, tú, consagrado a tan insigne destino en el reino de las sombras, ahora quieres encontrar la luz y hoy hace una noche cerrada, hace una noche cerrada estamos a 8 de diciembre principios de invierno va a llover a mares sobre Roma el Tíber furioso arrastrará miles de bolsas de plástico toneladas de basura que en el momento de la decrecida decorarán los árboles de Navidad, Joyce el insólito detestaba Roma y a los romanos, me lo imagino con Nora comiendo una *pizza* blanda y tibia detrás de la

plaza Navone y maldiciendo, Joyce tiene una hermosa tumba en Zúrich al lado de la de Elias Canetti, no es mala idea, Yvan, una hermosa tumba en Zúrich, a dos pasos del zoo, un lugar apartado para disfrutar del *ballet* de los monos y de los rugidos de los leones, echado tranquilamente con las manos tras la cabeza; solo una hora para Roma dicen los estadounidenses no sé si como buena o mala noticia ahora sí que el tren va a toda velocidad nos mece de derecha a izquierda a merced de los túneles y eso me tranquiliza, es larga una hora es larga y también corta la mujer que tengo delante desde Florencia todavía no me ha dirigido ni una sola mirada, abstraída en su libro, yo voy a seguir con el mío, quiero saber qué le ocurre a Intissar, puede que ella sea capaz de salvarme, estaba lavando el cuerpo de Marwan en la cálida noche de Beirut, y ahora:

XX

Y ahora, la derrota, las pesadas botas que ya no avanzan. Marwan que ya no corre lo suficiente como para evitar las balas. Los mártires abandonados en una esquina, sobre la acera. Los cuerpos lavados en cuartos de baño de apartamentos. La ciudad que cae y, al final, el exilio.

Intissar acaricia por última vez a Marwan con su esponja. Jamás lo había sentido tan cercano como en ese contacto final. La penumbra y la soledad. Las vidas que los israelíes han destruido, el Beirut que los israelíes han destruido. A veces las armas se vuelven contra ti. Uno siempre acaba lavando cadáveres. Marwan le había prometido estar a su lado siempre. Mintió. Mientras frota su torso, Intissar adivina por qué partió a una excursión tan peligrosa con Ahmad el cobarde. Quería saber. Le corroía la duda. Puede que haya muerto por su culpa. Por culpa de Intissar. Porque Marwan quería saber. Ahmad el héroe de la causa la deseaba. Hace un año, cuando Ahmad volvió victorioso de su emboscada en el sur y Marwan, por su parte, se ausentó para ir a Tiro, ella se quedó un tanto abrumada por las atenciones de Ahmad. La cortejaba con discreción, se mostraba muy atento. Velaba por ella en ausencia de Marwan, decía. Marwan ha muerto, los reflejos del agua en su pecho hacen que su cuerpo brille. Ella jamás lo traicionó. Tienes que saberlo, Marwan, yo nunca te traicioné. Pero no podía contárselo, era imposible. De haberlo sabido Marwan hubiese cogido un arma y se lo hubiese cargado. Ahora es él quien ha muerto, y se ha llevado sus sospechas consigo.

La mano de Intissar tiembla, sus ojos tiemblan, el recuerdo de la vergüenza, tan poderoso, le arranca las lágrimas. Procura recordar una oración para Marwan. «Bismillah el rahman el rahim», ¿y qué más? Ahora ve de nuevo a Ahmad aquella tarde. Ahmad el cobarde que le hace beber cerveza en la Cornisa, a principios del verano, cuando Beirut está tan hermosa. Charlan, poco a poco la guerra se aleja. Por qué no reconocerlo, poco a poco Marwan se aleja entre el efecto del alcohol y la noche tranquila. Vamos a comer algo, dice Ahmad. Teóricamente él la lleva al encuentro de unos compañeros que nunca llegarán. Al salir del restaurante Intissar está un poco ebria. Casi nunca bebe. Ahmad la acompaña a su casa, acaso presentía ella la trampa, acaso sabía inconscientemente lo que iba a suceder y que hoy la hace llorar de rabia, por qué, por qué, acaso podemos saber lo que se esconde en nosotros mismos, de lo que vamos a ser capaces. A la entrada del edificio Ahmad la echó contra la pared y la besó intensamente, ella estaba tan sorprendida, tan sorprendida que se dejó hacer, o acaso fuese el deseo, ya no era Intissar la combatiente decidida, había desaparecido, su voluntad había desaparecido a manos del alcohol y la confianza que tenía en Ahmad, y al final la imagen de Marwan logró despertarla, la diferencia en el tacto del beso, los labios no tan dulces, no tan agradables, más violentos, así que se rehizo, forcejeó y se sacó de encima al tipo que tenía delante, subió la escalera de cuatro en cuatro escalones y se encerró en su casa, avergonzada,

avergonzada por su deseo de Ahmad el cobarde, su deseo físico, imposible disimularlo, sobre todo ante sí misma, en la intimidad de un dormitorio desierto.

La derrota tiene sus primeros signos. Las fisuras anuncian el hundimiento, las pequeñas grietas anuncian la catástrofe. La voluntad empieza a flaquear, la esperanza vacila. Intissar mira cómo caen sus lágrimas sobre el pecho del muerto. Muy pronto su deseo se transformó en odio. Odiaba a Ahmad. Marwan, a su vuelta, algo adivinó. Su odio era demasiado visible. El silencio. Ella no había dicho nada, él había prometido estar siempre a su lado. La guerra, el frente y el desastre. Intissar toma la mano rígida de Marwan como si estuviese viva. Ahora ya lo sabes. Acaricia sus dedos muertos. Su pena es tan grande que todo lo empaña. Marwan le hablaba de su madre muy a menudo, de la ternura de su madre, tan generosa. Tan pura. Tan perfecta. Le contaba que había amado a su marido apasionadamente, siempre junto a él, lo cuidaba cuando lo herían, lo alimentaba cuando tenía hambre. Mimaba a sus niños, bordaba y cosía para ellos. Trataba de no pensar en Palestina, de no pensar en el regreso. Su país era su familia, eso era todo. Marwan era como Abu Nasser. Iba a combatir hasta el final, decía. Morir de pie. Como un árbol. No dejarse envilecer por los israelíes. Ahora estaba allí echado, bajo las últimas caricias de Intissar, antes de reunirse con las raíces de los árboles derribados por las bombas.

Unos fuertes golpes en la puerta de entrada la sacan de su ensueño fúnebre. Será alguien asustado por el humo en la cocina. Deja la esponja, se aleja del cuerpo de Marwan y coge la lámpara. Hay que calmar a los vecinos no vaya a ser que crean que el edificio está ardiendo. Hay tantos cadáveres en la ciudad que a nadie le extrañaría encontrar uno aquí. Pero las llamas inquietan. Entreabre la puerta. Un violento golpe de hombro contra el batiente la tira por los suelos. En el resquicio ha visto a Ahmad. Trata de recuperar el sentido, tiene lágrimas de dolor en los ojos y la nariz dolorida. Ahmad ha cerrado la puerta.

—He venido a traerte esto.

Le tira a la cara un pedazo de tejido blanco, que ella tarda en reconocer.

—Te lo dejaste adrede, ¿eh?

El sujetador que se dejó en un rincón del puesto. Ahmad mira sus piernas y sus bragas por debajo de la camisa medio levantada.

—Ahora eres mía. Marwan ya no está aquí.

Todo se paga. Todo tiene un precio. Si él pudiese levantarse. Dios, haz que Marwan se levante, que Ahmad desaparezca. Se siente agotada, vencida, dolorida, abatida. No tendrá fuerzas para pelearse. No resistirá. La verdadera cara de Ahmad baila en la luz anaranjada.

Ahora se le echa encima, la toma por los cabellos y la empuja violentamente hacia el interior del apartamento, ella resbala sobre el embaldosado, trata de levantarse, grita de sorpresa y de dolor, se calla, él la lanza sobre la cama deshecha,

ella hunde la cabeza en la almohada. Su arma quedó en el frente. Su fuerza, su voluntad, todo quedó allí. Querría desaparecer. Ahora oye el ruido de los pantalones y el cinturón de Ahmad cayendo al suelo junto a la cama. No quiere mirarlo. No quiere verlo. Se estremece cuando una mano febril busca entre sus piernas para desvestirla. Se resiste por reflejo, Ahmad vuelve a agarrarle los cabellos y le da un golpe de rodilla en los riñones. Ahmad habla. Ella no lo oye. No quiere oírlo. Ahora siente un contacto húmedo, Ahmad acaba de escupir en sus muslos cerrados, ella no quiere oírlo, no quiere notarlo, no quiere sentir esos dos dedos torpes que penetran su sexo, ni siquiera quiere quejarse. Marwan, por favor. Marwan, ayúdame. Ahmad la aplasta, está acostado sobre ella, su aliento contra el cuello, ella no lo oye, él no lo consigue, la golpea, la sacude, trata de darle la vuelta, ella se agarra al borde de la cama, no quiere verlo, no quiere verlo, él vuelve a golpearla, tira de una de sus piernas, ella resiste, él vuelve a escupir, vuelve a golpearla, todo el peso de Ahmad sobre su cuerpo, no lo consigue, se pone nervioso, ella sufre, sufre hasta que de repente un ruido terrible resuena en sus oídos, una detonación brutal, justo allí, ensordecedora, seguida de un goteo caliente sobre su hombro izquierdo, sobre sus cabellos, contra su mejilla, olor a pólvora, olor a sangre, Ahmad desmoronado sobre ella, ella se lo saca de encima y él cae al suelo rodando. Ella se arrastra en la oscuridad hasta el cuarto de baño, ahora toca el cuerpo frío de Marwan, se acuesta, se desvanece a su lado.

Al alba Abu Nasser la despierta con cuidado. La luz macilenta la deslumbra. Abu Nasser la sostiene, la ayuda a ponerse en pie, le pasa un poco de agua por la cara, ella bebe, se ve en el espejo cubierta de sangre ennegrecida. Marwan yace bajo una sábana blanca. Abu Nasser la lleva casi hasta la habitación. Ahmad está echado en la cama con la mitad de la cabeza volada. La pared manchada de carne y de sangre. Abu Nasser tiene lágrimas en los ojos. Ahora su hermoso uniforme está manchado. Se había vestido para el entierro de su hijo, piensa ella. Abu Nasser la ayuda a ponerse una bata. Dos soldados se llevan el cuerpo de Marwan en una camilla.

—Te llevo a casa, Intissar, ya todo ha acabado.

La toma del brazo con cariño. Ella lo oye gritarles órdenes a los combatientes que lo acompañan, echad a este hijo de puta en el primer foso que encontréis. Abu Nasser va a instalar a Intissar en su casa de Rawché. Él irá solo a enterrar a su hijo. Marwan va a desaparecer en el suelo.

Intissar ya no estará allí para oír tras de sí el bullicio de la ciudad que cae, el exilio se abrirá como un precipicio en medio del mar vacío, una sombra inmensa en la que se hundirán los fusiles inútiles y los carros abandonados, las caricias de los muertos y de los vivos, lejos del enemigo y del combate que le daba su sentido frágil y vertiginoso a la existencia que la derrota acaba de aniquilar, para arrojarla a una andanza inquieta, un vagabundeo en que los pies, los primeros que sintieron el desastre, resbalan débilmente sobre el suelo, y como si en adelante tuviesen miedo de

herirla, ya nunca dejarán su huella.

Con una gran ternura, Abu Nasser ha conseguido hacerle soltar el pesado 9 milímetros de Marwan que ella sujetaba con todas sus fuerzas, como una parte de sí misma.

XXI

menuda historia pobre Intissar Marwan le pone su arma en la mano, su fantasma la salva, hay amores que sobreviven a la muerte, también promesas, sobre todo en los libros, en los libros y en las obras de teatro, los palestinos se dispersarán por el Mediterráneo, Túnez, Argel, Siria, en 1984 Arafat el gris intentará volver con sus combatientes a Trípoli en el Líbano hasta que los sirios lo envíen al mar de una patada en el culo como a un perro viejo, pobre Intissar, y Ahmad pobre tipo víctima de su deseo y su violencia, una víctima que crea nuevas víctimas, como nosotros en Bosnia, como los aqueos de las bellas cnémides que saquearán Troya matarán a los niños y se llevarán a las mujeres como esclavas, yo no he salvado a nadie, ni abandonando mi pipa en el suelo ni resucitando de entre los muertos, a nadie, ni a Andi ni a Vlaho, y nadie me ha salvado a mí, ni Marianne ni Stéphanie ni Sashka la rubia, me pregunto si Rafael Kahla se parece a mí, por qué escribe estas historias terroríficas, acaso trató de estrangular a su mujer como Lowry, o la asesinó como Burroughs, o azuzó el odio y el homicidio como Brasillach o Pound, puede que sea una víctima como Chukri el miserable, o un hombre tres veces vencido como Cervantes; quién lavará mi cuerpo cuando me muera, esta historia es muy triste, muy triste, una ciudad que cae, que se hunde, una ciudad que se deshace como un frágil cristal entre las manos de quienes creen defenderla, Barcelona en 1939 Beirut en 1982 Argel en 1992 Sarajevo en 1993 y tantas otras, tantas otras con ejércitos de combatientes consagrados a la muerte o al exilio, como Intissar, sola con Abu Nasser, Intissar la inocente que cree pagar una falta jamás cometida, todavía me quedan dos relatos de este Rafael Kahla, otras dos historias de guerra, a veces llegamos a libros que se parecen a nosotros, que nos abren el pecho desde la barbilla hasta el ombligo, que nos derriban, me gustaría tener la nobleza de Marwan, acaso es todavía posible, reflexionemos, Yvan, qué vamos a hacer en Roma aparte de cogernos una buena borrachera darnos un baño y regalarnos un traje nuevo, oscuro y lujoso, cómo convertirse en Marwan, mañana por la mañana, ya con el dinero en el bolsillo y los muertos del maletín enterrados en los archivos del Vaticano, qué voy a hacer con la moneda de oro de Caronte el transbordador, cómo gastar el óbolo mortal sobre cada uno de los ojos de mis cadáveres, Cocteau decía de Ezra Pound el viejo loco que era «el remero del río de los muertos», heme aquí en la misma situación o casi, Ezra Pound tiene una hermosa sepultura en San Michele el cementerio marino de Venecia, el islote brumoso a la altura de Fondamente Nuove en el que se amontonan las celebridades, una tumba verdosa con una placa minúscula al abrigo de los cipreses para el predicador fascista de Radio Roma, obsesionado hasta la locura por el dinero de los judíos, por supuesto en Venecia yo no sabía nada de los *Cantos* mágicos, del oráculo de Apolo en ciento diez capítulos, cerrados, esotéricos, extraños, que cubren el siglo pasado en diez lenguas y ochocientas páginas y que terminan en Roma con este verso «Le chapeau melon de saint Pierre / you in the dinghy (piccioletta) astern

there», si tuviera aquí el volumen de los *Cantos* lo utilizaría para echarme las cartas, abrirlo al azar y ver adónde me envía, a Getsemaní a Kyoto a Pisa a Nueva Orleans a la City de Londres a París no sobre todo a París no, Ezra Pound el profeta sin Dios lanzaba diatribas antisemitas e insultos a Estados Unidos su patria a través de las ondas de la radio fascista, me pregunto qué pensarían de él los estadounidenses del bar rodante, seguramente habrán visitado San Michele, sin duda Venecia la sorprendente es la única ciudad en el mundo donde los enamorados y las parejas en viaje de novios van al cementerio, Venecia te roe el alma como corroe el salitre una pared de bodega, Stéphanie me regaló una antología de Ezra Pound, con una pequeña dedicatoria, «a mi fascista preferido» y la fecha, yo le había contado mi debilidad juvenil por los brazos alzados y las cabezas rapadas, las malas compañías o el peso de la herencia yo que sé, mi devoción por Brasillach el mártir de quien no había leído ni una línea aparte de sus poemas de prisión y algunos textos sobre cine, en nuestro liceo tan parisino el auténtico fascista era Yvan, el ideólogo violento, con botas de militar, una bomber y el resto del uniforme fin de siglo de los chicos malos, el tipo procedía de una auténtica familia de nazis históricos y convencidos que despreciaban el populismo rancio del Frente Nacional, Yvan detestaba la Iglesia católica a la que había que meter en cintura y odiaba con una hermosa furia todo lo que no era él mismo, los judíos los comunistas los árabes los británicos invertidos los bulliciosos amarillos los capitalistas depravados los políticos corruptos una lista interminable de odios y de ascos entresacados de la lectura de opúsculos paranoicos y alucinados adornados con cruces gamadas cruces patadas rosacruces y todas las cruces posibles e imaginables salvo la cruz de Lorena, haces franciscas gavillas de trigo lanzas cruzadas espadas blandidas cascos sombríos, fotocopias hechas con papel de mala calidad o periódicos de los viejos tiempos que le tocó plastificar para evitar que se acabasen de estropear después de tanto manosearlos, Yvan sentía una pasión verdadera, ardiente y contagiosa, yo me dejé convencer por su admirable rabia, sin duda yo estaba bien dotado, a pesar de los despropósitos de mi abuelo en la Resistencia: a mi padre le inquietaban mis nuevas compañías, mi politización y mis camisas negras, por supuesto mi madre le respondía ya se le pasará es cosa de la edad, Yvan fue quien descubrió a Bardèche el histórico, fuimos en peregrinación, un pequeño viaje iniciático a las tierras del maestro, por otra parte encantador, nos ofreció té y una conferencia un tanto confusa sobre la colaboración la manipulación judía y la importancia de *La cartuja de Parma*, recuerdo que al viejo le temblaba el labio superior, un tic incontrolable, expresión física del resentimiento, de cuando en cuando una pequeña y brillante mucosidad asomaba por sus fosas nasales para acabar cayendo sobre su bata sin que ello pareciese molestarle lo más mínimo, al gran Maurice le caí bien, me preguntó qué quería estudiar, yo le respondí «Ciencias Políticas» y él sonrió, no entendía si aquella sonrisa era un desprecio irónico por esos nobles estudios o un estímulo, luego el insigne escritor mussoliniano nos hizo unos regalos, un libelo que denunciaba «la farsa» de los procesos de Núremberg para Yvan

y la *Historia de la guerra de España* recién reimpressa para mí, con una dedicatoria, «a Francis, deseándole lo mejor en el futuro», con una letra un tanto vacilante, el cuñado de Brasillach el catalán añadió un comentario, tiene su importancia, decía, en España este libro se reedita continuamente, no nos costó demasiado advertir desde el principio el enorme interés de esa guerra, entre 1936 y 1939 Bardèche y Brasillach inseparables como Laurel y Hardy viajan muchas veces a la península Ibérica para ser testigos de la anarquía democrática y de la importancia de Franco el salvador, allí ven una Europa en marcha, gracias a las tropas de Mussolini y a los aviones de Hitler y con los rojos aplastados por la ley y el orden, demuestran que las masacres atribuidas a los nacionales son un invento de la propaganda republicana, que los auténticos sanguinarios son los rojos monstruosos comedores de curas, defienden la grandeza del general Yagüe el refinado estratega, de la Legión de Millán Astray, de los italianos con su hermoso plumaje negro, e inician una larga batalla de cifras que tras la ejecución de Brasillach continuará Bardèche en solitario, todos los cadáveres son propaganda comunista o judía, todos los muertos son cosa de la URSS o de Israel, en realidad no existieron, o solo existieron un poco, Bardèche es el número uno del golpe de lápiz vengador contra las lápidas sepulcrales, en Badajoz tampoco murió tanta gente, ni en Auschwitz, todo eso no son más que mentiras para disimular los crímenes de los republicanos o de la Resistencia, ahí es donde están los verdaderos criminales, los que con tanto placer violaban a las monjas antes de fusilarlas, los que torturaban a los burgueses en las prisiones de Madrid y de Barcelona, hoy me parece evidente que su ceguera solo podía responder al odio, un odio feroz e incondicional hacia quienes le habían quitado al hombre al que amaba, Brasillach el mártir, un odio hacia los judíos tan fuerte tan poderoso que ni siquiera le permitía advertir el exterminio, perseguido por fantasmas israelitas hasta en la tumba, el viejo Bardèche, senil y convencido del complot universal contra el Bien y el Derecho, también mi compañero Yvan creía a pies juntillas en esas tesis viejas como el mundo que convertían a la judería internacional en el enemigo a batir, a pesar de todos mis esfuerzos a mí me costaba persuadirme del peligro que podían representar para la nación unos cuantos filósofos periodistas o psicoanalistas, yo era un antisemita débil, un mal racista, Yvan me decía eso es porque no andas con judíos ni con árabes, si los conocieras enseguida los odiarías, yo confiaba en sus palabras, incluso cuando mis libros de historia del siglo xx demostraban exactamente lo contrario, según Yvan eso era porque la historia la habían escrito los judíos, lo cual además explicaba sus desastrosas notas así como su desinterés por la asignatura, don Moussempès nuestro profesor de historia de último curso era un tipo simpático de las Landas originario de Dax con un marcado acento del sudoeste y difícil de acusar de criptosemitismo, su facundia gascona hacía de él un extraordinario orador cuando se trataba de contar las batallas la diplomacia las intrigas políticas, sin duda es a quien le debo haber aprobado luego y casi de milagro el prestigioso examen de la calle Saint-Guillaume para entrar en Ciencias Políticas, Yvan me respetaba sobre todo por mis orígenes

ustachis y las fotografías de mi familia rebosantes de uniformes oscuros, la adolescencia gusta de las imágenes, las imágenes y las amistades fuertes a vida o muerte los juramentos secretos el brazo alzado ante un altar patriótico, a veces la locura de Yvan quedaba de manifiesto, pero si no recuerdo mal tampoco era tan a menudo, a veces se obsesionaba con algo y no dejaba de darle vueltas como un disco girando enloquecido en un gramófono, días y días encerrado en su habitación leyendo el mismo párrafo minúsculo sin decir nada más que «es eso, es eso, es eso» hasta el infinito, por ejemplo, un fragmento de un discurso económico de Hitler que trataba sobre ahorro e inflación podía hacerle entrar en crisis, entonces ya no salía, no salía ni siquiera para ir al cuarto de baño y orinaba en botellas de plástico relejendo el texto en cuestión en bucle, «es eso, es eso, es eso» como si hubiera descubierto el Santo Grial, estaba escribiendo una biografía de los hermanos de Cristo, un tratado sobre su importancia en la lucha oculta contra el comunismo en el que remontaba el origen de todas las sociedades secretas de defensa de Occidente a los hijos olvidados de la Virgen María y de José, que quedaron en el olvido a pesar de aparecer en los Evangelios, de haber sido bautizados por Juan el Bautista decapitado y de no sé cuántas otras cosas, sus padres, preocupados, querían llevarlo al médico pero eso evidentemente era imposible, porque la psiquiatría y toda la psicología estaba en manos de los judíos que intentaban corromperlo, pudrirle el cerebro y así sucesivamente hasta que un día de primavera como cualquier otro, un poco antes de los exámenes del final de secundaria, de camino al liceo fue a encontrarse con unos tipos que estaban pegando carteles de no sé qué partido para no sé qué elecciones, unos tipos más bien pacíficos de unos cuarenta años pegando sus carteles en un panel municipal previsto a tal efecto, no sé por qué pero a Yvan se le cruzaron los cables, los agredió salvajemente, a lo bestia, con la cadena de bicicleta que solía llevar en el bolsillo de su cazadora naranja y negra, le dio al primero en la cara y se echó encima del segundo como un mono hasta arrancarle una oreja de un mordisco y molerle las partes a rodillazos, poseído, rabioso, encarnizado, el tercero se quedó conmocionado y ante la extraordinaria violencia de aquella agresión, ante los gritos de dolor de sus compañeros y los aullidos de Yvan le acabó atizando con el cepillo de la cola en toda la cabeza, un golpe bien dado que le abrió el occipucio y le valió un buen puñado de puntos de sutura, nunca se supo si la fractura del cráneo tuvo algo que ver o si su locura ya era cosa hecha pero lo cierto es que de urgencias a Yvan lo llevaron directamente al hospital psiquiátrico y luego a una casa de descanso para tarados incontrolables, Yvan esquizofrénico paranoico catatónico y violento, incurable a pesar de las toneladas de medicinas de los electroshocks y de las terapias diversas que probaron sus médicos, Yvan hundido en la oscuridad, cuando habla es para recitar un párrafo de *Mi lucha* o insultos antisemitas, «los judíos esos marranos quieren asesinarme», sus escasos minutos semanales de conciencia Yvan los pasa aterrorizado, aterrorizado o extremadamente violento, a merced de un tratamiento que jamás consiguió «estabilizarlo», perdido en el limbo del resentimiento y del espanto;

para mí el golpe fue terrible, Yvan había caído en combate, derribado por un mazazo electoral en la cabeza, enseguida fui a visitarlo al hospital, discutí largo y tendido con sus padres hasta rendirme ante la evidencia, Yvan tenía una auténtica fisura, una bella y furiosa locura digna del propio Ares, se me llenaron los ojos de lágrimas de tristeza y pensé que iba a vengarlo, te vengaré, vengaré a Yvan el de los ojos desorbitados y la lengua colgante, Yvan el tarado pálido en una butaca aullando a la muerte: vi a su madre aproximarse a él despacio y con miedo, miedo de acercarse a su propio hijo cuyo cerebro desvencijado exudaba violencia odio y dolor, ahora te estoy vengando viejo amigo te regalo una nueva vida, has salido un poco del manicomio, por lo menos tu nombre ha salido, aunque sea con mi careto en tu pasaporte, Francis se ha deslizado en el cuerpo inútil de Yvan el terrible para su reencarnación; con Yvan internado yo aprobé mis exámenes para luego acabar aburriéndome en unas clases preparatorias privadas donde se suponía que iba a aprender las sutilezas de la disertación y de la cultura general, me aburría tanto, tenía tantas ganas de violencia y de venganza que fui a parar al ejército donde me pasé dieciséis meses de instrucción, a Yvan todo aquello le hubiese gustado mucho, los cantos viriles y las epopeyas nocturnas, las maniobras, el aprendizaje de las armas, la táctica y la orientación, hasta aquel viaje a Egipto en solitario para celebrar la blanca y conocer a Marianne la mojigata; a Stéphanie mis historias de nazi la hacían reír mucho, sobre todo el episodio de Yvan el pobre tipo abatido con un cepillo de cola, sin embargo lo lamentaba por mí, por haber perdido todo ese tiempo, decía, ese tiempo ideológico se entiende, antes de rendirme a la razón demócrata, yo le respondía «a medias», solo me he rendido a medias, jamás en mi vida he votado, supongo que Ezra Pound tampoco, aunque no lo sé, también él un tanto loco, el poeta escribía poemas épico-políticos a la gloria del modelo económico fascista, contra la usura y los usureros, desde su casa en los alrededores de Génova el estadounidense echaba pestes de los dirigentes de su país de grandes orejas que en 1943 lo condenó por alta traición, Pound respondió que no veía cómo el simple hecho de hablar ante un micrófono, si bien es cierto que bastante alto, podía constituir una traición, iba a pagarlo caro, encerrado en 1945 en una jaula enrejada en mitad de un campo militar en Pisa, una jaula de tres metros por tres con un tejado de chapa a dos metros del suelo, Pound dormía sobre el hormigón con un proyector de vigilancia encendido ininterrumpidamente, en medio del húmedo calor del verano toscano, recluido en esa conejera que prefiguraba las de Guantánamo, sin salir, observado día y noche, humillado, enflaquecido, Pound se acabó quebrando y fue transportado urgentemente a la enfermería; en el momento del juicio escapó por muy poco a la pena de muerte, sin duda porque los jueces decidieron que efectivamente estaba chiflado y que su caso no requería tanto del pelotón de fusilamiento como de la psiquiatría, Pound el amigo de Joyce de Eliot de todos los artistas poetas y músicos de París fue declarado enemigo del pueblo oficialmente trastornado y devuelto poco después a la vida civil, entonces se apresuró a volver a Italia donde apenas bajó de la embarcación recibió a

los periodistas que habían llegado a su encuentro con el saludo fascista, hasta el punto que durante un segundo los reporteros tuvieron la impresión de que eran ellos los que volvían de lejos y Pound, Pound el barbudo famélico, el que no se había movido de allí, el que estaba todavía en un país fantasma, el brazo levantado bien alto al ritmo del repiqueteo de los talones marciales y de las botas herradas, el país interior, donde estaba él y solo él, sin enemigos sin pérfidos judíos sin dinero sin perversiones dolor ni mentiras, pobre Ezra Pound, por más que conociese miles de oscuros ideogramas chinos vivía encerrado, en compañía de estatuas y bustos de él mismo, había sobrevivido a Eliot a Yeats a Joyce a Hemingway a William Carlos Williams a Cocteau para acabar muriendo en Venecia a la edad de ochenta y siete años, en Venecia la humedad es mortal, también yo estuve a punto de ceder a la belleza enmohecida de la Ciudad de los Dogos, qué voy a hacer ahora, vas dejando tantas cosas por el camino: convicciones compañeros mujeres objetos queridos que pensabas que ibas a conservar toda tu vida alianzas cadenas de oro tatuajes de los que te acabas cansando cicatrices que se difuminan, Vlaho se acostumbró a su nueva condición, no maldecía su Destino, lo ha aceptado, a pesar del dolor fantasma que me ha contado que lo invade de vez en cuando, en Bosnia corríamos delante de la gran ofensiva serbia del invierno de 1993 corríamos como no habíamos corrido antes volviéndonos como podíamos para disparar o lanzar algún cohete nada demasiado eficaz corríamos mirábamos cómo ardían los pueblos detrás de nosotros nos decíamos que si la cosa continuaba igual acabaríamos despeñándonos hasta el mar o el Neretva no había nada que hacer luego el frente se estabilizó por una especie de milagro y nos vimos en medio de las zanjas cavando fortificaciones a toda prisa y enterrando minas para tratar de defender una línea de cresta, los helicópteros de las Naciones Unidas revoloteaban a nuestro alrededor la idea de derribar uno era muy tentadora pero estaba prohibido, lo único que podíamos hacer era practicar la puntería apuntando a sus blindados blancos, de forma que oyesen ding ding ding desde el interior y se diesen cuenta de que no eran bienvenidos, luego los infelices regresaban a Split diciendo «me han disparado, me han disparado» y eso les valía una ración de gloria y prestigio delante de una cerveza mientras nosotros nos helábamos los cojones en el fango, seguramente Yvan Deroy el loco se habría enrolado conmigo si no lo hubiesen internado, entre las filas del HOS había más de un francés, luego tras el atentado de Zagreb y el asesinato de Kraljevic en Bosnia lo disolvieron, sin duda Yvan hubiese detestado la roña el frío y la confusión ideológica, a pesar de todo yo tenía la impresión de haber encontrado mi causa, Croacia y los croatas, Dios y la patria, la libertad, la hermosa libertad que en el cuadro de Delacroix guiaba al pueblo, esa que no apareció jamás con sus pechos al aire delante de los carros serbios: lo que en realidad solía llegar delante de los tanques yugoslavos eran refugiadas harapientas, enloquecidas, magulladas y lacrimosas pero nunca con una bandera ni un fusil en la mano, el rostro vuelto a la derecha, el torso tan firme que uno se lo hubiese comido a mordiscos, todo eso está muy bien para los pintores y los cineastas, pero en nuestro

caso las cosas eran distintas, las cosas iban de pobres tipos ateridos que se peleaban por un trozo de terreno una granja un pequeño valle un pueblo en llamas con sus familias y sus compañeros muertos en medio de una gran tempestad una ventisca de llamas y de espanto digno de Hefesto el patituerto, el Escamandro acarreaba carroña, cuerpos mutilados, pedazos de casas y de aldeas diezmadas, lo que habíamos visto en Eslavonia se extendía, se intensificaba, resonaba hasta el infinito, en un duelo de exacciones y de salvajismos sobre este o aquel, serbio croata o musulmán en todas las posibles combinaciones del horror, los rusos y los griegos del lado de los serbios los árabes y los turcos del lado de los musulmanes los europeos católicos del de los croatas, las murallas de Occidente, todo un mundo que se odiaba a muerte, Andi me había dicho ya verás, acabarás odiando a los serbios y a los musulmanes, yo me resistía a creerlo, quizá a los serbios sí, pero a los musulmanes, y al final tuvo razón, acabé sintiendo un odio brutal, instigado por Eris la infatigable que tardó mucho a apaciguarse; nunca fui a Serbia, finalmente, a pesar de mi titubeo en Tesalónica ciudad de los ausentes me fui de nuevo hacia el oeste, como siempre, hacia el oeste luminoso, en Igoumenitsa subí el coche a un trasbordador destino a Corfú la británica, Corfú última etapa antes de Ítaca, sin saber que allí me encontraría con miles de serbios, ignoraba los rodeos de Átropos la implacable, quien había dispuesto que en aquella pequeña isla se cruzasen múltiples destinos, destinos movidos por el odio y por la guerra, resulta difícil comprender el odio cuando no se ha conocido o se ha olvidado el ardor de la violencia y de la rabia levantando el brazo sobre un enemigo y su mujer y su hijo buscando venganza deseándoles dolor y sufrimiento destruyendo sus casas desenterrando a sus muertos a golpes de obús vertiendo nuestro semen en sus hembras y nuestras bayonetas en sus ojos colmándolos de injurias y patadas porque también a mí me había tocado llorar ante el cuerpo solitario de un chaval descabezado en una cuneta agarrado a su juguete, una abuela destripada con un crucifijo, un compañero torturado deshuesado y quemado con gasolina tal que un saltamontes retorcido, con las órbitas vacías y blancas, casi brillantes en la masa carbonizada del cadáver, imágenes que todavía hoy me aceleran el pulso, que diez años más tarde me hacen apretar los puños, como el cadáver de Andi tendido sobre sus excrementos humeantes en mitad del idílico paisaje de un valle bosnio, nada que hacer, esas imágenes no pierden su fuerza, cómo librarme de ellas, cómo, dónde dejarlas, a quién confiárselas, Vlaho el mutilado no arrastra ese lastre, él está en paz alegre y tranquilo, todo ese peso lo dejó en Bosnia, durante un absurdo contraataque para salir de nuestras trincheras cenagosas, bajábamos aquella pendiente llevados por el diablo, empezaron a llover morteros, el casco me cae sobre los ojos, Vlaho está justo a mi derecha, Andi el furioso delante, por supuesto, delante de todo va Andi el de los pies ligeros, yo grito para darme coraje, tenemos que alcanzar la linde de los árboles y tratar de resistir allí, los obuses proyectan olas de tierra blanda de hierba y de metal, me silban las orejas voy en apnea corro sin tiempo para respirar los pulmones bloqueados movido solo por la adrenalina como un autómatas por su batería

Andrija ha alcanzado los primeros árboles ha desaparecido está a cubierto yo casi he llegado, casi he llegado y una explosión formidable me derriba, he tropezado con un muro de aire caliente, el soplo de un dragón, he sentido un golpe terrible en el casco, ha sonado como una campana, estoy en el suelo, aturdido, no estoy herido, se hace el silencio, solo oigo mi respiración, la cara manchada de tierra, me siento con las piernas cruzadas en medio del gran zumbido, a unos pasos veo a Vlaho echado boca abajo, una segunda explosión me despierta, de nuevo puedo oír y oigo los obuses las ráfagas me levanto me precipito agachado hacia Vlaho, sin querer le doy una patada a un antebrazo humeante, una mano amputada, la recojo automáticamente, todavía conmocionado me acerco al dalmata echado en el suelo, el codo limpiamente seccionado por una enorme explosión, lo llamo «Vlaho Vlaho kako si kako si vlaho» no hay respuesta, los ojos cerrados, su corazón late muy deprisa, muy deprisa y débilmente, le amarro el brazo para frenar la hemorragia la sangre se me escapa entre las manos otros dos camaradas llegan en su auxilio, le hacen un torniquete de urgencia y lo llevan a cubierto, también sangra del costado, la metralla le ha quemado la chaqueta del uniforme y le ha abierto una herida negruzca en la parte baja del costado, yo me doy cuenta de que todavía tengo el brazo cortado de Vlaho en las manos, lo suelto, de repente siento una arcada, Andi llega con un enfermero, yo miro la mano pálida y crispada en el suelo, la mano amiga con el hueso rosado, la derecha, la derecha o la izquierda no tengo ni idea me siento en el suelo, no, lo que hago es hundirme me hundo en el suelo y caigo redondo, seguro que con la palma muerta de Vlaho en mi frente para enjugarme el sudor por última vez: cuando recupero la conciencia Andi está a mi lado, igualmente pálido, le digo su mano su mano devuélvele su mano, como si todavía la tuviese encima, Andrija me mira sin comprender, la mano ya no está allí, oigo el ruido de las ráfagas justo delante, hay que salir de allí, el resto del día lo pasamos combatiendo y pensando que Vlaho había muerto, alelados y demasiado absorbidos por la batalla para reflexionar, Andi me explica que los enfermeros cubrieron a Vlaho con una manta metieron su mano en una bolsa de plástico y se lo llevaron todo al puesto de socorro, casi tanto como decir al Hades, aquí Macaón no dispone de medios y sobre todo es casi imposible evacuar a los heridos, yo estoy reventado, reventado cansado y triste, nada de aullidos de venganza, nada de gritos ni de lágrimas por el momento, solo el fusil que pesa un poco más de lo habitual, a Vlaho le gustaba tanto sobar a las chicas con ambas manos, una por nalga, tengo la secreta esperanza de que puedan cosérsela, tan limpiamente rebanada por el metal, no debería ser tan difícil, una buena escayola unos cuantos puntos de sutura y mañana o pasado mañana volveremos a verlo vivo y coleando, Vlaho no tiene más que veinte años, veinte años, necesita su vida sus dos brazos para conducir a tumba abierta para trabajar sus viñas, afortunadamente nuestro contraataque termina antes de tiempo, los serbios nos dan una buena patada en el culo y nos toca remontar la colina para tomar posiciones en un pueblo destruido, nuestra unidad ha quedado un poco retrasada en cuanto nos instalamos vamos a preguntar por

Vlaho, nos enteramos aliviados de que está fuera de peligro, un médico altivo nos dice que lo han evacuado, entonces con una voz de niño ingenuo e impresionado Andi hace la pregunta que también yo tenía en la punta de la lengua, y... y su brazo, ¿han podido salvarlo? el médico se lo hace repetir y luego se echa a reír, responde «Moraće se naučiti tući lijevom», será mejor que aprenda a meneársela con la izquierda, nosotros nos quedamos con la boca abierta, atónitos por la medicina todopoderosa que acaba de tirar nuestras últimas esperanzas a la basura donde también descansa el miembro de Vlaho, sus dedos de conductor, de tirador, de manipulador de bayoneta y tentador de hembras, esos dedos se descompondrán antes que él, resulta extraño pensarlo, su antebrazo ha quedado plantado en Bosnia como sus dientes de leche quedaron en algún joyero junto con las alhajas de su abuela, un árbol sin frutos, acaso habría que dedicarle una placa, aquí yace el antebrazo derecho de Vlaho Lozović, el resto de su cuerpo reposa en otro lugar, como esos traficantes medievales de reliquias que repartían cadáveres de Bizancio a Barcelona, huesos a manta, para todas las iglesias y monasterios de la cristiandad, una tibia por aquí un fémur por allá, huesecillos para los pobres y cráneos para los ricos, un fragmento de san Fulano para la devoción de los campesinos asustados por el infierno, un trozo de fallecido que pasear los días de fiesta, el hueso va a tomar el aire en su relicario dorado, no hay nada como pasear una porción de cadáver para ahuyentar las pestes la sífilis las guerras las plagas, la cabeza todopoderosa de san Mateo san Lucas o san Juan el Bautista, deberíamos haber conservado el brazo de Vlaho Lozović el desconocido, Vlaho el sonriente, Vlaho que aceptó su suerte y dejó la violencia de su brazo derecho en el camino, los pecados la guerra y la venganza, que no quedó encerrado en una espiral de represalias, cuando le informé de la muerte de Andi todavía estaba en el hospital de Mostar, su cara redonda cubierta de lágrimas, a punto estuve de decirle no te preocupes ya lo he vengado pero no lo hubiese entendido, no lo hubiese aliviado, Vlaho el magnánimo, solo estaba triste, inmensamente triste por la muerte de su amigo, sin odio, sin rabia, lo abracé con fuerza, nos vemos pronto, le mentí, el día anterior me había pasado por el cuartel general del HVO en Vitez para anunciar que me iba, que estaba harto, y allí delante de Vlaho frente a sus ojos brillantes de lágrimas no tuve el valor de repetírselo, y eso que dos o tres días más tarde él regresaba a su casa de Split, podría haberle esperado, pero no me quedaban fuerzas, había agotado toda mi energía en la venganza, en el furor y la temeraria incursión tras las líneas musulmanas, por el único camino (una senda, más bien) que todavía controlábamos, estaba agotado por esa guerra absurda donde los aliados contra los serbios se mataban entre ellos cincuenta kilómetros al este, nuestras posiciones asfixiadas, Andi sin sepultura su cadáver hurtado para meterlo sin ninguna duda en un camión de muertos y yo no podía más, harto de milicianos de salteadores de caminos disfrazados de soldados, ya sin amigos sin nada sin fuerzas, tenía en la cabeza la imagen de Andi en el suelo con los pantalones en las rodillas, la imagen del brazo muerto viviente en la hierba, me parecía verlo cavando la tierra como trata de

escondese un cangrejo de mar, dije hasta la vista Vlaho y por inercia tendí la mano a su muñón, Vlaho el buenazo me cogió los dedos con su zarpa izquierda, me dedicó una última sonrisa y yo me fui de nuevo hacia el norte; también yo podría haberme amputado mi mano criminal, seguramente diez años más tarde no estaría en este tren, de camino a Roma la católica gran depósito de huesos, no supe aceptar la mano tendida de Marianne, ni la de Stéphanie, Sashka no ofrece nada, perdida en los colores y en el rostro de los santos iluminados que pinta durante todo el día, no le importa lo que soy no le importa mi pasado no le importa mi vida ella vive en sus imágenes, los cristos pantocrátor, las vírgenes orantes, los san jorges, san miguel arcángeles, los Santos Inocentes, san cosmes san damianes que ella vende muy caros a creyentes sinceros que ignoran que las mujeres no pueden pintar iconos, el ángel mojitato no lo susurra en sus oídos, no tenemos en común ni lengua ni pasión ni historia, está tan lejos, al final no voy a precipitarme a su casa, esperaré, esperaré y veré, acaso pueda librarme, librarme del maletín del brazo de Vlaho del cadáver de Andrija de Sashka y de todo el resto, en Venecia creía que lo había conseguido, en Venecia reina de la bruma todo estuvo a punto de acabar en un canal, como León Saltiel el judío de Salónica que a punto está de colgarse o tirarse por la ventana antes de encontrar la paz en la venganza, como Globocnik el verdugo que le pone fin a sus días mascando una bola de arsénico cuando los Aliados lo detienen, como Hess el incansable que consigue asfixiarse con un cable, como Manos Hadjivassilis que se echa sobre las alambradas electrificadas de Mauthausen, como se hacen explotar mis islamistas en Jerusalén y ven la ciudad desde lo alto parpadeando en medio del cielo, pero a mí me repescaron, me fue dada una segunda vida que he perdido en la Zona no hay dos sin tres qué me esperará antes del fin del mundo, qué me esperará, la mano amiga ha sido rebanada en Bosnia, ya hace años que Yvan Deroy el loco está lejos, Sashka la inaccesible vive en el mundo dorado de las imágenes, mi padre nunca abandonó su silencio; me lo imagino solo entre los gritos de sus propios fantasmas, él el hijo del resistente que torturaba a los argelinos con el mismo furor que la Gestapo a su padre, la lección de la bañera y de la rueda de bicicleta nos había quedado muy clara, por el bien de la comunidad, si esos moros no cantaban explotarían las bombas que iban a matar a muchos franceses, aunque casi todos los que murieron fueron argelinos, cuántos, acaso quinientos mil, acaso un millón, nunca lo sabremos, muertos en combate, muertos por tortura, muertos en prisión, muertos de un balazo en la cabeza, muertos entre las alambradas de los campos de reagrupación, el maletín está lleno de ellos, nombres de testimonios informes secretos notas de generales arrepentidos u orgullosos de su trabajo e imágenes, cientos de fotografías, qué es lo que debía de empujar a todos esos soldados a documentar el horror, por qué los servicios del ejército se tomaban la molestia de fotografiar a todos esos argelinos electrocutados, argelinos medio ahogados, argelinos molidos a palos, puede que para refinar la técnica o rendir cuentas de sus actividades ante los inquietos responsables parisinos, se dan ustedes cuenta aquí no se descansa, aquí se curra, se trabaja duro,

estamos a todas, acaso divisaban la catástrofe, el exilio de un millón de personas repatriadas en 1962, un millón de refugiados franceses españoles italianos judíos gitanos malteses alemanes atraviesan el Mediterráneo para dispersarse desde Alicante a Bastia, el mayor desplazamiento marítimo desde la expulsión de los moriscos cuatrocientos años antes, Bône y Oran vaciadas de la mitad de sus habitantes, Argel del tercio, la deserción la desolación la humillación y el recuerdo de los muertos sumerge un país en el infierno, los cuadros del FLN se transformarán a su vez en verdugos y hábiles torturadores, perdidos en la Zona donde yo contaba los golpes las degollaciones las decapitaciones las matanzas y las bombas, mecido por el rumor exótico de los nombres patronímicos de los emires del GIA y del AIS, la generación emergente frente a los ancianos de la guerra de independencia, de entre los cuales algunos habían luchado en los regimientos de bereberes marroquíes del ejército francés en las pendientes italianas, el mundo gira, los bis-bis-bisnietos de los inmigrantes de Menorca enviados en 1830 a colonizar al argelino regresaban ciento treinta años más tarde a Ciutadella ciudad de los caballos y de san Juan el Evangelista, expulsados por los valerosos combatientes del FLN y por los verdugos franceses, montones de verdugos desencadenan auténticas masas negras de víctimas, todos esos círculos dibujados sobre un escudo dorado, y son las madres quienes facilitan las armas, Tetis la cariñosa consuela a Aquiles proporcionándole los medios para vengarse, una coraza una espada un escudo deslumbrante en el que se refleja el mundo entero, como me abasteció Marija Mirković mi genitora de la patria la historia la herencia de Maks Luburić y Millán Astray el halcón tuerto, no llores más Aquiles, seca tus lágrimas y ve a vengarte, reconcílate con el Átrida contrito y masacra a Héctor con toda tu furia, venganza, venganza, siento hervir la venganza en este tren que desciende por las colinas, mi vecina inocente sigue metida en su libro sin la menor idea de a quién tiene sentado delante, no puede ni imaginar que su destino se ha cruzado con el mío, que muy pronto las blancas perlas de su collar obrarán en mi poder, su bolso, su jersey de lana, que bailaré sobre su cuerpo a la luz de la luna toscana con el bronce reluciente en mi mano, dispuesto a saquear Roma la de las altas murallas, Roma conquistada por los Aliados victoriosos, Roma saqueada e incendiada por los mercenarios del habsburgo hijo de Juana la Loca, Roma abierta en canal por los intrépidos normandos, por los feroces visigodos, por los galos de los filos cortos, Roma hija de Eneas el de la ágil jabalina, Roma descendiente de Ilión en ruinas, venganza, venganza para Patroclo hijo de Menecio, para Antíloco hijo de Néstor, venganza, un nuevo saqueo, hecatombes, libaciones, hogueras humeantes para Andrija el eslavo que en sueños me suplica que recupere su cuerpo para quemarlo, venganza para el brazo perdido de Vlaho el magnánimo sembrado en la tierra, venganza para todos ellos, la espada recalentada por la sangre tibia, se acerca la hora, puedo sentirlo el tren vibra casi estoy casi he llegado el final del viaje, con los ojos cerrados los esqueletos giran y resuenan en el paisaje negro son los destellos de color de tu mundo interior: calma tu respiración, Francis, inspira despacio deja

fluir los pensamientos que te arrojan a la venganza, permite que Sueño el mensajero te insufla sus oráculos, en la Edad Media tenían miedo de dormir miedo de ser asaltados por los súcubos que proporcionaban placer, el placer recóndito y turbio, los hombres rechonchos y asustados por el universo se despertaban entre sudores con una erección maldita que les ocultaban como podían a sus mujeres enloquecidas, apuesto a que la reina Mab te ha visitado, Mab la mensajera, con su comitiva de luciérnagas mágicas, no más grande que un ágata, qué me diría a mí el hada minúscula de los reinos de las tinieblas, nada, ayer por la noche bañado en alcohol entre las secas caricias de un portal bañado en sombras, contra el cuerpo ajado por la vejez de aquella mujer fea de lengua amarga, después de la eyaculación sin placer, después de la vergüenza, ya en mi casa arrepentido y triste me hundí en la cama sin sábanas de mi apartamento vacío, la última noche parisina, la reina Mab me ha conducido a Sashka, a su estudio minúsculo del Trastévere veo sus manos pálidas manchadas de pintura dorada está pintando una imagen piadosa de los Cuatro Santos Coronados, cuatro mártires dálmatas Severo, Severiano, Victorino y Carpofo, hermosos y morenos, me explica que se trata de unos habilidosos escultores que el emperador Diocleciano quiso emplear en su palacio de Split para que erigiesen una estatua pagana, de Júpiter el intransigente o de Venus la tentadora, los cuatro artistas habían depositado su fe en Cristo y se negaron a tallar el ídolo y eso enfadó tanto al César que los condenó a ser azotados hasta la muerte, el verdugo se ensañó con sus cuerpos durante días sin efecto aparente, los cuatro hombres resistían al cuero y a las bolas de metal, las heridas desaparecían de su piel al ritmo del suplicio, Diocleciano el inflexible apenas se emocionó ante el milagro, los hizo encerrar en cuatro ataúdes de plomo y los echó al Adriático donde todavía descansan, entre las medusas azuladas y los restos de galeras venecianas, los cuatro escultores piadosos renacen ahora de la mano de los pinceles de Sashka la iconógrafa, ante ella tiene un libro ilustrado en el que se inspira, una tabla de tilo grabada al escoplo y cubierta de *levkas*, las aureolas de los cuatro santos hechas con pan de oro, el pequeño cepillo de marta con el que rellena el fondo de un ocre oscuro, luego las ropas de blanco plata de rojo bermellón de azul cobalto y lenta y minuciosamente va apareciendo la imagen mágica, observar cómo trabaja Sashka es maravilloso, entre los Theotokion, los san Juan Crisóstomo de oro, los Estilitas vertiginosos, los dragones rojos, Demetrio de Salónica atravesado por lanzas, Teodoro emperador de Bizancio, Juan Clímaco en lo alto de su escalera, Santiago cortado en pedazos, una muchedumbre de mártires, de colores, de caras casi idénticas, los cuatro escultores dálmatas entregados a una nueva vida dorada a la magnífica sombra del martirio, justo antes de ir a parar a la llanura marina, a Sashka la tranquila todos esos masacrados no la emocionan, Lucas el evangelista la protege, patrono de los pintores y de los médicos, de una gran dulzura en el dibujo, de una paciencia infinita, cuando nos conocimos creí que era el propio ángel quien se me aparecía en su dorada aureola, por la noche, la turbia noche de Roma, en la terraza de un café, de regreso de una interminable visita a la cancillería papal, al Campo de'

fiori, muy cerca de mí Sashka iluminaba el lugar, el bar al completo volvía sus ojos hacia ella, en ese sitio en el que te sacan cacahuets con el aperitivo, enteros, en su cáscara fibrosa, y donde los clientes parecen monos del zoo echando al suelo compulsivamente las inútiles vainas: la terraza cubierta de pedazos de tubérculos crujía a cada paso frente a la estatua de Giordano Bruno el ajusticiado, yo me imaginaba el espectáculo, en febrero de 1600 los ribaldos mugrientos de los alrededores llegaron a comprobar si el impío librado a las llamas gritaba a pesar de la mordaza, todos ellos acudieron para escuchar cómo sus carnes crepitaban y despabilar sus fosas nasales con el olor de la carne humana en el mismo lugar donde hoy los turistas engullen cacahuets, Bruno el espadachín mago cosmólogo ocultista y poeta era un gran viajero, visitó media Europa antes de ser traicionado por los venecianos y entregado a las autoridades papales: las mismas autoridades que recientemente expresaban su pesar por haberlo quemado, afligidos, dicen hoy, por haber torturado a un filósofo desnudo amarrado a un poste metálico sobre una hoguera de leños, Giordano Bruno muerto por la estupidez pontificia justo enfrente del bar donde yo pelaba cacahuets sin poder quitarle los ojos de encima a aquella mujer tan hermosa, tan presente en la mesa de al lado, en compañía de un hombre que se la comía con los ojos, ella no parecía prestarle atención a su concupiscencia, todavía menos a la mía o a la del cuerpo carbonizado de Bruno, sus ojos eran demasiado claros para que el demonio se reflejase en ellos, demasiado claros, yo la escuchaba pronunciar unas hermosas *r*, hablaba italiano lentamente, pausadamente, con un ligero acento, yo estaba seguro de que era eslava y rezaba secretamente para que fuese croata, o eslovena, o hasta serbia, pues de ese modo hubiésemos tenido una lengua en común; por supuesto tenía que ser rusa, de la Rusia madre de la ortodoxia de los tanques y de los fusiles de asalto, he ahí todo lo que yo sabía, habría podido detallarle con toda tranquilidad cada uno de los modelos, las diferentes variantes, los calibres o las artimañas secretas de la Gran Rusia en la Zona, hablarle largo y tendido de sus relaciones equívocas con ciertos países árabes, de la curva del cargador, la gran genialidad del kalashnikov, pero no, acabamos hablando de Jerusalén la dulce, de mis campañas de entomología en el desierto libio o en el norte de Marruecos, rápidamente, sin insistir, Sashka no es nada curiosa, vive en el mundo de las imágenes, no espera nada ni a nadie, y mucho menos ninguna palabra; yo le pregunté por qué había dejado San Petersburgo y ella me respondió que no había dejado San Petersburgo, que había dejado Leningrado, precisamente porque Leningrado desaparecía, que había llegado a Jerusalén por casualidad, con un contingente de falsos judíos en busca de una tierra de acogida, en ella no había la más mínima segunda intención ideológica, ninguna nostalgia, se limitaba a enunciar los hechos, cuando le pregunté si tenía ganas de volver a Rusia me respondió simplemente que la Rusia que ella conocía ya no existía, que la ciudad de su infancia había desaparecido, que la gente, las calles habían cambiado, pero enseguida añadía está bien que así sea, y lo que en cualquier otro hubiese sido un pasotismo absoluto en su caso señalaba un

despojamiento, una cierta indiferencia, su vida está en sus gestos, en los movimientos de su pincel, de su puño, en sus ojos vueltos hacia un santo que reproducir, un rostro que modelar, la caída de un tejido, ni siquiera tiene la pretensión de crear, de inventar nuevas representaciones, no, ella respeta hasta el infinito lo que la tradición ha tenido a bien legarle, contenta por poder vivir de esa singular actividad y eso es exactamente lo que hace conmigo, Sashka la lejana, si estoy allí tanto mejor, si no tanto peor, no trata de convertirme en nada, acaso ni siquiera me ve, no ve más que lo que le muestro, es decir nada, o tan poco, desarmado por su sencillez y sus formas de estatua, cómo podría ella saber, si no le cuento nada, no dispone ni de la maternidad universal de Marianne la generosa ni de la curiosidad devoradora de Stéphanie la voluntaria, Sashka es un espejo del que yo me escondo, el rostro velado para no reflejarme en las caras atormentadas de los verdugos que escaldan a los santos, que los azotan a muerte antes de ahogarlos en el Adriático como a los Cuatro Coronados de Split; en 1915 se enviaban al fondo cientos de cuerpos sin ataúd, serbios valientes, un poco más al sur, en Corfú última estación antes de Ítaca, los británicos sienten atracción por las islas hasta en el Mediterráneo, Menorca Malta Corfú y Chipre les pertenecieron, sus buques de hinchados flancos eran los dueños del mar Blanco, cuando llegué a Corfú procedente de Igoumenitsa después de haber atravesado el Epiro de las empinadas pendientes, los británicos bebían cervezas gigantes bajo unas sombrillas publicitarias en las costas de Feacia, nada de Nausícaa lavando su ropa blanca en la orilla, quien me esperaba en su lugar era un poli griego de grandes bigotes que me ordenó que moviese el coche lo más deprisa posible dándole unos fuertes golpes al techo del carro cansado, «quickly car quickly», como si le hablase a un caballo, a pesar de los británicos rosados los franceses presuntuosos los alemanes desconfiados y los italianos escandalosos la isla era hermosa, la ciudad vieja era estrecha y se parecía más a Venecia que a Atenas, gracias a Dios, e incluso cansado como estaba de mis vacaciones y perseguido por las cabezas de los monjes decapitados y los evangelistas apocalípticos, Corfú, acorralada entre las imponentes fortalezas venecianas, en mi sueño era un descanso, perderse en ella y beber tranquilamente mirando cómo el mar lamía las heridas de las murallas era un auténtico placer, los otomanos habían tratado de tomar la isla en repetidas ocasiones, sin éxito, Feacia última muralla de Occidente había resistido mucho, las inscripciones murales recordaban el sitio de 1716, cuando el Turco hizo su última aparición a la altura de Palaio Frourio, como antes en Malta la heroica donde los defensores de los petos brillantes habían resistido a los cañones, a las zapas y a los asaltos continuos de los feroces orientales, entre los mercenarios que defendían la ciudad había montones de croatas y de dálmatas, me imagino a uno de mis antepasados arrojado al mar por una bala de cañón después de haberse encomendado a Dios de haber luchado como un valiente y de haber enviado a muchos jenízaros al Hades: poco faltó para que hubiese una mezquita en Corfú, como en Rodas, como en Belgrado, como en Mostar, pero Ares tenía otros planes, es el único edificio que falta en la ciudad vieja, punto de

troyanos en las puertas de bronce del palacio de Alcínoo el gris, o casi, perdiéndome por entre las calles coloreadas fui a dar con un edificio que anunciaba Srpska Kuća, Casa Serbia, museo dedicado a la retirada del ejército de Pedro I en 1915, los soldados del osario de Salónica pasaron por Corfú antes de ser devueltos por mar al frente de los Balcanes, del mismo modo que los franceses y los ingleses habían sobrevivido a los Dardanelos para acabar en una tumba en Tesalia, los valerosos supervivientes de la retirada militar más terrible desde Bereziná cayeron más tarde ante los búlgaros, el museo era emocionante, decenas de fotografías de época relataban la audaz desbandada del ejército serbio derrotado por el káiser y su aliado austríaco, a través de las montañas de Montenegro y hasta la costa albanesa donde fueron embarcados por los franceses, una retirada con mujeres y niños, a pie por la nieve, filas interminables prácticamente sin alimento recorrieron cuatrocientos kilómetros bajo el intenso frío, llevando a su rey en una silla de paja, todo un país se iba hacia el mar, ciento cincuenta mil pasaron a mejor vida en las montañas de Kosovo y en los alrededores de Podgorica, víctimas del frío, del hambre y las balas alemanas, cuando llegaron siguieron cayendo, desnutridos, agotados, instalados en campos improvisados en la pequeña isla arbolada de Vibo ante la desembocadura del puerto, sin tiendas, casi sin asistencia, imposible evitar que siguiesen muriendo, caían como moscas a un ritmo de trescientos por día, los franceses y los británicos no se lo podían creer, habían sobrevivido al más terrible de los viajes para acabar sucumbiendo por millares una vez arribados a destino, ya no estaban en suelo patrio, estaban en tierra extranjera, bajo la lluvia, sobre una piedra en el mar Jónico, no había sitio para sepultar a todos aquellos hombres, aquellos miles de hombres así que el buque-hospital francés *François d'Assise* el caritativo cargó a bordo los montones de cadáveres para ir a sumergirlos a unas millas de allí, todos aquellos serbios de Belgrado que nunca habían visto otro mar que el Danubio reposan hoy disueltos en el fondo, en el vientre de miles de peces y de algas marinas, el cementerio azul, inmenso, donde desciende Tetis a adornar con flores su recuerdo y el de sus hijos, muertos con ellos; los supervivientes, reposados y reorganizados gracias a la asistencia de los Aliados, volvieron en barco al otro lado de los Balcanes, allí retomaron la lucha con valor, y Pedro I el valiente, con más de setenta años, después de sobrevivir a la humillación, a la enfermedad, a la derrota, al exilio en Corfú, pudo por fin ser coronado rey de los serbios los croatas y los eslovenos, mi rey, yo lo miraba, viejo y enfermo, llevado a hombros por sus hombres sobre la nieve, flanqueado por un pope y un médico por si acaso, me sentía orgulloso de que en cierto modo fuese mi rey, el único por cierto, su hijo Alejandro sería asesinado en Marsella por los sicarios de Pavelić el patriota ante los ojos de mi abuelo, al final de la guerra Corfú estaba llena de cementerios serbios, toda la isla era una tumba, con mucha generosidad los griegos habían prestado su tierra para los muertos y su teatro para el Parlamento, los mismos griegos que a su vez combatirían en los alrededores de Sarajevo la bien guardada, intercambio de tumbas, osarios serbios aquí, sepulturas

helenas allá, el gran círculo que rodea el escudo de Aquiles, el humor macabro de los obstinados dioses; al salir de Srpska Kuća me sentía un tanto melancólico, tenía frío a pesar del calor de agosto, fui a sentarme en una terraza con la mirada puesta en la necrópolis azul y pensando en Pedro I Karadjordjevic que con tantos enemigos había combatido, contra los rudos prusianos en el ejército francés en 1870, contra los turcos salvajes en Bosnia en 1875, contra los austríacos y sus magníficos cascos en 1914, y ya agotado, el viejo monarca montenegrino, forzado a irse de su país a pie sin abandonar sin embargo la partida ni la liberación de los eslavos del sur, seguro de que en Eslavonia y en Bosnia nos habrían dado una patada en el culo, el viejo cadete de la Academia Militar de Saint-Cyr que con su penacho blanco había cruzado a nado el Loira para escapar de los soldados de Bismarck, Pedro I se hallaba ahora exiliado en la misma isla en la que el káiser Guillermo pasaba sus vacaciones, en un espléndido palacio llamado Aquileión con unos exuberantes jardines llenos de cipreses, laureles y palmeras donde la estatua de Aquiles moribundo contempla las aguas deslumbrantes del Mediterráneo mientras implora a Tetis, su madre, y es que el lugar está consagrado por completo al furioso hijo de Peleo, al eterno ciclo de la venganza: el palacio fue construido por la emperatriz Sissi de Austria reina de Hungría, a quien le gustaba pasar unos meses al año junto al guerrero herido, antes de ser asesinada también ella a orillas del lago de Ginebra por el anarquista italiano Luigi Lucheni de un golpe de estilete en pleno corazón, acaso el káiser Guillermo II pensaba en ella mientras se bañaba los pies en el azul del lago, o acaso pensaba en el peleida vencido por el Destino o aún en el asesino italiano cuya cabeza había tenido ocasión de ver conservada en formol en el Hotel Métrópole de Ginebra, el único hotel del mundo que se enorgullece de mostrar restos humanos, los de Lucheni decapitado *post mortem* por un fetichista suizo después de que se colgase en su celda con su propio cinturón, Corfú rebosa de muertos famosos y desconocidos desde que Poseidón se vengase de los marinos que llevaran a Ulises a Ítaca petrificándolos, yo andaba dando tumbos entre cadáveres, de bar en bar, de museo en museo, los apestados del islote Lazaretto reemplazados por los resistentes griegos y los comunistas fusilados durante la guerra civil, los dos mil judíos encarcelados en la vieja fortaleza veneciana antes de ser deportados a Auschwitz, el mar parecía no tener fondo, ya albergaba demasiados cuerpos, hasta el de Isadora Duncan, que en 1913 pasó seis meses en Corfú para reponerse de la muerte de sus dos hijos ahogados en el Sena, Atenea acosaba a la bailarina americana de los pies desnudos por su belleza, la larga silueta de su fantasma danzaba desnuda en la noche de verano, yo imaginaba los movimientos de su torso, sus muslos velados por un tejido transparente entre las sombras de los jardines de Aquiles, entre Sissi la emperatriz, el káiser Guillermo II y Pedro I de Serbia, ahora, en la oscuridad de la ventanilla ferroviaria, veo bailar al hermoso Sergéi Yesenin a su lado, Yesenin colgado a los treinta en su habitación del hotel de Inglaterra en San Petersburgo después de haber escrito un poema de despedida con su propia sangre, Sashka se parece a él, tiene la misma cara redonda, los ojos muy

claros, un rostro eternamente infantil acentuado por los cabellos rubios, Isadora Duncan no sabía más que tres palabras de ruso y Yesenin ninguna lengua extranjera, no hablaban, bailaban, bebían, Sergéi sobre todo, Isadora cuenta en su autobiografía que el poeta era un apasionado, tan apasionado que podía pasarse una semana sin desemborracharse, tan apasionado que se casó con la bailarina dieciocho años mayor, tan apasionado que la dejó para regresar a Rusia y zambullirse en la depresión, en Corfú a mediados de verano era difícil imaginarse la larga noche de Petrogrado en diciembre, la cuerda y el tubo en la habitación del respetable hotel o bien los últimos pensamientos de Yesenin el colgado, todavía no se sabe si realmente se suicidó, puede que dos o tres oscuros chequistas le prestaran cierta asistencia para suspenderse de la tubería, ayudados por la pasividad de su permanente embriaguez, Sergéi Yesenin muere en el sol ausente y los primeros hielos en las orillas del Neva, su habitación de hotel da a la fachada de la catedral de San Isaac, acaso podía divisar a través de la ventana el catafalco del general Kutúzov verdugo de Napoleón entre dos iconos dorados, seguro que no, la Revolución había cerrado las puertas de las iglesias para transformarlas en almacenes, prohibidas a los hombres, y es que los obstinados bolcheviques eran tan supersticiosos que temían hasta la nefasta influencia de la propia forma del edificio sobre el celo marxista en caso de que se hubiesen transformado en teatros o en salas de reuniones tal como sugirieron al principio los pragmáticos sospechosos, quién sabe si liquidados tan limpiamente como Yesenin, Yesenin enamorado de su madre Rusia cementerio del Gran Ejército donde reposan los trescientos mil veteranos caídos en 1812 a manos de la helada o los cañones, los jinetes se comían a sus caballos muertos de hambre, los campesinos bielorrusos se comían a los jinetes muertos de frío, Napoleón señor de Corfú soñó durante diez años con el sol de Austerlitz y con la victoria de Lodi, atravesar el puente sobre el Bereziná levantado a toda prisa por el genio de los ingenieros de puentes antepasados de los marineros franceses que transportaron a los supervivientes del ejército serbio a través del mar Jónico, entre ellos estaba el soldado serbio de quien se enamoró Jean Genet en Barcelona, Stilitano el apático el de la mano cortada; en Corfú cerca del palacio de Aquiles se cruzaban los venecianos los otomanos los franceses los austríacos los alemanes los serbios y hasta una bailarina americana enamorada de un poeta ruso, Isadora Duncan morirá poco tiempo después de Yesenin el alcohólico magnífico y del mismo modo, el cuello estrechado, las cervicales quebrantadas, a orillas del Mediterráneo, arrastrada por un coche como en Beirut los francotiradores, la diosa celosa de su belleza y de su chal multicolor hace que este se enrede en la rueda trasera del automóvil que recorre la Cornisa a buen paso, estamos en Niza, es por la tarde, una ligera brisa de septiembre sopla desde el mar, para proteger su frágil garganta y sus pechos dulces la bailarina se envuelve en su inmenso fular que ondea al viento como una bandera mortal, cuando el chófer acelera el sedoso tejido se engancha en el eje enseguida se enrolla y tira de Isadora sacándola del vehículo, cae en la calzada, la cabeza contra el caucho rugoso del neumático, para cuando el

conductor se detiene ya está muerta, sentada con la espalda contra los radios del Amilcar azul, los grandes ojos abiertos al Mediterráneo, la cabeza sujeta al descapotable, la lengua fuera, como san Marcos el Evangelista arrastrado sobre los adoquines por una carreta cerca de Alejandría, san Marcos en compañía del león en los iconos que pinta Sashka, ese ángel, tan rubio como el mismo Yesenin: ella pinta a los mártires y yo recojo los cadáveres, los cuerpos esparcidos en la nieve, los brazos caídos al suelo, los huesos que duermen en el fondo de las fosas marinas, Corfú última etapa antes de Ítaca parecía uno de los puntos de inflexión del Destino, la morada de las Moiras implacables, me bebí un último ouzo en el jardín del palacio de Sissi la emperatriz apuñalada observando cómo Aquiles masacraba a los troyanos, pensé una última vez en los serbios helados, en Stilitano el apático manco, en Isadora caída tras sus hijos y su marido a manos de la venganza divina y me fui de nuevo hacia el norte; el norte, es decir las sombras de Mortier el mariscal, pues allí regresé unos días más tarde, Mortier gran degollador de españoles, de alemanes y de eslavos suponía una dirección orgullosa para nuestros arcanos, apenas llegar me encontré con Lebihan que me recibió con un qué tal Francis, ¿está usted listo para volver a meter la cabeza en el manillar? le sorprendió mucho no verme más bronceado después de una estancia en las islas, yo no le conté nada de mis vacaciones aparte de algunos nombres de lugares exóticos, qué le importaba, griegos muertos judíos muertos evangelistas y serbios muertos, regresando a Mortier volvía a meterme en la batalla de Argel y los musulmanes muertos, el GIA tenía un nuevo emir y cambiaba de estrategia, más bien abandonaba toda estrategia por la táctica de la garganta rebanada, por la noche la reina Mab el hada minúscula me insufló unos sueños color de azur, montañas secas que se sumergían en el mar y Nausícaas de televisión, sin duda para consolarme de la negrura del día, aquel ritual, la ofrenda al mariscal Mortier, el metro Porte-des-Lilas, el cambio en Belleville, el olor de cacahuete y sudor del metropolitano parisino, bajar en Pigalle en Blanche o en Placede-Clichy según el humor a tomarme unas copas con la colonia de borrachos del bar del distrito XVIII, a comentar otro tipo de actualidad, normalmente vinculada con el deporte, los equipos que nunca acaban de ir demasiado bien, los resultados que siempre suelen ser decepcionantes, a perder o ganar una ronda a los dados, con esa sensación sorprendente, para quien vuelve de vacaciones, de comprobar que tu familia, tus amigos y tu casa siguen en el mismo lugar, un lugar en el que puedes beber y además puedes echar la colilla al suelo sin exponerte a una amonestación, donde de pronto te encuentras acariciando a los perros del dueño como si fuesen primos lejanos, saludos interminables, todo el mundo está contento de volver a verse, todo el mundo celebra con alivio que ese remanso de virilidad todavía no haya caído a los pies de las hembras la gendarmería o la inspección de sanidad, y ya con un buen trago entre pecho y espalda te subes a tu casa, cambias el zinc de la barra bajo el codo por el zinc del tejado sobre la cabeza, todas las ventanas abiertas con el fin de evacuar el calor de París a principios de septiembre, una butaca, una novela policíaca y el tibio aroma del

asfalto que invade la habitación al atardecer; a Stéphanie mis rituales no le gustaban, ni el bar ni las novelas de kiosco, cuando la pasión de los primeros tiempos se difumina, esos simpáticos rasgos del carácter se tornan defectos insoportables, poco a poco la fisura se va convirtiendo en un abismo de reproches y de irritación que hay que reparar con el yeso de la mentira y el disimulo, un mes tras otro, un verano tras otro, hundiéndome en la Zona, llenando mi maletín de cadáveres a diestra y siniestra, al ritmo de los viajes a Damasco Jerusalén El Cairo Trieste Valencia, me estaba alejando de ella con la misma seguridad que de Marianne en Venecia: mi culpabilidad tras el incidente del simulacro de suicidio se iba transformando en agresividad contenida, todo se iba río abajo, a la llanura marina, como se deshace una mortaja hilo tras hilo, esto acabará mal, pensábamos a veces, cada uno en una punta de París en nuestros respectivos apartamentos, todo esto acabará mal, hasta que un día llego en Intercity a la Estación del Este procedente de Frankfurt, agotado después de una noche en blanco en el tren de Praga en compañía de un ferrovíata parlanchín, llego a casa con nuevos documentos para mi maletín de la desgracia, mi caldero del diablo, un tanto descolocado, confuso, desenfocado, llego a casa a primera hora de la tarde y dudo si ir inmediatamente a la oficina a verificar algunos datos y hacer acto de presencia, debería haberlo hecho, es muy cobarde por mi parte pero debería haberme ido y no entretenerme en darme una ducha ni quedarme tranquilamente pensando en las musarañas sentado en la butaca, porque alrededor de las cinco llamaron a la puerta, me sorprendió oír su voz en el interfono, ella casi nunca venía a mi casa, casi nunca y sobre todo nunca sin avisar, sabía que yo llegaba de Praga por la tarde y había salido un poco antes del Bulevar para correr hasta allí, inquieta, la escuché subir la escalera, a qué vendría, puede que se tratase de una de esas pruebas de amor con las que normalmente se reparan las fisuras, una sorpresa, entró sonriente y me besó con ternura diciendo precisamente «¡sorpresa!» me preguntó si me había ido bien el viaje, observó el desorden, la ropa esparcida, las fotografías, los libros, los papeles que cubrían el suelo y se rio, «vaya, qué bonito, menuda persistencia en el desorden», estaba en forma, ya lo creo, y muy hermosa, sus cabellos sueltos absorbían la luz, fue hasta la cocina a poner algo en la nevera, debería haberlo adivinado, debería haberlo visto venir pero no me apetecía, estaba cansado, contento de verla pero sorprendido y cansado, así que aventuré un «he olvidado tu cumpleaños, ¿es eso?» ella sonrió un poco falsa, «mira que eres tonto», de repente estaba melindrosa, casi boba, desamparada, buscaba un lugar donde sentarse, decidió quedarse de pie, yo a pesar de todo presentía algo pero no dije nada, ella parloteaba, yo le di la pequeña estrella transparente de cristal de Bohemia que le había comprado, aquel objeto tallado por los esclavos de Theresienstadt y envuelto en papel de seda rojo, ten, le dije, es para ti, ella dijo oh, gracias, muchas gracias, estaba tan nerviosa al desgarrar el envoltorio que la figurita le cayó al suelo, cosa que me irritó, sin razón, recogí el astro brillante diciéndole ten cuidado, ya lo tenía en la mano cuando Stéphanie suspiró «estoy esperando un hijo» y se dejó caer en la butaca mirándome

intensamente, yo no dije nada, no estaba seguro de haber comprendido, la frase normal era estoy embarazada, estoy embarazada y no «estoy esperando un hijo», entonces volví a darle la pequeña estrella de vidrio, «has estado a punto de romperla», sus ojos se nublaron un poco y murmuró ¿es todo lo que tienes que decir? cada uno estábamos a un lado del río, haciéndonos señales incomprensibles, yo respondí ¿y tú? aquel anuncio no me decía absolutamente nada, nada de nada, cuatro palabras irreales, volví la cabeza, ella dijo «mira que soy idiota», lo poco que me hubiese costado cerrar el pico, enseguida balbucí no, espera espera, ella se levantó y murmuró «sabía que no tendría que haber venido», yo repetí no, espera, esto, espera, ella se irritó y gritó «¿me quedo o me voy?» lo poco que me hubiese costado cerrar el pico, «como quieras», suspiré, ella tembló y salió casi corriendo dejándome solo con la estrella praguense todavía entre los dedos; no me arrojé hacia la escalera no grité vuelve me senté en la butaca a mirar de frente mi parte de destino, imposible imaginar lo que representaban las palabras de Stéphanie imposible ver lo que había en su vientre yo me acordaba de la última vez que nos habíamos acostado cuatro días antes pero no era aquel coito era otro perdido en el total de los coitos de las semanas precedentes, quizá el fin de semana en Estambul, imposible saberlo, acaso lo sabía Stéphanie, cómo, qué iba a saber ella, ahí estaba delante de mí, tener un hijo, no optar por la elección de Aquiles el estéril sino por la de Héctor, Héctor habla con Andrómaca su esposa de los bellos peplos en la fortaleza de Troya, Héctor protector de su ciudad, su mujer le pide tiernamente que no vaya a la guerra, que no se vaya, que no deje Ilión la de las grandes murallas, a pesar de la cobardía de su hermano Paris el gallardo maldito, con un gesto de la mano Héctor barre sus quejas, le dice «deja la guerra en manos de los hombres», a ti los niños, a mí la espada cortante, sé que voy a morir y que Troya caerá, así es, voy a tener un hijo, un móvil que irisará la habitación de colores, un varón o una hembra, y Troya caerá, en algún lugar habrá un Astianacte que se parecerá a mí, que cargará con su padre como cargo yo con el mío, fuera de la ciudad en llamas me vi con mi padre a cuestras, y él con el suyo, una pirámide de padres tan alta como la escalera de san Juan Clímaco, imbricados los unos en los otros riendo como demonios al ver a sus hijos cediendo bajo su peso, entonces me levanté fui a la cocina me abalancé sobre la botella de champán del frigorífico, he ahí lo que Stéphanie había ido a guardar, una botella de champán, y la alegría se apoderó de mí, una poderosa alegría que resistió al Veuve Clicquot, que perduró a pesar de toda la bebida, en mi butaca, tratando de comprender lo que acababa de suceder, bebí solo, había olvidado Praga los trenes al ferrovíata checo la maleta la Seguridad Exterior solo pensaba en sonajeros mujeres sudando contracciones muslos sanguinolentos, el alcohol me hacía verme secando una gota de sudor en la frente de Stéphanie en plena faena, envolviendo a un mono velludo en una mantilla, moreno como la noche, un pequeño hombre, conociendo la relación del primate con su progenie, enseguida estuve ebrio, ya era hora de ir a acostarme de dejar que Sueño me trajese las buenas nuevas, y aplasté sin querer la estrella de

crystal, junto a la butaca, la aplasté con la suela sin darme cuenta, oí crac y el cristal estalló en mil pedazos brillantes, estaba borracho, estaba borracho me senté en el suelo a mirar cómo mis lágrimas de pena centelleaban contra los pedazos del objeto muerto; los dioses se pelean, los dioses se pelean entre ellos y toman lo que antes te concedieron, un niño, una mano muy pequeña para sacarme del agua, una energía minúscula para hacerme salir de las tinieblas, el día siguiente Stéphanie la orgullosa fue a la clínica ginecológica de Les Lilas a dos pasos de nuestro bulevar, insistió, usó todos sus ardides sus tarjetas profesionales y consiguió en el acto una cita con el psicólogo y el anestesista, Stéphanie la decidida, a última hora de la tarde le introducían una especie de aspirador entre las piernas, yo no lo sabía, la estuve llamando sin éxito durante veinticuatro horas, estaba agitado, inquieto y feliz, seguí telefoneando, tenía miedo de haberla herido, de haberla asustado como un animal salvaje, el salvaje soy yo mi padre tenía razón, el viejo Príamo tenía razón, ella no podía tener un hijo con un bárbaro, la elección de Aquiles no es una, las Moiras decidieron por él, Stéphanie decidió por mí, tanto mejor, tanto peor, quién sabe lo que hubiese sido de ese retoño, de ese pimpollo, hijo o hija de trabajadores de las sombras, no lo entendí, no entendí el porqué, el día siguiente conseguí hablar con ella cinco minutos en un café de la plaza République, estaba muy pálida, me dijo «eres un monstruo, lo sé todo sobre ti, eres un monstruo, no quiero volver verte nunca», cómo podía haber cambiado tan rápido, dos días antes llegaba a mi casa con una botella de champán en la mano y ahora yo era un monstruo, quizá esperase una transformación, un cambio, hasta el final, acaso habría imaginado que podría vivir con un monstruo, yo no le dije nada, la miré con una enorme tristeza, ella se fue, yo había sido padre durante cuarenta y ocho horas, un padre monstruoso que se come a sus hijos, eran las siete y media, pedí un aguardiente, un aguardiente de duelo por las manitas de aquel a quien ya nunca tendré, luego otro, por el bárbaro monstruoso, luego un tercero, por mi viejo, un cuarto, por los mortales, por el triste destino de los mortales, un quinto aguardiente por los dioses que se pelean en lo alto del Olimpo, un sexto, por la venganza, por la venganza que un día llegará, dulce y sangrienta y cuando el tugurio cerró yo estaba tan borracho que el camarero tuvo que sostenerme por el cuello de la chaqueta para evitar que me desmoronase antes de llegar a la fría acera, húmeda y gris

XXII

Sashka, pintora del alma como san Lucas, Sashka distante, Sashka ángel rubio de Jerusalén no es de este mundo, Nathan Strasberg agente alicaído me contaba que en Jerusalén había siempre una energía mística, un soplo, ya seas judío, cristiano o musulmán, en los dorados el incienso y los *recuerdos para turistas* de ese corazón atravesado por el monoteísmo intransigente, si Intissar la combatiente palestina existe quizá hoy esté en Palestina, ahora, cerca de la tumba de Arafat el pálido, el padre de la nación palestina a quien todo se le perdonaba, hasta sus millones de dólares, hasta su mujer, hasta sus innumerables errores políticos y militares, porque era el Padre, un padre muerto en extrañas circunstancias, casi soviéticas, rodeado de secreto y de mentiras, empujado escaleras abajo por sus hijos, porque los tiempos cambian y también los hijos desean el poder, el poder y el dinero, sobre todo el dinero, Arafat Abu Ammar el valiente enviado al Hades por el celo de sus tenientes, por la historia feroz, Nathan estaba contento y triste al mismo tiempo de perder a semejante enemigo, contento de que el tiempo hubiese conseguido lo que tantas veces se le escapase al Mosad, pero también triste, triste, decía, porque a Arafat lo conocíamos bien, después de todo lo habíamos encerrado como a un mono en el zoo, ahora todo será más difícil, más violento, arden los montículos de basura de la franja Gaza, los neumáticos, los cohetes, Gaza el fondo del fondo de la Zona, el único lugar del Mediterráneo en cuyas playas inmensas cubiertas de herrumbrosas alambradas de botellas de plástico de tristeza y miseria no encontrarás ni un solo turista, Gaza la insensata sigue su camino hacia el fin del mundo entre el odio y los gritos de venganza, abandonada, con el solo consuelo de los misiles que unos distraídos aviadores lanzan de vez en cuando desde el cielo siempre azul sobre un coche sobre la plaza de una mezquita sobre una casa sobre una calle en Rafah en Kan Yunis o en Gaza, todo allí es tan denso que resulta imposible apuntar decía Nathan suspirando, las víctimas civiles eran el suplicio del ejército israelí perseguido por fantasmas de niños muertos, a pesar de sus hermosos carros mate sus aeroplanos sus tropas de élite, qué vamos a hacerle, hay que defenderse hay que vengarse tenemos que combatir a nuestro enemigo, no hay otra, Gaza inmensa reserva india sin alcohol donde un millón y medio de palestinos esperan, esperan un trabajo un gobierno un país en esa capital de la tristeza a la deriva, tierra baldía y sin dueño, el único erial del Mediterráneo, conejera sin propietario donde la población se alimenta por una mirilla abierta con prisas en la pared; en una exposición a la que me arrastró Stéphanie en París vi una instalación de un artista llamado Hugo Orlandini, una réplica a tamaño real de una de las jaulas de detención de Guantánamo, un paralelepípedo de alambrada con una litera un meadero a la turca de acero brillante un pijama color naranja fluorescente bien plegado sobre el colchón unas pantuflas y una preciosa bolsa de tejido negro para la cabeza, ahí es donde van a parar los tipos que nosotros le habíamos estado entregando a la CIA, Estados Unidos de América se vengaba

torturando lenta y científicamente a cuantos caían entre sus garras, vuelos chárter que despegaban de Egipto de Grecia de Israel de España de Paquistán de Francia de Inglaterra cargados de sospechosos para acabar poblando esos acuarios de metal en la zona de no-derecho al este de Cuba, isla de la esperanza comunista del ron y de la salsa, prisioneros de guerra sin guerra sin abogado y sin nombre, musulmanes sospechosos obligados a confesar cualquier cosa pasándolos por la bañera dejándolos pudrirse bajo el sol privándolos de sueño de alimento molidos a golpes por un personal que se lo pasan en grande con esos insectos famélicos color naranja, la jaula de Hugo Orlandini escupía música, esa música que los humillados de Guantánamo soportaban en su chabolo durante toda la noche, musicoterapia, una cancioncilla eterna que salía del hoyo brillante del retrete, una voz de ultratumba les salmodiaba con «My Way» en bucle, se suponía que Sinatra se inmiscuía en sus tripas a través del ano torturado hasta convertirlos «desde el interior» al buen gusto y la cultura occidental, la réplica de Hugo Orlandini fascinaba a los visitantes que comprobaban la solidez de las paredes, todos incluida Stéphanie manoseaban la estrecha puerta para ver si estaba abierta o no y luego jugaban con la cerradura, un mirón particularmente interesado no pudo resistir la tentación y robó el pijama y las zapatillas, me lo imagino de noche dominado por su esposa, vestido de naranja con una tela negra en la cabeza, Sinatra de fondo en el tocadiscos, su señora excitada y hundiéndole todo tipo de objetos incongruentes en las intimidades; *men men men*, hubiese dicho Joyce, en el campo de concentración pisano Ezra Pound el trastornado era sometido día y noche a un bombardeo de luz y de ruido, los altavoces furiosos no le dejaban en paz ni un solo segundo, las Andrews Sisters penetraban el cerebro del poeta de la noche a la mañana, «drinkin' rum and Coca-Cola / Go down Point Koomanah / Both mother and daughter / Workin' for the Yankee dollar», hasta que su salud mental se vio afectada, en su imaginación trataba de refugiarse en Rapallo la genovesa, en su hermosa casa frente al mar, frente al Mediterráneo tranquilo y tranquilizador, en el lugar donde un Nietzsche dionisiaco había tenido la idea de su *Zarathustra* imaginando águilas y leones entre las nubes, por encima de la llanura marina, unos días antes de su muerte Pound va por última vez a Burano y a Torcello, se pasea en la agonía de la laguna veneciana, cerca de los campaniles inclinados y las barcas de pescadores, allí piensa en el violín de Olga Rudge la fiel, en los conciertos de Vivaldi cuidadosamente copiados durante años, Pound el silencioso olvida la Italia fascista y busca el perdón y el descanso, adiós a la venganza, había visto la luz, la pequeña luz del Canto CXVI, «to confess wrong without losing rightness: Charity have I had sometimes, I cannot make it flow thru» teniendo toda la razón en haberse equivocado, Pound avanza hacia el gran vacío, «a little light, like a rushlight», ve un rayo de luz, la chispa veloz de una cerilla, «to lead back to splendour», que lo guía hacia el esplendor, en las aguas estancadas de la laguna que lo hubiese engullido de no haberse esforzado Olga por tenderle la mano en el momento del óbito; quién me tenderá la mano a mí, Sashka tiene los dedos atestados de mártires, Stéphanie tenía

razón, soy un monstruo, un monstruo de egoísmo y soledad, deberían haberme encerrado en la jaula de Hugo Orlandini el artista, condenado a oír «My Way» para los restos, o «Lili Marleen», o «Tres jóvenes tambores» cantada por una compañía de infantería, tantas músicas en mi vida; en Siria Aloïs Brunner el carnicero de los judíos de Austria de Grecia de Francia y de Eslovaquia fue condenado a un castigo idéntico, obligado a soportar los cuartos de tono de esas melodías árabes que tanto odiaba durante cuarenta años, encerrado en su pequeña casa en la carretera de Bloudane cerca de Damasco, conservado como un rehén de lujo por los diferentes regímenes sirios, Nathan Strasberg me proporcionó amablemente su dirección, si tienes la oportunidad pégale un tiro en la nuca de mi parte, no tuve la oportunidad, Brunner enloquecido por las melopeas de Fairuz por el almuecín y la estridencia del pop oriental fue devorado por el odio, prisionero de quienes lo habían salvado de la pena de muerte: como Franz Stangl antes que él, en 1954 Brunner entra en Siria con un pasaporte falso, en Damasco se siente a salvo, protegido por los enemigos de sus enemigos, algo estrictamente transitorio, y el tiempo pasa, el tiempo pasa y Aloïs el hiperactivo siente que la reclusión le pesa, que Siria no le gusta, pero ya no hay nada que hacer, emigrar a América del Sur es ya demasiado peligroso y los gobiernos sirios han caído en la cuenta del valor potencial de su cautivo pues podrían utilizarlo en una futura negociación con Israel, en 1970 el golpe de Estado de Háfes al-Ásad endurece un poco más las condiciones de su estancia, le imponen arresto domiciliario y se ve forzado a cambiar continuamente de dirección para evitar la venganza del Mosad, que en repetidas ocasiones le hace llegar cartas-bomba que lo privan de algunas falanges y de un ojo, Brunner se refugia en el odio, el odio hacia los judíos que tanto le gustaría matar de nuevo, el odio hacia los árabes que lo albergan y sobre todo hacia su música insoportable y sus infames alimentos, Aloïs Brunner plantado con su perro día y noche ante la televisión alemana se aburre, da algunas entrevistas a la prensa austríaca pidiendo que le agradezcan haber librado Viena de sus molestos judíos, a Brunner el loco le gustaría hablar más a menudo, pero los sirios se lo impiden, oficialmente niegan su presencia en suelo sirio, Nathan Strasberg estaba en un error, cuando llegué a Damasco a visitarlo, Aloïs, el responsable de la deportación de León Saltiel el judío de Salónica, ya estaba bajo tierra, muerto en 1996 a la edad de ochenta y cuatro años, seguramente un tanto senil, en su casa en las colinas secas al oeste de la capital siria, no se sabe cómo murió, el televisor en marcha, su cadáver fue descubierto quince días más tarde medio comido por un dóberman al que habían dejado sin alimento durante demasiado tiempo, lo enterraron a puerta cerrada en un sepulcro anónimo; al sirio de Homs que me vendió las copias de las fotografías de la policía le pareció del todo injusto que uno pudiese acabar medio descompuesto y comido por su propio chucho, en bata, solo y además en el extranjero, deplorable, le pregunté qué había ocurrido con el perro, él hizo una mueca de asco, no tengo ni idea, supongo que lo sacrificaron allí mismo, la última víctima de Aloïs Brunner, un cánido negro de dientes afilados forzado a comerse las esmirriadas pantorrillas de su dueño

para sobrevivir unos días, Brunner tuerto amputado y rencoroso se agarró a la existencia hasta el fin, con la rabia en el cuerpo, Nathan estaba muy contento con las imágenes y la información, me invitó a una botella de champán en el Hotel King David mientras una hermosa pianista rusa de pelo largo y rubio tocaba «My Way» en un reluciente Steinway; no hubo nadie para tomar la mano de Brunner en el momento de la muerte, nadie aparte de una presentadora teutona vía satélite en directo desde Munich, los dioses lo habían abandonado, los sirios ya no sabían qué hacer con aquel incómodo huésped, el tiempo pasa, Roma se acerca, me siento tentado de pedirle al violinista que se parece a Hemingway que me toque un aria como de vez en cuando hacía Olga con Ezra Pound, «erbarme Dich, mein Gott» de la *Pasión según san Mateo*, «tened piedad, Señor», u otra cosa lacrimógena, y su compañera comenzaría a cantar las palabras del evangelista, Mateo muerto a espada por la espalda en Etiopía, mientras rezaba con los brazos alzados al cielo, frente al altar, Mateo a quien Sashka pinta inclinado sobre su mesa o ante su balanza de recaudador, Mateo a quien Caravaggio el enamorado de la decapitación representa contando sus monedas, cada vez más cerca de Roma, más cerca de Roma la luz eterna, qué voy a hacer, Yvan viejo amigo qué vamos a hacer en Roma recorrer las iglesias buscar una improbable redención en las imágenes de los mártires emborracharnos irnos de putas por via Salaria, a dos pasos de las catacumbas, el maletín sigue discretamente esposado encima de mi asiento, qué contiene en realidad, qué es lo que he metido ahí dentro, todos esos muertos, todos esos destinos cruzados, el mundo al completo, un feto en un tarro de formol, la esencia de la tragedia, la energía de la venganza, «erbarme Dich, mein Gott», madre, llora a tu hijo desaparecido, llora al hijo que se fue, mis padres, mis abuelos, mis países, mis víctimas, las fotos sórdidas de Harmen Gerbens pornógrafo concentracionario, las caras atemorizadas de las holandesas resistentes que él obligaba a posar en Westerbork, el polvo negro de El Cairo, la luz de Alejandría la inolvidable, todo se apaga, todo se apaga mientras el tren sale del túnel a precipitarse en los suburbios, despacio, ahora despacio, paso a paso, casi he llegado, la vía de ferrocarril acarrea cadáveres como el Escamandro impetuoso, la mujer elegante delante de mí ha sacado de su bolso el *Corriere della Sera*, parece que el joven businessman italiano nieto de Agnelli pasó la noche en compañía de varios transexuales y tomó una mezcla de cocaína y de opio, muy bien muchacho, según el periódico de la tarde está fuera de peligro, Turín debe de estar celebrándolo con alivio, en 1942 Agnelli el abuelo, histórico dirigente de fiat, condujo un tanque de esa misma marca en África del Norte, menuda ironía, tuvo oportunidad de comprobar en persona la calidad del material, acaso cantaba «Lili Marleen» mientras conducía como Vlaho, «i znaj da čekam te», estoy cansado, estoy tan cansado, si ahora cierro los ojos seguro que me despierto en Roma, una vez allí cogeré el maletín y mi mochila sin olvidar el libro de Rafael Kahla el cuerpo de Marwan y el dolor de Intissar, en Termini esperaré un taxi o iré a pie por la via Nazionale, las innumerables tiendas de corbatas desiertas cerradas como mis párpados, «tres jóvenes tambores

regresaban de la guerra, tres jóvenes tambores», le cantaba esta canción a mi hermana para dormirla, me gustaba cantarle canciones, cuando ella era pequeña yo en realidad no era mucho mayor pero a su lado tenía la impresión de ser un gigante, Leda se chupaba el pulgar en su cama plegable y yo le acariciaba la mejilla a través de los barrotes, «hija del rey, entrégame tu corazón, hija del rey, y ri y ran, ranpataplán», todo eso ya queda muy lejos, ya lo creo, Leda flota ahora entre la bruma, inalcanzable, incomprensible, una burguesa católica con quien ya solo comparto genes y mudos reproches, mi familia ha quedado muy lejos, mi madre viuda afligida, mi padre en el ataúd comedor de carne, en Ivry, de él he conservado los recuerdos de los trenes eléctricos y las fotografías de torturas, una figura enorme en silencio un Napoleón en Santa Elena envenenado por su propia memoria, perseguido por los cientos de miles de almas de los veteranos a los que envió al Hades, «si no te portas bien Old Boney vendrá por ti» le decían a los niños ingleses para asustarlos, mi madre utilizaba la misma táctica, «ojo porque se lo contaré todo a tu padre», y la amenaza de la delación bastaba para hacernos comer hasta los sesos de cordero, por qué, si mi padre no era violento ni tiránico, solo silencioso, no recuerdo que me haya levantado la mano ni una sola vez, jamás, ni siquiera me amenazó, nunca una palabra más alta que otra: las madres te atraen hacia ellas tanto como pueden, tú crees que te pareces a ellas, que gozas de su misma perfección, su arte su belleza su bondad hasta que descubres que no es así, que eres un hombre, un retrato del padre silencioso, un calco, una estatua animada, así que ignoras hacia dónde te han enviado, adónde vas, siguiendo un rastro invisible, por qué te alejas con tanta firmeza de la madre y de la hermana, un imán te arroja a un mundo abominable de gritos en la noche, Ghassan el libanés me contó que su padre lo encerraba en un armario muy estrecho y en completa oscuridad, no tenía sitio para sentarse así que se quedaba de pie paralizado por el miedo sin siquiera atreverse a llamar a la puerta, lloraba en silencio hasta que una o dos horas más tarde le dejaban salir: hasta tal punto temía ese castigo que se comportaba con una extraordinaria docilidad y obediencia, a pesar de lo cual de vez en cuando volvían a meterlo en aquel agujero para darle una lección, para mostrarle la injusticia, el deseo de venganza, para inocularle en el cuerpo un odio sordo, energía en ese universo del sufrimiento, Ghassan lo contaba riéndose, tan pronto como tuvo edad de llevar un fusil se enroló en la milicia más próxima, quería que su padre se sintiese orgulloso de él, que sintiese orgullo pero también un poco de miedo del poder de su arma, que comprendiese que ahora era él quien podía meterlo en el armario con un simple movimiento de cañón, solo en contadas ocasiones la venganza se vuelve contra los padres, suele expresarse en otro lugar, contra los desconocidos los enemigos los traidores los presos los izquierdistas los musulmanes Ghassan se acordaba sobre todo del olor de aquel reducto, el olor a Dettol a productos de limpieza a trapos, que era en realidad el aroma de una farmacia de embalsamador, de taxidermista, y ese olor regresaba cada vez que estaba a oscuras, decía, con las tinieblas llegaba instantáneamente el olor del armario, Ghassan el guerrero; Venecia

estaba definitivamente sumergida en el más allá, flotábamos en ella como en un largo coma, como en una oscuridad interminable, antes de la saludable patada en los cojones a punto estuve de palmarla, por una noche negra sin luna una noche de armario de escobas o de tumba, borracho como un chetnik con la barba atestada de ladillas, ebrio como nunca, a qué vino aquello, cuando salí del bar en lugar de dirigirme hacia el gueto me fui en dirección contraria, hacia el norte, llegué a la plaza de los Dos Moros, ante el bajo relieve del pequeño camello, entonces tropiezo, doy tumbos de una pared a otra, tengo un fusil en la mano mi gorro en la cabeza doblado en dos como en la guerra: avanzo, desemboco en el muelle vislumbro la fachada de ladrillos de Madonna dell'Orto, qué estaba haciendo allí, yo vivo al otro lado de pronto tengo la revelación he venido a morir me he plantado ante esta iglesia para acabar de una vez, en mitad de la noche, menuda gilipollez doy media vuelta en qué estaría pensando en el puente tropecé, en el puente tropecé y caí al canal, silencio acuático, movimientos desesperados de los brazos, las piernas, la ropa se hincha como una trampa los zapatos me pesan el sabor del agua en la boca, me falta el aire, me falta el aire los pies en el lodo negro es el final, acaso no es lo que querías pues ahí lo tienes lo has conseguido, vas a palmarla, tomo un poco de aire en la superficie me estoy helando tengo los pulmones minúsculos los brazos cansados todo pesa, el Escamandro se me lleva, todo pesa tengo sueño tengo bastante sueño el río ha ganado yo me abandono a las profundidades, me acuerdo perfectamente de haberme dado por vencido, todo era negro, de haber dejado de resistir, qué sucedió después, san Cristóbal descendió de su pináculo, el buen gigante de Caldea dejó al niño que llevaba al hombro para venir a socorrerme, me tendió su mano inmensa, me sacó del agua, medio inconsciente, yo no me enteré de nada, me desperté empapado sentado a la puerta de la iglesia con los zapatos llenos de barro la boca de sal y el gorro todavía atornillado al cráneo, las campanas me golpeaban la cabeza, los ojos me ardían, una hermosa bronquitis como único viático para la vida nueva

XXIII

el agua helada del canal, cuando llegué a casa tiritando como nunca tenía fiebre ya era de día me tomé dos aspirinas una ducha de agua hirviendo y me fui a temblar junto a Marianne preguntándome todavía quién me habría sacado del agua, mi ropa olía como una vieja red de pesca, Marianne me preguntó medio en broma si me había caído a un canal, yo no dije nada, cuando me vio la cara sintió miedo, enfermo agotado y exhausto, aquella gota era demasiado para su vaso personal, yo no tenía ninguna intención de contarle que había estado practicando natación con las ratas en los ríos de la Serenísima, en plena noche, tuve lastima y me guardé esa historia para mí, me pasé quince días tosiendo, estaba sorprendido por haber sentido ganas de desaparecer, haber dejado de resistirme, tampoco era tan difícil, bastaba con dejar de pedalear, dejarse llevar hacia el fondo, como se confía el cuerpo a un tren, aquí siguen los túneles, «Sette Bagni» dicen las indicaciones, la estación de Siete Baños, graciosa coincidencia, quedan unos kilómetros para Roma, ya no estamos lejos, tengo un poco de miedo de llegar, me temo que Sashka la rubia no pueda hacer nada por mí, es demasiado tarde, está lejos, lejos en medio de tantos santos, en la blancura del *levkas* con el que unta la madera de los iconos, ella cree que Francis Servain es un respetable entomólogo que no le haría daño ni a una mosca, voy a tener que enfrentarme solo con el mundo, solo, liberado del peso de los muertos, Yvan, viejo amigo, tengo la impresión de que la hemos cagado un poco, bebiendo como cosacos golpeándonos los muslos vengándonos los unos de los otros durante siglos, los dioses han estado jugando con nosotros, tomándonos el pelo, y ahora moriremos solos sin esperanza de resurrección, en Jerusalén el Santo Sepulcro está ahogado en incienso, el Gólgota y la tumba brillan, entre las peleas de sacerdotes y la abundancia de lenguas litúrgicas los hombres horadaron pacientemente la montaña y las rocas para construir su iglesia alrededor de la tumba, Juan el Águila de Patmos escribe que José de Arimatea, discípulo de Cristo en secreto, le pidió permiso a Pilatos para bajar los restos de la cruz, y Pilatos, sorprendido de que el nazareno ya hubiese muerto, se lo concedió, así es como José de Arimatea bajó el pesado cuerpo ayudado por Nicodemo, quien llevaba consigo una mezcla de mirra y aloe, unas veinte libras, luego tomaron al Cristo demacrado y lo envolvieron en vendas con los bálsamos según la forma de hacer de los judíos: en el lugar donde había sido crucificado había un jardín, y en el jardín un sepulcro nuevo en el que todavía no se había enterrado a nadie, allí es donde depositaron a Jesús, su cuerpo embalado preparado protegido de la putrefacción por medio de resinas aromáticas, como Sarpedón valiente hijo de Zeus que fue lavado en el Escamandro y ungido de ambrosía, los padres no pueden hacer nada por salvar a sus hijos, ni Dios el único ni Zeus el atronador, a duras penas podemos evitar la corrupción, la podredumbre y las moscas, como Tetis que le obstruye al divino Patroclo las fosas nasales con néctar rojo para proteger su cuerpo de los gusanos innumerables, Jesús hijo de Dios llevado por Sueño y Muerte lejos de

los mortales, embalsamado como los animales del Museo de El Cairo, envuelto en vendas en una tumba rupestre que Nathan Strasberg veía como una de las riquezas de Jerusalén, una de las atracciones para los turistas, entre las deslumbrantes mezquitas, la pared del Templo y la puerta de Damasco, Jerusalén era una acumulación de historias, de difuntos, de destrucciones y reconstrucciones, desde los cruzados antropófagos, los hospitalarios de hermosas túnicas y Saladino y sus caballos, todos ellos grandes asesinos de infieles, Jerusalén tres veces santa brillaba como un faro en el fondo del Mediterráneo, a la espera de la Parusía y el Apocalipsis, punto en el cual estaban más o menos de acuerdo las tres religiones presentes, la cuestión estaba en saber cuándo, cómo y quién presidiría el Juicio final, cuando todos ellos vuelvan, Mateo de Etiopía, Marcos de Alejandría, Lucas de Antioquía, Juan de Éfeso, vendrán todos, los santos los locos los ángeles los campaneros los cadáveres despedazados por las espadas las cimitarras y las flechas se alzarán entre un aroma de especias, Mahoma el barbudo recorrerá los cielos a lomos de Burâq la yegua eterna, Bilal el abisinio voz del islam cantará, Omar el sabio, Alí el de la espada bífida, todos ellos se levantarán en un hermoso trajín, los severos profetas, Abraham el sacrificador, la bella Agar humillada, Ismael el predestinado, Isaac el ciego, Jacob el luchador, Esaú el enamorado de las lentejas, los dioses se alimentarán de los caldos los carneros y las ovejas que les ofrecerá toda esa gente, en el monte del Templo tres veces prometido, allí donde despegan hacia los cielos las cabezas de los suicidas palestinos, tapones del champán de los dioses, durante la fiesta del fin de los tiempos, los últimos fuegos artificiales, prefigurados por las explosiones de la guerra, sin duda no hay más que esperar para que el universo se decida a volverse minúsculo y no aspire todos esos recuerdos ardientes hacia la nada: en Jerusalén uno se cruza con una multitud de iluminados mesiánicos, fanáticos del Dios inefable, de Cristo o de Alá el trascendental, con campanas en la mano ropajes de paño o barbas inmensas, dispuestos a echarle un sermón anunciando el Juicio final, en la capital mundial de la escatología, patria también del odio hacia el otro del resentimiento y de la ilusión mística, donde Nathan el hijo de los supervivientes de Łódź contemplaba divertido todo ese circo, es un folclore, decía, ya sabes, el folclore de Jerusalén, en Megève tienen el esquí y aquí tenemos las religiones, hace milenios que Jerusalén vive de esas rentas y no es algo que pueda cambiarse de la noche a la mañana, en medio de semejante desenfreno de Fe la tumba del Crucificado tampoco parecía tan grande, yo le llevé aceite bendecido por no sé qué patriarca a mi madre, un pequeño icono y algunas diapositivas del Sepulcro, el frasco de vidrio estuvo chorreando en mi maleta hasta empapar un par de calcetines, tanto olían al bálsamo que podrían haber curado a muchos apestados o convertido a los más depravados de entre los ateos, algo que a Marija Mirković la sería no le hizo ni pizca de gracia, «un día pagarás tu impiedad — me dijo—, tú que tienes la suerte de haber visitado Jerusalén», y de repente sentí miedo, un miedo infantil a que tuviese razón y el Todopoderoso acabase conmigo, pero enseguida me di cuenta de que no era para tanto, derramar un poco de aceite

santo en algodón no es lo peor que haya hecho, ni mucho menos, acaso algún día todo se pague, puede que sí, Nathan Strasberg me hablaba de sus padres supervivientes de Łódź ciudad de judíos, hoy instalados a orillas del mar azul, su padre gran combatiente de la Resistencia y su madre *Volksdeutsche* de la ciudad de las tres culturas, rebautizada Litzmann Stadt por los nazis, por el nombre de un oscuro general que se había destacado en 1914, Łódź era una ciudad industrial de ladrillo rojo, los judíos representaban más de la mitad de la población, la madre alemana de Nathan, cuya familia de origen prusiano se había instalado allí hacia 1880 en el momento de la explosión del textil, era una militante comunista y por la igualdad de las mujeres, convertida luego al judaísmo y residente en Palestina, tierra de los dioses, en Łódź se hablaba yidis, alemán y polaco, el gueto se estableció en 1941, ciento sesenta mil habitantes judíos bajo las órdenes del rey Chaïm Rumkowski el ambiguo, los primeros convoyes de inútiles fueron enviados a Chełmno a morir en camiones de gas; como en Belgrado ese mismo año se utilizan furgonetas especialmente acondicionadas para desembarazarse de los judíos de Wartheland, los chóferes SS pasean los cadáveres desnudos por la campiña hasta las fosas comunes cavadas en mitad de los bosques, venganza, venganza, grita el padre de Nathan Strasberg en 1942 tras escapar del encierro por milagro gracias a su mujer alemana, entonces se une a la Resistencia polaca y combate a los nazis en los bosques del lado de Lublin, sin saber que cientos de miles de sus correligionarios están siendo exterminados muy cerca de allí, entre Sobibór y Majdanek, sin saber que todos los niños de Łódź están siendo gaseados a la vez, miles de chavales demacrados y llorosos confiados a los alemanes por Rumkowski el trágico, «dadme a vuestros hijos —decía—, necesito veinte mil niños de menos de diez años —gritaba Rumkowski con su micrófono—, sacrifico algunos miembros para salvar el resto del cuerpo», todas aquellas criaturas cayeron, el ogro alemán sabía retorcerle el brazo a los responsables judíos, persuadidos de que el trabajo los salvaría, de que la *productividad* los salvaría, no habían entendido nada, no habían entendido que el monstruo no era racional, que su cabeza funcionaba a otro nivel, al de las nubes negras de la destrucción, y los judíos fueron destruidos, Strasberg el valiente, herido a finales de 1943, en 1945 vuelve a Łódź y entonces descubre el desastre, venganza, Nathan no sabía exactamente cuándo se unió su padre a los vengadores del grupo Nakam, primero había instalado a su mujer y su hermana en lugar seguro, la noche había sido larga, en 1946 el alba apenas despunta, la Brigada Judía de Palestina está acantonada en el norte de Italia, en la frontera de Austria, y asesina de forma clandestina a todos los nazis y fascistas que caen en sus manos de un balazo en la nuca, Abba Kovner el poeta partisano que organiza la emigración clandestina a Palestina quiere más, quiere «seis millones de alemanes muertos», venganza, la auténtica venganza, urde los planes más descabellados para envenenar la red de abastecimiento de agua de Núremberg, sueña con masacrar a los prisioneros de guerra del campo de Langwasser: finalmente conseguirán matar a unos cientos de presos alemanes con

arsénico, imposible saber cuántos, los estadounidenses responsables de esos cautivos no estarán muy por la labor de reconocer la matanza, y luego se va definitivamente a Palestina para dedicarse a obtener la independencia del Estado de Israel, esta vez combatiendo con los británicos; la venganza es dulce en el momento, mi furia tras la muerte de Andi, el cataclismo que desencadené, que desencadenamos en los pueblos de los alrededores de Vitez, las casas ardiendo, los gritos, la desgracia y aquel grupo de civiles delante de mí, nada de grandes guerreros empuñando sus armas, hombres de unos cuarenta años con ropa de trabajo, asustados por los culatazos que les llovían, sus casas en llamas, humillados, llorosos, les dimos unas palas para que cavasen zanjas en medio de las minas y los bombardeos, yo pensaba en Andi caído sobre su propia mierda pensaba en su cuerpo perdido sin que pudiésemos luchar por recuperarlo pensaba en Vlaho y su brazo cortado en el sargento Mile abatido de un balazo en plena frente, venganza, y uno de los presos sonreía, el muy cabrón se estaba riendo, aquello le parecía divertido, nuestra rabia le hacía reírse, por qué se reía, por qué, no tenía derecho, le pegué un buen golpe y volvió a reírse, tenía la cara sucia, los ojos medio cerrados por las equimosis y continuaba riéndose, me sacó su gruesa lengua negra, los otros tipos lo miraban asustados, aquel loco iba a atraer sobre ellos la cólera divina, se estaba burlando de mí, el mongólico se estaba burlando de mí, de mí de Andi de Vlaho de Mile de todos nuestros muertos y hasta de los suyos, Atenea me insufló una fuerza inmensa, todos los dioses estaban tras mi brazo derecho cuando saqué la bayoneta de Andi de su vaina (la había encontrado tras su camastro), detrás de mí como detrás de Seyit Havranli el artillero turco y su obús de cuatrocientas libras, como detrás de Diomedes hijo de Tideo cuando hiere al propio Ares, entonces di un aullido digno de Andrija el furioso y blandí el largo filo contra el musulmán risueño, con un poder divino, un poder que viene del vientre, los pies en el suelo, una ola de pura cólera un movimiento perfecto de derecha a izquierda que no se detiene en los obstáculos de la carne un gesto que prosigue hasta el cielo al que asciende mi grito de rabia y la sangre de la víctima en una inexplicable columna roja, su cuerpo sobresaltado sus hombros que se incorporan su cabeza monstruosa que todavía ríe en el suelo los ojos que pestañean antes de que su busto se derrumbe acompañado por el murmullo incrédulo de los testigos salpicados, y a mí todavía me quedan fuerzas para darle una patada bien fuerte a aquella cabeza inmunda y mandarla a paseo, sin que mi propia fuerza me sorprendiese, fuera de mí, fuera de mí y fuera del mundo ya en el Hades paraíso de los guerreros, esa cabeza sangrienta que rueda por la pendiente es para ti Andi, este chut atroz en las blandas carnes antes de blandir mi arma al cielo, todos se alejan de la carnicería, todos se alejan del milagro, uno de los presos se desvanece y cae en la negra sangre del tonto del pueblo, puede que del santo al que acabo de decapitar tan limpiamente que ha quedado maravillado, un fresco medieval, el mártir descabezado yace en el suelo bosnio sin que nadie ose recoger su cabeza y depositarla en una bandeja de oro, y nosotros pasamos a otra cosa, a otro incendio a otras violaciones a otros pillajes a

otras carnicerías y así hasta el alba, hasta el alba que nos devuelve a nuestro acantonamiento, a pesar de las drogas estoy agotado, los dedos entumecidos por el alcohol, sentado en mi camastro me inclino a desanudarme las botas los cordones están viscosos de sangre, los cordones y la lengüeta, es asqueroso, es asqueroso y mi estómago se contrae, ya está, los dioses me han dejado solo, solo entre la sangre y la bilis, hipando de asco de cansancio y de remordimiento; no he decapitado a Medusa la terrorífica como Caravaggio sino a un pobre loco, un simple un tonto, su lengua gruesa y negruzca me persigue, sus ojos sorprendidos, su risa, el chiflado de la estación de Milán tenía un poco esa misma mirada, me tendió la mano, yo se la negué, peor para mí, «erbarme Dich, mein Gott, Herz und Auge weint vor Dir, bitterlich», pienso en León Saltiel el hombre de Salónica, también él se vengó, torturó hasta la muerte al hombre que lo había traicionado y estranguló a la mujer a la que amaba, llorando, abandonó sus cuerpos y se metió en un *cabaret* atestado a escuchar a Roza Eskenazi cantando «To Kanarini», León Saltiel pidió un ouzo al ritmo del *rebetika*, del violín del laúd de la voz excitante de Roza la irreverente con su acento de Constantinopla, en Esmirna ya no quedaban griegos, en Estambul casi tampoco, en Salónica ya no quedaban judíos, prácticamente ni uno, Ágata estaba muerta, sus ojos grandes poco a poco velados en el café de Stavros, junto al cadáver de su amante, adiós, los clientes del *cabaret* piensan tontamente que León llora por la música, *bitterlich*, la cabeza del musulmán loco se descompone en mi memoria junto a la del Bautista, junto a las de los siete monjes de Tibhirine, «erbarme Dich mein Gott, erbarme Dich», y es que la muerte y la desesperación se extienden a mi alrededor como los sesos de Ahmad en la pared de Beirut, quién me sacó del canal en mitad de la noche veneciana, por qué, para qué, para ir a servir a las fuerzas de las sombras y llenar este maletín que cada vez pesa más, el tren acelera, tiene ganas de llegar a su destino, como los caballos de Aquiles, el tren me susurra mi destino al oído como los caballos de Aquiles, tatac-tatum, tatac-tatum, el tren predice que mi karma ensangrentado me enviará directamente al escarabajo sin pasar por la casilla del mono

XXIV

cuando Stéphanie gritó «eres un monstruo» yo debería haberlo adivinado, estaba claro que lo sabía todo, desde cuándo, lo ignoro, puede que desde el principio ella quería que yo se lo dijese que lo reconociese que lo confesase lloriqueando en su hombro, quería que apelase a su compasión que desnudase mis pecados mortales quería perdonarme, pensaba que tenía la fuerza suficiente para perdonarme, pero antes era necesario que yo lo reconociese, la carga se reveló demasiado pesada, imagino que es la curiosidad lo que la empujó a saber, imagino que todo empezó con el documental inglés, con la violencia de aquella tarde, debió de pedirle mi expediente personal a uno de sus amigos de arriba, seguramente se mostró preocupada, emocionada, manipuladora, imagino que no debió de soportar verse tocada por las sombras que ella misma manejaba, contaminada por el Hades en el que viven los espías del piso de abajo, me imagino su cabeza, sus lágrimas, su tristeza, acaso estamos preparados para una verdad administrativa, para los fríos informes sobre la Mesa bien guardada por los dioses, Stéphanie se parecía demasiado a mí, leyendo las conclusiones de aquellas investigaciones sobre Francis Servain Mirković se vio a ella misma, se vio del lado de esta vida, celosa asustada y asqueada, Sueño le había contado demasiado, imagino que debió de esforzarse, esperando, esperando a que yo se lo contase, le confesase lo indecible sin osar ni mencionarlo por miedo a despertar al monstruo, viendo sin ver, sabiendo sin saber, fui un auténtico estúpido por no adivinarlo, por no entender que mi destino le pesaba, que las sombras me habían engullido y que no iba a ser fácil salir, si es que de allí se puede salir; pasamos unos días en Estambul la sublime, en el Bósforo, entre dos mundos, el viaje de la última oportunidad, entre dos o incluso tres mundos, la capital otomana fue el centro del Mediterráneo durante tanto tiempo, el Bósforo apenas más ancho que el Danubio, la ciudad dividida por los ríos más allá de los Dardanelos bien guardados, más allá de Troya la mártir, en los labios del mar Negro que baña Sebastopol y el Cáucaso, de Tánger a Estambul había metros cúbicos de cadáveres, cadáveres ruinas y destinos, en Constantinopla en los años treinta triunfaba Roza Eskenazi la judía, Roza había nacido alrededor de 1900, en realidad se llamaba Sara, hablaba ladino, turco y griego, su padre llevaba un hermoso *tarbush* y era propietario de un almacén en Scutari, a Stéphanie no le interesaba en absoluto la vida de Roza Eskenazi la gran diva cantante de *rebetika*, canciones de taberna de hachís de opio de alcohol de amor de soledad y de desesperanza, ni siquiera le importaba que estuviésemos por primera vez en Constantinopla la nueva Roma, parecía atormentada, irritable, alternaba momentos de pesadumbre con otros de gran ternura, de un amor casi desconsolado por mí, yo pensaba en Roza Eskenazi la provocadora, en León Saltiel y en esa canción en la que Roza habla del placer de tener un narguile en la boca, de la doble excitación que le provoca, la de la droga y la del amor, Stéphanie prefería los Cristos pantocrátor las iglesias bizantinas y las mezquitas de Sinan a las *meyhane*, tabernas llenas de humo,

estaba desesperada porque yo siempre le hacía una señal a los músicos para que viniesen a tocar a nuestra mesa, su cara se escondía de inmediato, se ensimismaba en su vaso de raki y yo no podía entender por qué, el rascatripas y su comparsa tocaban «Cuando te vas a Üsküdar» u otra canción que yo aceptaba encantado, pero Stéphanie se quejaba, «no puedo soportar esos maullidos», es cierto que no era Paganini sino un turco calvo, gordinflón y bigotudo, pero el repertorio y el lugar cuadraban a la perfección, «¿cómo puedes aguantar esa música?» o bien «me pregunto qué diría tu madre de todo esto», yo no entendía adónde quería llegar ni qué pintaba Marija Mirković en todo aquello, así que no le respondí nada, luego volvimos a pie desde Beyoğlu hasta nuestro hotel delante de Santa Sofía, ella se enrollaba a mi alrededor como una serpiente para escapar del frío mientras atravesábamos el Cuerno de Oro, el puente flotante se balanceaba un poco bajo nuestros pies acentuando el efecto del raki, yo me imaginaba los barcos turcos contra la desproporcionada cadena que cerraba el acceso al puerto de Bizancio, los bombardeos y el fuego griego lanzado por los helenos enloquecidos desde las alturas, la noche estriada de llamas, una hermosa noche clara, el alba del 29 de mayo de 1453, la distracción naval para preparar el último asalto contra las murallas de la ciudad, a esa hora los jenízaros acababan de abrir una brecha cerca de la poterna de Blaqueria, el asalto duraba desde medianoche, la víspera el emperador Constantino junto con la nobleza y el clero le habían estado rezando horas y horas a Santa Sofía, rogándole al Señor que tuviese lástima de la segunda Roma, al Señor y a su Santa Madre, «Áxion estín os alethós», todos asustados todos resignados al fin a la destrucción a la muerte o a la esclavitud, Constantino el último muere el día siguiente alrededor de la hora nona, se quita sus ropajes purpurados y desciende de las murallas para combatir en la calle, en su ciudad, sabe que todo está perdido, no trata de huir, se arroja al combate para morir, carga con el peso de sus antepasados, todo el peso desde Constantino el Grande desde Augusto desde los aqueos poderoso y los troyanos vencidos, Príamo le carga su ejemplo a la espalda, Constantino es alcanzado en un costado por una lanza turca, luego por una flecha, luego por una espada hasta que el velo negro cubre sus ojos, no sabe que Apolo se lleva su cuerpo lejos de la furia del combate para lavarlo en las aguas dulces de Europa y confiarlo a la Isla Blanca justo cuando los otomanos entran en Santa Sofía la imponente entre las lágrimas de las familias que allí se habían refugiado, Stéphanie y yo contemplamos la basílica iluminada desde la ventana de nuestra habitación, un petrolero desciende por el Bósforo, viene del mar Negro y se dispone a atravesar el mar de Mármara, enfilarse por los Dardanelos salvajes, pasar a la altura de Kilitbahir la inexpugnable, descender hacia el sur, bordear Troya, doblar por Morea y poner rumbo al oeste, hacia el oeste en plena llanura marina, lisa como una lápida sepulcral, si va a Marsella o a Barcelona dentro de tres días avistará Mesina, un estrecho solo un poco más ancho que el del Bósforo, de lo contrario cruzará por delante de las costas africanas hasta Tánger y Gibraltar, donde los monos del Peñón le dedicarán un último saludo antes de perderse en el Atlántico frontera del mundo;

Stéphanie se agarraba a mí con fuerza, yo olía el perfume de sus cabellos contemplando las luces de la Mezquita Azul y los obenques centelleantes del buque, todavía con los *kamance* de las tabernas en los oídos, relajado por el raki y la cálida presencia de la mujer junto a mí, de vez en cuando hay esos instantes suspendidos, entre dos momentos, en el aire, en la eternidad, una danza hombro con hombro, el movimiento de una mano, la estela de un barco, la humanidad a la zaga de la felicidad, pero enseguida termina, todo se derrumba y Stéphanie otra vez salvaje, desapacible y yo conozco el porqué, en las cúpulas los perfumes los narguiles y los violines ella veía un lado bárbaro, mi lado bárbaro, imaginaba el refinamiento mortífero y salvaje de Oriente, las estacas, las decapitaciones, cuando yo llamaba a los violinistas ella me tenía miedo, miedo a cuanto de mí se le escapaba, al otro inagotable, por eso acudía a mi madre guardiana del orden occidental, a Louis-Ferdinand Céline el apático gran baladrón de la alteridad, como una orientalista romántica advertía las nefastas influencias de la droga y la crueldad violenta, yo pensaba en el poema de Cavafis el muerto viviente, el funcionario de Alejandría, «La tarde de la caída», las ciudades caen tan a menudo, el mundo gira tan a menudo, acaso hay lugar para las penas, acaso ha lugar añorar a Dionisos cuando ya no estás ebrio, los turcos habían convertido Constantinopla en la primera ciudad del Mediterráneo, un faro, un milagro de belleza y de cultura, Stéphanie estaba triste porque en mí veía al guerrero al asesino porque me condenaba a mi violencia sin perdón, yo sé lo que leyó, aquella vez en el Wepler también Lebihan el pelado tenía un regalo para mí, estaba contento de jubilarse, inquieto pero contento por poder dedicarse a la bicicleta las ostras y las conversaciones de café, me miró amablemente después de agradecerme la Zastava 7,65 que tanta ilusión le hizo y me dijo Francis, he sacado estas páginas para usted, léalas, son instructivas, léalas y tome nota, aquel era mi expediente personal, la investigación preliminar, varias calificaciones, mis destinos, mis peticiones de permiso, mis ausencias, mis parientes, mis amistades políticas adolescentes, mis períodos de servicio militar, mi vida, incluidas las actividades croatas y bosnias, palabras como «crímenes de guerra», «exacciones», «torturas», los nombres de mis superiores de entonces, las partes del informe del Tribunal Penal Internacional sobre el valle de Lašva que me concernían, aquellas notas databan de bastante después de mi entrada en el servicio, las fuerzas de las sombras no se equivocan, «vigilarlo», un perfil psicológico reciente me definía como tendente al alcoholismo y la depresión, «apartarlo de cualquier responsabilidad», sin embargo el informe acreditaba mi fidelidad, patriotismo e integridad, poco susceptible de ser tentado por el exterior, poco interesado por el dinero, único pasatiempo conocido: historiador aficionado, aquello resultaba irónico, la última investigación databa del año anterior, quién la había requerido, yo estaba seguro de que reconocería el código al pie de la página, qué excusa debía de haber utilizado, «para un posible destino», la muy perversa había fingido que quería reclutarme para enterarse de todo cuanto le fuese posible, era ella quien rubricaba la petición, además

llevaba el número de su servicio, estaba en su derecho, imagino que ya no podría más, que querría saber, acaso iba a soportar averiguar todo eso, en Estambul oscilaba entre la pasión y el asco, en París descubrió que estaba embarazada, una última oportunidad y adiós, adiós Francis el terrible, como decía Lebihan tomé buena nota, comprobé que en las conclusiones de la investigación no se mencionaba a Yvan Deroy el loco, perdido en mi adolescencia, fue sencillo usurpar su identidad, liquidé mi apartamento y adiós, aquí estoy en un tren que se acerca a Roma, que se acerca al fin del mundo y a Sashka la dorada, a ella la verdad no le interesa, el exterior no la emociona, está apartada, flota tiernamente en la práctica de la iluminación sagrada, deseada e inalcanzable, un cuerpo mágico para una presencia sin alma, otra ilusión, Sashka nunca fue al Bósforo, «Nikogda ja ne byl na Bosfore, Ty menja ne sprashivaj o nem», sus ojos son tan azules que no lo necesitan, tiene el Tíber las iglesias y el recuerdo del mar Blanco, hoy Stéphanie trabaja en algún lugar de Moscú, acaso pensará en Yesenin en la ciudad de los mil y un campanarios y las mil y tres torres, adiós, tengo una maleta llena de muertos un seudónimo unos cuantos kilómetros por delante y adiós, la calma tras la venganza, yo te saludo, Andrija, en lo más profundo del Hades, pronto nos veremos, todo se nos escapa como ahora escapan las casas coloreadas de los suburbios romanos, amarillentas por las tristes farolas de diciembre, las últimas luces que ve Yesenin antes de colgarse o de que lo cuelguen, la catedral iluminada como Santa Sofía frente a su habitación de hotel, «Ja v tvoix glazax uvidel more», no hay nada que ver en los ojos de Sashka, desesperantes como el mar, «Polyxajuchee golubym ognem», yo sé adónde me gustaría volver, ahora, lejos de la noche fría de Rusia, me gustaría hallarme en un día tibio entre Agami y Marsa Matruh, a unos kilómetros de Alejandría, en la inmensa playa, al atardecer el Mediterráneo es metálico el cielo rosado la arena suave, miro a lo lejos el fósforo puro del mar que parpadea ante la luz oblicua, dos formas surgen de las aguas, saltan una detrás de la otra y brillan, dos haces irisados que se acercan a la costa a pequeños saltos, dos delfines, juegan en el mar tibio a unos cuantos cables de la orilla, nunca antes había visto delfines, me levanto, están tan cerca que puedo apreciar cómo brillan sus hocicos, hacen cabriolas delante de mí, no hay nadie más así que empiezo a correr, parecen tan reales vistos al nivel de las olas, unas lágrimas me humedecen los ojos, nunca había asistido a un espectáculo parecido, un espectáculo para nadie, caracolean solo para mí, en la tarde de una costa desierta, un regalo del azar o de Tetis la generosa, me eché al agua, un sudario de frescura me cubrió, las dos formas de plata recortadas contra el cielo rosa, el sabor de sal me llenaba la boca, nadé despacio hacia ellos, era la belleza quien me llamaba, la belleza la calma y la felicidad pura de la armonía del mundo, yo nadaba hacia los dos delfines, despacio para no asustarlos, quería seguirlos, quería seguirlos, los hubiese seguido hasta la morada del propio Poseidón el de las crines de azur, era una hermosa puesta de sol para desaparecer, una hermosa tarde para morir o vivir eternamente en la estela de los mamíferos marinos, pero me oyeron llegar, percibieron mis vibraciones en las olas,

yo no era digno de ellos, no era digno y se alejaron en una cabriola, un último destello bajo el sol moribundo y yo volvía a estar solo en la playa infinita, estamos a punto de bajar, Yvan, pero no al reino del dios del mar sino del tren, los pasajeros empiezan a moverse, a través de las ventanillas contemplan cómo Roma se acerca, luces entre las tinieblas, ya es hora, Yvan, de organizar los funerales, una hoguera para Francis Servain Mirković a quien su madre y su hermana echarán de menos, todo es más difícil a mitad del camino de la vida, todo suena más falso, pero a veces los dioses te ofrecen relámpagos de clarividencia, momentos en los que contemplas el universo entero, la rueda infinita de los mundos, y te ves, desde lo alto, unos instantes antes de salir de nuevo propulsado hacia la continuación, hacia el fin, propulsado hacia la mujer que allí me espera, la que me abre la puerta, delante de ella titubeo de vergüenza y borrachera, los ojos medio cerrados, el aliento fétido, la cabeza que me late como un sol decapitado, la que me mira sin verme, tan profunda es la fractura, mi pecho profundamente abierto, la que no parece reconocirme, pues tan poco pesa la vida, tan poco como los cuerpos que en ella se debaten, una mujer que no se acaba de fiar de mí entre los vapores de alcohol que exhala mi ropa, y yo, que he atravesado el mar para encontrarla, que sin darme cuenta he atravesado el espacio que me separaba de París, yo, a quien una azafata de la Middle East Airlines tuvo que sacar por un momento de la embriaguez para ayudarle a subir al avión, yo, a quien el más leve roce empujaría fuera del mundo, yo, que ya no deseo nada, ni siquiera el sueño cuyo despertar tanto temo, ni siquiera a la mujer que no me espera y a la que tanto he deseado, antes de entregarme a la bebida y al despegue, rígido, borracho perdido confiado a los cielos como un ángel, adormecido por un sueño de plomo, seguramente roncando a treinta mil pies de altura, muy por encima de las nubes allí donde la noche siempre es clara, donde pueden contemplarse un montón de estrellas y galaxias, un 14 de julio, una noche de fiesta nacional en que atravieso la Zona en avión, una tarde de embajada de la que, de tan borracho como iba, casi salgo a cuatro patas: tuvieron que llevarme al aeropuerto, tuvieron que llevarme a la sala de embarque, tuvieron que despertarme para arrastrarme al avión, me había dormido borracho perdido en el aeropuerto internacional de la República Libanesa, no lo digo con orgullo sino con cierta vergüenza, luego tuvieron que despertarme cuando llegamos al aeropuerto de Roissy, no vi nada ni las montañas de Chipre ni las montañas de Italia ni la llanura marina, no vi más que a un taxista burlón que al verme con aquella pinta pensó que llegaba por lo menos de la China, de la otra punta del mundo, y es que llegaba de la otra punta del mundo, llegaba de la otra punta del mundo como del infierno, que está en mí, eso es lo que piensa la mujer que me abre la puerta, está decepcionada: está decepcionada, me mira como a un herido, un enfermo con el pecho abierto, el Profeta en *El Infierno* de Dante, completamente ebrio grité, eso es lo que pienso al verla, la víspera, «La Marsellesa», grité «que una sangre impura» y el genio de Berlioz, que hizo todo lo que pudo por salvar esa melodía militar, a Berlioz le gustaba la *poor Ophelia* como yo te quiero, así son los

pensamientos de los hombres todavía ebrios por la mañana, así son las fiestas de embajada, llenas de alcohol de borrachos y de patriotismo de tres al cuarto, los jardines eran grandes, hermosos, había champán, vino, anís y uniformes, el embajador gritó «¡viva Francia!» sonó Berlioz y con él Rouget de Lisle y yo oí *Harold en Italia*, yo veía a Harold, *Romeo y Julieta* y el pequeño bosque romano al que acudía Héctor a dispararle con pistola a las corneas para distraerse de la Academia de Francia, mientras que ahora mismo atravieso la estación Tiburtina, Berlioz describe los sufrimientos de los troyanos orgullosos y los vagabundeos de Eneas, Berlioz perdió toda esperanza en Roma, él prefería las montañas de los Abruzos y a sus sinvergüenzas, hacían falta varios días a caballo para llegar a esos parajes, yo no sabía qué decirle a Stéphanie todavía estaba borracho le habría hablado de Berlioz y de su Ofelia de sus troyanos qué le diría hoy le diría te quise más que todo no me guardes rencor le contaría la historia de Intissar la palestina salvada por el fantasma de Marwan, todo eso ha quedado muy lejos Stéphanie ha quedado muy lejos el hijo que no tuvimos ha quedado muy lejos, en el limbo, Astianacte arrojado desde lo alto de las murallas de Troya, Héctor murió, Héctor domador de yeguas murió y esto ya es Roma, esto ya es Roma, yo estaba perdido en medio de los hermosos jardines de la embajada de Francia en el Líbano, perdido entre dos mundos, flotando en el espacio sin saberlo, ya había partido hacia Roma, hacia el avión perdido, los documentos, los catálogos, las listas en mi maletín, los cardenales los laicos los secretarios de dicasterio que me esperan, estoy en el mismo estado que cuando salí de Beirut o cuando llegué a París, ante la que me abre la puerta, ebrio de tanto tren de tantos kilómetros y tantos muertos amontonados en los caminos, las vías, los recuerdos de guerra, de Trieste, de París donde Stéphanie me abrió, yo acababa de despertarme, adivinaba sus pechos bajo su camiseta, sus piernas desnudas como las de Marianne en el hotel de Alejandría, como las de las holandesas en las fotos de Harmen Gerbens, como las de los cadáveres en el río en Jasenovac, las de Andrija cubiertas de mierda, las piernas abiertas y mancilladas de las chicas de Bosnia, las de Intissar bajo la violencia de Ahmad, cientos de piernas desnudas, ya estamos en Roma, últimos metros antes de Termini, el tren avanza poco a poco sobre miles de cuerpos dispuestos unos detrás de otro, la madera de las traviesas, los cuerpos son madera eso es lo que decía Stangl en Treblinka, también es lo que decía mi padre en Argelia, cargamentos de madera, de traviesas, madera noble con la que se hacen iconos los leños de las hogueras fúnebres, disponer los recuerdos alineados en una fosa para quemarlos, como los muslos de cabra cuyo humo hacía salivar a los dioses, las curvas de Stéphanie me hacen salivar a mí en el amanecer de París: estamos a principios de siglo, del milenio, hay que reconstruirlo todo y rodar, rodar con un tren agotado tenso tembloroso cansado que se balancea de aguja en aguja, la venganza consumada, los muertos acumulados y bien ordenados, las piernas de Stéphanie estaban desnudas en el amanecer parisino, me tocaba a mí llegar a su casa de improviso, de regreso de una misión rápida en Beirut, algunos días antes me había

dicho que yo era un monstruo y que no quería volver a verme nunca, yo tiento a la suerte, me presento en su casa de madrugada, los ojos ardientes de sueño y de alcohol, ebrio y peligroso como Lowry en Taormina, como Joyce en Trieste, ella me mira, me mira sin decir nada no siente pena no suspira no tiene más que mirarme en silencio y yo comprendo, comprendo que la puerta va a cerrarse, que las piernas de Stéphanie desaparecerán detrás, adiós, la tumba se cierra, adiós, no supe decirle nada, no supe preguntarle nada, me tocaba a mí tenderle la mano, ahora pasamos junto al acueducto romano atravesamos las murallas y al final el callejón sin salida de la estación de Termini los viajeros enloquecen, animales perturbados en su sueño, se levantan todos al mismo tiempo recogen su equipaje los libros y los periódicos yo saco discretamente mi pequeña llave y libero el maletín esa maleta tan liviana y tan pesada, el tren recorre el andén, resopla, se toma su tiempo, yo cojo mi mochila y ya estoy de pie en el pasillo entre mis compañeros de viaje ahora nos separaremos, cada uno tras su destino, Yvan Deroy también, yo iré a pie hasta el hotel la vida es nueva la vida está viva ahora lo sé, adiós prudente Sashka, puedo tenerme en pie por mí mismo, ya no necesito esta maleta, tampoco los denarios del Vaticano, lo echaré todo al agua, toda la madera acumulada para la hoguera de Héctor, al décimo día, al décimo día iré a pie hasta el Tíber fatal muy cerca del puente Sixto a echar estos muertos al río para que los lleve hasta el mar, el cementerio azul, para que todos se vayan, los nombres y las fotografías acabarán roídos por la sal, luego se evaporarán irán al encuentro de las nubes y adiós, también Yvan Deroy encontrará el cielo, el Nuevo Mundo, adiós Roma demasiado eterna, en avión, en el aeropuerto de fiumicino esperaré al último aviso para mi vuelo, los pasajeros, el destino, allí estaré sentado en mi banco de lujo sin poder moverme a ninguna parte ninguna persona pertenezco al intersticio al mundo de los muertos vivientes por fin ya no tengo que soportar el peso no me quedan lazos ni ataduras estoy en mi tienda junto a las cóncavas naves he renunciado estoy en el universo de las moquetas grises de las pantallas de televisión y así seguirá siendo todo va a seguir siendo así ya no hay dioses furiosos ni guerreros cerca de mí los aviones descansan las gaviotas, vivo en la Zona donde las mujeres van maquilladas y llevan un uniforme azul marino hermosos peplos de noche estrellada ya no hay deseo ni vuelo ni nada una gran vacilación un tiempo muerto en que mi nombre se repite e invade el aire es el último aviso el último aviso para los últimos pasajeros del último vuelo ya nunca me moveré de este asiento de aeropuerto, ya no me moveré se acabaron los viajes, las guerras, a mi lado el tipo de la mirada franca me sonreirá yo le devolveré la sonrisa hace años que está ahí también él suspendido también él encadenado a su banco años que está ahí desde mucho antes del descubrimiento de la aviación tiene una buena cabeza, es un meteco, es un gigante, un gigante de Caldea se diría que ha llevado el mundo cargado a la espalda, está entre dos aviones desde los siglos de los siglos, entre dos trenes, mientras que a mí me arrancan mi nuevo nombre anunciándolo por los altavoces, pienso en los brazos del ave de acero que me esperan, ciento cincuenta compañeros

de limbo ya han embarcado pero yo me resisto, soy Aquiles calmado el primer hombre el último me he encontrado una tienda ahora es mía es esta alfombra ignífuga y este terciopelo rojo y lo que gritan es mi nombre mi espacio no me levantaré mi vecino está conmigo es el sacerdote de Apolo es un demiurgo él ha visto la guerra también él ha visto la guerra y el sol deslumbrante de los cuellos cortados, espera tranquilamente el fin del mundo, si yo me atreviese, si me atreviese me encaramaría a sus hombros como un chiquillo ridículo y le pediría que atravesásemos ríos, ríos que dan tres veces tres vueltas y otros Escamandros atestados de cadáveres, le pediría que fuese mi último tren, mi último avión mi última arma, la última chispa de violencia que saliese de mí, me vuelvo hacia él para pedirselo, para suplicarle que me lleve y él me mira con una compasión infinita, me mira, de repente me ofrece un cigarrillo, el amigo dice ¿un último cigarrillo antes del fin? venga, un último cigarrillo antes del fin del mundo.

Agradecimientos

Este libro está lleno de todos cuantos me confiaron sus relatos, Vlaho C., Ghassan D., Imad el-Haddad, Youssef Bazzi, Sandra Balsells, Sylvain Estibal, Igor Marojević, Alexandra Petrova, David Blumberg, Patrick Deville, Alviero Lippi, Hugo Orlandini, Ahmet Riyahi, Eduardo Rózsa, Yasmina Belhaj, Hans B., Mirjam Fruttiger, Manos Demetrios y todos los otros, testigos, víctimas o verdugos, de Barcelona, de Beirut, de Damasco, de Zagreb, de Argel, de Sarajevo, de Belgrado, de Roma, de Trieste, de Estambul. Por otro lado, he contraído una deuda inmensa con todos los periodistas, historiadores, cineastas y documentalistas cuyo trabajo he ido utilizando a lo largo de los años que he pasado en la Zona, así como con los que me acompañaron en estos largos viajes. Gracias a la generosidad de Jean Rolin por haberme permitido titular este libro *Zona*, tal como yo había previsto. Gracias a Barbara, a Arturo Belano, a Pierre el Grande, al Rat Pack al completo y a Claro, quien, además de la amistad, de las viandas y el cobijo, me ha regalado las dos páginas del diario encontrado de Francesc Boix.

*To confess wrong without losing rightness: Charity
have I had sometimes, I cannot make it flow thru.
A little light, like a rushlight
To lead back to splendour.*

EZRA POUND

Kilometraje

Milán

Lodi

Parma

Reggio Emilia

Módena

Bolonia

Prato

Florenzia

Roma



MATHIAS ENARD nació en 1972 en Niort, Francia. Tras cursar estudios de árabe y persa y pasar largos períodos en Oriente Medio, se establece en Barcelona en el año 2000, donde participa activamente en varias revistas culturales, entre, ellas la extinta *Lateral*.

Miembro del consejo de redacción de la revista *Inculte* en París, en 2005 fue elegido escritor residente en la prestigiosa Villa Médicis de Roma, y hasta 2009 ejerció de profesor de árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Mathias Enard es autor de las novelas: *La perfección del Tiro* (2004), *Remontando el Orinoco* (2006), *El manual del perfecto terrorista* (2007), *Zona* (2008), *Habladles de batallas, de reyes y elefantes* (2010), *Calle de los ladrones* (2012) y *Brújula* (2015) es su nueva novela

Notas

[1] Juego de palabras con la marcha oficial de la Legión Extranjera francesa, «Le Boudin». La «morcilla» se refiere a las telas de tienda de campaña enrolladas sobre las mochilas de los legionarios. (*N. del T.*) <<